

MARGARET



La novia ladrona



ATWOOD

por la autora de *El cuento de la criada*



Lectulandia

Zenia disfruta cazando, torturando, desmembrando. Cubre de terciopelo su malevolencia y seduce a sus presas con un juego de espejos. Es una ladrona hábil y engañosa, una devoradora de hombres, una comadreja ávida de sangre. Tony, Charis y Roz fueron sus víctimas y tal vez nunca logren hacer que desaparezca de sus vidas, porque el poder de Zenia no conoce límites, ¡ni siquiera los de la muerte!

Lectulandia

Margaret Atwood

La novia ladrona

ePub r1.0

Ablewhite 21.06.16

Título original: *The robber bride*
Margaret Atwood, 1993
Traducción: Jordi Mustieles

Editor digital: Ablewhite
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Graeme y Jess,
y para Ruth, Phoebe, Rosie y Anna.

Y amigos ausentes.

Una serpiente de cascabel que no muerde no te enseña nada.

JESSAMYN WEST.

Solo lo que está enteramente perdido exige ser interminablemente nombrado: es una manía eso de
llamar a la cosa perdida hasta que retorna.

GÜNTER GRASS.

La ilusión es el primero de todos los placeres.

OSCAR WILDE.

COMIENZO

1

La historia de Zenia tendría que empezar cuando empezó Zenia. Debió de ser hace mucho tiempo y en algún lugar distante en el espacio, piensa Tony; un lugar deteriorado y muy enmarañado. Una ilustración europea coloreada a mano, de un tono ocre, con luz polvorienta y muchos matorrales: matorrales de hojas gruesas y viejas raíces retorcidas, tras los cuales, oculto por la maleza e insinuado solo por una bota que sobresale, o una mano flácida, está sucediendo algo ordinario pero horripilante.

O tal es la impresión que Tony ha conservado. Pero hay tanto borrado, hay tanto cubierto con vendas, hay tanto deliberadamente embrollado, que Tony ya no sabe cuál de las versiones que Zenia daba de su vida es la verdadera. Ahora difícilmente puede preguntárselo, y aunque pudiera, Zenia no se lo diría. O mentiría. Mentiría con vehemencia, con un quiebro en la voz y un temblor de aflicción contenida, o mentiría titubeante, como si confesara; o mentiría con una cólera fría y desafiante, y Tony la creería. Ha ocurrido antes.

«Cojan cualquier hebra y tiren de ella, y la historia se desenreda». Así empieza Tony una de sus conferencias más tortuosas, la que trata de la dinámica de las matanzas espontáneas. La metáfora se refiere al arte de tejer, o bien al de hacer punto, y a tijeras de costura. A ella le gusta utilizarla: le gusta el leve sobresalto que provoca en los oyentes. Y es así por la mezcla de la imagen doméstica y el derramamiento de sangre; una mezcla que Zenia habría apreciado, pues disfrutaba con estas turbulencias, con estas violentas contradicciones. Más que disfrutarlas, las creaba. El porqué todavía no está claro.

Tony no sabe por qué se siente obligada a saber. ¿A quién le importa el porqué, a estas alturas? Un desastre es un desastre; los heridos siguen heridos, los muertos siguen muertos, los cascotes siguen siendo cascotes. Hablar de causas no hace al caso. Zenia era problemática, y no había que meterse con ella. ¿Por qué tratar de descodificar sus motivos?

Pero Zenia es también un rompecabezas, un nudo; si Tony encontrara un cabo suelto y tirara de él, muchas cosas se despejarían para todos los implicados, al igual que para ella misma. O tal es su esperanza. Como historiadora, cree en el poder curativo de las explicaciones.

El problema es dónde comenzar, porque nada empieza cuando empieza y nada termina cuando termina, y todo necesita un prólogo: un prólogo, un epílogo, un cuadro de acontecimientos simultáneos. La historia es una construcción, explica a sus alumnos. Cualquier punto de acceso es posible y todas las elecciones son arbitrarias. No obstante, hay momentos definitivos, momentos que nos sirven de referencia, porque quiebran nuestra sensación de continuidad, cambian la dirección del tiempo. Podemos contemplar estos acontecimientos y afirmar que después de ellos las cosas nunca volvieron a ser las mismas. Nos proporcionan comienzos, y también finales.

Los nacimientos y las muertes, por ejemplo, y las bodas. Y las guerras.

Lo que interesa a Tony son las guerras, pese a que viste cuellos ribeteados de encaje. Le gustan los resultados claros.

Como a Zenia, o así lo creía Tony en otro tiempo. Ahora ya no sabría decirlo.

Una elección arbitraria, pues; un momento definitivo: el 23 de octubre de 1990. Es un día claro y despejado, caluroso para la estación. Es martes. El bloque soviético se desmorona, los viejos mapas son obsoletos, las tribus del Este avanzan de nuevo a través de fronteras movedizas. Hay problemas en el Golfo, se está hundiendo el mercado inmobiliario y se ha formado un gran agujero en la capa de ozono. El Sol entra en Escorpión, Tony almuerza en el Toxique con sus amigas Roz y Charis, se ha alzado una ligera brisa del lago Ontario y Zenia retorna de entre los muertos.

EL TOXIQUE

TONY

Tony se levanta a las seis y media, como siempre. West sigue durmiendo y gruñe un poco. Probablemente en sueños está gritando; en los sueños los sonidos siempre son más fuertes. Tony examina el rostro dormido, la línea angulosa de la mandíbula relajada hasta la blandura, los ojos de ermitaño de un azul preternatural, serenamente cerrados. Se alegra de que aún esté vivo: las mujeres viven más que los hombres y los hombres tienen el corazón débil, a veces simplemente se desploman, y aunque ella y West no son viejos —apenas son algo mayores—, aun así, mujeres de su edad han despertado por la mañana para encontrarse un muerto al lado. Tony no lo considera un pensamiento morboso.

Se alegra por algo más general, además. Se alegra de que West esté sobre la tierra, en esta casa, y de que se acueste cada noche junto a ella y no en otra parte. A pesar de todo, a pesar de Zenia, todavía está aquí. Parece un verdadero milagro. Algunos días no puede hacerse a la idea.

Con sigilo, para no despertarlo, busca a tientas las gafas en la mesita de noche y se desliza fuera de la cama. Se pone la bata de viella, los calcetines de algodón y sobre ellos los de trabajo de lana gris, y embute los voluminosos pies en las zapatillas. Siempre tiene los pies fríos, signo de una presión sanguínea baja. Las zapatillas tienen forma de mapache y se las regaló Roz hace mucho, por razones que Roz debe de conocer. Son idénticas a las zapatillas que Roz compró al mismo tiempo para sus gemelas de ocho años; incluso son del mismo número. Los mapaches están algo zarrapastrosos a estas alturas y a uno le falta un ojo, pero a Tony nunca se le ha dado bien desprenderse de las cosas.

Con los pies abrigados recorre furtivamente el pasillo hacia su estudio. Prefiere pasar la primera hora de la mañana allí; ha comprobado que así se concentra mejor. Como está orientado al este, puede ver el amanecer en un día despejado, como hoy.

Su estudio tiene cortinas nuevas de color verde con un estampado de palmeras y frutas exóticas, y un sillón con cojines a juego. Roz la ayudó a elegir la tela y la convenció para que pagara lo que costaba, que era más de lo que Tony habría pagado si hubiera ido sola. «Hazme caso, cielo —le dijo Roz—, ¡es una ganga! Además, ¡es para la habitación en donde piensas! ¡Es para tu entorno mental! ¡Deshazte de aquellos viejos veleros azul marino, tan sosos! Te lo debes a ti misma». Hay días en que Tony se siente abrumada por los jazmines trompeta y los mangos naranja, o lo que sean; pero la decoración de interiores la intimida, y le cuesta resistirse al juicio de Roz.

Se encuentra más a gusto con el resto del estudio. Libros y papeles se amontonan sobre la alfombra; en la pared hay un grabado de la batalla de Trafalgar y otro de

Laura Secord, de un blanco inverosímil, cruzando con su vaca mítica las líneas de los norteamericanos para avisar a los británicos en la guerra de 1812. Brazadas de colecciones de cartas y memorias de guerra con las puntas de las páginas dobladas y remendados tomos de reportajes desde el frente escritos por periodistas hace tiempo olvidados atiborran la estantería verde oliva, junto con varios ejemplares de los dos libros que Tony ha publicado, *Cinco emboscadas* y *Cuatro causas perdidas*. «Minuciosa documentación; una estimulante y nueva interpretación», dicen las críticas que se citan en la edición en rústica. «Sensacionalista», «excesivamente vago», «la pierde la obsesión por el detalle», dicen las que no se citan. La cara de Tony, con ojos de búho y nariz de duende, más joven que ahora, se asoma a la contraportada frunciendo levemente el entrecejo para dar impresión de seriedad.

Además del escritorio, Tony tiene una mesa de dibujo con un alto taburete giratorio que la eleva al instante. La utiliza para leer los trabajos de los alumnos: le gusta encaramarse en el taburete y columpiar las cortas piernas, con los trabajos apoyados en el plano inclinado de la mesa, para corregirlos desde una distancia juiciosa, como si fuera un pintor. La verdad es que empieza a volverse prósbito además de lo corta de vista que ha sido siempre. Su destino son unas bifocales.

Corrige con la mano izquierda, utilizando lápices de distintos colores que sostiene entre los dedos de la derecha como si fueran pinceles: rojo para los comentarios de censura, azul para los de beneplácito, naranja para las faltas de ortografía y malva para las dudas. A veces cambia de mano. Cuando termina con un trabajo lo deja caer al suelo, creando un satisfactorio revoloteo. Para combatir el aburrimiento, de vez en cuando lee unas frases en voz alta, invertidas. *Aicnetepmoc ne saígoncet raidutse se arreug al raidutse*. Muy cierto. Ella misma lo ha dicho muchas veces.

Hoy corrige deprisa, hoy está sincronizada. La mano izquierda sabe lo que hace la mano derecha. Sus dos mitades están superpuestas: hay solo una ligera penumbra, un ligero grado de deslizamiento.

Tony corrige trabajos hasta las ocho menos cuarto. La luz del sol inunda la habitación, dorada por las hojas amarillas del exterior; un reactor vuela sobre la casa; el camión de la basura se acerca por la calle con el estrépito metálico de un blindado. Tony lo oye, se precipita escaleras abajo y entra en la cocina, saca del cubo la bolsa de plástico, le hace un nudo, corre a la puerta con ella y baja apresuradamente los peldaños del porche levantándose los faldones de la bata. Solo ha de correr una breve distancia para dar alcance al camión. Los hombres le sonrían: ya la han visto otras veces en bata. Sacar la basura es cosa de West, pero a él se le olvida.

Vuelve a la cocina y prepara té, calentando la tetera, midiendo cuidadosamente las hojas, controlando el tiempo de infusión con su reloj de números grandes. Fue la madre de Tony quien le enseñó a preparar el té; una de las pocas cosas útiles que le enseñó. Tony ha sabido hacer el té desde que tenía nueve años. Recuerda cómo se ponía de pie sobre el taburete de la cocina, medía, vertía, llevaba la taza, tiernamente equilibrada, al piso de arriba donde su madre yacía en cama, bajo la sábana, un bulto

redondeado, blanco como un montón de nieve. «Qué amable. Déjala ahí». Luego Tony encontraba la taza, fría, todavía llena.

Vete, madre, piensa ella. *Erdam, etev*. La expulsa, no por primera vez.

West siempre se bebe el té que prepara Tony. Siempre acepta lo que ella le brinda. Cuando Tony sube con la taza, él está de pie ante la ventana de atrás, contemplando el abandonado jardín otoñal. (Ambos dicen que plantarán cosas, pronto, más adelante. Ninguno de los dos lo hace). Ya está vestido: tejanos y un suéter azul que dice «Colas y escamas» y lleva estampada una tortuga. Será de alguna organización dedicada a salvar a los anfibios y reptiles, que —imagina Tony— no tiene muchos miembros, todavía. Hay tantas otras cosas, hoy en día, que han de ser protegidas...

—Aquí tienes el té —le dice.

West se dobla por varios sitios, como un camello al sentarse, para besarla. Tony se pone de puntillas.

—Lamento lo de la basura —dice él.

—No importa —dice ella—, no pesaba. ¿Un huevo o dos? —Una vez, durante la carrera matinal de la basura, se pisó la bata y cayó de cabeza por los peldaños del porche. Menos mal que aterrizó sobre la misma bolsa, que se reventó. Sin embargo, no le dijo nada a West. Siempre lo trata con cautela. Conoce cuán frágil es, cuán susceptible de romperse.

3

Mientras hierve los huevos, Tony piensa en Zenia. ¿Es una premonición? En absoluto. A menudo piensa en ella, más a menudo que cuando Zenia vivía. Zenia muerta es menos amenazadora y no hace falta alejarla a empujones, empujarla de vuelta al rincón lleno de telarañas donde Tony guarda sus sombras.

Aunque basta el nombre de Zenia para evocar la vieja sensación de ultraje, de humillación y dolor confuso. O al menos un eco de esa sensación. Lo cierto es que en determinados momentos —por la mañana temprano, en mitad de la noche— le cuesta creer que Zenia esté realmente muerta. Contra sí misma, contra la parte racional de sí misma, Tony sigue esperando que aparezca, que entre por alguna puerta sin cerrar, que se cuele por una ventana que permanece abierta por descuido. Parece imposible que se haya evaporado así, sin dejar rastro. Había demasiado de ella: toda aquella vitalidad maligna tiene que estar en alguna parte.

Tony introduce dos rebanadas de pan en la tostadora y busca la mermelada en la despensa. Zenia está realmente muerta, por supuesto. Perdida y desaparecida para siempre. Muerta como la ceniza. Cada vez que Tony lo piensa, el aire entra en sus pulmones para salir a continuación en un largo suspiro de alivio.

Los funerales de Zenia se celebraron hace cinco años, o cuatro y medio. En marzo. Tony recuerda perfectamente el día, un día gris y húmedo que más tarde trajo cellisca. Lo que la sorprendió en ese momento fue que hubiera tan poca gente. Había sobre todo hombres, con el cuello del abrigo subido. Evitaban colocarse en primera fila y constantemente intentaban ponerse detrás de los demás, como si no quisieran ser vistos.

Ninguno de esos hombres era Mitch, el marido huido de Roz, advirtió Tony con interés y cierta desilusión, aunque se alegraba por ella. Notó que Roz estiraba el cuello y examinaba las caras: debía de creer que se presentaría, y entonces... ¿Qué? Entonces habría habido una escena.

Charis también miraba, de un modo menos atrevido; aunque si alguno de esos hombres fuera Billy, Tony no lo habría advertido, pues no lo llegó a conocer. Apareció, y se esfumó, durante el intervalo en que ella había perdido el contacto con Charis. Cierto que esta le había enseñado una foto, pero estaba mal enfocada, la parte superior de la cabeza quedaba cortada y además por entonces Billy llevaba barba. Con el tiempo, las caras de los hombres cambian más que las de las mujeres. O ellos pueden cambiarlas más, a voluntad. Dejarse crecer la barba o afeitársela.

Tony no conocía a nadie; excepto a Roz y a Charis, naturalmente. No se lo habrían perdido por nada, dijo Roz. Querían ver el fin de Zenia, comprobar que estaba plenamente (en palabras de Tony) inoperativa. La palabra que utilizó Charis fue «pacífica». La de Roz, «kaput».

La ceremonia fue perturbadora. Parecía improvisada, pues se celebró en una capilla funeraria decorada con pesados adornos color magenta que Zenia habría

desdeñado. Había varios ramos de flores, crisantemos blancos. Tony se preguntó quién los habría enviado. Ella, por su parte, no había mandado ninguna flor.

Un hombre de traje azul, que se dio a conocer como abogado de Zenia —el mismo, por consiguiente, que había llamado a Tony para anunciarle los funerales—, leyó un breve tributo a las buenas cualidades de Zenia, entre las que destacó el valor, aunque a Tony no le parecía que en la muerte de Zenia hubiera nada de especialmente valeroso. A Zenia la había matado una bomba en una de aquellas tropelías terroristas de Líbano; no iba dirigida a ella, solo la pilló en medio. Una espectadora inocente, dijo el abogado. Tony acogió las dos palabras con escepticismo: «inocente» no había sido nunca el adjetivo preferido de Zenia para sí misma, y la de «espectadora» no era una actividad característica de ella. Pero el abogado no dijo qué estaba haciendo allí en realidad, en aquella calle de Beirut cuyo nombre no se citó. En cambio dijo que se la recordaría durante mucho tiempo.

—Por supuesto que sí —le susurró Roz a Tony—. Y eso de «valor» quiere decir «tetas grandes». —Para Tony aquello era de mal gusto, pues sin duda el tamaño de las tetas de Zenia ya no venía al caso. En su opinión, a veces Roz iba demasiado lejos.

La propia Zenia estaba presente solo en espíritu, dijo el abogado, y también bajo la forma de sus cenizas, que acto seguido procederían a inhumar en el cementerio de Mount Pleasant. Realmente dijo «inhumar». Había sido voluntad de Zenia, expresada en su testamento, que las cenizas fueran inhumadas al pie de un árbol.

«Inhumadas» era muy impropio de Zenia. Como lo del árbol. En realidad, no resultaba propio de Zenia que hiciera testamento o incluso que tuviera un abogado. Pero nunca se sabía, la gente cambiaba. ¿Por qué, por ejemplo, Zenia las había incluido a las tres en la lista de personas que debían ser informadas en caso de que muriera? ¿Era arrepentimiento? ¿O era una especie de última burla? Si lo era, Tony no le veía el sentido.

El abogado no le había aclarado nada: lo único que tenía era una lista de nombres, o eso le aseguró. Tony no podía pretender que le diera explicaciones sobre Zenia. En todo caso, tendría que ser al revés.

—¿No era amiga suya? —le preguntó con aire acusador.

—Sí —dijo Tony—. Pero eso fue hace mucho tiempo.

—Zenia tenía una memoria excelente —dijo el abogado, y suspiró. Tony ya había oído antes suspiros como ese.

Fue Roz la que insistió en que fueran al cementerio después del funeral. Las llevó en su coche, en el grande.

—Quiero ver dónde la ponen, para traer luego los perros a pasear —dijo—. Les enseñaré a mear en el árbol.

—El árbol no tiene ninguna culpa —dijo Charis indignada—. Eso es una falta de caridad.

Roz se echó a reír.

—¡Muy bien, cielo! ¡Lo hago por ti!

—Roz, tú no tienes perros —dijo Tony—. Me gustaría saber qué clase de árbol es.

—Los tendré solo para esto —dijo Roz.

—Una morera —dijo Charis—. Estaba en el vestíbulo, con una etiqueta puesta.

—No sé cómo se las arreglará para crecer —dijo Tony—. Hace demasiado frío.

—Crecerá —dijo Charis—, siempre que no le hayan salido brotes aún.

—Ojalá coja la roya —dijo Roz—. ¡No, en serio! Ella no se merece un árbol.

Las cenizas de Zenia reposaban en una lata de metal cerrada, que recordaba una mina terrestre pequeña. Tony estaba familiarizada con esos recipientes, y la deprimían. No tenían la grandeza de los ataúdes. A las personas que había dentro se las imaginaba condensadas, como la leche.

Había supuesto que se esparcirían las cenizas de lo que el abogado había denominado los «restos cinerarios», pero nadie abrió la lata ni esparció las cenizas. (Más tarde —después de los funerales, y después también de la mañana de octubre en que había preparado huevos—, Tony tuvo ocasión de preguntarse qué habría en realidad dentro de la lata. Arena, seguramente, o algo asqueroso, como excrementos de perro o condones usados. Ese habría sido el tipo de gesto propio de Zenia, en otros tiempos, cuando Tony la conoció).

Esperaron de pie bajo la fina llovizna mientras unos empleados enterraban la lata y plantaban la morera encima de ella. Apisonaron la tierra. No se pronunciaron unas últimas palabras, no hubo frases de despedida. La llovizna empezó a helarse, y los hombres envueltos en sus abrigo titubearon y fueron alejándose hacia los coches aparcados.

—Tengo la inquietante sensación de que nos hemos dejado algo —dijo Tony cuando echaron a andar.

—Bueno, no ha habido cánticos —dijo Charis.

—¿Algo como qué? —dijo Roz—. ¿Una estaca en el corazón?

—A lo mejor Tony ha querido decir que también era un ser humano —dijo Charis.

—Un ser humano, narices —dijo Roz—. Si ella era un ser humano, yo soy la reina de Inglaterra.

Lo que Tony había querido decir era menos benévolo. Estaba pensando que durante miles de años, cuando la gente se moría —especialmente la gente poderosa, la gente que era temida—, los supervivientes se tomaban mucho trabajo. Degollaban sus mejores caballos, enterraban vivos a los esclavos y las esposas favoritas, derramaban sangre sobre la tierra. No era por aflicción, era por aplacar la ira del difunto. Querían demostrar su buena voluntad, por espuria que fuese, porque sabían que el espíritu del muerto les envidiaría por seguir vivos.

Tal vez hubiera debido mandar flores, pensó Tony. Pero unas flores no habrían bastado para Zenia. Las habría desdeñado, unas flores. Lo que se necesitaba era un

tazón de sangre. Un tazón de sangre, un tazón de dolor, algo de muerte. Quizás entonces permanecería enterrada.

Tony no había hablado del funeral con West. Acaso habría asistido, y se habría venido abajo. O acaso no habría asistido y luego se habría sentido culpable, o le habría molestado que Tony hubiera ido sin él. West sabía que Zenia estaba muerta, eso sí, lo había visto en el periódico: un pequeño rectángulo escondido en el medio. *Una canadiense muerta en explosión terrorista*. Cuando eran jóvenes, «explosión» era el nombre que daban a una fiesta. West no le había dicho nada a Tony, pero ella había encontrado la página con la noticia recortada. Tenían el acuerdo tácito de no mencionar nunca a Zenia.

Tony sirve los huevos en dos hueveras de cerámica en forma de pollito que compró en Francia hace unos años. A los franceses les gustaba hacer platos con la forma de las cosas que iban a presentar en ellos; en cuestión de comida, pocas veces se andaban por las ramas. Sus menús parecían la pesadilla de un vegetariano: corazones de esto, sesos de aquello. A Tony le agrada esta franqueza. Tiene también una bandeja francesa para el pescado, en forma de pez.

Ir de compras no es lo suyo, en general, pero siente debilidad por los recuerdos. Compró las hueveras en las cercanías del campo de batalla en que el general romano Mario aniquiló a cien mil teutones —o doscientos mil, según quién escribiera la crónica— un siglo antes del nacimiento de Cristo. Exhibiendo ante el enemigo un pequeño contingente avanzado de sus fuerzas a modo de señuelo, logró conducirlo al lugar elegido para la matanza. Después de la batalla, trescientos mil teutones fueron vendidos como esclavos, y puede que noventa mil más fueran arrojados a un foso en el monte Sainte Victoire a instancias de una profetisa posiblemente siria que quizá se llamaba Marta. Se dice que la profetisa iba vestida de morado.

Este dato acerca de la vestimenta se ha transmitido a través de los siglos con firme autoridad, pese a la imprecisión de otros fragmentos de la historia. La batalla en sí, no obstante, seguro que ocurrió. Tony ha inspeccionado el terreno: una llanura sin relieves encajada entre montañas por tres lados. Un mal sitio para luchar a la defensiva. El pueblo más cercano tiene el nombre de Pourrières; todavía se llama así, por el olor de los cadáveres en descomposición.

Tony no le dice nada a West (ni se lo ha dicho nunca) de esta referencia histórica de las hueveras. Se sentiría consternado, no tanto por los teutones putrefactos como por ella misma. Tony comentó una vez que comprendía a aquellos reyes de la antigüedad que se hacían copas para el vino con los cráneos de sus enemigos. Fue un error: a West le gusta imaginársela dulce y benevolente. Y dispuesta al perdón, por supuesto.

Tony ha preparado café, ella misma ha molido los granos; lo sirve con crema de leche, desafiando al colesterol. Tarde o temprano, a medida que las arterias se les llenen de sedimentos, tendrán que renunciar a la crema de leche, pero aún no. West está sentado, comiéndose el huevo; está absorto en él, como un niño feliz. Los vivos

colores primarios —las tazas rojas, el mantel amarillo, los platos naranja— le dan a la cocina el aire de un parque infantil. Los cabellos grises de West parecen algo impropio, una transformación inexplicable que le ha acontecido de la noche a la mañana. Cuando ella lo conoció era rubio.

—Está rico el huevo —dice él. Cosas pequeñas como un huevo bien preparado lo deleitan, mal preparado lo deprimen. Es fácil de complacer, pero difícil de proteger.

«West», repite Tony para sí. Pronuncia su nombre de vez en cuando, en silencio, como un sortilegio. No siempre ha sido West. Antes —¿hace treinta, treinta y dos años?— era Stewart, hasta que él le dijo que detestaba que lo llamaran *Stew*; así que Tony invirtió el orden de las letras y desde entonces pasó a llamarse West. Hizo un poco de trampa, claro, porque estrictamente hablando hubiera debido ser *Wets*. Pero es lo que ocurre cuando quieres a alguien, piensa Tony. Haces un poco de trampa.

—¿Qué planes tienes para hoy? —dice West.

—¿Quieres más tostadas? —dice Tony. El asiente y ella se levanta para ocuparse de la tostadora; se detiene antes para darle un beso en la coronilla e inhala su aroma familiar a cuero cabelludo y champú. Empieza a ralearle el cabello ahí en lo alto: pronto tendrá una tonsura, como la de un monje. En este momento Tony es más alta que él: no se le ofrece a menudo semejante vista de pájaro.

No hace falta decirle a West con quién va a almorzar. Roz y Charis no le gustan. Lo ponen nervioso. Teme —con razón— que sepan demasiado de él.

—Nada emocionante —dice ella.

Después de desayunar West sube a su estudio del segundo piso a trabajar, y Tony se cambia la bata por unos tejanos y un jersey de algodón y sigue corrigiendo trabajos. Desde el piso de arriba le llega un retumbar rítmico, puntuado por lo que suena como un coro mixto de hienas en celo, vacas golpeadas por martillos pilones y aves tropicales dolientes.

West es musicólogo. Parte de lo que hace es tradicional —influencias, variantes, derivaciones—, pero también interviene en uno de esos proyectos interdisciplinarios que tanto proliferan últimamente. Se ha unido a un grupo de neurofisiólogos de la Facultad de Medicina, y juntos estudian los efectos de la música sobre el cerebro humano; distintas clases de música y distintas clases de ruido, porque algunas de las cosas que produce West difícilmente pueden calificarse de música. Quieren saber qué parte del cerebro es la que escucha, y en particular qué mitad. Creen que esta información puede ser útil para las víctimas de una apoplejía, y para la gente que ha perdido parte del cerebro en un accidente automovilístico. Conectan cables al cerebro de alguien, hacen sonar la música —o los ruidos— y observan los resultados en la pantalla en color de un ordenador.

West está muy entusiasmado con todo esto. Dice que se ha dado cuenta de que el cerebro en sí es un instrumento musical, de que efectivamente se puede componer música en él, en el cerebro de otra persona; o se podría, de tener las manos libres. A Tony esta idea le resulta inquietante: ¿y si los científicos quieren tocar algo que el dueño del cerebro no quiere oír? West dice que solo es en teoría.

Pero siente un fuerte impulso de conectarle los cables a Tony, a causa de su zurdera. Una de las cosas que estudian es la lateralidad. Quieren implantar electrodos en la cabeza de Tony y luego pedirle que toque el piano, porque el piano se toca a dos manos y las dos han de actuar al mismo tiempo, pero en distinta clave. Tony lo ha evitado hasta el momento diciendo que ya no se acuerda de tocar el piano, lo cual es bastante cierto; pero tampoco quiere que West atisbe lo que ocurre en su cerebro.

Termina de corregir los trabajos y vuelve al dormitorio a cambiarse para el almuerzo. Mira en el armario: no hay mucho que elegir y, se ponga lo que se ponga, Roz entornará los ojos y le propondrá ir de compras. Roz opina que Tony tiende en exceso a los estampados de flores tipo papel mural, aunque Tony le ha explicado cuidadosamente que es cuestión de camuflaje. En cualquier caso, con el conjunto de cuero negro que Roz le aconsejó que comprara porque, decía, reflejaba su verdadera identidad, solo parecía un paragüero italiano de vanguardia.

Finalmente se decide por un vestido de rayón verde bosque con topitos blancos que compró en la sección infantil de Eaton's. Suele comprar bastante ropa allí. ¿Por qué no? Le sienta bien, y cargan menos impuestos; y como Roz nunca se cansa de señalar, Tony es una tacaña, sobre todo en cuestión de vestimenta. Preferiría, con mucho, ahorrar ese dinero y gastárselo en billetes de avión para visitar campos de

batalla.

En estas peregrinaciones colecciona reliquias: una flor de cada lugar. O quizá sería mejor decir una hierba, porque todo lo que recoge son cosas corrientes: margaritas, tréboles, amapolas. Tony suele reservar esta clase de sentimentalismo para gente a la que no conoce. Pone las flores a secar entre las páginas de las Biblias que dejan las sectas proselitistas en los cajones de las cómodas de los hoteles baratos y *pensions* en los que se aloja. Si no hay Biblia, las aplasta bajo un cenicero. Siempre hay ceniceros.

Luego, cuando llega a casa, las guarda en sus álbumes, por orden alfabético: *Agincourt*. *Austerlitz*. *Bunker Hill*. *Carcasona*. *Dunquerque*. No toma partido: todas las batallas son batallas, todas contienen gallardía, todas conllevan muerte. No comenta con sus colegas esta costumbre, porque ninguno de ellos comprendería por qué lo hace. Ella misma no está segura. No está segura de qué colecciona realmente, ni en memoria de qué.

Se maquilla en el cuarto de baño. Se pone polvos en la nariz, pero no se pinta los labios. El carmín le da un aspecto inquietante, es algo de más, como esas bocas de plástico rojo que los niños clavan en las patatas. Se pasa el peine por el cabello. Se lo suele cortar en el Barrio Chino porque no cobran una fortuna, y porque saben dejarle el pelo negro liso bien corto, con unos cuantos mechones desperdigados sobre la frente, siempre igual. Un corte estilo duende, lo llaman. Con sus grandes gafas y sus grandes ojos tras ellas y el cuello demasiado flaco, el efecto es el de un cruce entre un golfillo de la calle y un pájaro recién salido del cascarón. Todavía tiene la piel tersa, bastante tersa; eso compensa las vetas grises. Parece una vieja muy joven, o una joven muy vieja; aunque, por otra parte, ha tenido ese aspecto desde los dos años.

Embute los trabajos en su gran bolso de lona y corre escaleras arriba para despedirse de West con un gesto. «Vientos de frente», dice el rótulo que West tiene en la puerta de su estudio, y eso también es lo que dice su contestador automático: «Segundo piso, Vientos de frente». Es el nombre que él pondría a su estudio de grabación de alta tecnología, si lo tuviera. Ahora West lleva puestos los auriculares, está conectado al magnetófono y al sintetizador, pero la ve y le devuelve el saludo con la mano. Tony sale por la puerta principal y la cierra con llave. Siempre tiene cuidado con la puerta. No quiere que en su ausencia entre ningún drogadicto y moleste a West.

El porche de madera necesita una reparación; hay una tabla podrida. Lo hará arreglar la primavera próxima, se promete a sí misma; hará falta al menos todo este tiempo para organizar una cosa así. Alguien ha dejado propaganda bajo el felpudo: otra liquidación de herramientas. A Tony le gustaría saber quién compra esas herramientas —todos esos taladros sin cable, sierras circulares, escofinas y destornilladores— y qué hacen realmente con ellas. Quizá las herramientas sean un sustituto de las armas; quizá sean lo que interesa a los hombres cuando no están guerreando. Pero West no es aficionado a las herramientas: el único martillo que hay

en la casa pertenece a Tony, y para cualquier cosa que vaya más allá de clavar un simple clavo ella busca en las páginas amarillas. ¿Por qué arriesgar la vida?

Hay otro folleto de herramientas tirado en el césped del minúsculo jardín delantero, que está plagado de malas hierbas y necesita una siega. El jardín es una mancha en el vecindario. Tony lo sabe; de vez en cuando se avergüenza de ello y hace el voto de mandar arrancar el césped y sustituirlo por unos arbustos coloridos y resistentes, o bien por grava. Nunca le ha visto la gracia al césped. De poder elegir, preferiría un foso, con puente levadizo y opción a cocodrilos.

Charis no cesa de suplicarle con vagos sonidos lastimeros que la deje rehacer el jardín delantero para transformarlo en un milagro floral, pero Tony la tiene a raya. Charis haría un jardín como las cortinas del estudio de Tony, lo que ella llama «sustancioso» —flores flamantes, enredaderas entrelazadas, vainas chillonas—, y sería demasiado para Tony. Ya vio lo que le ocurría a la franja de terreno que bordea el camino de atrás de Roz cuando esta cedió a ruegos similares. Por el hecho de que lo hiciera Charis, Roz no puede cambiarlo, de manera que ahora hay un trocito del jardín de Roz que será para siempre de Charis.

Al llegar a la esquina, Tony se vuelve para contemplar su casa con admiración, como hace con frecuencia. Aun después de veinte años todavía parece un espejismo que sea dueña de una casa así, o de cualquier otra, para el caso. La casa es de obra vista, de estilo Victoriano tardío, alta y estrecha, con tejas verdes en forma de escamas de pez en el tercio superior. La ventana de su estudio se abre en el falso torreón de la izquierda: a los Victorianos les encantaba pensar que vivían en castillos. Es una casa grande, mayor de lo que parece desde la calle. Una casa sólida, tranquilizadora; un fuerte, un bastión, un alcázar. Dentro está West, creando un pandemónium auditivo, a salvo de todo mal. Cuando Tony la compró, en una época en que el barrio estaba más deteriorado y los precios eran más bajos, creía que nadie iría jamás a vivir allí, aparte de ella.

Desciende las escaleras del metro, mete la tarjeta en el torniquete, sube al tren y se instala en un asiento de plástico, con el bolso sobre las rodillas, como una enfermera a domicilio. El vagón no está abarrotado, de modo que no hay cabezas de personas altas que le tapen la vista y puede leer los anuncios. ¡*Hcnurc!*, dice una barra de chocolate. ¿*Raduya edeup?*, ruega la Cruz Roja. ¡*Sajaber!* ¡*Sajaber!* Si pronunciara estas palabras en voz alta la gente creería que era otra lengua. Es otra lengua, una lengua arcaica, una lengua que ella conoce bien. Podría hablarla en sueños, y a veces lo hace.

Si los integristas la sorprendieran haciéndolo, la acusarían de adorar a Satán. Hacen sonar las canciones populares al revés y aseguran que encuentran blasfemias escondidas en ellas; creen que se puede invocar al Diablo colgando un crucifijo cabeza abajo o recitando el Padrenuestro a la inversa. Tonterías. El mal no requiere esas invocaciones, esos ritos infantiles y teatrales. Nada tan complicado.

La otra lengua de Tony no es maligna, empero. Solo es peligrosa para ella. Es su

costura, es por donde está cosida, es por donde podría partirse en dos. Sin embargo, sigue complaciéndose en ella. Una arriesgada nostalgia. *Aiglatson*. (¿Un caudillo vikingo de la Edad Media? ¿Un laxante de calidad?).

Baja en St. George y toma la salida de Bedford Road, pasa sin tropiezos ante los hombres que reparten folletos y el vendedor ambulante de flores y el muchacho que toca la flauta en un rincón, evita que la atropellen mientras cruza con el semáforo en verde y en seguida deja atrás el estadio universitario para atravesar el círculo herboso del campus principal. Su despacho está en una de las antiguas y deslustradas calles laterales, a la vuelta de la esquina, en un edificio llamado McClung Hall.

McClung Hall es un solemne bloque de ladrillo rojo que la intemperie y el hollín han oscurecido hasta darle un tono entre pardo y morado. Tony vivió allí, en sus tiempos de estudiante, durante seis años seguidos, cuando el edificio todavía era una residencia femenina. Le dijeron que se llamaba así en memoria de alguien que ayudó a conseguir el derecho de voto para las mujeres, pero ella no le dio mucha importancia a aquello. Nadie se la daba entonces.

Los primeros recuerdos que conserva Tony de aquel lugar son de un edificio viejo, una trampa en caso de incendio, sobrecalentado pero con corrientes de aire, con suelos que crujen y mucha madera desgastada, pero sólido: balaustradas macizas, pesados asientos junto a las ventanas, puertas de gruesos paneles. Oía —todavía huele— como una despensa húmeda plagada de moho, con patatas grilladas olvidadas en el interior. En aquellos tiempos tenía también un olor persistente y nauseabundo que se filtraba desde el comedor: col tibia, restos de huevos revueltos, grasa quemada. Tony solía saltarse las comidas y subir a escondidas pan y manzanas a su habitación.

Los de Religión Comparada se apoderaron del edificio en los años setenta, pero más tarde se improvisaron despachos para dar cabida al exceso de personal de diversos departamentos meritorios pero empobrecidos; gente que, según la creencia general, se vale más de la mente que de aparatos relucientes, que no contribuye mucho a la industria moderna y a quien, por consiguiente, todos consideran adaptada a la sordidez. Filosofía ha establecido una cabeza de puente en la planta baja, Historia Moderna se ha reservado la primera. Pese a algunos intentos poco entusiastas de repintar el edificio (ya perteneciente al pasado, ya descolorido), McClung sigue siendo austero y circunspecto, como siempre fue, virtuoso como unas gachas de avena frías, reservado y encerrado en sí mismo.

A Tony no le molesta la decrepitud del lugar. Ya de estudiante le gustaba vivir allí; en comparación, claro, con lo que se podía permitir. Una habitación alquilada, un estudio anónimo. Algunas de las estudiantes, más mundanas, lo llamaban McHongo, nombre que se ha transmitido a lo largo de los años, pero para Tony fue un refugio y aún se siente agradecida.

Su despacho está en la primera planta, apenas un par de puertas más allá de la que fue su habitación, que ha pasado a ser la sala de café, un lugar deliberadamente

inhóspito donde hay una mesa de conglomerado muy desportillada, varias sillas de respaldo recto, todas distintas, y un cartel amarillento de Amnistía en el que se ve un hombre atado con alambre de púas y traspasado con clavos torcidos. Hay una cafetera que escupe y babea, y un anaquel de rejilla en el que todos deben dejar sus tazas lavables y ecológicas, con las iniciales pintadas para no contagiarse unos a otros las enfermedades de las encías. Tony se ha tomado alguna molestia con su taza. La ha marcado con esmalte de uñas rojo, sobre fondo negro: ahora se lee *Adavirp dadeiporp*. La gente se sirve de vez en cuando de una taza que no es la suya, por equivocación o por pereza, pero nadie usa la de ella.

Se detiene en la sala de café, donde dos de sus colegas, ambos vestidos con ropa deportiva de lana, toman leche y galletas: el doctor Ackroyd, especializado en agricultura del siglo XVIII, y la doctora Rose Pimlott, historiadora social y especializada en estudios canadienses, que bajo cualquier otro título seguiría siendo una chinchosa. Tony se pregunta si Rose Pimlott y Bob Ackroyd están «enredados», como diría Roz. Han estado cuchicheando con bastante frecuencia durante las últimas semanas. Pero lo más probable es que solo se trate de una conspiración palaciega. El departamento es como una corte renacentista: susurros, camarillas, traiciones mezquinas, arrebatos de ira y agravios. Tony procura mantenerse al margen, pero solo lo consigue a veces. No tiene ningún aliado en particular y, por consiguiente, todos sospechan de ella.

Especialmente Rose. A Tony aún le molesta que, dos años antes, Rose tachara de eurocéntrico a uno de sus cursos.

—¡Pues claro que es eurocéntrico! —dijo Tony—. ¿Qué otra cosa esperas de un curso que se llama «La estrategia de asedio merovingia»?

—Creo —dijo Rose Pimlott, en un intento de salvar su posición— que podrías dar el curso desde el punto de vista de las víctimas, en lugar de marginarlas.

—¿Qué víctimas? —dijo Tony—. ¡Todos eran víctimas! ¡Se turnaban! En realidad, se turnaban para intentar no ser las víctimas. ¡Ese es precisamente el sentido de la guerra!

Lo que la doctora Rose Pimlott sabe de la guerra es menos que nada, pero su ignorancia es intencional: lo que de verdad quiere es que la guerra se quite de su camino y deje de ser un estorbo.

—¿Por qué te gusta? —le dijo a Tony hace poco, y frunció la nariz como si hablara de mocos o pedos: algo desagradable y de escasa importancia, que es mejor ocultar.

—¿Preguntas a los investigadores del sida por qué les gusta el sida? —dijo Tony—. La guerra existe. No desaparecerá en un futuro próximo. No es que me guste. Quiero saber por qué le gusta a tanta gente. Quiero saber cómo funciona.

Pero Rose Pimlott prefiere no mirar, prefiere que sean otros los que excaven las fosas comunes. Ella podría romperse una uña.

Tony piensa decirle a Rose que Laura Secord —cuyo retrato, el mismo que

aparece en las viejas cajas de bombones que llevaban su nombre, resultó, visto a los rayos X, ser el de un hombre vestido de mujer—, fue en realidad un hombre vestido de mujer. Ninguna mujer, le diría, hubiera podido mostrar tanta agresividad o, si se quiere, tanto valor. ¡Eso sí que pondría a Rose en un aprieto! Tendría que sostener que las mujeres pueden hacer la guerra igual de bien que los hombres y, por consiguiente, que son igual de malas o, de lo contrario, que son por naturaleza unas ñoñas apocadas y pusilánimes. Tony siente una gran curiosidad por ver hacia qué lado saltará Rose. Pero hoy no hay tiempo.

Saluda a Rose y a Bob con una inclinación de cabeza y ellos la miran con desconfianza, que es la mirada que está acostumbrada a recibir de sus iguales. Los historiadores consideran que está invadiendo su territorio, y que no debería meterse con sus lanzas, flechas, catapultas, venablos, sables, cañones, aviones y bombas. Opinan que debería dedicarse a escribir historia social, como quién comía qué en qué época, o «La vida en la familia feudal». Las historiadoras, que no son muchas, piensan lo mismo pero por distintas razones. Consideran que debería estudiar el nacimiento; no la muerte y, desde luego, no los planes de batalla. No las derrotas y las huidas desordenadas, no las matanzas, no las carnicerías. Consideran que deja a las mujeres en mal lugar.

En conjunto se lleva mejor con los hombres, si son capaces de superar los embarazosos preliminares: si se abstienen de llamarla «mi pequeña señorita» o de comentar que no esperaban que fuese tan femenina, con lo que quieren decir bajita. Aunque ya solo los más viejos siguen portándose así.

Si no fuera tan pequeña, piensa, nunca lo habría logrado. Si midiera un metro ochenta de estatura y su complexión fuera maciza; si tuviera caderas. Entonces sería peligrosa, entonces sería una amazona. Esta incongruencia le da carta blanca. «Un soplo te haría salir volando», le transmiten silenciosamente mirándola de arriba abajo. «Que te lo creas —piensa Tony, sonriendo en respuesta—. Muchos han soplado».

Saca la llave para abrir la puerta de su despacho y vuelve a cerrarla por dentro para que no se note que está allí. No son horas de oficina, pero los alumnos se aprovechan. Huelen su presencia, como sabuesos; no desperdician ninguna oportunidad de hacerle la pelota o quejarse, o de tratar de impresionarla o de imponerle sus versiones de hosco desafío. «Solo soy un ser humano», querría decirles Tony. Pero, naturalmente, no lo es. Es un ser humano con poder. No es que tenga mucho, pero es poder de todos modos.

Hace cosa de un mes, uno de ellos —grandullón, cazadora de cuero, ojos enrojecidos, alumno del curso introductorio de segundo año— clavó una navaja de muelle en mitad del escritorio.

—¡Necesito un sobresaliente! —gritó. Tony se sintió asustada y enfurecida al mismo tiempo. «¡Mátame y ni siquiera sacarás un aprobado!», le hubiera gustado gritar a su vez. Pero quizás el chico se había tomado algo. Tal vez estaba drogado o loco, o las dos cosas, o deseoso de imitar a esos alumnos vesánicos, asesinos de

profesores, que había visto en las noticias. Por suerte solo era una navaja.

—Te agradezco la franqueza —le dijo ella—. Ahora, ¿por qué no te sientas en esa silla de ahí y lo discutimos?

—Gracias a Dios por los Servicios Psiquiátricos —le dijo Tony a Roz por teléfono, cuando el alumno se hubo marchado—. Pero ¿qué les pasa?

—Escucha, cielo —dijo Roz—. Quiero que tengas siempre presente una cosa. ¿Sabes esas sustancias químicas que segregan las mujeres cuando les viene el síndrome premenstrual? Bueno, pues los hombres tienen esas mismas sustancias químicas todo el tiempo.

Tal vez sea verdad, piensa Tony. Si no, ¿de dónde saldrían los sargentos?

El despacho de Tony es grande, mayor de lo que sería en un edificio moderno; tiene un escritorio estándar lleno de arañazos, un tablón de anuncios estándar salpicado de serrín y persianas estándar de polvorientas lamas horizontales. Generaciones de chinchetas han carcomido la pintura verde claro; restos de cinta adhesiva brillan aquí y allá, como mica en una caverna. El segundo ordenador de Tony está sobre el escritorio —es tan lento y anticuado que no le importaría mucho que se lo robaran— y en la estantería hay unos cuantos volúmenes fiables, que a veces presta a sus alumnos: la obra de Creasy *Quince batallas decisivas del mundo*, una antigualla necesaria; Liddell Hart; Churchill, por supuesto; *Las decisiones fatales*, y uno de sus libros favoritos, *El rostro de la batalla*, de Keegan.

En una de las paredes hay una mala reproducción de *La muerte de Wolfe* de Benjamín West, un cuadro lúgubre en opinión de Tony; Wolfe, blanco como el vientre de un bacalao, con los ojos vueltos piadosamente hacia lo alto, está rodeado de muchos *voyeurs* necrófilos en traje de fantasía. Tony lo tiene en el despacho como recordatorio, tanto para ella como para sus alumnos, de la vanagloria y la tendencia a hacerse el mártir que ocasionalmente aquejan a los miembros de su profesión. Junto a él está Napoleón, cruzando pensativamente los Alpes.

En la pared de enfrente ha colgado un dibujo a pluma un tanto torpe titulado *Wolfe echando una meada*. El general aparece vuelto de espaldas al espectador, mostrando únicamente su perfil de barbilla falta de firmeza. Tiene una expresión irritada y el texto que le sale de la boca dice: «¡Joder con los botones!». Esta caricatura la dibujó uno de los alumnos de Tony, hace dos años, y el conjunto de la clase se la ofreció al final del curso. Por regla general, sus alumnos son mayoritariamente hombres: no muchas mujeres se sienten atraídas por cursos como «Errores tácticos en la Alta Edad Media» o «La historia militar como construcción», que son los títulos de sus cursos para graduados en esta ocasión.

Mientras desenvolvía el paquete, todos la observaban para ver cómo reaccionaría a la palabra «joder». Los varones jóvenes piensan al parecer que las mujeres de su edad nunca han oído palabras así. Ella lo encuentra conmovedor. Tiene que hacer un esfuerzo consciente para no llamar a los alumnos «mis muchachos». Si no va con cuidado, se convertirá en una especie de madre jocosa y cordial; o peor, en una vieja

entrometida y caprichosa. Empezará a hacer guiños y a pellizcar mejillas.

La caricatura en sí es en honor a su conferencia sobre la tecnología de los cierres de bragueta, que —lo ha oído decir— ha recibido el mote de «Tiernos botones» y que suele atraer un gran gentío. «Quienes han escrito sobre la guerra —empieza— tienden a centrarse en los reyes y generales, en sus decisiones, en su estrategia, y pasan por alto otros factores más humildes, pero igualmente importantes, que pueden poner en peligro, y de hecho los ponen, a los soldados de a pie, a los de la línea de fuego». Los piojos y pulgas portadores de enfermedades, por ejemplo. Las botas defectuosas. El barro. Los gérmenes. Las camisetas. Y los cierres de bragueta: la bragueta de cordones, la superpuesta, la de botones, la de cremallera, todas han desempeñado un papel en la historia militar a lo largo de los siglos; por no hablar de la falda escocesa, de la que, desde cierto punto de vista, habría mucho que decir. «No se rían —les dice—. Imagínense, mejor, que están en el campo de batalla y que tienen una necesidad, como suele ocurrir con frecuencia en los momentos de tensión. Imagínense que intentan desabrochar estos botones».

Sostiene en alto un dibujo de los botones en cuestión, un modelo del siglo XIX que seguramente debía de exigir diez dedos y diez minutos para cada botón.

«Ahora imagínense un francotirador. ¿Lo encuentran menos divertido?».

Un ejército avanza supeditado al estómago, pero también a los cierres de bragueta. Y no es que la cremallera —aunque mejora la velocidad de apertura— esté completamente exenta de culpa. «¿Por qué no? Utilicen la cabeza: las cremalleras se atascan. ¡Y son ruidosas!». Y los hombres tienen la peligrosa costumbre de utilizarlas para encender cerillas. «¡En la oscuridad! Es como disparar una bengala».

Muchos son los crímenes —prosigue— que los diseñadores de ropa militar han cometido contra los desvalidos reclutas.

¿Cuántos soldados británicos murieron sin necesidad por culpa de su uniforme rojo? Y no crean que estas imprudencias terminaron con el siglo XIX. La negligencia criminal de Mussolini al no proporcionar zapatos —¡zapatos!— a sus propias tropas es uno de los ejemplos pertinentes. Y, en opinión de Tony, quien tuvo la idea de utilizar aquellos pantalones de nailon en Corea del Norte debería ser juzgado en consejo de guerra. El roce de las piernas podía oírse desde un kilómetro de distancia. Y los sacos de dormir: también eran ruidosos y resultaba difícil desabrocharlos desde dentro, ¡y cuando helaba no podían abrirse! Durante las incursiones nocturnas del enemigo, aquellos hombres eran exterminados como gatitos en un saco.

¡Asesinato por diseño! Es un tema que puede llegar a excitarla bastante.

Todo lo cual, en una forma más sosegada y con notas a pie de página, le servirá al menos para llenar un capítulo del libro en que está trabajando: *Indumentaria mortal: una historia de las incompetencias de la costura militar*.

Charis dice que es malo que Tony dedique tanto tiempo a una cosa tan negativa como la guerra. Dice que es carcinógeno.

Tony busca el listado de la clase en su carpeta acordeón, lo encuentra en la B, de

Burocracia, y anota la calificación de cada trabajo en el recuadro al efecto. Cuando ha terminado, mete los trabajos en el grueso sobre marrón sujeto con chinchetas a la parte exterior de la puerta; allí los alumnos podrán recogerlos este mismo día, como había prometido. Luego sigue hasta el final del pasillo, entra a ver si tiene correo en el decrepito casillero de un despacho departamental donde a veces hay una secretaria, no encuentra nada más que un aviso de renovación para *Jane's Defence Weekly* y la última edición de *Big Guns*, y se guarda las dos cosas en la bolsa.

A continuación hace una parada en los aseos de mujeres excesivamente calurosos, que huelen a jabón líquido, cloro y cebollas parcialmente digeridas. Uno de los tres retretes está atascado, como es su arraigada costumbre, y en los otros dos excusados falta papel higiénico. Sin embargo, hay un rollo escondido en el que no funciona, y Tony lo requisa. En la pared del cubículo que prefiere —el que está al lado de la ventana de vidrio granulado— alguien ha grabado un nuevo mensaje, encima de «HERSTORY NOT HISTORY» y de «HERSTERECTOMY NOT HYSTERECTOMY»: «LA DESCONSTRUCCIÓN FEMINISTA ES UNA MIERDA». Detrás de todo ello, como Tony sabe muy bien, hay una campaña para que McClung Hall sea declarado edificio histórico y se entregue a Estudios sobre la Mujer. «HISTORIC NOT HERSTORIC», ha añadido alguien a un lado. Presagios de un forcejeo inminente que Tony espera eludir.

Deja una nota sobre la mesa de la secretaria: «El retrete está atascado. Gracias. Antonia Fremont». No añade «otra vez». No hay necesidad de mostrarse desagradable. Con esta nota no conseguirá nada, pero habrá cumplido con su deber. Luego se apresura a salir del edificio y vuelve al metro para dirigirse hacia el sur.

El almuerzo es en el Toxique, de manera que Tony baja en Osgoode y echa a andar por la calle Queen en dirección oeste; pasa ante la tienda de cómics Dragón Lady, ante el café Reina Madre y ante el Club Bambú con sus gráficos lascivos. Podría esperar un tranvía, pero en los tranvías llenos se siente estrujada y a veces incluso pellizcada. Ya ha examinado suficientes botones de camisa y hebillas de cinturón para una buena temporada, así que elige los riesgos más aleatorios de la acera. No llegará muy tarde, de todos modos; no más de lo que Roz llega siempre.

Se mantiene junto al bordillo de la acera, lejos de las paredes y de las figuras desastradas que se apoyan en ellas. Está claro que quieren algo de calderilla, pero Tony las ve bajo una luz más siniestra. Son espías que exploran el terreno antes de una invasión en masa; o bien son refugiados, los heridos capaces de andar, que se retiran ante la inminente ofensiva. De un modo u otro, procura apartarse. Las personas desesperadas la alarman, se crío con dos de ellas. Pegan, se apoderan de lo que sea.

Esta parte de Queen se ha sosegado un poco. Hace unos años era más turbulenta, más peligrosa, pero los alquileres han subido y muchas de las librerías de lance y los artistas más roñosos han desaparecido. El conjunto aún es de estilo marginal, charcuterías de Europa oriental, muebles de oficina al por mayor, bares *country and western* para bebedores de cerveza; pero ahora hay modernas pastelerías con deslumbrante iluminación, locales nocturnos de moda, ropa de prestigiosas marcas.

La recesión, no obstante, es cada vez más profunda. Hay más edificios en venta; hay más *boutiques* cerradas y las vendedoras acechan en los portales de las que siguen abiertas, dirigiendo miradas de frustración y súplica a los transeúntes, los ojos llenos de rabia y desconcierto. «Grandes rebajas», se lee en los escaparates: eso habría sido inaudito por estas fechas del año pasado, dos meses antes de Navidad. Los relucientes vestidos de los maniqués de rostro inexpresivo o sin cabeza ya no son lo que parecían, la encarnación del deseo. Ahora dan la impresión de ser los restos de una fiesta. Servilletas de papel arrugadas, los escombros abandonados por muchedumbres alborotadoras o por ejércitos dedicados al saqueo. Aunque nadie los vio ni sabría decir con certeza quiénes fueron, han pasado los godos y los vándalos.

Eso piensa Tony, que a fin de cuentas tampoco habría podido ponerse nunca esos vestidos. Son para mujeres de piernas largas, torso largo, brazos largos y agraciados.

—No eres baja —le dice Roz—. Eres *petite*. Escucha, sería capaz de matar por una cintura como la tuya.

—Pero soy igual de gruesa de los pies a la cabeza —dice Tony.

—Entonces lo que necesitamos es un reparto —dice Roz—. Ponemos tu cintura y mis muslos y nos partimos la diferencia. ¿Estás de acuerdo?

Si fueran más jóvenes, estas conversaciones revelarían profundas insatisfacciones con el propio cuerpo, profundos anhelos. A estas alturas solo son chistes de

repertorio. Más o menos.

Ahí está Roz, frente al Toxique, saludándola con la mano. Tony se acerca y Roz se inclina, y Tony estira el cuello hacia arriba, y las dos besan el aire rozándose las mejillas, como últimamente se ha puesto de moda en Toronto, o en ciertos ambientes de la ciudad. Roz parodia el ritual hundiendo las mejillas de manera que le queda boca de pez y pone los ojos bizcos.

—¿Pretenciosa? *Moi*? —dice. Tony sonríe, y entran juntas.

El Toxique es uno de sus lugares favoritos: no demasiado caro, y con ambiente; aunque es un poco informal y mugriento. Los platos llegan con extrañas texturas adheridas a la parte inferior, se permite que los camareros lleven sombra de ojos o aretes en la nariz y las camareras tienden a ponerse calentadores fluorescentes y minifaldas de piel. En uno de los lados hay un largo espejo de vidrio ahumado, rescatado de algún hotel en quiebra. Viejos carteles de representaciones de teatro alternativo están pegados a las paredes; individuos de tez pálida y con cadenas colgadas de sus oscuras vestimentas tachonadas de metal se dirigen con paso indolente a las habitaciones privadas de la parte de atrás o se juntan para conferenciar en las escaleras astilladas que bajan a los servicios. Las especialidades del Toxique son un emparedado de queso de cabra y pimiento asado, un pastel de bacalao de Terranova y una ensalada gigante, a veces mucilaginosa, con muchas nueces y raíces ralladas. Hay *baklava* y *tiramisü*, y un café exprés fuerte y adictivo.

Nunca van de noche, por supuesto, cuando los grupos de *rock* y los decibelios a tope se adueñan del lugar. Pero para almorzar está bien. Las anima. Hace que se sientan más jóvenes y más atrevidas de lo que son.

Charis ya está dentro, sentada en un rincón ante una mesa de formica roja con motas doradas y patas y cantos de aluminio, que tanto puede ser auténtica, de los años cincuenta, como una imitación. Ya ha pedido para ellas una botella de vino blanco y una botella de agua Evian. Las ve y sonríe, y una serie de besos aéreos da la vuelta a la mesa.

Hoy Charis lleva un holgado vestido malva de punto de algodón, con una esponjosa rebeca gris por encima y un chal naranja y aguamarina con un estampado de flores silvestres en torno al cuello. Su cabellera larga y lacia es de un rubio gris, con raya al medio; lleva las gafas para leer encasquetadas sobre la frente. El tono melocotón con que se ha pintado los labios podría ser su auténtico color. Parece un anuncio ligeramente ajado de un champú a las hierbas: saludable, pero algo anticuado. El aspecto que habría tenido Ofelia si hubiera vivido, o la Virgen María en la edad madura: seria y distraída, y con cierta luz interior. Es la luz interior lo que le causa problemas.

Roz va envuelta en un traje que Tony ya ha visto en el escaparate de una de las tiendas de diseño más caras de Bloor. Compra con generosidad y con gusto, pero a menudo con prisa. La chaqueta es azul eléctrico; la falda, ajustada. Lleva la cara cuidadosamente maquillada y el pelo recién teñido. Esta vez es castaño rojizo. La

boca es frambuesa. El rostro no casa bien con la ropa. No es despreocupado y enjuto, sino regordete, y cuando sonrío destacan sus mejillas rosadas de lechera con hoyuelos. Los ojos, inteligentes, compasivos y tristes, parece que pertenezcan a otra cara, una cara más delgada; más delgada y endurecida.

Tony se acomoda en su silla y aparca la bolsa bajo la mesa, donde puede utilizarla como escabel. En otro tiempo los reyes de baja estatura tenían cojines especiales para los pies con objeto de que las piernas no quedaran colgando cuando se sentaban en el trono. Tony los comprende.

—Bueno —dice Roz tras los preliminares—, ya estamos todas en nuestro sitio, con caras radiantes y luminosas. ¿Qué hay de nuevo? Tony, he visto un conjunto monísimo en Holt's, a ti te quedaría perfecto. Cuello Mao, ¡vuelven los cuellos Mao!, y una fila de botones de latón en la delantera. —Enciende su acostumbrado cigarrillo y Charis emite su acostumbrada tosecita. Esta parte del Toxique no es zona de fumadores.

—Parecería un botones de hotel —dice Tony—. Además, no me quedaría bien.

—¿Alguna vez has pensado en ponerte tacones de aguja? —dice Roz—. Te hacen diez centímetros más alta.

—Habla en serio —dice Tony—. Quiero ser capaz de andar.

—Podrías hacerte un implante de pierna —dice Roz—. Un *realce* de pierna. Bueno, ¿por qué no? Todo lo demás ya lo hacen.

—Yo creo que el cuerpo de Tony está bien como está —dice Charis.

—No estoy hablando de su cuerpo. Estoy hablando de su vestuario —dice Roz.

—Como de costumbre —dice Tony. Se ríen las tres, con cierto alboroto. La botella de vino ya está medio vacía. Tony solo ha bebido unos sorbos, mezclados con agua de Evian. Recela de cualquier clase de alcohol.

Las tres almuerzan juntas una vez al mes. Ha llegado a ser una costumbre. No tienen mucho en común aparte de la catástrofe que las reunió, si a Zenia se la puede llamar catástrofe; pero con el tiempo han forjado una lealtad mutua, un *esprit de corps*. A Tony han acabado gustándole estas mujeres; ha llegado a considerarlas amigas íntimas, o lo más parecido a eso. Tienen gallardía, tienen heridas de guerra, han estado bajo el fuego; y a estas alturas, cada una de ellas sabe cosas de las otras, que nadie más conoce.

Así que han seguido reuniéndose regularmente, como viudas de guerra o veteranos envejecidos, o esposas de desaparecidos en combate. Como suele suceder en reuniones de ese estilo, hay más gente presente alrededor de la mesa de la que en apariencia está.

No hablan de Zenia, sin embargo. Ya no, no desde que la enterraron. Como dice Charis, hablar de ella podría retenerla en esta tierra. Como dice Tony, es malo para la digestión. Y, como dice Roz, ¿por qué concederle tiempo en antena?

De todos modos está aquí, en la mesa, piensa Tony. Está aquí, la retenemos, le concedemos tiempo en antena. No podemos dejarla ir.

Viene la camarera a tomar nota. Hoy es una chica de cabello color diente de león, con mallas estampadas en piel de leopardo y botas plateadas de cordones que le llegan a la pantorrilla. Charis pide la Delicia del conejo —delicia para el conejo, no hecha con él—, con zanahoria rallada, queso tierno y ensalada fría de lentejas. Roz pide el sándwich de queso tostado *gourmet* extra grueso, hecho con pan a las hierbas y semillas de alcaravea y servido con encurtidos polacos; y Tony pide el Especial Oriente Medio, con *falafel* y *shashlik* y cuscús y *hummus*.

—Hablando de Oriente Medio —dice Roz—, ¿qué está pasando allí? Eso del Irak. Supongo que es tu especialidad, Tony.

Las dos miran a Tony.

—En realidad, no lo es —dice Tony. Lo bueno de ser historiadora, ha intentado explicarles, es que casi siempre se puede esquivar satisfactoriamente el presente. Aunque, desde luego, ella está al corriente de la situación, desde hace años. Se ensayarán interesantes tecnologías nuevas, eso es seguro.

—No seas modesta —dice Roz.

—¿Quieres saber si habrá guerra? —dice Tony—. La respuesta breve es que sí.

—Eso es terrible —dice Charis, consternada.

—No matéis a la mensajera —dice Tony—. No es culpa mía, yo solo os lo digo.

—Pero ¿cómo puedes estar tan segura? —dice Roz—. Algo podría cambiar.

—Esto no es como la Bolsa —dice Tony—. Ya está decidido. Se decidió en cuanto Saddam cruzó la frontera. Como el Rubicón.

—¿Como qué? —dice Charis.

—No tiene importancia, cielo, solo es algo histórico —dice Roz—. ¿Tan mal están las cosas?

—No a corto plazo —dice Tony—. A la larga..., bueno, muchos imperios han caído por extenderse demasiado. Eso podría aplicarse a los dos bandos. Pero en estos momentos Estados Unidos no lo tiene en cuenta. Le encanta la idea. Tendrá ocasión de probar sus juguetes nuevos, de hacer nuevos negocios. No lo veáis como una guerra, vedlo como una simple ampliación de mercados.

Charis carga el tenedor de zanahoria rallada; tiene una brizna en el labio superior, un cautivador bigote naranja.

—Bueno, de todos modos no lo haremos nosotros —dice.

—Ya verás como sí —dice Tony—. Se exigirá nuestra colaboración. Si aceptas el chelín del rey, le besas el culo al rey. Estaremos allí, nosotros y nuestra oxidada marina que se está cayendo a pedazos. Eso sí que es una vergüenza. —Tony está indignada de veras: si se envía a los hombres a combatir, hay que darles el material adecuado.

—A lo mejor se echa atrás —dice Roz.

—¿Quién? —dice Tony—. ¿El tío Sam?

—El tío Saddam, y perdona el chiste —dice Roz.

—No puede —dice Tony—. Ha ido demasiado lejos. Su propia gente lo

asesinaría. Y no es que no lo hayan intentado ya.

—Es deprimente —dice Charis.

—Desde luego —dice Tony—. Prevalecerá el ansia de poder. Miles de personas morirán inútilmente. Se pudrirán los cadáveres. Perecerán mujeres y niños. Se extenderán epidemias. El hambre asolará el país. Se crearán fondos de socorro y los funcionarios desviarán el dinero a sus cuentas. Pero no todo es malo: la tasa de suicidios disminuirá. Siempre ocurre durante las guerras. Y puede que las mujeres soldado tengan ocasión de luchar en primera línea, de marcar un tanto en favor del feminismo. Aunque lo dudo. Seguramente se limitarán a poner vendas como de costumbre. Pidamos otra botella de Evian.

—Con qué sangre fría hablas, Tony —dice Roz—. ¿Quién ganará?

—¿La batalla o la guerra? —dice Tony—. En cuanto a la batalla, no cabe duda de que vencerá la tecnología. Quien tenga el dominio del aire. ¿Quién crees que será?

—Los iraquíes tienen una especie de cañón gigante —dice Roz—. He leído algo de eso.

—Solo una parte de él —dice Tony, que sabe bastante del tema porque le interesa. A ella, a *Jane's Defence Weekly* y a personas desconocidas—. El supercañón. Habría supuesto una revolución tecnológica, desde luego; habría sustituido los aviones de medio alcance y esos cohetes tan caros, habría reducido costes. ¿Sabéis cómo lo llamaban? ¡Proyecto Babilonia! Pero el tipo que lo construía fue asesinado. Un genio loco de las armas, Gerry Bull. El mejor experto en balística del mundo; y era de los nuestros, además. Se lo habían advertido, más o menos. Le cambiaban las cosas de sitio cuando no estaba en su apartamento. Y eso es más que una insinuación, diría yo. Pero él siguió construyendo el cañón, hasta que, ¡bang!: cinco balas en la cabeza.

—Es horrible —dijo Charis—. No lo soporto.

—Puedes elegir —dice Tony—. Piensa en cuánta gente habría matado el supercañón.

—Bueno, de todos modos he oído rumores acerca de que se han refugiado bajo tierra —dice Roz—. He oído que tienen búnkers de hormigón muy profundos. A prueba de bombas.

—Solo para los generales —dice Tony—. Espera y verás.

—Qué cínica eres, Tony —dice Charis con un suspiro de compasión. Aún tiene la esperanza de que Tony evolucione espiritualmente, lo cual conllevaría, sin duda, el descubrimiento de sus vidas anteriores, una lobotomía parcial y un mayor interés por la jardinería.

Tony la mira: Charis está sentada ante su vistoso postre, el surtido de helados, una bola rosa, una bola roja, una bola morada, la cucharilla en la mano, como una niña en una fiesta de cumpleaños. Tanta inocencia afecta a Tony de dos maneras al mismo tiempo: le gustaría consolar a Charis, y también darle una sacudida.

—¿Qué quieres que diga? ¿Que deberíamos adoptar todas una actitud más positiva?

—A lo mejor servía de algo —dice Charis con solemnidad—. Nunca se sabe. Si lo hiciera todo el mundo...

A veces a Tony le gustaría coger a Charis de esa mano blanca como un lirio y conducirla a los montones de calaveras, a los fosos ocultos llenos de cadáveres, a los niños que se mueren de hambre con los brazos como palillos y los estómagos hinchados, a las iglesias cerradas por fuera y luego incendiadas con los prisioneros chillando en su interior, a las cruces, hilera tras hilera tras hilera. Siglo tras siglo, cada vez más atrás en el tiempo, hasta donde se puede llegar. «Ahora contesta —le diría a Charis—. ¿Qué ves?».

«Flores», diría Charis.

Zenia no habría dicho eso.

Tony siente un escalofrío. Se habrá abierto la puerta. Alza la vista y mira al espejo.

Zenia está allí de pie, detrás de ella, en el humo, en el espejo, en esta sala. No es alguien que se parece a Zenia: es Zenia en persona.

No es una alucinación. La camarera con mallas estampadas en piel de leopardo también la ha visto. Asiente con la cabeza, se acerca a ella, le señala una mesa del fondo. Tony nota que el corazón se le encoge como en un puño y se hunde a plomo.

—¿Qué te pasa, Tony? —dice Roz. Coge a Charis del brazo.

—Vuelve la cabeza poco a poco —dice Tony—. No grites.

—Oh, mierda —dice Roz—. Es ella.

—¿Quién? —dice Charis.

—Zenia —dice Tony.

—Zenia está muerta —dice Charis.

—Dios —dice Roz—, es ella, de verdad. No mires tanto, Charis. Te va a ver.

—Y nos hizo asistir a aquellos funerales idiotas —dice Tony.

—Bueno, ella sí que no asistió —dice Roz—. Solo había una lata de metal, ¿os acordáis?

—Y el abogado —dice Tony. Pasado el primer sobresalto, descubre que no está sorprendida.

—Sí —dice Roz—. Abogado, narices.

—Parecía un abogado —dice Charis.

—Lo parecía demasiado —dice Roz—. Afrontemos la realidad: nos la jugó. Fue uno de sus números.

Hablan en susurros, como conspiradoras. ¿Por qué?, piensa Tony. No tenemos nada que ocultar. Deberíamos plantarnos las tres ante ella y preguntarle... ¿qué? ¿Que cómo puede tener la suma desfachatez de estar aún viva?

Tendrían que seguir hablando, fingir que no la ven. Pero se quedan mirando la mesa, donde los restos de sus surtidos de helados se han derretido en manchas rojas y moradas, que flotan sobre los platos blancos como los restos que denotan el ataque de un tiburón. Se sienten cogidas, se sienten atrapadas, se sienten culpables. Tendría que

ser Zenia quien se sintiera así.

Pero Zenia pasa junto a su mesa como si no estuvieran allí, como si no hubiera nadie. Tony siente que las tres se difuminan en el fulgor que ella irradia. El perfume que lleva es irreconocible: algo denso y turbio, hosco y ominoso. El olor de la tierra abrasada. Va al fondo del comedor y se sienta, y enciende un cigarrillo y mira por encima de sus cabezas, hacia la ventana.

—¿Qué hace, Tony? —susurra Roz. Tony es la única que puede ver bien a Zenia.

—Está fumando —dice Tony—. Espera a alguien.

—Pero ¿qué hace aquí? —dice Roz.

—Visitar los barrios bajos —dice Tony—. Como nosotras.

—No me lo creo —dice Charis en tono quejumbroso—. Este día me gustaba, hasta ahora.

—No, no —dice Roz—. Quiero decir qué hace en esta ciudad. Mierda, quiero decir en este país. Ha quemado todas las naves. ¿Qué puede quedarle aquí?

—No quiero hablar de ella —dice Tony.

—Yo ni siquiera quiero pensar en ella —dice Charis—. No quiero que me nuble el pensamiento.

Pero no hay esperanzas de pensar en ninguna otra cosa.

Zenia está tan bella como siempre. Viste de negro, un conjunto ceñido con un escote bajo y redondeado que deja al descubierto la parte superior de los pechos. Parece, como siempre, una fotografía, una fotografía de alta costura tomada con una luz muy intensa, de modo que todas las imperfecciones y arrugas quedan borradas y solo permanecen los rasgos básicos: en su caso, la boca carnosa, de un rojo morado, desdeñosa y triste; los ojos enormes y profundos, las cejas finamente arqueadas, los pómulos altos matizados de terracota. Y el cabello, una densa nube de cabello, revuelto alrededor de la cabeza por el viento imperceptible que la acompaña a todas partes, un viento que le moldea la ropa contra el cuerpo, que le agita espasmódicamente los zarcillos oscuros en torno a la frente y llena el aire que la envuelve de un sonido susurrante. En medio de esta conmoción imperceptible ella permanece inmóvil, tan quieta como si estuviera tallada. Oleadas de mala voluntad emanan de ella como una radiación cósmica.

O eso es lo que ve Tony. Es un exceso, por supuesto; una exageración. Pero estas son las emociones que Zenia suele inspirar: emociones exageradas.

—Vámonos —dice Charis.

—No te dejes asustar —dice Tony, como para sí.

—No es miedo —dice Charis—. Me da náuseas. Me da náuseas de mí misma.

—Sí —dice Roz en tono reflexivo—, es el efecto que produce.

Las otras dos mujeres recogen los bolsos y dan comienzo al ritual de dividir la cuenta. Tony sigue mirando a Zenia. Es verdad que está tan bella como siempre; pero ahora Tony detecta un aura opaca, pulverulenta, como la cera que cubre una uva; una leve contracción de los poros, un encogimiento, como si parte del jugo vital le

hubiera sido sorbido de debajo de la piel. Tony lo encuentra tranquilizador: Zenia es mortal después de todo, como todas ellas.

Zenia exhala una bocanada de humo, baja la vista. Mira fijamente hacia Tony. La atraviesa con la mirada como si no estuviera. Pero la ve, desde luego. Las ve a las tres. Sabe lo que sienten. Está disfrutando.

Tony deja de mirar. Siente el corazón frío y denso, apelmazado como una bola de nieve. Al mismo tiempo está excitada, tensa, como si esperase una palabra breve, una orden, seca y mortífera. «¡Carguen! ¡Apunten! ¡Fuego!». O algo por el estilo.

Pero también está cansada. Quizá ya no tenga energías para Zenia. Puede que no esté a su altura, esta vez. No es que lo haya estado nunca.

Se concentra en la lisa superficie de la mesa, el cenicero negro con las colillas arrugadas. El nombre del restaurante está inscrito en letras de plata: «Toxique».

Euqixot. Parece azteca.

¿Qué se trae entre manos?, piensa Tony. ¿Qué quiere?

¿Qué hace aquí, a este lado del espejo?

6

Las tres desfilan por la puerta, una tras otra. Se batan en retirada. Tony resiste el impulso de salir andando hacia atrás: el porcentaje de bajas aumenta cuando se da la espalda al enemigo.

No es que Zenia tenga una pistola, claro. Aun así, Tony percibe la desdeñosa mirada ultramarina que taladra como un láser su endeble vestidito de rayón a topos. «Patético», debe de pensar Zenia. Seguramente se ríe, o sonrío, con las comisuras de los sensuales labios curvadas hacia arriba. Las tres juntas no son bastante importantes para una risa.

Tony se sentía segura esta mañana, bastante segura. Pero ahora ya no. Todo ha sido puesto en duda. Incluso en los mejores momentos, el mundo cotidiano es sutil para ella, una fina piel iridiscente sostenida en su lugar por la tensión superficial. Dedicar un gran esfuerzo a mantenerlo todo unido, a la ilusión deliberada de comodidad y estabilidad, a las palabras que fluyen de izquierda a derecha, a las rutinas del amor; pero debajo hay oscuridad. Amenaza, caos, ciudades en llamas, torres que se derrumban, la anarquía de las aguas profundas. Toma aliento para sosegar y nota cómo se precipitan hacia el cerebro el oxígeno y los gases de los coches. Le vacilan las piernas, la fachada de la calle se ondula, trémula como un reflejo en un estanque, la débil luz del sol se disipa cual humo al viento.

No obstante, cuando Roz se ofrece a llevarla a casa, o a donde vaya, Tony responde que irá a pie. Necesita el intervalo, necesita el espacio, necesita prepararse para West.

Esta vez no besan las tres el aire sino que se abrazan. Charis está temblando, pese a que intenta serenarse. Roz actúa con ligereza y despreocupación, pero contiene las lágrimas. Se sentará en el coche y llorará, se enjugará los ojos con la manga de la vistosa chaqueta, hasta que se sienta capaz de conducir de vuelta a su oficina situada en un ático. Charis, por su parte, irá andando a paso lento hasta el muelle del transbordador que conduce a la isla, examinará los escaparates y cruzará las calles sin hacer caso del semáforo ni del tráfico. En el transbordador contemplará las gaviotas imaginando que es una de ellas, e intentará quitarse a Zenia de la cabeza. Tony se siente protectora para con sus dos amigas. ¿Qué saben ellas de las difíciles y abstrusas elecciones? Ninguna de las dos resulta de gran ayuda en la lucha que se avecina. Pero ellas no tienen nada que perder. Nada, o nadie. Tony sí.

Avanza un trecho por Queen y luego gira hacia el norte por Spadina. Su voluntad hace que los pies se muevan, su voluntad hace que brille el sol. «Teme demasiado su destino, o sus merecimientos son pequeños, quien no arriesga en la jugada el ganar o perderlo todo». Unos versos alentadores, del gusto del público en general, del gusto de los generales. Lo que ella necesita es algo de perspectiva. Algo de *aviticepsrep*. Una palabra medicinal.

Poco a poco se le aquieta el corazón. Es apaciguador estar entre desconocidos,

que no le exigen esfuerzos ni explicaciones ni palabras tranquilizadoras. Le gusta la mezcla que hay aquí, en la calle, la miscelánea de razas. Se ha impuesto sobre todo el Barrio Chino, aunque todavía quedan algunas charcuterías judías y, más arriba y hacia un lado, las tiendas portuguesas y antillanas del mercado de Kensington. Roma en el siglo II, Constantinopla en el X, Viena en el XIX. Una encrucijada. La gente de otros países parece que se esfuerza en olvidar algo; la de aquí, que se esfuerza en recordar. O quizá sea al revés. En todo caso, los ojos tienen un aire preocupado y vuelto hacia dentro, un mirar de soslayo. Música de algún otro lugar.

La acera está repleta de compradores que aprovechan la hora del almuerzo; evitan tropezar los unos con los otros y parecen hacerlo sin mirarse, como si estuvieran recubiertos de bigotes de gato. Tony serpentea entre ellos, pasa ante las verdulerías con sus frutas exóticas y sus lichis y sus coles largas y rizadas expuestas sobre caballetes junto a la puerta, ante las carnicerías con sus patos rojizos y laqueados colgados en el escaparate, ante las tiendas de ropa blanca con los manteles calados, ante los kimonos de seda con dragones de la buena suerte bordados en la espalda. Entre los chinos experimenta la sensación de tener la estatura adecuada, aunque no ignora cómo la ven algunos de ellos: una diablesa extranjera blanca y velluda; aunque no es muy velluda, para lo que suele verse, ni muy diabólica tampoco. Extranjera, sí. Extranjera aquí.

Ya casi le toca ir a cortarse el pelo, en Liliane's, dos manzanas más arriba y a la vuelta de la esquina. Allí siempre la alaban efusivamente; admiran, o fingen admirar, sus piecitos, sus minúsculas manos como zarpas de topo, su trasero plano, su boca en forma de corazón, que resulta anticuada ante los labios que ilustran las revistas de moda, fruncidos y como picados por abejas. Le dicen que es casi china.

Pero solo casi. «Casi» es lo que se ha sentido siempre; aproximada. Zenia nunca ha sido «casi», ni siquiera en sus momentos más fraudulentos. Tenía profundamente asumida su falsedad e incluso sus disfraces más superficiales eran absolutos.

Tony anda y anda, a lo largo de Spadina, pasa ante el antiguo Teatro Victoria — qué victoria, victoria de quién, se pregunta—, ahora cubierto de carteles que anuncian películas chinas, pasa ante la Taberna de Grossman y cruza la calle College, donde la Mission Scott proporciona sopa cristiana a cada vez más gente que tiene cada vez menos dinero. Puede ir andando todo el camino a casa, hoy no ha de dar clase. Necesita reagrupar sus fuerzas, necesita reflexionar, necesita trazar una estrategia. Pero ¿cuánta estrategia se puede trazar con tan poco de qué partir? Por ejemplo, ¿por qué Zenia ha decidido resucitar? ¿Por qué se molestó en ponerse una bomba, para empezar? Tendrá sus motivos, quizá; pero nada relacionado con ellas tres. O con ellos dos, con ella y West. Aun así, es mala suerte que Zenia la viera en el Toxique.

Puede que a estas alturas Zenia se haya olvidado completamente de West. «Es caza menor —se dice Tony en son de súplica—. Un pecesito pequeño. ¿Por qué tomarse el trabajo?». Pero a Zenia le gusta cazar. Le gusta cazar cualquier cosa. Disfruta con ello.

«Imagínate al enemigo —dicen los expertos—. Ponte en su lugar. Piensa que eres él. Aprende a predecir sus actos». Por desgracia, los actos de Zenia son muy puñeteros de predecir. Es como en el viejo juego infantil: tijeras, papel y piedra. Las tijeras cortan el papel, pero la piedra rompe las tijeras. El truco está en saber qué esconde el adversario, qué puño, qué desagradable sorpresa o qué arma secreta oculta él tras la espalda. O ella.

El sol declina y Tony anda por su calle tranquila, arrastrando los pies entre las hojas caídas de los arces y los castaños, de vuelta a su casa. Su fortaleza. Bajo la luz menguante, la casa ya no es compacta, sólida, incontrovertible. Más bien parece provisional, como a punto de ser vendida, o de zarpar; tremola un poco, cabecea en su amarradero. Antes de abrir la puerta Tony pasa la mano sobre los ladrillos, para asegurarse de que su hogar existe.

West la oye entrar y la llama. Tony se mira la cara en el espejo del recibidor y la compone dándole lo que espera que sea una expresión normal.

—Escucha esto —le dice West, cuando ella termina de subir las escaleras hasta el segundo piso.

Tony escucha: es otro ruido, muy parecido —hasta donde alcanza a distinguir— al de ayer. Durante el cortejo, los pingüinos macho traen piedras, sujetas entre las botas de goma que semejan sus patas; West trae ruidos.

—Es magnífico —dice ella. Es una de sus mentiras menos importantes.

West sonríe, lo cual quiere decir que sabe que ella no oye lo que oye él, pero que le gusta que no lo diga. Ella le devuelve la sonrisa y le escruta la cara con nerviosismo. Examina cada arruga, cada rasgo e inflexión. Todo está como de costumbre, según puede juzgar.

Ninguno de los dos tiene ganas de cocinar, así que West se llega hasta la esquina en busca de comida japonesa —anguila a la parrilla, caballa y *sushi* de salmón— y la consumen sentados sobre cojines, delante del televisor que hay en el estudio de West, en el segundo piso, descalzos y lamiéndose los dedos.

West tiene el televisor allí para poder pasar sus vídeos, en los que el sonido aparece en forma de colores y líneas onduladas, pero también lo utilizan los dos para ver películas viejas y las series policíacas de pacotilla que dan a altas horas de la noche. En general, West prefiere las películas, pero esta noche le toca elegir a Tony y se deciden por la reposición de una serie policíaca, alta en la escala de lo ofensivo y lo vulgar y puntuada con estallidos de violencia gratuita.

Los alumnos de Tony sonreirían si la sorprendieran ante estos programas; viven con la ilusión de que no es posible que sus mayores y sus maestros sean tan frívolos y mentalmente perezosos como lo son ellos. Tony observa la pantalla, en la que aparece una mujer que se cepilla el cabello acabado de lavar y otra que ensalza una nueva compresa sanitaria, diseñada para recoger el goteo. Todavía sigue observándola mientras por centésima, por milésima vez, un hombre se dispone a matar a otro.

Esos hombres siempre tienen algo adecuado que decir antes de lanzar el cuchillo,

romper el cuello o apretar el gatillo. Quizá sea solo un fenómeno de la pantalla, una fantasía de los guionistas, o quizá los hombres dicen realmente tales cosas, en tales circunstancias. ¿Cómo puede saberlo Tony? ¿Existe el impulso de advertir, de regodearse, de intimidar al enemigo, de animarse uno mismo a la acción? «*Dieu et mon droit. Nemo me impune lacessit. Dulce et decorum est pro patria mori. Conmigo no se juega*». Desafíos, gritos de guerra, epitafios. Pegatinas de automóvil.

Este hombre dice: «Eres historia».

Tony ha compilado una lista mental de estos sinónimos televisivos de la muerte. «Eres un fiambre», «estás frito», «estás acabado», «eres carne picada», «eres carne muerta». Es curioso comprobar cuántos de ellos tienen relación con la comida, como si verse reducido a nutrientes sea la indignidad definitiva. Pero «eres historia» se cuenta desde hace tiempo entre sus favoritos. Establece una ecuación muy exacta entre el pasado —cualquier pasado, todo el pasado— y un olvido merecido y de mala calidad. «Eso es historia —anuncian los jóvenes, con arrogante desdén—. Esto es ahora».

Hay un primer plano del terror que reflejan los ojos saltones en el rostro del hombre que pronto pasará a ser historia si las cosas se desarrollan por el camino que llevan, y a continuación la escena salta a una imagen de conductos nasales por los que se filtran unas burbujas medicinales de color naranja que tienen una sonrisa dibujada.

—Es horrible —dice West. Tony no sabe si se refiere al programa o a la sección transversal de la nariz. Quita el sonido, le coge una mano a West y sujeta dos de sus grandes dedos manchados de salsa de soja.

—West —dice. ¿Qué es lo que le gustaría comunicar? «¿Qué grandote eres?». No. «¿No soy tu dueña?». No. «¿Por favor, quédate?».

La *i* y el punto, dice él a veces de ellos dos. *Otnup le y i al*, replica Tony. Corta ya con eso, dice West. Cuando pasean juntos, siempre da la impresión de que uno de los dos lleva una correa; pero ¿cuál de ellos? ¿Un oso y su domador? ¿Un perro de lanas y su entrenador?

—¿Quieres una cerveza? —dice West.

—Zumo de manzana —dice Tony—, por favor. —Y West se incorpora desde el cojín y baja las escaleras en calcetines.

Tony permanece sentada contemplando un coche nuevo que avanza con silenciosa celeridad por un desierto montañoso, dominado por cerros aislados de cima llana. Buen terreno para emboscadas. Ahora mismo solo tiene que tomar una decisión: si se lo dice a West o no. ¿Cómo podría decírselo? «Zenia vive». ¿Y luego qué? ¿Qué haría West? ¿Salir corriendo de casa, sin abrigo, sin zapatos? Es posible. Las personas altas tienen la cabeza demasiado lejos del suelo, su centro de gravedad está demasiado arriba. Una sacudida y se caen. Como dijo Zenia una vez, a West solo hay que darle un empujón.

Movida por un presentimiento, se levanta y se acerca de puntillas al escritorio de

West, donde está el teléfono. West no tiene nada tan organizado como una agenda telefónica, pero en el reverso de una hoja de notaciones musicales Tony encuentra lo que temía. «Z. —Hotel A. Ext. 1409».

La letra Z flota sobre la página como garrapateada en una pared, como arañada en una ventana, como grabada en un brazo. Z de Zorro, el vengador enmascarado. Z de Zafarrancho.

Es como si Zenia ya hubiera estado aquí y hubiera dejado una firma provocadora; pero la letra es de West. Qué tierno, piensa Tony; ha dejado la nota ahí encima para que la vea cualquiera, ni siquiera tiene la picardía de tirarla al retrete. Lo que no es tan tierno es que no se lo haya dicho. West es menos transparente de lo que ella creía, menos cándido; más pérfido. El enemigo ha traspasado los muros.

Lo personal no es político, piensa Tony; lo personal es militar. La guerra sobreviene cuando el lenguaje fracasa.

«Zenia —susurra, ensayándolo—, Zenia, eres historia».

«Eres carne muerta».

CHARIS

Charis se levanta al amanecer. Hace pulcramente la cama, porque le merece respeto. Después de pasar a lo largo del tiempo de una cama a otra —un colchón en el suelo, o varios colchones en varios suelos, una cama de segunda mano con patas de madera ahusadas y desmontables que se rompían un día sí y otro también, un *futon* que le deshacía la espalda, un catre de espuma que olía a química—, finalmente ha conseguido una cama que le gusta: firme, pero no demasiado, con un armazón de hierro forjado pintado de blanco. Se la compró por poco dinero a Shanita, una compañera de trabajo que iba a deshacerse de ella en una de sus transformaciones periódicas. Todo lo que viene de Shanita trae buena suerte, y esta cama también trae buena suerte. Es clara, es fresca, como un caramelo de menta.

Charis ha cubierto la cama con una hermosa colcha estampada, uvas y zarcillos y hojas rosa oscuro sobre fondo blanco. Una imagen victoriana. Demasiado ñoña, dice su hija Augusta, a la que le van las sillas de piel tan lisas como la corva, las mesas de salón hechas de vidrio y tubo cromado, los sofás de diseño en algodón rugoso con almohadones de tonos grises y marfiles y color de té con leche: opulencia minimalista como en los despachos de los abogados de empresa. O eso se imagina Charis; de hecho, no conoce a ningún abogado de empresa. Su hija recorta de las revistas fotografías de estas sillas y mesas y sofás tan atemorizantes y las pega en su álbum de muebles, y deja el álbum a la vista, abierto, como un reproche a Charis y sus hábitos descuidados.

Su hija es una chica dura. Resulta difícil complacerla, o a Charis le resulta difícil complacerla. Tal vez porque no tiene padre. Tal vez no, pues tiene un padre invisible, un padre que es como una silueta punteada que Charis ha coloreado para ella, aunque tampoco tenía mucho en qué basarse, así que no es de extrañar que sus rasgos hayan quedado poco claros. Charis se pregunta si habría sido mejor para su hija tener padre. No puede saberlo, porque ella no lo tuvo nunca. Quizás Augusta sería más tolerante con Charis si hubiera tenido dos progenitores a los que considerar inadecuados y no uno solo.

Quizá Charis se lo merece. Quizá fue la directora de un orfanato en una vida anterior; un orfanato Victoriano, con gachas para los huérfanos y un fuego acogedor y una cálida cama de dosel con una colcha rellena de plumón para la directora, cosa que explicaría su gusto para los cobertores.

Recuerda que su madre solía decir de ella que era dura, antes de ser Charis, cuando aún se llamaba Karen. «Eres dura, eres dura», lloraba, y le pegaba en las piernas con un zapato o con el mango de la escoba o con lo que tuviera más a mano. Pero Karen no era dura, era blanda, demasiado blanda. Un tacto blando. Su cabello

era blando, su sonrisa era blanda, su voz era blanda. Era tan blanda que no ofrecía resistencia. Las cosas duras se hundían en ella, la atravesaban y, si se esforzaba lo suficiente, salían por el otro lado. Entonces no tenía que verlas ni oír las, ni siquiera tocarlas.

Quizá lo suyo parecía dureza. «No puedes ganar esta lucha», le decía su tío, al tiempo que le ponía encima la gruesa mano. El creía que ella estaba luchando. Quizá lo estaba. Finalmente Karen se convirtió en Charis y desapareció para reaparecer en otro lugar, y desde entonces ha estado siempre en otro lugar. Después de convertirse en Charis se hizo más dura, lo bastante para salir adelante, pero siguió llevando ropas blandas: ondeantes muselinas indias, largas faldas fruncidas, chales floreados, pañuelos que le envolvían el cuerpo.

En cambio a su hija le va lo brillante. Uñas pintadas, cabello oscuro lacado como un casco centelleante, aunque no al estilo punk: eficiente. Es demasiado joven para relucir tanto, solo tiene diecinueve años. Es como una mariposa convertida en dura insignia esmaltada para la solapa mientras aún está a medio salir de la crisálida. ¿Cómo podrá desplegar las alas? Sus trajes de tela rígida, sus limpias botitas de soldado, sus pulcras columnas en el papel listado de la impresora... todo ello le rompe a Charis el corazón.

«Agosto», le puso Charis a su hija, porque ese fue el mes en que nació. Brisas cálidas, talco para bebé, calor lánguido, el olor del heno segado. Un nombre blando. Demasiado blando para su hija, que lo ha modificado. Ahora se llama «Augusta»; connotaciones muy distintas. Estatuas de mármol, narices romanas, bocas de labios apretados acostumbradas a emitir órdenes. Augusta cursa el primer año de empresariales en Western, con una beca, por suerte, porque Charis jamás habría podido pagárselo; su despiste respecto al dinero es otra fuente de quejas para Augusta.

Pero pese a la falta de efectivo Augusta siempre ha estado bien alimentada. Bien alimentada, bien cuidada, y cada vez que viene a casa de visita Charis le prepara una comida nutritiva, con muchas hojas verdes y equilibrada en proteínas. Le hace pequeños regalos, bolsitas llenas de pétalos de rosa y galletas con semillas de girasol para que se las lleve a la universidad. Pero, al parecer, nunca son las cosas adecuadas, nunca son suficiente.

Augusta le dice a Charis que enderece la espalda si no quiere convertirse en una vieja desastrada. Le registra los armarios y los cajones y tira los cabos de vela que Charis guardaba para hacer otras velas, algún día, cuando encuentre el momento, y las pastillas de jabón medio gastadas con las que pensaba hacer otras pastillas de jabón, y las hebras de lana destinadas a decorar el árbol de Navidad que se apolillaron por equivocación. Le pregunta a Charis cuándo fue la última vez que limpió el retrete y le ordena que se deshaga de esas piltrafas de la cocina, con lo que se refiere a los manojos de hierbas secas que Charis tan amorosamente recoge todos los veranos y que cuelgan —un tanto polvorientas pero todavía útiles— de los clavos de distinto

tamaño que tachonan el listón superior del marco de la ventana, y al cesto de alambre para los huevos y las cebollas al que Charis echa los guantes y las bufandas, y a las manoplas para el horno, de Oxfam, confeccionadas por campesinas montañesas de algún lugar lejano, en forma de un mochuelo rojo y un gatito azul marino.

Augusta mira ceñuda el mochuelo y el gatito. Su cocina será blanca, le dice a Charis, y muy funcional, todo guardado en cajones. Ya ha recortado una foto de cómo va a ser, de *Architectural Digest*.

Charis quiere a Augusta, pero decide no pensar en ella en este instante. Es demasiado temprano. Lo que hará será disfrutar del amanecer, que es una forma más neutral de empezar el día.

Va hacia la ventana del pequeño dormitorio y echa a un lado la cortina, que es un retal de la misma tela estampada que cubre la cama. Aún no ha encontrado el momento de coser el dobladillo, pero lo hará, más adelante. Varias chinchetas de las que la sujetan a la pared por la parte superior se desprenden y ruedan por el suelo. Ahora tendrá que acordarse de no pisarlas cuando vaya descalza. Debería conseguir una barra para la cortina, o algo parecido, dos ganchos con un pedazo de cordón; eso no puede ser muy caro. En cualquier caso, ha de lavar la cortina antes de que Augusta vuelva a casa. «¿Es que no la lavas nunca? —le dijo la última vez—. Se parece a los calzoncillos de un pobre». Augusta expresa las cosas de una manera muy gráfica que sobresalta a Charis. Es demasiado cortante, demasiado brillante, demasiado aguda: formas recortadas en hojalata.

No importa. La vista desde la ventana de su dormitorio está ahí para apaciguarla. Su casa es la última de la fila, y luego viene la hierba y luego los árboles, arcos y sauces y, por un hueco entre los árboles, el puerto, con el sol que justo empieza a rozar el agua, desde la que hoy se alza una neblina vaporosa. Muy rosa, muy blanca, muy suavemente azul, con una rodaja de luna y las gaviotas volando en círculos y zambulléndose como almas en vuelo; y sobre la neblina flota la ciudad, torre y torre y torre y chapitel, muros de cristal de distintos colores, negro, plata, verde, que captan la luz y la devuelven de un modo tierno a esta hora.

Desde aquí, en la isla, la ciudad es misteriosa, como un espejismo, como la portada de un libro de ciencia ficción. Una edición de bolsillo. También es así en el ocaso, cuando el cielo se vuelve naranja tostado y luego pasa a un carmesí sanguinolento y después al del índigo, y las luces de las muchas ventanas mudan la oscuridad en gasa; y más tarde, de noche, el neón resalta contra el cielo, que resplandece como un parque de atracciones, como algo que arde sin peligro. La única hora en que a Charis no le apetece mirar la ciudad es al mediodía, bajo el pleno fulgor del sol. Es demasiado nítida, demasiado insolente y agresiva. Se proyecta, empuja. Entonces todo son vigas y placas de hormigón.

Charis prefiere mirar la ciudad a visitarla, incluso en el crepúsculo. Porque una vez allí ya no puede verla; o la ve solo en detalle, y resulta más áspera, picada de viruelas, surcada de rejillas, como una fotografía microscópica de la piel. No

obstante, tiene que ir cada día; necesita trabajar. Le gusta bastante su empleo, dentro de lo que cabe, aunque es un trabajo y todo trabajo lleva unos grilletes incorporados. Corchetes. Así que intenta proporcionarse un pequeño respiro cada día, una pequeña alegría, algo extra.

Hoy va a almorzar al Toxique, con Roz y Tony. En cierto modo no son amigas adecuadas para ella. Es curioso pensar que hace tanto que las conoce, desde McClung Hall. Bien, no que las conoce, pues en aquella época no conocía verdaderamente a nadie, solo su aspecto. Pero ahora Tony y Roz son sus amigas, de eso no cabe ninguna duda. Son parte de su circunstancia en esta vida.

Se aleja de la ventana y se detiene para quitarse una chincheta del pie. No duele tanto como había imaginado. En un destello fugaz se le aparece la imagen de un lecho de clavos, con ella acostada encima. Llevaría algún tiempo acostumbrarse, pero sería un buen entrenamiento.

Se quita el camisón blanco de algodón, se bebe el vaso de agua que deja cada noche junto a la cama para recordarse que ha de beber, y hace sus ejercicios de yoga sin más ropa que las bragas. Los leotardos están con la colada, pero ¿qué más da? Nadie la ve. Vivir sola tiene sus cosas buenas. La habitación está un poco fría, pero el aire fresco tonifica la piel. Un aspecto agradable de su trabajo es que no empieza hasta las diez, lo que le da tiempo para acostumbrarse lentamente al día.

Hace un poco de trampa en los ejercicios porque ahora mismo no tiene ganas de estirarse en el suelo. Luego va al piso de abajo y se ducha. El cuarto de baño está al lado de la cocina, porque lo añadieron cuando ya estaba construida la casa. Muchas viviendas de la isla son así; al principio tenían excusados en el exterior, porque entonces solo eran casitas de veraneo. Charis ha pintado el cuarto de baño de un rosa alegre, pero eso no ha mejorado en nada la inclinación del suelo. Es posible que el cuarto de baño esté separándose del resto de la casa, lo que explicaría las grietas y las corrientes de aire en invierno. Quizá tendrá que hacer que lo apuntalen.

Charis se lava con gel de ducha Body Shop, al aroma de zarzamora: los brazos, el cuello, las piernas con sus cicatrices casi invisibles. Le gusta estar limpia. Hay limpieza por fuera y hay limpieza por dentro, decía su abuela; y la limpieza por dentro es mejor. Pero Charis no está del todo limpia por dentro: todavía lleva adheridos jirones de Zenia, como una muselina con lentejuelas sucia. Ve en su mente el nombre *Zenia*, encendido como un araño, como lava, y lo tacha con una gruesa raya negra. Es demasiado temprano para pensar en Zenia.

Se frota el pelo en la ducha y luego sale, se lo seca con una toalla y se peina con raya en medio. Augusta no para de fastidiarla para que se lo corte; y se lo tiña, también. Augusta no quiere una madre vieja y descolorida. «Descolorida» es la expresión que utiliza. «Me gusto tal como soy», le dice Charis; pero en su interior se pregunta si es la pura verdad. No obstante, se niega a teñirse el pelo, porque una vez que empiezas tienes que seguir haciéndolo, y eso es otra pesada cadena. Fíjate en Roz.

Se examina los pechos ante el espejo del cuarto de baño —tiene que hacerlo todos los días, porque si no se olvidaría y no lo haría nunca— y no encuentra ningún bulto. Quizá debería empezar a usar sostén. Quizá debería haberlo usado siempre; ahora no tendría los pechos tan caídos. Nadie te advierte por adelantado qué significa envejecer. No, no es verdad. La gente te advierte, pero no escuchas. «Mamá está en otra onda», decía Agosto a sus amigas antes de cambiarse el nombre.

Charis saca el péndulo de cuarzo de su bolsa de seda china azul —la seda conserva las vibraciones, dice Shanita— y lo sostiene sobre su cabeza, ante el espejo. «¿Será hoy un buen día?», le pregunta. Si gira en redondo quiere decir que sí, si oscila de un lado a otro quiere decir que no. El péndulo titubea, empieza a moverse: una especie de elipse. No se decide. «Normal», piensa Charis. Luego da una especie de brinco y se queda quieto. Charis está intrigada: nunca le ha visto hacer una cosa así. Decide que se lo preguntará a Shanita; Shanita lo sabrá. Vuelve a meter el péndulo en la bolsa.

Para obtener otro punto de vista, baja la Biblia de la abuela, cierra los ojos y hurga entre sus hojas con un alfiler. Lleva algún tiempo sin hacerlo, pero no ha perdido la práctica. Su mano desciende, abre los ojos y lee: «Pues ahora vemos en un espejo, en enigma; entonces veremos cara a cara». Primera a los Corintios, y no demasiado útil como augurio del día.

Para desayunar toma müssli, mezclado con yogur y con media manzana cortada a pedacitos. Cuando estaba Billy solían comer huevos, de las gallinas que hace tiempo desaparecieron, y tocino. O Billy comía tocino. A él le gustaba.

Charis se apresura a borrar de su mente —«¡Bórralo! ¡Como un vídeo!», dice Shanita— la imagen de Billy y de las cosas que le gustaban. En vez de eso piensa en el tocino. Dejó de comerlo cuando tenía siete años, pero luego fue dejando de comer otras clases de carne. *El libro de cocina para salvar la vida* le aconsejaba, ya en aquellos tiempos, que visualizara el aspecto que tendría en su estómago cualquier pedazo de grasa. Una libra de mantequilla, una libra de manteca, una loncha de tocino, sin cocer, blanca y flácida y plana como una tenia. A Charis se le da demasiado bien lo de visualizar; sigue haciéndolo con las grasas. Cada vez que se mete algo en la boca es probable que lo vea en color natural mientras le baja por el esófago hasta llegar al estómago, donde se pone a dar vueltas de un modo de lo más desagradable para luego avanzar centímetro a centímetro por el tracto digestivo, que tiene la forma de una manguera de jardín, larga y retorcida, recubierta por dentro de unos deditos gomosos, como las sandalias para el masaje de los pies. Tarde o temprano acabará saliendo por el otro extremo. A eso puede conducir su interés por una alimentación sana: ve todo lo que hay en el plato como un futuro excremento.

«Borra el tocino», se dice con severidad. En el exterior brilla el sol, debería pensar en eso. Vestida con el kimono japonés de algodón, el de los brotes de bambú, se sienta a la mesa de la cocina, una mesa de roble redonda que tiene desde que nació Agosto, y empieza a comerse el müssli, masticándolo el número recomendado de

veces, mientras mira por la ventana de la cocina. Desde aquí antes podía ver el gallinero. Lo construyó Billy con sus propias manos y ella lo conservó como una especie de monumento, aunque ya no tenía gallinas, hasta que Agosto se transformó en Augusta y se lo hizo quitar. Lo desmontaron entre las dos con palancas; más tarde ella se echó a llorar sobre su colcha blanca con zarcillos. Si al menos supiera dónde estaba Billy. Si al menos supiera adonde se lo habían llevado. Tuvieron que llevárselo a alguna parte, por la fuerza. Él no se habría marchado de esa manera, sin decirle nada, sin escribir...

El dolor aparece en el cuello, justo detrás de la tráquea, antes de que pueda evitarlo. «Borra el dolor». Pero a veces no hay manera. Se golpea suavemente la frente contra el borde de la mesa.

—A veces no hay manera —dice en voz alta.

«Muy bien, pues —dice la voz de Shanita—. Deja que el dolor te bañe. Deja sencillamente que pase por encima de ti. Solo es una oleada. Es como agua. Piensa de qué color es esa ola».

—Roja —dice Charis en voz alta.

«Bien —dice Shanita, sonriente—. El rojo también puede ser un color bonito, ¿no es verdad? Quédate con él. Quédate solo con ese color».

—Sí —dice Charis con mansedumbre—. Pero duele.

«¡Pues claro que duele! ¿Quién ha dicho que no iba a doler? ¡Si duele, eso quiere decir que aún estás viva! Ahora, ¿de qué color es ese dolor?».

Charis inspira, espira, y el color se desvanece. También da resultado con los dolores de cabeza. Una vez intentó explicárselo a Roz cuando esta sufría un fuerte dolor, un dolor más profundo y más reciente que el de Charis. O quizá no más profundo.

—Puedes curarte —le dijo a Roz, con voz serena y confiada, como la de Shanita—. Puedes controlarlo.

—Eso es una paparrucha —dijo Roz, airada—. No sirve absolutamente de nada decir que deberías dejar de querer a alguien. ¡Las cosas no funcionan así!

—Bien, pues deberías hacerlo, si sabes lo que es malo para ti —dijo Charis.

—Que sea malo para ti no tiene nada que ver —dijo Roz.

—A mí me gustan las hamburguesas —dijo Charis—, pero no las como nunca.

—Las hamburguesas no son una emoción —dijo Roz.

—Sí que lo son —dijo Charis.

Charis se levanta para poner el agua al fuego. Preparará algo de té Milagro de la Mañana, una mezcla especial que se ha traído del trabajo. Para encender el fogón de gas se vuelve medio de lado, porque hay momentos —y este es uno de ellos— en los que no le gusta dar la espalda a la puerta de la cocina.

La puerta de la cocina tiene un panel de vidrio a la altura de la cabeza. Hace un mes, cuando vino a pasar el fin de semana, Augusta le dio un susto a Charis. No por la mañana, sino de noche, al oscurecer. Estaba lloviznando, una fina neblina

escocesa; la ciudad y parte del lago eran invisibles, y no llegaba luz del crepúsculo oculto. Charis esperaba que Augusta llegara más tarde, o tal vez el día siguiente; esperaba que llamara por teléfono, desde la otra orilla, aunque no sabía exactamente cuándo. Augusta se ha vuelto bastante imprevisible en sus idas y venidas.

Pero de pronto apareció una cara de mujer enmarcada en el vidrio de la puerta. Una cara blanca, indistinta en la lóbreguez, en el aire brumoso. Charis apartó la mirada del fogón y la vio, y se le erizó el vello de la nuca.

Solo era Augusta, pero no fue eso lo que pensó Charis. Pensó que era Zenia. Zenia, con su oscura cabellera aplastada por la lluvia, mojada y estremecida, parada en el peldaño de atrás como ya lo había estado una vez, mucho tiempo antes. Zenia, que llevaba cinco años muerta.

Lo peor, piensa Charis, es que confundió a Zenia con su propia hija, que no es en absoluto como Zenia. Qué cosa más terrible haberla confundido así.

No. Lo peor es que en realidad tampoco la sorprendió tanto.

No la sorprendió, porque las personas no mueren. O eso cree Charis. Una vez Tony le preguntó qué entendía por «morir», y Charis —a quien le pone nerviosa la manera en que su amiga le exige precisiones, por lo que con frecuencia se evade fingiendo no haber oído la pregunta— tuvo que reconocer que, en efecto, pasaban por un proceso al que todo el mundo tenía la costumbre de llamar «muerte». Ciertamente, al cuerpo le ocurrían algunas cosas bastante definitivas, cosas en las que Charis prefiere no profundizar porque aún no ha decidido si sería mejor mezclarse con la tierra o —por medio de la incineración— con el aire. Cada una de estas posibilidades es atractiva si se toma como una especie de idea general, pero cuando se va directo al grano, a detalles como los propios dedos de las manos o de los pies, o la boca, entonces lo es menos.

Pero la muerte solo era una fase, intentó explicar. Solo una especie de estado, una transición; era..., bueno, una experiencia de aprendizaje.

No se le da muy bien explicarle cosas a Tony. Por lo general empieza a tartamudear y se queda cortada, sobre todo cuando su amiga fija en ella esos ojos grandes y ligeramente helados, ampliados por aquellas gafas, y se queda con la boquita de dientes como perlas ligeramente abierta. Es como si Tony se asombrara de todo lo que dice Charis. Aunque no es asombro —sospecha ella— lo que en realidad se esconde dentro de esa delicada cabeza. Aunque Tony no se ríe nunca de ella, no en la cara.

—¿Y qué aprendes? —dijo Tony.

—Bueno, aprendes... a ser mejor la próxima vez. Te unes con la luz —dijo Charis. Tony se inclinó hacia delante, interesada, de modo que Charis siguió farfullando—: La gente tiene experiencias de posmuerte y luego lo explica, por eso lo sabemos. Cuando vuelven otra vez a la vida.

—¿Vuelven a la vida? —dijo Tony, los ojos enormes.

—Les dan golpes en el pecho. Y les hacen la respiración, y los calientan, y... y... los traen de vuelta —dijo Charis.

—Quiere decir experiencias de «casi muerte» —dijo Roz, que a menudo le explica a Tony qué ha querido decir Charis—. ¡Seguro que has leído algún artículo! Últimamente es todo un número. Por lo visto pasas por una especie de *son et lumiere*. Túneles y fuegos artificiales y música barroca. Mi padre tuvo una, cuando sufrió el primer ataque al corazón. Se le apareció el antiguo director de su banco, iluminado como un árbol de Navidad, y le dijo que todavía no podía morir porque le quedaban asuntos por terminar.

—Ah —dijo Tony—. Asuntos por terminar.

Charis intentó explicar que no se refería a eso, que ella había querido decir «después» de la muerte.

—Algunas personas no llegan hasta la luz —dijo—. Se pierden. En el túnel.

Algunas ni siquiera saben que están muertas. —No quiso añadir que las personas de esta clase podían ser bastante peligrosas porque eran capaces de meterse en tu propio cuerpo, instalarse en él, más o menos, como okupas, y entonces podía ser difícil sacarlas. No quiso añadir nada de esto, porque habría sido inútil: Tony era adicta a las pruebas.

—Justo —dijo Roz, que se sentía muy incómoda con este tipo de conversación—. Yo conozco gente así. El director de mi banco, sin ir más lejos. O el gobierno. No cabe duda de que están muertos, pero ¿crees que ellos lo saben? —Se echó a reír y preguntó a Charis qué tenían sus consólicas reales, que se volvían negras.

—Es mildiu —dijo Charis. Así manejaba Roz la otra vida: fronteras perennes. Era el único tema del que Charis tenía bastantes más datos incontestables que Tony.

Pero cuando apareció Zenia en la puerta de atrás, bajo la lluvia, eso es lo que pensó Charis. Pensó: Zenia está perdida. No encuentra la luz. Quizá ni siquiera sabe que está muerta. ¿Qué podía ser más natural para ella que presentarse en casa de Charis para pedir ayuda? Ayuda era lo que había venido a buscar, al principio.

Luego, naturalmente, resultó que Zenia no era Zenia en absoluto, sino solamente Augusta, que venía a pasar el fin de semana, ligeramente abatida, porque —sospechaba Charisse— le había estropeado algún otro plan, algo relacionado con un hombre. Hay hombres en la vida de Augusta, Charis lo adivina; pero no hacen acto de comparecencia, su hija no se los presenta. Seguramente siguen también el curso de administración de empresas, empresarios en ciernes que le echarían un vistazo a Charis en su casa aún no del todo organizada y saldrían corriendo como locos. Seguramente Augusta les corta el paso. Quizá les dice que su madre está enferma, o en Florida, o algo así.

Pero Augusta todavía no está del todo impermeabilizada; aún tiene momentos de suave culpabilidad. En aquella ocasión trajo una hogaza de pan de salvado y algunos higos secos como ofrenda de paz. Charis le dio un abrazo adicional y le preparó pastas de calabacín y una bolsa de agua caliente para la cama, como solía hacer cuando Augusta era pequeña, por lo aliviada que se sentía porque finalmente Augusta no era Zenia.

Aun así, es casi como si Zenia hubiera estado realmente aquí. Como si hubiera venido y se hubiera marchado sin obtener lo que quería. Como si tuviera que volver.

La próxima vez que se materialice, Charis estará esperándola. Zenia debe de querer decirle algo. O no. Quizás es Charis quien tiene algo que decir; quizá sea eso lo que retiene a Zenia en esta tierra. Porque Zenia ronda, ronda por alguna parte. Charis lo ha sabido desde los funerales. Miró la lata que contenía las cenizas de Zenia y lo supo. Acaso las cenizas estuvieran allí, pero las cenizas no eran la persona. Zenia no estaba en aquella lata, ni tampoco con la luz. Zenia andaba suelta, vagaba en el aire, anclada tal vez al mundo de las apariencias, y todo por culpa de Charis. Es Charis quien necesita que esté aquí, es ella quien no la deja en libertad.

Zenia aparecerá, asomará su rostro blanco tras el rectángulo de cristal y Charis

abrirá la puerta. «Entra», le dirá, porque los muertos no pueden cruzar el umbral de tu casa a menos que los invites. «Entra», le dirá, arriesgando su propio cuerpo, porque Zenia estará buscando un nuevo vestido de carne. «Entra», le dirá por tercera vez, la decisiva, y Zenia cruzará flotando el umbral, los ojos cavernosos, la cabellera como humo frío. Entrará en la cocina y la luz se oscurecerá, y Charis tendrá miedo.

Pero no se echará atrás, esta vez no retrocederá. «¿Qué le ha ocurrido a Billy?», le preguntará. Zenia es la única que lo sabe.

Charis vuelve a subir a su habitación y se viste para ir al trabajo, procurando no mirar por encima del hombro. A veces piensa que no es buena idea vivir sola. Sin embargo, el resto del tiempo le gusta. Puede hacer lo que quiera, puede ser quien es, y si habla sola en voz alta no hay nadie que se la quede mirando. Nadie que se queje de las pelusillas de polvo, excepto quizás Augusta, que saca la escoba y las barre.

Pisa otra chincheta y esta le duele más, así que se pone los zapatos. Cuando termina de vestirse busca sus gafas de lectura, porque las necesitará en el trabajo para extender las facturas y para leer la carta del Toxique.

Espera con ilusión ese almuerzo. Se fuerza a esperarlo con ilusión, aunque hay algo que tira de ella, una intuición... una sensación aprensiva. No es algo violento, como una explosión o un incendio. Otra cosa. Suele tener estas sensaciones con frecuencia, pero como la mitad de las veces no significan nada, no les hace demasiado caso. Shanita dice que es porque tiene una Cruz de Salomón en la palma, aunque borrosa; demasiados hacecillos de líneas. «Captas muchas emisoras —es lo que le dice Shanita—. Estática cósmica».

Encuentra las gafas de leer debajo del cubretetera de la cocina; no recuerda haberlas puesto allí. Los objetos tienen vida propia, y los de su casa se mueven por la noche. En los últimos tiempos, cada vez lo hacen más. Es la capa de ozono, seguramente. Se filtran energías desconocidas.

Tiene veinte minutos para llegar andando al transbordador. Tiempo de sobra. Sale por la puerta trasera con toda naturalidad; la del frente está clavada en el marco, con una lámina de plástico aislante por la parte interior y un cubrecama indio tejido a mano encima de ella, con un diseño de cachemir en verde y azul. El plástico aislante es para el invierno. En verano lo quita, excepto el verano pasado, porque no encontró el momento. Siempre hay un puñado de moscas muertas debajo del plástico, y no le hacen mucha gracia.

El aire de la isla es muy bueno. Es decir, en comparación. Al menos suele haber brisa. Se detiene ante la puerta de atrás y respira el aire comparativamente bueno, nota cómo su frescura le llena los pulmones. En el huerto siguen creciendo las acelgas, todavía hay zanahorias y tomates verdes; un crisantemo naranja óxido florece en un rincón. La tierra es rica aquí; todavía quedan restos persistentes de estiércol de gallina, y ella abona con mantillo cada primavera y cada otoño. Ya casi es el momento de hacerlo, antes de que llegue la primera helada.

Le gusta mucho el huerto; le gusta mucho arrodillarse en el suelo, con las manos

hundidas en la tierra, y hurgar entre las raíces de las plantas mientras las lombrices esquivan sus dedos escudriñadores, envuelta en el olor de las pellas de barro y en el de la fermentación lenta, sin pensar en nada. Ayudar a las cosas a crecer. Nunca usa guantes de jardinería, cosa que desespera a Augusta.

Shanita dice que su abuela comía tierra, un puñado o dos cada primavera. Decía que era bueno para la salud. (Aunque a Charis le ha sido imposible averiguar a qué abuela se refiere exactamente: parece que Shanita tiene más de dos). Pero comer tierra es de esas cosas que hubiera podido hacer la abuela de Charis, porque esa abuela, desaliñada y amedrentadora como era, fue una mujer que entendía de estos asuntos. Charis aún no ha encontrado el momento de probarla, pero se está preparando.

Delante de la casa hay más por hacer. La primavera pasada quitó el césped e intentó obtener un efecto parecido al de un *cottage* inglés, pues creyó que iría bien con la casa, con sus tablas superpuestas pintadas de blanco y su aspecto un poco desvencijado; pero sembró demasiadas variedades y no desplantó ni desherbó todo lo que hubiera debido, y el resultado fue una especie de tumulto. En conjunto ganaron los dragoncillos; todavía florecen, aunque algunas de las espigas altas se han doblado (hubiera debido encañarlas) y les salen brotes largos. El año próximo pondrá las plantas altas detrás, y tendrá menos colores.

Si hay un año próximo, claro. Puede que el año próximo ni siquiera conserve la casa. La guerra de la isla con la ciudad sigue su curso. La ciudad quiere derribar estas casas, arrasarlo todo y convertirlo en un parque. Muchas de las casas que había desaparecieron de esta manera, hace años, antes de que la gente dijera basta. Charis cree que es envidia: si los habitantes de la ciudad no pueden vivir aquí no quieren que nadie más lo haga. Bueno, así no han subido los precios de las fincas. De no ser por eso, ¿dónde estaría Charis?

Y si no viviera nadie en la isla, ¿quién podría mirar la ciudad desde lejos, como hace Charis todas las mañanas al amanecer, y encontrarla tan hermosa? Sin tal visión de sí misma, de su encanto y de sus mejores posibilidades, la ciudad decaería, se agrietaría, se vendría abajo convertida en cascotes inútiles. Solo la sostiene la creencia; la creencia y la meditación, la meditación de personas como ella. Charis lo sabe con certeza, pero hasta el momento no ha sido capaz de expresarlo así, con exactitud, en sus frecuentes cartas a los concejales de la ciudad, aunque solo encontró el momento de enviar dos. No obstante, el mero hecho de ponerlo por escrito ayuda. Irradia el mensaje, que se mete en la cabeza de los concejales sin que se den cuenta. Es como las ondas de radio.

Cuando Charis llega al muelle, el transbordador ya está embarcando. Las personas suben de una en una y por parejas; hay algo de procesional en su entrada, en el modo en que pasan de la tierra al agua. Justo aquí fue donde vio a Billy por última vez; y también a Zenia, en carne y hueso. Ya estaban a bordo, y cuando Charis llegó corriendo pesadamente, jadeando, las manos sobre el vientre para sujetarlo contra el

cuerpo, un riesgo para ella, pues hubiera podido caerse y perder la criatura, la tripulación del transbordador izaba ya la pasarela, el transbordador hacía sonar la sirena y se apartaba, y el agua profunda hervía en un remolino. No hubiera podido saltar.

Billy y Zenia no se tocaban. Había dos desconocidos con ellos; o cerca de ellos. Hombres con abrigos. Billy la vio. No agitó la mano. Se volvió para no verla. Zenia no se movió. Su aura era de un rojo intenso. El cabello le revoloteaba en torno a la cabeza. El sol estaba a espaldas de ella, de manera que no tenía rostro. Era un girasol oscuro. El cielo era enormemente azul. Los dos empequeñecieron, se alejaron.

Charis no recuerda el sonido que salió de ella. No quiere acordarse. Intenta retener la imagen de los dos retrocediendo, un instante de tiempo inmovilizado y carente de contenido, como una postal sin nada escrito al dorso.

Sube a la cubierta principal y se acomoda para la transición. En el bolsillo de la rebeca lleva un mendrugo; se lo dará a las gaviotas, que ya vuelan en círculos, avizorándola, chillando como espíritus hambrientos.

Puede que no se entre en la luz por un túnel, piensa. Puede que sea en una embarcación, como decían los antiguos. Pagas tu pasaje, cruzas, bebes del río del Olvido. Y renaces.

El sitio en que trabaja Charis se llama Radiance. Venden toda clase de cristales, grandes y pequeños, montados en colgantes y pendientes o tal cual, y conchas marinas; esencias importadas de Egipto y del sur de Francia, e incienso de la India, y ungüentos orgánicos y gel de baño de California e Inglaterra, y bolsitas de hierbas y cortezas y flores secas, principalmente de Francia, y barajas de tarot en seis diseños distintos, y piezas de joyería afgana y tailandesa, y cintas de música New Age con muchos sonidos de arpa y flauta, y discos compactos con rumor de olas y cascadas y con chillidos de somorgujos, y libros sobre la espiritualidad de los indios nativos y secretos de salud de los aztecas, y palillos de mesa con incrustaciones de madreperla y cuencos lacados de Japón, y minúsculas tallas en jade chino, y postales de felicitación en papel reciclado hecho a mano que llevan adheridos ramilletes de hierbas secas, y paquetes de arroz silvestre, y tés sin cafeína de ocho países distintos, y collares de cauris, semillas secas, piedras pulimentadas y cuentas de madera talladas.

Charis recuerda este sitio de los años sesenta. Entonces se llamaba La Tienda de la Mente Volada, y vendían pipas de hachís y pósteres psicodélicos y pinzas para sostener las colillas de los porros y camisetas teñidas al nudo y *dasbikis*. En los setenta se llamaba Okkult y vendía libros sobre demonología, y también sobre antiguas religiones femeninas y Wicca y los reinos perdidos de la Atlántida y Mu, además de algunos objetos de hueso nada atractivos y envoltorios malolientes —y, en opinión de Charis, falsos— con partes de animales molidas. Había un caimán disecado en el escaparate, en aquella época, y durante algún tiempo vendieron incluso pelucas de bruja y cajas de maquillaje de horror, con sangre de imitación y cicatrices adhesivas. Ese fue su punto más bajo, aunque tenía cierto éxito entre los punks.

A comienzos de los años ochenta volvió a cambiar. Fue cuando Shanita se quedó la tienda, que aún se llamaba Okkult. Se deshizo rápidamente del caimán disecado y los huesos y los libros sobre demonología; por qué buscarse problemas, decía: no quería tener líos con los defensores de los derechos de los animales, ni que unos fanáticos cristianos le embadurnaran de pintura el escaparate. Fue idea de Shanita empezar con los cristales y ponerle el nombre de Radiance.

Fue el nombre lo que atrajo a Charis. Al principio era solo una cliente: iba a comprar tés de hierbas. Pero luego quedó vacante el puesto de vendedora, y como estaba cansada de archivar informes en el Ministerio de Recursos Naturales —demasiado impersonal, demasiada presión y, además, no se le daba muy bien— lo solicitó. Shanita la contrató porque daba la imagen adecuada, o así se lo dijo.

—Tú no incordiarás a los clientes —dijo Shanita—. No les gusta que estén encima de ellos. Les gusta flotar de un lado a otro por la tienda, por decirlo así, ¿sabes a qué me refiero?

Charis lo sabía. A ella también le gusta flotar de un lado a otro por Radiance. Le

gusta cómo huele, y le gustan las cosas que hay. A veces hace un trato y se lleva artículos de la tienda —a precio rebajado— en lugar de sueldo, exasperando con ello a Augusta. «¿Más trastos de esos?», le dice. No comprende por qué Charis necesita más boles japoneses lacados y grabaciones de chillidos de somorgujos, con los muchos que ya tiene. Ella responde que no se trata de una necesidad; es decir, de una necesidad material. Se trata de una necesidad espiritual. Ahora mismo le tiene echado el ojo a una geoda de amatista verdaderamente encantadora, de Nueva Escocia. La pondrá en el dormitorio, para alejar los malos sueños.

Se imagina la reacción de Augusta ante esta geoda. «¡Mamá! ¿Qué hace este trozo de piedra en tu cama?». Se imagina el escepticismo interesado de Tony —«¿De veras funciona?»— y la indulgencia maternal de Roz —«¡Si te hace feliz, cariño, estoy completamente de acuerdo!»—. Este ha sido su problema durante toda su vida: imaginarse las reacciones de la gente. Lo hace demasiado bien. Puede imaginarse la reacción de cualquiera —las respuestas de los demás, sus emociones, sus críticas, sus exigencias—, pero se da cuenta de que no la corresponden del mismo modo. Quizá no pueden. Quizá les falta este talento, suponiendo que sea un talento.

Charis se aleja del muelle del transbordador subiendo a pie por King y luego por Queen, olfateando el aire congestionado de la ciudad, tan distinto al aire de la isla. Este aire está lleno de productos químicos, y también de respiración, el aire de otras personas. Hay demasiada gente respirando en esta ciudad. Hay demasiada gente respirando en este planeta; tal vez sería beneficioso que unos cuantos millones de personas hicieran la transición. Pero este es un pensamiento abrumadoramente egoísta, de manera que Charis lo aparta. Lo sustituye por uno asociado a la idea de compartir. Todas y cada una de las moléculas que Charis se mete en los pulmones han pasado antes por los pulmones de incalculables millones de personas, muchas veces. Si a eso vamos, todas y cada una de las moléculas que componen su cuerpo han formado parte antes del cuerpo de otra persona, de los cuerpos de muchas personas, remontándose cada vez más atrás, antes de que hubiera seres humanos, hasta los dinosaurios, hasta el primer plancton. Por no hablar de la vegetación. Todos somos parte de todos los demás, reflexiona. Todos somos parte de todo.

Es un concepto cósmico, si se puede mantener a cierta distancia. Pero entonces Charis tiene una idea desagradable. Si todo el mundo es parte de todos los demás, eso quiere decir que ella misma es parte de Zenia. O a la inversa. Puede que ahora ella esté respirando a Zenia. Es decir, la parte de Zenia que se convirtió en humo. No su cuerpo astral, que sigue en suspenso cerca de la tierra, ni tampoco las cenizas, que están bien guardadas en aquella lata enterrada bajo la morera.

¡Quizá sea eso lo que quiere Zenia! Quizá la perturba su estado incompleto, parte de su energía en la lata y parte fluctuando por ahí. Quizá quiere que la saquen. Quizá Charis debería ir una noche al cementerio, con una pala y un abre latas, para desenterrarla y esparcirla. Mezclarla con el Uníverso. Sería un acto de benevolencia.

Llega a Radiance a las diez menos diez, temprano, para variar, abre con su propia

llave y una vez dentro se pone la bata estampada en malva y aguamarina que diseñó Shanita para que los clientes sepan que ellas no son clientes.

Shanita ya está allí.

—Hola, Charis, ¿cómo va todo? —grita desde la trastienda. Es Shanita la que hace todas las compras. Tiene un don especial; va a las ferias de artesanía y viaja a rincones poco conocidos, y encuentra cosas, cosas maravillosas que no se ven en ninguna otra tienda. Es como si supiera de antemano qué prefiere la gente.

Charis la admira mucho. Porque Shanita es lista y práctica, además de ser sensible a las fuerzas no físicas. También es fuerte, y una de las mujeres más hermosas que Charis ha visto nunca. Aunque no es joven: debe de tener bastante más de cuarenta años. Se niega a decir su edad —la única vez que Charis se lo preguntó, se echó a reír y dijo que la edad estaba en la mente, y que en su mente ella tenía dos mil años—, pero le está saliendo un mechón blanco en el cabello. Esa es otra cosa que Charis admira de ella: Shanita no se tiñe.

El cabello en sí es negro, ni crespo ni rizado, sino ondulado, espeso, reluciente y sensual, como lava o melcocha hilada. Como vidrio negro caliente. Shanita lo enrolla y se lo recoge en cualquier parte de la cabeza: a veces en lo alto, a veces a un lado. O bien lo deja colgar por la espalda en un grueso tirabuzón. Tiene pómulos anchos, una nariz bien formada y de puente alto, labios carnosos y ojos grandes ribeteados de oscuro, que son de un tono desconcertante que muda de pardo a verde según el color de la ropa que lleve. La piel es lisa y sin arrugas, de un color indeterminado, ni negro ni marrón ni amarillo. Un *beige* oscuro; pero *beige* es una palabra insípida. Tampoco es castaño, ni siena quemada, ni ocre oscuro. Es alguna otra palabra.

La gente que entra en la tienda a menudo le pregunta de dónde viene.

—De aquí mismo —dice Shanita, sonriendo con su sonrisa ultrabrillante—. ¡Nací en esta misma ciudad! —Delante de ellos se muestra atenta, pero es una pregunta que la molesta mucho.

—Yo creo que quieren decir que de dónde eran tus padres —dice Charis, porque eso es lo que suelen querer decir los canadienses cuando hacen esa pregunta.

—No quieren saber eso —dice Shanita—. Lo que quieren saber es cuándo me voy.

Charis no entiende por qué nadie habría de querer que Shanita se fuera, pero cuando se lo comenta, Shanita se echa a reír.

—Tú has llevado una vida puñeteramente protegida —dice. Y a continuación le habla de la grosería con que la tratan los conductores de tranvía—. «Pasa al fondo», me dicen, ¡como si fuera escoria!

—¡Los conductores de tranvía son todos groseros! ¡Dicen «pasa al fondo» a todo el mundo, también son groseros conmigo! —dice Charis, con intención de consolar a Shanita; aunque no es del todo sincera, solo son así algunos conductores de tranvía, y ella apenas viaja en tranvía. Shanita le dirige una mirada despectiva, por ser incapaz de reconocer el racismo de casi todo el mundo, de casi todos los blancos, y entonces

Charis se avergüenza. A veces ve a Shanita como una intrépida exploradora que se abre paso a machetazos por la selva. La selva se compone de gente como Charis.

Así que evita ser demasiado curiosa, preguntar demasiado acerca de Shanita, de su pasado, de dónde «viene». Sin embargo, la propia Shanita le toma el pelo: deja caer insinuaciones, cambia su historia. A veces es en parte china y en parte negra, con una abuela antillana; sabe hablar con ese acento, así que tal vez haya algo de cierto en ello. Esa podría ser la abuela que comía tierra; pero hay otras abuelas, además, una de Estados Unidos y una de Halifax, y una de Pakistán y una de Nuevo México, e incluso una de Escocia. Puede que sean abuelas postizas, o puede que Shanita se trasladara mucho de un lado a otro. Charis no logra situarlas: Shanita tiene más abuelas que nadie que ella conozca. Pero a veces es medio ojibwa, o medio maya, y un día era incluso medio tibetana. Puede ser lo que le venga en gana, porque ¿quién puede decir lo contrario?

Mientras que Charis no tiene más remedio que ser blanca. Un conejo blanco. Ser blanco está resultando cada vez más agotador. Conlleva muchísimas malas vibraciones, que provienen del pasado y se extienden por el presente, como la radiación letal de los vertederos de residuos atómicos. ¡Hay tanto que expiar! Se pone enferma solo con pensarlo. En su próxima vida será una mezcla, una combinación, un híbrido vigoroso, como Shanita. Entonces nadie le reprochará nada.

La tienda no abre hasta las once, así que Charis ayuda a hacer inventario. Shanita revisa los estantes, contando, y Charis anota los números en una tablilla con sujetapapeles. Menos mal que encontró las gafas para leer.

—Tendremos que bajar los precios —dice Shanita, ceñuda—. No se vende el género. Tendremos que hacer una liquidación.

—¿Antes de Navidad? —dice Charis, atónita.

—Es la recesión —dice Shanita, frunciendo los labios—. Hay que afrontar la realidad. En esta época del año normalmente servimos los pedidos de Navidad, ¿verdad? Ahora, ¡fíjate en todo esto!

Charis mira a su alrededor: los estantes están inquietantemente llenos.

—¿Sabes qué se vende? —dice Shanita—. Esto.

Charis lo conoce bien, porque últimamente ha vendido muchos. Es un librito con aires de folleto, un libro de cocina, impreso en papel gris reciclado con dibujos a pluma en blanco y negro, un esfuerzo editorial casero de «hágalo usted mismo»: *La olla de cada día. Sopas y guisos para ahorrar dinero*. A ella personalmente no le atrae. Ahorrar el dinero, como concepto, frena a la gente. Tiene algo de duro y penoso, y «ahorrar» es una palabra posesiva. Ciertamente ella guarda cabos de vela y trozos de lana, pero es porque quiere hacerlo, quiere crear cosas con ellos, es un acto de amor hacia la tierra.

—Necesito más género de este —dice Shanita—. La verdad es que estoy pensando en cambiar la tienda. Cambiar el nombre, el concepto, todo.

A Charis se le cae el alma a los pies.

—¿Qué nombre le pondrías? —pregunta.

—Pensaba en Scrimpers —dice Shanita.

—¿Scrimpers? —dice Charis.

—Sí, mujer, como aquellas tiendas antiguas de todo a cinco y diez centavos, todo género barato —dice Shanita—. Solo que más creativo. ¡Podría funcionar! Hace unos años, la gente compraba por impulso. El dinero loco, ¿sabes? La gente tiraba el dinero. Pero la única manera de superar una recesión es hacer que la gente compre libros acerca de cómo no comprar cosas, ¿me explico?

—¡Pero el nombre de Radiance es precioso! —exclama Charis, desconsolada.

—Ya lo sé —dice Shanita—. Fue muy divertido mientras duró. Pero «precioso» quiere decir artículos de lujo. ¿Cuántos de estos juguetitos tan monos crees que comprará la gente en estos momentos? Puede que algunos, pero solo si mantenemos los precios bajos. En estas épocas se recortan las pérdidas, se recortan los gastos generales, se hace lo que se tiene que hacer. Esto es un bote salvavidas, ¿sabes? Es mi bote salvavidas, es mi vida. Me he matado a trabajar, sé de qué parte sopla el viento y no tengo ninguna intención de hundirme con el buque.

Está a la defensiva. Contempla a Charis, la mirada serena —hoy tiene los ojos verdes— y Charis se da cuenta de que ella es un gasto general. Si las cosas empeoran mucho más, Shanita la recortará y llevará la tienda ella sola, y Charis se habrá quedado sin trabajo.

Terminan el inventario y abren la tienda al público, y Shanita cambia de humor. Ahora está amigable, casi solícita; prepara algo de Milagro de la Mañana para las dos y se sientan ante el mostrador de la entrada a tomárselo. No hay exactamente una avalancha de clientes, así que Shanita pasa el tiempo preguntando a Charis cosas sobre Augusta.

Para incomodidad de Charis, Shanita da su aprobación a Augusta; considera una muestra de inteligencia que estudie administración de empresas.

—La mujer debe estar preparada para abrirse camino por sí misma —dice—. Hay demasiados hombres perezosos en el mundo.

Incluso aprueba el álbum de muebles, que tan ávido y materialista le parece a Charis.

—Esta chica tiene buena cabeza —dice Shanita, mientras vuelve a llenar las tazas—. Ojalá la hubiera tenido yo a su edad. Me habría ahorrado un montón de problemas. —Shanita tiene dos hijas y dos hijos, ya adultos. Es abuela, incluso; pero no habla mucho de ese aspecto de su vida. A estas alturas sabe muchas cosas de Charis, en tanto que Charis no sabe casi nada de ella.

—Mi péndulo ha estado muy raro esta mañana —dice Charis para no seguir hablando de Augusta.

—¿Raro? —dice Shanita. Los péndulos se venden en la tienda, cinco modelos distintos, y Shanita es experta en interpretar sus movimientos.

—Se ha parado —dice Charis—. Absolutamente quieto, justo encima de mi

cabeza.

—Es un mensaje fuerte —dice Shanita—. Es algo muy repentino, algo que no te esperabas. Quizás alguna entidad que intenta transmitir un mensaje. Hoy es la cúspide de Escorpio, ¿verdad? Es como si el péndulo apuntara con el dedo y dijera: ¡atención!

Charis se alarma: ¿podría tratarse de Augusta, de un accidente? Es lo primero que se le ocurre, así que se lo pregunta.

—No es lo que capto —dice Shanita con aire tranquilizador—, pero vamos a ver.

Saca el tarot que guarda bajo el mostrador, el mazo de Marsella que utiliza habitualmente, y Charis baraja y corta.

—La Torre —dice Shanita—. Algo repentino, como ya he dicho. La Sacerdotisa. Una apertura, algo oculto se revela. El caballo de espadas; ¡bien, esto puede ser interesante! Todos los caballos traen mensajes. Ahora, la Emperatriz. ¡Una mujer fuerte! Aunque no eres tú. Otra persona. Pero no creo que sea Augusta, tampoco. La Emperatriz no es una joven.

—A lo mejor eres tú —dice Charis, y Shanita se ríe y dice:

—¿Fuerte, yo? ¡Soy una caña rota! —Echa otra carta—. La Muerte —dice—. Un cambio. Podría significar una renovación. —Pone encima otra carta, cruzada—. Oh. La Luna.

La Luna, con los perros que aúllan, el estanque, el escorpión al acecho. Justo entonces tintinea la campanilla y entra una cliente en la tienda; pide a Charis dos ejemplares de *La olla de cada día*, uno para ella, uno para regalar. Charis se muestra de acuerdo con ella en que es muy útil y no demasiado caro, y que las ilustraciones hechas a mano son encantadoras, y le dice que sí, que Shanita es verdaderamente asombrosa, pero que no es de ningún sitio más que de la vieja Toronto de siempre, y coge el dinero y envuelve los libros, absorta en otras cosas.

La Luna, piensa. Ilusión.

A mediodía Charis se quita la bata de flores y se despide de Shanita —es su tarde libre, martes, así que no volverá después de almorzar— y sale a la calle, intentando no respirar demasiado. Ha visto mensajeros en bicicleta que llevan mascarillas de papel blanco, como las enfermeras. Es una tendencia, piensa; quizá deberían encargar unas cuantas para la tienda, pero de colores y estampadas con algún diseño bonito.

Nada más entrar en el Toxique algo empieza a crepitar en su cabeza. Es como si hubiera una tormenta eléctrica en las cercanías, o un cable suelto. La bombardean iones, pequeñas oleadas de energía amenazadora. Se frota la frente y luego sacude los dedos para desprenderse de ellas.

Estira el cuello y mira a su alrededor para localizar el origen de la perturbación. A veces es la gente que viene a trapear con drogas en las escaleras que bajan a los servicios, pero ahora mismo no se ve a nadie allí. La camarera se le acerca y Charis pide que la coloque en el rincón más cercano al espejo. Los espejos desvían.

El Toxique es el último descubrimiento de Roz. Ella siempre descubre cosas, especialmente restaurantes. Le gusta comer en locales donde nadie de su oficina iría a comer nunca, le gusta verse rodeada de gente vestida con ropa que ella nunca se pondría. Le gusta pensar que se mezcla con la vida real, donde «real» significa más pobre que ella. O tal es la impresión que a veces saca Charis. Ha intentado explicar a Roz que toda la vida es real, pero al parecer Roz no entiende lo que quiere decir; aunque quizá Charis no se expresa con suficiente claridad.

Mira de soslayo las mallas estampadas en piel de leopardo de la camarera, arruga la nariz —estas prendas son demasiado atrevidas para ella—, se dice que no debe juzgar a las personas, pide una botella de Evian y algo de vino blanco y se dispone a esperar. Abre la carta, entorna los párpados, revuelve el bolso en busca de las gafas de lectura, no las encuentra —¿se las ha dejado en la tienda?— y al fin las localiza en lo alto de la cabeza. Debe de haber venido andando por la calle de esta manera. Se las cala sobre la nariz y estudia las especialidades del día. Siempre tienen algo vegetariano, aunque ¿quién sabe de dónde proceden las verduras? Seguramente de alguna explotación agroindustrial irradiada y saturada de química.

La verdad es que el Toxique no le gusta mucho. En parte es por el nombre: considera perjudicial para las neuronas pasarse mucho tiempo cerca de un nombre tan venenoso. Y la ropa de las camareras le recuerda algunas de las cosas que vendían en Okkult. En cualquier momento podrían aparecer cicatrices de goma y sangre falsa. Pero está dispuesta a comer aquí de vez en cuando por complacer a Roz.

En cuanto a Tony, ¿quién sabe qué opina de este lugar? A Charis le resulta difícil comprender a Tony; siempre ha sido así, desde que se conocieron, en los tiempos de McClung Hall. Pero probablemente Tony mostraría la misma actitud si estuvieran en el King Eddie, o en un McDonald's: como si estuviera tomando notas con incredulidad, los ojos muy abiertos, al igual que una marciana en un viaje de

vacaciones por el tiempo. Recogiendo muestras. Liofilizándolas. Metiéndolo todo en cajas etiquetadas. Sin dejar ningún espacio, ningún resquicio para lo indecible.

No es que Tony no le guste. Falso: hay bastantes ocasiones en que Tony no le gusta. Tony es capaz de utilizar demasiadas palabras, de exacerbarla, de frotar su campo eléctrico a contrapelo. Pero a pesar de todo, Charis quiere a Tony. Tony es muy serena, muy lúcida, muy estable. Si alguna vez Charis volviera a oír las voces que le dicen que se corte las venas, llamaría a Tony para que acudiera en el transbordador de la isla y se hiciera cargo de ella, le apagara la mecha, le dijera que no fuese idiota. Tony sabría qué hacer, paso a paso, cada cosa a su tiempo, por orden.

No llamaría a Roz en un primer momento, porque Roz perdería la cabeza, lloraría y se identificaría con ella y estaría de acuerdo en lo insoportable que es todo, y además llegaría tarde al transbordador. Pero después, cuando Charis volviera a sentirse a salvo, acudiría a Roz para los abrazos.

Roz y Tony entran juntas, y Charis las llama con la mano, y se desencadena la agitación que se produce siempre que Roz entra en un restaurante, y se sientan las dos y Roz enciende un cigarrillo, y empiezan a hablar al mismo tiempo. Charis se desconecta porque no está demasiado interesada en lo que dicen, y deja sencillamente que sus presencias la bañen. Sus presencias, a fin de cuentas, son más importantes para ella que lo que sale de sus bocas. Las palabras muchas veces son como cortinas de ventana, una pantalla decorativa que se instala para mantener los vecinos a distancia. Pero las auras no mienten. Ahora Charis no ve las auras tan a menudo como antes. Cuando era pequeña, cuando era Karen, las veía sin esfuerzo; ahora solo las ve en momentos de tensión. Pero las percibe, tal como los ciegos perciben el color con las yemas de los dedos.

Lo que le llega hoy de Tony es frescor. Un frescor transparente. Tony le recuerda un copo de nieve, muy menuda y pálida y minuciosa, pero fría; una mente como un cubito de hielo, transparente y cuadrada. O vidrio cortado, duro y afilado. O hielo, porque puede derretirse. En la función de teatro de la escuela, Tony habría sido un copo de nieve: una de las niñas más pequeñas, demasiado pequeña para un papel hablado, pero capaz de absorberlo todo. A Charis por lo general le correspondían papeles de árbol o arbusto. No le daban nada que exigiera moverse de un lado a otro porque habría tropezado con las cosas, o eso decían las maestras. No se daban cuenta de que su torpeza no era una patosería corriente, que no era mala coordinación. Ocurría solo que no estaba segura de dónde terminaban los límites de su cuerpo y dónde empezaba el resto del mundo.

¿Qué habría sido Roz? Charis visualiza el aura de Roz —tan dorada, multicolor y aromática— y su aire de mando, pero también esa oculta inclinación al exilio, y le adjudica el papel de uno de los Reyes Magos, cubierta de brocado y joyas, portadora de un regalo espléndido. Pero ¿hubiera participado Roz en una obra semejante? La primera parte de su vida es un verdadero embrollo, con todos esos rabinos y las monjas. Quizá no se lo habrían permitido.

Charis, por su parte, dejó el cristianismo hace mucho tiempo. Para empezar, la Biblia está llena de carne: animales sacrificados, corderos, bueyes, palomas. Caín hacía bien en ofrecer vegetales, Dios hacía mal en rechazarlos. Y hay demasiada sangre: los personajes de la Biblia siempre están derramando sangre, tienen las manos manchadas de sangre, los perros lamen la sangre derramada. Hay demasiadas matanzas, demasiado sufrimiento, demasiadas lágrimas.

Antes pensaba que algunas de las religiones orientales serían más serenas; fue budista durante algún tiempo, hasta que descubrió cuántos infiernos tenían. La mayoría de las religiones pone mucho énfasis en el castigo.

De pronto cae en la cuenta de que ya va por la mitad del almuerzo. Está tomando la ensalada de zanahoria rallada y queso tierno, una sabia elección; no es que se acuerde de haberla pedido, pero a veces resulta útil tener un piloto automático que se ocupe de las cosas de rutina. Por unos instantes mira cómo Roz despacha un pedazo de pan francés; le gusta mirar cómo Roz come el pan francés: lo abre con las manos y entierra la nariz en él —«¡Qué bueno es, qué bueno es!»— antes de hincarle sus firmes dientes blancos. Es como una pequeña oración, una acción de gracias en miniatura, lo que hace Roz con el pan.

—Tony —dice Charis—, yo podría hacer una buena labor en tu jardín trasero. — Tony tiene un gran espacio allí atrás, pero no hay nada en él excepto césped parchado y árboles enfermos. Charis ha pensado que podría arreglar los árboles y hacer una especie de jardín silvestre, con tragontinas, violetas, podofilos, sellos de Salomón, cosas que crecen en la sombra. Algunos helechos. Nada que Tony tuviera que desherbar, porque no se puede contar con que lo haga. ¡Sería especial! ¿Quizás una fuente? Pero Tony no le contesta, y al cabo de un momento Charis se da cuenta de que es porque no lo ha dicho en voz alta. A veces le cuesta recordar si efectivamente ha dicho una cosa o no. Augusta suele quejarse de esta costumbre suya, entre otras.

Vuelve a sintonizar con la conversación: están hablando de alguna guerra. Charis desearía que no hablaran tanto de la guerra, pero últimamente lo hacen a menudo. Parece que el tema flota en el aire, después de un largo tiempo en que no ha estado muy presente. Empieza Roz; hace preguntas a Tony, porque le gusta hacer preguntas a la gente acerca de las cosas que se supone que dominan.

En uno de sus almuerzos, hace unos meses, se habló de genocidios todo el rato, y Roz sacó a colación el Holocausto, y Tony se embarcó en una detallada enumeración de los genocidios a lo largo de la historia, Gengis Kan y luego los cátaros de Francia, y los armenios masacrados por los turcos, y los irlandeses y los escoceses y lo que les hicieron los ingleses, una horrible muerte tras otra, hasta que Charis creyó que iba a vomitar.

Tony se las arregla con estas cosas, puede sobrellevarlo, quizá para ella no son más que palabras, pero para Charis las palabras son imágenes y luego alaridos y gemidos, y después el olor de la carne podrida, y de los incendios, de la carne

quemada, y además dolor físico, y si te extiendes en ello haces que suceda, y Charis nunca es capaz de explicárselo a Tony de manera que esta lo comprenda, y encima tiene miedo de que lleguen a la conclusión de que es una tonta. Histérica, bobita, una papanatas. Sabe que las dos lo piensan a veces. Así que se levantó y bajó por la oscura escalera astillada para ir al servicio, donde había un póster de Renoir en la pared, una mujer rosa y redondeada secándose calmosamente después del baño, con reflejos azul y malva en el cuerpo, y eso era pacífico; pero cuando volvió a subir, Tony seguía en Escocia, con las mujeres y los niños de las Tierras Altas perseguidos por las colinas y espetados como cerdos, cazados como ciervos.

—¡Los escoceses! —dijo Roz, que quería volver al Holocausto—. Ellos saben cuidarse muy bien. ¡Mira cuántos banqueros! ¿A quién le importan esos?

—A mí —dijo Charis, que quedó tan sorprendida como las otras dos—. A mí me importan. —La miraron con asombro, porque estaban acostumbradas a que desconectara siempre que hablaban de la guerra. Creían que no le interesaba.

—¿A ti? —dijo Roz enarcando las cejas—. ¿Por qué, Charis?

—Tendría que importarnos todo el mundo —dijo Charis—. O quizá sea porque tengo una parte de sangre escocesa. Una parte escocesa y otra inglesa. Todos esos que no cesaban de matarse unos a otros. —Evita mencionar a los menonitas porque no quiere que Roz se moleste, aunque los menonitas no cuentan como auténticos alemanes. Además, tampoco matan nunca a nadie; solo los matan a ellos, para variar.

—Lo siento, cielo —dijo Roz, contrita—. ¡Pues claro! Siempre lo olvido. Tonta de *moi*, que te imagino pura *crème de la WASP*. —Le dio unas palmaditas en la mano.

—Aunque últimamente no los mata nadie —dijo Charis—. No a todos a la vez. Pero supongo que por eso estamos aquí.

—¿Por eso estamos aquí? —dijo Tony, mirando en torno. ¿Se refería al Toxique?

—Por las guerras —dijo Charis, con expresión desdichada. Es una idea que no le gusta mucho, ahora que se le ha ocurrido—. En este país. Guerras de uno u otro tipo. Pero eso era entonces. Tendríamos que intentar vivir en el ahora, ¿no os parece? O, al menos, yo lo intento.

Tony sonrió a Charis con afecto, o lo más parecido a eso de que era capaz.

—Tiene toda la razón —dijo a Roz, como si fuera un acontecimiento digno de mención.

Pero ¿razón en qué?, se pregunta Charis. ¿Las guerras o el ahora? La respuesta estándar de Tony a ese «ahora» sería decir a Charis cuántos bebés nacen cada minuto, en el «ahora» que tanto aprecia, y cómo todo ese exceso de población ha de conducir inevitablemente a más guerras. Luego añadiría una nota al pie acerca del comportamiento enloquecido de las ratas hacinadas. Charis agradece que hoy no le dé por ahí.

Pero al fin ha cogido el hilo: hablan de Saddam Hussein y la invasión de Kuwait, y lo que sucederá a continuación.

—Ya está decidido —dice Tony—, como el Rubicón.

Charis dice:

—¿Como qué?

—No tiene importancia, cielo, solo es algo histórico —dice Roz, porque ella al menos comprende que este no es el tema de conversación preferido de Charis y le da permiso para que se distraiga.

Pero entonces Charis recuerda qué es el Rubicón. Tiene algo que ver con Julio César, lo dieron en la escuela. Cruzó los Alpes con elefantes; otro que se hizo famoso por matar gente. Si dejaran de dar medallas a esos hombres, piensa Charis, si dejaran de organizar desfiles y levantar estatuas en su honor, esos hombres dejarían de hacerlo. Dejarían de matar. Lo hacen para llamar la atención.

Quizá Tony fuera él, en una vida anterior: Julio César. Quizá Julio César ha sido enviado de vuelta en el cuerpo de una mujer, como castigo. Una mujer muy bajita, para que sepa qué es carecer de poder. Quizá funcionan así las cosas.

Se abre la puerta, y Zenia está allí de pie. Charis se queda completamente fría, y luego respira hondo. Está preparada, se había preparado, aunque el Toxique era el último lugar en que se hubiera imaginado esto, esta manifestación, este retorno. «La Torre —piensa Charis—. Un acontecimiento repentino. Algo que no te esperabas». ¡No es de extrañar que el péndulo se parara en seco, justo encima de su cabeza! Pero ¿por qué se ha molestado Zenia en abrir la puerta? Habría podido atravesarla.

Zenia va de negro, cosa que no la sorprende, el negro era su color. Lo raro es que está más gorda. La muerte la ha engordado, lo que no es habitual. Se supone que los espíritus son más flacos, con expresión hambrienta, reseco, y Zenia tiene muy buen aspecto. En particular, tiene los pechos más grandes. La última vez que Charis la vio en carne y hueso estaba delgada como un palillo, prácticamente una sombra, con los pechos casi planos, como dos círculos de cartón grueso pegados al tronco, abotonados por los pezones. Ahora está lo que se dice voluptuosa.

Está enojada, sin embargo. Un aura oscura se arremolina alrededor de ella, como la corona de un sol en eclipse, solo que en negativo; una corona de oscuridad, en lugar de luz. Es de un verde fangoso y turbulento, surcado de líneas de rojo sangre y negro grisáceo; los colores más destructivos, los peores, una aureola mortal, una infección visible. Charis tendrá que recurrir a toda su luz, la luz blanca por la que tanto se ha esforzado, acumulándola durante años y años. Tendrá que hacer una meditación instantánea, ¡y vaya sitio para hacerla! Zenia ha elegido bien el terreno para este encuentro: el Toxique, el parloteo de fondo, el humo de cigarrillos y los vapores de vino, el espeso aire de la ciudad cargado de respiraciones, todo actúa en favor de Zenia. Está parada en el umbral, examinando la sala con una mirada desdeñosa y rencorosa, se quita un guante, y Charis cierra los ojos y se repite: «Piensa en la luz».

—¿Qué te pasa, Tony? —dice Roz, y Charis vuelve a abrir los ojos. La camarera se dirige hacia Zenia.

—Vuelve la cabeza poco a poco —dice Tony—. No grites.

Charis observa con interés, para ver si la camarera pasa a través de Zenia; pero no es así, se detiene ante ella. Debe de percibir algo. Una frialdad.

—Oh, mierda —dice Roz—. Es ella.

—¿Quién? —dice Charis, que empieza a dudar. Roz casi nunca dice «Oh, mierda». Debe de ser importante.

—Zenia —dice Tony. ¡O sea que ellas también la ven! Bueno, ¿por qué no? Las dos tienen bastante que decirle. No solo Charis.

—Zenia está muerta —dice Charis. Me gustaría saber por qué ha vuelto, es lo que piensa. Por quién ha vuelto. El aura de Zenia ha desaparecido, o bien Charis ya no puede verla: Zenia parece sólida, sustancial, material, desconcertantemente viva.

»Parecía un abogado —dice Charis. Zenia avanza hacia ella, y Charis concentra todas sus fuerzas para el momento del impacto; pero Zenia pasa de largo con su traje hecho de paño de excelente calidad, con sus largas piernas, sus asombrosos pechos nuevos, su airada boca de un rojo morado, dejando una estela de perfume almizcleño. Rehúsa reconocer la presencia de Charis, lo rehúsa deliberadamente; pasa sobre ella una mano de oscuridad, la usurpa, la tacha.

Estremecida y con náuseas, Charis cierra los ojos y lucha por recobrar su cuerpo. «Mi cuerpo, mío —se repite—. Soy una buena persona. Existo». En la noche lunar de su mente ve una imagen: una estructura elevada, un edificio, algo que se desploma desde lo alto, que cae por el aire, que da vueltas y más vueltas. Que se parte en dos.

Están las tres delante del Toxique, despidiéndose. Charis no sabe muy bien cómo ha llegado hasta aquí. Su cuerpo la ha sacado, por sí solo, su cuerpo se ha ocupado de ello. Tiembla a pesar del sol, tiene frío, y se siente más delgada: más ligera y porosa. Es como si le hubieran sorbido energía, energía y sustancia, para que Zenia pudiera materializarse. Zenia ha vuelto desde el otro lado, desde el otro lado del río; ahora está aquí, en un cuerpo nuevo, y ha cogido un pedazo del cuerpo de Charis y lo ha asimilado.

Pero eso no puede ser. Zenia debe de estar viva, porque las demás también la han visto. Se sentó en una silla, pidió una bebida, se fumó un cigarrillo. Pero nada de eso es forzosamente un signo de vida.

Roz le da un achuchón y dice:

—Cuídate, cielo. Ya te llamaré, ¿de acuerdo? —Y se encamina hacia su coche. Tony ya le ha sonreído y se va, se ha ido, se aleja calle abajo, sus cortas piernas la transportan sin vacilación, como un juguete de cuerda. Por unos instantes Charis se queda quieta delante del Toxique, perdida. No sabe qué hacer a continuación. Podría dar media vuelta y entrar otra vez allí, marchar hacia Zenia, plantarse; pero las cosas que iba a decirle se han evaporado, se le han escapado de la cabeza huyendo hacia lo alto. Lo único que resta es un sonido chirriante.

Podría volver a la tienda, volver a Radiance, aunque es su tarde libre y Shanita no la espera. Podría contarle a Shanita lo que ha ocurrido; ella es una maestra, tal vez la ayudaría, aunque es posible que no se muestre demasiado comprensiva. «Una mujer como esa —le dirá— no es nada. ¿Por qué te inquieta? ¡Tú misma le das poder, ya tendrías que saberlo! ¿De qué color es? ¿De qué color es el dolor? ¡Borra la cinta!».

Shanita nunca ha recibido una dosis de Zenia. No comprenderá, no se dará cuenta de que no se puede eliminar a Zenia de la existencia meditando. Si se pudiera, Charis lo habría hecho hace mucho tiempo.

Decide ir a casa. Llenará la bañera y echará unas peladuras de naranja, un poco de aceite de rosas, algo de clavo; se recogerá el pelo, se meterá en la bañera y dejará flotar los brazos en el agua perfumada. Orientada hacia este objetivo, echa a andar cuesta abajo, en dirección al lago y al embarcadero; pero tras andar una manzana gira a la izquierda y se mete por un estrecho callejón que desemboca en la calle de al lado, y allí vuelve a girar a la izquierda, y ya está otra vez en Queen.

Su cuerpo no desea que vaya a casa ahora mismo. Su cuerpo la urge a tomar una taza de café; peor aún, una taza de café exprés. Es tan insólito —cuando su cuerpo tiene impulsos de esta clase normalmente se trata de zumo de fruta o de vasos de agua— que se siente obligada a hacer lo que él quiere.

Hay un café justo enfrente del Toxique. Se llama Kafay Nwar, y tiene en la cristalera un rótulo de neón color rosa subido con letras de los años cuarenta. Charis entra y se sienta junto a la cristalera, ante una de las mesitas con cantos cromados, y

se quita la rebeca, y cuando viene el camarero, vestido con camisa de frac plisada, corbata negra de lazo y tejanos, le pide un *espresso esperanto* —todas las cosas de la carta tienen nombres complicados, *cappucino capriccio*, *tarte aux tartes*, nuestro *malicious mudcakey*— observa la puerta del Toxique. Ahora se da cuenta de que su cuerpo no quiere ante todo un café exprés. Su cuerpo quiere espiar a Zenia.

Para hacerse menos evidente como observadora saca el cuaderno de notas de su bolsa, un cuaderno encantador que pagó con parte de su tiempo de trabajo. Tiene unas tapas encuadernadas a mano en papel jaspeado con un lomo de gamuza burdeos, y las hojas son de un delicado lavanda. La pluma que compró para acompañarlo es gris perla, y está llena de tinta verdegrís. La pluma también era de Radiance, y la tinta. Le entristece pensar que Radiance se acaba. Tantos regalos.

El cuaderno es para anotar sus pensamientos, pero hasta el momento no ha anotado ninguno. Le repugna echar a perder la hermosura de las páginas en blanco, su potencial; no quiere gastarlas. Pero ahora destapa la pluma gris perla y escribe: «Zenia ha de volver adonde estaba». Una vez hizo un curso de caligrafía, así que el mensaje queda elegante, casi como una runa. Traza una letra cada vez, y alza la vista entre palabra y palabra, sobre la montura de sus gafas de leer, para que no se le escape nada de lo que ocurre al otro lado de la calle.

Al principio entra más gente de la que sale, y después sale más gente de la que entra. Ninguno de los que entran es Billy, y no es que Charis tenga una esperanza sensata de verlo, pero nunca se sabe. Ninguno de los que salen es Zenia.

Llega el café y su cuerpo le dice que eche dos terrones de azúcar, de modo que los echa, y a continuación se bebe el café rápidamente y nota cómo se le suben a la cabeza la cafeína y la sacarosa. Ahora enfoca bien, tiene visión de rayos X, sabe lo que ha de hacer. Ni Tony ni Roz pueden ayudarla, no tienen que ayudarla en esto, porque las historias de ellas, las historias en que entra Zenia, tienen final. Por lo menos saben qué sucedió. Charis no, ella nunca lo ha sabido. Es como si su historia, la historia en la que entran Billy y Zenia, siguiera un sendero y de pronto desaparecieran las huellas.

Finalmente, cuando empieza a pensar que Zenia debe de haberse escapado por la parte de atrás, si no se ha evaporado, se abre la puerta y Zenia sale a la calle. Charis baja ligeramente la vista; no quiere posar en ella todo el peso de sus ojos sobrecargados, no quiere delatarse. Pero Zenia ni siquiera mira de soslayo en esa dirección. Está con alguien que Charis no conoce. Un joven de cabello rubio. Billy no. Es de complexión demasiado fina para ser Billy.

Aunque, si fuera Billy, tampoco sería tan joven ya. Incluso podría estar gordo o calvo. Pero en la memoria de Charis ha conservado la misma edad que tenía la última vez que lo vio. La misma edad, la misma envergadura, todo igual. La pérdida vuelve a abrirse bajo sus pies, la fosa, la escotilla familiar. Si estuviera a solas, si no estuviera aquí, en el Kafay Nwar, sino en casa, en su propia cocina, se golpearía suavemente la frente contra el canto de la mesa. El dolor es rojo y duele, y no puede

borrarlo de ninguna manera.

Zenia no es feliz, piensa Charis. No es una intuición, es más como un conjuro, un encantamiento. No es posible que sea feliz. Si le estuviera permitido ser feliz sería una completa injusticia: tiene que haber un equilibrio en el Universo. Pero Zenia sonríe al joven, cuyo rostro Charis no alcanza a ver bien, y ahora lo coge del brazo y echan a andar por la acera, y al menos desde esta distancia parece bastante feliz.

«Compasión por todos los seres vivos», se recuerda Charis. Zenia está viva, así que eso significa compasión por Zenia.

Eso es lo que significa, aunque Charis se da cuenta, al reflexionar, de que en estos momentos no experimenta ninguna compasión en absoluto por Zenia. Al contrario, tiene una clara imagen de ella misma empujando a Zenia por el borde de un precipicio u otro lugar elevado.

Admite la emoción, se dice, pues aunque sea por completo indigna hay que reconocerla plenamente antes de desecharla. Se concentra en la imagen, la acerca más; nota el viento en la cara, percibe la altura, oye cómo se sueltan los músculos del brazo, está atenta al grito. Pero Zenia no emite ningún sonido. Se limita a caer, con el cabello ondeando tras ella como un cometa oscuro. Charis envuelve esta imagen en papel de seda y con un esfuerzo la expulsa de su cuerpo. Lo único que quiero es hablar con ella, se dice. Nada más.

Hay una confusión, un susurro de alas secas. Zenia ha abandonado el rectángulo de la cristalera del Kafay Nwar. Charis recoge el cuaderno de notas, la pluma gris, la rebeca, las gafas para leer y la bolsa, y se dispone a seguirla.

ROZ

En el sueño Roz va abriendo puertas. Nada aquí, nada allí, y tiene prisa, la limusina del aeropuerto está esperando y ella no lleva ninguna ropa que cubra su cuerpo grande, laxo, desnudo y embarazoso. Por fin encuentra la puerta adecuada. Hay ropa tras ella, cierto, chaquetones largos que parecen abrigos de hombre, pero la luz del techo no se enciende y el primer abrigo que coge de la percha está húmedo y cubierto de caracoles vivos.

Suena el despertador, y no demasiado temprano.

—Santa María, madre de Dios —masculla Roz débilmente. Detesta los sueños sobre ropa. Son como ir de compras, salvo que nunca encuentra nada que le interese. Pero prefiere soñar con abrigos cubiertos de caracoles antes que con Mitch.

O con Zenia. Sobre todo, antes que con Zenia. A veces tiene un sueño acerca de ella: Zenia se materializa en un rincón del dormitorio de Roz y se recompone a partir de los fragmentos de su propio cuerpo tras el estallido de la bomba: una mano, una pierna, un ojo. Roz se pregunta si Zenia llegó a estar alguna vez en ese dormitorio cuando ella no estaba. Cuando Mitch sí que estaba.

La boca le sabe a humo. Extiende un brazo, buscando a tientas el reloj, y tira al suelo la novelita de misterio que había dejado en la mesita de noche. Asesinatos sexuales, asesinatos sexuales; este año todo son asesinatos sexuales. A veces le gustaría volver a las tranquilas mansiones inglesas de su juventud, en las que la víctima siempre era un viejo avaro y malévolo que se lo tenía merecido y no un inocente elegido al azar en la calle. Los avaros morían envenenados o de un solo agujero de bala, y los cadáveres no sangraban. Los detectives eran decorosas damas de cabellos grises que tejían muchas labores de punto, o excéntricos listísimos sin funciones corporales; se concentraban en pistas minúsculas y en apariencia inofensivas: botones de camisa, cabos de vela, ramitas de perejil. Lo que de verdad le gustaba eran los muebles: habitaciones y habitaciones llenas de muebles, ¡y qué exótico todo! Cosas que no sabía que existieran. Carritos de té. Salas de billar. Arañas de luces. Otomanas. ¡Cómo le hubiera gustado vivir en casas así! Pero cuando vuelve a esos libros ya no le interesan; ni siquiera el decorado logra retener su atención. Quizá me estoy enganando a la sangre, piensa. Sangre y violencia y rabia, como todo el mundo.

Descuelga las piernas por el borde de su cama imperial de cuatro postes —una equivocación, prácticamente se rompe el cuello cada vez que ha de bajar del maldito trasto— y embute los pies en sus zapatillas de rizo. Sus zapatillas de casera, las llaman las gemelas, sin darse cuenta de las perturbadoras resonancias que esta palabra tiene para ella. Nunca han visto a una casera en sus vidas. O debería decir en su vida.

Aún no sabría determinar si cada una tiene su propia vida o solo tienen una entre las dos. Pero se siente obligada a llevar zapatos atractivos todo el día, zapatos a juego con su vestuario, zapatos de tacón alto, así que en casa se merece algo más cómodo para sus pobres pies doloridos, digan lo que digan las gemelas.

Y tanto blanco en el dormitorio también es una equivocación: las cortinas blancas, la alfombra blanca, los volantes blancos en la cama. No sabe por qué lo hizo. Pretendía darle un aire juvenil, quizás; intentaba volver atrás en el tiempo, crear la perfecta habitación preadolescente que en su momento anheló y nunca tuvo. Eso fue después de que Mitch se fuera, se largara, se diera el piro; lo más apropiado sería decir que desalojó la habitación, pues siempre trató este sitio como un hotel, la trataba *a ella* como un hotel, y Roz necesitaba tirar a la calle todo lo que había allí cuando él estaba; necesitaba reafirmarse. ¡Claro que ella no es así! La cama parece una cuna para bebé o un pastel de bodas o, peor aún, uno de esos enormes altares llenos de fruncidos que hacen en México para el Día de los Difuntos. Nunca llegó a enterarse (cuando estuvo allí, con Mitch, durante su luna de miel, y tan felices eran) de si son todos los difuntos los que regresan o solo aquellos a los que se invita.

A ella se le ocurre un par de difuntos de los que preferiría prescindir. ¡Solo faltaría eso, que se le presentaran muertos a cenar sin que nadie los hubiera llamado! Y ella, tendida en la cama como una gran porción de pastel de frutas. —Cambiará toda la habitación, le dará algo más de vida, algo más de textura. Ya está harta del blanco—.

Va al cuarto de baño arrastrando los pies, bebe dos vasos de agua para rellenar las células, se toma su píldora de vitaminas, se lava los dientes, se unta de crema la piel, la frota, la vivifica, la suaviza y hace una mueca ante el espejo. Se le está cubriendo la cara de sedimentos, como un estanque; se van acumulando capas. De vez en cuando, cuando dispone de tiempo, pasa algunos días en un balneario que hay al norte de la ciudad, bebiendo zumo de verduras y recibiendo tratamientos de ultrasonidos, en busca de su rostro original, el que ella sabe que está ahí debajo, en alguna parte; vuelve sintiéndose tonificada y virtuosa y hambrienta. Y también molesta consigo misma: no puede ser que aún siga intentándolo; no puede ser que aún esté en la onda de gustar a los hombres. Eso ya lo ha dejado. «Lo hago por mí», le dice a Tony.

—Que te jodan, Mitch —le dice al espejo. Si no fuera por Mitch podría relajarse, podría ser una mujer madura. Pero si él aún estuviera a su lado, ella seguiría intentando gustarle. La palabra clave es «intentando».

El cabello tiene que cambiar, no obstante. Es demasiado rojo esta vez. Le da un aspecto decrepito, una palabra que siempre ha admirado. «Vieja bruja decrepita», leía en aquellas novelas de misterio inglesas, acurrucada sobre el baúl que servía de banco junto a la ventana de su cuarto en la buhardilla, las piernas encogidas, la habitación a oscuras para que no la vieran, como en los ataques aéreos, el libro inclinado de manera que la luz de una farola diera sobre él, a la caída de la noche, en aquella casa

de huéspedes de la calle Hurón que tenía un castaño delante. «¡Roz! ¿Todavía estás levantada? ¡Métete en la cama ahora mismo, sin rechistar! ¡Desobediente!».

¿Cómo podía oír que leía a oscuras? Su madre, la patrona; su madre, la presunta mártir, parada al pie de la escalera de la buhardilla, gritando con su voz ronca de lavandera, y Roz mortificada porque los huéspedes podían oírla. Roz, la que limpia los retretes; Roz, la Cenicienta de pacotilla, siempre fregando hoscamente. «Comes aquí —le decía su madre—, así que has de ayudar». Eso era antes de que su padre, el héroe, convirtiera los harapos en riquezas. «Vieja bruja decrépita», musitaba Roz, sin sospechar que alguna vez llegaría a serlo ella misma. No era fácil crecer entre un héroe y una mártir. Le dejaba muy poco papel a ella.

Esa casa ya desapareció. No, no desapareció: ahora la ocupan unos chinos. Ha oído decir que a los chinos no les gustan los árboles. Creen que las ramas retienen a los malos espíritus, las cosas desdichadas que les han ocurrido a todos los que han vivido allí antes. Quizás haya algo de la propia Roz como era entonces, algo atrapado entre las ramas de aquel castaño, si todavía existe. Atrapado allí, aleteando.

Se pregunta si sería mucha molestia hacerse teñir el pelo de gris, el color que tendría si lo dejara crecer a su aire. Con el cabello gris le tendrían más respeto. Sería más firme. Menos blandengue. ¡Una dama de hierro! Mera ilusión.

El último albornoz de Roz cuelga tras la puerta del cuarto de baño. Terciopelo naranja. Naranja es el nuevo color de este año; el año pasado fue un amarillo ácido que le era imposible llevar, por más que lo intentara: hacía que pareciera un pirulí de limón. Pero el naranja le da cierto resplandor a la tez, o así lo creía cuando compró la cochina prenda. Roz cree en la vocecilla interior, esa que dice: «¡Es para ti! ¡Es para ti! ¡Cógelo enseguida, antes de que se lo lleven!».

 Pero la vocecilla interior cada vez es menos digna de crédito y en esta ocasión debía de dirigirse a otra persona.

Se pone el albornoz sobre el camión de batista blanca, bordado a mano en blanco sobre blanco, comprado para que hiciera juego con la cama, ¿y quién creía ella que se fijaría en eso? Busca el bolso y se pasa al bolsillo el paquete de cigarrillos medio vacío. ¡Ni uno antes de desayunar! Luego baja por la escalera de atrás, la que era para el servicio, para las que limpian retretes como ella antes, agarrándose a la barandilla para no dar un traspie. La escalera conduce directamente a la cocina, la centelleante y austera cocina completamente blanca (¡ya es hora de cambiarla!) donde las gemelas están sentadas en taburetes altos ante la encimera de azulejos, vestidas con camisetas largas, mallas de rayas y calcetines de gimnasia. La clase de ropa que creen *chic* para dormir, últimamente. Con lo divertido que era vestirlas cuando eran pequeñas; ¡aquellos volantes, aquellas gorritas que eran una divinidad! Han desaparecido las zapatillas acolchadas con suela de plástico, y también los caros camiones de franela de algodón inglesa que llevaban estampadas hileras de Mamás Gansas en cofia y delantal. Han desaparecido los libros que Roz solía leerles cuando llevaban esos camiones y se acurrucaban contra ella, una bajo cada brazo: *Alicia en el país de las maravillas*, *Peter Pan*, *Las mil y una noches*, reediciones de espléndidos cuentos de

hadas de principios de siglo, con ilustraciones de Arthur Rackham. O no han desaparecido del todo: están guardados en el sótano. Han desaparecido los chándals rosa, las zapatillas en forma de mapache, los vestidos de fiesta de terciopelo, todos los faralaes y las extravagancias. Ahora no dejan que les compre nada. Si lleva a casa siquiera una camiseta negra, siquiera unas bragas, ponen los ojos en blanco.

Beben las dos el combinado de yogur y leche desnatada y arándanos que acaban de prepararse en la batidora. Roz ve el paquete medio derretido de arándanos congelados y el charco de leche azulada que yace como tinta clara sobre el mostrador.

—Vais a hacerme el favor, por una vez, de ponerlo todo en el lavavajillas —les dice, incapaz de callárselo.

Vuelven sus ojos idénticos hacia ella, ojos suavemente radiantes como los de los gatos monteses, y le sonrían con sus idénticas sonrisas sin corazón que rompen el corazón, dejando al descubierto dientes de fauno algo ferinos, azules en esos momentos, y sacuden sus melenas esponjosas; y Roz contiene la respiración, como hace casi cada vez que las ve, porque son enormes y hermosísimas y todavía no comprende del todo cómo pudo parirlas. Un ser así ya habría sido bastante inverosímil, ¡y fueron dos!

Se echan a reír.

—¡Es Mamá Grande! —grita una de ellas, la de la derecha—. ¡Mamaíta Grande! ¡Le daremos un abrazo!

Saltan de los taburetes y la agarran y la estrujan. Levantan a Roz en vilo y asciende peligrosamente hacia lo alto.

—¡Bajadme! —chilla. Las gemelas saben que no le gusta, saben que tiene miedo de que la dejen caer. De que la dejen caer y se rompa. A veces no lo tienen en cuenta; creen que es irrompible. Roz la Roca. Luego se acuerdan.

—La dejaremos en un taburete —dicen. La llevan en volandas, la depositan y vuelven a encaramarse a sus taburetes, como animales de circo que ya han hecho su número.

—Con ese albornoz pareces una calabaza, mamá —dice una. Es Erin. Roz siempre ha sido capaz de distinguirlas, o eso afirma: como máximo al segundo intento. A Mitch le costaba más. Claro que él solo las veía quince minutos al día.

—Una calabaza, eso soy —dice Roz con penosa jovialidad—. Gorda, naranja, una gran sonrisa amistosa, hueca por dentro y brillante en la oscuridad. —Necesita un café ¡ya! Abre la nevera y vuelve a meter los arándanos congelados, coge el paquete de granos mágicos y revuelve uno de los cajones en busca del molinillo eléctrico. Tenerlo todo guardado en cajones no fue muy buena idea, nunca encuentra las cosas. Sobre todo las tapaderas de las ollas. «Una imagen despejada», dijo el idiota del diseñador. Esa gente siempre la intimida.

—¡Ooh! —dice la otra. Paula. Errie y Pollie, se llaman entre sí, o Er y La, o, si hablan colectivamente, Erla. Da grima cuando lo hacen. «Esta noche Erla va a salir». Eso significa las dos—. ¡Ooh! ¡Gemelas ruines! ¡Habéis disgustado a mamá! ¡Estáis

pervertidas hasta la médula! —Esto último es una imitación de Roz haciendo una imitación de su madre, que solía hablar así. Roz experimenta una súbita necesidad de ella, de su madre bronca, peleona, antes menospreciada, muerta desde hace mucho. Está cansada de ser madre, le gustaría ser una niña, para variar. Eso se lo perdió, y parece muchísimo más divertido.

Las gemelas se ríen con deleite.

—Cloaca ruin y egoísta —le dice una a la otra.

—¡Sobaco sin depilar!

—¡Tampón fermentado!

—¡Salvaslip usado!

Pueden seguir así horas enteras, inventándose insultos cada vez peores, riéndose con tantas ganas que se dejan caer al suelo y patalean en el aire de puro placer ante su escandaloso sentido del humor. Lo que desconcierta a Roz es que muchos de sus insultos sean..., bueno, tan sexistas. «Putón» y «furcia» son de los más suaves; a Roz le gustaría saber si consentirían que los chicos las llamaran así. Cuando creen que no las oye, son capaces de decir cosas mucho más obscenas o que ella considera obscenas. «Chicle de coño». Una cosa así habría sido impensable en su adolescencia. ¡Y solo tienen quince años!

Pero las personas cargan con su vocabulario durante toda la vida, piensa Roz. De repente tiene una visión de las gemelas a los ochenta años, con las hermosas caras ya decrépitas, las piernas ajadas todavía enfundadas en medias de colores, calcetines de gimnasia en sus pies con sabañones, diciendo todavía «chicle de coño». Se estremece.

«Toca madera», se corrige. Ojalá vivan tanto.

El molinillo de café no está en el cajón; no está donde lo dejó ayer.

—Mecachis, niñas —dice—. ¿Habéis cambiado de sitio el molinillo?

—Quizás haya sido María. Ayer vino a hacer limpieza.

—¡Mecachis! —dice Paula—. ¡Ay, mi cochino molinillo! ¡Ay, concho!

—¡Jolín! ¡Ospas! —dice Erin. Les resulta muy gracioso que Roz no sea capaz de soltar verdaderos tacos. Tiene las palabras en la cabeza, eso sí, pero no le salen. «¿Quieres que la gente crea que eres una cualquiera?».

Debe de parecerles arcaica: muy anticuada, muy extraña. Se pasó la primera mitad de la vida sintiéndose cada vez menos una inmigrante, y ahora se pasa la segunda mitad sintiéndose cada vez más así. Una refugiada del país de la edad madura varada en la tierra de los jóvenes.

—¿Dónde está vuestro hermano mayor? —dice. Esto las calma.

—Donde suele estar a estas horas —dice Erin con una sombra de desdén—. Recargando energía.

—Planchando la oreja —dice Paula, como si quisiera volver a empezar las bromas.

—En el país de los sueños —dice Erin en tono pensativo.

—En el país de los Larrys —dice Paula—. Saludos, terrícola, vengo de un planeta

lejano.

Roz piensa que tal vez debería despertar a Larry, pero decide que no. Respecto a él, se siente más tranquila cuando sabe que está durmiendo. Es el hijo mayor, el primogénito. No es ningún regalo. En otro tiempo habría sido señalado para el sacrificio. Es muy lamentable que le pusieran el nombre de Mitch. Laurence Charles Mitchell, vaya combinación grave y pomposa para un crío tan vulnerable. Ella lo ve así, aunque su hijo tiene veintidós años y lleva bigote.

Roz encuentra el molinillo de café en el cajón que hay bajo el horno, entre las bandejas gastronorm. Tendrá que decirle algo a María. Muele el café, mide la cantidad necesaria, enchufa la coquetona cafetera exprés italiana. Mientras espera, se monda una naranja.

—Creo que se trae algo entre manos —dice Erin—. Una aventura o algo así.

Paula se ha hecho una dentadura postiza con la piel de la naranja de Roz.

—*Pouf qui sait, c'est con ga, je m'en fiche* —dice con estudiados encogimientos de hombros, ceceos y salpicaduras de saliva. Eso viene a ser todo lo que les ha quedado de la inmersión en el francés: charla huera. Roz desconoce la mayoría de las palabras, y se alegra de ello.

—Me parece que os he malcriado —les dice Roz.

—¿Malcriada *moi*? —dice Erin.

—Erla no está malcriada —dice Paula con un aire fingido de inocencia ofendida, y se quita la piel de naranja de la boca—. ¿O sí, Erla?

—¡Mecachis, mamaíta, caracoles, no! —dice Erin. La miran las dos bajo la espesura de su cabellera, evaluándola con sus ojos brillantes. Su desvergüenza, las parodias, las tonterías chabacanas, las risas, todo es una farsa que montan para ella. La provocan, pero no demasiado; saben que tiene un punto de ruptura. Nunca mencionan a Mitch, por ejemplo. Siguen adelante como si no hubiera existido jamás. ¿Lo echan de menos, lo querían, están resentidas con él, lo odian? Roz no lo sabe. No se lo hacen saber. En cierto modo es más difícil así.

¡Son tan maravillosas! Se las queda mirando con un amor feroz. «Zenia —piensa —, mala pécora. Quizá tuviste todo lo demás, pero no tuviste nunca una bendición así. Tú nunca tuviste hijas». Se echa a llorar, la cabeza entre las manos, los codos sobre los fríos azulejos de la encimera de la cocina, las lágrimas rodando incontenibles.

Las gemelas se acercan, más pequeñas de lo que son, angustiadas, más tímidas, y le dan palmaditas, le acarician la espalda naranja.

—No pasa nada, mamá, no pasa nada —le dicen.

—Mirad —les dice ella—. ¡He metido el codo en vuestra cochina leche azul!

—¡Ay, concho! —dicen—. ¡Ay, jolín! —Y le sonrían con alivio.

Las gemelas colocan ostentosamente sus vasos altos en el lavavajillas, se dirigen hacia la escalera de atrás, se olvidan de la batidora, la recuerdan y vuelven sobre sus pasos, la meten también, se olvidan del charco de leche azul. Roz lo recoge mientras ellas suben los escalones de dos en dos y enfilan ruidosamente el pasillo hacia sus habitaciones, a prepararse para la escuela. No obstante, hoy están más comedidas que de costumbre. Normalmente es una estampida de elefantes. En el piso de arriba empiezan a sonar dos estéreos al mismo tiempo, dos ritmos de tambor en competencia.

Un par de años más y estarán en la universidad, en alguna otra ciudad. La casa quedará en silencio. Roz no quiere pensar en ello. Quizá se venderá este granero. Comprará un apartamento de primera clase, con vistas al lago. Flirteará con el portero.

Se sienta ante el mostrador blanco, a beberse por fin el café y tomar el desayuno. Dos bizcochos. Solo una naranja y dos bizcochos, porque sigue una dieta. Una especie de dieta. Una minidieta.

Antes seguía toda clase de regímenes. Dietas de uvas, de añadirle salvado a todo, de proteínas. Crecía y menguaba como la luna mientras intentaba desprenderse de los diez kilos que ganó cuando nacieron las gemelas. Pero ya no es tan drástica. Ahora sabe que las dietas extravagantes son malas para la salud, las revistas se han hartado de repetirlo. El cuerpo es como una fortaleza sitiada, dice; almacena reservas de alimento en las células grasas, acumula para un caso de emergencia, y cuando una hace régimen el cuerpo cree que se está muriendo de hambre y empieza a acumular aún más, y una se pone como un globo. Con todo, una pequeña privación de vez en cuando no puede hacer ningún daño. Comer un poco menos no es una auténtica dieta. Aun así, tampoco es que esté gorda. Solo está maciza. Un buen cuerpo de campesina, de cuando las mujeres tenían que tirar del arado.

Aunque quizá no debería escatimar tanto, sobre todo en el desayuno. El desayuno es la comida más importante del día, y a su edad dicen que el cuerpo adelgaza a costa de la cara. Desaparece la grasa de las caderas, pero antes desaparece la del cuello. Y entonces te queda un cuello de pollo. Ella no tiene ninguna intención de convertirse en uno de esos pimpollos cincuentones talla 38 con la cara como un montón de chatarra y cordel, con todos los huesos y tendones a la vista. Aunque «pimpollo» no es la palabra adecuada para una mujer de esa edad. «Pingopimpollo», quizá. Eso es lo que Zenia habría sido si hubiera vivido. Un «pingopimpollo».

Roz sonríe y mete dos rebanadas de pan de trigo integral en la tostadora. Le sirve de ayuda dirigir insultos a Zenia; la ayuda y la tranquiliza. ¿A quién perjudica ahora?

¿Y a quién perjudicaba entonces?, se pregunta con amargura. Ciertamente, no a Zenia, a quien nunca le importó un bledo lo que Roz pudiera pensar de ella. O decir de ella, incluso a Mitch. Aunque había cosas que Roz tuvo el buen sentido de no

decir nunca: «¿No te das cuenta de que esas tetas no son auténticas? Se las ha operado, lo sé de cierto; antes eran talla 80. Estás enamorado de dos bolsas de gel de silicona». No, eso no le hubiera sentado demasiado bien a Mitch, no en la fase de embobamiento. Y después de la fase de embobamiento ya era demasiado tarde.

Además, esas cosas no arden cuando te incineran; este es el rumor que corre sobre los pechos artificiales. Solo se derriten. El resto de ti se convierte en cenizas, y las tetas, en jarabe de malvavisco; tienen que raspar para desprenderlas del suelo del horno. Quizá por eso no esparcieron las cenizas en el funeral de Zenia. Quizá no podían. Quizás era eso lo que había en la lata cerrada: tetas derretidas.

Roz unta de mantequilla las dos tostadas, echa miel por encima y se las come con un deleite pausado, lamiéndose los dedos. Si Zenia viviera no cabe duda de que seguiría un régimen; una cintura como la de Zenia no se consigue sin sacrificios. Así que a estas alturas tendría cuello de pollo. O recurriría a una operación, otra más. Se haría recortar un poco de aquí, apretar un poco de allí; un estiramiento de párpados, los labios hinchados. Eso no es para Roz, no puede soportar la idea de que alguien, un desconocido, se le acerque con un cuchillo mientras ella yace sin sentido en la cama. Ha leído demasiadas novelas de terror, demasiadas novelas de asesinatos sexuales. Podría tratarse de un loco pervertido que hubiera robado una bata de médico. Ocurre a veces. Además, ¿y si cometen un error y despiertas cubierta de vendas y te pasas seis semanas con aspecto de mapache atropellado, solo para acabar descubriendo que te han convertido en una especie de extra de una película de horror barata? No, ella prefiere envejecer tranquilamente. Como el buen vino tinto.

Se prepara otra tostada, con mermelada de fresa y ruibarbo esta vez. ¿Por qué castigar la carne? ¿Por qué reprimir el cuerpo? ¿Por qué sufrir sus rencores, sus venganzas oscuras, sus dolores de cabeza, sus retortijones de hambre y sus gruñidos de protesta? Se come la tostada, que rebosa mermelada; a continuación, después de echar una mirada atrás para asegurarse de que nadie la ve —aunque ¿quién iba a verla?—, lame el plato. Ahora se encuentra mejor. Es la hora del cigarrillo, su recompensa matutina. Recompensa ¿de qué? Eso no se pregunta.

Las gemelas bajan en tromba por la escalera; visten más o menos los uniformes de la escuela, esos conjuntos que Roz nunca ha acabado de entender, los *kilts* y las corbatas que se supone las convierten en varones escoceses. Dejarse la camisa por fuera hasta el último instante de apuro es lo que se lleva, deduce Roz. La besan en la mejilla, besos húmedos y exagerados, salen al galope por la puerta de atrás, y sus cabezas resplandecientes pasan ante la ventana de la cocina.

Es posible que estén pisoteando el arriate de flores que Charis insistió en plantar ahí el año pasado, un acto de amor, así que Roz no puede ponerle ni un dedo encima, aunque parece una colcha de retazos comida por las polillas; su jardinero habitual, un elegante minimalista japonés, lo considera una afrenta a su prestigio profesional. Pero tal vez las gemelas lo destrocen de tal manera que resulte imposible arreglarlo; cruza los dedos. Consulta el reloj: van retrasadas, pero no demasiado. Han salido a ella:

siempre ha tenido un sentido flexible del tiempo.

Roz apura el café y apaga la colilla; sube entonces las escaleras y cruza el pasillo para ducharse. Por el camino no resiste la tentación de echar un vistazo a las habitaciones de las gemelas, aunque sabe que son territorio prohibido. El cuarto de Erin parece una explosión de ropa, Paula ha vuelto a dejar las luces encendidas. Arman escándalo por el medio ambiente, la riñen a gritos porque usa productos de limpieza venenosos, le hacen comprar papel de cartas reciclado y a pesar de todo son incapaces de apagar sus cochinas luces.

Acciona el interruptor con un gesto rápido, a sabiendas de que eso la delata («¡Mamá! ¿Quién ha entrado en mi habitación?». «Puedo entrar en tu habitación, cariño, ¡soy tu madre!». «No respetas mi intimidad, mamá; y, por favor, ¡no seas tan plasta y deja de llamarme cariño!». «¡Tengo todo el derecho! ¿Quién paga los recibos de la luz en esta casa?», y así sucesivamente), y sigue pasillo adelante.

La habitación de Larry está al final, más allá de la suya. Quizá debería despertarlo. Aunque si Larry hubiera querido que lo despertara le habría dejado una nota. Tal vez sí, tal vez no. A veces Larry espera que le adivine el pensamiento. Bueno, ¿y por qué no? Antes se lo adivinaba. Ya no. Si ocurriese algo malo con las gemelas, lo sabría, aunque no necesariamente sabría qué. Pero no con Larry. Larry se ha vuelto opaco para ella. «¿Cómo van las cosas?», le pregunta, y él contesta: «Bien», y puede significar cualquier cosa. Roz ni siquiera sabe qué son esas «cosas» que por lo visto van muy bien.

Larry fue un niño tenaz. Mientras duró el follón con Mitch, cuando las gemelas lo exteriorizaban en su comportamiento, robando en el supermercado y saltándose las clases, él siguió fielmente adelante. Cuidaba de Roz de un modo respetuoso y concienzudo. Sacaba la basura, lavaba el coche los sábados, el coche de ella, como un hombre maduro. «No tienes por qué hacerlo —le decía Roz—. ¿Has oído hablar de los lavacoches?». «Me gusta —decía él—. Me relaja».

Obtuvo el permiso de conducir, obtuvo el diploma en la escuela secundaria, obtuvo su título universitario. Obtuvo una arruguita de preocupación entre los ojos. Hacía lo que creía que se esperaba de él, y le traía los papeles oficiales a casa como el gato que trae ratones muertos.

Ahora es como si hubiera renunciado porque ya no sabe qué más traer; se le han acabado las ideas. Dice que está pensando qué va a hacer a continuación, pero Roz no ve ningún indicio de que esté tomando una decisión. Por las noches vuelve tarde a casa y ella no sabe dónde ha estado. Si se tratara de las gemelas se lo preguntaría, y ellas le dirían que se metiera en lo suyo. A él ni siquiera se lo pregunta. Le da miedo, porque podría decírselo; nunca ha sabido mentir. Un chico serio, quizá demasiado serio. A Roz le preocupa la ausencia de alegría que hay en él. Lamenta que haya abandonado aquella batería con la que solía ensayar, abajo, en el sótano, aunque en su momento la volvía loca. Por lo menos entonces él tenía algo que golpear.

Larry se levanta tarde. No le pide dinero; no necesita hacerlo porque dispone del

que recibió en herencia. Con el dinero que tiene podría irse de casa y alquilar un apartamento en alguna parte, pero no se decide. Demuestra muy poca iniciativa; cuando ella tenía su edad, rogaba por que llegara el momento de sacudirse el polvo ancestral de las sandalias. Y tampoco es que se las arreglara tan bien sola.

Quizá toma drogas, piensa Roz. No es que tenga ninguna prueba de eso, pero ¿qué sabe ella? Cuando Roz era joven, «estar colocado» era tener un buen empleo. De hecho, una vez encontró un paquetito, un sobrecito de plástico que contenía algo parecido a levadura, y prefirió no saber lo que era, porque ¿qué podía hacer ella? No le dices a tu hijo de veintidós años que estabas mirando por casualidad en los bolsillos de sus pantalones. Ya no.

Larry tiene despertador. Pero a veces lo para y sigue durmiendo, como solía hacer Mitch. Quizá podría entrar de puntillas, echar un vistazo rápido al despertador y ver a qué hora está puesto. Así sabría si él lo ha parado o no y tendría claro lo que ha de hacer.

Abre suavemente la puerta. Hay un rastro de ropa que conduce desde la entrada hasta la cama, como un capullo de mariposa abierto, abandonado ahí sin más: botas de vaquero hechas a mano, calcetines, cazadora de ante marrón, tejanos, camiseta negra. Siente una comezón en las manos, pero ya no es tarea suya recogerles la ropa del suelo, y le ha dicho a María que tampoco lo haga. «Si está en vuestra canasta de la ropa sucia, se lava —les ha dicho a los tres—. Si no, no».

Es la habitación de un muchacho, todavía. No la de un hombre. Los estantes, llenos de libros de texto; dos láminas de veleros del siglo XVIII, elegidas por Mitch; su primera embarcación, la *Rosalind*, con los tres a bordo, ella, Mitch y Larry, cuando este tenía tres años, antes de que nacieran las gemelas; el trofeo del equipo de *hockey* de undécimo curso; un dibujo de un pez que hizo cuando tenía nueve años y que a Mitch le gustó especialmente. O que alabó, al menos. Mitch se preocupó más por Larry que por las gemelas, porque fue el primero, quizás, y varón, y porque solo estaba él. Pero Mitch nunca se encontró del todo a sus anchas con él, ni con ninguno de los tres. Siempre con un pie en la puerta. Representaba su papel de padre: demasiado farolero, demasiado cordial, demasiado pendiente de la hora. Hacía chistes muy por encima de la capacidad de comprensión de Larry, y Larry se lo quedaba mirando con sus perplejos y suspicaces ojos de niño y le calaba las intenciones. Los niños lo hacen.

Aun así, ha sido duro para Larry. Le falta algo. El abatimiento invade a Roz, una sensación de fracaso con la que ya está familiarizada. A quien más ha fallado ella es a Larry. Si hubiera sido..., ¿qué?: más guapa, más lista, más *sexy* incluso, mejor en algún sentido; o al contrario, peor, más calculadora, sin escrúpulos, una guerrillera, tal vez Mitch aún estuviera en casa. Roz se pregunta cuánto tardarán sus hijos en perdonarla, una vez que hayan calculado exactamente cuánto hay que perdonar.

Larry duerme en su cama, su cama individual, un brazo cruzado sobre los ojos. Sus cabellos descansan como plumas sobre la almohada, una cabellera más clara que

la de las gemelas, más lacia, parecida a la de Mitch. Se la deja larga, con una fina trenza en cola de rata por detrás. Le queda fatal, opina ella, pero no ha dicho ni una palabra.

Roz, quieta como un poste, escucha su respiración. Lo ha hecho siempre, desde que era un bebé: escuchar para comprobar que aún seguía vivo. De pequeño Larry tenía los pulmones débiles; padecía asma. Con las gemelas Roz no escuchaba porque parecía que no hacía falta. Eran muy fuertes.

Larry toma aire, un largo suspiro, y a ella le da un vuelco el corazón. El amor que siente por él es de distinta calidad que el que siente por las gemelas. Ellas son duras y resistentes, tienen elasticidad; no es que no se las pueda herir, ya han sufrido, pero son capaces de lamerse las heridas y volver de nuevo a la carga. Y se tienen la una a la otra. Pero a Larry lo envuelve un aire de exiliado, el aire de un viajero perdido, como si se hallara varado en tierra de nadie, entre fronteras y sin pasaporte. Como si intentara descifrar los indicadores de carretera. Para hacer lo adecuado.

Bajo el joven bigote la boca es regular, y también suave. Es la boca lo que más la preocupa. Es la boca de un hombre que puede ser destrozado por las mujeres; por toda una cuadrilla de mujeres en sucesión. O bien por una sola: si fuera bastante mala, únicamente haría falta una. Una mujer realmente astuta y perversa, y el pobre Larry se enamorará, se enamorará en serio, trotará tras ella con la lengua fuera, como un cachorro cariñoso y leal criado en casa, pondrá el corazón en ella, y entonces la mujer hará un gesto con su muñeca huesuda y rodeada de oro y Larry será una cáscara vaciada de un sorbo. Antes tendrá que pasar por encima de mi cadáver, piensa Roz, pero ¿qué puede hacer ella? Contra esta futura mujer desconocida estará desvalida.

Sabe qué pasa con las suegras, sabe de mujeres que creen que su hijo es perfecto, que ninguna mujer, ninguna otra mujer, será jamás bastante buena para él. Lo ha visto, sabe lo destructivo que puede llegar a ser, ha jurado no volverse nunca así.

Ya ha capeado a varias de las amigas de Larry: la de la escuela secundaria que tenía un flequillo encrespado y ojillos enloquecidos como los de un perro de pelea, que decía que tocaba la guitarra y se dejó un sostén francés en el cuarto de Larry; la miope hija de un agente de Bolsa que Larry conoció en el campamento de verano, con piernas agresivamente velludas y halitosis mental, que había hecho una gira de estudios por Italia y consideraba que eso le daba derecho a hacer comentarios condescendientes sobre los muebles de la sala de estar de Roz; la gordita pedante de la universidad, con el pelo como un tupé de hombre, teñido de un negro artificial y sin vida, afeitado por los lados, que llevaba tres aros en cada oreja y minifaldas de cuero con el borde por las axilas, que se sentaba en un taburete de la cocina y cruzaba las rollizas piernas y encendía un cigarrillo sin ofrecerle otro a Roz, y utilizaba la taza de café de Roz como cenicero, y le preguntaba si había leído *Así habló Zaratustra*.

Esa fue la peor; a esa la sorprendió revolviendo en el mueble Victoriano de palisandro donde guardaba la plata; seguramente con la intención de birlar algún

objeto pequeño, confiada en que se le echaría la culpa a la señora de la limpieza, para meterse el producto de la venta por la nariz.

Esa fue la que juzgó atinado informar a Roz de que su madre había conocido a Mitch, unos años antes, y se hizo la sorprendida cuando Roz le contestó que nunca había oído hablar de ella. (Falso. Sabía exactamente quién era. Dos veces divorciada, agente de la propiedad inmobiliaria, coleccionista de hombres, una furcia. Pero eso fue cuando Mitch pasaba por la fase de mujeres Kleenex, para usar y tirar, que solo le había durado un mes).

Larry se encontraba en aguas demasiado profundas con esa individua. ¡Conque *Así habló Zaratustra!* Mierdecilla presuntuosa. Roz oyó que decía a las gemelas (y entonces solo tenían trece años) que su hermano tenía un trasero precioso. ¡Su hijo! ¡Un trasero precioso! La zorra ordinaria se limitaba a utilizarlo, pero atrévete a decírselo a él...

Tampoco es que Roz vea mucho a las amigas de Larry. Él las mantiene bien escondidas. «¿Es una buena chica? —lo sondeará—. ¡Tráela a cenar!». Ni en sueños. Unas tenazas al rojo vivo no le arrancarían a Larry ninguna información. Aun así, Roz nota que esas chicas llevan malas intenciones. Tropieza con ellas por la calle, enganchadas a Larry con sus diminutas zarpas y mandíbulas, y en cuanto Larry la presenta, ella lo nota en sus ojillos evasivos empastados de rímel. ¿Quién sabe qué maldad acecha en el corazón de las mujeres? Una madre lo sabe.

Ha permanecido en actitud expectante mientras una chica sucedía a la otra; se ha mordido la lengua y ha rezado por que no fuera serio. Ahora, según las gemelas, se le avecina otra. De rodillas, Roz, se dice. Expía tus pecados. «Querido Dios, mándame una chica buena y comprensiva, ni demasiado rica ni demasiado pobre, que no sea demasiado guapa pero tampoco fea, ni demasiado inteligente, él no necesita inteligencia, una chica bondadosa, cariñosa, sensata y generosa que aprecie sus puntos buenos, que entienda su trabajo, cualquiera que resulte ser, que no hable demasiado y, sobre todo, que quiera a los niños. Y por favor, Dios, haz que tenga el cabello normal».

Larry suspira y se remueve en la cama, y Roz da media vuelta y se aleja. Ha abandonado la idea de mirar el despertador. Que duerma. La vida real tardará poco en azuzarlo con sus relucientes, puntiagudas, ansiosas uñas rojas.

Descalza, sonrosada y soltando vaho, envuelta en una sábana de baño rosa perla de la mejor calidad británica, Roz repasa su armario, grande, de pared a pared y con puertas de espejo. Hay mucho que ponerse, pero nada que le apetezca. Se decide por el traje chaqueta que compró en aquella *boutique* italiana de Bloor: tiene una reunión, y luego almorzará con Tony y Charis, en el Toxique, y el traje no es demasiado informal, pero tampoco demasiado formal. Y no tiene en los hombros esa rigidez de sarcófago. Las hombreras están pasando de moda, gracias a Dios, aunque de todos modos Roz siempre se las quita, tiene los hombros sobradamente anchos. Las gemelas han empezado a reciclar hombreras desechadas: últimamente se han pasado

a las estilográficas porque los bolígrafos son un derroche de recursos y, según dicen, las hombreras van estupendas para limpiar las plumillas. De todos modos, solo las mujeres altas y espidadas podían llevar esas cochinas cosas; y aunque Roz es alta, espidada no lo es.

Los hombros se reducen ahora, y los pechos se hinchan. No sin ayuda. Roz aumenta su lista de lo deseable: «Por favor, Dios, que esa chica no tenga implantes de pecho». Zenia se adelantó a su tiempo.

Roz coge el Benz, porque sabe que tendrá que aparcar en Queen, a la hora del almuerzo, y el Rolls llamaría demasiado la atención. ¿A quién le gusta que le rajen los neumáticos?

De todos modos, casi nunca conduce el Rolls, es como llevar un yate. Uno de esos anticuados y pesados, con acabados de caoba y un motor que susurra: «dinero añejo, dinero añejo». El dinero añejo susurra, el dinero reciente grita: una de las lecciones que Roz creía que debía aprender, en otro tiempo. «No levantes la voz», le decía su censor interno. Voz baja, discreción, ropa *beige*: cualquier cosa con tal de no ser detectada, de que no te reconozcan entre las hordas gritonas del dinero reciente, el dinero nervioso y de ojos calculadores, el dinero de mal gusto, el dinero rencoroso y camorrista. Cualquier cosa con tal de no incurrir en la mirada divertida, inocente, lechosa y enloquecedora de quienes nunca han tenido que escatimar, saltarse unas cuantas normas legales, retorcer unos cuantos brazos, arrancar unos cuantos ojos para demostrar algo. La mayoría de las mujeres de dinero reciente estaban desesperadas, engalanadas de la cabeza a los pies y sin ningún lugar seguro al que ir, y preocupadísimas por eso, mientras que la mayoría de los hombres eran gilipueñas. Roz sabe qué es la desesperación, y qué es un gilipueñas. Aprende deprisa, es una negociadora implacable. Una de las mejores.

Aunque a estas alturas lleva tanto tiempo de dinero reciente que prácticamente es dinero añejo. En este país no se tarda mucho. A estas alturas puede ir de naranja, o chillar. A estas alturas puede permitirse tales cosas y hacerlas pasar por excentricidades encantadoras, y a quien no le gusten, que le bese las asentaderas.

Si hubiera sido por ella, no obstante, nunca habría comprado el Rolls. Demasiado ostentoso, a su modo de ver. Es un remanente de los tiempos de Mitch; fue él quien la convenció para que lo comprara, lo hizo para complacerlo, y es una de las escasas cosas de él de las que no soportaría desprenderse. Mitch estaba orgulloso del Rolls.

El coche se pasa casi todo el tiempo en el garaje, pero Roz lo sacó para ir a los funerales de Zenia, por despecho. «Míralo bien —pensó—. Te saliste con la tuya en muchas cosas, zorra, pero no pudiste echarle el guante a este coche». Claro que Zenia no estaba allí para verlo, pero aun así había experimentado un placer innegable.

A Charis no le parecía bien el Rolls; Roz lo supo por la manera en que se sentó, encogida y desasosegada. Pero Tony apenas se fijó en él. «¿Este es tu coche grande?», dijo. Tony es un sol con los coches; sabe muchísimo de temas históricos, de cañones y cosas por el estilo, pero no es capaz de distinguir un coche de otro. «Tu coche grande», «tu otro coche»: así es como los clasifica. Es algo parecido a ese chiste tan detestable sobre cómo cuentan el pescado los habitantes de Terranova: «Un pescado, dos pescados, otro pescado, otro pescado...». Roz sabe que no debería reírse con esta clase de chistes, no está bien, pero aun así lo hace. Entre amigas. ¿Perjudica

en algo a los de Terranova que a Roz le baje la presión sanguínea, que se sienta de buen humor durante un mal día? ¿Quién sabe? Por lo menos, nadie ha intentado masacrarlos. De momento. Y se supone que tienen la mejor vida sexual de todo Canadá, lo cual es mucho más de lo que Roz ha tenido últimamente, perra suerte.

Se dirige hacia el sur por Rosedale, pasa ante los torreones góticos de imitación, las fachadas georgianas de imitación, los gabletes holandeses de imitación, todo combinado ya en una autenticidad peculiar: la autenticidad del dinero con solera. De un solo vistazo pone precio a cada casa: un millón quinientos, dos millones, tres, el mercado ha bajado, pero estos simpáticos inmuebles se mantienen más o menos firmes, bien por ellos, pues algo ha de mantenerse entre tanto trasiego.

¿En qué se puede confiar hoy día? (En la Bolsa no, eso seguro, y menos mal que reinvertió su cartera de valores justo a tiempo). Tanta inquina como les tenía a estas casas estiradas, clasistas, seguras de sí mismas, y con el tiempo ha acabado cogiéndoles cariño. Ser propietaria de una ayuda a ello. Eso y saber que muchas de las personas que viven allí no son mejores de lo que deberían ser. No son mejores que ella.

Baja por Jarvis, en tiempos la calle de la alta sociedad, luego zona de prostitución y ahora renovada de forma poco convincente; dobla por Wellesley hacia el oeste y se para a la entrada del campus universitario para decirle al guarda que solo viene a recoger a una persona en la biblioteca. El guarda la hace seguir adelante con un ademán —su explicación es creíble o, mejor dicho, el coche lo es— y Roz da la vuelta al círculo y pasa ante McClung Hall, escenario de recuerdos tumultuosos. Es curioso pensar que durante un tiempo vivió ahí, cuando era joven y muy crédula, y rebosaba de entusiasmo canino. Grandes patas perrunas sobre los muebles, gran lengua perruna otorgando lametones de esperanza a cualquier cara disponible. «¡Quiero gustarte! ¡Quiero gustarte!». Ya no. Los tiempos han cambiado.

Gira por College abajo y toma a la derecha por Universidad. ¡Qué fracaso de diseño! Un insípido bloque de ladrillo y cristal asépticos y a continuación otro, y nada que dé interés a la acera, aunque intentan emperifollar el conjunto con esos ridículos macizos de flores. ¿Qué pondría Roz si tuviera la concesión? No lo sabe. Quizás emparrados, o quioscos redondos, como en París; aunque pusiera lo que pusiese quedaría como algo propio de un parque temático. Claro que, hoy en día, esto sucede con todo. Hasta lo auténtico parece prefabricado. Cuando Roz vio los Alpes por primera vez, pensó: «Que salga el coro en traje tirolés y pongámonos todos a cantar *yodel*».

Quizá sea eso lo que se entiende por identidad nacional. El servicio vestido de uniforme. Los decorados. El atrezo.

La oficina central de Roz ocupa los locales de una fábrica de cerveza del siglo XIX. Ladrillo rojo, con ventanas de obra y una cabeza de león tallada en relieve sobre la entrada principal, para darle un toque de clase. Una de las ideas encantadoras de su padre, reformar el edificio; de otro modo lo habrían derribado. Fue su primer

empeño verdaderamente grande, su primer capricho; cuando por fin empezó a jugar con el dinero en vez de limitarse a acumularlo.

Deja el coche en el aparcamiento de la empresa, «Los vehículos no autorizados serán retirados por la grúa», en su espacio particular con el rótulo de «Sra. Presidenta» en letras de oro; si tienes, osténtalo, aunque Roz debe recordarse a cada instante que ella no es tan sumamente importante como le gustaría suponer. Cierto que en ocasiones la reconocen en los restaurantes, sobre todo después de haber aparecido en la lista anual de *Toronto Life* entre las cincuenta personas más influyentes de Toronto. Pero si esta clase de reconocimiento es la medida del poder, Mickey Mouse es un millón de veces más poderoso que ella, y Mickey Mouse ni siquiera existe.

Se mira los dientes en el espejo retrovisor para comprobar que no hay restos de lápiz de labios —bueno, estas cosas cuentan— y entra con paso enérgico, o así espera que parezca, en la zona de recepción. Ya es hora de cambiar los cuadros de las paredes, está cansada de ver esas estúpidas figuras de colores, parecen un mantel, aunque costaron un dineral. Deducibles del impuesto de sociedades, por fortuna. Arte canadiense.

—Hola, Nicki —saluda a la recepcionista. Es importante recordar cómo se llaman. Se ha visto a Roz apuntarse los nombres de algunas recepcionistas y secretarias en la parte interior de la muñeca, con tinta de bolígrafo, como una chuleta de la escuela. Si fuera un hombre podría solucionarlo con una breve inclinación de cabeza; pero no es un hombre, y ya se guarda ella bien de actuar como si lo fuera.

Nicki la mira con un parpadeo y sigue hablando por teléfono, y no sonrío, la jovencita de cara de palo. Nicki no durará mucho.

Es complicado ser mujer y jefe al mismo tiempo. Las mujeres te miran y no piensan «jefa». Te miran y piensan «mujer», como si dijéramos: «Solo es otra mujer, igual que yo, ¿qué se ha creído?». Ninguno de sus truquitos *sexy* da resultado contigo, y los tuyos no dan resultado con ellas; tener unos grandes ojos azules no te reporta el menor beneficio. Si te olvidas de su cumpleaños tu nombre es fango; si las reprendes se echan a llorar, y ni siquiera en el cuarto de baño como lo harían si fueras un hombre, sino donde tú puedas verlas; te sueltan sus historias de mala suerte y esperan comprensión, y no pretendas sacarles una taza de café. «Lámase usted sus sellos, señora». Te lo traerán, eso sí, pero estará frío y te habrás ganado su odio eterno. «¿Quién era tu criada el año pasado?», le preguntaba a su madre, cuando fue lo bastante mayor para desafiarla. Exactamente.

En tanto que esas mismas mujeres complacerían a un jefe masculino sin rechistar. Comprar el regalo de cumpleaños de la esposa, comprar el regalo de cumpleaños de la amante, hacer el café, llevarle las zapatillas en la boca, horas extras cuando haga falta.

¿Está Roz demasiado negativa? Podría ser. Pero ha tenido malas experiencias.

Quizá lo manejaba mal. Entonces era más tonta. Dejaba sentir su poder, actuaba

con normalidad. Tuvo unos cuantos arrebatos. «¡No he dicho para mañana, he dicho ahora! ¡Quiero ver un poco de profesionalidad, para variar!». A estas alturas ya sabe que si eres mujer y contratas a mujeres tienes que convertirlas en amigas, en compañeras; debes fingir que todas sois iguales, lo que resulta difícil cuando les doblas la edad. O si no, has de tratarlas como niñas pequeñas. Debes hacerles de madre, debes cuidar de ellas. Roz ya tiene en su vida bastantes personas a las que hace de madre, y ¿quién la trata a ella como a una niña pequeña, quién le hace de madre y la cuida? Nadie; por eso contrató a Boyce.

Toma el ascensor y baja en el último piso.

—Hola, Suzy —dice a la recepcionista de allí—. ¿Qué tal va todo?

—Muy bien, señora Andrews —dice Suzy, y le dirige una sonrisa respetuosa. Lleva más tiempo que Nicki en la empresa.

Boyce está en su despacho, que se encuentra justo al lado del de ella y tiene una placa con letras doradas: «Asistente de la Sra. Presidenta». Boyce siempre está en su despacho cuando ella llega a trabajar.

—Hola, Boyce —le dice.

—Buenos días, señora Andrews —dice Boyce con voz grave, mientras se levanta de su asiento. Boyce es cuidadosamente formal. Hasta el último de sus finos cabellos color castaño está en orden, el cuello de su camisa es impecable, su traje es una obra maestra de sobriedad.

—Vamos a repararlo —dice Roz, y Boyce asiente con un gesto.

—¿Café? —dice.

—Eres un ángel, Boyce —dice Roz, y él desaparece y regresa con el café, caliente y aromático; acaba de prepararlo. Roz ha permanecido en pie para experimentar el placer de que Boyce le aparte la silla, cosa que él hace sin demora. Roz se sienta con todo el donaire de que es capaz con esa falda (Boyce hace que surja la dama que lleva dentro, tal como es), y Boyce le dice, como siempre hace:

—Debo decir, señora Andrews, que tiene usted muy buen aspecto esta mañana, y lleva un conjunto muy distinguido.

—Me encanta tu corbata, Boyce —dice Roz—. Es nueva, ¿verdad? —Y él se sonroja de placer. O, mejor dicho, resplandece suavemente. El asistente rara vez muestra los dientes.

¡Roz adora a Boyce! ¡Boyce es delicioso! Disfruta muchísimo con él, podría darle un abrazo enorme, aunque nunca osaría hacer tal cosa. Cree que Boyce no lo consentiría. Si algo puede decirse de él es que es reservado.

También que tiene veintiocho años y que es abogado de carrera, más listo que el hambre y gay. La cuestión de la homosexualidad la abordó abiertamente en la entrevista de solicitud de empleo. «Será mejor que lo sepa desde el primer momento —le dijo—: soy gay, un homosexual, pero nunca la haré quedar mal. Mi interpretación como heterosexual es impecable. Un homosexual, por si no lo recuerda, puede ser una loca, pero le aseguro que mi locura no va por ahí».

«Gracias», respondió Roz, que había quedado impresionada. Advirtió de inmediato que Boyce era una persona que le llenaría los espacios en blanco sin que tuviera que pedírselo. «Boyce, quedas contratado».

—¿Crema de leche? —dice ahora Boyce. Pregunta siempre, porque deduce que Roz sigue dietas de modo intermitente. ¡Es tan educado!

—Por favor —dice Roz, y Boyce le sirve un poco y a continuación le enciende el cigarrillo. Es asombroso, piensa Roz, lo que hay que hacer para que te traten como a una mujer en esta ciudad. No, no como a una mujer. Como a una señora. Como a una señora presidenta. Boyce tiene buen gusto, ahí está el detalle, y también tiene sentido del decoro. Respeta las jerarquías, aprecia la buena porcelana, colorea sin salirse de la raya. Le gusta que haya una escala, provista de peldaños, porque quiere subir por ella. Y va a subir, si Roz puede influir en ello, porque Boyce posee verdadero talento y ella está completamente dispuesta a ayudarlo. A cambio de su lealtad, ni que decir tiene.

En cuanto a lo que Boyce piensa de ella, Roz no tiene ni idea. Aunque espera que, por favor, Dios, no la vea como una madre. Tal vez se la representa como un hombretón de cuerpo suave vestido de mujer.

Tal vez odia a las mujeres, tal vez querría serlo él. ¿A quién le importa, mientras cumpla?

A Roz le importa, pero no puede permitírselo.

Boyce cierra la puerta del despacho para anunciar al resto del mundo que Roz está ocupada. Se sirve una taza de café, llama a Suzy por el interfono para pedirle que no pase ninguna llamada y le recita a Roz lo primero que ella quiere saber cada mañana, es decir, un resumen de cómo van las acciones que le quedan.

—¿Qué opinas, Boyce? —dice Roz.

—Media legua, media legua, media legua hacia delante, por el valle de la Muerte cabalgaron los Quinientos de la Fortuna —dice Boyce, al que le gusta tanto leer como citar—. Tennyson —añade, para información de Roz.

—Esta la he captado —dice Roz—. Así que las cosas están mal, ¿eh?

—Las cosas se vienen abajo, el centro no resiste —dice Boyce—. Yeats.

—¿Vendo o aguanto? —dice Roz.

—El camino hacia abajo es el camino hacia arriba. Eliot —dice Boyce—. ¿Cuánto puede esperar?

—Eso no es problema —dice Roz.

—Yo esperaré —dice Boyce.

¿Qué haría ella sin Boyce? Le está resultando indispensable. A veces Roz cree que es el sustituto de un hijo; por otra parte, podría ser el sustituto de una hija. En raras ocasiones ha logrado persuadirlo por medio de subterfugios para que vaya de compras con ella —tiene muy buen gusto para la ropa—, aunque sospecha que quizá la incita un poquito a gastar, porque eso es para Boyce una oculta y sardónica diversión. Estuvo implicado, por ejemplo, en el albornoz naranja.

—Señora Andrews, es hora de dejarse ir —fue lo que le dijo—. *Carpe diem*.

—¿Qué quiere decir? —dijo Roz.

—Aprovecha el tiempo —dijo Boyce—. Recoge tus capullos de rosa mientras puedas. Aunque yo, personalmente, preferiría ser el recogido.

Esto sorprendió a Roz, porque Boyce nunca es tan explícito entre las paredes de la oficina. Debe de tener, por supuesto, otra vida; una vida nocturna de la que ella lo ignora todo. Una vida privada, de la que es afable pero firmemente excluida.

—¿Qué vas a hacer esta noche? —tuvo la imprudencia de preguntarle ella una vez. (¿Con qué esperanza? Que la acompañara quizás al cine o algo parecido. A veces se siente sola, ¿por qué no reconocerlo? Se siente enormemente, cavernosamente sola, y entonces come. Come, bebe y fuma, y rellena sus espacios internos. Lo mejor que puede).

—Vamos a ir unos cuantos a ver a las Clichettes —dijo Boyce—. Ya sabe: hacen parodias de canciones en *playback*, se visten de mujeres.

—Boyce —dijo Roz—, es que son mujeres.

—Bueno, usted ya me entiende —dijo Boyce.

¿Quiénes eran «unos cuantos»? Un grupo de hombres, seguramente. Un grupo de jóvenes, de jóvenes gay. Le preocupa la salud de Boyce. En especial, seamos sinceras, ¿cabe la posibilidad de que tenga el sida? Es bastante joven para haberse librado, para haberlo sabido a tiempo. Roz no sabía cómo preguntárselo, pero, como de costumbre, él adivinó su preocupación. Cuando ella se refirió, una vez más, a esa gripe de Boyce que tanto tardó en curar la primavera anterior, el le dijo:

—No se inquiete tanto, señora Andrews. No me marchitará el tiempo, ni el síndrome de inmunodeficiencia adquirida me agostará. Ya soy mayorcito y sé cuidarme.

Lo cual solo es parte de una respuesta, y la única respuesta que ella recibirá.

Después de las acciones, Roz y Boyce repasan el fajo de este mes de peticiones hermosamente mecanografiadas, con membretes en relieve y firmas en tinta de verdad (Roz siempre las somete a prueba, lamiéndose el dedo; no va mal saber quién hace trampas y quién, por otra parte, es un auténtico pretencioso). Este quiere que sea patrona honoraria, título que ella detesta, porque ¿cómo se puede ser patrona sin asumir un aire de patrocinio?, y de todos modos tendría que ser «matrona honoraria», pero esa es otra cuestión. Este otro quiere sacarle mil pavos por asistir a una gala de beneficencia relacionada con órganos corporales. Corazones, pulmones e hígados, ojos, oídos, riñones, todos tienen sus valedores; algunos, sabiendo que los habitantes de Toronto son capaces de cualquier cosa con tal de disfrazarse, organizan incluso bailes de máscaras. Roz, por su parte, está pendiente de que surja la Sociedad del Testículo. El baile de los bailes de máscaras. Antes le encantaban las fiestas de disfraces; quizá la animaría un poco ir de escroto. Eso o los Quistes Ováricos; por tales cosas haría un esfuerzo.

Roz tiene su propia lista. Todavía colabora con asociaciones como la de Mujeres

Maltratadas, la de Víctimas de Violación, la de Madres Sin Hogar. ¿Cuánta compasión es suficiente? Nunca lo ha sabido, y en algún sitio hay que trazar la raya, pero aún sigue con Abuelas Abandonadas. Ya no asiste a las cenas de gala, sin embargo. No sería propio que fuera sola, y es demasiado deprimente tener que cazar algún tipo de acompañante. Habría quienes aceptarían, pero ¿qué querrían a cambio? Se acuerda del desalentador período que pasó tras la partida de Mitch, cuando de pronto se convirtió en presa fácil y todos aquellos maridos con ínfulas de seductores salieron, como salen de la madera las carcomas, para ponerle una mano en el muslo y un ojo en su cuenta corriente. Tomó algunas copas que no hubiera debido tomar, tuvo algunos líos que no le hicieron ningún bien, ¿y cómo sacarlos por la mañana de su dormitorio color hueso blanqueado sin que se enteraran los niños? Muchísimas gracias, piensa, pero no.

—¿B'nai Brith? —dice Boyce—. ¿La Sociedad Mariana?

—Nada religioso, Boyce —dice Roz—. Ya conoces la regla. —Dios ya es bastante complicado sin necesidad de utilizarlo como recaudador de fondos.

A las once tienen una reunión en la sala de juntas, con una empresa nueva, una menudencia en la que Roz está pensando invertir. Boyce adopta su aire de negociante, solemne y apagado, absolutamente conservador, de modo que Roz podría asfixiarlo de un abrazo, y desde luego espera que la propia madre de Boyce lo aprecie. En cuanto a Roz, su primerísima reunión la recuerda así: había crecido creyendo que los negocios eran algo misterioso, algo muy por encima de su comprensión, algo que su padre hacía a puerta cerrada. Algo que solo hacían los padres, pues las niñas eran demasiado bobas para comprenderlo por mucho que vivieran. Pero solo era un grupo de hombres sentados en una habitación, que fruncían el entrecejo, reflexionaban y jugueteaban con sus plumas chapadas en oro mientras trataban de embaucarse el uno al otro. Y ella, sentada allí con ellos, los contemplaba e intentaba no quedar boquiabierta de asombro. «¡Ahí va! ¿Y esto es todo lo que hay? ¡Santa María, esto puedo hacerlo yo!». Y podía hacerlo mejor. Mejor que la mayoría. La mayoría de las veces.

Los hombres de negocios canadienses son unos pusilánimes, en general; creen que si guardan el dinero debajo de la almohada las monedas de cinco centavos se cruzarán con las de diez y darán a luz monedas de veinticinco centavos. ¡Había que ver cómo se golpeaban el pecho por el tema del libre comercio! «Hemos de ser agresivos», decían, y ahora están gimiendo y chupándose el dedo y pidiendo exenciones de impuestos. O llevando sus empresas al sur de la frontera. «Agresivamente canadiense», vaya contradicción en los términos, es para echarse a reír. En cuanto a Roz, a ella le gusta correr riesgos. No riesgos temerarios; riesgos calculados, pero riesgos en fin de cuentas. De otro modo, ¿dónde está la gracia?

La delegación es de Lookmakers: cosméticos baratos pero de alta calidad, y nada de torturar conejitos, eso no hace falta decirlo. Empezaron con la venta a domicilio, como Tupperware, y luego ampliaron el negocio con una línea especial para actrices

y modelos; pero ahora están creciendo que es una locura y quieren una tienda de venta al por menor, con la posibilidad de conceder franquicias. Roz cree que el negocio puede funcionar. Ha estudiado el asunto, o lo ha hecho Boyce, mejor dicho, y en una recesión —no nos andemos con rodeos: una depresión— las mujeres compran más lápices de labios. Un regalito para una misma, una pequeña recompensa, no es tan caro y te alegra la vida. Roz lo sabe muy bien. Puede que sea rica pero aún es capaz de pensar como pobre, es una ventaja. Además, también le gusta el nombre: «Lookmakers». Es vigorizante, implica esfuerzo, un tirar adelante, un arremangarse la camisa. Un arriesgarse.

Lookmakers son dos hombres y dos mujeres, de treinta y tantos años, obsequiosos hasta partirte el corazón, con un montón de diagramas, fotografías, muestras y gráficos. Los pobrecitos se han preparado a fondo para esta reunión, así que Roz, aunque ya está decidida, les deja hacer su presentación mientras se arrellana en el asiento y va tomando notas mentales sobre una nueva línea de productos. Está cansada de limitarse a mover el dinero por el mapa, está a punto para meterse de nuevo en algo más tangible. ¡Podría resultar emocionante! Les hará lanzar productos con nombres distintos, abandonar la languidez, la toxicidad y la densidad almizclada que unos años atrás hacían furor. Roz tiene olfato.

—¿Tú qué opinas, Boyce? —dice, una vez que el cuarteto se ha retirado entre saludos y reverencias y Boyce les ha dicho que ya les telefonarán mañana. Nunca cierres el trato el mismo día, es el lema de Roz. Que se les enfríen los motores, eso hace bajar el precio—. ¿Podemos entusiasmarnos?

—Mis ojos, mis antiguos y chispeantes ojos, están alegres —dice Boyce—. Yeats.

—Los míos también —dice Roz;— Una participación mayoritaria, como de costumbre? —Roz se ha pillado los dedos unas cuantas veces, y ahora no compra nada que no pueda controlar.

—Debo señalar, señora Andrews —dice Boyce en tono de admiración—, que donde pone el ojo pone la bala.

—Caray, Boyce —dice Roz—, no me hagas parecer tan sedienta de sangre. Solo es una buena manera de llevar los negocios.

Roz vuelve a su despacho y examina las papeletas rosa de las llamadas telefónicas, barajándolas como naipes: estas para que las conteste Boyce, estas para Suzy, estas para ella misma. Garrapatea anotaciones sobre ellas, instrucciones, comentarios. Se siente bien, dispuesta a la innovación.

Ahora viene una pausa; tiene el tiempo justo para un cigarrillo rápido. Se sienta en su carísimo sillón tapizado en piel, tras su carísimo escritorio aerodinámico, moderno, hecho a mano, que ya no la satisface. Es el momento de cambiarlo; lo que ahora le gustaría es un mueble antiguo, con todos esos cajoncitos secretos tan monos. Sobre la superficie del escritorio, las gemelas, de nueve años, la miran desde una foto: engalanadas con sus vestidos de fiesta rosas, están atormentando un gato desaparecido hace mucho tiempo. Luego, en una foto posterior, se las ve vestidas de

negro en el baile anual de padres e hijas organizado por la escuela, un acontecimiento curioso, teniendo en cuenta la escasez generalizada de padres. Roz hizo ir a Larry, y obligó a Boyce a que fuera el segundo hombre. Las gemelas dijeron que era un buen bailarín. Al lado de los cuatro, en marco de plata, está Larry, a solas, con la toga de la graduación, muy serio. Preocupado.

Junto a él está Mitch.

Un sentimiento de culpa desciende hacia ella y se hincha suavemente, como un enorme paracaídas gris, sin tripulante, vacío el arnés. El oro del anillo de bodas le pesa como plomo en la mano. Debería tirar esta foto de Mitch que con tanta desenvoltura le sonríe desde el marco de latón de estilo modernista, aunque tiene en la mirada esa perenne incertidumbre. Una incertidumbre que ella no veía. «No fue culpa mía», le dice Roz. Zenia sigue estando aquí, en este edificio, en esta habitación; minúsculos fragmentos de su alma quemada y rota infestan el antiguo maderamen como termitas, royendo desde el interior. Roz tendría que hacer fumigar el despacho. ¿Cómo se llama esa gente? Exorcistas. Pero Roz no cree en ellos.

Siguiendo un impulso, revuelve el cajón del escritorio, encuentra el expediente venenoso y pulsa el botón de Boyce, que está en el despacho contiguo. Nunca le ha dicho nada de este asunto, nunca lo ha comentado, y solo hace dos años que trabaja para ella; es posible que desconozca la historia. Aunque todo el mundo debe de conocerla, sin duda; esta es la ciudad del chismorreo.

—Boyce, tu opinión sincera. ¿Qué te parece?

Lo que le muestra es una foto en color de Zenia, veinte por veinticinco, un retrato de estudio, el mismo que utilizaron para *Wise Woman World* cuando Zenia era la directora, y también el mismo que Roz en persona entregó al detective privado cuando realizó aquel acto humillante de espionaje. Un vestido oscuro con mucha caída, elegante, con el escote en V, por supuesto: si tienes pecho, osténtalo, aunque sea de goma espuma; la larga garganta blanca, el cabello oscuro y encrespado, la ceja izquierda arqueada, la boca de color morado curvada hacia arriba en las comisuras con esa sonrisa reservada y exasperante.

Mi propio monstruo, piensa Roz. Creí que sabría controlarla. Hasta que se liberó.

Boyce supone, o finge suponer, que Zenia es alguien en quien Roz está pensando para modelo de Lookmakers. Sostiene la foto entre el pulgar y el índice como si tuviera gérmenes, frunce los labios.

—La silla en que estaba sentada, como un trono bruñido, etcétera —dice—. De la brigada de los ligeros de cuero, diría yo. Látigos y cadenas, y todo muy exagerado; quiero decir, ese cabello parece una peluca. Decididamente, no es de los noventa, señora Andrews. *Vieux jen*, ¿y no cree que es un poco vieja para nuestro mercado?

Roz se echaría a llorar de puro alivio. Boyce se equivoca, naturalmente; fuera lo que fuese lo que Zenia tenía, fuera cual fuese su magia, era algo que trascendía la imagen del mes. Pero le encanta lo que acaba de oír.

—Boyce —le dice—, eres una cochina joya.

Boyce sonríe.

—Intento serlo —dice.

Roz deja el Benz en un aparcamiento al aire libre, junto a Queen; y espera que nadie le pinche los neumáticos, le fuerce el maletero ni le raye la pintura azul oscuro, limpia y recién pulida, mientras almuerza. Claro que es pleno día, que el coche está en un aparcamiento vigilado y que esto no es Nueva York; pero las cosas están deteriorándose, y durante los segundos que tarda en cerrar la portezuela con llave percibe una docena de figuras dudosas ahí en la acera, formas agazapadas cubiertas de ropa, ojos rojizos y subalimentados que calculan si vale la pena darle un sablazo.

Son los corazones, los ojos, los riñones y los hígados, pero en un nivel más básico. Roz lleva un puñado de billetes rosa de dos dólares preparado en el bolsillo para no perder tiempo siquiera en abrir el bolso. Repartirá a derecha e izquierda mientras pasa por esa carrera de baquetas desde aquí hasta el Toxique. Dar es una bendición, o eso solía decir su padre. ¿Está ella de acuerdo? ¿Acaso vuelan los burros? Dar es un fastidio hoy en día, porque no te sirve de nada, ni siquiera te garantiza un coche libre de rayas, ¿y por qué? Porque aquellos a los que das te odian. Te odian porque tienen que pedir, y te odian porque puedes dar. O si no, son profesionales y te desprecian porque les crees, porque te apiadas de ellos, porque eres una pringada. ¿Qué le ocurrió al buen samaritano después? ¿Después de rescatar al hombre derribado por unos ladrones, después de retirarlo del camino, llevárselo a casa, darle un plato de sopa y acostarlo en el cuarto de los huéspedes? El pobre samaritano sentimental despertó por la mañana para encontrarse la caja fuerte reventada, el perro estrangulado, la esposa violada y los candelabros de oro robados, y una gran cagada sobre la alfombra, porque, para empezar, las heridas eran postizas y la sangre de imitación. Un trabajo planeado de antemano.

Roz recuerda de repente una imagen de Zenia, de pie en los peldaños de la entrada, en la casa que compartía con Mitch, tras una de aquellas cenas de comienzos de los ochenta, cuando Roz aún era receptiva al numerito de Zenia, aún la favorecía, aún la invitaba. Zenia, en un ajustado conjunto rojo de hombros prominentes, con un faldellín en la parte de atrás de la chaqueta que enmarcaba la ceñida curva de sus posaderas; Zenia con tacones de aguja, apoyando una mano en la cadera ladeada. Solo estaba un poco bebida, al igual que Roz. Zenia besó a Roz en la mejilla porque eran muy buenas amigas, eran íntimas, compinches, y sonrió con malicia al sinvergüenza de Mitch, cuya desvergüenza Roz había pasado estúpidamente por alto. Luego se volvió para bajar los escalones, alzando la mano en un gesto que recordaba curiosamente a un general en un noticiario saludando a la tropa, ¿y qué fue lo que dijo? «¡Que se joda el Tercer Mundo! ¡Estoy harta de él!».

Ahí quedaban las conveniencias. Ahí quedaban la buena de Roz y sus insignificantes y aburridas obras benéficas, sus donaciones a las mamás violadas y las abuelitas maltratadas y, en aquellos tiempos, las ballenas, las víctimas de la hambruna y los desamparados sin hogar; la gordita y anticuada mamaíta Roz, aherrojada por su

aburrida mala conciencia. Fue un comentario egoísta e indiferente, un comentario atrevido, una observación liberada: ¡al diablo la culpa! Era como ir a toda velocidad en un descapotable, pegado al coche de delante, cambiando constantemente de carril sin poner los intermitentes, el estéreo a tope y que se jodan los vecinos, echar las sobras por la ventana, las cintas, el papel de envolver, la repostería fina y las trufas al champán a medio comer, cosas que se gastaban con solo mirarlas.

Lo peor de todo fue que Roz —aunque escandalizada, aunque balbuciendo, «¡Oh, Zenia, no puedes decirlo en serio!»— notó en sí misma un latido de respuesta. Una especie de eco, un deseo de ir así de deprisa, de ser ella también tan despreocupada, tan voraz. «Bien, ¿y por qué no? ¿Crees que moverían un dedo, en el Tercer Mundo, si se tratara de ti?». Fue como aquel anuncio, de un automóvil si no recuerda mal: «Levantar polvo o tragarlo». Esas eran las alternativas que se ofrecían entonces. Y Roz levantó polvo, mucho polvo, polvo de oro, y Zenia levantó mucho polvo también, aunque de una clase distinta. Y ahora es polvo. Y cenizas, al igual que Mitch. Este es el sabor que tiene ahora Roz en la boca.

Roz cruza la grava trastabillando, llega a la acera y se apresura hacia el Toxique, a un paso tan ligero como su ajustada falda se lo permite. Hay un revoloteo de manos tendidas, de tenues voces murmurantes, voces tenues y desdichadas como las de quienes están al borde del sueño. Roz deposita bolas arrugadas de dinero en los dedos temblorosos, en los guantes raídos, sin mirar, porque si hay algo que les siente mal es la curiosidad. Así se lo tomaría ella en su lugar. Algo más adelante ve a Tony, que se aproxima con su regular trote de poni. Roz agita la mano y lanza un «¡Yuju!», y Tony se detiene y sonrío, y Roz experimenta una cálida oleada de placer. ¡Qué alivio!

Y Charis también es un alivio, sentada ya a la mesa, saludándolas con un gesto de bienvenida. Roz le da un beso en cada mejilla, se deja caer en la silla, y revuelve el bolso en busca de los cigarrillos. Tiene la intención de disfrutar de este almuerzo, porque estas dos mujeres son seguras: de las personas que conoce, incluidos sus hijos, solo estas dos no quieren nada de ella. Puede descalzarse bajo la mesa, perorar y reírse y decir lo que le dé la gana, porque no se decide nada, no se exige nada; y no se oculta nada, tampoco, porque ya lo saben todo las dos. Saben lo peor. Con ellas, y solamente con ellas, Roz carece de poder.

Se acerca la camarera: ¿de dónde sacan esa ropa? Roz admira de veras su atrevimiento, del que le gustaría tener al menos un poco. ¡Mallas estampadas como piel de leopardo y botas plateadas! Eso que visten no son conjuntos, son disfraces, pero ¿qué trata de ser esta gente? Celebrantes. ¿Pero de qué? ¿De qué extraña religión? A Roz los habitantes del Toxique le parecen fascinantes, pero también la asustan un poco.

Cada vez que baja a los servicios tiene miedo de equivocarse de puerta, sin querer, y entrometerse en alguna especie de rito profano. ¡Orgías! ¡Sacrificios humanos! No, eso es pasarse. Más bien algo que no hubiera debido ver, algo que le traerá problemas. Alguna película horrenda.

Sin embargo, es otro el motivo que la ha traído al Toxique. La culpa la tiene el hecho de que, por más que lo intente, no puede dejar en paz la ropa para lavar. Recorre las habitaciones de sus hijos como un pez del fondo marino, recogiendo un calcetín sucio aquí, unos calzoncillos allí, y así encontró una carterita de cerillas del Toxique en el bolsillo de una camisa arrugada de Larry, y otra la semana siguiente. ¿Tan monstruoso es querer saber dónde pasa el rato tu hijo? Por las noches, naturalmente, ya que no es probable que vaya allí a almorzar. Pero se siente obligada a tener controlado el lugar, a echarle un vistazo de vez en cuando. Eso le da cierto asidero: por lo menos Larry va a algún sitio, no se evapora en el aire. Pero ¿qué hace ahí, y con quién lo hace?

Nada y con nadie, quizá. Quizá se limita a comer, como ella.

Y hablando de eso. Desliza un dedo a lo largo de la carta: está tan hambrienta que podría comerse un caballo, aunque nunca se le ocurriría utilizar esta expresión delante de Charis. Lo que elige es el sándwich de queso tostado *gourmet* extra grueso con pan a las hierbas y a las semillas de alcaravea y con encurtidos polacos. Nutritiva comida campesina, o una imitación al menos. A los polacos debe de irles muy bien, probablemente ahora mismo exportan todos sus encurtidos a cambio de divisas fuertes. Pide ese plato a la camarera de cabello despeinado —¿podría ser esta la atracción para Larry? ¿Una camarera?— y se dispone a sonsacar a Tony información sobre el tema de Oriente Medio. Cada vez que allí ocurre algo importante, el mundo de los negocios se conmueve.

La relación con Tony es satisfactoria, además, porque por muy pesimista que Roz se muestre acerca de los asuntos actuales, Tony es peor. Hace que Roz se sienta como una ingenua jovencita con la cabeza a pájaros, y eso es un cambio muy agradable. A lo largo de los años se han lamentado de la presidencia de los Estados Unidos, han sacudido la cabeza mientras los conservadores hacían trizas el país y han hecho augurios a partir del análisis del peinado de Margaret Thatcher, un peinado militarista en chapa de hierro como nunca lo hubo, a decir de Tony. Cuando cayó el Muro, Tony predijo oleadas de inmigrantes del bloque oriental, y un creciente resentimiento contra ellos en Occidente, y Roz dijo: «Oh, eso no puede ser», porque la idea de que los inmigrantes susciten resentimiento la molesta mucho. «Ninguno ya es demasiado», es lo que dijo algún pez gordo del gobierno canadiense a propósito de los judíos, durante la guerra.

Pero las cosas cada vez están más confusas: por ejemplo, ¿cuántos inmigrantes se pueden acoger? ¿Cuántos se pueden recibir, siendo realistas, y a quiénes entre «ellos», y dónde se traza la raya? El mero hecho de que Roz piense de esta manera demuestra la magnitud del problema, porque Roz sabe muy bien lo que es ser «ellos». A estas alturas, no obstante, ella es «nosotros». La cosa cambia. Le revienta ser el perro del hortelano, pero debe reconocer que Tony —por desalentador que resulte— da siempre en el clavo. Eso Roz lo admira. Ojalá Tony dedicara su capacidad predictiva a algo más lucrativo, como la Bolsa.

Aunque Tony siempre se lo toma todo con mucha calma. Con mucha naturalidad. «¿Qué esperabais?», les pregunta, con sus ojos redondos y sorprendidos. Lo que la sorprende es la esperanza de los demás, su inocencia, su deseo sensiblero de que todo acabe siendo para bien.

Mientras tanto, Charis, que no cree en muertes, solo en transiciones, se siente trastornada al pensar en todos esos conflictos, guerras y hambrunas. Tony sigue con el tema, porque van a matar a muchísima gente. No son las muertes en sí, dice Charis: es la naturaleza de esas muertes. No son buenas muertes, son violentas y crueles, son incompletas y malogradas, y los efectos malignos perdurarán años y años como una especie de contaminación espiritual. Solamente pensar en estas cosas es contaminante, según Charis.

—Ya está decidido —dice Tony—. Se decidió en cuanto Saddam cruzó la frontera. Como el Rubicón.

El Rubicón, el Rubicón. Roz sabe que ha oído antes esa palabra. Un río; alguien lo cruzó. Tony tiene una extensa lista de ríos que alguien cruzó con consecuencias que cambiaron el mundo, en un momento u otro. El Delaware, ese fue Washington. Las tribus germánicas que cruzaron el Rin y derribaron el imperio romano. Pero ¿el Rubicón? ¡Bueno, qué estupidez por parte de Roz! ¡Julio César, y diez puntos por la respuesta!

Entonces Roz lo ve claro, como en un destello de luz: ¡qué magnífico nombre para un lápiz de labios! Una magnífica serie de nombres, nombres de ríos que han sido cruzados, cruzados fatídicamente; una combinación de lo prohibido y de valor, de osadía, un toque de karma. *Rubicón*, un tono brillante de baya de acebo. *Jordán*, un rojo denso con matices de uva. *Delaware*, un cereza con una sombra de azul; aunque quizá la palabra en sí resulta un poco melindrosa. *San Lorenzo*, un rosa cálido de fuego y hielo; no, no, ni pensarlo, los nombres de santos no sirven. *Ganges*, un naranja ardiente. *Zambezi*, un marrón succulento. *Volga*, ese morado espectral que durante muchos años fue el único color de labios al alcance de las pobres rusas; pero ahora Roz le ve un futuro, pasará a ser de vanguardia retro, una pieza de coleccionista, como las estatuas de Stalin.

Roz sigue la conversación, pero por dentro hace planes con frenesí. Ya ve las fotos de las modelos, tal como quiere que sean: seductoras, naturalmente, pero también desafiantes, una especie de mirada de «afrenta tu destino». ¿Qué cruzó Napoleón? Solo los Alpes, ningún río memorable, lástima. Y quizá de fondo algunos retazos de cuadros históricos, alguien enarbolando una bandera que ondea hecha jirones, en lo alto de una colina —siempre es una colina, nunca un pantano, por ejemplo—, con humo y llamas consumiéndose en derredor. ¡Sí! ¡Eso es! ¡Se venderán como panecillos calientes! Y hace falta un último tono, para completar la paleta: un marrón tórrido, sensual, con un matiz turbio y humeante. ¿Cuál es el río adecuado para eso?

Estige. No podría ser ningún otro.

Justo en ese momento Roz advierte la expresión del rostro de Tony. No es miedo, exactamente: es una atención fija, una concentración, un gruñido silencioso. Si Tony tuviera cerdas, estarían erizadas; si tuviera colmillos, los enseñaría. Esta expresión es tan impropia de Tony que Roz se lleva un susto de muerte.

—¿Qué te pasa, Tony? —le dice.

—Vuelve la cabeza poco a poco —dice Tony—. No grites.

«Oh, mierda. Es ella. En carne y hueso».

Roz no duda, ni por un instante. Si alguien pudiera regresar de entre los muertos, si alguien estuviera resuelto a hacerlo, sería Zenia. Y ha regresado, vaya si no. «Ha regresado a la ciudad», como el matón del sombrero negro en las películas del Oeste. La manera en que cruza el salón, a grandes pasos, proclama su sentido de posesión, de marcar el territorio: una sonrisita afectada y desdeñosa, un balanceo pélvico consciente, como si llevara dos revólveres con cachas de nácar colgados en las caderas y solo esperara una excusa para utilizarlos. Su perfume deja una estela tras ella como el humo de un cigarro insolente. Mientras, ellas tres permanecen sentadas, arracimadas en torno a la mesa, cobardes las tres, fingiendo no darse cuenta, evitando el contacto visual y portándose como los transeúntes de la calle Mayor que buscan refugio tras el mostrador del almacén y se apartan de la línea de fuego.

Roz se agacha para coger el bolso y echa un vistazo furtivo a Zenia por encima del hombro, para tomarle las medidas; mientras, Zenia se deja caer ondulante sobre una silla. Todavía está espléndida. Aunque Roz sabe cuánto hay en ella de manufacturado, eso carece de importancia. Cuando te modificas a ti misma, las modificaciones se convierten en la verdad: ¿quién lo sabe mejor que Roz, que se tiñe el cabello de un color distinto cada mes? Estas cosas no son ilusiones, son transformaciones. Zenia ya no es una persona de tetas chicas con dos implantes, es una belleza de pechos grandes. Lo mismo vale para la operación de nariz, y si su cabello está volviéndose gris, no se le nota. Debe de tener un especialista en tintes de primera categoría. Eres lo que los demás ven. Como un edificio reformado, Zenia ya no es el original, es el resultado final.

Con todo, Roz puede imaginarse las marcas de los puntos, las huellas de la aguja, donde los médicos Frankenstein han puesto manos a la obra. Conoce las líneas de fractura por las que Zenia podría agrietarse y partirse. Le gustaría poder decir una palabra mágica —«¡Shazam!»— que hiciera que el tiempo volviera atrás, que hiciera que a Zenia le saltaran las fundas de los dientes para revelar los tocones muertos que hay debajo, que fundiera su esmalte cerámico, le blanqueara el pelo, le marchitara esa piel de recambio hecha de aminoácidos y alimentada con estrógenos, le rajara los pechos como si fueran uvas de manera que los bultos de silicona salieran disparados hacia el otro lado de la habitación y se aplastaran contra la pared.

¿Qué sería Zenia entonces? Humana, como los demás. Sería bueno para ella. O mejor, sería bueno para Roz, porque eso igualaría los recursos de ambas. Tal como están las cosas, Roz va a la guerra armada únicamente con un capazo de adjetivos

malintencionados, con un puñado de guijarros inútiles. ¿Qué puede hacerle ella a Zenia exactamente? No gran cosa, la verdad, porque Zenia no puede desear nada de ella. Ya no.

En mitad de sus vengativas y fatalistas meditaciones, se le ocurre la posibilidad de que Zenia no se quede ahí sentada esperando el ataque de Roz. Quizás haya venido por alguna razón. Quizás ande al acecho. ¡Escondamos la plata! ¿Qué quiere ahora, a quién tiene en el punto de mira? Al pensar que tal vez la encañone a ella — pero ¿cómo?, pero ¿por qué?—, Roz se estremece.

¿Cómo ha llegado Roz a la acera, enfrente del Toxique? Tiene que haber sido por su propio pie, pero no recuerda haber recogido el bolso, haberse levantado, haberle vuelto valerosa y estúpidamente la espalda a Zenia, haber andado; ha sido teletransportada, como en las películas de ciencia ficción de los años cincuenta, reducida a un remolino de partículas en blanco y negro, y luego reconstituida al otro lado de la puerta. Le da un abrazo de despedida a Tony y después a Charis. No les besa. Los besos son ostentación, los abrazos son de verdad.

Tony es muy bajita, Charis es muy delgada, las dos están conmocionadas. Tiene la sensación de estar abrazando a las gemelas, primero una y luego la otra, la mañana de su primer día de escuela. Quiere extender sus alas de clueca sobre ellas, tranquilizarlas, decirles que todo irá bien, que solo han de ser valientes; pero está tratando con mujeres adultas, ambas más listas que ella, cada una a su manera, y sabe que no le creerían ni una palabra.

Observa cómo se alejan, Tony escabullándose a lo largo de su trayectoria invisible, Charis despacio, con pasos largos y vacilantes. Las dos más listas que ella, sí; Tony tiene una mente brillante, dentro de ciertos límites, y Charis tiene otra cosa, algo más difícil de definir, misterioso: a veces espeluzna a Roz, porque sabe cosas que en principio no podría saber. Pero ninguna de las dos posee la astucia necesaria para andar por las calles. Roz siempre teme que se metan entre el tráfico y las atropelle un camión, o que las atraquen, justo ante sus propios ojos. «Disculpe, señora, esto es un atraco». «Perdón, ¿cómo ha dicho? ¿Un qué? ¿Qué es un atraco? ¿Puedo ayudarlo en algo?».

No saben nada de la calle, mientras que Zenia es una luchadora callejera. Patea duro, propina golpes bajos y sucios, y la única contramedida es darle una patada tú primero, con punteras de metal en las botas. Si salen a relucir los cuchillos, Roz solo podrá contar con sus propias fuerzas. No necesita el análisis de Tony sobre los cuchillos a lo largo de las distintas edades ni el deseo de Charis de no hablar sobre piezas de cubertería con filo porque son muy negativas. Solo necesita saber dónde está la yugular, para lanzarse a por ella.

La dificultad es que Zenia no tiene yugular. O si la tiene, Roz nunca ha sido capaz de averiguar dónde está, ni cómo alcanzarla. La Zenia de antes no tenía un corazón claro, y a estas alturas quizá no tenga ni sangre. Látex puro corre por sus venas. O acero derretido. A no ser que haya cambiado, y no es esa la impresión que da. En cualquier caso, esta es la segunda vez que se ven las caras, y ahora Roz está preparada y es mucho menos vulnerable, porque esta vez ya no está Mitch.

Toda esta decisión y toda esta bravura están muy bien, pero cuando Roz llega a su automóvil se encuentra un breve mensaje arañado en la pintura, en la portezuela del conductor: «Zorra rica». Un mensaje pulcramente escrito, relativamente cortés —en Estados Unidos habría sido «Putá»—, y normalmente Roz se habría limitado a

calcular el coste de la reparación y cuánto tiempo llevaría y si es deducible. Y desahogaría su irritación haciéndole una escena al encargado del aparcamiento: «¿Quién ha hecho esto? ¿Cómo que no lo sabe? ¿Es que estaba durmiendo? Mecachis, hombre, ¿para qué narices le pago?».

Pero hoy no está de humor. Abre el coche, mira el asiento de atrás para asegurarse de que no hay nadie escondido —no en vano ha leído todas esas novelas de asesinatos sexuales—, sube, vuelve a cerrar la puerta y llora un poquito, en su postura habitual, con la frente apoyada sobre el volante y el pañuelo de algodón nuevo en la mano. (Las gemelas han proscrito los pañuelos de papel. Son implacables, no les importa un pimiento que María tenga más ropa que planchar. No tardarán en prohibirle hasta el papel higiénico, le harán utilizar camisetas viejas. O algo así).

Sus lágrimas no son de aflicción, ni de desespero. Son lágrimas de rabia. Roz conoce bien el sabor. Pero a su edad, rabiar por rabiar cada vez vale menos la pena, porque cada vez que tus dientes rechinan son susceptibles de romperse. Así que se enjuga la cara, primero con el pañuelo y después con la manga, porque el pañuelo está empapado, se retoca la pintura de los labios («Ahí voy, Rubicón»), se arregla el rímel y arranca bruscamente haciendo saltar la grava bajo las ruedas. Casi espera tener ocasión de abollar un parachoques al salir, de pasarle a otro parte de la ira: «¡Vaya! ¡Lo siento mucho!». Sería un consuelo, el mejor aparte de estrangular a Zenia, pero no hay ningún coche en buena posición y el encargado está mirando. Oh, bien, lo que importa es la intención.

Roz sube a su despacho —«Hola Nicki, hola Suzy, qué tal Boyce, ¿alguna novedad?, ¿queda algo de café?, no me pases ninguna llamada, di que estoy reunida»— y cierra la puerta. Se sienta en su sillón de piel, enciende un cigarrillo y huronea en la bandeja de entradas en busca de un bombón de chocolate, uno de esos bombones vieneses redondos con el retrato de Mozart en relieve, Huevos de Mozart los llaman los niños, y masca y engulle, y tamborilea con los dedos sobre ese escritorio que no le gusta. Mitch la mira fijamente y eso la molesta, así que se levanta y gira la fotografía para que mire a otro lado. «Esto no va a gustarte», le advierte. La última vez tampoco le gustó. Cuando se enteró de lo que Roz había hecho.

Abre el cajón archivador y saca el expediente Z, el que contiene la fotografía, y pasa unas cuantas páginas. Ahí está todo, el esqueleto del esqueleto guardado en el armario: días, horas, lugares. Todavía duele.

Por qué no recurrir a la misma detective, habrá que dar menos explicaciones, y era superbuena, Harriet, Harriet No sé qué, húngara, aunque se cambió al inglés el apellido: Harriet Bridges. Solía decir que se hizo detective porque si eres una mujer húngara que trata con hombres húngaros, de todas maneras ya has de actuar como un detective. Roz encuentra el número, descuelga el teléfono. Ha de convencer a una mujer cancerbero para que pase la llamada —a Harriet deben de irle mejor las cosas si tiene una secretaria, o tal vez sea uno de esos despachos con servicios compartidos—, pero lisonjea y apremia y por fin Harriet no está ya en una reunión, sino ahí, en la

línea.

—Hola, Harriet, soy Roz Andrews. Sí, ya sé, hace años. Escucha, quiero que me hagas un trabajo. En realidad, el mismo que hiciste la otra vez, más o menos. La misma mujer. Sí, ya sé que está muerta. Quiero decir que estaba muerta, pero ya no. ¡La he visto! En el Toxique...

»No tengo la menor idea. ¡Ahí es donde intervienes tú!

»Yo en tu lugar empezaría por los hoteles, pero no cuentes con que utilice su verdadero nombre. ¿Recuerdas?

»Te mando la foto por un mensajero. Tú encuéntrala. Averigua qué se trae entre manos. Con quién se ve. Telefonéame en cuanto sepas algo. ¡Cualquier cosa! Lo que toma para desayunar. Ya sabes lo fisgona que soy.

»Marca la factura como "Personal". Gracias. Eres un sol. ¡Quedaremos para almorzar!

Roz cuelga. Debería sentirse mejor, pero no, está demasiado excitada. Ahora que ha dado el primer paso está impaciente por obtener resultados, porque mientras no sepa dónde para exactamente, Zenia puede estar en cualquier sitio. En este mismo instante podría estar ante la casa de Roz, podría estar colándose por la ventana, saco de arpillera al hombro para llevarse el botín. ¿Qué botín? ¡Esa es la cuestión! Roz casi está dispuesta a echarse a la calle y hacer la ronda ella misma, vagar de hotel en hotel con su preciosa fotografía bajo el brazo, mentir, insinuar, sobornar a los recepcionistas. Está impaciente, irritable, ávida, le hormiguea la piel de curiosidad.

Quizá sea la menopausia; ¿no estaría bien eso, para variar? Quizá le venga esa oleada de energía y *joie de vivre* de que siempre hablan todas. Ya hace tiempo que le toca.

O quizá no sea cosa de hormonas enloquecidas. Quizá sea un pecado. Uno de los siete capitales o, mejor dicho, dos. Las monjas siempre le daban mucha importancia a la lujuria, aunque Roz piensa estos días que tal vez el de avaricia era el que llevaba escrito su nombre. Pero aquí llegan la ira, que la ciega, y la envidia, el peor, su vieja compañera, bajo la figura de la propia Zenia, sonriente y triunfante, una Venus incandescente que se alza no de una concha marina, sino de un caldero hirviente.

«Afróntalo, Roz, le tienes envidia a Zenia. Se la has tenido siempre. Una envidia de los demonios. Sí, Dios mío, pero ¿y qué? ¿Qué puedo hacer yo? ¡De rodillas! ¡Humíllate! ¡Mortifica tu alma! ¡Limpia el retrete!».

Cuánto tendré que vivir para librarme de esta porquería, piensa Roz. La liquidación de existencias del alma. Volverá a casa temprano, se preparará un pisolabis, se servirá una bebida, llenará la bañera, echará dentro algunas de las cosas con que Charis siempre la inunda, de esa tienda de fumetas en la que trabaja. Hojas trituradas, flores secas, raíces exóticas, aromas de henar mohoso, aceite de serpiente, huesos de topo, recetas ancestrales preparadas por brujas diplomadas. Y no es que Roz tenga nada en absoluto contra las brujas, puesto que al paso que va no tardará en serlo ella misma.

Te relajará, dice Charis, pero, Roz, ¡tienes que cooperar! ¡No te resistas! Déjate ir.
Recuéstate. Flota. Imagínate en un océano cálido.
Aunque cada vez que Roz lo intenta hay tiburones.

ESMALTE NEGRO

«Toda la historia se escribe hacia atrás», anota Tony, escribiendo hacia atrás. Elegimos un acontecimiento importante y examinamos sus causas y sus consecuencias, pero ¿quién decide si un acontecimiento es importante? Nosotros, y nosotros estamos aquí; y el acontecimiento y quienes tomaron parte en él están allí. Hace mucho que han desaparecido; pero al mismo tiempo, están en nuestras manos. Como gladiadores romanos, los tenemos bajo el pulgar. Les hacemos librar sus batallas una y otra vez para nuestro conocimiento y nuestro placer, a ellos, que una vez las libraron por razones completamente distintas.

Sin embargo, la historia no es un verdadero palíndromo, piensa Tony. En realidad no podemos hacer que corra hacia atrás y que termine en un comienzo claro. Se han perdido demasiados fragmentos; además, sabemos demasiado, conocemos el resultado. Los historiadores son los fisgones arquetípicos, la nariz pegada al cristal de la ventana del Tiempo. No están de hecho en el campo de batalla, no comparten esos momentos de exaltación suprema, ni los de pesar supremo tampoco. Sus recreaciones son, en el mejor de los casos, como figuras de cera parcheadas. ¿Quién desearía ser Dios, conocer el relato completo, sus choques violentos, sus refriegas, sus conclusiones mortíferas, antes incluso de que dé comienzo? Demasiado triste. Y demasiado desmoralizador. Para un soldado en la víspera de la batalla, la ignorancia equivale a la esperanza. Aunque ninguna de las dos conlleva la dicha.

Tony deja la pluma. Estos pensamientos aún son demasiado confusos para ser formulados para el propósito actual, una conferencia que ha prometido pronunciar ante la Sociedad de Historiógrafos Militares dentro de dos meses. Quiere ir a parar a la derrota de Otto el Rojo a manos de los sarracenos el 13 de julio del 982, y al hecho de que fuera consignada por cronistas posteriores como ejemplo moral. Será una buena conferencia, bastante buena —sus conferencias siempre lo son—, aunque con el paso del tiempo ha llegado a sentirse, en esos actos, cada vez más como un perro parlante. Gracioso, sin duda; mañoso; un perro bueno; pero, en fin de cuentas, un perro. Al principio creía que su trabajo era aceptado o rechazado por sus propios méritos, pero ha empezado a sospechar que la calidad de sus conferencias en cierto modo no hace al caso. Lo que hace al caso es su vestido. Le darán palmaditas en la cabeza, la elogiarán, le ofrecerán algunas excelentes galletas para perro y la despedirán, mientras los chicos se ocuparán en otra habitación de lo verdaderamente importante: cuál de ellos será el próximo presidente de la sociedad.

Menuda paranoia. Tony la destierra de su mente y va a tomarse un vaso de agua.

Tony está en el sótano, con la bata y las zapatillas de mapache, a media noche. No podía dormir, y no quería molestar a West poniéndose a trabajar en su despacho, que está cerca del dormitorio. Su ordenador emite pitidos de vez en cuando y la luz podría despertarlo. Cuando se ha levantado sigilosamente de la cama, cuando ha salido de puntillas, West dormía como un bendito, y también roncaba como tal, de una manera

regular, suave, exasperante.

El pérfido West. El indispensable West.

En realidad ha bajado al sótano porque quería consultar la guía telefónica, las páginas amarillas, por Hoteles, y no quería que la sorprendiera haciéndolo. No quería que él se diera cuenta de que ha estado fisgando en sus cosas, en lo de él y Zenia, en las notas que West garabatea junto al teléfono. No quería decepcionarlo, ni, peor aún, alarmarlo. Ya ha buscado todos los hoteles de la ciudad que empiezan por A. Ha hecho una lista: el Alexandra, el Annex, el Arnold Garden, el Arrival, el Avenue Park. Podría llamar a todos, dar el número de habitación, disimular la voz —o no haría falta que dijera nada, podría fingirse un pervertido de esos que jadean ante el auricular— y comprobar si se ponía Zenia.

Pero hay un teléfono en el dormitorio, al lado mismo de la cama. ¿Qué le impediría a West oír el ruidito que emite cuando descuelgas los otros teléfonos y ponerse a escuchar? Tony podría utilizar el teléfono particular de West, la línea de «Vientos de frente»; pero está justo encima del dormitorio, y ¿qué explicación le daría si la sorprendiera llamando desde allí? Vale más esperar. Si hay que cortar el paso a Zenia —y Tony de momento no tiene ni la menor idea de cómo conseguirlo—, es necesario mantener a West al margen, en la medida de lo posible. Es necesario mantenerlo aislado. Ya ha sufrido bastantes daños. Para las almas bondadosas y susceptibles como West, el mundo real, especialmente el mundo real de las mujeres, es un lugar demasiado duro.

La habitación en que Tony está escribiendo es la sala de juegos; o así la llaman ella y West. Ocupa la mayor parte del sótano, entre el cuarto de la caldera y el de lavar la ropa, y a diferencia de estos dos tiene el suelo cubierto de moqueta. El juego de West es una mesa de billar americano, que ocupa un espacio relativamente grande y tiene un tablero plegable de madera contrachapada que se puede poner encima para jugar a pimpón; es ahí donde está escribiendo Tony. A ella no se le da muy bien el billar: comprende la estrategia, pero golpea demasiado fuerte, le falta delicadeza; en cambio, en el pimpón es un fenómeno. West es todo lo contrario: a pesar de su asombrosa envergadura de mono araña, es torpe para las altas velocidades. A veces, a fin de igualar la partida, Tony juega con la mano derecha, no tan buena como la izquierda, aunque así también le gana. Cuando Tony ha perdido demasiadas veces seguidas al billar, West propone una partida de pimpón, aunque ya sabe de antemano que va a salir trasquilado. Siempre ha sido muy considerado, en este sentido. Es una forma de caballerosidad.

Lo cual da la medida de cuánto, en estos momentos, Tony podría perder.

Pero el pimpón es divertido. El auténtico juego de Tony está en un rincón, junto a la minúscula nevera que tienen ahí abajo para el agua helada y la cerveza de West. Se trata de una gran mesa de esas fabricadas para contener arena, comprada en una liquidación de una guardería hace algunos años, aunque no está llena de arena. Contiene un mapa tridimensional de Europa y el Mediterráneo, hecho de una pasta de

harina y sal endurecida, con las cordilleras en relieve y las principales masas de agua en plastilina azul. Tony ha utilizado este mapa una y otra vez, ha añadido y sustraído canales, eliminado marismas, modificado el trazado de las costas, construido y suprimido carreteras y puentes y pueblos y ciudades, desviado ríos, según exigiera la ocasión. Ahora mismo lo tiene montado para el siglo X: el día de la fatídica batalla de Otto el Rojo, para ser precisos.

Para los ejércitos y las poblaciones, Tony no utiliza alfileres ni banderas, no como elementos básicos. Utiliza especias de cocina, una especia distinta para cada tribu o grupo étnico: clavo para las tribus germánicas, granos de pimienta roja para los vikingos, de pimienta verde para los sarracenos, de pimienta blanca para los eslavos. Los celtas son semillas de coriandro, los anglosajones son eneldo. Pequeñas porciones de chocolate, semillas de cardamomo, cuatro clases de lentejas y bolitas plateadas representan a los magiares, los griegos, los reinos norteafricanos y los egipcios. Por cada rey, caudillo, emperador o papa hay una figurita del Monopoly; las zonas sobre las que cada cual tiene soberanía, real o nominal, están delimitadas por trozos de palillos de plástico de los que se usan para remover los cócteles, en colores a juego, clavados en cuadraditos de goma de borrar.

Es un sistema complicado, pero lo prefiere a otras representaciones más esquemáticas, o a las que solo muestran los ejércitos y las plazas fuertes. De esta manera indica el cruce de razas y la hibridación, ya sea por conquista o por el comercio de esclavos, pues de hecho las poblaciones no son bloques homogéneos, sino mezclas. Hay granos de pimienta blanca en Constantinopla y en Roma, vendidos como esclavos por los granos de pimienta roja, que los gobiernan; los granos de pimienta verde comercian de sur a norte, así como de este a oeste y viceversa, por medio de lentejas. Los gobernantes francos en realidad son clavos, los granos de pimienta verde se han infiltrado entre los coriandros celtaligures. Hay un constante fluir y refluir, un entremezclarse, una mudanza de territorios.

Para que las especias de menor peso no se esparzan por todas partes, Tony las rocía con un poco de laca para el cabello. Con cuidado, no obstante; de otro modo saldrían volando. Cuando quiere cambiar de año o de siglo, raspa esta o aquella población y lo monta todo de nuevo. Utiliza pinzas; si no, se le llenarían de semillas los dedos. La historia no es seca, es pegajosa, puede pringarte las manos.

Tony acerca una silla a la mesa del mapa y se sienta a estudiarlo. En la costa occidental de Italia, no lejos de Sorrento, un grupo de clavos persigue a un grupo más pequeño de granos de pimienta verde en plena fuga: los teutones van a acorralar a los sarracenos, o eso pretenden. La figura del Monopoly que hay entre los clavos es Otto el Rojo; el impetuoso e inteligente Otto, Otto Segundo, emperador germánico de Roma. Ahí galopan Otto y los clavos, entre el mar indiferente y las montañas rugosas y secas, sudorosos bajo un sol abrumador; excitados por la adrenalina, embriagados por la perspectiva del derramamiento de sangre y el botín, eufóricos por la victoria inminente. No saben lo que les espera.

Tony sí lo sabe. Tras los pliegues de piedra y tierra seca, fuera de la vista, una numerosa fuerza de pimienta sarracena les ha tendido una emboscada. La cuadrilla de granos de pimienta verde que huye ante ellos no es más que un cebo. Es el truco más viejo del libro, y Otto ha caído de pleno. Sus hombres no tardarán en ser atacados por tres flancos, y el cuarto es el mar. Los matarán a todos, o al menos a la mayoría; o los empujarán al mar, donde se ahogarán, o bien se evadirán a rastras y morirán de sed. Algunos serán capturados y vendidos como esclavos. El propio Otto a duras penas escapará con vida.

«¡Vuelve atrás, Otto!», piensa Tony. Le cae bien Otto, es uno de sus favoritos; además, se compadece de él porque esa mañana tuvo una pelea con su mujer, antes de emprender la malhadada expedición, cosa que podría explicar su temeridad. Perder los estribos es malo para quien hace la guerra. «¡Otto, vuelve atrás!». Otto, sin embargo, no la oye, y tampoco ve el mundo desde lo alto, como ella. ¡Si hubiera destacado exploradores, si hubiera esperado! Pero esperar también puede resultar fatal. Al igual que retroceder. Quien lucha y huye quizá viva para luchar otro día, pero también es posible que reciba un lanzazo por la espalda.

Ya Otto ha llegado demasiado lejos. Ya las tenazas del cielo empiezan a descender y los granos de pimienta verde se alzan tras las rocas calientes, abandonan su escondite y se lanzan a la persecución por la árida orilla. Esto le duele mucho a Tony, pero ¿qué puede hacer? Nada. Es demasiado tarde. Hace mil años ya era demasiado tarde. Lo único que puede hacer es visitar esa playa. Lo ha hecho, ha visto las montañas reseca y caldeadas, ha recogido una florecilla espigada para su álbum. Ha comprado un recuerdo: un par de boles para ensalada, tallados en madera de olivo.

Abstraída, coge uno de los clavos caídos de Otto, lo sumerge en el vaso de agua para quitarle la laca y se lo mete en la boca. Tiene la mala costumbre de comerse parte de los ejércitos extendidos sobre el mapa; por suerte, siempre hay repuestos en los frascos del estante de las especias, arriba en la cocina. Pero los soldados muertos también habrían sido devorados, de una manera o de otra; o al menos desmembrados, y sus posesiones dispersadas. Eso es lo que tiene la guerra: las formalidades cortesas se dejan de lado, y la proporción entre el número de entierros y el de muertes reales tiende a ser baja. Ya los sarracenos rematan a los heridos, un acto de compasión en vista de las circunstancias (sin enfermeras, sin agua), y los despojan de sus armas. Ya los campesinos rapiñadores esperan su turno. Ya se han congregado los buitres.

Es demasiado tarde para Otto, pero ¿y para ella? Si tuviera otra oportunidad, otra ocasión, otro comienzo, con Zenia, ¿actuaría de distinto modo? No lo sabe, porque sabe demasiado para saberlo.

Tony fue la primera de las tres en trabar amistad con Zenia; o mejor dicho, Tony fue la primera en dejarla entrar, porque las personas como Zenia nunca pueden cruzar tu puerta, nunca pueden entrar y mezclarse en tu vida a menos que las invites. Tiene que mediar un acto de reconocimiento, una oferta de hospitalidad, una palabra de saludo. Tony ha llegado a comprenderlo, aunque en su momento no se dio cuenta. La pregunta que ahora se formula acerca de sí misma es, sencillamente: ¿por qué lo hizo? ¿Qué había en ella, y también en Zenia, que hizo no solo posible sino necesaria una cosa así?

Porque realmente extendió una invitación, de eso no cabe duda. No sabía lo que hacía, pero en estos asuntos la ignorancia no es excusa. Abrió la puerta de par en par y Zenia entró, como una amiga largo tiempo perdida, como una hermana, como un viento, y Tony le dio la bienvenida.

Hace mucho que ocurrió, a comienzos de los sesenta, cuando Tony tenía diecinueve años; no es una época que recuerde con gran placer, antes del advenimiento de Zenia. Volviendo la vista atrás le parece vacía, cenicienta, desprovista de comodidades; aunque mientras la vivía consideraba que le iba todo muy bien.

Estudiaba mucho, comía y dormía, se enjuagaba las medias en el lavadero del segundo piso de McClung Hall, las escurría sobre una toalla y las colgaba pulcramente sobre el ruidoso radiador de su habitación, en una percha suspendida de la barra de la cortina por medio de un cordel. Tenía caminos bien trillados que le permitían cruzar las semanas, como los ratones cruzan un campo, y mientras no saliera de ellos estaba a salvo. Era tenaz y progresaba con esfuerzo, la nariz pegada al suelo, envuelta en una insensibilidad protectora.

Tal como lo recuerda, era noviembre. (Había un calendario de pared en el que iba tachando los días, aunque no existía ninguna fecha especial hacia la que se encaminara o que esperase con anhelo; pero de este modo tenía la sensación de que avanzaba). Llevaba tres años viviendo en McClung Hall, desde la muerte de su padre. Su madre había muerto antes y por entonces se hallaba en un envase de metal con la forma de una carga de profundidad en miniatura, que Tony guardaba en un estante del armario, detrás de los suéters doblados. Su padre estaba en la necrópolis, aunque ella guardaba su pistola alemana de los años cuarenta en una caja de viejos adornos para el árbol de Navidad, y eso era prácticamente todo lo que Tony conservaba de la casa familiar. Más de una vez había pensado en reunir a sus padres —ir un día a la necrópolis con una escardadera, plantar a su madre junto a su padre como un bulbo de tulipán en un recipiente de aleación de aluminio— pero se abstenía porque sospechaba que su madre, por lo menos, se habría tomado muchas molestias para evitar semejante cosa. Y de todas maneras no le importaba en lo más mínimo albergar a su madre en la habitación, en el estante, donde podía tenerla a la vista. (Asignarle

un emplazamiento. Amarrarla. Hacer que se estuviera quieta).

Tony tenía la habitación para ella sola porque la chica que debía compartirla con ella se había tomado una sobredosis de pastillas para dormir y le habían hecho un lavado de estómago, y luego había desaparecido. La gente solía hacerlo, a juzgar por la experiencia de Tony. Durante las semanas que precedieron a su partida, la compañera de habitación se pasaba el día entero en la cama, completamente vestida, leyendo novelas en rústica y llorando suavemente. Tony no lo soportaba. Le molestaba más que las pastillas para dormir.

Tony tenía la sensación de que vivía sola, pero naturalmente estaba rodeada por otras chicas, ¿o acaso eran mujeres? McClung Hall recibía el nombre de residencia para mujeres, pero «chicas» era lo que se llamaban unas a otras. «¡Eh, chicas! —se gritaban, mientras subían a toda prisa por las escaleras—. ¿A que no sabéis...?».

Tony pensaba que no tenía mucho en común con esas otras chicas. Grupos de ellas pasaban las veladas —cuando no salían con algún chico— en la sala general, arrellanadas en el decaído sofá chesterfield pardo anaranjado y en los tres sillones que iban perdiendo el relleno, en pijama y bata y con grandes rulos en el pelo, jugando a *bridge*, fumando y bebiendo café, y diseccionando a los chicos con que salían.

Tony, por su parte, no salía con ningún chico; no tenía a nadie con quien salir. No le importaba; en cualquier caso, era más feliz en compañía de gente que llevara mucho tiempo muerta. Así no había intriga dolorosa, ni decepción. Nada que perder.

Roz era una de las chicas que frecuentaban la sala común. Tenía una voz potente y a Tony la llamaba Toinette, o, peor aún, Tonikins, pues ya entonces le habría gustado vestirla, como si fuera una muñeca. A Tony no le caía bien en esa época. La consideraba entrometida, vulgar y dominante.

Las chicas en general opinaban que Tony era rara, pero no se mostraban hostiles con ella. Al contrario, la trataban como una mascota. Les gustaba darle trocitos de los alimentos de contrabando que tenían escondidos en sus habitaciones: chocolatinas, galletas, patatas fritas. (Estaba oficialmente prohibido guardar comida en las habitaciones, por las cucarachas y los ratones). Les gustaba desordenarle cariñosamente el cabello, darle achuchoncitos. A la gente le cuesta no ponerles las manos encima a los pequeños; tan parecidos a gatitos, tan parecidos a bebés. Tony la Chiquita.

Cuando se escabullía por entre ellas de camino a su habitación, le gritaban: «¡Tony! ¡Eh! ¡Eh, Tone! ¿Cómo va todo?». Con frecuencia Tony oponía resistencia, o las evitaba por completo; pero a veces entraba en la sala común y bebía su café con posos y mordisqueaba sus galletas arenosas. Entonces ellas le pedían que escribiera sus nombres hacia delante y hacia atrás al mismo tiempo, un nombre con cada mano; se agolpaban a su alrededor, maravilladas ante lo que ella creía evidente por sí mismo, una magia menor y espuria.

Tony no era la única chica que tenía una especialidad. Una de ellas sabía hacer un ruido como el de una lancha de motor al arrancar, varias —entre ellas Roz— tenían la

costumbre de pintarse caras en el estómago con lápices de labios y para las cejas y luego ejecutaban una danza del vientre que hacía que las bocas pintadas se abrieran y se cerraran de un modo grotesco, y otra hacía un truco en el que intervenían un vaso de agua, el canuto de un rollo de papel higiénico, un mango de escoba, un molde de aluminio para pasteles y un huevo. Tony juzgaba estas hazañas mucho mejores que la suya. Lo que hacía ella no exigía habilidad ni práctica; era como tener articulaciones muy flexibles, o saber mover las orejas.

A veces le rogaban que cantara algo al revés, y si se ponían muy pesadas y si Tony se sentía con fuerzas, las complacía. Con su voz desafinada y sorprendentemente áspera, la voz de una niña de coro resfriada, cantaba:

*Gnilrad ym ho,
Gnilrad ym ho,
Gnilrad ym ho,
Enitn(e)melc,
Reverof (e)nog dna tsol er(a) uoy,
Yrros lufdaerd,
Enitn(e)melc.*

Para mantener la medida de los versos, Tony afirmaba que tres de las vocales eran mudas y que «uo» era diptongo. ¿Por qué no? Todos los lenguajes tenían esos tics, y este lenguaje era suyo; por consiguiente, sus reglas y sus irregularidades estaban a su merced.

A las demás chicas esta canción les parecía graciosísima, sobre todo porque Tony nunca esbozaba una sonrisa, nunca parpadeaba, nunca contenía la risa. La cantaba con seriedad. La verdad era que ella no encontraba divertida esa canción sobre una mujer que se había ahogado de una manera ridícula, a la que nadie lloraba y que al fin era olvidada. «Perdida y desaparecida para siempre». ¿Por qué se reían?

Cuando no estaba con esas chicas no pensaba mucho en ellas, en sus chistes cortantes, en el olor colectivo a pijamas y a gel para el cabello, a carne húmeda y talco, en los gorjeos y cloqueos de bienvenida, en las afectadas sonrisas de superioridad a espaldas de ella: «Qué graciosa, esta Tony». Prefería pensar en guerras.

En guerras, y también en batallas, que no eran lo mismo.

Lo que le gustaba era reproducir batallas decisivas, para averiguar si hubiera podido ganarlas el bando perdedor. Estudiaba los mapas y las crónicas, la disposición de las tropas, las tecnologías. La elección de un terreno distinto tal vez hubiera inclinado la balanza en sentido contrario; o una manera de pensar distinta, porque el pensamiento podía ser una tecnología. Una intensa fe religiosa, porque Dios también era un arma militar. O unas condiciones meteorológicas distintas, otra estación del año. La lluvia era crucial; la nieve también. Y asimismo la suerte.

Ella no tenía preferencias, nunca tomaba partido por ninguno de los dos bandos. Las batallas eran problemas que habrían podido resolverse de otro modo. Algunas era imposible ganarlas, pasara lo que pasara; otras, no. Registraba todas las batallas en una libreta de apuntes, con las soluciones alternativas y los resultados. Los resultados eran los hombres que se habían perdido. «Perdido», como si se hubieran extraviado y más tarde fuera posible encontrarlos de nuevo. En realidad querían decir que habían muerto. Que estaban perdidos y desaparecidos para siempre. «Cuánto lo siento», decían luego los generales, si aún seguían con vida.

Tony era lo bastante lista para no hablar de esta afición con las demás chicas. Si la conocieran, eso la situaría al otro lado de la raya: de extraña pero simpática pasaría a ser verdaderamente patológica. No quería renunciar a la posibilidad de que le dieran galletas.

En la residencia había algunas chicas que eran como Tony, que esquivaban a las jugadoras de *bridge* en bata y rehuían las comidas en común. Esas chicas no hacían camarilla; ni siquiera se hablaban entre sí, aparte de saludos con la cabeza y holas. Tony sospechaba que tenían ocupaciones y ambiciones secretas y risibles, e inaceptables, como la de ella.

Una de esas solitarias era Charis. Entonces no se llamaba Charis, sino sencillamente Karen. (Cambió de nombre durante los años sesenta, en los que hubo cantidad de mutaciones en las nomenclaturas). Charis-Karen era una chica delgada: «espigada» era una de las palabras que acudían a la mente, se asemejaba a las espigas, con su tallo cimbreante, su trémula cabeza rubia. La otra palabra era «amnésica».

Charis vagaba sin rumbo: Tony a veces la veía dirigirse a clase o regresar, cruzando la calle en diagonal, siempre —eso parecía— a punto de ser atropellada. Llevaba faldas largas de estilo bávaro que dejaban ver las puntillas de las enaguas por debajo; se le caían las cosas de los bolsos, o mejor de las bolsas, que eran de tejido, deshilachadas y bordadas. Cuando se aventuraba en la sala común era siempre para preguntar si alguien había visto su otro guante, su bufanda malva, su estilográfica. Por lo general nadie sabía nada.

Un anochecer, cuando Tony volvía de la biblioteca, vio bajar a Charis por la escalera de incendios de McClung Hall, situada en una de las paredes laterales del edificio. Llevaba puesto algo que parecía un camisón; en cualquier caso, era largo, blanco y holgado. Llegó a la plataforma inferior, quedó colgada de las manos unos instantes y al fin saltó el último trecho y empezó a andar hacia Tony. Iba descalza.

Caminaba dormida, esa fue la conclusión de Tony. Trató de imaginar qué podía hacer. Sabía que no se debe despertar a los sonámbulos, aunque no recordaba por qué. Lo que hiciera Charis no era cosa suya, nunca había intercambiado más de dos palabras con ella, pero creyó que era su deber seguirla para procurar que ningún vehículo en marcha se la llevara por delante. (Si eso sucediera ahora, Tony habría incluido la violación entre las posibilidades: una joven en camisón, por la calle, de

noche, en el centro de Toronto, correría un grave riesgo. Quizá Charis también lo corría entonces, pero en aquella época la violación no figuraba entre las amenazas de la vida diaria de Tony. La violación iba con el saqueo, y era histórica).

Charis no fue muy lejos. Pasó sobre varios montones de hojas rastrilladas, caídas de los arcos y castaños del jardín de McClung Hall; luego giró en redondo y volvió a pisarlos de nuevo, mientras Tony la seguía furtivamente como una coleccionista de mariposas. A continuación se sentó al pie de uno de los árboles.

Tony se preguntó cuánto tiempo se quedaría allí. Empezaba a hacer frío, y quería entrar en el edificio; pero no podía dejar a Charis allí sin más, en camisón y sentada bajo un árbol. Así que se sentó bajo el árbol más próximo al de Charis. El suelo no estaba seco. Tony esperaba que no la viera nadie, pero por suerte estaba bastante oscuro y llevaba un abrigo gris. A diferencia de Charis, que resplandecía levemente.

Al cabo de un rato, una voz se dirigió a Tony desde la oscuridad.

—No estoy dormida —le dijo—, pero gracias de todos modos.

Tony se molestó. Se sintió burlada. El comportamiento de Charis —pasearse por ahí en camisón y descalza— no le parecía en absoluto misterioso ni desconcertante. Le parecía teatral y excéntrico. Roz y las chicas de la sala común a veces resultaban cáusticas, pero al menos eran estables y sin complicaciones, eran algo mesurable y predecible. Charis, por su parte, era resbaladiza, translúcida y potencialmente pegadiza, como una película de jabón o gelatina, o los tentáculos prensiles de las anémonas de mar. Si la tocabas, se te podía quedar pegada parte de ella. Era contagiosa, y más valía dejarla estar.

Ninguna de las chicas de McClung Hall tenía nada que ver con Zenia. Y a Zenia no le hubiera gustado tener nada que ver con ellas. No habría vivido en una residencia para mujeres ni aunque la obligaran a punta de pistola, como le dijo a Tony la primera vez que puso el pie en el lugar. «Este vertedero», lo llamó.

(¿A qué había ido? A pedir algo prestado. ¿Qué era? Tony no quiere acordarse, pero se acuerda de todos modos: dinero. Zenia siempre iba corta de dinero. A Tony le resultó embarazoso que se lo pidiera, pero más embarazoso le habría resultado negárselo. Lo que ahora encuentra embarazoso es haber aflojado la mosca de un modo tan ingenuo, tan dócil, tan servicial).

—La residencia es para gente de poca talla —dijo Zenia, mirando desdeñosamente en torno, la pintura institucional de las paredes, los sillones de lana regenerada de la sala común, las tiras cómicas recortadas del periódico y pegadas con cinta adhesiva a las puertas de las chicas.

—Cierto —dijo Tony, abatida.

Zenia la miró desde lo alto y, sonriente, se corrigió.

—De poca talla espiritual. No me refiero a ti.

Tony se sintió aliviada, porque el desdén de Zenia era una obra de arte. Era casi absoluto; constituía un gran privilegio verse excluida de él. Te sentías indultada, te sentías vindicada, te sentías agradecida; o así se sintió Tony mientras corría hacia su cuarto con pasos ligeros, mientras buscaba el talonario y firmaba el chequecito. Se lo tendió. Zenia lo cogió con aire despreocupado, lo dobló dos veces y se lo guardó en la manga.

Las dos intentaban actuar como si no hubiera ocurrido nada; como si nada hubiera cambiado de manos, como si no se adeudara nada.

Cuánto debió de odiarme por eso, piensa Tony.

De modo que Tony no conoció a Zenia entre las chicas de McClung Hall. La conoció por medio de su amigo West.

Tony no sabía muy bien cómo West llegó a ser su amigo. Se materializó, más o menos. Un día se sentó junto a ella en el aula y le pidió los apuntes de Historia Moderna porque había faltado a la clase anterior, y de repente ya era parte de su rutina.

West era la única persona con quien podía hablar de su interés por la guerra. Todavía no se lo había dicho, pero se preparaba poco a poco para hacerlo. Una cosa así tal vez llevara años, y solo hacía un mes que eran amigos. Durante las dos primeras semanas de este período lo llamaba Stewart, como sus amigos, que le daban palmadas en el hombro, le pegaban golpecitos en el brazo y decían: «¡Hola, Stew! ¿Qué te cuentas?». Pero un día él se fijó en los breves comentarios crípticos que Tony escribía en los márgenes de sus apuntes —*arusab éuq, odirruba ollor ayav*— y ella tuvo que explicárselos. Su capacidad para escribir hacia atrás lo impresionó mucho

—«Esto sí que es estupendo», dijo—, y quiso invertirse el nombre. Decía que le gustaba mucho más así.

Las chicas de la residencia empezaron a referirse a West como el novio de Tony, aunque sabían que no lo era. Lo hacían para tomarle el pelo. «¿Cómo está tu novio?», gritaba Roz, sonriendo hacia Tony desde las combadas profundidades del sofá naranja, que aún se combaba más cuando era Roz la que se sentaba en él. «¡Eh, Tonikins! ¿Qué tal va tu vida secreta? ¿Cómo está el señor Piernas Largas? ¡Pobre de mí! ¡Los chicos altos siempre se buscan renacuajos!».

West era bastante alto, pero cuando iba con Tony aún lo parecía más. Le faltaba solidez para merecer el epíteto de «gigante»; más bien era flacucho, desgarrado. Los brazos y piernas solo estaban unidos de un modo precario al resto de su cuerpo, y las manos y los pies parecían más grandes de lo que eran porque las mangas y las perneras siempre le quedaban tres o cuatro centímetros cortas. Era guapo de una manera discreta, flaco y larguirucho como un santo medieval de piedra o un hombre ordinariamente apuesto al que hubieran estirado como la goma.

Por entonces tenía una desgredada cabellera rubia y llevaba prendas oscuras y deslustradas: un raído jersey de cuello de cisne, tejanos manchados. Algo insólito en esa época: la mayoría de los hombres que estudiaban en la universidad aún llevaban corbata o, por lo menos, chaqueta. Su ropa era una bandera de marginalidad, le confería un brillo de forajido. Cuando Tony y West tomaban café juntos después de las clases de Historia Moderna, en alguna de las cafeterías de estudiantes que frecuentaban, las chicas se lo quedaban mirando. Luego sus ojos se deslizaban hacia abajo y descubrían a Tony, con su añorado cabello a lo paje, las gafas de concha, falda a cuadros y mocasines baratos. Eso sí que las dejaba perplejas.

Tomar café era prácticamente todo lo que Tony hacía con West. Mientras bebían el café, hablaban; aunque ninguno de los dos era lo que se podría llamar locuaz. La mayor parte de su charla consistía en un silencio cómodo. A veces tomaban cerveza, en diversos locales penumbrosos, o más bien la tomaba West. Tony se sentaba en el borde de la silla, tocando apenas el suelo con las puntas de los pies, y lamía la espuma de su jarra, explorándola reflexivamente con la lengua, como una gata. Luego West se bebía el resto de la cerveza y pedía dos más. Cuatro era su límite. Para alivio de Tony, nunca bebía más. Lo asombroso es que la dejaran entrar en las cervecerías, porque tenía todo el aspecto de una menor. De hecho, era una menor. Debían de suponer que no se atrevería a poner el pie en tales lugares si no hubiera cumplido realmente los veintidós. Pero iba disfrazada de ella misma, uno de los mejores disfraces. Si hubiera intentado parecer mayor no habría dado resultado.

West decía que nadie tomaba mejores apuntes de historia que Tony. Eso hacía que ella se sintiera útil; mejor aún: indispensable. Elogiada.

West se había matriculado en Historia Moderna —que no era historia moderna en absoluto, sencillamente no era Historia Antigua, que terminaba con la caída de Roma— porque le interesaban las canciones y baladas populares y los instrumentos

musicales antiguos. El tocaba el laúd, o así lo aseguraba. Tony nunca había visto su laúd. No había estado nunca en su habitación, si en efecto vivía en una habitación. No sabía dónde vivía, ni qué hacía por las noches. Se decía a sí misma que no le interesaba saberlo: la suya era una amistad de tardes.

Con el paso del tiempo, empero, comenzó a pensar en el resto de la vida de West. Se sorprendió tratando de imaginar qué comía en la cena, e incluso en el desayuno. Supuso que debía de vivir con otros hombres, o muchachos, porque le había hablado de un tipo que conocía que era capaz de encender sus propios pedos. No se lo dijo con una risita, sino apesadumbrado, en cierto modo. «Imagínate ese epitafio grabado en tu tumba», dijo. Tony reconoció la quema de pedos como una variante de los trucos más sosegados que se realizaban en McClung Hall con los huevos y las caras dibujadas con lápiz de labios, y dedujo que se trataba de una residencia masculina. Pero no preguntó.

Cuando West aparecía decía «Hola». Cuando desaparecía, decía «Nos vemos». Tony nunca sabía cuándo iba a ocurrir cualquiera de las dos cosas.

De esta manera llegaron a noviembre. Tony y West estaban sentados en una cervecería llamada La hostería de Lundy, en memoria de una de las escaramuzas de la rebelión de 1837 en el Alto Canadá que, en opinión de Tony, debió contar con otro final, pues se perdió por culpa de la estupidez y el pánico. Tony lamía la espuma de su cerveza de barril, como de costumbre, cuando West dijo algo sorprendente. Dijo que iba a celebrar una fiesta.

Lo que dijo en realidad fue «vamos a celebrar». Y no dijo «una fiesta», dijo «una fiestorra».

«Fiestorra» era una palabra insólita en boca de West. Tony no tenía a West por una persona grosera, y «fiestorra» era un término áspero, casi violento. Tuvo la impresión de que él repetía la expresión de otra persona.

—¿Una fiestorra? —repitió Tony con indecisión—. No sé. —Había oído hablar de fiestorras a las chicas de la residencia. Tenían lugar en los clubes masculinos de estudiantes, y a menudo terminaban con gente vomitando; sobre todo chicos, pero a veces también chicas, ya fuera en el mismo club o más tarde, en uno de los retretes de McClung Hall.

—Creo que deberías venir —dijo West, y en sus azules ojos apareció una mirada benevolente—. Creo que estás muy pálida.

—Es mi color natural —dijo Tony a la defensiva. Le sorprendió la repentina preocupación por su salud que mostraba West. Pensó que era demasiado cortés. Aunque, contra lo que cabría suponer por su atuendo informal y sombrío, West siempre le abría las puertas, ella no estaba acostumbrada a tal preocupación por su parte, ni por parte de nadie. Le resultaba alarmante, como si la hubiera tocado.

—Bueno —dijo West—, creo que deberías salir más.

—¿Salir? —dijo Tony. Estaba desconcertada: ¿qué quería decir con eso de «salir»?

—Ya me entiendes —dijo West—. Conocer a gente.

Hubo algo casi malicioso en la manera de decirlo, como si ocultara algún otro propósito más tortuoso. A Tony se le ocurrió que quizá pretendía emparejarla con algún hombre, movido por una solicitud fuera de lugar, como haría Roz. «¡Toinette! ¡Hay una persona que quiero que conozcas!», diría Roz, y Tony se apartaría a un lado y la esquivaría.

Esta vez dijo:

—Pero es que no conoceré a nadie.

—Me conoces a mí —dijo West—. Y ya conocerás a los demás.

Tony no le dijo que no quería conocer a nadie: habría sonado demasiado extraño. Lo que hizo fue pedirle a West que le anotara la dirección en un trozo de papel arrancado de su libro de texto *El auge del Renacimiento*. Él no precisó que pasaría a recogerla, así que al menos no se trataba de una cita. Tony no sabría afrontar una cita con nadie, y mucho menos con West. No podría afrontar las implicaciones, ni la esperanza. Una esperanza como esa la desequilibraría. No quería complicarse con nadie, subrayado, punto final.

La fiestorra es al final de dos tramos de escaleras, en un edificio estrecho de tejado alquitranado, en la parte vieja, junto a una hilera de tiendas de rebajas y de excedentes del ejército, frente a las vías del tren. La escalera es empinada; Tony sube peldaño a peldaño, apoyándose en la barandilla. La puerta del último piso está abierta; del umbral surge una masa de humo y ruido. Tony se pregunta si debe llamar, decide que no, pues no la oiría nadie, y entra.

Inmediatamente piensa que ojalá no lo hubiera hecho, porque la habitación está repleta de gente, y es la clase de gente que, tomada *en masse*, suele intimidarla o, al menos, inquietarla mucho. La mayoría de las mujeres tiene el pelo liso, ya sea largo, en una cola de caballo como las de las bailarinas, o recogido en un moño austero. Llevan medias negras y faldas negras y jerseys negros, y no usan lápiz de labios; sus ojos están perfilados con gruesos trazos. Algunos hombres tienen barba. Visten el mismo tipo de ropa que West —camisas de faena, jerseys de cuello cisne, cazadoras tejanas— pero les falta su candor, su delicadeza, ese aire de joven lampiño. Más bien son compactos, apelmazados, densos de energía sobrecargada. Abultan, apabullan, se erizan de energía estática.

Los hombres hablan sobre todo entre sí. Las mujeres no hablan para nada. Están apoyadas contra la pared, o de pie con los brazos cruzados bajo los pechos, sosteniendo con despreocupación un cigarrillo entre los dedos; tiran la ceniza al suelo, parecen estar aburridas y a punto de marcharse a otra fiesta mejor; o bien miran inexpresivas a los hombres, o más allá de ellos, como si buscaran con interés a otra persona, a algún otro hombre, a uno más importante.

Un par de ellas mira a Tony de soslayo cuando entra y se apresuran a desviar la mirada. Tony lleva la clase de ropa que suele llevar, un vestido de pana verde con una blusa blanca debajo, una diadema de terciopelo verde y calcetines hasta la rodilla con

unos mocasines marrones. Ha conservado muchas cosas de la escuela secundaria porque todavía le van bien. En este momento se da cuenta de que deberá comprarse otra ropa. Pero no sabe muy bien cuál.

Se alza de puntillas y atisba por entre el seto que forma el revoltijo de brazos, hombros y cabezas, de senos cubiertos de lana negra en punto acanalado y torsos cubiertos de dril. Pero no ve a West por ninguna parte.

Quizá sea porque la habitación está muy oscura: quizá por eso no pueda verlo. Entonces se da cuenta de que no es solo que la habitación esté oscura, es que es negra. Las paredes, el techo, incluso el suelo, todo es de un brillante y duro esmalte negro. Hasta las ventanas están pintadas; hasta los interruptores de la luz. En vez de luces eléctricas hay velas, embutidas en botellas de Chianti. Y por toda la habitación hay grandes y brillantes latas de zumo, desprovistas de etiquetas y llenas de ramos de crisantemos blancos que oscilan y resplandecen a la luz de las velas.

Tony quiere irse, pero no le gustaría hacerlo sin haber visto antes a West. El quizá creería que había rechazado su invitación, que no había venido; creería que era una esnob. Además, quiere que la consuele y la tranquilice: con él allí no se sentirá tan fuera de lugar. Va en su busca por un pasillo orientado hacia la izquierda. El pasillo termina en un cuarto de baño. Se abre la puerta, se oye un ruido de agua y sale un hombre corpulento y melenudo que dirige a Tony una mirada desenfocada.

—Mierda, las exploradoras —dice.

Tony se siente como si midiera cinco centímetros. Huye hacia el cuarto de baño, que al menos será un refugio. También está pintado de negro, hasta la bañera, hasta el lavabo, hasta el espejo. Cierra por dentro y se sienta sobre el inodoro negro, no sin antes tocarlo para asegurarse de que la pintura está seca.

No está segura de hallarse en el sitio indicado. Quizá West no viva ahí. Quizá se haya equivocado de dirección y esta sea una fiestorra distinta. Pero leyó el trozo de papel antes de subir las escaleras. Quizás, entonces, se haya equivocado de hora: quizás haya llegado demasiado pronto para ver a West, o demasiado tarde. No hay manera de saberlo, puesto que las idas y venidas de West siempre han sido imprevisibles.

Podría salir del baño y preguntarle a alguien —a uno de los hombres enormes y peludos, a una de las mujeres altas y despectivas— si sabe dónde está West, pero eso la aterra. ¿Y si nadie sabe dónde está? Sería más seguro quedarse ahí encerrada, replantearse la batalla de Culloden, calcular las probabilidades. Prepara el terreno, la colina que desciende suavemente, la línea del muro de piedra con los pulcros soldados británicos y sus pulcros cañones en fila detrás de ellos. La carga de los astrosos clanes, que se lanzan ladera abajo entre alaridos y sin otras armas que sus pesadas y arcaicas espadas y rodelas, que caen en pintorescos y nobles montones. Un matadero. El valor solo es útil cuando las tecnologías son equiparables. El buen príncipe Carlos era un idiota.

Una batalla imposible de ganar, piensa. La única esperanza habría consistido en

eludir la batalla. Rechazar los términos de la discusión, rehusar las convenciones. Atacar de noche y fundirse otra vez con las colinas. Disfrazarse de campesino. No sería una lucha limpia, pero ¿qué es una lucha limpia? Aún no ha conocido ninguna.

Alguien llama a la puerta. Tony se levanta, tira de la cadena del retrete negro, se lava las manos en el lavabo negro. No hay toalla, de modo que se las enjuga en el vestido de pana. Abre la puerta: es una de las mujeres con pinta de bailarina.

—Lo siento —le dice Tony. La mujer la mira fríamente.

Tony vuelve a la sala principal, con intención de marcharse. Sin West, es absurdo. Pero ahí, en el centro de la sala, está Zenia.

Tony todavía no conoce el nombre de Zenia, pero no parece que a Zenia le haga falta un nombre. No va de negro, como la mayoría de las demás. Al contrario, va de blanco, una especie de blusón de pastor que llega a medio muslo de los tejanos ceñidos a sus largas piernas. El blusón no es fino, pero sugiere lencería, quizá porque los botones delanteros están desabrochados hasta un punto situado al mismo nivel que los pezones. En la V de tela un pequeño y firme medio pecho se curva hacia cada lado, como un paréntesis espalda contra espalda.

Todas las demás, vestidas de negro, se difuminan en la negrura de las paredes. Zenia resalta: la cara y las manos y el tronco nadan sobre la oscuridad, entre los crisantemos blancos, como incorpóreos y sin piernas. Sin duda lo tenía previsto de antemano, comprende Tony; ¿cómo si no reluciría en la penumbra como una gasolinera nocturna o —para ser sincera— como la luna?

Tony se siente atraída hacia atrás, captada por el esmalte negro de la pared. Las personas muy hermosas producen ese efecto, piensa: te borran. En presencia de Zenia se siente más que pequeña y absurda: se siente inexistente.

Se pone a cubierto en la cocina. También es negra, hasta el fogón, hasta el frigorífico. A la luz de las velas, la pintura brilla como si estuviera fresca.

West está apoyado en el frigorífico. Está bastante bebido. Tony se da cuenta de inmediato, tiene suficiente práctica. Algo se revuelve dentro de ella, se revuelve y se hunde.

—Hola, Tony —le dice él—. ¿Cómo está mi pequeña amiga?

Es la primera vez que West llama «mi pequeña amiga» a Tony. La primera que la llama «pequeña». Parece una transgresión.

—La verdad es que tengo que irme —dice ella.

—La noche es joven —dice West—. Toma una cerveza. —Abre el frigorífico negro, que aún es blanco por dentro, y saca dos Molson's Ex—. ¿Dónde coño lo he metido?

Tony no sabe de qué habla ni qué hace West, ni siquiera quién es, exactamente. No es quien ella creía que era, eso está claro: West no suele emplear palabras groseras. Empieza a retroceder.

—Lo tienes en el bolsillo —dice una voz a espaldas de ella. Tony mira: es la chica del blusón blanco. La recién llegada sonrío a West y apunta hacia él con el

índice—. Manos arriba.

Risueño, West pone las manos en alto. La chica se arrodilla y le registra los bolsillos, con la cabeza apoyada en sus muslos, y al cabo de un instante muy largo — durante el cual Tony tiene la sensación de que la obligan a mirar por el ojo de la cerradura una escena demasiado íntima— saca un abridor de botellas. Destapa con él las dos cervezas, arroja hábilmente las chapas, le entrega una a Tony, empina la otra y bebe de ella. Tony contempla cómo se le ondula la garganta al tragar. Tiene el cuello largo.

—¿Y yo qué? —dice West, y la chica le tiende la botella.

—Bueno, ¿qué te parecen nuestras flores? —le dice la chica a Tony—. Las chorizamos en el cementerio de Mount Hope. Un pez gordo que acababa de palmar. Pero están un poco marchitas: tuvimos que esperar a que se abrieran todos.

Tony capta el vocabulario —«chorizamos», «palmar», «se abrieran»— y se siente cohibida y sin estilo.

—Esta es Zenia —dice West. Hay en su voz una reverencia de propietario, una ronquera muy íntima que a Tony no le gusta nada. «Mía», es lo que dice. Puñados de «mía».

Ahora comprende Tony que se equivocaba con aquel «nosotros». «Nosotros» no tenía nada que ver con compañeros masculinos. «Nosotros» se refería a Zenia. Zenia ha apoyado la espalda en él como si West fuese una farola. Él le rodea la cintura con los brazos, por debajo del blusón; tiene la cara medio oculta en la vaporosa cabellera de Zenia.

—Son magníficas —dice Tony. Intenta responder con entusiasmo. Bebe con torpeza de la botella que Zenia le ha dado y se concentra para no farfullar. Le pican los ojos, se le enrojece la cara, siente un hormigueo en la nariz.

—Y esta es Tony —dice la voz de West. Tiene la boca tras el cabello de Zenia, así que parece que sea el cabello el que habla. Tony sopesa la idea de echarse a correr: por la puerta de la cocina, entre las piernas cubiertas de dril del salón, escaleras abajo. Una ratita en estampida.

—Ah, conque esta es Tony —dice Zenia. Parece divertida—. Hola, Tony. ¿Te gustan nuestras paredes negras? Quítame esas manos frías del estómago, por favor —añade, para West.

—Manos frías, corazón caliente —murmura West.

—El corazón —dice Zenia—. ¿A quién le importa tu corazón? No es la parte más útil de tu cuerpo. —Se alza los faldones del blusón, busca las dos manazas, las aparta y las retiene entre las suyas, acariciándolas, sin dejar de mirar a Tony—. Es una venganza —dice—. Una fiesta de venganza. El cabrón del casero nos echa a la calle, así que hemos pensado en dejarle un recuerdo. Necesitará más de dos capas de pintura para cubrir esto. El contrato de alquiler decía que teníamos derecho a pintar, pero no decía de qué color. ¿Has visto la taza del inodoro?

—Sí —dice Tony—. Es muy resbaladiza. —No ha pretendido ser graciosa, pero

Zenia se ríe.

—Tienes razón —dice a West—. Tony es una guasona.

Tony detesta que se refieran a ella en tercera persona. Siempre lo ha detestado; su madre hacía lo mismo. West ha hablado de ella con Zenia, han comentado cosas los dos, la han analizado a sus espaldas, aplicándole adjetivos como si fuese una niña, como si fuese cualquiera, como si fuese un tópico. Se le ocurre también que el único motivo de que West la haya invitado a su fiesta es que Zenia se lo ha pedido. Deja la botella de cerveza sobre el fogón negro y se da cuenta de que está medio vacía. Debe de haberse bebido la otra mitad. ¿Cómo lo ha hecho?

—Tengo que irme —dice, con lo que espera sea dignidad.

Al parecer Zenia no la ha oído. Ni tampoco West. Ahora está atisbando desde la madriguera del cabello de Zenia; Tony ve cómo le brillan los ojos a la luz de las velas.

Los brazos y las piernas de Tony se le están desprendiendo del resto del cuerpo, y los sonidos se vuelven cada vez más lentos. Es la cerveza, no suele beberla, no está acostumbrada. La inunda una sensación de añoranza. Le gustaría conocer a alguien que enterrara la cara en su cabello de esa manera. Querría que fuera West. Pero ella no tiene suficiente cabello. El rostro de West chocaría contra su cuero cabelludo.

Tony ha perdido algo. Ha perdido a West. *Odidrep. Erpmeis arap*. Es una idea tonta: ¿cómo se puede perder a alguien que nunca se ha tenido?

—Bien, Tony —dice Zenia. Dice «Tony» como si se tratara de una palabra extranjera, como entre comillas—. West afirma que eres muy inteligente. ¿Hacia dónde vas?

Tony cree que Zenia le pregunta adonde irá cuando salga.

Podría fingir que hay otra fiesta, una fiesta mejor, a la que Zenia no ha sido invitada. Pero no le darían crédito.

—Supongo que volveré a casa en metro —dice—. Tengo que trabajar.

—Siempre está trabajando —dice West.

—No —dice Zenia, con un leve aire de impaciencia—. Quiero decir que qué piensas hacer con tu vida. ¿Cuál es tu obsesión?

«Obsesión». Tony no conoce a nadie que hable así. Solo los criminales y la gente inquietante tienen obsesiones, y si se da el caso de que tú también tienes una se supone que no has de reconocerlo. No tengo por qué contestar, se dice. Se imagina a las chicas de la sala común y lo que pensarían de las obsesiones; y, ya puesta, lo que pensarían de Zenia. Pensarían que era una creída, y también una furcia, con los botones desabrochados de esa manera. Censurarían su cabellera de furcia. Por lo general, Tony considera malévolos y superficiales sus juicios sobre otras mujeres, pero ahora mismo los encuentra consoladores.

Debería responder con una sonrisa aburrida y desdeñosa. Debería decir: «¿Mi qué?», y reírse, y fingirse desconcertada, como si fuera una pregunta idiota. Sabe cómo se hace; ha observado y escuchado.

Pero no es una pregunta idiota, y Tony conoce la respuesta.

—*Arreug* —dice.

—¿Cómo? —dice Zenia. Ahora dirige su atención a Tony, como si por fin la encontrara interesante. Algo que vale la pena descifrar—. ¿Qué has dicho? ¿El arreglo?

Tony se da cuenta de que ha cometido un error, que ha tenido un lapsus. Ha invertido la palabra. Debe de ser el alcohol.

—Quiero decir «guerra» —dice, esta vez pronunciando cuidadosamente—. Es lo que quiero hacer con mi vida. Quiero estudiar la guerra. —No hubiera debido decirlo, no hubiera debido revelar tanto de sí misma, lo ha expresado mal. Se ha puesto en ridículo.

Zenia se echa a reír, pero no es una risa burlona. Es una risa de deleite. Toca a Tony en el brazo, con suavidad, como si jugara a «tú la llevas» con infinito cuidado.

—Vamos a tomar un café —dice. Y Tony sonríe.

Ahí estuvo, ese fue el momento decisivo. ¡El Rubicón! La suerte estaba echada, pero ¿quién habría podido saberlo en aquel momento? Tony no, aunque recuerda una sensación, la sensación de haber perdido pie, de verse arrastrada por una corriente poderosa. ¿Y cuál, exactamente, fue la invitación? ¿Qué incitó a Zenia? ¿Cómo descubrió un resquicio en el pequeño y duro caparazón de Tony, semejante al de un escarabajo? ¿Cuál fue la palabra mágica, «arreug» o «guerra»? Probablemente fue la unión de las dos; la duplicidad. Esas cosas tenían un gran atractivo para Zenia.

Pero quizá todo esto no sea más que un exceso de complicación, un hilar telarañas intelectuales, a lo que Tony sabe que es propensa. Sin duda fue algo mucho más sencillo, más obvio: la confusión de Tony y su falta de defensas ante aquellas circunstancias, unas circunstancias que se cifraban en West y en el hecho de que Tony lo quería. Zenia debió de percibirlo antes incluso que ella misma, y debió de comprender que Tony no representaba ninguna amenaza; pero también que Tony tenía algunas plumas que valía la pena arrancarle.

Pero ¿y Tony? ¿Qué le ofreció Zenia, o qué creyó Tony que le ofrecía, de pie en aquella cocina negra, mientras sonreía y al mismo tiempo le posaba suavemente los dedos sobre el brazo, trémula a la luz de las velas como si fuera un espejismo?

La naturaleza aborrece el vacío, piensa Tony. Es lamentable. De no ser así, las que somos un vacío podríamos vivir nuestra vida en relativa seguridad.

No es que Tony siga siendo un vacío. No, de ninguna manera. Ahora está colmada, nada en plenitud, ahora guarda un castillo lleno de tesoros, está comprometida.

Ahora debe afianzarse.

Tony recorre el sótano de un lado a otro, la pluma y la libreta de notas olvidadas sobre la mesa de pimpón; piensa en West, que duerme en el piso de arriba, respirando profundamente; West, que se remueve y gime con suspiros desolados, suspiros que suenan a una angustia abrumadora. Tony escucha los alaridos de los moribundos, los vítores de los sarracenos en la árida costa, el frigorífico que zumba cerca de ella, los chasquidos de la caldera que se conecta y desconecta por sí sola, la voz de Zenia.

Una voz pausada, con una leve vacilación, un leve aroma extranjero, la sombra de un ceceo; grave, succulenta, pero dura en la superficie. Un bombón de chocolate glaseado, con un centro blando, acaramelado, engañoso. Dulce, y malo para la salud.

—¿Qué te impulsaría a suicidarte? —dice Zenia.

—¿A suicidarme? —dice Tony, perpleja, como si jamás se le hubiera ocurrido una cosa así—. No lo sé. No creo que lo hiciera.

—¿Y si tuvieras un cáncer? —dice Zenia—. ¿Y si supieras que ibas a morir lentamente, con un dolor insoportable? ¿Y si supieras dónde estaba el microfilm y el enemigo supiera que lo sabías y fueran a torturarte para que cantaras y luego a matarte de todos modos? ¿Y si tuvieras una cápsula de cianuro escondida en un

diente? ¿La utilizarías?

A Zenia le encantan estos interrogatorios. Por lo general, se basan en guiones bastante radicales: ¿Y si hubieras estado en el hundimiento del *Titanic*? ¿Te abrirías paso a codazos y empujones o te harías a un lado y te ahogaría educadamente? ¿Y si estuvieras muriéndote de hambre, en un bote salvavidas, y otro pasajero se muriera? ¿Te lo comerías? Y en caso afirmativo, ¿arrojarías a los demás por la borda para comértelo tú sola? Da la impresión de que ella tiene sus propias respuestas bastante claras, aunque no siempre las revela.

A pesar de los cadáveres ingrátidos que yacen esparcidos en su cabeza, a pesar de sus guerras de papel cuadriculado y de las efusiones de sangre a gran escala que contempla a diario, esas preguntas desconciertan a Tony. No son problemas abstractos —son demasiado personales para eso— y no tienen una solución correcta. Pero sería un error táctico dejar que se notara su consternación.

—Bueno, eso nunca se sabe, ¿verdad? —dice—. Hasta el momento en que ocurre.

—De acuerdo —dice Zenia—. Entonces, dime: ¿qué te impulsaría a matar a otra persona?

Tony y Zenia están tomando café, como lo han venido haciendo uno de cada tres días durante este último mes, desde que se conocieron. Más que uno de cada tres días, una de cada tres noches: ahora mismo son ya las once, la hora en que Tony suele acostarse, y aquí está, todavía despierta. Ni siquiera tiene sueño.

No están en una apacible cafetería del campus, además; están en una auténtica cafetería, cerca del nuevo apartamento de Zenia; de ella y de West. «Un antro», dice Zenia. La cafetería se llama Christie's y permanece abierta toda la noche. En estos momentos hay en el local tres hombres, dos en gabardina y uno con una grasienta americana de *tweed*, que, a decir de Zenia, están tratando de despejarse la borrachera; también hay dos mujeres, sentadas a la misma mesa, que hablan en voz baja. Zenia dice que estas mujeres son prostitutas; «prostis», las llama. Dice que ella siempre lo nota. A Tony no le parecen un artículo sexual muy atractivo: no son jóvenes, van estucadas de maquillaje y llevan el pelo largo, tieso de laca y con una raya al lado, trazada en el blanco cuero cabelludo, peinado al estilo de los años cuarenta. Una de ellas se ha quitado un zapato de talón abierto y balancea un pie enfundado en nailon sobre el pasillo. El establecimiento, con suelo de linóleo sucio, con la gramola estropeada y las tazas gruesas y desportilladas, tiene un aire de abandono, una dejadez cutre y grosera que repele a Tony y al mismo tiempo la emociona profundamente.

Últimamente vuelve a McClung Hall a horas cada vez más avanzadas. Dice que está ayudando a pintar los decorados de una obra teatral: *Las troyanas*. Zenia se presentó para el papel de Helena, pero al final hace de Andrómaco. «Demasiadas lamentaciones —dice—. Quejidos femeninos. No lo soporto, de veras». Dice que antes quería ser actriz, pero ya no. «Esos directores se creen Dios, los cabrones —

dice—. Por lo que a ellos respecta, solo eres comida para perro. ¡Y además babean y te ponen las zarpas encima!». Está pensando en dejarlo.

Lo del babear y las zarpas es un concepto nuevo para Tony. Nunca han babeado por ella ni le han puesto las zarpas encima. Le gustaría preguntar cómo lo hacen, pero se abstiene.

A veces las dos van de verdad a pintar decorados. No es que a Tony se le dé muy bien la pintura —es la primera vez en su vida que pinta algo— pero los del grupo le dan un pincel y pintura, le indican dónde y ella aplica los colores de base. Se mancha la cara y el pelo, y la camisa de hombre que le han proporcionado, que le llega a las rodillas. Se siente bautizada.

Los del grupo —las mujeres flacas de melena lacia y expresión desdeñosa, los hombres irónicos de jersey negro— casi la aceptan, cosa que naturalmente se debe a Zenia. Por alguna razón que ninguna de estas personas alcanza a concebir, Zenia y Tony son uña y carne. Incluso las chicas de la residencia se han dado cuenta: ya no llaman Tonikins a Tony ni le ofrecen trocitos de galleta ni le piden que cante *Mi querida Clementina* al revés. Se han echado atrás.

Tony no sabe si es por desagrado o por respeto; o tal vez sea por miedo, ya que Zenia, por lo visto, tiene cierta reputación entre ellas. Si bien ninguna la conoce personalmente, es una de esas personas notorias, visibles para todo el mundo, aunque Tony nunca las ha visto antes de ahora, porque no miraba. En parte se debe a su aspecto: Zenia es la encarnación de lo que otras mujeres, más feúchas y cuadradas, querrían parecer y, por consiguiente, ser: creen ellas que estas cosas pueden arreglarse desde fuera. También se la considera inteligente, y saca las mejores notas; aunque no se esfuerza, apenas asiste a las clases, de manera que ¿cómo lo hace? Inteligente, y también temible. Lobuna, ferina, fuera de los límites.

Tony sabe algo de esto por Roz, que irrumpe en su habitación una mañana mientras Tony está estudiando, intentando recuperar el tiempo perdido la noche anterior. La maternal Roz desciende entre graznidos y revoloteo de plumas y trata de ilustrar a la pequeña Tony, hacia la que se siente protectora. Tony escucha en silencio, con una mirada cada vez más dura y los oídos cada vez más cerrados. No quiere oír ni una palabra contra Zenia. «Perra celosa», piensa. *Asolec arrep.*

Ahora viste de otra manera, además, porque Zenia la ha rediseñado. Lleva unos tejanos negros de pana y un jersey con un enorme cuello vuelto sobre el que su cabeza descansa como un huevo en un nido, y un gigantesco chal verde que es casi un manto. «No digas que no puedes permitirte», dice Zenia, mientras la empuja de una tienda a otra. El corte de pelo a lo paje y la diadema de terciopelo han desaparecido; ahora Tony lleva el pelo corto y despeinado por arriba, con artísticos mechones que sobresalen. Hay días en que Tony cree que se parece un poco a Audrey Hepburn; otros días, a una bayeta de fregar electrocutada. «Mucho más sofisticada», se ha pronunciado Zenia. También le ha hecho cambiar sus gafas de concha de tamaño normal por otras más grandes, unas gafas enormes.

—Pero son demasiado extremadas —dijo Tony—. Desproporcionadas.

—En eso precisamente consiste la belleza —dijo Zenia—. Extremada. Desproporcionada. Fíjate más y lo verás.

Esta es también la teoría que sustenta los jerseys de tamaño exagerado, los chales como mantas: Tony, que flota dentro de ellos, da la impresión de ser aún más flaca.

—Parezco un palillo —dice—. ¡Es como si tuviera diez años!

—Esbelta —dice Zenia—. Juvenil. A algunos hombres les gusta.

—Deben de estar mal de la cabeza —dice Tony—. Escúchame, Antonia —dice Zenia con seriedad—: todos los hombres están mal de la cabeza. No lo olvides nunca.

Acude la camarera, tiene pliegues de grasa bajo la barbilla, lleva medias descanso y zapatones, y un delantal gris con una mancha de *ketchup* sobre la abultada pechera. Indiferente, vuelve a llenarles las tazas.

—Esa también lo es —dice Zenia, cuando les da la espalda—. Una prosti. En sus horas libres.

Tony escudriña el sólido trasero, la aburrida postura de los hombros, el moño desordenado de cabello color ardilla muerta.

—¡No! —dice—. ¿Quién la va a querer?

—Me juego lo que sea —dice Zenia—. ¡Sigue!

Eso significa que Tony debe reanudar la historia que estaba contando, pero apenas recuerda cuál era. Esta amistad con Zenia ha sido muy repentina. Tiene la sensación de que es arrastrada por una cuerda tras una motora a toda velocidad, con las olas rompiendo bajo sus pies y los oídos llenos de aplausos; o de que va lanzada cuesta abajo en una bicicleta, sin manos, y también sin frenos. Ha perdido el control; al mismo tiempo, está alerta como nunca, se siente como si tuviera erizado el vello de los brazos y la nuca. Son aguas peligrosas. Pero ¿por qué? Solo están charlando.

Aunque tanta verborrea atolondrada ya empieza a marear a Tony. Nunca ha escuchado tanto a una persona; además, tampoco ella ha hablado nunca tanto como ahora, de un modo tan irreflexivo. ¿Con quién iba a hablar? No tiene ni idea de lo que será capaz de soltar la próxima vez que abra la boca.

—Sigue —dice Zenia de nuevo, y se inclina hacia delante, sobre la mesa cubierta de motas pardas, las tazas medio vacías, las colillas del cenicero de metal pardo.

Y Tony sigue.

Lo que Tony está contando son recuerdos de su madre. Es la primera vez que explica algo a alguien acerca de su madre; es decir, aparte de los hechos esenciales. «Perdida y desaparecida», dice Tony, y «Cuánto lo siento», dicen los demás. ¿Por qué añadir nada? ¿A quién puede interesarle?

A Zenia sí, por lo visto. Zenia se da cuenta de que es un tema doloroso para Tony, pero eso no la detiene; si acaso, la espolea. Empuja, hurga y emite los sonidos adecuados, curiosa y asombrada, horrorizada, comprensiva e implacable, y le da la vuelta a Tony como a un calcetín.

Hace falta tiempo, porque Tony no tiene una única imagen clara de su madre. Su imagen de ella se compone de numerosos pedazos brillantes, como un mosaico destrozado o como algo frágil que se ha caído al suelo. De vez en cuando Tony saca las piezas y las ordena y las reordena, e intenta que encajen. (Aunque todavía no se ha dedicado mucho a ello. El desastre es demasiado reciente).

De manera que lo único que Zenia le sonsaca es un puñado de fragmentos. ¿Para qué los querrá? Esa es cuestión de Zenia, y cuestión de Tony averiguarlo. Pero, en esos momentos locuaces de trance a Tony ni siquiera se le ocurre preguntarlo.

Tony se templó pronto. Así lo llama ahora, pesarosa, en el sótano, a las tres de la madrugada, con los restos del ejército de clavos de Otto el Rojo esparcidos sobre la mesa de arena y West durmiendo el sueño de los injustos en el piso de arriba, y Zenia merodeando a sus anchas, ahí fuera, en algún lugar de la ciudad. «Templar» es un término copiado de Charis, que le ha explicado qué es lo que se hace con las plantas de vivero para hacerlas resistentes a las heladas y lograr que arraiguen mejor al transplantarlas. No se las riega mucho y se las deja fuera, al aire frío. Eso es lo que le ocurrió a Tony. Fue una niña prematura, como a su madre le gustaba repetir, y la metieron en una caja de vidrio. (¿Había quizás una nota de pesar en la voz de su madre, como si lamentara que al final la sacaran de allí?). Así que Tony pasó sus primeros días sin madre. Y —a la larga— no mejoraron las cosas en este sentido.

Por ejemplo:

Cuando Tony tenía cinco años, su madre decidió que practicara descenso en trineo. Tony sabía qué era deslizarse en trineo, aunque nunca lo había hecho. Su madre solo tenía una vaga idea, inspirada en las tarjetas de Navidad. Pero era una de sus románticas imágenes inglesas del Canadá.

¿De dónde sacó el trineo? Seguramente se lo pidió prestado a una de sus amigas del club de *bridge*. Embutió a Tony en el traje para la nieve y se fueron las dos en taxi a la colina de los trineos. El que se había agenciado era de los pequeños, de manera que pudo meterlo en el asiento de atrás, de medio lado, junto a Tony. Su madre se sentó delante. Aquel día el coche lo tenía el padre de Tony, como casi todos los días. Y ya estaba bien así, porque había hielo en las calles y la madre de Tony era, en el mejor de los casos, una conductora temperamental.

Cuando llegaron a la colina de los trineos el sol estaba bajo y aparecía enorme y de un rosa turbio en el cielo gris e invernal; las sombras eran azuladas. Era una colina muy empinada, junto a un barranco, y estaba cubierta de compacta nieve helada. Grupos de niños gritones y algunos adultos descendían por la ladera en trineos de todas clases y sobre pedazos grandes de cartón. Algunos volcaban, y se producían colisiones. Los que llegaban al pie desaparecían tras una masa de abetos oscuros.

La madre de Tony se detuvo en lo alto de la colina y miró hacia abajo mientras sujetaba el trineo por la cuerda.

—Ya lo ves —dijo—. ¿Verdad que es bonito?

Tenía los labios fruncidos, como mientras se los pintaba, y Tony se dio cuenta de que la escena que se extendía ante ella no era exactamente la que había imaginado. Su madre llevaba el sombrero y el abrigo de vestir y medias de nailon y unas botitas de tacón alto con vueltas de piel. No llevaba pantalones ni traje de esquí ni un grueso chaquetón ni orejeras, como los otros adultos que había por allí, y a Tony se le ocurrió que su madre esperaba que bajara en trineo ella sola.

Tony experimentó una urgente necesidad de orinar. Sabía lo difícil que resultaría, teniendo en cuenta el engorroso traje de dos piezas para la nieve con sus tirantes elásticos sobre los hombros, y las molestias que produciría a su madre —no había ningún cuarto de baño a la vista—, así que prefirió no decirle nada. Lo que dijo fue: «No quiero». Sabía que si llegaba a lanzarse por aquella pendiente el trineo volcaría, chocaría contra algo, y ella quedaría aplastada. Un niño pequeño era conducido cuesta arriba, llorando a voz en grito, chorreando sangre por la nariz.

La madre de Tony no soportaba que frustraran sus proyectos. La gente tenía que pasárselo bien cuando ella así lo quería.

—Vamos —dijo—. Te daré un empujón. ¡Verás qué divertido!

Tony se sentó en el suelo: su medio de protesta habitual. Llorar no daba resultado, no con su madre; lo más probable era que se ganara un bofetón o, en el mejor de los casos, un zarandeo. Nunca había sido una gran llorona.

Su madre la contempló disgustada.

—¡Yo te enseñaré cómo se hace! —dijo. Tenía los ojos chispeantes, las mandíbulas apretadas: era la expresión que ponía cuando se obligaba a ser valiente, cuando se negaba a darse por vencida. Antes de que Tony comprendiera lo que estaba ocurriendo, su madre había cogido el trineo y corría con él hacia lo alto de la pendiente. Una vez allí, lo echó sobre la nieve, se arrojó encima de él y emprendió un descenso vertiginoso, tendida boca abajo, con las piernas cubiertas de medias *beige* y las botas con vuelta de piel sobresaliendo tras ella en línea recta. Casi de inmediato se le cayó el sombrero.

Se deslizaba a una velocidad asombrosa. Mientras se empequeñecía ladera abajo, hacia el crepúsculo, Tony se levantó ayudándose con las manos. Su madre se alejaba de ella, desaparecía, y Tony iba a quedarse sola en la fría colina.

—¡No! ¡No! —chilló. (Era insólito que chillara: debía de estar aterrorizada). Pero

en su interior sonaba otra voz, también suya, que gritaba, intrépida y con un deleite feroz:

—¡Ozz! ¡On!

De niña Tony llevaba un diario. Cada enero escribía su nombre en la primera página, en mayúsculas:

TONY FREMONT

Y luego escribía debajo su otro nombre:

TNOMERFYNOT

Este nombre sonaba a ruso o a marciano, lo cual la complacía. Era el nombre de una extranjera, o de una espía. A veces era el nombre de una hermana gemela, una gemela invisible; y cuando Tony creció y supo más sobre la zurdería se le planteó la posibilidad de que en efecto ella hubiera sido una gemela, la mitad zurda de un huevo dividido, cuya otra mitad había muerto. Con todo, de pequeña su gemela solo era un invento, la encarnación del sentimiento de que le faltaba una parte. Aunque gemela, Tnomerf Ynot era bastante más alta que la propia Tony. Más alta, más fuerte, más atrevida.

Tony escribía su nombre exterior con la mano derecha y el otro nombre, el interior, con la izquierda; aunque, oficialmente, tenía prohibido escribir con la mano izquierda o hacer cualquier otra cosa importante con ella. Nadie le había dicho por qué. Lo más parecido a una explicación fue un discurso de Anthea —su madre— en el que le dijo que el mundo no estaba construido para los zurdos. Y añadió que ya lo entendería cuando fuera mayor, otra de las promesas de Anthea que nunca llegaron a hacerse realidad.

Cuando Tony era pequeña, los maestros de la escuela le pegaban cachetes en la mano izquierda o le daban palmetazos con una regla, como si la hubieran sorprendido hurgándose la nariz con ella. Un maestro se la ató al pupitre. Los demás niños habrían podido burlarse de Tony, pero no lo hacían. No comprendían la lógica del problema, como no la comprendía ella.

De aquella escuela Tony fue arrancada muy deprisa. Por lo general, Anthea tardaba ocho meses o más en hartarse de una escuela. Cierto que Tony no sabía escribir demasiado bien, o nada según los maestros. Decían que invertía las letras, que tenía dificultades con los números. Se lo decían a Anthea y ella les respondía que Tony tenía mucho talento, y entonces Tony sabía que no tardaría en llegar el momento de cambiar de escuela porque faltaba muy poco para que su madre perdiera los estribos y empezara a insultar a los maestros. «Papanatas» era uno de los epítetos más suaves que les dirigía. Quería que cambiaran a Tony, la arreglaran, la volvieran

del revés, y quería que sucediera de la noche a la mañana.

A Tony le resultaba fácil hacer cosas con la mano izquierda, cosas con las que la mano derecha tropezaba. En su vida de diestra era torpe, y su caligrafía era deforme y desmañada. Pero eso carecía de importancia: a pesar de su buen comportamiento, la mano izquierda era desdeñada, mientras que la derecha recibía sobornos y frases de aliento. No era justo, pero Anthea decía que la vida no era justa.

En secreto, Tony seguía escribiendo con la izquierda; pero se sentía culpable. Sabía que debía de haber algo vergonzoso en su mano izquierda, o no la habrían humillado de aquella manera. Aun así, era la mano que más quería.

Es noviembre, y empieza a caer la tarde. Hace poco ha habido un espolvoreo de nieve, pero ahora está lloviznando. La llovizna se desliza por las ventanas de la sala en helados hilillos sinuosos; unas cuantas hojas pardas están enganchadas a la parte exterior del cristal como lenguas de cuero.

Tony está de rodillas sobre el sofá chesterfield con la nariz pegada al cristal, haciendo manchas de vaho con el aliento. Cuando la mancha es bastante grande, escribe en ella con el dedo índice. Luego borra las palabras. *Redoj*, escribe. Es una palabra demasiado mala hasta para su diario. *Adreim*. Escribe estas palabras con miedo y pasmo, pero también con un alivio supersticioso. Son palabras de Tnomerf Ynot. Hacen que se sienta poderosa, capaz de controlar algo.

Exhala y escribe y borra, exhala y escribe. El aire está cargado, lleno del olor seco y quemado de las cortinas de calicó. Mientras escribe, no deja de oír el silencio de la casa a sus espaldas. Está acostumbrada a los silencios: sabe distinguir entre los silencios llenos y los vacíos, entre los que vienen antes y los que vienen después. Que haya silencio no significa que no esté pasando algo.

Tony permanece arrodillada ante la ventana tanto tiempo como se atreve. Al fin ve a su madre doblar la esquina; anda a paso vivo hacia la casa, la cabeza agachada bajo la llovizna, el cuello de pieles vuelto hacia arriba, el rostro oculto por su sombrero marrón. Lleva un paquete.

Seguramente es un vestido, porque la ropa es un consuelo para Anthea; cuando se encuentra «melancólica», como ella dice, se va de compras. Tony se ha visto arrastrada muchas veces a esas expediciones al centro, cuando Anthea no sabía dónde dejarla. Ha esperado ante probadores, sudando bajo su abrigo de invierno, mientras Anthea se probaba cosas y más cosas, y salía con los pies descalzos y hacía una pirueta ante el espejo de cuerpo entero y se alisaba la tela sobre las caderas. Anthea no suele comprar ropa a Tony; dice que podría vestirla con un saco de patatas y que Tony ni se enteraría. Pero Tony sí que se entera, y mucho. Es solo que no cree que tenga ninguna importancia si se viste con un saco de patatas o no. Ninguna importancia para Anthea, claro.

Tony salta del sofá y empieza sus ejercicios de piano. Se supone que tocar el piano le refuerza la mano derecha, aunque todo el mundo sabe, incluso la propia Tony, que no tiene oído para la música y que estas lecciones no conducen a ninguna

parte. ¿Qué otra cosa se puede esperar? Tony, con sus manitas de pequeño roedor, ni siquiera puede abarcar una octava.

Tony practica con terquedad, intentando seguir el compás que le marca el tictac del metrónomo; lee la partitura con los párpados entornados porque se ha olvidado de encender la lámpara del piano y porque, sin darse cuenta, está volviéndose miope. La pieza que toca se llama «Gavota». *Atovag*. Es una buena palabra; le buscará una utilidad más tarde. El piano apesta a aceite de limón. Ethel, la mujer que viene a hacer la limpieza, tiene instrucciones de no usarlo para dar brillo a las teclas —se supone que solo debe emplear un paño húmedo—, pero no hace ningún caso y los dedos de Tony olerán a aceite de limón durante horas. Es un olor formal, un olor adulto, ominoso. Se huele antes de las fiestas.

Oye cómo se abre y se cierra la puerta de la calle y nota la corriente de aire frío en las piernas. A los pocos minutos su madre entra en la sala. Tony oye el golpeteo de los tacones altos sobre el suelo de madera, amortiguado luego por la alfombra. Sigue tocando, aporrea las teclas con fuerza para demostrar a su madre lo aplicada que es.

—Ya es bastante por hoy, ¿no te parece, Tony? —dice su madre en tono alegre. Tony se siente desconcertada: por lo general, Anthea le pide que practique tanto tiempo como pueda. Quiere tenerla ocupada en algo seguro, donde no estorbe.

Tony deja de tocar y se vuelve hacia ella. Anthea se ha quitado el abrigo, pero todavía lleva puesto el sombrero y, curiosamente, los guantes marrones a juego. El sombrero tiene un medio velo con topos que le cubre los ojos y parte de la nariz. Debajo del velo está la boca, de contornos ligeramente desdibujados, como si se le hubiera corrido la pintura de labios a causa de la lluvia. Su madre se lleva las manos a la nuca, para retirar la aguja del sombrero.

—Aún no he hecho media hora —dice Tony. Todavía cree que cumplir correctamente con las tareas que le imponen hará que la quieran, aunque en algún rincón oscuro de su ser sabe que esto todavía no ha dado resultado y que probablemente no lo dará nunca.

Anthea baja las manos sin haberse quitado el sombrero.

—¿No crees que hoy te mereces un descanso? —dice, y le dirige una sonrisa. Los dientes parecen muy blancos en la penumbra de la habitación.

—¿Por qué? —pregunta Tony. No comprende por qué hoy es un día especial. No es su cumpleaños.

Anthea se sienta junto a ella en la banqueta del piano y pasa el brazo izquierdo con su mano enguantada en cuero sobre los hombros de Tony. Le da un apretoncito.

—Pobrecita —dice. Pone los dedos de la otra mano bajo la barbilla de Tony y le hace alzar la cara. La mano de cuero es fría y carece de vida, como la mano de una muñeca—. Quiero que sepas —dice— que tu madre te quiere mucho, mucho.

Tony se refugia en su interior. Anthea ya le ha dicho eso otras veces. Cuando se lo dice, su aliento huele como ahora, a humo de tabaco y a los vasos vacíos que quedan en la cocina la mañana después de una fiesta, y otras mañanas también. Vasos con

colillas mojadas dentro, y vasos rotos, en el suelo.

Nunca le dice: «Yo te quiero mucho, mucho». Siempre es «tu madre», como si su madre fuese otra persona.

Erdam, piensa Tony. *Rereuq*. El metrónomo sigue haciendo tictac.

Anthea la contempla desde lo alto, sujetándola con las dos manos enguantadas. En la penumbra, los ojos que hay tras los topos del velo son negros como el hollín, sin fondo; la boca está temblorosa. Se inclina y apoya una mejilla contra la de Tony, y ella nota el roce del velo y la piel húmeda y cremosa que hay bajo él, y la huele, un olor a perfume de violeta y axilas mezclado con el del tejido del vestido, y un olor salado, a huevo, como una mayonesa extraña. No sabe por qué Anthea se comporta de esta manera, y se siente cohibida. Lo único que suele hacer Anthea es darle un beso de buenas noches, un besito apresurado; ahora está temblando de pies a cabeza y por un momento Tony cree —lo espera— que es de risa.

Luego suelta a Tony, se levanta y va hacia la ventana; allí se queda de pie, vuelta de espaldas, y esta vez sí se quita el sombrero. Lo arroja sobre el sofá y se ahueca la oscura cabellera por detrás. Al cabo de un instante se arrodilla y mira el cristal.

—¿Quién ha hecho estas manchas? —dice, con una voz más aguda y tensa. Es la voz que utiliza para fingir alegría, cuando está enfadada con el padre de Tony y quiere demostrarle que no le importa. Sabe que las manchas las ha hecho Tony. Lo normal sería que se irritara, que hiciera algún comentario sobre lo mucho que le cuesta a Ethel limpiar las ventanas, pero esta vez se echa a reír, jadeante, como si hubiera estado corriendo.

—Huellas de morritos, igual que un perro. Chiribita, eres una niña muy graciosa.

«Chiribita» es un nombre de hace mucho tiempo. Anthea cuenta que se lo puso a Tony al poco de nacer, por el tiempo que pasó en la incubadora. Cuando Anthea iba a mirar a la niña desde el otro lado del cristal, Tony abría y cerraba la boquita pero sin emitir ningún sonido. O Anthea decía que no oía nada. Luego siguió llamándola así porque Tony, ya fuera de peligro, una vez en casa, casi no lloraba; solo abría y cerraba la boca. Anthea lo cuenta como si fuera divertido.

Este apodo —entrecomillado— aparece escrito a lápiz bajo las primeras fotografías de Tony, en un álbum fotográfico con el título *Mi bebé*, encuadernado en piel blanca: «“Chiribita”, 18 meses; “Chiribita” y yo; “Chiribita” y su papá». Al cabo de algún tiempo Anthea debió de dejar de tomar esas fotos, o dejó de pegarlas en el álbum, porque solo hay hojas en blanco.

Tony experimenta una oleada de añoranza por aquello que existió alguna vez entre su madre y ella y que aparece en el álbum de fotos; pero también experimenta cierta incomodidad, porque el nombre en sí es una burla. Ella creía que una chiribita era algo cálido y suave, como un cachorrito, y se sintió dolida e insultada cuando descubrió que era un pez.

Así que no contesta nada a su madre. Permanece sentada en la banqueta del piano, y espera a ver qué hará Anthea a continuación.

—¿Está tu padre aquí? —pregunta esta. Ya debe de conocer la respuesta: el padre de Tony no la habría dejado sola en casa.

—Sí —dice Tony. Su padre está en el estudio, en el fondo de la casa. Ha estado allí todo el rato. Debe de haber oído el silencio, cuando Tony no tocaba. A él no le importa si Tony hace ejercicios de piano o no. El piano, dice, es una de las ideas brillantes de su madre.

La madre de Tony prepara la cena como de costumbre. No se quita el vestido bueno del club de *bridge*, solo se pone el delantal por encima, su mejor delantal, el blanco con volantes en los hombros. Se ha arreglado la pintura de los labios: la boca le brilla como una manzana encerada. Tony se sienta en el taburete de la cocina, y la observa, hasta que Anthea le dice que no se quede ahí pasmada; si quiere ser útil, que ponga la mesa. Luego puede ir a desenterrar a su padre. Anthea lo expresa a menudo de esta manera: «desenterrar», como si se refiriese a una patata. A veces dice «arrancar».

Tony no siente un deseo especial de ser útil, pero la alivia que su madre actúe de un modo más normal. Coloca los platos y luego los tenedores, cuchillos y cucharas, izquierda-derecha-derecha, izquierda-derecha-derecha, y a continuación entra en el estudio de su padre, después de llamar, y se sienta en el suelo con las piernas cruzadas. Puede entrar allí cuando quiera, siempre que se esté callada.

Su padre está trabajando ante la mesa. Tiene encendida la lámpara del escritorio, con la pantalla verde, de manera que su cara muestra un tono verdoso. Es un hombre corpulento, que tiene una letra pulcra y pequeña que parece escrita por ratones minuciosos; a su lado, la caligrafía de Tony es la de un gigante con tres dedos. Su larga nariz de flecha apunta directamente a los papeles en que está trabajando; lleva el pelo gris amarillento peinado hacia atrás, y la combinación de nariz y pelo hace que parezca que vuela contra un poderoso viento de frente en dirección a la diana del papel. Tiene una expresión ceñuda, como si se preparara para el impacto. Tony percibe vagamente que su padre no es feliz; pero ella no espera ver la felicidad en un hombre. Y él nunca se queja de no tenerla, a diferencia de su madre.

El lápiz amarillo gira entre los dedos. Sobre el escritorio hay un bote lleno de lápices como ese, todos con la punta muy afilada. A veces su padre le pide a Tony que se los afile; ella los pasa uno a uno por el sacapuntas de oficina montado en el alféizar de la ventana, y tiene la sensación de que está preparándole las flechas. Lo que hace su padre con esos lápices es algo que se le escapa, pero sabe que es de la mayor importancia. Más importante —por ejemplo— que ella.

Su padre se llama Griff, pero no piensa en él como «Griff», como sí hace con su madre, que es «Anthea». Él se parece más a los otros padres, en tanto que Anthea no es muy parecida a las demás madres, aunque en ocasiones intenta serlo. (Griff no es su papá, empero. Griff no es un «papá»).

Griff estuvo en la guerra. Anthea dice que, aunque eso puede ser verdad, no la «vivió» como la vivió ella, pues la casa de sus padres en Londres fue destruida por una bomba durante la *Blitzkrieg* y sus dos progenitores resultaron muertos. Cuando Anthea volvió a casa —¿de dónde venía? Nunca lo ha dicho— no encontró más que un cráter, una sola pared en pie y un montón de cascotes; y un zapato de su madre, con un pie dentro.

Pero Griff no conoció nada de eso. Solo entró en materia el Día D. («En materia»

significa el peligro, la matanza; no la instrucción, la espera, el tontear por ahí). Estuvo en el desembarco, el avance, la parte fácil, dice Anthea. La victoria. A Tony le gusta imaginárselo así, victorioso, como quien gana una carrera. Triunfante. No ha estado muy triunfante últimamente, por lo que ella ha observado. Pero Anthea dice «la parte fácil» delante de la gente, ante sus amistades cuando vienen a tomar unas copas y Tony observa desde los umbrales. Anthea dice «la parte fácil» mirando a Griff de hito en hito, con la barbilla levantada, y él se pone rojo.

—No quiero hablar de eso —dice.

—Nunca quiere —dice Anthea con fingida desesperación, y alza los hombros. Es el mismo gesto que hace cuando Tony se niega a tocar el piano para el club de *bridge*.

—Al final solo quedaban niños —dice Griff—. Niños con uniformes de hombre. Matábamos niños.

—Qué suerte —dice Anthea a la ligera—. Eso debió de facilitarte el trabajo.

—No fue así —dice el padre de Tony. Se miran fijamente, como si no hubiera nadie más en la habitación: tensos y midiéndose.

—Capturé una pistola —dice Anthea—. ¿Verdad, cariño? La tiene en el estudio. Me gustaría saber si la pistola se siente «capturada». —Emite una risa despectiva y vuelve la espalda. El silencio se arremolina tras ella.

Así fue como se conocieron Anthea y Griff, durante la guerra, cuando él estaba en Inglaterra. «Estacionado» en Inglaterra, decía Anthea; de manera que Tony se los imagina en una estación de tren, esperando la partida. Debió de ser una estación de tren en invierno; tenían los abrigos puestos y su madre llevaba sombrero, y su aliento se convertía en niebla blanca al salir de la boca. ¿Se besaban, como en el cine? No está claro. Quizá se iban en el tren juntos, quizá no. Tenían muchas maletas. Siempre hay muchas maletas en la historia de los padres de Tony.

—Yo fui una novia de guerra —dice Anthea; esboza una sonrisa de disculpa y luego lanza un suspiro. Dice «novia de guerra» como si se lo tomara a broma: una broma pesarosa, en tono menor. ¿Qué pretende insinuar? ¿Que fue víctima de un engaño, de un viejo timo, y ahora lo sabe y lo lamenta? ¿Que el padre de Tony se aprovechó de ella de alguna manera? ¿Que fue culpa de la guerra?

—Yo fui un marido de guerra —dice su padre; o lo decía, en la época en que aún hacía chistes. También decía que había ligado con Anthea en una sala de fiestas. A Anthea no le gustaba eso.

—No seas vulgar, Griff —decía.

—Escaseaban los hombres, y tuvo que agarrarse a lo que pudo —añadía él, para el público. (Estas conversaciones siempre solían tener un público. Muy pocas veces se decían cosas así cuando estaban a solas).

Entonces Anthea se echaba a reír.

—Escaseaban los hombres decentes, y ¿quién se agarró a quién? Además, no era una sala de fiestas, era un baile.

—Bueno, no puedes pretender que unos pobres bárbaros sepamos distinguir una

cosa de otra.

¿Y después de eso qué ocurrió? Después del baile. No está claro. Pero por algún motivo Anthea decidió casarse con Griff. Que la decisión fue de ella es algo que el padre de Tony subraya con frecuencia: «Bueno, nadie te obligó». Su madre, sin embargo, se vio obligada de algún modo. Obligada, coaccionada, arrebatada por aquel zafio patán, el padre de Tony, que se la llevó a aquella casa imitación Tudor de dos pisos, demasiado abarrotada, medio enmaderada, mediocre, a aquel tedioso vecindario, a aquella ciudad provinciana y estrecha de miras, a aquel país demasiado grande, demasiado pequeño, demasiado frío, demasiado caluroso, un país que ella odia con un furor extraño, impotente y perplejo. «¡No hables así!», reprende a Tony, haciendo silbar las palabras. Se refiere al acento. Plano, lo llama. Pero ¿cómo puede Tony hablar igual que su madre? Igual que la radio a mediodía. En la escuela se reirían de ella.

De modo que Tony es una extranjera para su propia madre; y para su padre también, porque, aunque habla igual que él, Tony —y esto él lo ha dejado muy claro— no es un chico. Como una extranjera, escucha atentamente, e interpreta. Como una extranjera, se mantiene en guardia ante repentinos gestos de hostilidad. Como una extranjera, comete errores.

Tony está sentada en el suelo; mira a su padre mientras piensa en la guerra, que es un misterio para ella, aunque al parecer ha sido decisiva en su vida. Le gustaría preguntarle por las batallas, y si la deja mirar la pistola; pero ya sabe que él esquivará estas preguntas, como si tuviera una herida dolorosa que debe proteger. Una herida en carne viva. No consentirá que la toque.

A veces Tony se pregunta qué hacía su padre antes de la guerra, pero él tampoco quiere hablar de eso. Solo ha contado una cosa: cuando era pequeño vivía en una granja, y un día su padre lo llevó al bosque, en invierno. Su padre quería cortar leña, pero el árbol estaba tan helado que el hacha rebotó y se le hincó en la pierna; entonces tiró el hacha al suelo y se alejó a grandes pasos, dejando a Griff solo en el bosque. Pero Griff volvió a casa siguiendo las pisadas que había dejado su padre en la nieve: una roja, una blanca, una roja.

De no haber sido por la guerra, Griff no tendría estudios. Eso es lo que él dice. Aún estaría en la granja. Y entonces, ¿dónde estaría Tony?

Su padre sigue haciendo lo que estaba haciendo. Trabaja para una compañía de seguros. Seguros de vida.

—Bueno, Tony —dice sin alzar la vista—, ¿querías algo?

—Anthea me ha dicho que te diga que la cena está casi a punto —dice ella.

—¿Casi a punto? —dice él—. ¿O a punto del todo?

—No lo sé —dice Tony.

—Pues más vale que vayas a verlo —dice su padre.

La cena se compone de salchichas, como suele ser cuando Anthea pasa la tarde fuera; salchichas y patatas hervidas, y judías verdes de lata. Las salchichas están un

poco quemadas, pero el padre de Tony no dice nada al respecto. Tampoco dice nada cuando la comida está muy buena. Anthea afirma que Tony y su padre son tal para cual. Dos peces fríos.

Anthea trae las bandejas de servir de la cocina y se sienta a la mesa sin quitarse el delantal. Por lo general se lo quita.

—¡Bueno! —dice en tono jovial—. ¿Cómo estamos todos hoy?

—Muy bien —dice el padre de Tony.

—Eso es bueno —dice su madre.

—Te veo muy compuesta —dice su padre—. ¿Algún motivo especial?

—¿Lo crees posible? —dice su madre.

Después se hace un silencio, que se llena con el rumor de la masticación. Tony se ha pasado buena parte de la vida escuchando cómo mastican sus padres. Los ruidos que hacen sus bocas, el rechinar de los dientes al morder la desconciertan. Es como ver desnudarse a alguien por la ventana de un cuarto de baño sin que sepa que estás mirando.

Su madre come de un modo nervioso, a bocaditos; su padre como si rumiara. Tiene los ojos fijos en Anthea, pero como si ella fuera un punto lejano en el espacio; los de ella están un poco entornados, como si afinara la puntería.

Nada se mueve, aunque existen grandes fuerzas. Todavía no se mueve nada. Tony tiene la sensación de que una gruesa cinta elástica se extiende de lado a lado pasando a través de su cabeza, con un extremo sujeto a cada uno de sus padres: un poco más tensa y se rompería.

—¿Cómo te ha ido en el club de *bridge*? —dice por fin su padre.

—Bien —dice su madre.

—¿Has ganado?

—No. Hemos quedado segundas.

—¿Quién ha ganado, entonces?

Su madre reflexiona unos instantes.

—Rhonda y Bev.

—¿Rhonda también estaba? —dice su padre.

—Esto no es un tribunal de la Inquisición —dice su madre—. Acabo de decirte que estaba.

—Es curioso —dice su padre—. Me la he encontrado por casualidad en el centro.

—Rhonda se ha ido pronto —dice su madre. Deposita cuidadosamente el tenedor en el plato.

—A mí me ha dicho otra cosa —dice su padre.

Su madre echa la silla hacia atrás y se levanta. Arruga la servilleta de papel y la tira encima de las puntas de salchicha que ha dejado en el plato.

—Me niego a discutir esto delante de Tony —dice.

—¿A discutir qué? —dice el padre de Tony, y sigue masticando—. Tony, puedes marcharte.

—Quédate en tu sitio —dice Anthea—. Me has llamado mentirosa. —Habla con voz baja y temblorosa, como si fuera a echarse a llorar.

—¿Eso he dicho? —dice el padre de Tony. Parece pensativo, e interesado en la respuesta.

—Antonia —dice su madre en tono de advertencia, como si Tony se dispusiera a hacer algo incorrecto o peligroso—. ¿No podías esperar hasta después del postre? Intento que coma todos los días una comida decente.

—Eso es, échame a mí la culpa —dice el padre de Tony.

El postre es arroz con leche. Se queda en el frigorífico, porque Tony dice que no lo quiere. Y es verdad, no tiene ganas de comer. Sube a su habitación y se mete en cama, entre las sábanas de franela fina, e intenta no oír ni imaginarse lo que se están diciendo el uno al otro.

Egdirb ed bulc, musita para sí en la oscuridad. Los bárbaros galopan por la llanura. Ante ellos cabalga Tnomerf Ynot, la larga melena desgredada flotando al viento, una espada en cada mano. ¡*Egdirb ed bulc!*, les grita, apremiándolos a avanzar. Es un grito de guerra; los bárbaros están atacando. Lo arrasan todo a su paso, pisotean los sembrados e incendian las aldeas. Roban, saquean y destrozan pianos, y matan niños. Al anochecer plantan las tiendas y se comen la cena con las manos, vacas enteras asadas sobre las fogatas. Se limpian los dedos grasientos en sus prendas de cuero. No tienen la menor educación.

Tnomerf Ynot bebe de una copa hecha de un cráneo, con asas de plata donde antes estaban las orejas. Alza el cráneo hacia el cielo en un brindis a la victoria y al dios de la guerra de los bárbaros: ¡*Atovag!*, grita a pleno pulmón, y las hordas responden enfebrecidas: ¡*Atovag!* ¡*Atovag!*

Por la mañana habrá vidrios rotos.

Tony despierta de repente en mitad de la noche. Se levanta de la cama, busca a tientas bajo la mesita de noche hasta encontrar las zapatillas en forma de conejo y cruza el cuarto de puntillas. La puerta se abre sin hacer ruido.

Avanza sigilosamente por el pasillo hacia la habitación de sus padres, pero la puerta está cerrada y no se oye nada; quizás estén dentro, quizá no. Aunque lo más probable es que estén. Cuando era más pequeña tenía miedo —¿o lo soñó?— de volver un día de la escuela y encontrarse un agujero donde antes estaba la casa, y los zapatos de sus padres con los pies dentro.

Sigue hacia la escalera y baja con una mano en la barandilla, para guiarse. A menudo se levanta de esta manera, en mitad de la noche; a menudo hace la ronda, para comprobar los daños.

Se abre paso a tientas por la borrosa oscuridad de la silenciosa sala de estar. Aquí y allá brilla tenuemente algún objeto bajo la luz mortecina de las farolas del exterior: el espejo colgado sobre la chimenea, los dos perros de porcelana que hay en la repisa. Tiene la sensación de que sus ojos son enormes; los pies en zapatillas se mueven sobre la alfombra sin hacer ruido.

No enciende ninguna luz hasta llegar a la cocina. No hay nada en el mármol ni en el suelo, nada roto. Abre el frigorífico: el arroz con leche sigue ahí, intacto, de modo que no puede comer un poco sin que se note. Así que se prepara una rebanada de pan con mermelada. Anthea dice que el pan canadiense es de vergüenza, todo aire y serrín, pero a Tony le sabe bien. El pan es como muchas de las manías de Anthea: Tony no entiende nada. ¿Por qué el país es demasiado grande, o demasiado pequeño? ¿Cuál sería el tamaño «ideal»? Además, ¿qué tiene de malo su forma de hablar? Recoge cuidadosamente las migas y vuelve a la cama.

Cuando se levanta a la mañana siguiente no tiene ocasión de preparar una tetera —la única manera posible de redimirse ante Anthea por no ser inglesa—, porque Anthea ya está en la cocina, haciendo el desayuno. Lleva puesto el delantal de diario, el de cuadros blancos y azules; está ante el fogón friendo cosas. (Es una actividad esporádica para ella. Tony suele prepararse su propio desayuno, y también el almuerzo que se lleva a la escuela en una bolsa marrón).

Tony se desliza sobre el banco acolchado de la mesa del desayuno. Su padre ya está allí, leyendo el periódico. Tony se sirve un poco de cereal y se lo lleva a la boca con la cuchara utilizando la mano izquierda, porque nadie la mira. Con la mano derecha se acerca la caja de cereal a los ojos. *Odavlas ed sopoc. Dadiraluger*, susurra Tony para sí. Nunca van al grano y dicen «estreñimiento». *Otneimiñertse*: una palabra mucho más satisfactoria.

Tiene una colección de palíndromos —«anilina», «dábale arroz a la zorra el abad»—, pero prefiere frases que son distintas al revés: asimétricas, extrañas, melodiosas. Pertenecen a otro mundo, en el que Tony se encuentra a sus anchas porque conoce el idioma. *¡Sitarg atrefo! ¡Erroha! ¡Ajnaran noc seceun ed atrat!* Dos bárbaros plantados en un angosto puente, lanzando insultos, desafiando a sus enemigos a cruzar...

—Deja eso, Tony —dice su padre con voz átona—. En la mesa no se lee. —Lo dice cada mañana, cuando ya ha repasado el periódico.

Anthea llega con dos platos llenos, huevos, tocino y tostada, y los deposita ceremoniosamente sobre la mesa como si estuvieran en un restaurante. Tony parte su huevo y ve correr la yema sobre la tostada como un pegamento amarillo. Después observa cómo le sube y baja la nuez a su padre mientras deglute el café. Es como si tuviera algo atascado en la garganta.

Esta mañana Anthea muestra una jovialidad brillante y esmaltada que la hace parecer recubierta de laca de uñas. Mientras vacía en la basura los restos de cereal de los boles, canta: «Guarda tus penas en el fondo del morral y sonrío, sonrío, sonrío...».

—Tendrías que dedicarte al espectáculo —dice el padre de Tony.

—Sí, tendría, ¿verdad? —dice su madre. Su voz es alegre y despreocupada.

No hay nada fuera de lugar, nada visible; sin embargo, esa tarde, cuando Tony vuelve de la escuela, su madre no está en casa. No es que haya salido: se ha ido. Le ha dejado a Tony un paquete, sobre la cama, y una nota en un sobre. Nada más ver la

nota y el paquete, Tony se queda helada. Está asustada, pero de alguna manera no experimenta sorpresa.

La nota está escrita con la tinta marrón que suele usar Anthea, sobre el papel color crema que lleva sus iniciales. Con una caligrafía sinuosa de mayúsculas floridas, ha escrito:

Cariño, ya sabes que me gustaría llevarte conmigo, pero ahora no puede ser. Cuando seas mayor comprenderás por qué. Sé buena chica y pórtate bien en la escuela. Te escribiré a menudo. Tu madre que te quiere muchísimo.

P. S. ¡Hasta pronto!

(Tony conservó esta nota y más tarde, ya adulta, se maravilló ante ella. Como explicación era desde luego inadecuada. Además, nada de lo que decía era cierto. Para empezar, Tony no era «cariño». Las únicas personas que eran «cariño» para Anthea eran los hombres, y a veces las mujeres si estaba irritada con ellas. No quería llevarse a Tony consigo: si hubiera querido lo habría hecho, porque en general solía hacer lo que quería. No escribió a menudo a Tony, no la quería muchísimo y no volvió a verla pronto. Y aunque Tony se hizo mayor, no comprendió el porqué).

En el momento de encontrar la nota, empero, Tony quiere creerse hasta la última palabra, y mediante un esfuerzo de voluntad lo consigue. Incluso consigue creer más de lo que dice. Cree que su madre enviará a buscarla o que volverá a casa; una de las dos cosas, aunque no sabe muy bien cuál.

Abre el paquete; es el mismo que Anthea llevaba ayer, bajo la llovizna, a su regreso del club de *bridge*, lo cual quiere decir que todo esto estaba planeado de antemano. No es como cuando se iba precipitadamente de casa, con un portazo, o se encerraba en el cuarto de baño y abría los grifos para que rebosara la bañera y el agua inundara el pasillo y bajara por las escaleras y se filtrara a través del techo, y Griff tenía que llamar a los bomberos para poder entrar. No es un arrebato ni un capricho.

Dentro del envoltorio hay una caja, y dentro de la caja hay un vestido. Es azul marino, con un cuello de marinero y galones en blanco. Como no se le ocurre otra cosa que hacer, Tony se lo prueba. Le viene dos tallas grande. Parece una bata.

Tony se sienta en el suelo, alza las rodillas y hunde la nariz en la falda del vestido para inhalar su olor, un áspero olor químico a popelina y apresto. El olor de la novedad, el de la futilidad, el de la aflicción silenciosa.

Todo esto es culpa suya, de alguna manera. No ha preparado suficientes tazas de té, ha interpretado mal las señales, ha soltado el cordón o la soga o la cadena o lo que quiera que fuese que unía a su madre a esta casa y la retenía en su lugar y, como un bote o un globo sin amarras, su madre se ha marchado. Está volando por ahí, arrastrada por el viento. Está perdida.

Esa es la historia que Tony cuenta a Zenia, sentadas en la cafetería Christie's, las cabezas muy juntas sobre la mesa, bebiendo un café amargo en plena noche. Tal como la cuenta, parece una historia sombría, más calamitosa y horrenda que cuando realmente la estaba viviendo. Quizá porque ahora se la cree. En aquellos momentos creía que la ausencia de su madre era provisional. Ahora sabe que era permanente.

—¡O sea que se abrió, así como suena! ¿Y adonde se fue? —dice Zenia, interesada.

Tony suspira.

—Se marchó con un hombre. Un agente de seguros, de la oficina de mi padre. Se llamaba Perry. Estaba casado con una tal Rhonda, del club de *bridge* de mi madre. Se fueron a California.

—Buena elección —dice Zenia, y se ríe. En opinión de Tony, no fue una buena elección. Fue una muestra de mal gusto, y también de incoherencia: si Anthea tenía que irse a alguna parte, ¿por qué no se fue a Inglaterra, «el hogar», como la llamaba siempre? ¿Por qué se fue a California, donde el pan es aún más hueco, el acento aún más plano, la gramática aún más espuria que aquí?

De manera que Tony no cree que sea tan divertido, y Zenia advierte esta reserva y cambia de expresión al instante.

—¿No estabas furiosa?

—No —dice Tony—. Creo que no. —Se registra, se palpa superficies, examina los bolsillos. No encuentra ninguna furia.

—Yo lo habría estado —dice Zenia—. Me habría cabreado mucho.

Tony no sabe muy bien qué supondría cabrearse. Posiblemente sería demasiado peligroso.

O quizás un alivio.

No hubo furia en aquel momento: solo pánico frío y desolación; y miedo, por lo que podía hacer o decir su padre. ¿Le echaría la culpa a ella?

El padre de Tony aún no había vuelto del trabajo. No había nadie en casa, nadie excepto Ethel, que fregaba el suelo de la cocina. Anthea le había pedido que se quedara más tiempo las tardes que ella salía, para que hubiera alguien en casa cuando Tony llegara de la escuela.

Ethel era una mujer de facciones marcadas y huesos grandes, con la cara surcada de esas arrugas que las demás personas tienen en las manos, y una cabellera reseca que parecía una peluca. Había tenido seis hijos. Solo cuatro de ellos vivían —la difteria había acabado con los otros dos—, pero si se le preguntaba cuántos hijos tenía, ella decía que seis. Anthea lo explicaba como si fuera un chiste, como si Ethel no supiera contar bien. La mujer tenía la costumbre de rezongar mientras trabajaba y de hablar para sí: palabras que sonaban como «Oh no, oh no» y «Pispispís». Tony tenía por norma no cruzarse en su camino.

Tony entró en el dormitorio de sus padres y abrió la puerta del armario de su madre. Surgió una oleada de aromas: en todas las perchas había bolsitas de satén llenas de espliego y atadas con cintas malva. La mayoría de los trajes y vestidos de Anthea aún estaba allí, con los zapatos a juego alineados debajo en sus hormas. Eran como rehenes estas prendas. Anthea no las abandonaría nunca, no definitivamente. Tendría que volver a recogerlas.

Ethel subía por la escalera; Tony la oía rezongar y farfullar. Por fin llegó a la puerta del dormitorio, arrastrando la aspiradora por el tubo. Se paró y miró a Tony.

—Tu madre se ha escapado —dijo. Cuando había alguien delante hablaba en lenguaje normal.

Tony percibió desdén en la voz de Ethel. Los perros se escapaban, los gatos, los caballos. Las madres no.

Aquí la memoria de Tony se divide entre lo que hubiese querido que ocurriera y lo que en realidad ocurrió. Hubiese querido que Ethel la estrechara entre sus brazos nudosos y le acariciara el cabello y la acunara, y le dijera que todo se arreglaría. Ethel, que tenía abultadas venas azules en las piernas, que olía a sudor y a lejía, ¡que ni siquiera le caía bien! Pero que habría podido proporcionarle alguna clase de consuelo. Lo que en realidad ocurrió fue nada. Ethel siguió pasando la aspiradora y Tony se fue a su cuarto, cerró la puerta y se quitó el vestido azul marino que le venía demasiado grande, lo dobló y volvió a meterlo en su caja.

Al cabo de un rato el padre de Tony llegó a casa y habló con Ethel en el salón, y luego Ethel se marchó y Tony y su padre se sentaron a cenar. La cena fue una lata de sopa de tomate; su padre la calentó en un cazo, y Tony puso unas galletas saladas y algo de queso *cheddar* en una bandeja. Los dos se sentían desorientados, como si en aquella comida hubiera huecos que no eran capaces de llenar porque no los podían identificar. Lo que había sucedido era tan grave, y tan inaudito, que aún no podían mencionarlo.

El padre de Tony comió en silencio. Los ruiditos que emitía al sorber arañaban la piel de su hija. Él la observaba de un modo solapado, especulativo; Tony había visto esa misma expresión en los vendedores a domicilio y en los mendigos de la calle, y en otros niños cuando iban a decir una mentira escandalosa y transparente. Ahora esa mirada daba a entender que los dos participaban en una conspiración; que iban a conchabarse, a compartir secretos comunes. Secretos acerca de Anthea, naturalmente. ¿De quién si no? Aunque Anthea se había marchado, todavía estaba allí, sentada a la mesa con ellos. Estaba allí más que nunca.

Al cabo de un rato el padre de Tony dejó la cuchara, que tintineó contra el borde del plato.

—Nos las arreglaremos bien —dijo—. ¿Verdad que sí?

Tony no estaba convencida de ello, pero se sintió en la necesidad de tranquilizarlo.

—Sí —dijo.

«Tomate», susurró para sus adentros. *Etamot*. Uno de los Grandes Lagos. Una maza guerrera de piedra utilizada por una tribu de la antigüedad. Si se decía una palabra al revés, se vaciaba de significado y entonces la palabra quedaba libre. Lista para recibir un nuevo significado. *Anthea*. *Aehtna*. Como sucede con la palabra *dead*, que significa «muerta», era casi lo mismo del derecho o del revés.

«¿Y luego qué, y luego qué?», pregunta Zenia. Pero Tony está confundida: ¿cómo describir la vacuidad? Hectáreas de vacuidad, que Tony llenó con lo que pudo, con conocimiento, con fechas y datos, cada vez en mayor número, derramándolos en su cabeza para acallar los ecos. Porque por mucho que le faltara algo cuando Anthea estaba presente, era mucho peor ahora que no estaba.

Anthea era su propia ausencia. Se cernía justo fuera del alcance, un espectro exasperante, un «casi» al que el anhelo de Tony dotaba de una especie de carnalidad nebulosa. Si Anthea quisiera más a Tony estaría ahí. O Tony estaría en otro sitio, con ella, allí donde estuviera.

Anthea escribía, por supuesto. Le envió una postal con una fotografía de palmeras y olas en la que decía que ojalá Tony pudiera estar allí. Le enviaba paquetes con ropa que nunca era adecuada: trajes de baño, pantalones cortos, vestidos para un clima caluroso, demasiado grandes o a veces —pasado algún tiempo— demasiado pequeños. Enviaba tarjetas de cumpleaños, con retraso. Enviaba fotografías tomadas siempre, por lo visto, a pleno sol; fotografías de ella vestida de blanco, en las que aparecía más gorda de como Tony la recordaba, el rostro bronceado y brillante, como untado de aceite, con un bigotito de sombra proyectado por la nariz. En algunas de ellas, el fugitivo, el culpable Perry estaba junto a ella, rodeándole la cintura con un brazo: un hombre enclenque con las rodillas arrugadas, bolsas bajo los ojos y una sonrisa torcida y pesarosa. Luego, pasado algún tiempo, Perry dejó de salir en las fotos y apareció otro hombre; y pasado más tiempo, otro. Los hombros de los vestidos de la madre de Tony se fueron encogiendo, las faldas se hicieron más largas y más amplias, los escotes se ahuecaron; aparecieron volantes de bailarina española en las mangas. Proponía que Tony fuera a visitarla, durante las vacaciones de Pascua, durante las vacaciones de verano, pero nunca salió nada de ello.

(En cuanto a los otros vestidos de Anthea, los que dejó en el armario, el padre de Tony hizo que Ethel los embalara en cajas y se los diera al Ejército de Salvación. No advirtió a Tony antes de hacerlo. Tony tenía la costumbre de examinar el armario cada pocos días, al volver de la escuela, y un día lo encontró vacío. Tony no comentó nada, pero comprendió: Anthea no regresaría).

Mientras tanto, los años se convirtieron en otros años. A Tony le diagnosticaron miopía en la escuela, y le proporcionaron unas gafas, cosa que no le molestó especialmente. Eran una especie de barrera, y además ahora podía ver la pizarra. Cenaba los guisos que Ethel le cocinaba antes de irse y que dejaba en la cocina para que los calentara al llegar. Se preparaba ella misma los almuerzos que se llevaba a la escuela, como de costumbre; hacía también flanes de sobre al caramelo y pasteles a

base de mezclas preparadas, para impresionar a su padre, aunque no lo conseguía.

Por Navidad, su padre le daba billetes de veinte dólares y le decía que se comprara sus propios regalos. Ella le servía tazas de té, a las que él hacía tan poco caso como solía hacerles su madre. Su padre casi siempre estaba fuera. Durante uno de aquellos años tuvo una amiga, una secretaria de su empresa, que llevaba pulseras tintineantes y olía a violetas y a goma caliente, que se mostraba muy cariñosa con Tony y le decía que era linda como un capullito, y quería llevársela de compras o al cine. «Cosas de chicas —decía—. ¡No nos llevaremos al grandullón de Griff! Quiero que seamos buenas amigas». Tony la despreciaba.

Cuando rompió con la amiga, Griff empezó a beber más que nunca. Entraba en el cuarto de Tony y se quedaba sentado mirándola mientras ella hacía los deberes, como si quisiera que le dijese algo. Pero entonces ella era mayor y estaba más templada, y ya no esperaba gran cosa de él. No lo consideraba responsabilidad suya; lo veía sencillamente como una interrupción irritante. Era mucho menos interesante que las técnicas de asedio de Julio César, las cuales estudiaba en latín. El sufrimiento de su padre la fatigaba: era demasiado monótono, era demasiado mudo, era demasiado desvalido, era demasiado parecido al de ella.

Un par de veces, más bebido que de costumbre, la persiguió por la casa, trastabillando y gritando, volcando muebles. Otras veces se ponía cariñoso: quería acariciarle el cabello y abrazarla como si aún fuese una niña, aunque nunca se había comportado así cuando realmente lo era. Tony se refugiaba a gatas bajo la mesa del comedor para escapar de sus acometidas: era mucho más pequeña que él, pero también era mucho más ágil. Lo peor de esos episodios era que al día siguiente su padre al parecer no recordaba nada en absoluto.

Tony se acostumbró a esquivarlo siempre que podía. Durante el transcurso de la velada iba controlando su grado de embriaguez —lo notaba en parte por el olor, como de barniz azucarado— y planeaba las rutas de escape, por la puerta de la cocina, a su dormitorio. Lo básico era no quedarse acorralada en un rincón. Su cuarto se cerraba con llave por dentro, pero además Tony atrancaba la puerta con el escritorio, para lo cual quitaba antes todos los cajones, y los volvía a poner cuando ya lo había colocado junto a la puerta; de otro modo habría sido demasiado pesado para ella. A continuación se sentaba de espaldas al escritorio con el libro abierto sobre las rodillas y procuraba no oír el ruido del pomo al girar y la voz sofocada y temblorosa que resollaba ante su puerta: «¡Solo quiero hablar contigo! ¡Nada más! ¡Solo quiero...!».

Una vez hizo un experimento: vació todas las botellas de licor para que él no tuviera nada que beber cuando llegara del trabajo —había cambiado de empleo, había vuelto a cambiar de empleo— y Griff arrojó todas las copas de vino, todos los vasos existentes contra la pared de la cocina, y a la mañana siguiente hubo un montón de vidrios rotos. Tony constató con interés que esta muestra de caos ya no la asustaba. Antes creía que Anthea era quien rompía los vidrios en la familia; y quizá lo había sido, en otro tiempo. Tuvieron que beber el zumo de naranja en tazas de té durante

una semana entera, hasta que Ethel compró vasos nuevos.

Cuando Tony tuvo la primera regla, fue Ethel quien se ocupó de ella. Fue Ethel quien le explicó que las manchas de sangre se irían más fácilmente si las empapaba en agua fría. Era una autoridad en toda clase de manchas. «Solo es la maldición», le dijo, y a Tony le gustó eso. Era una maldición, pero «solo» era una maldición. El dolor y la angustia eran de escasa importancia, en realidad. Podían pasarse por alto.

La madre de Tony murió ahogada. Se zambulló desde un yate, de noche, ante la costa de la Baja California, y no volvió a salir. Debió de perder el sentido de la orientación cuando estaba en el agua; seguramente salió a la superficie por donde no debía, se golpeó la cabeza contra el casco de la embarcación y perdió el conocimiento. O eso fue lo que le contó Roger, el hombre que entonces iba con ella. Roger estaba muy apenado, como lo estaría alguien que hubiera perdido las llaves del coche de otra persona o hubiera roto su mejor bandeja de porcelana. Daba la impresión de que quería comprar un repuesto sin saber muy bien cómo hacerlo. También daba la impresión de estar borracho.

Fue Tony quien atendió la llamada, porque ni su padre ni Ethel estaban en casa. Roger, al parecer, no sabía quién era ella.

—Soy la hija —dijo.

—¿Quién? —dijo Roger—. No tenía ninguna hija.

—¿Cómo iba vestida? —dijo Tony.

—¿Qué? —dijo Roger.

—¿Llevaba puesto un traje de baño o un vestido?

—¿Qué pregunta idiota es esa? —dijo Roger. Ya había empezado a hablar a gritos, a larga distancia.

Tony no comprendió por qué tenía que enfadarse. Ella solo quería reconstruir los hechos. ¿Se había lanzado Anthea al agua en traje de baño para nadar un poco en plena noche, o había saltado, en un arrebato de ira, llevando una embarazosa falda larga? ¿Sería el equivalente de un portazo? Esto último parecía lo más probable. O tal vez la hubiera empujado Roger; tampoco había que descartar eso. Tony no estaba interesada en la venganza, ni siquiera en la justicia. Solo en la precisión.

Pese a ese relato vago e inconexo, fue Roger quien se ocupó de la incineración y devolvió las cenizas en un cilindro de metal. Tony pensó que debería celebrarse algún tipo de ceremonia, pero ¿quién hubiera asistido, aparte de ella?

Poco después, el cilindro desapareció. Tony volvió a encontrarlo al cabo de varios años, cuando su padre ya había muerto y Ethel y ella limpiaban la casa. Estaba en el sótano, entre un montón de viejas raquetas de tenis. Eso le daba el adecuado sabor de época: muchas fotografías de su madre la mostraban vestida con ropa de tenis.

Tras la muerte de su madre Tony fue a un internado, a petición propia. Quería irse de aquella casa, que no consideraba un hogar, porque su padre acechaba y bebía y la seguía de un lado a otro, carraspeando como si fuera a iniciar una conversación. Tony no quería escuchar lo que él tenía que decir: sabía que sería alguna excusa, un ruego

de comprensión, algo lloroso y sensiblero. O bien una acusación: si no fuera por Tony, él nunca se habría casado con su madre, y si no fuera por él, Tony no habría llegado a nacer. Tony había sido la catástrofe de su vida. Por Tony había sacrificado..., ¿qué, exactamente? Ni siquiera él lo sabía, al parecer. Pero aun así, ¿acaso Tony no le debía algo?

A base de ir juntando piezas, de comprobar fechas, de algunos comentarios sueltos oídos tiempo atrás, Tony había llegado a sospechar algo por el estilo: un embarazo, un apresurado matrimonio de guerra. Su madre era una novia de guerra, su padre era un marido de guerra, ella era una hija de guerra. Era un accidente. ¿Y qué? No quería saber nada del asunto.

Fuera lo que fuese lo que Griff deseaba decirle, quedó sin decir. Fue Ethel quien lo encontró, tendido en el suelo de su todavía pulcro estudio, con sus lápices afilados en orden sobre el escritorio. En la nota decía que solo había estado esperando a que Tony se graduara en la escuela secundaria. Incluso había asistido a la ceremonia, aquella misma tarde, y había ocupado un lugar en el auditorio junto a los demás padres; y al terminar le había regalado a Tony un reloj de pulsera de oro. Le dio un beso en la mejilla. «Saldrás adelante», le dijo. Y luego se fue a casa y se pegó un tiro en la cabeza con su pistola capturada. Una pistola automática Luger, como Tony sabe ahora, puesto que la heredó. Pero antes su padre extendió periódicos por el suelo para proteger la alfombra.

Ethel dijo que así era él: un hombre considerado, un caballero. Lloró en el funeral, algo que no hizo Tony, y habló para sí durante las oraciones. Al principio Tony creyó que decía «Pispís», pero en realidad era «porfavorporfavor». Quizá siempre lo había sido. Quizá no lloraba por Griff en absoluto, sino por sus dos hijos muertos. O por la vida en general. Tony tomaba en cuenta todas las posibilidades, tenía una mentalidad abierta.

El seguro de vida de Griff no sirvió de nada, desde luego. No cubría el suicidio. Pero Tony recibió el dinero de la casa, una vez pagada la hipoteca, y el dinero que quedaba de su madre, que se lo había legado en el testamento, y algo más que había en el banco. Quizá su padre se refería a eso cuando le dijo que saldría adelante.

Y eso es todo, le dice Tony a Zenia. Y lo es, por lo que a ella se refiere. No piensa mucho en sus padres. No tiene pesadillas en las que se le aparece su padre con media cabeza volada, pretendiendo decirle algo; ni ve en sueños a su madre, arrastrando faldas mojadas y agua de mar, el cabello colgando sobre la cara como un manojo de algas. Ella cree que tal vez debería tener pesadillas así, pero no las tiene. El estudio de la historia la ha endurecido ante la muerte violenta; está bien acorazada.

—¿Todavía guardas las cenizas? —dice Zenia—. Me refiero a las de tu madre.

—Las tengo en el estante de los jerseys —dice Tony.

—Eres una criatura horripilante —dice Zenia, y se echa a reír. Tony se lo toma como un cumplido: es lo mismo que le dijo Zenia cuando Tony le mostró sus cuadernos de batallas con las cifras de bajas—. ¿Qué más tienes? ¿La pistola? —Pero

entonces se pone seria—. ¡Debes deshacerte de esas cenizas inmediatamente! Traen mala suerte, son como un mal de ojo.

Este es un aspecto nuevo de Zenia: es supersticiosa. Tony jamás lo habría sospechado, y el elevado concepto que tiene de Zenia baja un peldaño.

—Solo son unas cenizas viejas —dice.

—Sabes que no es verdad —dice Zenia—. Lo sabes. Mientras las guardes, ella seguirá teniendo poder sobre ti.

De modo que al día siguiente, a la caída de la tarde, toman las dos el transbordador que lleva a la isla. Es diciembre y sopla un viento cortante, pero todavía no hay hielo en el lago, así que el transbordador sigue funcionando. A medio camino, Tony arroja por la popa, a las oscuras y agitadas aguas, el recipiente con las cenizas de su madre. No lo hubiera hecho por iniciativa propia; lo hace solo por complacer a Zenia.

—Descanse en paz —dice Zenia, aunque no parece muy convencida. Peor aún, el cilindro metálico no se hunde: flota y se balancea en la estela del transbordador. Tony se da cuenta de que hubiera debido abrirlo y volcar el contenido. Si tuviera una carabina podría hacerle un par de agujeros. Si supiera disparar.

Diciembre se oscurece más y más, en las calles brotan los oropeles de Navidad, y la banda del Ejército de Salvación canta himnos, tañe sus campanillas y agita la caldera de dinero, y en las rachas de nieve sopla la soledad, y las otras chicas de McClung Hall se reúnen con sus familias, en sus hogares, sus cálidos y acogedores hogares, y Tony se queda atrás. Como en años anteriores; pero esta vez es mejor, esta vez no tiene esa sensación fría en la boca del estómago, porque Zenia está ahí con su desdén alentador.

—Navidad es una guarrada —dice Zenia—. Que se joda la Navidad; es lo más burgués que hay.

Y entonces Tony vuelve a sentirse bien y le cuenta a Zenia la controversia que hubo sobre la fecha de nacimiento de Cristo, en la Alta Edad Media, y le explica que hubo hombres adultos dispuestos a matarse entre sí por ese motivo, por la determinación del momento exacto de «Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad», y Zenia se echa a reír.

—Tienes un fichero en la cabeza —dice—. Vamos a comer; prepararé alguna cosa.

Y Tony se sienta satisfecha a la mesa de la cocina de Zenia, y la observa medir, mezclar y batir.

¿Dónde encaja West en todo esto? Tony ha renunciado a él, porque ¿cómo podría jamás competir con Zenia? Y aunque pudiera competir, ni se le ocurriría hacerlo. Sería deshonroso: Zenia es amiga suya. Su mejor amiga. Su única amiga, pensándolo bien. Tony nunca ha tenido la costumbre de hacer amigas.

O quizá sea otra cosa; quizá sea que entre ellas no queda sitio para West. Están demasiado unidas.

Así que ahora están Zenia y Tony, y Zenia y West, pero West y Tony ya no.

A veces están los tres juntos. Tony va con Zenia y West a su apartamento, el nuevo, al que se mudaron después de pintar el viejo de negro. El apartamento nuevo no es nuevo, sino sucio, barato y se cae a pedazos, y está encima de una tienda en un edificio sin ascensor al este de Queen. Tiene una sala de estar alargada con una ventana cuyo cristal tiembla ruidosamente al paso de los tranvías; una cocina grande y ordinaria con las paredes cubiertas de un deteriorado papel naranja y una mesa de madera con la pintura azul agrietada, y cuatro sillas desparejadas; y un dormitorio, en el que Zenia y West duermen juntos sobre un colchón extendido en el suelo.

Zenia prepara huevos revueltos y un café fuerte, asombroso, y West toca el laúd para ellas: así que realmente tiene un laúd, después de todo. Se sienta en el suelo sobre un cojín, las largas piernas dobladas por las rodillas como las patas traseras de un saltamontes, y pulsa las cuerdas con destreza y canta antiguas baladas.

*El agua es ancha, no puedo cruzar,
y tampoco tengo alas para volar,
constrúyeme un bote donde quepan dos
y los dos remaremos, mi amor y yo,*

Canta, y añade:

—También hay una versión irlandesa, con un barquero.

En realidad canta para Zenia, en modo alguno para Tony. Está profundamente enamorado de Zenia; Zenia se lo ha dicho a Tony, y en verdad es evidente. Zenia debe de sentir lo mismo por West, porque lo ensalza, lo pone por las nubes, lo acaricia con los ojos. Es un hombre muy dulce, le ha dicho a Tony durante sus charlas de café; muy atento, al contrario que la mayoría de los hombres, que son brutos y babosos. West sabe apreciarla en lo que vale. ¡La adora! Puede considerarse muy afortunada por haber encontrado un hombre tan tierno. Por supuesto, también es fantástico en la piltra.

«¿La piltra? —piensa Tony—. ¿Qué es la piltra?». Tarda un minuto en comprenderlo. Nunca ha estado en presencia, hasta ahora, de dos enamorados. Se siente como una niña perdida, harapienta y helada, con la nariz pegada a un escaparate iluminado. El escaparate de una juguetería, el escaparate de una pastelería, con dulces de fantasía y tartas decoradas. La pobreza le impide entrar. Estas cosas son para otros; para ella nada.

Pero al parecer Zenia también se da cuenta de ello —de la soledad de Tony, de su añoranza desamparada—, y lo suaviza. Es muy considerada. Distrae, actúa, habla con jovialidad de otras cosas. Recetas, atajos, técnicas y trucos. No en vano está acostumbrada a vivir al día; tiene toda una reserva de tretas útiles. El secreto de los huevos revueltos, por ejemplo, está en el perifollo y los cebollinos frescos —tiene varias macetas de hierbas en el alféizar— y en añadir un poco de agua, y que el fuego no esté demasiado alto; el secreto del café está en el molinillo, de madera con mango y un encantador cajoncito.

Zenia está llena de secretos. Se ríe y arroja sus secretos despreocupadamente hacia uno y otro lado, con un destello de dientes blancos; se saca más secretos de la manga y también de la espalda, los despliega como rollos de telas exóticas, los exhibe, hace que ondeen como pañuelos gitanos, los agita como banderas, los amontona uno encima de otro en un pródigo y refulgente amasijo. Cuando ella está en la habitación, ¿quién puede mirar otra cosa?

Sin embargo, Tony y West se miran —solo por un instante—, cuando Zenia se vuelve de espaldas. Se miran con tristeza, un poco avergonzados. «Cautivos», eso es lo que son. Saben que ya no pueden beber tranquilamente cerveza por las tardes. Ahora es Zenia quien toma prestados los apuntes de Historia Moderna de Tony. West también los aprovecha, desde luego, pero ya son de segunda mano.

Una vez, Tony se olvidó del justificante de salida de McClung Hall y luego se le

hizo demasiado tarde para volver. Acabó pasando la noche en el suelo de la sala de estar de Zenía, envuelta en una manta, encima del abrigo de Zenia y de su propio abrigo y del de West. Por la mañana, muy temprano, West la acompañó a McClung Hall y la izó a la plataforma inferior de la escalera de incendios, que era demasiado alta para alcanzarla ella sola.

Quedarse fuera toda la noche fue un atrevimiento, y no quiere volver a hacerlo. Para empezar, fue demasiado humillante volver con West en el tranvía y luego en el metro, sin saber qué decirle, y después ser alzada en vilo y depositada en la plataforma de la escalera de incendios como si fuese un paquete. Además, dormir ante la puerta del dormitorio donde estaban ellos dos hizo que se sintiera demasiado desdichada.

En realidad no llegó a dormir. No pudo, por culpa de los ruidos. Ruidos espesos, ruidos desconocidos, ruidos profundos, cubiertos de pelo y con hocico, parecidos a raíces, ruidos fangosos y calientes y húmedos de debajo de la tierra.

—Creo que tu madre era una romántica —dice Zenia, sin que venga a cuento. Está amasando pasta para las *langues de chat* que ha empezado a preparar; Tony está sentada a la mesa, copiando sus propios apuntes de historia para dárselos a Zenia, que, como de costumbre, no tiene tiempo—. Creo que buscaba al hombre perfecto.

—Yo no lo creo —dice Tony. Está un poco desconcertada; ella creía que el expediente de su madre estaba cerrado.

—Me da la impresión de que le gustaba divertirse —dice Zenia—. De que estaba llena de vida.

Tony no alcanza a comprender por qué Zenia quiere disculpar a su madre. Ella nunca lo ha hecho, ahora se da cuenta.

—Le gustaban las fiestas —dice escuetamente.

—Me jugaría algo a que intentó abortar y no lo consiguió —dice Zenia con jovialidad—. Antes de casarse con tu padre. Me jugaría algo a que llenó la bañera con agua hirviendo y bebió mucha ginebra. Es lo que se hacía entonces.

Es una visión de su madre más perversa de lo que la propia Tony ha tenido jamás.

—Oh, no —musita—. ¡Ella no haría eso!

Aunque podría ser cierto. Quizá por eso Tony es tan menuda. Ni su padre ni su madre eran particularmente menudos. Quizá la ginebra perturbó su crecimiento. Pero, en tal caso, ¿no tendría que ser idiota, también?

Zenia llena unos moldes poco hondos y los coloca en el horno.

—La guerra fue una época extraña —dice—. Todo el mundo follaba con todo el mundo. ¡Todos se soltaron el pelo! Los hombres creían que iban a morir, y las mujeres también lo creían. Cuando terminó, les costó mucho acostumbrarse a la normalidad.

Las guerras son territorio de Tony. Todo esto lo sabe muy bien, lo ha leído en los libros. Las epidemias producen el mismo efecto: un pánico, una especie de histeria glotona. Pero se le antoja injusto que tales condiciones se aplicaran también a sus

padres. Hubieran debido quedar exentos. (Su padre, la primera Navidad tras la fuga de su madre, de pie en medio de la sala, con los brazos cargados de frágiles adornos, plantado ante el árbol de Navidad por decorar, como si estuviera paralizado, sin saber qué hacer. Ella va en busca de la escalera, le quita con suavidad los adornos de las manos. «Dame, yo misma los colgaré». Si no llega a hacerlo, él los hubiera tirado. Los hubiera arrojado contra la pared. A veces se quedaba quieto de esa manera, a medio hacer una cosa sencilla, como si se hubiese vuelto ciego o hubiese perdido la memoria. O la hubiera recobrado de pronto. Vivía en dos tiempos a la vez: colgando los adornos del árbol de Navidad y abriendo agujeros en los niños enemigos. Así que no es de extrañar, piensa Tony. A pesar de sus últimos años, cada vez más ebrios y fragmentados, y también violentos y aterradores, ella más o menos lo ha perdonado. Y si Anthea no se hubiera escapado de casa, ¿habría acabado tendido en el suelo, empapando con su sangre el periódico de la mañana? Poco probable).

—Mi madre me abandonó —dice Tony.

—Y la mía me vendió —dice Zenia con un suspiro.

—¿Te vendió? —dice Tony.

—Bueno, me alquilaba —dice Zenia—. Por dinero. Teníamos que comer. Éramos refugiadas. Mi madre llegó a Polonia antes de la guerra, pero imaginó lo que iba a ocurrir; consiguió salir de allí de algún modo, con sobornos o lo que fuera, pasaportes falsos, o quizá se abrió de piernas para un puñado de guardias ferroviarios. ¿Quién sabe? De un modo u otro, llegó a París; allí me crie yo. Entonces la gente comía basura, ¡se comían a los gatos! ¿Qué podía hacer ella? No encontraba trabajo, ¡y cómo iba a encontrarlo si no sabía hacer nada! Tenía que ganar dinero de un modo u otro.

—¿A quién te alquilaba? —dice Tony.

—A hombres —dice Zenia—. ¡Oh, no en la calle! ¡No a cualquiera! Viejos generales y gente así. Mi madre era una rusa blanca; supongo que su familia había tenido dinero, en otros tiempos. Allá en Rusia, me imagino. Aseguraba que era una especie de condesa, aunque sabe Dios que las condesas rusas iban a cinco centavos la docena. Había un montón de rusos blancos en París; estaban allí desde la revolución. A ella le gustaba decir que estaba acostumbrada a las cosas buenas, aunque no sé cuándo debió de acostumbrarse.

Tony no sabía que la madre de Zenia era rusa. Solo conoce la historia de Zenia de los últimos años: su primer plano. Su vida en la universidad, la vida con West, y con el que hubo antes que él y el que hubo antes que ese. Unos brutos, los dos, que llevaban cazadoras de cuero y bebían, y la pegaban.

Examina el contorno de los angulosos pómulos de Zenia: esclavos, supone. Luego está su ligero acento, su aire de superioridad desdeñosa, su toque de superstición. A los rusos les van los iconos y demás. Todo encaja.

—¿Te alquilaba? —dice—. Pero ¿qué edad tenías?

—¿Quién sabe? —dice Zenia—. Debió de empezar cuando tenía cinco años, seis,

antes quizá. En realidad no lo recuerdo. No recuerdo una época en la que no tuviera la mano de algún hombre metida en las bragas.

A Tony se le abre la boca.

—¿Cinco años? —dice. Está horrorizada. Al mismo tiempo, admira la franqueza de Zenia. Tiene la sensación de que Zenia no se cohíbe por nada. A diferencia de Tony, no es una gazmoña.

Zenia se echa a reír.

—¡Oh, no era nada obvio al principio! —dice—. Era todo muy cortés. La gente venía y se sentaba en el sofá... ¡Dios mío, qué orgullosa estaba mi madre de aquel sofá! Siempre lo tenía cubierto con un chal de seda bordado de rosas..., y me decía que me sentara al lado de aquel señor tan amable, y al cabo de un rato salía de la habitación. No era auténtico sexo, al principio. Solo mucho palpar. Dedos pegajosos. La gran explosión la guardó hasta que fui lo que ella llamaba mayor: once años, doce... Creo que le sacó buen provecho, aunque no se puede decir que muchos de aquellos hombres fueran asquerosamente ricos. Caballeros venidos a menos que escatimaban lo que podían, con un poquitín ahorrado o algún negocio turbio. Estaban metidos todos en el mercado negro, tenían algún contacto, vivían entre las paredes, ¿comprendes? Como las ratas. Me compró un vestido nuevo para la ocasión, también en el mercado negro, supongo. Hice mi debut en la alfombra de la sala; mi madre nunca les permitía utilizar la cama. Aquel hombre se llamaba mayor Popov, créeme, y era como un personaje de Dostoyevski, con costras marrones en los agujeros de la nariz de tanto tomar rapé. Ni siquiera se quitó los pantalones, de la prisa que tenía. Yo pasé aquel rato con la vista fija en las rosas bordadas del maldito chal. Le ofrecí el dolor a Dios: después de todo, no pecaba por placer. Yo era muy religiosa entonces; ortodoxa, por supuesto. Todavía tienen las mejores iglesias, ¿no crees? Espero que le sacara un buen fajo al viejo Popov. Hay hombres dispuestos a pagar muchas comidas por una virgen.

Zenia relata la historia como si se tratara de una anécdota sin importancia y Tony la escucha electrizada. Nunca había oído nada semejante. Corrección: había oído cosas semejantes, más o menos, pero solo las había oído a través de los libros. Cosas tan barrocas, tan complicadamente europeas, no les ocurren a las personas reales, a la gente que ella conoce. Pero ¿cómo saberlo? Es posible que estas actividades se produzcan constantemente alrededor de ella, y que no las vea porque no sabe adonde mirar. Zenia lo sabría. Zenia es mayor que Tony, no tanto en años como en otros aspectos. Al lado de Zenia, Tony es una niña, ingenua como un polluelo.

—Debías de odiarla —dice Tony.

—Ah, no —dice Zenia con seriedad—. Eso vino más tarde. ¡Era muy cariñosa conmigo! Cuando era pequeña me preparaba comidas especiales. Nunca levantaba la voz. Y era muy bella; tenía una larga cabellera oscura recogida en una trenza que le rodeaba la cabeza, como una santa, y unos ojos grandes y lastimeros. Yo dormía con ella en su enorme lecho blanco de plumas. La quería, la adoraba, hubiera hecho

cualquier cosa por ella. No quería que estuviera tan triste. Por eso se salía con la suya.

—Qué terrible —dice Tony.

—Oh, bueno —dice Zenia—, ¿a quién le importa una mierda? Después de todo, yo no era la única; ella también se alquilaba. Era una especie de amante de ocasión, supongo. Para caballeros que habían tenido mala fortuna. Pero solo rusos, y ninguno con una graduación inferior a la de comandante. Mi madre tenía sus normas. Les ayudaba a mantener sus pretensiones y ellos le ayudaban a ella a mantener las suyas. Pero en el tema del sexo no tenía mucho éxito, quizá porque en realidad no le gustaba. Prefería sufrir. Conoció un considerable número de hombres. Además, estaba casi siempre enferma. ¡Tosía como un personaje de ópera! Sangre en el pañuelo. El aliento le olía cada vez peor, solía ponerse mucho perfume, cuando lo tenía. Supongo que era tuberculosis, y al final murió de eso. ¡Qué muerte más cursi!

—Tuviste mucha suerte de no contagiarte —dice Tony. Todo esto le parece de lo más arcaico. Hoy en día ya nadie coge la tuberculosis. Es una enfermedad extinguida, como la viruela.

—Sí, ¿verdad? —dice Zenia—. Pero cuando por fin la espichó yo hacía tiempo que me había largado. Dejé de quererla a medida que me hacía mayor. Yo realizaba casi todo el trabajo y ella se quedaba casi todo el dinero, y eso no era justo. Y no soportaba oír la toser y llorar todas las noches. Era un caso perdido; y creo que también era estúpida. Así que me escapé. Fue una ruindad, supongo: por entonces mi madre no tenía a nadie, a ningún hombre; solo a mí. Pero era ella o yo. Tuve que elegir.

—¿Y tu padre? —dice Tony.

Zenia se ríe.

—¿Qué padre?

—Bueno, por fuerza tuviste que tener un padre —dice Tony.

—Mejor aún —dice Zenia—: ¡tuve tres! Mi madre tenía varias versiones: un miembro de la pequeña aristocracia griega, un general de la caballería polaca y un inglés de buena familia. Tenía una foto de él; un solo hombre, pero tres historias diferentes. Lo que contaba de él cambiaba según su estado de ánimo; pero en las tres historias mi padre moría en la guerra. Ella me enseñaba dónde, en el mapa: un lugar distinto, una muerte distinta para cada uno. En una carga de caballería contra los tanques alemanes, tras las líneas francesas en paracaídas y ametrallado en un palacio. Cuando podía permitírselo, ponía una rosa ante la fotografía; a veces encendía una vela. ¡Sabe Dios de quién era aquella foto, en realidad! Un joven con chaqueta y una mochila, una imagen más bien borrosa, que miraba hacia atrás por encima del hombro; ni siquiera iba de uniforme. Una foto de antes de la guerra. Tal vez la compró. Por mi parte, creo que la violaron, una pandilla de soldados o algo así, pero no quería decírmelo. Habría sido demasiado fuerte para mí descubrir que mi padre era un tipo de esa clase. Pero sería lógico, ¿no crees? Una mujer sin dinero, huyendo de un sitio a otro, sola, sin protección... ¡Era legal cazar mujeres así! O quizá tuvo un

amante nazi, un esbirro alemán. ¿Quién sabe? Era una gran embustera, así que nunca lo sabré. De todos modos, ya está muerta.

La historia de Tony ha menguado considerablemente. Comparada con la de Zenia parece un simple incidente, de escasa importancia, gris, mediocre; una sosegada anécdota parroquial; una nota a pie de página. En tanto que la vida de Zenia chispea; no, refulge bajo la truculenta pero incierta luz proyectada por grandes y portentosos acontecimientos mundiales. (¡Rusos blancos!).

Hasta entonces Tony ha considerado que Zenia es muy distinta de ella misma, pero ahora considera que también se parecen, porque ¿no son huérfanas las dos? Las dos sin madre, las dos hijas de la guerra, abriéndose paso en la vida por sí mismas, avanzando tenazmente con el cesto al brazo, el cesto que contiene sus escasas, sus únicas posesiones mundanas: un cerebro cada una, pues ¿con qué otra cosa pueden contar?

Admira enormemente a Zenia, y no solo porque sabe mantener la calma. En este mismo momento, por ejemplo, cuando otras mujeres se habrían echado a llorar, Zenia sonríe; sonríe a Tony, quizá de un modo levemente burlón, cosa que esta quiere interpretar como una gallardía conmovedora, un coraje acerado ante el destino adverso. Zenia ha pasado por horrores, y ha emergido victoriosa. Tony se la imagina a caballo, la capa al viento, el brazo de la espada en alto; o como un pájaro, un milagroso pájaro de plata que se eleva triunfante e indemne desde las cenizas de la incendiada y saqueada Europa.

—Sin embargo, ser huérfana tiene una ventaja —dice Zenia con aire pensativo. De su perfecta nariz brotan dos chorros de humo—. No tienes que actuar conforme a la buena imagen que otra persona tenga de ti. —Se bebe los posos del café, apaga la colilla—. Puedes ser quien quieras.

Tony la mira, mira sus ojos negroazulados y ve en ellos su propio reflejo: ella misma, tal como le gustaría ser. Tnomerf Ynot. Ella misma vuelta del revés.

En vista de las circunstancias, ¿qué puede guardar para sí Tony? No mucho.

Ciertamente, no el dinero. Zenia ha de comer. —Zenia y también West, por supuesto—, ¿y cómo van a hacerlo a no ser que Tony, cargada con la riqueza de los muertos, le preste a Zenia veinte, cincuenta, cien dólares de vez en cuando? ¿Y cómo se los va a devolver Zenia, estando las cosas como están? Tiene una especie de beca, o eso ha dado a entender, pero no alcanza para todo. En un pasado remoto atravesó Europa y cruzó el océano mendigando y en cierta medida prostituyéndose; aunque —explica, y Tony abre de par en par los ojos y parpadea— prefería con mucho hacerse un borracho amable de clase media, sin duda, pues era más rápido y considerablemente más limpio. En un pasado más reciente ha ganado algún dinero extra sirviendo en restaurantes y limpiando baños en hoteles de segunda categoría — el trabajo fatigoso es el precio de la virtud—, pero cuando lo hace queda demasiado cansada para estudiar.

Aunque igualmente está demasiado cansada. El amor te deja sin energías, y los nidos de amor hay que tapizarlos con plumas, ¿y quién cocina, lava la ropa y hace la limpieza en casa de Zenia? West desde luego no, pobre ángel; como a todos los hombres, le resulta difícil cocer un huevo o prepararse una taza de té. («¡Ah! — piensa Tony—. ¡Podría prepararle el té!»). Anhela esas sencillas tareas domésticas, para dedicárselas a West. Pero esto lo censura casi de inmediato. Incluso hervir el agua para el té de West le parecería una traición a Zenia).

Además, indica Zenia, cuesta desafiar el orden social: la libertad no es gratuita, tiene un precio. Las primeras líneas del ejército de la liberación reciben las primeras balas. Zenia y West ya están pagando más de lo que deberían por esa madriguera de ratas en la que viven, porque el hipócrita indecente de su casero ha llegado a sospechar que no están casados. ¡Qué puritano es Toronto!

De manera que, ¿cómo va a negarse Tony cuando una tarde acude Zenia a su habitación, llorosa, sin el trabajo final de Historia Moderna y sin un momento apenas que perder?

—Si suspendo este curso, se acabó —dice Zenia—. Tendré que dejar la universidad y volver a hacer la calle. Mierda, Tony, no te lo imaginas, eres incapaz de imaginártelo. Es un infierno, es absolutamente degradante. ¡No puedo volver a eso!

Sus lágrimas desconciertan a Tony; creía que Zenia era inmune al llanto, más inmune aún que ella misma. Y ahora no solo llora, sino que vierte muchas lágrimas, que fluyen profusas por el rostro extrañamente inmóvil de Zenia, que siempre parece maquillado aunque no lo esté. A otra mujer se le correría el rímel; pero esto no es rímel, son las auténticas pestañas de Zenia.

Al fin Tony acaba escribiendo dos trabajos, uno para ella y uno para Zenia. Lo hace con inquietud: sabe que es muy arriesgado. Está cruzando una raya, una raya que ella respeta. Pero Zenia es la que se rebela en nombre de Tony, así que es justo

que Tony le escriba el trabajo. O esa es la ecuación que establece Tony, en algún plano por debajo de las palabras. Tony será la mano derecha de Zenia, ya que no cabe duda de que Zenia es la izquierda de Tony.

Ninguno de los dos trabajos es sobre batallas. El profesor de Historia Moderna, el calvo y estrábico doctor Welch, con sus parches de cuero en los codos, está más interesado en la economía que en el derramamiento de sangre, y ha dejado muy claro a Tony —que había sugerido centrarse en el desaforado saqueo de Constantinopla por parte de los cruzados— que no considera la guerra un tema adecuado para las chicas. De manera que los dos trabajos tienen que versar sobre el dinero. El de Zenia es sobre el comercio de esclavos entre el Imperio de Bizancio y los pueblos eslavos. —Tony eligió este tema por los antepasados rusos de Zenia—, y el de Tony es sobre el monopolio bizantino de la seda en el siglo X.

A Tony le interesa Bizancio. Mucha gente murió allí de un modo desagradable, la mayoría por motivos triviales: podían despedazarte por no ir adecuadamente vestido o destriparte por sonreír con presunción. Veintinueve emperadores bizantinos fueron asesinados por sus rivales. Cegar a las víctimas era uno de los suplicios favoritos; eso y descuartizarlas miembro a miembro, y dejarlas morir de hambre lentamente.

Si el profesor no fuera tan remilgado, Tony habría elegido el tema del asesinato del emperador bizantino Nicéforo Focas a manos de su bella esposa, la emperatriz Teófano. Teófano empezó su carrera como concubina y se abrió paso hasta la cumbre. Cuando su autocrático esposo se volvió demasiado viejo y feo para ella, lo hizo matar. No solo eso, sino que colaboró en el asesinato. El día 1 de diciembre de 969 lo persuadió para que no cerrara por dentro la puerta de su dormitorio, prometiéndole sin duda favores sexuales, y en mitad de la noche se introdujo en la habitación con su amante, más joven y apuesto, Juan Tzimisces —que más adelante la confinó en un convento— y un grupo de mercenarios. Despertaron a Nicéforo —dormía sobre una piel de pantera, un bonito detalle— y Juan Tzimisces le partió la cabeza con una espada. Juan se reía cuando descargó el golpe.

¿Cómo lo sabemos?, piensa Tony. ¿Quién estaba ahí para tomar nota? Y Teófano, ¿también reía? Intenta conjeturar por qué lo despertaron. Fue un toque de sadismo; o tal vez una venganza. Según todos los relatos, Nicéforo fue un tirano: soberbio, caprichoso, cruel. Tony se imagina a Teófano dirigiéndose a la escena del crimen con un manto de seda púrpura sobre los hombros y sandalias doradas. Los oscuros cabellos se le arremolinan en torno a la cabeza; la cara pálida brilla a la luz de los hachones. Avanza la primera, y deprisa, porque el elemento más importante en cualquier acto de traición es la sorpresa. Tras ella van los hombres con espadas.

Teófano sonrío, pero Tony no considera siniestra esa sonrisa. Más bien es jubilosa: la sonrisa de una niña que está a punto de teparle los ojos a alguien desde atrás. ¡Adivina quién soy!

Hay un componente de travesura en la historia, piensa Tony. De regocijo perverso. De atrocidad porque sí. ¿Qué es una emboscada, en realidad, sino una

especie de pesada broma militar? Te escondes, y luego les saltas encima y gritas: «¡Sorpresa!». Aunque ningún historiador menciona jamás esta veleidosa cualidad de juego de escondite. Quieren que el pasado sea serio. Mortalmente serio. La expresión le da que pensar: si la muerte es seria, ¿significa eso que la vida es una frivolidad? Así lo querrían quienes crean las expresiones. Quizá Teófano despertó a Nicéforo porque quería que apreciara su astucia antes de morir. Quería que viera hasta dónde llegaba su doblez, y lo mucho que se había equivocado con ella. Quería que captara el chiste.

Los dos trabajos mantienen el nivel habitual de Tony: si acaso, el del monopolio de la seda es mejor. Pero el de Zenia obtiene un sobresaliente y el de Tony un mero notable. Por lo visto, la reputación de brillantez de Zenia ha afectado incluso al profesor Welch. O quizá sea su físico. ¿Le molesta esto a Tony? No en especial. Pero se da cuenta.

También siente remordimientos. Hasta ahora, siempre ha prestado la más estricta atención al decoro académico. Nunca pide prestados los apuntes de otros, aunque presta los suyos; sus comentarios a pie de página son impecables; es muy consciente de que escribir un trabajo para otra persona es hacer trampa. Pero no es lo mismo que si lo hubiera hecho en beneficio propio. La han movido razones estimables. ¿Cómo podía defraudar a su amiga? ¿Cómo condenar a Zenia a una vida de sumisión sexual? No es capaz. Aun así, le remuerde la conciencia, de modo que quizá sea justo que haya obtenido un simple notable. Si este es el único castigo, habrá salido bien librada.

Tony redactó los dos trabajos en marzo, cuando la nieve se derretía y el sol calentaba, y las campanillas de invierno crecían entre el fango y los periódicos viejos y las hojas en descomposición de los jardines, y la gente empezaba a sentir cierta desazón bajo el abrigo de invierno. Zenia también empezaba a sentir desazón. Tony y ella ya no pasaban las veladas tomando café en la cafetería Christie's de Queen East; ya no hablaban con vehemencia hasta bien entrada lo que Tony consideraba noche. En parte Tony no tenía tiempo para eso, porque se aproximaban los exámenes finales y ser brillante era algo que requería esfuerzo. Pero también era como si Zenia hubiese averiguado todo lo que necesitaba saber de Tony.

Lo contrario estaba lejos de ser cierto: Tony aún se sentía curiosa, fascinada, ávida de detalles; pero cuando le hacía preguntas, las respuestas de Zenia —aunque nunca desconsideradas— eran breves, y desviaba la mirada. También con West mostraba esa misma actitud afable pero abstraída. Aunque todavía lo tocaba cada vez que entraba en la habitación, aunque todavía le dedicaba pequeños halagos, pequeños cumplidos, no se concentraba en él. Pensaba en otra cosa.

Un viernes de comienzos de abril, Zenia se cuela por la ventana del cuarto de Tony en mitad de la noche. Tony no ve cómo lo hace porque está dormida; pero de súbito se le abren los ojos y se incorpora de golpe en la cama, y hay una mujer de pie en la oscuridad de la habitación, la cabeza recortada contra el rectángulo gris amarillento de la ventana. En el instante de despertar Tony cree que es su madre. Al

parecer, no resulta tan fácil librarse de Anthea: comprimida en un cilindro, arrojada al lago, olvidada. Ahora ha regresado para exigir reparación, pero ¿por qué? O quizás ha regresado, demasiado tarde, para recoger a Tony y llevársela por fin con ella, al fondo del profundo mar azul, adonde Tony no siente deseos de ir. ¿Qué aspecto tendría si Tony encendiera la luz? ¿Sería ella misma o una acuarela borrosa?

Tony se queda helada. «¿Dónde está mi ropa?», dirá Anthea, desde el centro de su rostro desprovisto de facciones. Se refiere a su cuerpo, el que ha sido quemado, el que ha sido ahogado. ¿Qué puede contestar Tony? «Lo siento, lo siento».

Todo esto es sin palabras. Lo que Tony experimenta es una compleja oleada de reconocimiento y temor, conmoción e insensibilidad: el paquete que viene intacto cada vez que se cumplen los deseos no formulados. Está paralizada y no puede gritar. Resuella y se tapa la boca con las dos manos.

—Hola —dice Zenia—. Soy yo.

Hay una pausa mientras Tony se recupera un poco.

—¿Cómo has entrado? —pregunta, cuando los latidos de su corazón vuelven a ser inaudibles.

—Por la ventana —dice Zenia—. He subido por la escalera de incendios.

—Pero es muy alta —dice Tony. Zenia es de elevada estatura, pero no tanto como para llegar a la plataforma inferior. ¿Está West ahí abajo, la ha ayudado a subir? Tony hace ademán de encender la luz de cabecera, pero se lo piensa mejor. Se supone que no debe recibir a nadie en su habitación a esas horas de la noche, y preceptoras y entrometidas patrullan por los corredores al acecho de humo de tabaco y sexo de contrabando.

—Me he subido a ese árbol y he saltado desde la rama —dice Zenia—. Cualquier lunático podría hacerlo. De veras, Tony, tendrías que ponerle algún tipo de cerrojo a la ventana. —Se sienta en el suelo, con las piernas cruzadas.

—¿Qué ocurre? —dice Tony. Tiene que suceder algo: ni siquiera Zenia se colaría por la ventana de alguien en mitad de la noche por un capricho pasajero.

—No podía dormir —dice Zenia. Las dos hablan casi en susurros—. Tenía que verte. Estoy muy angustiada por el pobre profesor Welch.

—¿Qué? —dice Tony. No comprende.

—Por la manera en que lo engañamos. Creo que debemos confesar. Después de todo, fue un fraude —dice Zenia con aire compungido. Se refiere al trabajo de Historia Moderna, al que Tony dedicó tanto tiempo y generosidad. El trabajo en sí no tenía nada de falso: solo la firma, que era la de Zenia.

Ahora Zenia quiere decirlo, y adiós a la vida de Tony. En el futuro de Zenia se ciernen grandes posibilidades, aunque poco definidas —en uno u otro momento ha mencionado el periodismo, las altas finanzas, incluso la política—, pero ser profesora universitaria nunca ha figurado entre ellas; en cambio, para Tony es la única. Es su vocación; sin ella, será inútil como una mano amputada. ¿Qué otra cosa puede hacer? ¿Qué hacer, si no, con su saco de buhonero lleno de conocimientos, de chucherías, de

fragmentos sueltos y baratijas que acumula como la borra, y que pretendía canjear por una vida honrada? «Honrada», esa es la clave. Despojada de su honradez intelectual, de su reputación e integridad, solo le queda el exilio. Y Zenia está en condiciones de despojarla.

—¡Pero si lo hice para ayudarte! —dice Tony, consciente de que su alegato no hará mella alguna en las autoridades. (Por un instante piensa en negar de plano que lo haya escrito ella. Pero Zenia tiene el original, con la caligrafía de Tony que se inclina hacia atrás. Naturalmente, Zenia tenía que copiarlo en su propia letra).

—Ya lo sé —dice Zenia—. Pero aun así. Bueno, a lo mejor por la mañana lo veo de otra manera. Es solo que estoy deprimida, que estoy hecha polvo; a veces me siento tan mal que me entran ganas de tirarme de un puente, ¿comprendes? A veces creo que solo soy una impostora. Tengo la impresión de que estoy fuera de lugar, de que no soy bastante buena. Ni para West tampoco: es tan limpio que a veces tengo miedo de ensuciarlo, o de romperlo, o algo. ¿Y sabes lo peor? A veces me entran ganas de hacerlo. Cuando estoy..., ya me entiendes. Con mucha tensión.

Así que no es solo la vida de Tony la que está amenazada, sino también la de West. Por lo que ha visto de West y de su devoción ciega, Tony está convencida de que Zenia podría en verdad hacer estragos. Un gesto desdeñoso con la mano y él quedaría esparcido por toda la acera. ¿Cómo ha obtenido Zenia tanto poder sin que Tony lo advirtiera? En lo que a West se refiere, sí lo había advertido. Pero confiaba en que Zenia utilizara bien ese poder. Ahora tanto ella como West están en peligro, es su deber salvarse y salvarlo.

—¿Tensión? —dice débilmente.

—Bueno, el dinero. Tú no lo comprendes, Tony, nunca te has visto en estas situaciones. Nos hemos retrasado unos meses con el puñetero alquiler, y el puñetero propietario amenaza con echarnos a la calle; dice que telefonará a la universidad y que armará un escándalo. No vale la pena inquietar a West con estas historias; es una criatura, todas estas cuestiones cotidianas las deja en mis manos. Si le dijera cuánto debemos, saldría y se vendería el laúd, puedes estar segura; quiero decir, ¿qué otra cosa tiene? Haría lo que fuese por mí, pobrecito, aunque no sirviera para arreglar nada; pero a él le gustan esos gestos sacrificados. Te aseguro que no sé qué hacer. Es todo un agobio, Tony. ¡Y por eso estoy tan deprimida!

Tony ya le ha dado varias veces dinero para el alquiler. Sin embargo, sabe qué dirá Zenia si lo menciona: «¡Pero Tony! ¡Teníamos que comer! Tú no sabes lo que es pasar hambre. No puedes imaginártelo. ¡No sabes lo que es no tener dinero!».

—¿Cuánto? —dice con voz fría y meticulosa. Es un chantaje con todas las de la ley. Ha caído en una emboscada.

—Con mil dólares saldríamos de apuros —dice Zenia suavemente. Mil dólares es mucho dinero. Significará un considerable agujero en las reservas de Tony. Por otra parte, es mucho más de lo que se necesita para pagar los alquileres atrasados. Pero Zenia no pide, no suplica. Sabe que la respuesta de Tony está decidida de antemano.

Tony sale de la cama en su pijama estampado con ratones azules vestidos de payaso que le mandó su madre desde California, un vestigio de cuando tenía catorce años —no ha puesto al día su vestuario nocturno, porque ¿quién va a verlo nunca?, y una de las cosas que más le molestan de esa noche, volviendo la vista atrás, es que Zenia tuvo ocasión de echarle una buena ojeada a ese pijama absurdo—, se dirige a su escritorio, enciende la lámpara por unos instantes y extiende el cheque.

—Toma —dice, y se lo entrega a Zenia con un ademán enérgico.

—Tony, eres un hacha —dice Zenia—. ¡Ya te lo devolveré! —Las dos saben que no es verdad.

Zenia sale por la ventana y Tony vuelve a acostarse. Un hacha: dura, pesada; posiblemente, un arma asesina. Se podrían abrir unas cuantas cabezas con un hacha. Sin duda Zenia vendrá de nuevo a pedirle más dinero, y luego más. Tony no ha ganado nada excepto tiempo.

Dos días después West acude a McClung Hall en busca de Tony y le pregunta si ha visto a Zenia, porque Zenia ha desaparecido; del apartamento, del recinto de la universidad, por lo visto ha desaparecido de la ciudad, porque nadie —ni los hombres barbudos del teatro, ni las mujeres delgadas con cara de bailarina y cola de caballo, ni la policía, cuando West por fin la llama— sabe dónde está. Nadie la ha visto marchar. Sencillamente, ya no está.

Con ella han desaparecido los mil dólares que le dio Tony, y el saldo de la cuenta conjunta con West: doscientos dólares, más o menos. Habrían sido más, pero Zenia retiró cierta cantidad poco antes con el pretexto de que su buena amiga Tony, que no era tan rica como todos creían, le había pedido un préstamo temporal y le había dado vergüenza decírselo a West. También ha desaparecido el laúd de West; Tony lo localiza varias semanas más tarde durante una diligente e inspirada búsqueda por las tiendas de compraventa, y lo adquiere en el mismo instante. Lo lleva ella en persona al apartamento y se lo entrega a West como si fuera un caramelo, con la esperanza de aliviar su desasosiego. Pero apenas le impresiona; West sigue sentado en el suelo, sobre un almohadón raído, mirando la pared y bebiendo cerveza.

Zenia le ha dejado una carta a West. Ha tenido esa consideración, o —piensa Tony, con una nueva percepción de las peculiaridades del alma de Zenia— ese cálculo. «Amor mío, no soy digna de ti. Algún día me perdonarás. Te amaré hasta la muerte. Tu Zenia que te quiere». Tony, que ha recibido una carta semejante, sabe lo que valen esas declaraciones, es decir, nada en absoluto. Sabe que esas cartas son como un medallón de plomo que te cuelgan del cuello, un pesado recordatorio que te arrastra hacia abajo durante años. Pero también comprende la necesidad que tiene West de confiar en las garantías de Zenia. Las necesita como el agua, las necesita como el aire. Prefiere creer que Zenia ha renunciado a él por un equivocado sentido de la nobleza a pensar que le ha tomado el pelo. Las mujeres pueden convertir a los hombres en tontos, piensa la recién desengañada Tony, si no lo son ya de entrada.

La desolación de West es palpable. Lo envuelve como una nube de mosquitos, lo ha dejado marcado como si fuera una herida en su muñeca rajada que le tiende a Tony (sin decir nada, sin moverse) para que ella se la vende. De tener elección, Tony no habría escogido el papel de enfermera y consoladora, en vista de lo mal que lo hizo con su padre. Pero no hay muchas alternativas, así que Tony prepara tazas de té para West, lo arranca de su almohadón, y —como no sabe qué más hacer— lo saca a pasear, como un perro o un inválido. Juntos deambulan por los parques, juntos cruzan las calles, cogidos de la mano como dos niños perdidos en el bosque. Juntos se duelen en silencio.

West está de luto, pero Tony también está de luto. Los dos han perdido a Zenia, pero Tony la ha perdido íntegramente. West todavía cree en la Zenia que se ha ido; piensa que, si volviera y se dejara perdonar y halagar y mimar, todo seguiría como

antes. Tony sabe que no es así. Sabe que la persona que ha perdido en realidad no existió nunca. Todavía no pone en tela de juicio los relatos de Zenia, su historia; de hecho, los utiliza para explicarla: ¿qué se puede esperar de alguien que tuvo una infancia tan baqueteada? Lo que pone en tela de juicio es su buena fe. Zenia solo quería utilizarla, y ella se dejó utilizar; ha sido escudriñada, ha sido vaciada como un bolsillo. Pero no tiene tiempo para compadecerse de sí misma porque está demasiado ocupada compadeciéndose de West.

La mano de West yace pasivamente en la de Tony. Es como si estuviera ciego: va allí donde Tony lo conduce, desprovisto de voluntad propia, sin importarle adonde se dirige. Precipicio o puerto seguro, para él todo es lo mismo. De vez en cuando parece que despierta; atisba en derredor, desorientado. «¿Cómo hemos llegado aquí?», dice, y a Tony se le encoge el enternecido corazoncito.

Lo que más la preocupa es que West beba tanto. Solo toma cerveza, de momento, pero se mete en el cuerpo muchas más que antes. Es posible que no esté nunca del todo sobrio. La ausencia de Zenia es como un camino, un camino que Tony conoce porque ya lo ha visto. Conduce hacia abajo y termina bruscamente en una hoja de periódico manchada de sangre, y West avanza por esta senda trastabillando como si fuera un sonámbulo. Ella carece de poder para detenerlo, para despertarlo. ¿Cómo va a competir la flacucha y desmañada Tony, con sus gafas de tamaño exagerado, sus paseos por el parque y sus tazas de té, con el recuerdo resplandeciente de Zenia que West lleva junto a su corazón, o bien en lugar de él?

Tony está enferma de preocupación por West. Pierde el sueño. Le aparecen unas ojeras azuladas, la piel se le vuelve blanca como el papel. Escribe los exámenes finales en un trance frenético, y no con la fría racionalidad que es habitual en ella, recurriendo a reservas de conocimiento acumulado que ni siquiera sabía que existían.

West, por su parte, ni siquiera se presenta, por lo menos al examen de Historia Moderna. El remolino lo está arrastrando.

Roz se cruza con Tony en el vestíbulo de McClung Hall y se fija en su lastimosa apariencia.

—Eh, Tone —dice. (Vuelve a utilizar este nombre familiar desde la deserción de Zenia, de la que está enterada, por supuesto. Aquí los rumores corren muy deprisa. Tony sin Zenia ya no suscita inquietud, y se la puede tratar de nuevo en diminutivo.) —. Eh, Tone, ¿cómo van las cosas? Madre mía, tienes un aspecto horrible. —Posa su mano grande y cálida sobre el anguloso hombro de pajarillo de Tony—. No puede ser tan malo. ¿Qué te pasa?

¿Con quién más puede hablar Tony? No puede hablar de West con él mismo, y Zenia está ausente. En otro tiempo no habría hablado con nadie, pero desde aquellas charlas en la cafetería Christie's ha empezado a apreciar las confidencias.

Así que van al atiborrado cuarto de Roz, se sientan en la cama cubierta de cojines, y Tony desembucha.

No le dice nada del trabajo falsificado ni de los mil dólares. De todos modos, no

hacen al caso. El caso es West. Zenia se ha ido y se ha llevado el alma de West embutida en la bolsa; y sin su alma West morirá. Se matará, y ¿qué hará Tony entonces? ¿Cómo será capaz de seguir viviendo?

Aunque no es esta su manera de expresarlo. Expone solo los hechos, tal como son. No se pone melodramática. Sencillamente objetiva.

—Escucha, cielo —dice Roz, cuando Tony para de hablar—. Ya sé que te gusta, y es verdad que parece un buen chico, pero ¿vale la pena?

Sí que la vale, dice Tony. Sí, eso está fuera de duda, pero no hay ninguna esperanza. (West empequeñecerá y desaparecerá, como en las baladas. Languidecerá y se consumirá. Y al final se volará la cabeza).

—Me parece que se está portando como un gilipuetas. Zenia es una pelandusca, eso ya lo sabíamos todas. Hace un par de años pasó por la mitad de los clubes masculinos; ¡más de la mitad! ¿No has oído el poema que le dedicaron? «¿Problemas con tu penia? ¡Prueba con Zenia!». West tendría que abrir los ojos, ¿no? —dice Roz, que aún no sabe qué es el amor, pues todavía tiene que encontrar a Mitch. Sin embargo, acaba de conocer el sexo y cree que es el nuevo medicamento milagroso; y además, siempre le ha resultado difícil guardar un secreto. Baja la voz—. Tendrías que llevártelo a la cama —dice, y asiente juiciosamente con la cabeza. Disfruta haciendo el papel de sabia, de consejera de afligidos. Para eso va muy bien no estar afligida una misma.

—¿Yo? —dice Tony. Aunque las chicas de McClung Hall hablan constantemente de sus amigos, nunca son muy explícitas acerca de lo que hacen en realidad con ellos. Si se acuestan con ellos no lo mencionan. De todas las personas que ha conocido Tony, Zenia es la única que hasta el momento le ha hablado abiertamente del sexo.

—¿Quién, si no? —dice Roz—. Tienes que hacer que se sienta útil. Que le encuentre un interés a la vida.

—Oh, no me veo capaz de hacerlo —dice Tony. La idea de acostarse con quien sea le resulta terrorífica. ¿Y si él se da la vuelta distraídamente y la aplasta? Asimismo, la arredra la idea de darle a otra persona todo ese poder sobre ella. Por no hablar de la renuencia a dejar que la manoseen y la cubran de babas. Zenia era franca acerca del sexo, pero no lo presentaba como algo demasiado atractivo.

Aun así, al pensar en ello Tony debe reconocer que si hubiera una sola persona a la que quizá podría tolerar, sería West. Ya lo coge de la mano, cuando pasean; es agradable. Pero los detalles concretos la superan: ¿qué haría para atraer a West a un lugar como la cama, y a qué cama, además? No a su angosto lecho de McClung Hall —eso ni pensarlo, hay demasiados ojos posados en su persona, ni siquiera puedes comer galletas en tu cuarto sin que todo el mundo se entere— y, por supuesto, tampoco en la misma cama en que él se acostaba con Zenia. ¡No estaría bien! Además, no sabe cómo se hacen estos asuntos. En teoría, sí, sabe dónde tiene que ir cada cosa, pero ¿en la práctica? Uno de los obstáculos es la conversación: ¿qué le diría? Y aunque mediante las maniobras adecuadas consiguiera conducir a West al

emplazamiento físico, ¿qué ocurriría entonces? Ella es demasiado pequeña, y West es demasiado grande. La destrozaría.

No obstante, Tony quiere a West. Hasta ahí lo tiene claro. ¿Y no se trata de salvarle la vida? Así es. Por lo tanto, se requiere heroísmo y sacrificio.

Con un rechinar de dientes, Tony se lanza a seducir a West, en lo que se muestra tan inepta como había temido. Lo intenta un día en el apartamento de West, con una cena romántica a la luz de las velas, pero al parecer su actividad en la cocina solo sirve para deprimirlo más, porque Zenia era una cocinera maravillosa e imaginativa; y además Tony deja que se le queme el atún al horno. Lleva a West al cine, a ver baratas y absurdas películas de terror que le dan ocasión de cogerle la mano en la oscuridad cuando los vampiros exhiben sus colmillos y la cabeza de goma cae rodando por la escalera.

Pero haga lo que haga, West prefiere interpretarlo como un simple gesto de amistad. O así lo cree Tony. Para su desesperación, pero también —en parte— para su gran alivio, West la tiene por una colega leal, y eso es todo.

Es junio y hace buen tiempo; en la universidad han terminado las clases, pero Tony se ha matriculado en un curso de verano, como de costumbre, para no tener que abandonar su habitación en McClung Hall. Una tarde va a casa de West para lavar la acumulación de platos mohosos y para sacarlo a pasear, y se lo encuentra dormido en la cama. Sus párpados son curvados y puros, como los de los ángeles esculpidos en las lápidas; tiene un brazo levantado por encima de la cabeza. Inspira y expira; ella se siente muy agradecida por el hecho de que aún, con todo, esté vivo. El cabello —sin cortar desde hace semanas— está todo desgredado. Se lo ve tan triste tendido ahí, tan abandonado, tan indefenso, que Tony se sienta con cuidado junto a él, se inclina poco a poco y le da un beso en la frente.

West no abre los ojos, pero sus brazos la rodean.

—Eres tan cálida... —murmura contra su cabello—. Eres tan cariñosa conmigo... —Nadie la ha llamado cálida y cariñosa antes. Ningún hombre la ha rodeado jamás con sus brazos. Mientras todavía se hace a la idea, West empieza a besarla. Le cubre la cara de besitos, con los ojos todavía cerrados—. No te vayas —susurra—. No te muevas.

Tony no puede moverse, de todos modos, porque está paralizada de aprensión. La desalienta su propia falta de valor, y también la misma magnitud del cuerpo de West, ahora que lo tiene tan cerca. ¡Si hasta distingue los pelos que le crecen en la barbilla! Por lo general no los ve porque West es demasiado alto. Es como descubrir hormigas en una roca que cae, justo antes de que te aplaste. Se siente sumamente amenazada.

Pero West es muy comedido. Le quita las gafas con suavidad; a continuación, le desabrocha los botones de uno en uno, torpemente, como si tuviera los dedos dormidos, y la cubre con su rasposa manta, y la acaricia, la alisa como si fuera un cojín de terciopelo, y aunque es cierto que duele, como ha leído en los libros, no es algo tan parecido a ser descuartizada por animales salvajes (como ella suponía a

juzgar por los gruñidos que solían oírse con Zenia), y sí más a caerse a un río, porque West, como otros dicen de él, es un largo trago de agua, y Tony tiene mucha sed, está abrasada, ha estado durante años vagando por el desierto y ahora por fin alguien la necesita de verdad para algo, y al final descubre lo que siempre ha querido saber: ella es más grande por dentro que por fuera.

De esta manera Tony, orgullosa de sí misma y embargada por la alegría de dar, saca a West a rastras del campo de la derrota y lo traslada a la retaguardia, le cura las heridas y lo reconstruye. Está roto, pero al cabo de algún tiempo vuelve a componerse. Aunque no a la perfección. Tony es consciente de la cicatriz, que asume la forma de una angustia de bajo nivel: West está convencido de que ha defraudado a Zenia. Cree que se ha visto arrojada al arroyo y tendrá que arreglárselas (mal) por sí sola porque él no fue bastante capaz o bastante inteligente o, sencillamente, bastante para ella. Cree que debe protegerla, y Tony tiene que reservarse sus sarcasmos a este respecto. No hay rival como la ausente. Zenia no está aquí para defenderse, y por eso mismo Tony no puede atacarla. La caballerosidad, así como la sabiduría, la ata de manos.

En otoño West vuelve a la universidad y recupera los cursos que había perdido. Tony ahora está en la escuela para graduados. Alquilan un pequeño apartamento entre los dos y comparten pulcros desayunos y noches dulces y afectuosas, y Tony es más feliz de lo que nunca había sido.

Pasa el tiempo y los dos obtienen sus primeros títulos de posgrado, y los dos consiguen plaza de profesores adjuntos. Al cabo de algún tiempo, se casan en el ayuntamiento; la fiesta que celebran después es íntima y de tono intelectual, aunque Roz, casada ya, también asiste a ella. Su marido, Mitch, no ha podido venir, les explica, pues está en viaje de negocios. Le da a Tony un apretado abrazo y un cubreteléfono de plata, y cuando se marcha (temprano) los colegas de Historia de Tony y los de Música de West les preguntan enarcando con ironía las cejas quién diablos era esa. Su presencia, no obstante, ha tranquilizado a Tony: aunque el matrimonio de sus padres fue un desastre, el matrimonio en sí debe de ser posible e incluso normal si Roz se ha casado.

West y Tony se mudan a un apartamento mayor, y West compra una espineta para acompañar al laúd. Ahora tiene un traje, y varias corbatas, y gafas. Tony compra un molinillo de café y una plancha de asar, y un ejemplar de *El placer de cocinar* en el que consulta recetas exóticas. Aprende a hacer torta de avellanas y compra un cazo para *fondue* con tenedores largos, y unos pinchos para hacer *shish kebab*.

Pasa más tiempo. Tony piensa alguna vez en tener hijos, pero no plantea el tema porque West nunca lo ha mencionado. Ahora tienen lugar manifestaciones por la paz y confusas sentadas en la universidad. West trae a casa un poco de marihuana y se la fuman juntos, pero se asustan los dos con los ruidos de la calle y no vuelven a hacerlo.

Su amor es tierno y discreto. Si fuera una planta sería un helecho, verde claro,

liviano y delicado; si fuera un instrumento musical, sería una flauta. Si fuera una pintura sería un nenúfar de Monet, una de las versiones más pastel, con sus honduras líquidas, los reflejos, los distintos matices de luz. «Eres mi mejor amiga —le dice West a Tony, mientras le echa atrás el cabello desde la frente—. Te debo mucho». Tony se siente conmovida por su gratitud, y es demasiado joven para recelar de ella.

Nunca hablan de Zenia, Tony porque cree que perturbaría a West, West porque cree que perturbaría a Tony. Zenia, sin embargo, no se va. Flota en el aire, cada vez más débil, cierto, pero todavía ahí, como la neblina azulada del humo de tabaco en una habitación cuando ya se ha apagado el cigarrillo. Tony la huele.

Un anochecer Zenia se presenta en su puerta. Llama como cualquiera y Tony abre creyendo que es una chica exploradora que vende galletas, o bien los Testigos de Jehová. Cuando ve a Zenia allí de pie no se le ocurre qué decir. Tony lleva un pincho en la mano, en el que ha ensartado trozos de cordero, tomate y pimiento verde, y por un instante siente el impulso de clavárselo allí donde debería estar el corazón, pero no lo hace. Se limita a mirarla con la boca abierta, y Zenia sonríe y dice:

—¡Tony, querida, me ha costado mucho dar contigo! —Y ríe mostrando los blancos dientes. Ahora está más delgada, y aparece aún más sofisticada. Lleva una minifalda negra, un chal negro con cuentas de azabache y largos flecos sedosos, medias de malla y botas de tacón alto que le llegan a la rodilla.

—Entra —dice Tony, y hace un gesto con el pincho. Sangre de cordero gotea sobre el suelo.

—¿Quién es? —pregunta West desde la sala, donde está tocando algo de Purcell en la espineta. Le gusta tocar mientras Tony prepara la cena: es uno de sus pequeños rituales.

«Nadie —le gustaría decir a Tony—. Se han equivocado de puerta. Ya se han ido». Quiere darle un empujón a Zenia, echarla fuera, cerrar de un portazo. Pero Zenia ya ha cruzado el umbral.

—¡West! ¡Dios mío! —dice, mientras entra en la sala a grandes pasos, los brazos tendidos hacia él—. ¡Cuánto tiempo sin vernos! —West no puede creerlo. Tras sus gafas sin montura, sus ojos son los ojos conmovidos de un bebé quemado, los ojos pasmados de un viajero interestelar. No se pone en pie, no se mueve. Zenia le coge entre las manos la cara vuelta hacia arriba y le da dos besos, uno en cada mejilla, y luego un tercero en la frente. Los flecos del chal lo acarician, la boca de West está al nivel del pecho de Zenia—. Es estupendo volver a ver a los viejos amigos —dice Zenia, halando.

De un modo u otro acaba quedándose a cenar, porque ¿quiénes son Tony y West para guardarle rencor, y qué motivo tienen para guardárselo, en fin de cuentas? ¿Acaso no fue la deserción de Zenia lo que los unió? ¿Y no son conmovedoramente felices? Zenia les dice que lo son. Son como un par de chiquillos, les dice, chiquillos en un largo día de fiesta, jugando a hacer castillos de arena en la playa. ¡Qué tierno! Dice que para ella es una alegría verlo. Luego suspira, dando a entender que la vida

no la ha tratado tan bien como a ellos. Claro que ella no ha tenido sus ventajas: ha vivido en los límites, allí donde está oscuro y plagado de aristas y hay escaseces. Ha tenido que buscarse la vida.

¿Dónde ha estado? Bueno, en Europa, dice, con un ademán que señala a una cultura más elevada, más profunda; y en Estados Unidos, donde juegan los poderosos; y en Oriente Medio. (Con un gesto de la mano invoca desiertos, palmeras, conocimiento místico y un *shish kebab* mejor que el que pueda asarse en el minúsculo horno canadiense de Tony). Elude decir qué ha estado haciendo en esos lugares. Esto y aquello, dice. Se echa a reír, y añade que no es capaz de mantener mucho rato la atención. Acerca del dinero que se llevó, diplomáticamente no dice nada, y Tony considera que sería estrechez de miras mencionarlo. Zenia, no obstante, dice:

—Ah, ahí está tu maravilloso laúd, siempre me gustó muchísimo. —Como si no recordara en absoluto que secuestró el instrumento. West tampoco se acuerda, al parecer. A petición de Zenia toca algunas de las viejas canciones; aunque ya no se dedica mucho a la música popular, dice. Ahora está metido en un estudio intercultural del canto polifónico.

«No tienen memoria, no tienen memoria». ¿Es que nadie tiene memoria, aparte de Tony? Por lo visto, no; o, mejor dicho, West no tiene memoria, y la de Zenia es sumamente selectiva. Va lanzando alusiones, deja caer insinuaciones y adopta una expresión pesarosa: siente remordimientos, es lo que da a entender, pero ha sacrificado su felicidad por la de West. Lo que él necesita es un verdadero hogar, no una vagabunda irresponsable e inquieta como Zenia, y Tony es una verdadera mujercita de su casa; ¡qué cena más ingeniosa ha preparado! West está donde le corresponde: como una planta de interior en la ventana adecuada, ¡mira si no cómo florece!

—Sois muy afortunados —le susurra a Tony, con una nota de tristeza en la voz. West alcanza a oírlo, como estaba previsto.

—¿Dónde te alojas? —pregunta cortésmente Tony, aunque quiere decir «cuándo te marchas».

—Oh, ya sabes —dice Zenia, y se encoge de hombros—. Aquí y allá. Vivo al día, hoy un banquete y mañana hambre. Igual que en los viejos tiempos, ¿te acuerdas, West? ¿Te acuerdas de nuestros banquetes? —Está comiéndose un bombón vienés, de una caja que West trajo a casa para darle una sorpresa a Tony. A menudo le trae pequeños regalos, pequeñas compensaciones por la parte de sí mismo que es incapaz de entregarle. Zenia se lame el oscuro chocolate de los dedos, uno por uno, mientras mira fijamente a West entre las pestañas—. Delicioso —dice con tono significativo.

A Tony le resulta increíble que West no se dé cuenta de lo que se esconde en realidad detrás de todo esto, de estas lisonjas y esta prestidigitación, pero él no lo ve. Tiene un punto ciego: su punto ciego es la desdicha de Zenia. O bien su cuerpo. Al parecer los hombres, piensa Tony con una nueva amargura, no saben distinguir una

cosa de la otra.

Unos días después, West llega a casa más tarde que de costumbre.

—Me he llevado a Zenia a tomar una cerveza —le dice a Tony. Tiene el aire de un hombre que habla con escrupulosa sinceridad aunque se haya sentido tentado a no hacerlo—. Lo está pasando mal. Es una persona muy vulnerable. Me tiene bastante preocupado.

«¿Vulnerable?». ¿De dónde ha sacado West esa palabra? Tony piensa que Zenia viene a ser tan vulnerable como un bloque de cemento, pero no lo dice. Sí dice algo casi igual de malo.

—Supongo que debe de querer dinero.

West parece dolido.

—¿Por qué no te cae bien? —pregunta—. Antes erais muy buenas amigas. Se ha dado cuenta, ¿sabes? Y le disgusta.

—Por lo que te hizo a ti —dice Tony, indignada—. ¡Por eso no me cae bien!

West queda perplejo.

—¿Y qué me hizo? —pregunta. Realmente no lo sabe.

En un abrir y cerrar de ojos —de hecho en un par de semanas—. Zenia ha reclamado a West, del mismo modo que reclamaría cualquier objeto que le perteneciera, como una maleta olvidada en una estación de tren. Sencillamente, se mete a West bajo el brazo y se marcha con él. El no piensa eso, naturalmente; solo Tony. Él cree que ha emprendido una misión de rescate, ¿y quién es Tony para negar el atractivo que hay en ello?

—Te admiro mucho —le dice a Tony—. Siempre serás mi mejor amiga. Pero Zenia me necesita.

—¿Para qué te necesita? —dice Tony con una voccecita clara.

—Es una candidata al suicidio —dice West—. Tú eres más fuerte, Tony. Siempre has sido muy fuerte.

—Zenia es fuerte como un buey —dice Tony.

—Solo es fachada —dice West—. Es algo que siempre he sabido de ella. Es una persona con profundas cicatrices. —«Profundas cicatrices», piensa Tony. Ese vocabulario solo puede pertenecer a Zenia. West ha sido hipnotizado: es Zenia la que habla desde dentro de su cabeza. West prosigue—: Si no hago algo, se vendrá abajo por completo.

«Algo» significa que West se irá a vivir con Zenia. Esto, según él, le devolverá a Zenia parte de la perdida confianza en sí misma. Tony quiere protestar con una risa burlona, pero ¿cómo va a hacerlo? West la mira con seriedad, esperando que comprenda y lo absuelva y le dé su bendición, como si él aún conservara el control de su propio cerebro. Pero en realidad es un zombi.

Le ha cogido las manos a Tony, en la mesa de la cocina. Ella las retira, se levanta y se va a su estudio, y después de cerrar la puerta se sumerge en la batalla de Waterloo. Una vez terminada, los soldados victoriosos lo celebraron, y se pasaron la

noche bebiendo, y sobre los petos metálicos de los muertos asaron la carne de los caballos caídos durante la lucha, sin prestar atención a los gritos y lamentos de los heridos abandonados en el campo. Vencer embriaga, e insensibiliza ante el sufrimiento de los demás.

Qué bien lo hizo, piensa Tony. De qué manera nos engañó. En la guerra de los sexos, que no es en absoluto como una guerra de verdad, sino una especie de refriega confusa en la que la gente cambia de bando de un instante a otro, Zenia era un agente doble. O ni siquiera eso, porque no trabajaba para un bando ni para el otro. No tenía más bando que el propio. Incluso es posible que sus bufonadas —Tony ya es lo bastante mayor para considerarlas «bufonadas»— no fueran más que un mero capricho, una noción bizantina del placer. Quizá mentía y torturaba por pura diversión.

Aunque parte de lo que Tony siente por ella es admiración. A pesar de su desaprobación, de su consternación, de toda la angustia pasada, una parte de Tony siempre ha querido alentar a Zenia, vitorearla incluso. Convertirla en una saga. Participar de su osadía, su desdén hacia casi todo, su rapacidad y su irreverencia hacia la ley. Es como aquella vez que su madre desapareció ladera abajo en el trineo: «¡No! ¡No!». ¡On! ¡On!

Pero ese reconocimiento vino más tarde. En el momento de la desertión de West, Tony quedó devastada. («Devastar», verbo, destruir, arruinar o asolar; un término bastante frecuente en la literatura bélica, piensa Tony en el sótano, mientras contempla el mapa en relieve y los restos del ejército de Otto, y se come otro clavo de especia). Se negó a llorar, se negó a gritar. Escuchó los pasos de West, que merodeaba por el apartamento de puntillas como si estuviera en un hospital. Cuando le oyó cerrar la puerta al salir, acudió a toda prisa, dio vuelta a la llave en las dos cerraduras y puso la cadena. Luego se fue al cuarto de baño y también cerró esa puerta por dentro. Se quitó el anillo de boda (sencillo, de oro, sin diamantes) con la intención de tirarlo al retrete, pero al final lo depositó en un estante del armarito, al lado del desinfectante. Y luego se dejó caer al suelo. «American Standard», decía el retrete. *Dradnats Nacirema*. Un ungüento búlgaro para la piel.

Al cabo de un rato salió del baño porque sonaba el teléfono. Se quedó mirando el aparato, con su nupcial cubreteléfono de plata; este seguía sonando. Lo descolgó y enseguida volvió a colgarlo. No quería hablar con nadie. Pasó a la cocina, pero no le apetecía comer nada.

Unas horas más tarde se sorprendió abriendo la caja de viejos adornos navideños donde también guardaba la pistola alemana de su padre, envuelta en papel de seda rojo. Incluso había unas cuantas balas, en una lata de pastillas para la tos. Nunca en su vida había disparado una pistola, pero conocía la teoría.

«Tienes que dormir un poco», se dijo. No soportaba la idea de acostarse en su cama profanada, así que al fin se durmió en la sala, debajo de la espineta. Le pasó por la cabeza la idea de destruirla con algo —¿el cuchillo para la carne?—, pero decidió que eso podía esperar hasta la mañana.

Cuando despertó era mediodía y alguien golpeaba la puerta. Seguramente era

West, que había regresado porque se había olvidado algo. (Su ropa interior había desaparecido del cajón, los calcetines pulcramente ordenados, lavados por Tony y doblados cuidadosamente por pares. Se había llevado una maleta).

Tony fue a la puerta.

—Vete de aquí —dijo.

—Soy yo, cielo —dijo Roz desde el otro lado—. Abre la puerta, preciosa, que me muero de ganas de ir al baño. Estoy a punto de inundar el suelo.

Tony no quería dejar entrar a Roz, porque no quería dejar entrar a nadie, pero no podía rechazar a una amiga con problemas urinarios. De modo que retiró la cadena y abrió las cerraduras, y Roz entró con andares de pato, embarazada de su primer hijo.

—Es justo lo que necesitaba —dijo en tono lúgubre—: ¡un cuerpo más grande! ¡Estoy comiendo por cinco! —Tony no se rio. Roz le miró la cara y enseguida la estrechó entre sus rollizos brazos—. ¡Ay, cielo! —dijo; y luego, con un conocimiento recién adquirido, tanto personal como político—: ¡Los hombres son unos cerdos!

Tony sintió una punzada de indignación. West no era un cerdo. Ni siquiera lo parecía. Un avestruz, quizá. «No es culpa de West —le hubiera gustado decir—. La culpa es de ella. Yo lo amaba, pero él en realidad nunca me ha amado. ¿Cómo iba a amarme? West era territorio ocupado, desde el primer momento». Pero no dijo nada de eso, porque no podía hablar. Y tampoco respirar. O, mejor dicho, solo podía inspirar. Inspiró e inspiró y finalmente emitió un sonido, un plañido, uno largo que seguía y seguía, como una sirena lejana. Después estalló en lágrimas. «Estalló», como una bolsa de papel llena de agua. No habría podido estallar así si las lágrimas no hubieran estado allí todo el rato, una enorme presión no percibida detrás de los ojos. Las lágrimas cayeron a raudales por las mejillas; se lamió los labios, las saboreó. En la Edad Media creían que solo quienes no tenían alma eran incapaces de llorar. Por consiguiente, tenía alma. No le sirvió de consuelo.

—Volverá —dijo Roz—. Sé que volverá. ¿Para qué lo necesita ella? Le dará un mordisco y lo tirará. —La meció entre sus brazos, de un lado a otro; era lo más parecido a una madre que Tony había tenido jamás.

Roz se mudó al apartamento de Tony, solo hasta que su amiga estuviera en condiciones de funcionar. Tenía un ama de llaves y su marido Mitch había vuelto a salir de viaje, así que podía ausentarse de casa. Llamó por teléfono a la universidad y canceló las clases de Tony, alegando que tenía una infección en la garganta. Encargó comestibles e hizo que comiera sopa de ave con fideos de lata, flan al caramelo, emparedados de plátano con mantequilla de cacahuete, zumo de pomelo: alimentos para bebé. Le preparó muchos baños y le puso música relajante, y le contó chistes. Le hubiera gustado instalar a Tony en su mansión de Rosedale, pero Tony no quería ausentarse del apartamento ni por un segundo. ¿Y si volvía West? No sabía qué ocurriría si volvía, pero sí que ella debía estar allí. Necesitaba tener la opción de darle un portazo en las narices o la de caer en sus brazos. Sin embargo, no quería elegir. Quería hacer las dos cosas.

—Te ha llamado, ¿verdad? —dijo Tony tras algunos días así, cuando empezó a sentirse menos destrozada.

—Sí —dijo Roz—. ¿Sabes qué dijo? Dijo que estaba preocupado por ti. Eso es bastante bonito.

Tony no creyó que fuera bonito. Creyó que era cosa de Zenia, que se lo había hecho decir. Para hurgar en la herida.

Fue Roz quien sugirió que Tony dejara el apartamento y se comprara una casa.

—¡En estos momentos los precios son magníficos! Tienes para pagar la entrada; solo has de vender algunos de esos bonos. Mira, plantéatelo como una inversión. Además, deberías marcharte de aquí. ¿Quién necesita malos recuerdos? ¿Eh?

Le buscó a Tony un buen agente de la propiedad, la llevó en su coche de casa en casa, se agotó subiendo y bajando escaleras, inspeccionó hornos, podredumbres de la madera, instalaciones eléctricas.

—Esta sí, esta es lo que buscabas —le susurró a Tony—. Haz una oferta a la baja, a ver qué dicen. ¡Unos cuantos arreglos y quedaría preciosa! Tu estudio está en la torre; solo hay que deshacerse de esos paneles de madera de imitación y arrancar el linóleo. ¡Debajo hay arce, lo he mirado! ¡Hazme caso, es un tesoro enterrado! Cuando te marches de ese apartamento, las cosas irán muchísimo mejor. —Se entusiasmó mucho más con la compra de la casa que la propia Tony. Le encontró un contratista de obras decente y escogió los colores de la pintura. Aun en los mejores momentos, Tony habría sido incapaz de ocuparse de esos asuntos.

Una vez instalada allí, las cosas en verdad empezaron a ir mejor. Le gustaba la casa, aunque no por ningún motivo que Roz hubiera aprobado. Roz quería que la casa fuese el centro de la nueva vida social que tenía prevista para Tony, pero para Tony era más como un convento. Un convento para una persona. Su lugar no estaba en el país de los adultos, el país de los gigantes. Se encerró en la casa como una monja, y solo salía para ir a comprar.

Y tenía el trabajo, por supuesto. Montones de trabajo. Trabajaba en la facultad y también en casa; trabajaba por las noches y los fines de semana. Sus colegas le dirigían miradas compasivas, porque en las universidades los rumores se transmiten a la velocidad de la gripe y todo el mundo sabía lo de West, pero a ella no le importaba. Se saltaba las comidas normales y se alimentaba a cualquier hora de queso y galletas saladas. Contrató un servicio que atendía las llamadas para que no la molestaran mientras pensaba. No respondía al timbre de la puerta. Nunca sonaba.

En su habitación de la torre Tony trabaja hasta bien entrada la noche. Quiere prescindir de acostarse, y de dormir, y sobre todo de soñar. Últimamente tiene un sueño que se repite; tiene la sensación de que este sueño la ha esperado mucho tiempo, ha esperado a que ella entrara en él, que volviera a entrar en él; o de que ha estado aguardando para volver a entrar en ella.

El sueño es bajo el agua. En su vida de vigilia, Tony no es nadadora; nunca le ha gustado sumergirse, sentirse fría y mojada. Como máximo está dispuesta a confiarse

a una bañera y por lo general prefiere las duchas. Pero en el sueño nada sin esfuerzo, en un agua verde como las hojas, por la que se filtra la luz del sol que motea la arena del fondo. No le salen burbujas de la boca; no tiene conciencia de respirar. Por debajo de ella, peces de colores se alejan rápidamente, aleteando como pájaros.

Entonces llega a un borde, un abismo. Cae por él como si bajara por una colina, descendiendo en diagonal a través de la creciente oscuridad. La arena cede y se hunde bajo ella como si fuera nieve. Aquí los peces son más grandes y más peligrosos, más brillantes; fosforescentes. Se iluminan y se oscurecen, se encienden y se apagan como rótulos de neón, con ojos y dientes relucientes: un azul llama de gas, un amarillo azufre, un rojo parecido al de las ascuas. De pronto se da cuenta de que no está en ningún mar: se ha convertido en una miniatura dentro de su propio cerebro. Esto son sus neuronas, el chisporroteo de electricidad que las recorre mientras piensa en ellas. Contempla los peces incandescentes con un pasmo maravillado: ¿está viendo los procesos electroquímicos de su propio soñar!

Y si es así, ¿qué es aquello que hay en la penumbrosa arena blanca del fondo? Un ganglio no. Alguien que se aleja de ella. Tony nada más deprisa, pero es inútil, algo la retiene, se siente como un pez de acuario que choca de narices contra el cristal. Abre los labios para gritar, pero no hay aire con que gritar y el agua se precipita dentro de su boca. Despierta jadeando y asfixiada, con la garganta contraída, la cara chorreante de lágrimas.

Ahora que ha empezado a llorar le parece imposible detenerse. De día, a la luz de las lámparas, cuando trabaja, es capaz de contener este llanto. Pero el sueño es fatal. Fatal e inevitable.

Se quita las gafas y se frota los ojos. Desde la calle su habitación debe de parecer un faro, una baliza luminosa. Cálida, alegre y segura. Pero las torres tienen otros usos. Podría arrojar aceite hirviendo por la ventana de la izquierda, dar de pleno en quien estuviera ante la puerta.

Por ejemplo West o Zenia, Zenia y West. Piensa demasiado en ellos, ellos y sus cuerpos entrelazados. Sería mejor actuar. Piensa en ir a su apartamento (sabe dónde viven, no le resultó difícil averiguarlo, pues West figura en el directorio de la universidad) y plantarle cara a Zenia. Pero ¿qué le diría? «¿Devuélvemelo?». Zenia se echaría a reír. «Es un agente libre —le diría—. Es un adulto, puede decidir por sí mismo». O algo por el estilo. Y si acudiera a la puerta de Zenia para gemir, rogar y suplicar, ¿no estaría haciendo justo lo que Zenia quería?

Le viene a la memoria una conversación que tuvo con Zenia, al principio, en la época en que tomaban café en Christie's y Zenia era tan amiga de ella.

—¿Qué preferirías provocar en la gente? —dijo Zenia—. ¿Amor, respeto o miedo?

—Respeto —dijo Tony—. No. Amor.

—Yo no —dijo Zenia—. Yo elegiría el miedo.

—¿Por qué? —dijo Tony.

—Funciona mejor —dijo Zenia—. Es lo único que funciona.

Tony recuerda que esta respuesta la impresionó. Pero Zenia no había robado a West gracias al miedo. No lo hizo con una demostración de fuerza. Al contrario, con una demostración de debilidad. El arma definitiva.

Siempre podría ir con la pistola.

Durante casi un año no hubo señales de West; ninguna mención —por ejemplo— de abogados o divorcio; ni siquiera le reclamó la espineta y el laúd, que Tony retenía cautivos en su nueva sala de estar. Tony sabía por qué West estaba tan callado. Era porque se sentía demasiado incómodo por lo que había hecho; o, mejor, por lo que ambos le habían hecho a ella. Estaba demasiado avergonzado.

Al cabo de un tiempo West empezó a dejar tímidos mensajes en el servicio de llamadas de Tony, proponiéndole ir a tomar una cerveza juntos. Tony no contestaba, no porque estuviera enfadada —no estaría enfadada con él si lo hubiera atropellado un camión, y a sus ojos ser seducido por Zenia era algo análogo—, sino porque no alcanzaba a imaginar qué clase de conversación cabría entre ellos dos. Con un «¿Cómo estás?» y un «Bien» quedaría todo dicho. Así que cuando por fin West llamó a su puerta, la puerta de su nueva casa, la puerta de su convento, ella se limitó a mirarlo sin decir nada.

—¿Puedo entrar? —dijo West. Tony se dio cuenta al primer vistazo de que todo había terminado entre Zenia y West. Se lo notaba en el color de la piel, que era de un gris verdoso claro, y en los hombros encorvados y en la boca de expresión abatida. Lo habían despedido, echado a la calle, expulsado. Le habían pegado una patada en los huevos.

Lo vio tan lastimoso, tan deshecho —como si hubiera pasado por el potro, como si cada uno de sus huesos hubiera sido desencajado de su articulación y solo quedara una especie de gelatina anatómica— que por supuesto lo dejó entrar. En su casa, en su cocina, donde le preparó una bebida caliente, y finalmente en su cama, donde West se aferró a ella estremecido. No fue un abrazo sexual, fue el abrazo de un hombre que se ahoga. Pero Tony no corría el peligro de ser arrastrada. Se sentía, en cualquier caso, extrañamente seca; extrañamente desafecta a él. Quizá West se estuviera ahogando, pero esta vez ella estaba de pie en la playa. Peor aún: con binoculares.

Empezó a preparar otra vez cenas ligeras, a hervir huevos para el desayuno. Recordaba la manera de cuidarlo, de darle palmadas para devolverle la forma, y lo hizo de nuevo; pero esta vez con menos ilusiones. Todavía lo quería, pero ya no confiaba en que él llegara a quererla jamás, no en la misma medida. ¿Cómo podía quererla, después de todo lo que a él le había pasado? ¿Puede bailar un zapateado un hombre con una sola pierna?

Tampoco podía confiar en él. Quizá West saldría de su depresión, le diría lo buena que era, traería golosinas a casa, haría los gestos prescritos; pero si Zenia regresara de dondequiera que estuviese —y al parecer ni siquiera West lo sabía—, todas esas queridas costumbres no contarían para nada. Solo estaba en préstamo. Zenia era su

adicción; un sorbito y se iría con ella. Sería como un perro que responde a un silbato de ultrasonidos, inaudible para oídos humanos. Saldría corriendo.

Tony nunca hablaba de Zenia: pensar en ella sería invocarla. Pero cuando Zenia murió, cuando voló por los aires y fue cuidadosamente envasada y plantada al pie de una morera, Tony dejó de temer el timbre de la puerta. Zenia ya no era una amenaza, no en carne y hueso. Era una nota a pie de página. Era historia.

Ahora Zenia ha vuelto, y sedienta de sangre. No de la sangre de West: West solo es un instrumento. La sangre que Zenia quiere beberse es la de Tony, porque la odia y siempre la ha odiado. Tony ha visto hoy ese odio en sus ojos, en el Toxique. Semejante odio no tiene una explicación racional, pero a ella no la sorprende. Parece que está familiarizada con él desde hace mucho tiempo. Es la rabia de su gemela no nacida.

O eso piensa Tony, conforme retira los vestigios del caído ejército de Otto el Rojo con ayuda de sus pinzas e instala a los sarracenos en el recién conquistado territorio. La bandera del islam ondea sobre las playas italianas sembradas de cadáveres, mientras el propio Otto huye mar adentro. Su derrota alentará a los esclavos wendos a lanzar otra incursión de saqueo y pillaje en Germania; provocará sublevaciones, rebeliones, un regreso a los viejos dioses caníbales. Brutalidad, contra brutalidad, caos. Otto está perdiendo el control.

¿Cómo hubiera podido ganar esta batalla? Es difícil decirlo. ¿Evitando la temeridad? ¿Atrayendo primero al enemigo para calcular su fuerza? Tanto la fuerza como la astucia son esenciales, pero la una sin la otra no vale nada.

Tony, por su parte, a falta de fuerza tendrá que usar la astucia. Para derrotar a Zenia tendrá que convertirse en Zenia, al menos en la medida necesaria para prever su próxima jugada. Ayudaría saber qué quiere Zenia.

Tony apaga las luces del sótano y sube a la cocina, donde se sirve un vaso de agua del filtro purificador que le endosó Charis. (Sigue tan cargada de productos químicos como cualquier otra cosa, lo sabe; pero al menos no lleva cloro. *Eau* de piscina, llama Roz al agua del grifo de Toronto). Luego abre la puerta de atrás y sale sigilosamente al patio, a su flora de cardos secos, troncos de árbol y arbustos sin podar, a su fauna de ratones. Los mapaches son visitantes habituales; las ardillas hacen nidos desaliñados en las ramas. Una vez tuvieron ahí una mofeta, que buscando larvas y lombrices revolvió los vestigios de césped que quedaban; una vez hubo una ardilla listada, milagrosa superviviente del surtido de gatos del barrio.

A Tony la reanima moverse a hurtadillas por la noche de vez en cuando. Le gusta estar despierta cuando otros duermen. Le gusta ocupar espacio oscuro. Quizá verá cosas que otra gente no ve, será testigo de acontecimientos nocturnos, alcanzará singulares revelaciones. Ya pensaba así de pequeña, cuando se paseaba de puntillas por la casa y escuchaba tras las puertas. Tampoco entonces daba resultado.

En esta situación ventajosa percibe su propia casa desde una nueva perspectiva: la de un comando enemigo al acecho. Trata de imaginar cómo se vería la casa si ella

misma o algún otro la hiciera estallar. Estudio, dormitorio, cocina y salón suspendidos en una atmósfera ardiente. Su casa no le ofrece protección, en realidad. Las casas son demasiado frágiles.

Se encienden las luces de la cocina, se abre la puerta de atrás. Es West, una silueta larguirucha, a contraluz, las facciones indistintas.

—¡Tony! —la llama con inquietud—. ¿Estás ahí?

Tony saborea su preocupación, solo un poco. Es cierto que lo adora, pero ningún motivo es del todo puro. Espera un instante, atenta, en el herboso jardín iluminado por la luna, confundiéndose —tal vez— con las sombras moteadas de plata que proyectan los árboles. ¿Es invisible? Las perneras del pijama de West son demasiado cortas, y también las mangas; le confieren un aire descuidado, como el de un monstruo de Frankenstein. Sin embargo, ¿quién habría podido cuidarlo —a lo largo de los años, y sin tener en cuenta lo difícil que es encontrarle un pijama de su talla— mejor que Tony? Si lo hubiera hecho de mala gana, quizá merecería sentirse agraviada. ¿Es así como funciona el agravio? «¡Te he dado los mejores años de mi vida!». Pero las cosas se dan sin esperar nada a cambio. ¿Y a quién habría dado si no esos años?

—Estoy aquí —dice, y él sale fuera y baja los peldaños del porche de atrás. Lleva puestas las zapatillas, eso a ella la tranquiliza, pero no se ha endosado la bata.

—Te habías ido —dice West, encorvándose hacia ella, mirándola con ojos de miope—. No podía dormir.

—Yo tampoco —dice Tony—. Así que me he puesto a trabajar un rato y luego he salido a respirar un poco de aire fresco.

—Creo que no deberías vagar por ahí en plena noche —dice—. No es seguro.

—Esto no es vagar —protesta ella, divertida—. Es nuestro jardín.

—Bueno, podría haber algún intruso —dice él.

Tony lo coge del brazo. Bajo la fina tela, bajo la carne, dentro de ese brazo, nota que se está formando otro brazo: el de un anciano. Los ojos de West tienen un brillo blanco lechoso a la luz de la luna. El azul, ha leído Tony, no es el color básico de los ojos humanos; probablemente los ojos azules proceden de una mutación y son, por consiguiente, más propensos a las cataratas. Tiene una visión fugaz de West, diez años mayor y ciego del todo, y de ella misma llevándolo con ternura de la mano; enseñando al perro lazarillo, ordenando la biblioteca de libros en cinta magnetofónica, la colección de ruidos electrónicos. ¿Qué haría sin ella?

—Vamos dentro —dice Tony—. Cogerás frío.

—¿Pasa algo malo? —dice él.

—Nada en absoluto —miente Tony con voz apacible—. Calentaré un poco de leche.

—Bien —dice él—. Podemos echarle un chorrito de ron. ¡Mira la luna! Unos hombres han estado jugando a golf ahí arriba.

West es tan habitual, tan querido, tan familiar para ella, como el olor de la piel de

su propio antebrazo, como el sabor de sus propios dedos. Le gustaría colgarle un letrero, como los de metal para las botellas de licor o los plastificados de las convenciones: *Adavirp Dadeiporp*. Lo abraza, alzándose de puntillas, estirando los brazos en torno a él lo más lejos que puede. No consigue rodearlo.

¿Hasta cuándo podrá protegerlo? ¿Cuánto tardará Zenia en caer sobre ellos con los incisivos al descubierto, las garras extendidas y la cabellera de trasgo para exigir lo que es suyo por derecho?

NOCHES DE COMADREJA

Charis sigue a Zenia y al hombre que no es Billy por la calle Queen, a distancia, regateando a los demás peatones y a veces tropezando con ellos. Tropezaba con ellos porque tiene la sensación de que si aparta los ojos de Zenia, siquiera por un instante, Zenia desaparecerá; no como una pompa de jabón que estalla, sino como esos personajes de los dibujos infantiles de la televisión que se convierten en una masa de puntos y rayas y se trasladan a otro lugar. Si tuviéramos un conocimiento suficiente acerca de las cualidades de la materia, podríamos atravesar las paredes, y quizá Zenia lo tenga; aunque cualquier conocimiento de esta clase debe de haberlo adquirido de una manera siniestra. Mediante algún rito en el que intervienen sangre de pollo y el consumo de animales todavía vivos; la recogida de recortes de uñas de otras personas, el pinchar con agujas; causar dolor a alguien.

Zenia debe notar la intensa mirada de rayos paralizantes que Charis le clava en la rabadilla, porque en un momento dado se vuelve a mirar, y Charis se precipita a ocultarse tras una farola, con lo que casi se descalabra. Cuando se recupera de la sensación roja brillante que le ha llenado la cabeza («no es dolor, es un color») y se atreve a atisbar, Zenia y el hombre se han parado y se han puesto a charlar.

Charis zigzaguea entre los peatones para acercarse un poco más, dejando un rastro de miradas hostiles y comentarios mascullados a su paso por la acera, y sonrío débilmente a los que, con los puños raídos y la mano extendida y el rostro abotargado y macilento por ingerir demasiado azúcar refinado, le piden el importe de una comida. Charis no lleva dinero suelto, porque lo ha dejado de propina en el Kafay Nwar; no lleva mucho dinero, punto, aunque sí más del que suponía que le quedaría después del almuerzo, porque fue Roz quien dividió la cuenta y sus procedimientos contables siempre conducen a que Charis pague menos, sospecha ella, de lo que le correspondería. De todos modos, Charis no es partidaria de dar dinero a los mendigos, pues es de la opinión que el dinero, como los dulces, es malo para la salud. Pero les daría unas cuantas zanahorias de las que cultiva en su huerto, si pudiera.

Se abre paso hacia un buen punto de observación tras el puesto de un vendedor de perritos calientes con un parasol amarillo chillón y acecha desde allí, a pesar del olor ofensivo (¡entrañas de cerdo!) y las pecaminosas latas de refresco (¡productos químicos!) alineadas junto a la mostaza y el condimento (¡sal pura!). El vendedor le pregunta qué desea tomar, pero ella apenas lo oye; está demasiado absorta en Zenia. Justo entonces el hombre que va con Zenia vuelve la cara hacia Charis y, con un sobresalto como el de apoyar la mano en un fogón encendido, Charis lo reconoce: es Larry, el hijo de Roz.

Para Charis siempre supone un salto en el tiempo ver a los hijos de Roz crecidos, aunque por supuesto han crecido poco a poco y ella misma ha visto cómo lo hacían. Pero cuesta creer que se hagan mayores. Es como cuando Augusta está en el cuarto de al lado y Charis entra, confiada en que la encontrará sentada en el suelo, con las

piernas cruzadas y jugando a casitas con su muñeca Barbie —a Charis no le parecía bien ese juguete, pero era demasiado débil para prohibírselo—, y en cambio se la encuentra sentada en una silla con un traje sastre de hombros anchos y zapatos de tacón alto, pintándose las uñas. «¡Oh, Agosto! —le gustaría decir— ¿De dónde has sacado ese disfraz tan extraño?». Pero ese es su vestuario. De veras que te da vueltas la cabeza cuando ves a tu propia hija paseándose por ahí con una ropa que hubiera podido pertenecer a tu madre.

Ahí está Larry, pues, con tejanos y cazadora de ante marrón, la cabeza de cabellos color caramelo inclinada hacia Zenia y una de las manos posada sobre su brazo. ¡El pequeño Larry! El pequeño Larry, siempre tan serio, que fruncía los labios y el entrecejo cuando sus hermanas gemelas se reían y se pellizcaban los brazos y se decían una a otra que tenían un gran moco colgando de la nariz. Charis nunca se ha sentido del todo tranquila respecto a Larry o, mejor dicho, respecto a su rigidez. Siempre ha tenido la impresión de que un buen masajista profesional podría hacer maravillas con él. Aunque Larry debe de haberse relajado considerablemente si ha estado almorzando en el Toxique.

Pero ¿qué está haciendo con Zenia? ¿Qué está haciendo con Zenia en este mismo instante? Está inclinando la cara, mientras la de Zenia se eleva como un tentáculo. ¡Se están besando! O eso parece.

—Oiga, señora, ¿quiere un perrito caliente o no? —dice el vendedor.

—¿Cómo? —dice Charis, sobresaltada.

—Largo de aquí, chalada —dice el vendedor—. Vuelve al cubo de la basura. Estás molestando a los clientes.

Si Charis fuese Roz, le diría: «¿Qué clientes?». Pero si Charis fuese Roz se hallaría en un estado de profunda conmoción. «¡Zenia y Larry! ¡Pero si ella le dobla la edad!», piensa Charis, o la parte de ella que recuerda aquel tiempo en que la edad, en las relaciones entre mujer y hombre, se suponía importante. La Charis actual se dice que no debe juzgar. ¿Por qué no habrían de hacer las mujeres lo que los hombres han estado haciendo durante siglos, esto es, unirse a una persona más joven? La edad no viene al caso. El caso no es la edad de Zenia, sino Zenia en sí. Es como si a Larry se le hubiera ocurrido beber líquido desatascador de desagües.

Mientras Charis tiene este pensamiento poco caritativo, Zenia se hace a un lado, baja de la acera y desaparece en el interior de un taxi. Larry sube tras ella —o sea que no era un beso de despedida— y el taxi es absorbido por la corriente del tráfico. Charis vacila. ¿Qué debe hacer ahora? Siente el impulso de llamar a Roz —«¡Roz! ¡Roz! ¡Socorro! ¡Ven corriendo!»—, pero eso no serviría de nada, porque no sabe adonde van Zenia y Larry; y aunque lo supiera, ¿qué? ¿Qué haría Roz? ¿Irrumpir en su habitación de hotel o lo que sea y exigir: «Deja en paz a mi hijo»? Larry tiene veintidós años, es adulto. Puede decidir por sí mismo.

Charis ve otro taxi y se lanza a la calzada, agitando los brazos. El taxi se detiene ante ella con un chirrido de frenos, Charis se precipita a abrir la portezuela y sube

apresuradamente.

—Gracias —dice, jadeante.

—Suerte tiene de no estar muerta —dice el conductor, con un acento que Charis no puede identificar—. Bueno, ¿adonde la llevo?

—Siga a ese taxi —dice Charis.

—¿Qué taxi? —dice el conductor.

Conque ahí acaba la cosa, y peor aún, Charis se siente obligada a pagarle tres dólares, puesto que después de todo ha subido al vehículo, pero solo tiene un billete de cinco dólares y uno de diez, y el taxista no dispone de cambio, y ella no quiere pedírselo al vendedor de perritos calientes, en vista de lo que acaba de decirle, así que al final el taxista le dice: «El tiempo es oro, señora. Hágame un favor y olvídalo», y quedan todos con sentimientos negativos.

Por suerte la calle Queen está en obras, una vez más, y el taxi de Zenia se ve pillado en el atasco. Después de correr un poco calle abajo, Charis consigue encontrar otro taxi libre, a solo dos coches de distancia del de Zenia, y se arroja a su interior, y los dos taxis se arrastran lentamente por el centro de la ciudad. Zenia y Larry se apean ante el hotel Arnold Garden, y Charis hace lo mismo. Ve cómo el portero uniformado los saluda con una inclinación de cabeza, ve cómo Larry apoya la mano en el codo de Zenia, ve cómo cruzan las puertas de vidrio y latón. Ella nunca ha cruzado esas puertas. Todo lo que tenga marquesina la intimida.

Mientras intenta decidir qué hará a continuación, un mensajero en bicicleta empieza a despotricar contra ella sin el menor motivo. «¡Joder, señora, quítese de enmedio!». Es un presagio: ya ha hecho bastante por hoy.

Camina hacia el muelle del transbordador, vacilando como si el viento la azotara. Estar en la ciudad erosiona; es como un chorro de polvo en la cara, es como bailar sobre papel de lija. Aunque no sabe muy bien por qué, que la llamen «señora» le molesta aún más de lo que le molesta que la llamen «chalada». ¿Por qué le resulta tan ofensiva esta palabra? («Escucha —dice la voz de Shanita, con un desdén divertido —, ¡ojalá fuera eso lo peor que tengas que oír!»).

Se siente perpleja e inepta, y un poco asustada. ¿Qué se supone que ha de hacer con lo que ha averiguado? ¿Qué se supone que ha de hacer a continuación? Escucha, pero su cuerpo no le dice nada, aunque fue su cuerpo el que la metió en esto, con su pernicioso afición a la cafeína, sus descargas de adrenalina, su megalomanía. Algunos días —y este está convirtiéndose en uno de ellos— tener cuerpo es una molestia. Aunque ella trata a su cuerpo con interés y consideración, prestando atención a sus caprichos, frotándolo con aceites y lociones, nutriéndolo con alimentos selectos, no siempre se ve correspondida de la misma manera. En estos momentos, por ejemplo, le duele la espalda, y un charco frío y oscuro, un charco ominoso, un charco de ácido séptico verde pardusco se le está formando por debajo del ombligo. Puede que el cuerpo sea el hogar del alma y la senda del espíritu, pero también es la perversidad, la terca resistencia, el contagio maligno del mundo material. Tener cuerpo, estar en el

cuerpo, es como estar atada a un gato enfermo.

En el transbordador se queda de pie, apoyada en la borda, mirando hacia atrás, y contempla la estela que se alza y se disuelve en el lago notoriamente tóxico, que se dibuja y se borra en el mismo gesto. La luz centellea sobre el agua, ya no blanca sino amarillenta; es la tarde y ahí se va el sol, ahí se va el día, por donde se han ido los demás días, cada uno llevándose algo consigo. Nunca recuperará ninguno de esos días, ni tampoco los que hubiera debido tener pero no tuvo, días con Billy en ellos. Fue Zenia quien se llevó esos días. Se los quitó a Charis, que ahora ni siquiera los tiene para recordarlos con cariño. Es como si Zenia se hubiera colado en su casa cuando ella no estaba y le hubiera roto las fotos del álbum, el álbum fotográfico que Charis no posee salvo en su cabeza. De un solo tirón, Zenia le robó tanto el futuro como el pasado. ¿No habría podido esperar un poco más? ¿Solo un mes, solo una semana, solo un poco más?

En el mundo espiritual (en el que ahora se halla, porque el transbordador, con su motor soporífero y su apacible cabeceo, a menudo ejerce ese efecto en ella), el cuerpo astral de Charis se hinca de rodillas y alza las manos en un gesto de súplica hacia el cuerpo astral de Zenia, que arde en rojo, una bermeja corona de llamas como hojas puntiagudas o anticuadas plumillas de acero que danzan alrededor de su cabeza, con un vacío en el centro de cada llama. «Más tiempo, más tiempo —le ruega Charis—. ¡Devuelve lo que te llevaste!».

Pero Zenia le da la espalda.

La historia de Charis y Zenia empezó un miércoles de la primera semana de noviembre del primer año de los setenta. «Setenta». Charis encuentra significativas las dos partes de este número, el siete y el cero. Un cero siempre significa el principio de algo y también el fin, porque es omega: una O circular autocontenida, la entrada de un túnel, o su salida; un final que también es un comienzo, porque, aunque ese año vio el principio del fin de Billy, también fue el año en que su hija Agosto empezó a ser. Y el siete es un número primo, la suma de un cuatro y un tres; o de dos treses y un uno, que es como Charis lo prefiere, porque los treses son airoas pirámides además de ser el número de la Diosa, y los cuatros solamente son cuadrados en forma de caja.

Sabe que fue un miércoles porque los miércoles eran los días en que iba a la ciudad para ganar algún dinero dando dos clases de yoga. Lo hacía también los viernes, pero los viernes se quedaba hasta más tarde para colaborar de forma voluntaria en la Cooperativa de Consumo Furrows.

Sabe que era noviembre porque noviembre es el undécimo mes, el mes de los difuntos, y también el de la regeneración. Signo solar Escorpio, regido por Marte, color rojo oscuro. El sexo, la muerte y la guerra. Sincronía.

El día empieza como una niebla. Charis ve la niebla al salir de la cama o, mejor dicho, al levantarse de la cama, porque la cama es un colchón en el suelo. Se acerca a la ventana a mirar. Hay un arco iris transparente en miniatura pegado al cristal, aunque no fue Charis quien lo pegó ahí: lo dejaron los anteriores inquilinos, un grupo de *hippies* quemados que también dibujaban figuras en rotulador fluorescente sobre el papel floreado y descolorido de las paredes —personas desnudas copulando, gatos con halos— y ponían los Doors y Janis Joplin a todo volumen en plena noche, y dejaron montones de mierda humana en el patio de atrás. Al final, el casero los echó a la calle con ayuda de los vecinos tras una estridente fiesta de ácido, en el curso de la cual uno de ellos prendió fuego a un puf de plástico negro que había en la sala de estar, llevado por la impresión de que era un hongo carnívoro. El casero —un anciano que vive en el otro extremo de la callea— cogió de buena gana a Charis y Billy, porque solo eran dos y no tenían un equipo estereofónico de grandes altavoces, y porque Charis dijo que pensaba plantar un huerto, cosa que significaba de algún modo una pareja decorosa; y los vecinos se sintieron tan aliviados con el cambio que ni siquiera protestaron por las gallinas, gallinas que tal vez sean ilegales, pero esto es la isla y la legalidad estricta no es la norma aquí, solo hay que ver las ampliaciones de vivienda que se edifican sin permiso. Por suerte la casa está en un solar que hace esquina, de manera que únicamente tienen vecinos por un lado.

Charis tapó las personas desnudas y los gatos con una capa de pintura y mezcló la mierda humana con el abono, diciéndose que era lo correcto porque los chinos la utilizaban en China, y todo el mundo sabía que eran los mejores agricultores

orgánicos del planeta. De mierda a alimento y de alimento a mierda, todo era parte del ciclo.

Se mudaron a esta casa a finales de la primavera, y desde el primer momento Charis supo que había sido una decisión acertada. Le encanta la casa y, más aún, le encanta la isla. Está imbuida de una vitalidad vibrante, incubadora, húmeda; siente que aquí todo —hasta el agua, hasta las piedras— está vivo y consciente, y ella es parte del todo. Algunas mañanas sale antes del amanecer y pasea, recorre las calles que no son auténticas calles, más bien caminos para bicicleta pavimentados, y pasa ante las antiguas casitas desvencijadas o reformadas, con sus montones de leña, sus hamacas y sus retazos de jardín; o bien se tiende sobre la hierba, aunque esté mojada. A Billy también le gusta la isla, o eso dice, pero no de la misma manera que a ella.

La niebla se alza de la tierra y de los arbustos, y rezuma del viejo manzano que hay en el fondo del patio. Todavía quedan unas cuantas manzanas parduscas mordidas por la escarcha, que cuelgan de las ramas retorcidas como adornos de Navidad quemados. Las manzanas caídas que Charis no pudo utilizar para hacer compota yacen pudriéndose y fermentando al pie del árbol. Algunas gallinas las han picoteado; Charis lo nota porque las aves se tambalean, tan ebrias que les cuesta subir la rampa para entrar en el gallinero. Billy opina que esas gallinas borrachas son cachondas.

Los anchos tablones pintados del suelo están fríos bajo sus pies descalzos; Charis, con un estremecimiento, cruza los brazos sobre el pecho. No alcanza a ver el lago desde ahí: lo oculta la niebla. Hace un esfuerzo para encontrar hermosa la niebla — todo lo natural tiene que ser hermoso—, pero lo consigue solo en parte. La niebla es hermosa, cierto, es como luz sólida, pero también es amenazadora; cuando hay niebla no se puede ver lo que se aproxima.

Deja a Billy durmiendo en el colchón, bajo el saco de dormir extendido, y se calza sus zapatillas indias bordadas y se pone uno de los suéters de Billy sobre el camión de algodón. El camión es de estilo Victoriano, de segunda mano; lo compró en un puesto de ropa usada en el mercado de Kensington. Le saldría más barato hacerse esos camiones ella misma, y se ha comprado los patrones y género suficiente para dos, pero su máquina de coser —un modelo de pedales que recibió a cambio de unas clases de yoga— no funciona bien, de manera que aún no los ha cortado. El próximo canje que haga quiere que sea por un telar.

Sale del dormitorio de puntillas, cruza el estrecho pasillo y baja las escaleras. Cuando se instaló aquí con Billy, hace seis meses, los tablones del suelo estaban cubiertos por varias capas de linóleo. Charis quitó el linóleo, arrancó los clavos que lo sujetaban, raspó la sustancia negruzca y alquitranada que había rezumado y pintó el suelo del pasillo de azul. Pero se le acabó la pintura a mitad de la escalera, y todavía no ha conseguido más, de modo que los escalones más bajos aún conservan las marcas del antiguo revestimiento de linóleo. A ella no le molestan estas huellas; son como señales hechas por los que vivieron aquí mucho antes. Así que las ha

dejado. Es como un recuadro silvestre en el huerto. Ella sabe que comparte el espacio con otras entidades, aunque no puedan verse ni oírse, y está bien demostrarles que es amistosa. O respetuosa. Respetuosa es la palabra adecuada, porque no pretende intimar demasiado con ellas. Quiere que también la respeten.

Entra en la cocina, donde hace un frío que hiela. Hay una especie de caldera en la casa, junto al calentador de agua, en el húmedo anexo con suelo de tierra —el cuarto de las raíces, lo llama Charis, y es verdad que tiene allí unos cuantos tubérculos, algunas zanahorias y remolachas enterradas en una caja de arena, como solía hacer su abuela—, pero la caldera no funciona muy bien. Básicamente genera un aire tibio que distribuye por una serie de rejillas que hay en el suelo y hace bolas de polvo; en cualquier caso, le parece un derroche de dinero y una especie de trampa encender la caldera antes de que sea absolutamente necesario. Hay que utilizar lo que proporciona la naturaleza, siempre que sea posible, de manera que Charis ha estado recogiendo leña seca bajo los árboles de la isla y utilizando los pedazos de tabla que sobraron de construir el gallinero y arrancando alguna que otra rama muerta de su manzano.

Se arrodilla ante la cocina de hierro forjado: fue una de las cosas que hacían deseable esta casa, la cocina de leña, aunque repelía a otra gente, gente que quería cocinas eléctricas, por eso el alquiler era bajo. Al principio le costó un poco averiguar cómo funcionaba esa cocina; tiene sus estados de ánimo, y a veces produce grandes nubes de humo o se apaga por completo aunque esté repleta de leña. Hay que engatusarla. Recoge la ceniza del día anterior en una cacerola que conserva a mano —más tarde echará una parte al montón de estiércol, y tamizará el resto para dárselo a un ceramista conocido suyo, que la usa para el vidriado— y mete en el fogón una hoja de periódico arrugada, unas astillas y un par de troncos delgados. Cuando el fuego ha prendido, se pone en cuclillas ante la puerta abierta del fogón, para calentarse las manos y admirar las llamas. La madera de manzano arde en azul.

Al cabo de unos minutos se endereza, sintiendo las rodillas rígidas, y enchufa la tetera. Aunque no hay cocina eléctrica, la casa tiene una instalación rudimentaria: una luz en el techo de cada habitación y unos cuantos enchufes de pared, aunque no se puede conectar la tetera y todo lo demás al mismo tiempo sin que salten los fusibles. Podría esperar a que hirviera el agua en la cocina de leña, pero eso quizá llevaría horas, y ella necesita su infusión de hierbas matutina ahora mismo. Recuerda una época en que solía beber café, en la universidad, hace mucho tiempo, en una de sus otras vidas, cuando estaba en McClung Hall. Recuerda la sensación turbia que le dejaba en la cabeza, y el deseo de tomar más. Era una adicción, supone Charis: el cuerpo se va muy fácilmente por el mal camino. Al menos nunca ha fumado.

Sentada a la mesa de la cocina —no la mesa redonda de roble que le gustaría tener, sino una mesa provisional, una mesa artificial, una mesa inmoral de los años cincuenta, con patas cromadas y volutas negras estampadas en la superficie de formica— Charis se toma la infusión de hierbas e intenta concentrarse en el día que le espera. La niebla se lo pone más difícil: le cuesta saber qué hora es, a pesar del reloj

de pulsera, si no puede ver el sol.

La decisión más inmediata que ha de tomar es: ¿quién desayunará primero, ella o las gallinas? Si es ella, las gallinas tendrán que esperar y se sentirá culpable. Si son las gallinas, tendrá que pasar hambre un rato, pero mientras las alimenta podrá pensar en el desayuno que le aguarda. Además, las gallinas confían en ella. Seguramente en este mismo instante deben de estar preguntándose dónde se ha metido. Estarán preocupadas. Estarán llenas de reproches. ¿Cómo puede abandonarlas?

Cada mañana pasa por este pequeño tira y afloja mental. Cada mañana ganan las gallinas. Termina la infusión y llena un cubo en la pila, y luego va a buscar el mono de trabajo de Billy que cuelga de un gancho tras la puerta de la cocina. Se lo pone, embutiendo el camisón por las perneras —podría subir a vestirse, pero teme despertar a Billy, que necesita dormir por la tensión a que está sometido—, y después de quitarse las zapatillas mete los pies descalzos en las botas de goma de Billy. No es una sensación demasiado agradable: la goma está helada, y húmeda de sudor de pies. A veces hay unos calcetines gruesos de lana para ponerse con esas botas, pero al parecer se han perdido por alguna parte; e incluso con los calcetines las botas estarían frías, y seguirían siendo demasiado grandes para ella. Podría buscarse unas botas propias, pero eso violaría la versión aceptada de la realidad, la de que es Billy quien da de comer a las gallinas. Recoge el cubo de agua y sale al patio con paso tambaleante.

La niebla es menos amenazadora cuando te metes en ella. Charis tiene la sensación de que es capaz de atravesar una barrera sólida. Tallos de hierba goteantes le rozan las piernas; el aire huele a mantillo y a madera húmeda, y a coles mojadas, de la media docena que aún quedan en el huerto. Es el olor otoñal de la combustión lenta. Charis se llena los pulmones de él, y se los llena también del olor de sus gallinas, a amoníaco y plumas calientes. Dentro del gallinero suenan esos ruiditos ambladores que muestran que están tranquilas, una especie de canturreo suave y meditativo. Pero entonces la oyen y empiezan a emitir un cloqueo excitado.

Abre el pestillo de la puerta de alambre que conduce a su recinto. En un principio, Charis pensó que lo mejor sería dejarlas correr en libertad, sin ninguna clase de cerca, pero resultó que había un problema porque existían un perro y un gato; y, además, a los vecinos, aunque toleraban las gallinas en general, no les gustaba mucho encontrárselas en su propio patio, escarbando en sus parterres. A las gallinas no les gusta la cerca y tratan de escapar, así que Charis siempre la cierra antes de abrir la puerta del gallinero.

Billy construyó el gallinero él mismo, trabajando sin camisa y con el sol en la espalda, hincando los clavos a martillazos. Fue beneficioso para él, le dio la sensación de ser útil. El gallinero está un poco inclinado, pero cumple su función.

Tiene una puerta para las gallinas, una puertecita cuadrada con una rampa para entrar y salir, y otra para las personas. Charis abre la puerta de las gallinas y ellas se apelotonan y se contonean y bajan por la rampa cloqueando, parpadeando bajo la luz.

Luego entra ella por la puerta para las personas, destapa el cubo de metal donde guarda el pienso y llena con él una lata de café, que saca fuera para esparcir el pienso por el suelo. Prefiere alimentar a las gallinas en el exterior. El libro dice que es conveniente dejar que se acumulen los restos de paja y los excrementos de las gallinas en el suelo del gallinero, porque de esta manera el calor de la descomposición mantiene la temperatura en invierno, pero Charis cree que la comida consumida en tales circunstancias no puede ser sana de ningún modo. El ciclo de la naturaleza es una cosa, pero no hay que confundir sus distintas partes.

Las gallinas cloquean de un modo hiperactivo, se arraciman en torno a sus piernas, dan saltitos aleteantes, se empujan y picotean unas a otras, emiten ruidos de enojo. Cuando se han apaciguado y empiezan a comer, Charis saca fuera el recipiente del agua y lo llena con la que ha traído en el cubo.

Charis observa cómo comen las gallinas. La llenan de alegría, una alegría que no es debida a nada racional, porque sabe —lo ha visto, y también se acuerda— cuán ávidas son las gallinas, cuán egoístas e insensibles, qué crueles son unas con otras, cómo se unen para atacar en grupo: hay por lo menos dos que tienen el cráneo pelado a causa de los picotazos. Tampoco son plácidos animales vegetarianos: para provocar un tumulto entre ellas basta arrojarles unos cuantos trozos de salchicha o restos de tocino. En cuanto al gallo, con sus ojos de profeta demente y su aire de indignación fanática y su cresta y sus carúnculas que exhibe como genitales, es un autócrata dictatorial, y ataca sus botas de goma cuando cree que ella no mira.

A Charis no le importa; a las gallinas se lo perdona todo. ¡Las adora! Las ha adorado desde el instante en que llegaron y surgieron de los sacos de pienso en que habían viajado, sacudiendo sus plumas de ángel. Ella cree que son milagrosas. Lo son.

Dentro del gallinero, hurga entre la paja de las casillas con la esperanza de encontrar huevos. En junio las gallinas rebosaban de huevos, ponían dos cada día, enormes óvalos lechosos con doble y triple yema, pero ahora, con los rayos de sol cada vez más oblicuos, han decaído muchísimo. Tienen el plumaje y la golilla de un tono más apagado, y algunas están mudando la pluma. Charis consigue encontrar un huevo, pequeño y con la cáscara quebradiza, y se lo mete en el bolsillo delantero del mono; se lo dará a Billy para desayunar.

De vuelta en la cocina se quita las botas; el mono se lo deja puesto porque tiene frío. Echa otro pedazo de leña al fogón y se calienta las manos. ¿Debe desayunar ahora, antes que nada, o esperar para tomar el desayuno con Billy? ¿Debe despertarlo, en realidad? A veces se enfada muchísimo si lo despierta, y otras veces se enfada muchísimo si no lo despierta. Pero hoy toca ir a la ciudad, de modo que si lo despierta ahora le dará tiempo a servirle el desayuno antes de irse a coger el transbordador. Así Billy no se pasará la mañana durmiendo, ni le echará la culpa luego.

Sube las escaleras y camina con suavidad por el pasillo; cuando llega al umbral se

detiene un instante, a mirar nada más. Le gusta mirar a Billy del mismo modo que le gusta mirar a las gallinas. Billy también es hermoso; y del mismo modo que las gallinas son la quintaesencia de lo gallináceo, Billy es la quintaesencia de sí mismo. (Y al igual que las gallinas, es un poco más desaliñado ahora que cuando lo conoció. Quizás eso también tenga algo que ver con la oblicuidad de los rayos del sol).

Está tendido sobre el colchón, el saco de dormir subido hasta el cuello. Tiene el brazo izquierdo cruzado sobre los ojos; el bronceado se está desvaneciendo, aunque todavía es oscura la piel del brazo, y salpicada de pelillos dorados, como una abeja cubierta de polen. Su corta barba amarilla resplandece en la habitación blanca, bajo la extraña luz de la niebla exterior: es una barba heráldica, la barba de un santo, o la de un caballero de una pintura antigua. O como algo impreso en un sello. A Charis le encanta contemplar a Billy en momentos así, cuando está quieto y callado. Es más fácil observarlo de esta manera que cuando habla y se mueve de un lado a otro.

Billy debe de percibir los destellos de su mirada, porque aparta el brazo de la cara y abre los ojos. ¡Qué azul! Como nomeolvides, como montañas lejanas en una postal, como hielo grueso. Al verla sonrío, descubriendo unos dientes de vikingo.

—¿Qué hora es? —pregunta.

—No lo sé —dice Charis.

—Tienes un reloj, ¿no? —dice. ¿Cómo explicarle lo de la niebla? ¿Y que no puede tomarse el tiempo de mirar el reloj, porque lo está mirando a él? Mirar no es una cosa casual. Ocupa toda su atención.

Billy emite un pequeño suspiro, de exasperación o quizá de deseo, resulta difícil distinguirlo.

—Ven aquí —dice.

Debe de ser deseo. Charis se acerca al colchón, se sienta junto a él, le echa hacia atrás el cabello de la frente, un cabello tan amarillo que parece pintado. Todavía la sorprende que el color no le tiña la piel. Aunque ella también tiene el pelo rubio, es un rubio distinto, pálido y blanquecino, una luna comparada con su sol. El cabello de Billy brilla desde dentro.

—He dicho aquí —dice Billy. Tira de ella hacia sí, centra la puntería sobre la boca de Charis, la rodea con sus brazos dorados, la estrecha con fuerza.

—¡El huevo! —dice Charis sin aliento, al acordarse. El huevo se rompe.

Así era Billy entonces. Siempre iba detrás de ella: por las mañanas, por las tardes, de noche, lo mismo daba. Quizá fuera solo una especie de nerviosismo, o aburrimiento, porque Billy tampoco tenía tantas cosas con que llenar el tiempo; o quizá fuera la tensión de estar allí ilegalmente. Iba a esperarla al muelle del transbordador y volvía a casa con ella y la abrazaba antes de que hubiera tenido ocasión de dejar las bolsas de la compra, la empujaba contra la encimera de la cocina y le subía las largas y ligeras faldas. Su prisa la confundía. «Dios, te quiero; Dios, te quiero», decía él en esas ocasiones. A veces le hacía cosas que dolían: le daba palmadas, la pellizcaba. A veces dolía de todos modos, pero dado que ella no lo mencionaba, ¿cómo podía él saberlo?

¿Qué sentía ella, entonces? Es difícil expresarlo. Quizá si hubiera habido menos sexo corriente y moliente —si se hubiera sentido menos como un trampolín sobre el que alguien saltaba arriba y abajo—, habría aprendido a disfrutarlo más, con el tiempo. Si hubiera podido relajarse. Tal como iban las cosas, ella simplemente se abandonaba, dejaba que el espíritu se fuera flotando a un lado, se llenaba de otra esencia —«manzana», «ciruela»— hasta que él terminaba y ella volvía a entrar en su cuerpo sin peligro. Le gustaba que luego la abrazara, que la acariciara y la besara y le dijera que era bella, cosa que Billy hacía a veces. En ocasiones Charis lloraba, y Billy al parecer lo encontraba normal. Pero sus lágrimas no tenían nada que ver con Billy; él no la entristecía; al contrario: ¡la hacía feliz! Ella se lo decía así y él quedaba satisfecho y no buscaba más respuestas. Hablaban de otras cosas; nunca hablaban de eso.

Pero ¿cómo se suponía que debía ser? ¿Qué habría sido lo normal? Ella no tenía ni idea. De vez en cuando fumaban hachís —no mucho, porque no les sobraba el dinero para comprarlo, y cuando tenían un poco solía proceder de algún amigo de Billy—, y en tales ocasiones Charis tenía una vislumbre, una insinuación, sentía un pequeño aleteo. Pero eso casi no contaba, porque de todos modos en esos casos tenía la impresión de que la piel se le volvía de goma, como si llevara pues to un traje de submarinista dotado de una malla de finísimos cables eléctricos, y las manos de Billy eran como esos guantes inflados de los tebeos, y ella se quedaba absorta mirando las circunvoluciones de la oreja de Billy o el remolino de pelos dorados de su pecho, y lo que hiciera el cuerpo no era cosa suya. Uno de los amigos de Billy decía que no valía la pena desperdiciar buen hachís con Charis porque ya estaba colocada todo el rato. Eso a Charis no le parecía justo, si bien era cierto que para ella estar colocada no representaba tanta diferencia como por lo visto representaba para los demás.

Billy no era el primer hombre con quien se había acostado, naturalmente. Lo había hecho con varios, porque era lo que se suponía que había que hacer y no quería que la considerasen estrecha, ni egoísta con su cuerpo, e incluso había vivido con un hombre, aunque la relación no había durado mucho. Al final, él la llamó perra frígida, como si ella lo hubiera ofendido de un modo u otro, lo cual la dejó muy perpleja.

¿Acaso no era bastante afectuosa, no asentía con la cabeza cuando él hablaba, no preparaba las comidas y se le ofrecía dócilmente cuando él quería hacerlo, acaso no lavaba las sábanas luego, no cuidaba de él? No se podía decir que no fuera generosa.

Lo bueno de Billy era que este aspecto de ella, esta anomalía —y ella sabía que debía de serlo, porque había oído hablar a otras mujeres— no le molestaba. De hecho, Charis tenía la sensación de que lo esperaba. Billy creía que las mujeres eran así: sin deseos, sin necesidades. No insistía en hablar del tema, no la interrogaba, no buscaba soluciones, como habían hecho los otros, que trasteaban con ella como si fuera una máquina de segar el césped. El la quería tal como era. Sin que se hubieran dicho nada, daba por sentado, al igual que ella, que lo que ella sintiera al respecto carecía de importancia. Los dos estaban de acuerdo en eso. Los dos querían lo mismo: que Billy fuera feliz.

Charis yace bajo el saco de dormir, apoyada sobre un codo, tocando con suavidad la cara de Billy, que tiene los ojos cerrados y quizás esté a punto de volver a dormirse. Quizás uno de estos días tendrá un hijo, un hijo de Billy, que será igual que él. Ya ha pensado antes en ello; en cómo ocurriría, así, sin más, sin decisiones ni proyectos, y cómo entonces él se quedaría con ella, se quedaría tiempo y tiempo, y podrían seguir viviendo aquí para siempre. Incluso hay un cuartito en la casa que podría ser para el bebé. De momento está lleno de cosas —algunas son de Billy, pero la mayoría son de Charis, porque a pesar de su deseo de no verse atrapada por las posesiones tiene varias cajas de cartón, llenas—, pero todo eso se podría sacar fuera y ella pondría una cunita, con balancines, o una canastilla de mimbre como la de la colada. Pero una cama con barandillas, no; nada que tenga barrotes.

Desliza los dedos por la frente de Billy, la nariz, la boca que sonrío levemente; él no lo sabe, pero esta manera de tocarlo no es solo tierna, no solo compasiva, sino posesiva también. Aunque no está cautivo, en cierto modo es un prisionero de guerra. Es la guerra lo que lo ha traído aquí, la guerra lo que lo mantiene oculto, la guerra lo que le obliga a estarse quieto en un sitio. Charis no puede evitar verlo como un cautivo; su cautivo, porque su propia existencia aquí depende de ella. Billy es suyo, para hacer con él lo que quiera, tan suyo como si fuese un viajero de otro planeta atrapado en la Tierra en esta cúpula de aire interplanetario artificial que es su casa. Si ella le pidiera que se marchara, ¿qué le ocurriría? Sería capturado, deportado, enviado de regreso allí donde el aire es más pesado. Haría implosión.

En realidad, bien podría ser de otro planeta, porque es de Estados Unidos; y no solo eso, sino de alguna parte del país sombría y esotérica, tan misteriosa para Charis como el lado oscuro de la Luna. ¿Kentucky? ¿Maryland? ¿Virginia? Billy ha vivido en los tres sitios, pero ¿que significan estas palabras? Para Charis, nada, excepto que lindan con el Sur, otra palabra que también carece de un contenido sólido. Charis tiene unas cuantas imágenes relacionadas con ella —mansiones, glicinias y, en un tiempo, segregación—; ha visto películas, en su otra vida, cuando aún no era Charis; pero no parece que Billy haya vivido en ninguna mansión ni que haya segregado a

nadie. Al contrario, a su padre casi lo expulsaron del pueblo (¿qué pueblo?) por ser lo que Billy llama un «liberal», que no tiene nada que ver en absoluto con los sólidos, ortodoxos, inexpresivos e intercambiables liberales que aparecen en los carteles de propaganda electoral de Toronto con tan idiotizante monotonía.

Estados Unidos está justo al otro lado del lago, por supuesto, y en los días claros casi puede verse: una especie de línea, una especie de bruma. Charis incluso ha estado allí, en una excursión de la escuela secundaria a las cataratas del Niágara, pero esa parte del país resultó decepcionantemente similar al Canadá; no como la parte de la que viene Billy, que debe de ser muy extraña. Extraña y más peligrosa —hasta ahí lo tiene claro—, y quizás a causa de ello, superior. Las cosas que ocurren allí, se dice, tienen importancia en el mundo. A diferencia de las cosas que ocurren aquí.

Así que Charis desliza los dedos por la piel de Billy con un poco de regocijo, porque está aquí, en su cama, en sus manos, una criatura mitológica de su exclusiva propiedad, extraordinaria como los unicornios, su desertor personal del servicio militar, parte de un millar de artículos de primera plana, parte de la historia, cautivo suyo y refugiado secretamente en su casa, la casa cuyo contrato de alquiler debe ir firmado solo por ella, porque nadie ha de saber cómo se apellida Billy ni dónde está. Algunos de los que abandonan Estados Unidos huyendo del servicio militar obligatorio tienen visado, pero otros como Billy no lo tienen, y una vez dentro del país no se conceden visados, tendría que volver al otro lado de la frontera y solicitarlo desde allí, y entonces seguro que lo detendrían.

Billy se lo ha explicado; también le ha dicho que la Policía Montada ya no es la Policía Montada de la niñez de Charis, ya no son aquellos jinetes pintorescos de uniforme rojo, justos y leales, que siempre capturan a su hombre. Ahora son astutos e intrigantes y están confabulados con el gobierno de Estados Unidos, y si logran dar con Billy estará perdido, porque —y esto ella no debe decírselo a nadie, jamás; ni siquiera los amigos que Billy tiene aquí están enterados de ello— escapar del servicio militar no fue lo único que hizo. ¿Qué más? Hizo saltar por los aires algunas cosas. Y a un par de personas también, pero eso fue un accidente. Este es el motivo de que la Policía Montada ande detrás de él.

Si Billy tiene algo de suerte, se iniciará un proceso de extradición, y tal vez dispondrá entonces de alguna oportunidad. Si tiene mala suerte, se limitarán a avisar a la CIA y Billy será secuestrado, una noche oscura, y conducido al otro lado de la frontera, quizá cruzando el lago en una lancha rápida, tal como los canadienses pasaban licor de contrabando en la época de la Ley Seca, Billy ha oído hablar de gente a la que se lo han hecho; se lo llevarán en secreto y lo meterán en la cárcel y ese será su fin. Alguien le rajará la garganta, en las duchas, por ser un desertor. Es lo que ocurre.

Cuando Billy dice cosas así se aferra a Charis con mucha fuerza, y ella lo coge entre sus brazos y dice: «No lo permitiré», aunque sabe que carece de poder para evitar una cosa así. Pero el mero hecho de decirlo ejerce un efecto calmante en los

dos. De todos modos, ella no se cree del todo este relato de terror de Billy. Esta clase de cosas tal vez ocurra en Estados Unidos —allí, donde la policía antidisturbios dispara contra la gente y el índice de criminalidad es tan elevado, puede ocurrir cualquier cosa—, pero no aquí. No en la isla, donde hay tantos árboles y la gente no cierra con llave al salir. No en este país, familiar para ella e insulso, sin dramatismo y vulgar. No en su casa, con las gallinas arrullando pacíficamente en el patio. A ella no puede sobrevenirle ningún daño, ni tampoco a Billy, mientras esté bajo la vigilancia de las gallinas, emplumados espíritus protectores. Las gallinas dan buena suerte.

De manera que dice: «Te retendré aquí conmigo», aunque sabe que Billy es un viajero contra su voluntad. Sospecha algo peor, además: que ella misma solo es una especie de estación de paso para él, un acomodo temporal, como las novias nativas de los soldados destacados en el extranjero. Aunque él todavía no lo sabe, ella no es su vida real. Pero él sí es la de ella.

Esto es doloroso.

—Bien —dice Charis, y se apresura a apartar esos pensamientos, porque el dolor es una ilusión y hay que dejarlo de lado—, ¿y si desayunamos?

—Qué hermosa eres —dice Billy—. Tocino, ¿eh? ¿Queda algo de café?

Billy bebe café auténtico, del que lleva cafeína. Se burla de las infusiones de Charis y rehúsa comer ensalada, ni siquiera las lechugas que cultiva ella misma. «Comida para conejos», lo llama. «Buena solo para los conejillos y las mujeres».

—Había un huevo —dice Charis en tono de reproche, y Billy se echa a reír. (Ella ya no lleva puesto el mono con el bolsillo delantero lleno de huevo aplastado, naturalmente; la prenda está en el suelo. La lavará más tarde. Sin agua caliente, para que el huevo no cuaje. Tendrá que volver el bolsillo del revés).

—No se puede hacer una tortilla sin romper unos cuantos huevos —dice él, con su extraño acento. Charis le da vueltas al sonido silenciosamente en la boca, lo paladea. Lo acaricia, se lo guarda. Le gustaría que se llamara Billy Joe o Billy Bob, uno de esos nombres sureños de doble cañón, como en las películas. Lo atrae hacia sí.

—Billy, eres tan... —dice. Está a punto de decir «joven», porque lo es, es siete años más joven que ella; pero a Billy no le gusta que se lo recuerde, creería que quiere encumbrarse por encima de él. O podría decir «inocente», lo cual aún le parecería más insultante; creería que era un comentario sobre su inexperiencia sexual.

Lo que ella quiere decir es prístino. Tiene que ver con su superficie intacta y desprovista de arañazos. A pesar de lo que ha sufrido y sigue sufriendo, hay algo que brilla en él, algo reluciente y nuevo. O bien impermeable. Ella, en cambio, es muy penetrable; las aristas agudas se le clavan, se magulla con facilidad, su piel interior es blanda, como los caramelos de goma. Está cubierta por todas partes de antenas diminutas, como las de las hormigas: se agitan, tantean el aire, tocan y retroceden, la advierten. Billy no tiene antenas. No las necesita. Todo lo que choca contra él rebota al instante; o lo desecha o, en lugar de hacerle daño, lo enoja. Es una especie de dureza que existe completamente al margen de cualquier tristeza, melancolía o

incluso culpa que pueda experimentar en ese momento.

Tal vez sea eso: su tristeza, su melancolía y su culpa son de él, y por consiguiente le importan, pero las mantiene dentro. Las de las otras personas no pueden entrar. Mientras que Charis es una puerta mosquitera, y abierta además, y cualquier soplo la atraviesa.

—¿Tan qué? —dice Billy, sonriente. Charis le devuelve la sonrisa.

—Tan..., bueno, ya sabes —dice.

Charis no trabó amistad con Billy, exactamente. Más bien se lo adjudicaron en la Cooperativa de Consumo Furrows, donde conocía a mucha gente, aunque de un modo superficial. Fue una mujer llamada Bernice quien la metió en el asunto. Bernice era del Movimiento por la Paz y pertenecía a alguna iglesia; estaban buscando alojamiento a los desertores del servicio que habían recogido, metiéndolos aquí y allí en las casas de la gente, como los niños ingleses que fueron enviados al otro lado del océano durante la Segunda Guerra Mundial. Dio la casualidad de que aquel día Charis se hallaba en la cooperativa mientras Bernice estaba más o menos rifando a los desertores, y al final quedaron Billy y otro chico (Bernice los llamaba «chicos»), así que Charis dijo que los albergaría unas noches en su cuarto subalquilado de la calle Queen, donde uno dormiría en el sofá Goodwill de muelles rotos que tenía entonces y el otro en el suelo, solo hasta que encontraran otro sitio, si Bernice proporcionaba los sacos de dormir, porque Charis no tenía ninguno.

Charis no lo hizo por motivos políticos: no creía en la política, en participar en una actividad que te hacía experimentar emociones tan negativas. No aprobaba las guerras, ni el pensar en ellas. Así que no comprendía la guerra de Vietnam ni quería comprenderla —aunque algo se le había filtrado en la cabeza, a pesar de sus precauciones, porque flotaba en las moléculas del aire— y, sobre todo, no miraba los reportajes bélicos por televisión. Ni siquiera tenía televisor, y no leía los periódicos porque la trastornaban demasiado y en fin de cuentas no podía hacer nada para acabar con toda aquella desgracia. Así que el motivo de que acogiera a Billy no tuvo nada que ver con todo eso; más bien lo hizo por su sentido de la hospitalidad. Se creía en la obligación de ser amable con los desconocidos, sobre todo con los desconocidos que tenían mala suerte. Además, tampoco quería ser la única persona de la cooperativa que se negaba a acoger a nadie.

De modo que así fue cómo empezó. Al cabo de unos días el otro chico se marchó y Billy se quedó; y luego, al cabo de unos días más, Charis se dio cuenta de que esperaba que se acostara con él. Billy no la apremió; en aquellos primeros tiempos, era tímido y retraído, estaba desorientado, no tenía seguridad en sí mismo. Suponía que en este lado de la frontera todo iba a ser más o menos igual que en el otro, solo que menos peligroso, y cuando descubrió que no era una cosa ni la otra se sintió confuso y perturbado. Comprendió que había hecho algo monumental, algo que no tenía vuelta atrás; que se había arrojado de cabeza al exilio, quizá para siempre. Le había complicado la vida a su familia, que apoyaba su decisión acerca del servicio

militar pero no la otra historia, los explosivos, y estaba recibiendo muchas presiones. Además, había desertado de su patria, una idea que significa mucho más para él que para Charis, porque en las escuelas de Billy empezaban el día saludando a la bandera con la mano sobre el corazón, en vez de rezar a Dios como en las escuelas de Charis. Para Billy, su país era una especie de dios, algo que Charis cree que es idólatra e incluso bárbaro. El Dios habitual con su barba blanca y su ira, sus sacrificios de corderos y sus ángeles de la muerte también le parece bárbaro, desde luego. Ella lo ha superado. Su Dios es oval.

Billy se preocupaba también por los amigos de allá, de su tierra, chicos con los que había ido a la escuela, que no escaparon como él y que seguramente en aquel mismo instante estaban cruzando el mar rumbo a la guerra o recibiendo disparos en los arrozales o pisando las minas de los guerrilleros en alguna carretera calurosa y embarrada. Tenía la sensación de haberlos traicionado. Sabía que la guerra estaba mal y que lo que había hecho estaba bien, pero aun así se sentía como un cobarde. Tenía añoranza. Buena parte del tiempo quería regresar.

Fue así como se lo contó a Charis, a empujones, trozo a trozo, le dijo que no esperaba que lo entendiera, pero ella entendió una parte. Entendió sus emociones, que le llegaban como un diluvio: en cascada, caóticas, de un melancólico color azul, como una gran oleada de lágrimas. Estaba perdido, lastimado, ¿cómo iba ella a negarle cualquier consuelo que estuviera en su mano?

Las cosas han cambiado desde entonces. Desde que se trasladaron a la isla y a esta casa. Billy todavía está nervioso, pero no tanto. Parece más establecido. Además, ahora tiene amigos, toda una red de exiliados como él. Incluso celebran reuniones en el continente; Billy va allí un par de veces por semana. Ayudan a los recién llegados, los distribuyen en distintos alojamientos y los esconden, y Charis ha tenido que acomodar a más de uno, provisionalmente, en el sofá de la sala; un sofá distinto, ahora, también de segunda mano pero con mejores muelles. Vivir con alguien, ha descubierto Charis, lleva a tener muebles de verdad, aunque tener muebles de verdad era una de las cosas a que renunció hace años.

De vez en cuando los exiliados se reúnen en su casa para beber cerveza y charlar y fumar porros, aunque procuran que las reuniones sean tranquilas: no desean en absoluto llamar la atención de la policía. Vienen en el transbordador y se traen a sus amigas, chicas de cabellos largos y lisos bastante más jóvenes que ella, chicas que se bañan en su cuarto de baño porque viven en sitios donde no hay cuarto de baño, y utilizan sus escasas toallas y dejan cercos de suciedad en la anticuada bañera con patas en forma de garra. La suciedad es una ilusión, solo es una manera de ver la materia, y Charis sabe que no debería tomársela a mal, pero si ha de enfrentarse con una ilusión de suciedad preferiría que fuese su propia suciedad, no la de esas chicas de mirada vacua. Los hombres, o los chicos, llaman a estas chicas «mi vieja», aunque son lo contrario de viejas, lo cual hace que a Charis le siente algo mejor el hecho de que Billy también la llame así.

El grupo de Billy siempre está hablando de planes. Creen que deberían hacer algo, emprender alguna acción, pero ¿de qué clase? Han llegado al extremo de redactar una lista de nombres, los de los miembros del grupo, aunque solo están los nombres de pila, y además falsos. Charis —que le echó un vistazo a la copia de la lista de Billy, aunque no habría debido hacerlo— se llevó una sorpresa al descubrir que había unos cuantos nombres de mujer: Edith, Ethel, Emma. Durante las fiestas, mientras saca cerveza fría de su minúscula nevera y llena boles con patatas fritas y frutos secos de la cooperativa, mientras busca champú para alguna chica que quiere lavarse el pelo, mientras permanece sentada en el suelo al lado de Billy, respirando humo de marihuana de segunda mano, sonriendo con la mirada perdida en el espacio, escucha, oye lo que dicen, y sabe que Billy es en realidad Edith, o viceversa. Ha tomado el nombre de Edith Cavell, una persona del pasado. Hay números de teléfono también; algunos están escritos en la pared, al lado del aparato, pero Billy dice que no hay peligro porque solo son números de sitios donde se pueden dejar mensajes. También tienen el proyecto de editar un periódico, aunque ya hay varios publicados por desertores del servicio militar. Muchos desertores que llegaron aquí antes que Billy y sus nuevos amigos.

Charis no está segura de que todos estos accesorios de melodrama de capa y

espada, la clandestinidad y los códigos y los nombres falsos sean realmente necesarios. Es como un juego de niños. Pero parece que esta actividad proporciona más energía a Billy, y un objetivo en la vida. Se aventura a salir más, está menos enjaulado. Los días que Charis cree que el peligro no es real, todo esto la alegra, pero los días que cree que lo es, se angustia. Y cada vez que Billy sube al transbordador para ir al continente, un rincón del ánimo de Charis es presa del pánico. Billy es como alguien que anda por la cuerda floja, que avanza despreocupadamente por una cuerda de tender la ropa suspendida entre dos edificios de treinta pisos mientras se imagina que solo está a un metro del suelo. Billy cree que sus actos, sus palabras, su periodiquito, pueden cambiar las cosas, que pueden cambiar las cosas ahí fuera, en el mundo exterior.

Charis sabe que no hay cambio posible en el mundo; cambio para mejor, claro. Los acontecimientos son engañosos, forman parte de un ciclo: dejarse atrapar por ellos es quedar atrapado en un remolino. Pero ¿qué sabe Billy de la maldad inexorable del universo físico? Es demasiado joven.

Charis tiene la sensación de que lo único que ella puede cambiar es su propio cuerpo, y a través de él su espíritu. Desea liberar su espíritu: esto es lo que la condujo al yoga. Quiere reorganizar su cuerpo, deshacerse del peso que lleva oculto en lo más hondo, esa esencia de tesoro maligno que enterró hace algún tiempo y que nunca ha desenterrado; quiere que su cuerpo se haga más y más ligero, hasta que casi llegue a flotar. Sabe que es posible. Imparte clases de yoga porque con ellas paga el alquiler y el teléfono y la comida a granel que obtiene con descuento gracias a su trabajo en la cooperativa, pero también las da porque quiere ayudar a otras personas. A otras mujeres, en realidad, porque la mayoría de la gente que acude a las clases son mujeres. Ellas también deben de tener metales pesados ocultos dentro, ellas también deben de anhelar la ligereza. Aunque sus clases no son para perder peso: eso lo dice con toda claridad desde el primer momento.

Después de vestirse, después de prepararle a Billy el tocino, la tostada y el café, Charis mete el leotardo y las mallas en su bolsa peruana y recorre la casa desenterrando para el viaje monedas sueltas de todos los lugares donde las ha escondido para emergencias como la de hoy, que se ha quedado sin dinero. La niebla ya se ha levantado y el débil sol de noviembre se filtra a través de la gris cubierta de nubes, de manera que Charis puede confiar de nuevo en el reloj y no pierde el transbordador. Casi nunca lo pierde, de todos modos, como no sea cosa de Billy, de él y de sus impulsos espontáneos e incontrolables. ¿Qué puede decirle? ¿«Tengo que trabajar o, si no, no comeremos»? Eso a Billy no le sienta muy bien: cree que es una crítica porque él no tiene un empleo y entonces se pone de mal humor. Billy prefiere pensar que ella es como un lirio del campo; que no teje ni hila; que el tocino y el café los produce ella sin más, como un árbol las hojas.

Las clases de yoga tienen lugar en el apartamento que hay encima de la cooperativa, o lo que antes era un apartamento. Ahora dos de las habitaciones son

despachos, uno para la cooperativa, otro para una pequeña revista de poesía titulada *Germinaciones de la tierra*, y la espaciosa habitación delantera se reserva para reuniones y para clases como las de yoga. Charis solo enseña a un máximo de diez personas a la vez; un número mayor le sobrecargaría los circuitos, le rompería la concentración. Todas las alumnas traen sus propias toallas y colchonetas y por lo general ya llevan puestos los leotardos debajo de la ropa para no tener que cambiarse. Charis llega antes que las demás, se cambia en el cuarto de baño y extiende su colchoneta, que guarda en un armario en el despacho de la cooperativa. El viejo suelo de madera te clava astillas si no vas con cuidado.

Su primera tarea consiste en abolir el entorno. El descolorido papel de las paredes con su diseño de un enrejado malva debe retroceder, los recuadros de papel más oscuro dejados por las pinturas ahora inexistentes, el olor rancio a casa usada, el de la húmeda alfombra manchada de orines de las escaleras, así como el tufo de los restos de almuerzo en las papeleras de la oficina, que nadie vacía jamás, deben desvanecerse. Los ruidos de tráfico del exterior deben desaparecer, y también las voces de la calle y del piso de abajo: los borra de su mente con mano firme, como si estuvieran en una pizarra. Se tiende de espaldas, las rodillas dobladas, los brazos relajados sobre la cabeza, y se concentra en la respiración, para prepararse, para centrarse. Debe inspirar profundamente para que el aire penetre muy adentro hasta el plexo solar. La mente trivial y huidiza debe ser desconectada. Debe trascenderse el ego. El yo debe quedar suelto. Debe vagar.

La primera clase va como de costumbre. Charis sabe que tiene buena voz para esto, grave y tranquilizadora, y un buen ritmo. «Honrad la columna —murmura—. Salud al sol». El sol a que se refiere está dentro del cuerpo. Charis utiliza la voz y también las manos, un toque aquí, un toque allí, acomodando los cuerpos en las posiciones adecuadas. Habla a cada alumna en susurros, para no avergonzarla ni llamar la atención ni interrumpir la concentración de las demás. La habitación se llena con el ruido de la respiración, como pequeñas olas en una playa, y con el olor de los músculos en tensión. Charis nota cómo fluye de ella la energía, a través de los dedos, y pasa a los otros cuerpos. No se mueve mucho —nadie consideraría lo que hace un trabajo extenuante—, pero al terminar la hora y media está agotada.

Tiene una hora de descanso para recuperar fuerzas. Se toma un zumo de naranja y zanahoria en el bar de zumos de la planta baja para meterse unos cuantos enzimas vivos en el organismo y ayuda a los demás a poner los precios de las legumbres secas, y ya es la hora de la segunda clase. Charis nunca se preocupa demasiado por quién asiste a cada clase; cuenta hasta diez y toma nota de los colores de los leotardos, y una vez empezada la clase se fija en las particularidades de los cuerpos y sobre todo en las columnas y en sus malas posturas, pero las caras no son importantes para ella, porque la cara es individualidad, justo lo que Charis pretende que estas mujeres superen. Además, los primeros ejercicios se hacen en el suelo, con los ojos cerrados. Así que ya ha transcurrido una cuarta parte de la clase cuando se da cuenta

de que hay una nueva, una persona a la que no ha visto nunca: una mujer de cabello oscuro con leotardos índigo y mallas color ciruela, que —cosa extraña para un día tan poco luminoso— lleva gafas de sol.

Esta mujer es alta, y delgada como una navaja de afeitar, tan delgada que Charis le ve la caja torácica a través de las mallas, cada costilla en alto relieve como si estuviera esculpida, con una línea de oscuridad debajo. Las rodillas y los codos sobresalen como nudos en una cuerda, y las posturas, tal como ella las ejecuta, no son fluidas sino prácticamente geométricas, jaulas hechas con perchas de alambre. Tiene la piel blanca como los champiñones, y alrededor de ella refulge una fosforescencia oscura como el brillo de la carne pasada. Charis reconoce la mala salud cuando la tiene ante los ojos: esta mujer necesita mucho más que una clase de yoga. Una gran dosis de vitamina C y luz de sol servirían para empezar, pero solo arreglarían un poco lo que anda mal en ella.

Lo que anda mal en ella es en parte una actitud del alma: las gafas de sol son su manifestación, simbolizan una barrera para la visión interior. De manera que justo antes de la meditación del loto, Charis se acerca y le susurra:

—¿Por qué no te quitas las gafas? Deben de impedir que te concentres.

En respuesta, la mujer se baja las gafas de sol y Charis se lleva un sobresalto. La mujer tiene un ojo hinchado. Hinchado y negruzco, y medio cerrado. El otro ojo la contempla, lastimero, húmedo, suplicante.

—Oh —musita Charis—. Lo siento. —Hace una mueca de dolor: percibe el golpe en su propia carne, en su propio ojo.

La mujer sonríe, una sonrisa desgarradora en ese rostro demacrado y maltratado.

—¿No eres Karen? —susurra.

Charis no sabe cómo explicarle que sí lo es pero no lo es. Había sido Karen. De manera que asiente y la mira con mayor atención, porque ¿cómo es que esta mujer la conoce?

—Yo soy Zenia —dice la mujer. Y lo es.

Charis y Zenia se sientan a una de las mesitas del bar de zumos, en el fondo de la cooperativa.

—¿Qué me recomiendas? —dice Zenia—. Todo esto es nuevo para mí.

Y Charis, halagada por este recurso a su experiencia, pide para ella un zumo de papaya y naranja con un chorrito de limón y un poco de levadura de cerveza. Zenia se deja las gafas puestas, y Charis no se lo reprocha; pero aun así le resulta difícil hablar con alguien a quien no le ve los ojos.

Se acuerda de Zenia, por supuesto. En McClung Hall todas sabían quién era Zenia; incluso Charis, que pasó por sus años de universidad como si pasara por un aeropuerto. En cuanto a los estudios fue una transeúnte, y se marchó a los tres años sin terminar la carrera: fuera lo que fuese lo que necesitaba aprender, no figuraba en el programa lectivo. O quizás ella no estaba preparada. Charis cree que, cuando estás preparada para aprender una cosa, aparece el maestro adecuado; o mejor, te es

enviado. Hasta ahora le ha funcionado así, más o menos, y el único motivo de que en estos momentos no esté aprendiendo nada es que está completamente ocupada con Billy.

Aunque quizá Billy sea un maestro, en cierto modo. Lo que ocurre es que Charis todavía no ha comprendido exactamente qué se supone que ha de aprender de él. ¿A amar, quizá? A amar a un hombre. Pero ella ya lo ama, o sea que ¿qué más?

Zenia bebe un sorbo de zumo, con los dos óvalos de sus gafas oscuras vueltos hacia Charis, que no sabe muy bien qué decirle. En la universidad no llegó a conocer realmente a Zenia, nunca habló con ella —Zenia era mayor, iba por delante de Charis y se relacionaba con toda aquella gente del mundillo artístico e intelectual—, pero la recuerda, hermosa y segura de sí misma, paseando por el campus con su compañero Stew, y más tarde con Tony, aquella chica menuda y bajita. Lo que Charis recuerda de Tony es que una noche la siguió cuando ella salió a sentarse bajo un árbol en el jardín de McClung Hall. Seguramente Tony creyó que era sonámbula, lo cual revela cierta intuición, porque en verdad Charis había caminado alguna vez dormida, aunque no en aquellos momentos.

Esa reacción de Tony demostraba buen corazón; una cualidad mucho más importante para Charis que la brillantez académica de Tony, que era por lo que se la conocía. A Zenia se la conocía por otras cosas: la más notoria, por vivir abiertamente con Stew, en una época en que estas cosas no se hacían. Cómo ha cambiado todo. Ahora es la gente casada la que se considera inmoral. «Los nucleares», los llaman, por lo de familia nuclear. Los tachan de radiactivos, potencialmente mortíferos; unos epítetos que constituyen un gran salto desde «Hogar, dulce hogar», pero que en opinión de Charis resultan más apropiados.

Zenia también ha cambiado. Además de delgada está enferma, y además de enferma está como acobardada, magullada, derrotada. Tiene los hombros encogidos en un gesto de protección propia, los dedos son pinzas desmañadas, las comisuras de los labios se curvan hacia abajo. Charis no la hubiera reconocido. Es como si la Zenia de antes, la Zenia enantadora y tan evidentemente carnal hubiera ardido hasta consumirse, dejando este núcleo de hueso.

A Charis no le gusta hacer preguntas —no le gusta inmiscuirse en la interioridad de los demás—, pero Zenia está tan privada de energía que no es probable que de otro modo diga nada. Así que Charis elige un tema inofensivo.

—¿Qué te ha traído a mi clase? —le pregunta.

—Me habló de ella una amiga —dice Zenia. Cada palabra parece costarle un esfuerzo—. Pensé que me ayudaría.

—¿Ayudar? —dice Charis.

—Con el cáncer —dice Zenia.

—Cáncer —dice Charis. Ni siquiera es una pregunta, porque ¿acaso no lo sabía ya? Esa blancura, ese resplandor enfermizo, son inconfundibles. Un desequilibrio del alma.

Zenia esboza una sonrisa torcida.

—Ya lo superé una vez —dice—, pero ha vuelto.

Ahora Charis se acuerda de algo: ¿no desapareció Zenia de repente a finales de curso? Fue en el segundo año de Charis en McClung Hall: Zenia se esfumó de la noche a la mañana, sin explicación. Las chicas solían comentarlo durante el desayuno y Charis las escuchaba, en las contadas ocasiones en que se molestaba en escuchar, o en desayunar. Allí no había mucho que ella pudiera comer: los copos de salvado y prácticamente nada más. Según se decía, Zenia se había fugado con otro hombre, dejando tirado a Stew y llevándose algún dinero de él, además, pero ahora Charis adivina la auténtica verdad: fue el cáncer. Zenia se marchó sin contárselo a nadie porque no quería que se armara un escándalo. Se marchó para curarse ella misma, y para eso tenía que estar sola, libre de interrupciones. Charis lo comprende muy bien.

—¿Cómo lo hiciste la primera vez? —dice Charis.

—¿Cómo hice qué? —dice Zenia, con cierta brusquedad.

—Superarlo —dice Charis—. El cáncer.

—Me operaron —dice Zenia—. Me quitaron... Me hicieron una histerectomía. Nunca podré tener hijos. Pero no dio resultado. De manera que me fui a las montañas, yo sola. Dejé de comer carne, suprimí el alcohol. Solo tuve que concentrarme en ponerme bien.

Esto a Charis le suena muy adecuado. Montañas, nada de carne.

—¿Y ahora? —dice.

—Creí que estaba mejor —dice Zenia. Su voz se ha reducido a un susurro ronco—. Creí que ya estaba bastante fuerte. Y me vine otra vez aquí. Vuelvo a vivir con Stew..., con West. Supongo que me he dejado arrastrar a nuestra vieja forma de vida, ya sabes, él bebe mucho... y ha vuelto a aparecer el cáncer. West no puede soportarlo, ¡te aseguro que no puede! Mucha gente es incapaz de convivir con la enfermedad; le tiene miedo. —Charis asiente con la cabeza: lo sabe, lo sabe en lo más hondo, en el nivel de las células—. Así que se niega a reconocer que me pase nada malo —prosigue Zenia—. Intenta hacerme comer... montones de comida, bistecs y mantequilla, grasas animales. Y a mí me dan náuseas, no puedo, ¡es que no puedo!

—Oh —dice Charis. Es una historia tremenda, y suena a verdadera. Muy poca gente comprende lo de las grasas animales. No, corrección: muy poca gente comprende nada—. Qué espantoso —dice, lo que solo es un pálido reflejo de lo que piensa. Se siente trastornada, se siente al borde del llanto; sobre todo, se siente desvalida.

—Entonces él se enfada —añade Zenia—. Se pone furioso conmigo, y yo me encuentro tan débil... No soporta verme llorar, aún se pone más furioso. Fue él quien me hizo esto. —Se señala el ojo—. Me da mucha vergüenza, tengo la sensación de ser yo la responsable...

Charis trata de recordar a Stew, o West, que tan bruscamente cambió de nombre, lo mismo que ella. Lo que ve es un hombre alto, un hombre más bien introvertido y

desconectado, manso como una jirafa. No se lo imagina pegándole a nadie, y mucho menos a Zenia; pero la gente a veces tiene una apariencia engañosa. Sobre todo los hombres. Saben dar una imagen de buenos, te hacen creer que son ciudadanos modelo y que tienen toda la razón y que tú estás equivocada. Son capaces de engañar a todo el mundo y hacerte quedar como una embustera. Sin duda West es uno de esos. La inunda una oleada de indignación, un comienzo de ira. Pero la ira es mala para la salud, conque la aleja de sí.

—Dice que si de veras tengo cáncer debo hacerme otra operación, o un tratamiento de quimioterapia —dice Zenia—. Pero yo sé que podría volver a curarme, si pudiera... —Deja la frase en el aire—. Me parece que no puedo beber más, en estos momentos —dice, y aparta el vaso de zumo—. Gracias... Has sido muy amable. —Extiende la mano sobre la mesa y la posa sobre la de Charis. Sus dedos blancos y flacos parecen fríos pero están calientes, calientes como ascuas. Luego empuja la silla hacia atrás, recoge la chaqueta y el bolso y se va precipitadamente, casi trastabillando. Lleva la cabeza gacha, el cabello le cae sobre la cara como un velo, y Charis tiene la certeza de que está llorando.

Charis querría levantarse de un salto y salir corriendo tras ella y traerla de vuelta. Este deseo es tan intenso que lo nota como un puño que le apretara el cuello. Querría hacer sentar a Zenia otra vez en su silla y poner las manos sobre ella, y reunir toda su energía, la energía de la luz, y curarla allí mismo. Pero sabe que no puede hacerlo, de modo que no se mueve.

El viernes Zenia no asiste a la clase de yoga, y Charis se preocupa por ella. Quizá se haya venido abajo, o quizá West haya vuelto a pegarle, esta vez con más fuerza. Quizás esté ingresada en el hospital con fracturas múltiples. Charis toma el transbordador a la isla sin que su inquietud la abandone. Ahora se siente incompetente: sin duda habría podido decir o hacer algo, algo mejor que lo que hizo. Un vaso de zumo no era suficiente.

Al anoecer retorna la niebla, y con ella una llovizna helada, y Charis enciende un buen fuego en la cocina y conecta también la caldera, y Billy quiere que vaya a acostarse temprano. Charis está cepillándose los dientes en el cuarto de baño de la planta baja, lleno de corrientes de aire, cuando oye llamar a la puerta de la cocina. Se le ocurre que debe de ser alguien del grupo de Billy, que trae a otro desertor más para que pase la noche en el sofá de la sala. Ha de reconocer que empieza a estar un poco harta de ellos. Para empezar, nunca ayudan a lavar los platos.

Pero no es un desertor. Es Zenia, la cabeza enmarcada en el rectángulo de cristal mojado de la puerta como una fotografía bajo el agua. El cabello empapado le cuelga en mechones lacios sobre la cara, los dientes le castañetean, las gafas de sol han desaparecido y el ojo, ahora morado, presenta un aspecto lastimoso. Tiene un corte reciente en el labio.

La puerta se abre como por sí sola, y Zenia se queda parada en la entrada, tambaleándose ligeramente.

—Me ha echado a la calle —susurra—. No quiero molestarte... Es que no sabía a dónde ir si no.

Charis extiende los brazos en silencio y Zenia cruza el umbral con un traspié y se desploma entre ellos.

Es un mediodía sin sol. Charis está en el huerto, observada por las gallinas, que atisban codiciosas tras los hexágonos de su cerca de alambre, y por las coles que quedan, que la miran aturcidas como tres verdosas cabezas de gnomo surgidas del suelo. En noviembre el huerto ofrece un aspecto escuálido y manoseado: caléndulas marchitas, amarillentas hojas de berro, los troncos de brécol, los tomates sin madurar estropeados por la helada y blanduzcos, con plateadas huellas de babosa que serpentean aquí y allí.

A Charis no le molesta este desaliño vegetal. Todo es fermento, todo abono. Levanta la pala, la hinca en la tierra y pisa el canto superior con el pie derecho enfundado en la bota de goma de Billy, para hundirla bien. Después la alza con esfuerzo, y suelta un gruñido. Luego arroja a un lado la palada de tierra. Varias lombrices reptan de vuelta a sus túneles, un gusano blanco se retuerce. Charis lo coge y lo echa sin contemplaciones al otro lado de la cerca, para las gallinas que no cesan de cacarear. Toda la vida es sagrada, pero las gallinas son más sagradas que los gusanos.

Las gallinas se agitan y alborotan y riñen entre sí, y persiguen a la que ha cogido el gusano. Hubo un tiempo en que a Charis se le ocurrió que quizá sería una buena disciplina espiritual no dar de comer a sus gallinas nada que no estuviera dispuesta a comer ella misma, pero después llegó a la conclusión de que eso carecía de sentido. Las conchas molidas, por ejemplo, los huesos triturados: las gallinas los necesitan para hacer huevos, pero ella no.

No es la estación adecuada para remover la tierra. Debería esperar hasta la primavera, cuando empiezan a asomar las hierbas; entonces tendrá que hacerlo de nuevo. Pero es la única manera en que puede salir de casa sin que Zenia o Billy quieran ir con ella. Los dos anhelan estar con ella a solas, lejos del otro. Si se le ocurre salir a pasear, solo para estar sola un rato, solo para relajarse, hay un movimiento hacia la puerta: un movimiento discreto y oblicuo (Zenia) o desgarrado y evidente (Billy). Entonces se produce una colisión psíquica y Charis se ve obligada a elegir. Eso la molesta mucho. Pero por suerte, ninguno de los dos muestra grandes deseos de ayudarla a cavar el huerto. A Billy no le gusta andar removiendo la tierra —dice que no le ve sentido a tanto trabajo, puesto que lo único que sale son verduras— y Zenia, naturalmente, no está en forma. Se las arregla para dar algún que otro lánguido paseo hasta la orilla del lago, pero incluso esto la agota.

Zenia ya lleva aquí una semana, durmiendo en el sofá por la noche, reposando en él de día. El anochecer en que llegó fue casi festivo: Charis le preparó un baño caliente, le prestó uno de sus camisones de algodón blanco y colgó su ropa mojada detrás de la estufa para que se secara, y cuando Zenia terminó de bañarse y se hubo puesto el camisón, Charis la envolvió en una manta y la hizo sentar al lado de la estufa, le peinó la cabellera mojada y le preparó una taza de leche caliente con miel.

A Charis la complacía hacer estas cosas; se sentía competente y virtuosa, rebosante de buena voluntad y energía positiva. La complacía dar esa energía a alguien tan evidentemente necesitado de ella como Zenia. Pero cuando dejó a Zenia acostada en el sofá y subió para meterse en la cama, Billy estaba enfadado con ella, y no ha dejado de estar enfadado desde entonces. Le ha explicado a Charis con toda claridad que no quiere tener a Zenia en casa.

—¿Qué hace aquí? —le susurró aquella primera noche.

—Solo es por un tiempo —dijo Charis, también en susurros porque no quería que Zenia los oyera y se sintiese rechazada—. Hemos tenido a mucha gente. ¡En el mismo sofá! No es distinto.

—Es muy distinto —dijo Billy—. Ellos no tienen otro sitio adonde ir.

—Ella tampoco —dijo Charis. Lo distinto, pensaba, era que los otros eran amigos de Billy y Zenia lo era de ella. Bien, no era exactamente su amiga. Su responsabilidad.

Eso fue antes de que Billy le hubiera echado siquiera la vista encima a Zenia ni le hubiera dirigido una sola palabra. Al día siguiente le gruñó un hosco «Buenos días» ante los huevos revueltos —no caseros, por desgracia, las gallinas se habían secado— y la tostada con mermelada de manzana que Charis les había servido a los dos. Apenas si miró a Zenia, que bebía a sorbos su té flojo, encogida en la silla, todavía con el camisón de Charis y una manta por encima. Si la hubiera mirado, pensaba Charis, se habría ablandado, porque Zenia tenía un aspecto lastimoso. El ojo aún estaba descolorido e hinchado, y prácticamente se le podían contar las venas azuladas en el dorso de las manos.

—Haz que se vaya de aquí —dijo Billy cuando Zenia fue al cuarto de baño—. Que se largue.

—Chsss —dijo Charis—. ¡Te va a oír!

—¿Qué sabemos de ella, a fin de cuentas? —dijo Billy.

—Tiene cáncer —dijo Charis, como si eso fuera lo único que hacía falta saber.

—Pues entonces tendría que estar en un hospital —dijo Billy.

—No cree en ellos —dijo Charis, que tampoco creía.

—Tonterías —dijo Billy.

A Charis esta réplica no solo le pareció grosera y carente de generosidad, sino también un tanto sacrílega.

—Tiene un ojo morado —musitó. El ojo era prueba visible de una cosa u otra. De la necesidad de Zenia, o bien de su bondad. De su estatuto.

—No se lo he hecho yo —dijo Billy—. Que se vaya a comer la comida de otros.

Charis fue incapaz de mencionar que si alguien tenía que decidir quién comía en aquella casa, esa era ella, puesto que ella misma cultivaba la comida o la pagaba con su dinero.

—No le caigo bien, ¿verdad? —dijo Zenia, cuando Billy estaba a su vez fuera del alcance del oído. Le temblaba la voz, tenía los ojos llenos de lágrimas—. Será mejor

que me vaya...

—¡Claro que le caes bien! Es solo que él es así —dijo Charis, afectuosa—. ¡Tú te quedas donde estás!

Charis tardó algún tiempo en explicarse por qué Billy se mostraba tan hostil con Zenia. Al principio creía que era por que le tenía miedo: miedo de que lo delatara, de que avisara a quien no debía, de que lo entregara a la policía; o sencillamente, de que dijera algo a alguien sin darle importancia, de que cometiera una indiscreción. «Las lenguas sueltas hundan barcos» había sido un eslogan durante la guerra, la antigua guerra; aparecía en carteles, y la tía Viola, una tía de Charis, solía citarlo a modo de chiste, a sus amigas, a finales de los años cuarenta. Así que Charis le explicó todo esto a Zenia, la precaria situación de Billy y lo difíciles que estaban para él las cosas. Incluso le explicó lo de las bombas, lo de hacer saltar cosas por los aires, y que Billy podía ser secuestrado por la Policía Montada. Zenia prometió no contárselo a nadie. Dijo que lo entendía perfectamente.

—Seré muy cuidadosa, te lo prometo —dijo—. Pero Karen..., lo siento, Charis..., ¿cómo llegaste a mezclarte con ellos?

—¿A mezclarme? —dijo Charis.

—Con los desertores del servicio militar —dijo Zenia—. Los revolucionarios. Nunca me pareciste una persona muy política. En la universidad, quiero decir. Tampoco es que hubiera muchos revolucionarios en aquel basurero.

Charis no se imaginaba que Zenia le hubiera prestado la menor atención, en aquella época, en sus nebulosos y semiolvidados tiempos de la universidad, cuando todavía era Karen, exteriormente al menos. Ella no había tomado parte en nada, no se había destacado. Había permanecido en la sombra, pero ahora resultaba que Zenia se había fijado en ella y la había considerado digna de atención, y se sintió conmovida. Zenia debía de ser una persona sensible; más sensible de lo que la gente creía.

—No lo soy —dijo Charis—. La política no me interesaba lo más mínimo.

—A mí, sí —dijo Zenia—. Entonces yo era absolutamente antiburguesa. ¡Una auténtica bohemia compañera de viaje! —Fruunció un poco el entrecejo y se echó a reír—. ¡Y cómo no! ¡Eran los que organizaban las mejores fiestas!

—Bueno —dijo Charis—, en todo caso, no estoy «mezclada». No entiendo nada de esas cosas. Yo solo vivo con Billy, nada más.

—Como la titi de un gángster —dijo Zenia, que se encontraba un poco mejor. Era un día bastante tibio, para ser noviembre, así que Charis había decidido que Zenia podía salir sin peligro. Estaban junto al lago, contemplando las gaviotas; Zenia había recorrido todo el camino sin apoyarse ni una sola vez, en el brazo de Charis. Charis se había ofrecido a conseguirle unas gafas de sol nuevas —Zenia había dejado atrás las viejas, la noche que se escapó—, pero ya casi no las necesitaba: el moretón estaba desapareciendo y el ojo había tomado un color azul amarillento, como una mancha de tinta descolorida.

—¿Como qué? —dijo Charis.

—Mierda —dijo Zenia, sonriente—, si vivir con alguien no es «estar mezclada», ya me dirás qué es. —Pero a Charis no le importaban los nombres que la gente daba a las cosas. Además, ya no escuchaba a Zenia; estaba mirando su sonrisa.

Zenia sonríe cada vez más. Charis tiene la sensación de que esa sonrisa se debe exclusivamente a su propio esfuerzo, el de Charis, y a todos los trabajos que se ha tomado: los batidos de frutas, el zumo de col preparado con sus propias coles, bien trituradas y coladas por un tamiz, los baños especiales que le prepara, los suaves estiramientos del yoga, los paseos al aire libre cuidadosamente dosificados. Todas estas energías positivas cierran filas contra las células cancerosas, buenos soldados contra los malos, luz contra oscuridad; la propia Charis dedica a diario un tiempo a la meditación, en beneficio de Zenia, visualizando exactamente el mismo resultado. ¡Y funciona! Ahora Zenia tiene más color, más energía. Aunque todavía sigue muy débil y delgada, está mejorando a ojos vistas.

Ella lo sabe y se muestra agradecida.

—Estás haciendo mucho por mí —le dice a Charis casi cada día—. No me lo merezco. Me refiero a que soy una perfecta desconocida; apenas me conoces.

—No tiene importancia —dice Charis, azorada. Se ruboriza un poco cuando Zenia dice estas cosas. No está acostumbrada a que nadie le dé las gracias por lo que hace, y tiene la creencia de que no es necesario. Al mismo tiempo, la sensación es muy agradable; también al mismo tiempo, le asalta la idea de que Billy podría mostrar un poco más de gratitud, con todo lo que ella ha hecho por él. Pero Billy, en cambio, la mira ceñudo y no se come el tocino. Quiere que Charis prepare dos desayunos— uno para Zenia y otro aparte para él—, a fin de no verse obligado a sentarse a la mesa con Zenia todas las mañanas.

—Cuando veo cómo te hace la pelota me entran ganas de vomitar —dijo ayer. Charis ya sabe por qué dice estas cosas. Está celoso. Tiene miedo de que Zenia se interponga entre los dos, de que de algún modo le robe parte de la atención de Charis. Es una reacción infantil, tomarse las cosas así. Después de todo, él no tiene una enfermedad que ponga en peligro su vida, y a estas alturas ya debería saber que Charis lo quiere. Así que Charis le toca el brazo.

—No se quedará aquí para siempre —dice—. Solo hasta que esté un poco mejor. Solo hasta que encuentre un sitio para vivir.

—Yo le ayudaré a buscar —dice él. Charis le explicó que West le había pegado un puñetazo en el ojo, y la respuesta de Billy no fue caritativa. «Yo le hincharé el otro —fue lo que dijo—. Será un verdadero placer».

—No es muy pacifista por tu parte —dijo Charis en tono de reproche.

—Nunca he dicho que sea un puñetero pacifista —dijo Billy, ofendido;— Que una guerra sea injusta no significa que todas lo sean!

—Charis —llamó Zenia desde la sala, con inquietud—, ¿está puesta la radio? He oído voces. Estaba echando una siesta.

—Ya no puedo ni abrir la boca en mi propia casa rezonga Billy.

Es en momentos como estos cuando Charis sale a cavar en el huerto.

Hinca la pala en el suelo, la levanta, vuelca la tierra, hace una pausa para ver si hay lombrices. Entonces oye la voz de Zenia a sus espaldas.

—Qué fuerte eres —dice en tono de añoranza—. Yo antes también era así de fuerte. Podía cargar con tres maletas.

—Y volverás a serlo —afirma Charis, con toda la convicción de que es capaz—. ¡Estoy segura!

—Quizá —dice Zenia con una vocecita triste—. Lo que más se echa de menos son las pequeñas cosas de cada día, ¿sabes?

De pronto Charis se siente culpable por cavar en su propio huerto; o como si debiera sentirse culpable. Lo mismo ocurre con muchas de las cosas que hace: fregar el suelo, amasar el pan. Zenia la admira cuando hace esas cosas, pero es una admiración melancólica. A veces Charis tiene la sensación de que su cuerpo, sano y en forma, es una ofensa para el cuerpo debilitado de Zenia; de que Zenia se lo reprocha.

—Vamos a dar de comer a las gallinas —dice. Dar de comer a las gallinas es algo que Zenia puede hacer. Charis saca el pienso en la lata de café y Zenia lo esparce, puñado a puñado. Le encantan las gallinas, dice, «¡Son tan vitales! Son..., bueno, la encarnación de la Fuerza Vital, ¿verdad?».

Este tipo de conversación pone nerviosa a Charis. Es demasiado abstracta, demasiado como en la universidad. Las gallinas no son la encarnación de nada, excepto de la gallinidad. Lo concreto es lo abstracto. Pero ¿cómo puede explicárselo a Zenia?

—Voy a preparar una ensalada —dice, en cambio.

—Una ensalada de fuerza vital —dice Zenia, y se echa a reír. Por primera vez Charis no se siente deleitada al oír esta risa, aunque sea una buena señal. Hay algo en ella que no comprende. Es como un chiste que no llegara a entender.

La ensalada es de pasas y zanahoria rallada, aliñada con zumo de limón y miel. Las zanahorias las ha cultivado la propia Charis, en la caja de arena húmeda que hay en el anexo, el cuarto de las raíces; ya empiezan a salirles pequeñas barbas blancas, lo que demuestra que aún están vivas. Charis y Zenia se sientan a comer la ensalada, las judías y las patatas hervidas, las dos solas, porque Billy dice que esa noche tiene que salir. Hay una reunión.

—Va a muchas reuniones —musita Zenia mininas Billy se pone la chaqueta. Ya no intenta mostrarse amable con Billy, puesto que no le servía de nada; ahora ha tomado la costumbre de hablar de él en tercera persona, aunque este allí delante. Eso crea un círculo, un círculo de lenguaje, con Zenia y Charis dentro de él y Billy fuera. A Charis le gustaría que no lo hiciese; por otra parte, Billy es el único culpable de que lo haga, en cierto modo.

Billy fulmina a Zenia con la mirada.

—Por lo menos no me paso el día sentado sin hacer nada, como otras personas —

dice enojado. También él se dirige únicamente a Charis.

—Ten cuidado —dice Charis. Se refiere a su viaje a la ciudad, pero él se lo toma como una reprensión.

—Que lo pases muy bien con tu amiga enferma —dice con mala intención. Zenia sonríe para sí, una sonrisita amarga. Billy cierra de un portazo, haciendo vibrar los cristales de las ventanas.

—Me parece que debería irme —dice Zenia mientras comen la compota que Charis preparó a principios del otoño.

—Pero ¿dónde vivirías? —dice Charis, consternada.

—Ah, ya encontraría algún sitio —dice Zenia.

—¡Pero si no tienes dinero! —dice Charis.

—Podría buscarme algún trabajo —dice Zenia—. Eso se me da bien. Siempre puedo lamerle el culo a alguien; sé conseguir trabajo. —Tose, cubriéndose la cara con las delicadas manos—. Lo siento —dice. Bebe un minúsculo sorbo de agua.

—Oh, no —dice Charis—. ¡No puedes hacer eso! ¡Aún no estás del todo bien! Pero lo estarás pronto —añade, porque no quiere parecer negativa. Lo que debe reforzarse es la salud, no la enfermedad.

Zenia sonríe débilmente.

—Quizá —dice—. Pero, Karen, de veras, no te preocupes por mí. No es tu problema.

—Charis —dice Charis. A Zenia le cuesta recordar su verdadero nombre.

Y sí, es su problema, porque ella lo ha asumido.

Entonces Zenia dice algo peor.

—No es solo que me detesta —dice. Saca la lengua para lamer la compota del borde de la cuchara—. La verdad es que no puede quitarme las manos de encima.

—¿West? —dice Charis. Un dedo helado le recorre la espalda.

Zenia sonríe.

—No —dice—. Me refiero a Billy. Supongo que te habrás dado cuenta.

Charis nota que la piel de toda la cara se le desliza hacia abajo por la consternación. No se ha dado cuenta de nada. Pero ¿por qué no se ha dado cuenta? Ahora que Zenia lo dice, es evidente: la energía que salta del cabello y los dedos de Billy siempre que Zenia está cerca. Un encrespamiento sexual, como los gatos.

—¿A qué te refieres? —dice.

—Quiere llevarme a la cama —dice Zenia. En su voz hay un leve tono de pesar—. Quiere follarme.

—¿Te quiere? —dice Charis. Se le ha aflojado todo el cuerpo, como si se le hubieran derretido los huesos. Lo que siente es espanto. «Billy me quiere», protesta en silencio—. Billy me quiere —dice con voz ahogada—. Me lo ha dicho. —Su propia voz le parece de niña quejumbrosa. ¿Y cuándo fue la última vez que se lo dijo?

—Oh, no es amor —dice Zenia con suavidad—. Me refiero a lo que siente por

mí. Es odio. A veces, a los hombres les resulta difícil distinguir las dos cosas. Pero tú ya lo sabías, ¿no?

—¿De qué estás hablando? —susurra Charis.

Zenia se ríe.

—Vamos, que ya no eres ninguna niña. Lo que le atrae es tu culo. O cualquier otra parte del cuerpo, ¿cómo voy a saberlo? De todos modos, seguro que no es tu alma, no eres tú. Si no se lo ofrecieras, igualmente lo cogería. Lo he observado, es un mierdoso voraz, en el fondo todos son unos violadores. Eres una inocente, Karen. Créeme, solo hay una cosa que cualquier hombre quiera de una mujer, y es el sexo. Lo que importa es cuánto puedes conseguir que te paguen a cambio.

—No digas eso —dice Charis—. ¡No lo digas! Nota que algo se rompe en su interior, se deshinch, un enorme globo iridiscente que se desgarr, y se vuelve gris como un pulmón perforado. ¿Qué queda, si quitas el amor? Solo brutalidad. Solo vergüenza. Solo ferocidad. Solo dolor. ¿En que quedan sus dones entonces, su huerto, sus gallinas, sus huevos? Todos sus actos de atento cuidado. Charis está temblando, se le revuelve el estómago.

—Soy realista, eso es todo —dice Zenia—. El único motivo de que quiera meterme la polla es que no puede. No te preocupes, se le olvidará en cuanto me vaya. Tienen poca memoria. Por eso quiero irme, Karen; es por ti. —Sigue sonriendo. Mira a Charis, y su rostro recortado contra la escasa luz de la bombilla del techo queda en la oscuridad; solo le brillan los ojos, con un resplandor rojo como las luces de un coche, y la mirada se hunde hasta lo más profundo de Charis. Es una mirada de resignación. Zenia acepta su propia muerte.

—Pero te morirás —dice Charis. No puede consentir que ocurra tal cosa—. ¡No te rindas! —Se echa a llorar. Le aprieta la mano a Zenia, o Zenia aprieta la de ella, y las dos se aferran a la mano de la otra sobre la mesa cubierta de platos sucios.

Charis yace despierta en la cama.

Billy ya ha regresado, mucho después de que ella se acostara, pero no ha hecho ademán de tocarla. Lo que hizo fue volverse de espaldas, encerrarse en sí mismo y ponerse a dormir. Es lo que suele hacer últimamente. Es como si se hubieran peleado. Sin embargo, ahora Charis sabe que también hay otro motivo: ya no es deseada. La deseada es Zenia.

Pero Billy quiere a Zenia solo con el cuerpo. Por eso es tan grosero con ella: su cuerpo y su espíritu están divididos. Por eso es tan frío con Charis, también: su cuerpo quiere que Charis se quite de en medio, para coger a Zenia, empujarla contra la encimera de la cocina y poseerla contra su voluntad, aunque esté muy enferma.

Quizás él no sepa que es eso lo que quiere. Pero es eso.

Se ha levantado viento. Charis escucha su silbido entre los árboles desnudos, y las frías olas que rompen contra la orilla. Una mujer se acerca hacia ella a través del lago, tocando apenas con los pies descalzos la cresta de las olas, el camisón hecho trizas por los años de intemperie, el cabello incoloro al viento.

Charis cierra los ojos y se concentra en la imagen interior, tratando de ver quien es. Dentro de su cabeza hay luz de luna, oscurecida por masas de nubes que corren en tropel; pero ahora el cielo se ilumina y ella puede verle la cara.

Es Karen, la desterrada Karen. Ha recorrido un largo camino. Ahora está cada vez más cerca, con aquel rostro acobardado y desvalido que Charis veía alzarse en el espejo ante su propia cara, y acude hacia ella a través de la oscuridad como un fantasma expulsado, hacia esta casa donde Charis se ha refugiado y aislado, creyéndose a salvo; exige entrar en ella, reunirse otra vez con ella, compartir su cuerpo de nuevo.

Charis no es Karen. Hace mucho tiempo que no es Karen y no quiere volver a serlo nunca más. Empuja con todas sus fuerzas, la empuja hacia el agua, pero esta vez Karen no quiere sumergirse. Se acerca más y más, y abre la boca. Quiere hablar.

Karen nació de los padres erróneos. La abuela de Charis decía que era algo que podía ocurrir, y Charis también cree lo mismo. Las personas a las que les ocurre eso deben buscar mucho tiempo, deben investigar e identificar a los padres adecuados. O si no, deben vivir sin ellos.

Karen tenía siete años cuando vio a su abuela por primera vez. Aquel día llevaba un vestido de algodón con un canesú fruncido en la delantera y un cinto ancho, y lazos a juego en los extremos de sus coletas rubias, tan apretadamente trenzadas que le parecía tener los ojos rasgados. Su madre había almidonado el vestido, que estaba tieso y un poco pegajoso a causa del calor húmedo de finales de junio. Tomaron el tren, y cuando Karen se levantó del caluroso asiento de terciopelo tuvo que despegarse la falda de la parte de atrás de las piernas. Le dolió, pero sabía que no estaba bien decirlo.

Su madre vestía un conjunto de lino color marfil, un vestido sin mangas y una chaqueta de manga corta por encima. Tenía un sombrero de paja blanco, un bolso blanco y zapatos a juego, y un par de guantes de algodón blanco que llevaba en la mano. «Creo que esto te gustará —le decía una y otra vez a Karen con nerviosismo—. En ciertos aspectos te pareces mucho a tu abuela». Eso era una novedad para Karen, porque su madre y su abuela hacía mucho tiempo que prácticamente no se hablaban. Escuchando conversaciones, había llegado a saber que su madre se escapó de la granja cuando solo tenía dieciséis años. Había trabajado en empleos duros y penosos y ahorrado el dinero para ir a la escuela y hacerse maestra. Todo eso lo había hecho para escapar al dominio de su propia madre, la vieja chiflada. Ni arrastrada por caballos salvajes volvería a aquel montón de basura, o eso decía.

Y sin embargo, ahí estaban, dirigiéndose hacia la granja que la madre de Karen tanto odiaba, con la ropa de verano de Karen pulcramente doblada en una maleta, al lado del maletín donde su madre llevaba los enseres para pasar la noche, en la rejilla sobre sus cabezas. Desde el tren veían campos de tierra, casas aisladas, cobertizos grises y desvencijados, rebaños de vacas. La madre de Karen detestaba las vacas. Una de las cosas que solía contar era cómo tenía que levantarse en invierno, con ventiscas, antes incluso del amanecer, y salir tiritando entre los remolinos de nieve para dar de comer a las vacas. Pero ahora decía «Te gustarán las vacas», con esa voz demasiado dulce que utilizaba en la escuela con los alumnos de segundo grado. Se examinó la pintura de los labios en el espejo de la polvera y después sonrió a Karen, para ver cómo se lo tomaba. Karen le devolvió la sonrisa con incertidumbre. Estaba acostumbrada a sonreír aunque no tuviese ganas. En septiembre pasaría a segundo grado; esperaba que no la pusieran en la clase de su madre.

No era la primera vez que iba a pasar unos días fuera de casa. En ocasiones la enviaban con su tía Viola, la hermana mayor de su madre. A veces solo era para pasar la noche, porque su madre quería salir; a veces eran semanas enteras, sobre todo en

verano. Su madre necesitaba un largo descanso en verano, a causa de los nervios. «Bueno, ¿y quién no padecería de los nervios, mirándolo bien?», comentaba tía Vi con desaprobación, como si se preguntara qué otra cosa podía esperar la madre de Karen. Se dirigía al tío Vern, pero miraba de soslayo a Karen como si los nervios se debieran a ella. Pero sin duda no se debían solo a ella, porque Karen intentaba hacer lo que le decían, aunque a veces se equivocaba; y había otras cosas, como el sonambulismo, que no podía evitar.

Los nervios eran culpa de la guerra. Al padre de Karen lo mataron en la guerra cuando ella aún no había nacido, y su madre tuvo que criarla ella sola, lo cual se daba por supuesto que era muy difícil, prácticamente imposible. Había también algo más que tenía que ver con el casamiento de la madre de Karen, o tal vez con su ausencia. Si su padre y su madre habían llegado realmente a casarse era una de las muchas cosas de las que Karen no estaba segura, aunque su madre se hacía llamar «señora» y llevaba un anillo. No había fotos de la boda, pero las cosas se hacían de otro modo durante la guerra; todo el mundo lo decía. Había un matiz en el tono de voz de tía Vi que hacía que Karen se pusiera alerta: le daba la sensación de ser algo vergonzoso, una persona de la que solo se podía hablar indirectamente. No era del todo huérfana, pero llevaba esa mácula.

Karen no echaba de menos a su padre muerto, porque ¿cómo se puede echar de menos a alguien que no has conocido? Pero su madre le había dicho que debía echarlo de menos. Había una fotografía enmarcada de él —no con su madre, sino solo, de uniforme, con una expresión solemne en el rostro alargado y huesudo que de algún modo ya daba la impresión de estar muerto— que aparecía en la repisa de la chimenea y volvía a desaparecer según el estado de salud de la madre de Karen. Cuando se sentía con fuerzas para mirarla, la foto estaba allí; de otro modo, no. Karen utilizaba la fotografía de su padre como una especie de parte meteorológico. Cuando desaparecía, ella sabía que habría problemas y evitaba dar la lata, hacer la pascua, mosconear... (¿cómo era posible que ella hiciera tantas cosas al mismo tiempo?). Pero no siempre lo conseguía, o a veces lo conseguía demasiado bien y entonces su madre la acusaba de soñar despierta, de no ayudar, de no prestar atención, de que no le importaba una mierda nadie más que ella misma, y su voz subía y subía hasta alturas peligrosas, como un termómetro hasta la parte roja.

Karen procuraba ayudar, procuraba prestar atención. Habría prestado atención, solo que no sabía a qué se suponía que debía prestársela, y además había muchísimas cosas que necesitaba mirar, por los colores, y otras que necesitaba escuchar. Horas antes de una tormenta, cuando el cielo aún estaba azul y sin viento, notaba el susurro del rayo lejano corriéndole por los brazos. Oía el teléfono antes de que sonara, oía el dolor que crecía en las manos de su madre, acumulándose como el agua detrás de un dique, a punto de rebosar, y se quedaba parada en mitad de la habitación, aterrorizada, la mirada perdida, con todo el aire —decía su madre— de una idiota. «¡Estúpida!». Quizá sí que era estúpida, porque a veces no entendía lo que le decían.

No oía las palabras, oía más allá de las palabras; oía más bien las caras, y lo que había tras ellas. Por la noche se despertaba, de pie junto a la puerta de la calle, la mano en el tirador, y no sabía cómo había llegado allí.

«¿Por qué haces eso? ¿Por qué?», decía su madre, mientras la sacudía, y Karen no era capaz de contestar. «¡Dios mío, qué idiota eres! ¿No sabes lo que podría pasarte ahí fuera?». Pero Karen no lo sabía, y su madre decía: «¡Ya te enseñaré yo a ti! ¡Mala bestia!». Y entonces le pegaba en la parte de atrás de las piernas con un zapato, o bien con la espátula de hacer tortitas o el mango de la escoba, lo que tuviera más a mano, y una densa luz roja emanaba de su cuerpo y pasaba en parte a Karen, y Karen se retorció y gritaba. «Si tu padre estuviera vivo, sería él quien haría esto, y te lo haría mucho más fuerte, ¡créeme!». Pegar a Karen era la única función que la madre de Karen atribuyó jamás a su padre, de modo que esta se sentía secretamente aliviada por que no estuviera allí.

De ordinario la madre de Karen no decía «mierda», «Dios» ni «mala bestia», no usaba palabras soeces ni juramentos; solo cuando se encaminaba hacia una mala racha de nervios. Karen lloraba mucho cuando su madre la pegaba, no solo porque dolía, sino porque se esperaba de ella que se mostrara arrepentida, aunque no tenía muy claro de qué. Además, si no lloraba su madre seguía pegándole hasta que lo hacía. «¡Eres una niña dura!». Pero debía detenerse en el momento adecuado o su madre la pegaba por llorar. «¡Para ya de hacer ese ruido! ¡Para ahora mismo!». A veces Karen no podía parar y su madre tampoco, y estas eran las peores ocasiones. Su madre no podía evitarlo. Eran los nervios.

Después la madre de Karen se hincaba de rodillas, la cogía entre sus brazos y la estrechaba tan fuerte que apenas la dejaba respirar, y lloraba, y decía: «¡Lo siento, te quiero, no sé qué me ha cogido, lo siento!». Entonces Karen intentaba parar de llorar, intentaba sonreír, porque su madre la quería. Si te querían, entonces todo estaba bien. La madre de Karen se rociaba cada día con perfume Tabú; le horrorizaba la idea de oler mal. Así que este era el olor que había en la habitación durante esas palizas: el cálido Tabú.

A tía Vi no le gustaba mucho Karen, pero al menos no la tocaba, y en su casa no se estaba mal. Karen dormía en el cuarto de los invitados, que tenía unas inquietantes rosas en las cortinas, grandes como coliflores, naranjas y rosadas. La niña procuraba quitarse de en medio siempre que podía. Ayudaba con los platos sin que se lo pidieran, guardaba sus pañuelos bien doblados en el primer cajón de la cómoda y los calcetines por pares, y no se ensuciaba. «Es una niña bastante amable, pero muy poca cosita —dijo tía Vi por teléfono—. Algo pavisosa. Bueno, la visto y le doy de comer, no es muy difícil. Después de todo, solo es caridad cristiana, y nosotros tampoco tenemos hijos. No me molesta, de veras».

Tío Vern iba más allá. «¿Quién es mi niña?», preguntaba. Quería que Karen se sentara en sus rodillas, le acariciaba la cabeza, acercaba la cara a la de ella y sonreía, le hacía cosquillas debajo de los brazos; esto a Karen no le gustaba, pero igualmente

se reía con nerviosismo, porque se daba cuenta de que era lo que él quería. «Qué bien nos lo pasamos, ¿verdad?», decía jovialmente su tío; pero él no lo creía, solo era su idea de cómo tenía que portarse con ella. «No la atosigues», decía tía Vi con frialdad.

La tez de tío Vern era blanca por encima pero roja debajo. Segaba el césped en pantalón corto, los domingos por la tarde mientras tía Vi estaba en la iglesia, y en esas ocasiones se ponía aún más rojo, aunque la luz que rodeaba su cuerpo era turbia y de un oscuro marrón verdoso. Por las mañanas, cuando Karen aún estaba en la cama, le oía gruñir y gemir en el cuarto de baño. Ella se tapaba las orejas con la almohada.

«Anda dormida, pero tampoco tanto —dijo tía Vi por teléfono—. Cierro las puertas con llave y así no puede salir. No sé por qué Gloria arma tanto alboroto. Pero, claro, es que tiene los nervios destrozados. Ella sola con..., bueno, con una niña a su cargo, de esa manera..., me siento obligada a ayudarla. Naturalmente, también soy su hermana». Al decir esto bajó la voz, como si fuera un secreto.

Sus tíos no vivían en un apartamento, como su madre. Vivían en una casa, una casa nueva en las afueras, con todo el suelo enmoquetado. El negocio de complementos para el hogar de tío Vern contaba con una gran demanda, porque acababa de terminar la guerra, así que le iban bien las cosas, y justo entonces tío Vern y tía Vi se fueron de vacaciones. Viajaron a Hawai. Por eso Karen no podía alojarse con ellos y tenía que ir a casa de la abuela.

Tenía que ir, porque su madre necesitaba descanso. Lo necesitaba muchísimo; Karen sabía cuánto. Cuando se arrancó la falda almidonada de los muslos, también arrancó algo de piel, porque la noche anterior su madre había utilizado la espátula de hacer tortitas, no de plano, sino de canto; había utilizado el borde cortante y le había hecho sangre.

La abuela las estaba esperando en la estación con una desvencijada camioneta azul.

—Cómo estás, Gloria —le dijo a la madre de Karen, y le estrechó la mano como si fuesen unas desconocidas. Tenía las manos grandes y atezadas, al igual que la cara; una masa desordenada parecida a un nido gris blancuzco le cubría la cabeza; Karen tardó unos instantes en darse cuenta de que eran los cabellos. Vestía un mono, y no muy limpio—. Conque esta es la pequeña Karen. —Su rostro grande y arrugado descendió hacia ella, con una nariz como un pico y dos ojillos azules y brillantes bajo unas cejas de alambre, y aparecieron sus dientes, también grandes y asombrosamente regulares, tan blancos que casi eran luminosos. Sonreía—. No voy a comerte —le dijo a Karen—. Hoy no, al menos. Estás demasiado flaca. Antes tendré que engordarte.

—Por favor, mamá —dijo la madre de Karen en tono de reproche, con su dulce voz para los alumnos de segundo grado—. ¡Ella no sabe que lo dices en broma!

—Pues tendrá que aprender deprisa —dijo la abuela—. De todos modos, algo hay de verdad. Está demasiado flaca. Si yo tuviera un ternero así, diría que pasa hambre.

En el asiento de la camioneta había un collie blanco y negro, acostado sobre una sucia alfombrilla de cuadros.

—Detrás, *Glennie* —ordenó la abuela, y el perro enderezó las orejas, meneó la cola, saltó a tierra y trepó a la plataforma de la camioneta apoyándose en el parachoques trasero—. Ya podéis subir —dijo la abuela, y alzó a Karen como si fuera un saco y la depositó en el asiento—. Hazle sitio a tu madre.

Karen se deslizó sobre el asiento; le resultó doloroso, dado el estado de sus piernas. La madre de Karen miró los pelos del perro y vaciló.

—Adentro, Gloria —dijo la abuela con sequedad—. Está igual de sucio como lo ha estado siempre.

La abuela conducía deprisa, silbando sin melodía, un codo airosamente apoyado en la ventanilla. Las dos ventanillas estaban abiertas y el polvo de la grava entraba en oleadas, pero aun así el coche apestaba a perro viejo. La madre de Karen se quitó el sombrero blanco y asomó la cabeza por la ventanilla. Karen, aplastada entre las dos mujeres y un poco marcada, trató de imaginarse que era un perro, porque si lo fuera el olor le parecería agradable.

—¡De nuevo en casa! —exclamó alegremente la abuela. Giró por un camino lleno de baches y Karen vislumbró un enorme esqueleto, como un esqueleto de dinosaurio, entre las hierbas altas que crecían ante la casa. La cosa era de un rojo oxidado, con agudas espinas y muchos huesos encostrados que sobresalían de ella. Karen sintió deseos de preguntar qué era, pero aún temía demasiado a su abuela, y de todos modos la camioneta se había detenido y en torno al vehículo se había formado un gran alboroto, con ladridos, siseos, cloqueos y gruñidos, y su abuela gritaba:

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí! ¡Ea, ea, chicos y chicas!

Karen no alcanzaba a ver el exterior, así que miró a su madre. Su madre estaba sentada muy erguida, con el sombrero sobre las rodillas y los ojos firmemente cerrados, apretando los guantes de algodón blanco hasta formar una bola.

En la ventanilla apareció el rostro de la abuela.

—Por el amor de Dios, Gloria —dijo, y abrió la portezuela de un tirón—. Solo son las ocas.

—Estas ocas son asesinas —dijo la madre de Karen, pero bajó de la camioneta. Karen pensó que su madre no hubiera debido ponerse los zapatos blancos, ya que el patio delantero no era de césped, sino una extensión de barro, parte del cual estaba seco y parte no, y parte no era siquiera barro sino excrementos de diversas clases de animales. Karen solo reconocía los de perro, porque también había de eso en la ciudad. Ahora eran dos los perros, el collie blanco y negro y otro más grande, blanco y marrón, y en aquellos momentos estaban dirigiendo las ocas hacia el corral, ladrando y meneando las peludas colas. Había muchas moscas zumbando en el aire.

—Sí, pueden darte un buen picotazo —dijo la abuela de Karen—. ¡Pero has de plantarles cara! ¡Demostrarles que tienes temple! —Le tendió la mano a Karen, pero esta la rehusó.

—Puedo bajar yo sola —dijo, y su abuela lo aprobó.

—Así se habla.

La madre de Karen ya se había adelantado; llevaba el maletín en una mano y espantaba las moscas con el bolso mientras cruzaba cautelosamente el patio con sus tacones altos, esquivando los excrementos. La abuela aprovechó la ocasión para decir:

—Tu madre es una débil mental. Una histérica. Lo ha sido siempre. Espero que tú no lo seas.

—¿Qué es esa cosa? —dijo Karen, haciendo acopio de valor porque vio que era lo que se esperaba de ella.

—¿Qué cosa? —dijo la abuela. Apoyado contra sus piernas había un gorrino de tamaño mediano que olisqueaba los calcetines de Karen con su inquietante hocico, húmedo y tierno como un ojo, babeante como una boca—. Se llama *Pinky*. Es un cerdo.

—No —dijo Karen. Ya sabía que era un cerdo, había visto fotos—. Aquella cosa grande, allí delante.

—Un viejo cultivador —dijo su abuela, dejando a Karen en la duda respecto a qué era un cultivador—. ¡Vamos! —Echó a andar a grandes zancadas hacia la puerta con la maleta de Karen bajo un brazo, y Karen la siguió al trote. A lo lejos se oían más ladridos y cloqueos. El cerdo fue tras ellas hasta la casa y, para sorpresa de Karen, entró sin detenerse. Sabía abrir la puerta mosquitera con el morro.

Se encontraron en la cocina, que no se parecía tanto a un vertedero como Karen se había imaginado. Había una mesa ovalada cubierta con un hule —verde claro con un estampado de fresas— sobre el cual reposaban una enorme tetera y varios platos usados. Había unas cuantas sillas pintadas de verde manzana, una cocina de leña y un combado sofá de terciopelo marrón con montones de periódicos. En el suelo había más periódicos, con una deshilachada alfombra de estambre extendida sobre ellos.

La madre de Karen estaba sentada en una mecedora al lado de la ventana, con expresión fatigada. Su conjunto de lino estaba lleno de arrugas. Se había quitado los zapatos y se abanicaba con el sombrero, y cuando vio entrar el cerdo en la habitación emitió un grito.

—No te preocupes, está acostumbrado a estar en casa —dijo la abuela.

—Esto es demasiado —dijo la madre de Karen con voz tensa y furiosa.

—Es más limpio que mucha gente —dijo la abuela—. Y más listo también. Además, estamos en mi casa. En tu casa puedes hacer lo que quieras. No te he pedido que vinieras ni te pediré que te vayas, pero mientras estés aquí tendrás que tomarte las cosas como las encuentres.

Rascó al cerdo detrás de las orejas y le dio una palmada en el lomo, y el animal gruñó suavemente, alzó la mirada hacia ella con los párpados entornados y acto seguido se dejó caer de costado sobre la alfombra de estambre. La madre de Karen rompió a llorar, se levantó de un salto y salió de la cocina sin calzarse, con los

guantes blancos apretados contra los ojos. La abuela de Karen se echó a reír.

—Tranquila, Gloria —le gritó—. ¡*Pinky* no puede subir las escaleras!

—¿Por qué no? —dijo Karen. Su voz fue casi un susurro. Nunca había oído que nadie hablara a su madre de esa manera.

—Tiene las patas demasiado cortas —dijo su abuela—. Ahora, ve a quitarte este vestido, si tienes otra clase de ropa, y ayúdame a lavar las patatas. —Suspiró—. Hubiera debido tener hijos varones.

Karen abrió la maleta, sacó los pantalones largos de algodón y se los puso en una habitación que su abuela denominaba el salón de atrás. No quería ponerse los pantalones cortos por las señales de las piernas. Eso era un secreto entre ella y su madre. Se suponía que no debía contárselo a nadie, lo del mango de la escoba o la espátula de hacer tortitas, porque si lo contaba habría problemas, como los hubo cuando su madre le pegó en la cara a uno de los chicos de segundo grado y estuvo a punto de perder el empleo, ¿y qué comerían entonces?

—Después te enseñaré tu habitación, cuando a Gloria se le pase la llantina —dijo su abuela. A continuación, Karen le ayudó a lavar las patatas. Lo hicieron en una cocina más pequeña, al lado de la principal, en la que había un hornillo eléctrico y un fregadero de zinc con un grifo de agua fría. A esta habitación su abuela la llamaba la despensa. El cerdo entró con ellas y gruñó esperanzado hasta que lo hicieron salir.

—Ahora no, *Pinky* —dijo la abuela—. Si come demasiadas patatas crudas se pone enfermo. Pero le gustan muchísimo. También le gusta la bebida, y le sienta igual de mal. A la mayoría de los animales les gusta coger una buena borrachera si tienen ocasión.

Para cenar tomaron las patatas, hervidas, y un guiso de pollo con galletas. Karen no tenía mucho apetito y les dio a hurtadillas parte de su cena al cerdo y a los dos perros, que estaban debajo de la mesa. Su abuela vio lo que hacía pero no le dijo nada, así que Karen comprendió que era aceptable.

Su madre bajó a cenar sin haberse cambiado de ropa, con la cara lavada, la boca recién pintada y los labios severamente apretados. Karen conocía esa expresión: significaba que su madre estaba dispuesta a aguantar hasta el final o... ¿O qué? O las cosas se pondrían algo feas para Karen.

—¿Tienes servilletas, mamá? —dijo la madre de Karen. Su boca se contrajo en una brusca sonrisa, como si sendos hilos tirasen de las comisuras hacia arriba.

—¿Si tengo que? —dijo la abuela.

—Servilletas de mesa —dijo su madre.

—Caramba, Gloria, utiliza la manga dijo la abuela.

La madre de Karen se volvió hacia esta y frunció la nariz.

—¿Tú ves alguna manga? —dijo. Se había quitado la chaqueta, de modo que tenía los brazos desnudos. Había adoptado otro enfoque: había decidido que las dos encontrarían cómica a la abuela.

La abuela advirtió esa mirada y enarcó las cejas.

—Están en el cajón, como siempre —dijo—. No soy una salvaje, pero esto tampoco es una cena de gala. Si alguien las quiere, puede ir a buscarlas.

De postre hubo compota, y después un té fuerte con leche. La abuela le tendió una taza a Karen, y su madre dijo:

—Mamá, Karen no bebe té.

—Ahora sí —dijo la abuela. Karen creyó que habría una discusión, pero la abuela añadió—: Si la dejas conmigo, la dejas conmigo. Claro que siempre puedes llevártela. —La madre de Karen cerró firmemente la boca.

Cuando la abuela de Karen hubo terminado de cenar, volvió a echar en la olla los huesos de pollo que habían quedado en los platos y dejó los platos en el suelo. Los animales se congregaron en torno a ellos y empezaron a lamer y sorber.

—En los platos, no —dijo con desmayo la madre de Karen.

—Tienen menos microbios en la lengua que un ser humano —dijo la abuela.

—Estás loca, ¿lo sabías? —dijo la madre de Karen con voz destemplada—. ¡Deberían encerrarte! —Se llevó un puño a la boca y salió corriendo al patio. La abuela la siguió con la mirada. Después, se encogió de hombros y siguió tomándose el té.

—Hay limpieza por dentro y limpieza por fuera —dijo—. La limpieza por dentro es mejor, pero Gloria nunca ha sabido distinguirlas.

Karen no sabía qué hacer. Pensó en su estómago, donde ahora había baba de animales y microbios de cerdo y de perro; pero, extrañamente, no sintió náuseas.

Cuando Karen subió más tarde, oyó llorar a su madre, un sonido que había oído muchas veces. Se dirigió con cautela al dormitorio del que procedía el sonido. Su madre estaba sentada en el borde de la cama, con un aire tan desolado como jamás le había visto Karen.

—Nunca fue una verdadera madre —sollozaba—. ¡Nunca lo fue!

Abrazó a Karen con fuerza y lloró sobre su cabello, y Karen se preguntó qué había querido decir.

La madre de Karen se marchó al día siguiente, antes de desayunar. Dijo que debía regresar a la ciudad, que tenía hora en el médico. La abuela de Karen la condujo a la estación y la niña fue con ellas, para decirle adiós. Llevaba los pantalones largos, por lo de las piernas, que volvían a dolerle. Su madre le rodeó los hombros con un brazo y la mantuvo apretada contra sí durante todo el camino.

Antes de poner en marcha la camioneta, la abuela hizo salir las ocas del corral.

—Son ocas guardianas —dijo—. Entre ellas y *Cully* se encargan de todo. Si alguien trata de entrar, *Cully* lo derribará y las ocas le sacarán los ojos a picotazos. ¡Quieto, *Cully*! Ven aquí, *Glenn*. —Condujo tan deprisa como el día anterior, casi por el centro de la carretera, pero esta vez sin silbar.

Cuando llegó el momento de despedirse en la estación, la madre de Karen le dio un beso en la mejilla, la abrazó y dijo que la quería, y le encargó que se portara como una buena chica. A la abuela no la besó. Ni siquiera le dijo adiós. Karen observó el

rostro de su abuela: estaba hermético como una caja.

Karen quiso esperar hasta que el tren empezara a andar, y eso hicieron. Su madre agitó la mano desde la ventanilla, los guantes blancos aleteando como banderas. Fue la última vez que vio a su auténtica madre, la que aún podía sonreír y saludar con la mano, aunque en aquel momento no lo sabía.

Después, Karen y su abuela volvieron a la granja y desayunaron gachas de avena con azúcar moreno y densa crema de leche. Después de la partida de su madre, la abuela no se mostró muy conversadora.

Karen contempló a su abuela desde el otro lado de la mesa. La contempló detenidamente. La abuela era mayor de lo que Karen había creído el día anterior; su cuello era más huesudo, los párpados más arrugados. Alrededor de su cabeza brillaba una tenue luz azul claro. Karen ya había llegado a la conclusión de que la dentadura era postiza.

Después de desayunar, la abuela de Karen le pregunta:

—¿Estás enferma?

—No —dice Karen. Todavía le duelen las piernas, pero eso no es una enfermedad; eso no es nada, porque su madre dice que no es nada. No quiere quedarse en la cama, quiere salir fuera. Quiere ver las gallinas.

Su abuela le dirige una mirada inquisitiva, pero solo dice:

—¿No quieres ponerte los pantalones cortos? Hoy va a hacer un calor de muerte.

Pero Karen vuelve a decir que no y salen a buscar los huevos. Los perros y el cerdo no pueden ir con ellas, porque los perros intentarían pastorear a las gallinas y al cerdo le gustan los huevos. Se quedan los tres tendidos en el suelo de la cocina, los perros meneando lentamente la cola, el cerdo con aspecto pensativo. La abuela de Karen lleva una cesta con un paño de cocina dentro, para poner los huevos.

El cielo es de un azul muy brillante, tan encendido como ese charco de color ardiente que produce un puñetazo en el ojo; el sonido agudo y penetrante de las cigarras taladra la cabeza de Karen como un alambre. Los contornos de la cabellera de su abuela atrapan el sol y refulgen como lana en llamas. Avanzan por el sendero entre hierbas altas, cardos y biznagas, que desprenden un aroma tan intenso y tan verde como Karen nunca lo había oído y que se mezcla con los olores agrícolos del corral de tal manera que ella no sabe si huele bien o mal, o si es sencillamente un olor tan denso y poderoso que genera una opresión comparable a la de la asfixia.

El gallinero está junto a la cerca de malla que rodea el jardín; dentro de la cerca hay caballones de patatas, una rizada hilera de lechugas y trípodes de palo por los que trepan las judías, en torno a cuyas flores rojas zumban las abejas.

—Patatas, lechugas, judías —dice la abuela, a Karen o tal vez a sí misma—. Gallinas —dice cuando llegan ante el gallinero.

Las gallinas son de dos clases: unas blancas con las carunculas rojas y otras de un castaño rojizo. Rascan el suelo, cacarean y escrutan a Karen con sus amarillentos ojos de lagarto, primero un ojo y después el otro; por sus plumas corren destellos de luz multicolor, como rocío. Karen las mira y las remira hasta que su abuela la coge del brazo.

—Aquí fuera no hay huevos —dice.

Dentro del gallinero está oscuro y huele a moho. La abuela de Karen busca a tientas en las cajas llenas de paja y debajo de las dos gallinas que aún están allí, y mete los huevos en la cesta. Le da un huevo a Karen para que lo lleve ella. De su interior brota un tierno resplandor. Está un poco húmedo; lleva pegados restos de mierda de gallina y briznas de paja. Además, está caliente. Karen nota que le palpita la parte posterior de las piernas y que el calor del huevo le sube a la cabeza. El huevo es blando al tacto, como un corazón palpitante envuelto en un cascarón de goma. Crece en sus manos, se hincha, y mientras regresan por el huerto, con el fulgor del sol

y la vibración de las abejas, se hace tan grande que Karen tiene que soltarlo.

Después de eso se encontró en la cama, tendida boca abajo. Su abuela le estaba lavando las piernas.

—No fui la madre adecuada para ella —dijo la abuela—. Ni ella la hija adecuada para mí. Y mira ahora. Pero ya no tiene remedio. —Apoyó sus manos grandes y nudosas sobre las piernas de Karen y al principio le dolió más, pero después notó un calor cada vez más intenso, y después frescor, y después de eso se durmió.

Cuando despertó estaba fuera. Era de noche, pero había media luna; a la luz de la luna vio los troncos de los árboles y las sombras que proyectaban las ramas. Al principio se asustó porque no sabía dónde estaba ni cómo había llegado allí. Percibió un olor dulce e intenso, un tenue centelleo de flores —algodoncillos, como supo luego— y el aleteo de muchas mariposas nocturnas, que la besaban con los copos blancos de sus alas. En algún lugar cercano corría agua.

Oyó una respiración. Después, notó un hocico húmedo en la mano y algo la rozó. Los dos perros estaban con ella, uno a cada lado. ¿Habían ladrado cuando salió de la casa? Karen no lo sabía, no los había oído. Pero su presencia hizo que dejara de preocuparse, porque ellos conocerían el camino de vuelta. Permaneció allí de pie un largo rato, respirando, respirando el olor de los árboles, los perros, las flores nocturnas y el agua, porque aquello era lo mejor, era lo que ella quería, estar fuera a solas en la noche. Ya no se encontraba mal.

Al fin los perros la empujaron con suavidad, le hicieron dar la vuelta, la condujeron hacia la mole oscura de la casa. No había ninguna luz encendida; Karen creyó que podría subir a su habitación y meterse en la cama sin que su abuela se enterase. No quería que la sacudiera, que le dijese que era una niña dura ni que le pegara con nada. Pero cuando llegó a la casa su abuela estaba de pie ante el umbral, enfundada en un largo camisón claro y con el cabello que se veía plumoso a la luz de la luna, sosteniendo la puerta abierta, y no le dijo nada en absoluto. Se limitó a inclinar la cabeza en un gesto de asentimiento, y Karen pasó al interior.

Se sintió bien recibida, como si la casa fuese distinta por la noche; como si fuese la primera vez que entraba en ella. Ahora sabía que su abuela caminaba dormida, como ella, y que también veía en la oscuridad.

Por la mañana, Karen se palpó la parte posterior de las piernas. No le dolía nada. Lo único que notó, en lugar de las ronchas pegajosas que tenía antes, fue unas líneas muy finas, como cabellos; como grietas en un espejo.

La habitación en la que dormía Karen era la más pequeña del piso alto. Antes había sido el cuarto de su madre. La cama era estrecha; la cabecera, de madera barnizada en un tono oscuro, estaba cubierta de arañazos, y el cobertor blanco parecía hecho con muchas orugas entretejidas. Había también una cómoda pintada de azul con una silla de madera del mismo color. Los cajones estaban forrados con papel de periódico; Karen guardaba en ellos la ropa doblada. Las cortinas tenían un desteñido estampado de nomeolvides. Por las mañanas el sol pasaba a través de ellas y revelaba

el polvo en las superficies y en los listones de la silla. Había una estera trenzada, gastada por el uso, y un armario oscuro que ocupaba todo un rincón.

Karen sabía que su madre detestaba esa habitación. A ella no le parecía mal, aunque tenía algunas cosas que se le antojaban extrañas. En el armario del gran dormitorio de la parte delantera donde dormía su abuela había una hilera de botas de hombre. No había cuarto de baño, solo un excusado fuera de la casa, con una caja de cal viva y una pequeña pala de madera para echar la cal por el agujero. Había un salón delantero con cortinas oscuras que contenía una colección de puntas de flecha indias recogidas en los campos, y grandes montones de periódicos atrasados esparcidos por el suelo. En una de las paredes había una fotografía enmarcada del abuelo de Karen, tomada hacía mucho tiempo, antes de que lo aplastara un tractor.

—No se crio entre tractores —le dijo la abuela—. Solo entre caballos. El maldito cacharro le pasó por encima. Tu madre vio cómo ocurría. Solo tenía diez años, y quizá fue entonces cuando se le cruzaron los cables. Él decía que había sido por su propia culpa, por trastear con los inventos del Diablo. Vivió una semana, pero no pude hacer nada por él. Con los huesos no puedo hacer nada. —Todo esto lo dijo más para sí misma que para Karen, como muchas otras cosas que decía.

El tractor aún estaba en el cobertizo de las máquinas; su abuela solía conducirlo hasta que se hizo demasiado vieja. Ahora sus campos los araba Ron Sloane, que vivía un poco más abajo y utilizaba su propio tractor, su propia cosechadora, su propia maquinaria. Cuando Karen llevaba un par de semanas en la granja, una de las gallinas se puso clueca e hizo un nido en el asiento del tractor en vez de hacerlo en su caja. Karen la encontró sentada encima de veintitrés huevos.

—Suelen hacerlo —dijo la abuela—. Saben que nos llevamos los huevos, así que se van a empollarlos a escondidas. Y las demás gallinas le han llevado sus propios huevos. Así se ahorran la molestia. Son unas perezosas.

Tuvieron que devolver aquella gallina al gallinero, de todos modos, a causa de las comadreas.

—Vienen por la noche —dijo la abuela de Karen—. Les muerden el cuello a los pollos y les chupan la sangre. —Las comadreas eran tan delgadas que podían escurrirse por cualquier grieta. Karen se las imaginó, unos animales largos y delgados como serpientes, fríos y silenciosos, que se cuelan por las paredes, con la boca abierta, los afilados colmillos a punto, los ojos relucientes y malignos. Una noche, después de oscurecer, su abuela la mandó al gallinero con la linterna mientras ella se quedaba fuera para ver si había grietas en los tablones por las que se filtrara la luz—. Entra una comadreja en el gallinero —le explicó—, y adiós gallinas. No matan para comer —le dijo—. Matan por puro placer.

Karen examinó la fotografía de su abuelo. Las fotos nunca le decían gran cosa: las personas que aparecían en ellas eran planas, en papel blanco y negro, y no emitían ninguna luz. El abuelo tenía barba y unas pobladas cejas, y llevaba un traje negro y sombrero; no sonreía. La abuela de Karen le dijo que había sido menonita, hasta que

se casó con ella y rompió con su comunidad. Karen no le encontró ningún sentido a esta explicación, porque no sabía qué eran los menonitas. Su abuela le dijo que eran una secta religiosa. Se negaban a utilizar los artefactos modernos, solo se relacionaban entre ellos, eran buenos agricultores. Siempre se podía reconocer una granja menonita porque araban los campos hasta el mismo borde. Además, no admitían la guerra. Se negaban a combatir.

—En tiempo de guerra no despiertan muchas simpatías —le dijo—. Hay gente por aquí que todavía no me dirige la palabra, a causa de él.

—Yo tampoco admito la guerra —dijo Karen en tono solemne. Acababa de decidirlo en aquel mismo instante. Era la guerra lo que le había provocado tantos nervios a su madre.

—Bueno, ya sé que Jesús dijo que había que dar la otra mejilla, pero Dios dijo que ojo por ojo —declaro su abuela—. Si empiezan a matar a tu gente, has de defenderte. Eso opino yo.

—También puedes irte a otro sitio —dijo Karen.

—Eso hicieron los menonitas —dijo su abuela—. El problema es, ¿qué ocurre cuando no hay ningún otro sitio al que ir? ¡Contéstame a eso, le digo! —Su abuela solía hablar del abuelo como si aún viviera: «Le gusta un buen estofado para cenar», o «Nunca escatima en lo necesario». Karen empezó a preguntarse si realmente vivía aún, de alguna manera. Si estaba en alguna parte, tenía que ser en el salón delantero.

Quizás era por eso por lo que nunca utilizaban el salón delantero, solo el de atrás. Se sentaban las dos allí y la abuela de Karen se ponía a hacer punto, un colorido recuadro de manta tras otro, y escuchaban la radio, sobre todo las noticias y el tiempo. A la abuela de Karen le gustaba saber si iba a llover, aunque aseguraba que era capaz de prever el tiempo mejor que la radio, que sentía la lluvia en los huesos. Todas las tardes se quedaba dormida en el sofá, envuelta en una de las mantas terminadas, con la dentadura en un vaso de agua y el cerdo y los dos perros montando guardia. Por las mañanas se mostraba enérgica y animada; silbaba, hablaba con Karen y le decía lo que tenía que hacer, porque había una manera correcta y una manera incorrecta de hacerlo todo. Pero por las tardes, después de comer, languidecía y empezaba a bostezar, y entonces decía que solo iba a sentarse un minuto.

A Karen no le gustaba estar despierta mientras su abuela dormía. Era la única parte de la jornada que le infundía temor. El resto del día estaba atareada, podía ayudar. Arrancaba malas hierbas del huerto, recogía los huevos, al principio con su abuela y después ella sola. Secaba los platos, daba de comer a los perros. Pero cuando su abuela dormía ella ni siquiera salía de casa, porque no quería alejarse demasiado. Se quedaba en la cocina. A veces miraba los viejos periódicos. Buscaba las páginas cómicas del fin de semana y las examinaba: si acercabas los ojos al papel, las caras se disolvían en minúsculos puntos de color. Otras veces se sentaba ante la mesa de la cocina y dibujaba con un cabo de lápiz sobre trozos sueltos de papel. Al principio intentaba escribir cartas a su madre. Sabía hacer las letras de imprenta, lo había

aprendido en la escuela. «Querida mamá», «¿Cómo estás?», «Te quiere, Karen». Después bajaba hasta el buzón que había al pie de la carretera, depositaba la carta dentro y alzaba la banderita roja de metal. Pero nunca llegaba respuesta.

Así que en vez de escribir se sentaba y dibujaba con el cabo de lápiz; o no dibujaba. Escuchaba. Su abuela roncaba, y a veces farfullaba en sueños. Oía el zumbido de las moscas, el de las vacas lejanas, el graznar de las ocas, un coche en la distancia, por la carretera de grava que pasaba ante la finca. Y otros sonidos. El goteo del grifo en el fregadero de la despensa. Pasos en el salón delantero, un crujido, ¿qué ha sido eso? ¿La mecedora que hay allí?, ¿el duro sofá? Se sentaba muy quieta, helada en el calor de la tarde, con el vello de los brazos erizado, esperando a ver si los pasos se acercaban.

Los domingos su abuela se ponía un vestido, pero no iba a la iglesia; no era como la tía Vi, que los domingos iba dos veces. Lo que hacía ella era sacar la enorme Biblia de la familia del salón delantero y colocarla de pie sobre la mesa de la cocina. Cerraba los ojos, hundía un alfiler entre las hojas y abría la Biblia por la página que el alfiler había elegido.

«Ahora tú», le decía a Karen, y Karen cogía el alfiler, cerraba los ojos y sostenía la mano sobre el volumen hasta que notaba una atracción hacia abajo. Entonces su abuela leía el pasaje que el alfiler señalaba.

—«Si alguno entre vosotros pareciese sabio en las cosas de este mundo, que se vuelva necio para llegar a ser sabio —leía—. Pues la sabiduría de este mundo es necedad ante el Señor». Bien, creo que ya sé a quién se refiere esto. —Y asentía con la cabeza.

A veces, empero, quedaba perpleja.

—«Los perros devorarán a Jezabel junto a los muros de Jezreel» —leía—. Ahora sí que no tengo ni idea de quién puede ser esta persona. Debe de estar muy en el futuro.

Solo leía un versículo cada domingo. Cuando terminaba, cerraba la Biblia y la devolvía al salón, y después volvía a ponerse el mono y salía a hacer las tareas de la granja.

Karen está arrodillada en el huerto. Recoge judías y las va echando en el cesto, judías amarillas. Las recoge despacio, una judía cada vez. Su abuela es capaz de recogerlas con las dos manos al mismo tiempo, sin mirar siquiera, del mismo modo en que hace punto; pero ella ha de mirar, ha de buscar la judía antes de cogerla. El sol está al rojo vivo. Karen lleva los pantalones cortos y una blusa sin mangas, y el sombrero de paja que su abuela le hace poner para que no coja una insolación. Agazapada de esta manera es casi invisible, porque las plantas son muy grandes. Los girasoles la contemplan con su enorme ojo marrón, y sus pétalos amarillos son como radios de fuego seco.

El aire vibra como celofán, una hoja transparente de celofán sacudida sobre los campos llanos, y crepita con la estática de los saltamontes. Buen tiempo para segar el

heno. Desde dos campos más allá llega el zumbido del tractor de Ron Sloane, el traqueteo y los golpes secos de la cosechadora. Luego se hace el silencio. Karen llega al extremo de la hilera de judías. Arranca una zanahoria, le quita la tierra con los dedos, la frota contra la pierna y le da un mordisco. Sabe que primero tiene que lavarla, pero le gusta el sabor a tierra.

Oye el ruido de un motor. Una camioneta descubierta de color verde oscuro se acerca por el camino. Viene deprisa, bamboleándose de lado a lado sobre la grava. Karen conoce esa camioneta: es la de Ron Sloane.

¿Por qué no está en el campo, por qué viene hacia aquí? Casi nadie las visita. Su abuela no tiene una gran opinión de los vecinos. Dice que piensan tonterías y que chismorrean, y que se la quedan mirando cuando se cruzan con ella por la calle, cuando va de compras al pueblo. Y es verdad, Karen ha visto cómo lo hacen.

La camioneta derrapa hasta detenerse; hay un alboroto de ocas, los perros ladran. La portezuela de la camioneta se abre y Ron Sloane cae hacia fuera. Baja al suelo trastabillando, sujetándose el brazo. La tez bronceada de su cara parece una bolsa de papel marrón; todo el color rosado ha desaparecido de ella.

—¿Dónde está? —le dice a Karen. Huele a sudor y a miedo. Lleva la manga rasgada y le gotea sangre del brazo. Le chorrea sangre, ve ella enseguida. El dolor, el peligro surgen del brazo en ondas de perturbación de un brillante color rojo. Karen quiere gritar, pero no puede; no puede moverse. Llama a su abuela dentro de la cabeza, y su abuela aparece por una esquina de la casa llevando un cubo. Ella también ve la sangre y deja caer el cubo.

—Dios Todopoderoso —exclama—. Ron.

Ron Sloane vuelve el rostro hacia ella y su expresión es de abyecta y desvalida súplica.

—La maldita cosechadora. —Es lo único que dice.

La abuela de Karen se precipita hacia él.

—¡Chicos y chicas, chicos y chicas! —les grita a los perros y las ocas. Vete, *Cully*. —Y se produce una retirada entre ladridos y graznidos—. Se arreglará —le dice a Ron. Extiende la mano y lo toca, le toca el brazo, y dice algo. Lo que Karen ve es luz, un resplandor azul que brota de la mano de su abuela, y enseguida la luz desaparece y ya no brota más sangre—. Hecho —le dice a Ron—. Pero tienes que ir a un hospital. Lo único que puedo hacer es cortar la sangría. Te llevaré yo, tú no estás en condiciones. Ha sido una vena; dentro de media hora volverá a sangrar. Ve a buscar un paño mojado —le dice a Karen—. Un paño de cocina. Agua fría.

Karen se sienta en la plataforma de carga de la camioneta de su abuela, con *Glennie*, el perro. Ahora siempre se sienta ahí, si puede. El aire se arremolina a su alrededor, la cabellera aletea junto a su cara, los árboles quedan atrás como una mancha borrosa, es casi igual que volar. Llegan al hospital, que está a treinta kilómetros de distancia, en el mismo pueblo que la estación de tren; Ron baja de la camioneta, pero enseguida tiene que sentarse con la cabeza agachada, y entonces la

abuela de Karen lo rodea con un brazo y entran en el hospital tambaleándose como una pareja de participantes en una carrera de tres piernas. Karen y *Glennic* esperan en la camioneta.

Al cabo de un rato sale la abuela. Dice que Ron Sloane ha de quedarse en el hospital para que lo cosan, y que se pondrá bien. Emprenden el camino de vuelta para contarle a la señora Sloane lo que le ha ocurrido a Ron, para que no se preocupe. Se sientan ante la mesa de la cocina de la señora Sloane y la abuela de Karen acepta una taza de té y Karen un vaso de limonada. La señora Sloane llora y le da las gracias, pero la abuela no contesta «de nada». Se limita a inclinar la cabeza, con cierta rigidez, y dice:

—No me lo agradezca. No soy yo quien lo hace.

La señora Sloane tiene una hija de catorce años, con el cabello muy claro, más claro que el de Karen, los ojos rosados y la piel desprovista de color. La muchacha saca una bandeja de galletas de la tienda y se queda mirando a la abuela de Karen como si fueran a saltársele los ojos de las cuencas. A la señora Sloane no le gusta la abuela de Karen, aunque insiste en servirle otra taza de té. A la hija de cabellos blancos tampoco le gusta. Las dos le tienen miedo. El temor envuelve por completo sus cuerpos, con pequeños estremecimientos grises y helados, como una ráfaga de viento sobre un estanque. Le tienen miedo y Karen no; o no tanto. A ella también le gustaría tocar la sangre, le gustaría ser capaz de detenerla.

Por las tardes, cuando refresca, Karen y su abuela visitan el cementerio. Está a poco más de un kilómetro de distancia. En esas ocasiones la abuela de Karen se pone el vestido, pero Karen no tiene que hacerlo.

Siempre van a pie, nunca en la camioneta. Siguen la carretera de grava, bordeando las cercas, las cunetas y las hierbas cubiertas de polvo, y Karen coge la mano de su abuela. Es el único momento en que lo hace. Ahora la coge de una manera distinta, percibiendo las venas fibrosas, las protuberancias de hueso y la piel floja no como «viejas», sino como un color. El color azul claro. Es una mano con poder.

El cementerio es pequeño; la iglesia que se alza a su lado también es pequeña, y está vacía. La gente que la frecuentaba ha construido una iglesia nueva, más grande, junto a la carretera principal.

—Aquí es donde encerramos a las mujeres y los niños cuando vinieron los fenianos —dice la abuela de Karen—. En esta misma iglesia.

—¿Qué son los fenianos? —dice Karen. La palabra le recuerda un laxante, la ha oído por la radio. «Feen-a-mints».

—Escoria de los Estados Unidos —dice la abuela—. Irlandeses. Querían guerra. Aunque tenían los ojos más grandes que el estómago. —Habla de ese acontecimiento como si hubiera ocurrido el otro día, pero en realidad sucedió hace mucho tiempo. Más de setenta años.

—Nosotras no somos irlandesas —dice Karen.

—Ni por asomo —dice su abuela—, aunque tu bisabuela sí que lo era. —Ella es escocesa, en parte, de modo que Karen también es en parte escocesa. Tiene una parte escocesa, una parte inglesa, una parte menonita y una parte de lo que fuera su padre. Según su abuela, lo mejor que se puede ser es escocesa.

El cementerio está cubierto de maleza, aunque todavía sigue viniendo alguien: la hierba de algunas tumbas está segada. La abuela sabe dónde está enterrado todo el mundo, y por qué: un accidente de tráfico en un cruce de carreteras, cuatro muertos, habían bebido; un hombre que se pegó un tiro con su propia escopeta, todos lo sabían, pero no querían decirlo porque entonces hubiera sido un suicidio y el suicidio era una vergüenza. Una señora y su recién nacido, el recién nacido en una tumba más pequeña, como una cama minúscula; otra vergüenza, porque el bebé no tenía un auténtico padre. Aunque: «Todos los padres son auténticos —dice la abuela—, pero no todos son adecuados». Sobre las tumbas hay cabezas de ángel, urnas con sauces, corderos de piedra, flores de piedra; y flores de verdad también, marchitándose en botes de mermelada.

El padre y la madre de la abuela están ahí, y sus dos hermanos. Lleva a Karen a que los vea; no dice «sus tumbas», dice «ellos». Pero, sobre todo, desea ver al abuelo de Karen.

Su nombre está inscrito en la lápida, y sus dos números: el año del nacimiento y el de la muerte.

—Quizás habría debido mandarlo de vuelta con los menonitas —dice—. A lo mejor le gustaría estar con su gente. Pero lo más probable es que no lo hubieran aceptado. Y de todas formas, está mejor aquí conmigo.

Debajo de su nombre está grabado el de la abuela, pero falta el número de la derecha.

—He tenido que arreglarlo por adelantado —le dice a Karen—. Después no habría nadie que lo hiciera. Esa Gloria y esa Vi seguramente me tirarían a una zanja, para ahorrar dinero. Están esperando que me muera para venderse la granja. O me llevarían a esa ciudad, a algún agujero en el suelo. Pero he sido más lista que ellas, me he comprado mi propia lápida. Ahora ya está todo arreglado, pase lo que pase.

—No quiero que te mueras —dice Karen. Y es verdad. La abuela es un refugio para ella, aunque sea dura. O precisamente porque es dura. No es movediza, no es acuosa. No cambia.

La abuela alza la barbilla.

—No pienso morirme —dice—. Lo único que muere es el cuerpo. —Mira a Karen con ojos encendidos; tiene un aspecto casi feroz. Su cabello es como una mata de cardos, cuando ya han empezado a echar semilla.

«¿Amaba Karen a su abuela?», piensa Charis, a mitad de camino a la isla, sentada en la popa del transbordador, y se evoca a sí misma recordando. A veces sí, a veces no. «Amor» es una palabra demasiado simple para tal mezcla de colores intensos y suaves, de sabores penetrantes y aristas rasposas. «Hay más de una manera de

despellejar un gato», solía decir su abuela, y Karen se encogía, porque no le resultaba difícil imaginarse a su abuela despellejando uno. La abuela salía al amanecer con su rifle calibre 22 y cazaba marmotas; a veces, también conejos, con los que preparaba estofados. Mataba las gallinas cuando eran demasiado viejas para poner o, sencillamente, cuando quería comer pollo. Les cortaba la cabeza con un hacha, sobre el bloque de madera, y las aves corrían en silencio por el corral con un surtidor de sangre en el cuello; el humo gris de su vida se alzaba de ellas y el arco iris de luz que las envolvía se iba difuminando hasta apagarse por completo. Después, las desplumaba, las destripaba y les chamuscaba los cañones de las plumas nacientes con una vela, y una vez guisadas separaba el hueso en forma de «V», el de los deseos, y lo dejaba secar en el alféizar. Ya tenía cinco allí. Una vez Karen quiso que rompieran uno entre las dos, pero su abuela le preguntó: «¿Tienes algún deseo?», y a Karen no se le ocurrió ninguno. «Pues guárdalos para cuando los necesites», dijo su abuela.

Ahora Karen hace más preguntas; hace más cosas. Su abuela dice que está templándose. Cuando va ella sola al gallinero a buscar los huevos, aparta a manotazos las gallinas que intentan picotearla, y si el gallo se abalanza hacia sus piernas desnudas, le da una patada; a veces lleva un bastón, para quitárselo de encima. «Es un viejo sinvergüenza —dice la abuela—. No le consientas nada. Dale un buen bastonazo y te respetará».

Una mañana están comiendo tocino y su abuela dice:

—Este es *Pinky*.

—¿*Pinky*? —dice Karen. El cerdo *Pinky* está tendido sobre la alfombra de estambre, donde suele estar durante las comidas, observándolas con sus ojos de pestañas erizadas mientras espera las sobras—. ¡Pero si *Pinky* está aquí!

—Este es el *Pinky* del año pasado —dice su abuela—. Cada año hay uno nuevo. —Mira a Karen desde el otro lado de la mesa. Su expresión es maliciosa; está esperando a ver cómo se lo toma.

Karen no sabe qué hacer. Podría echarse a llorar, levantarse de un salto y salir corriendo de la habitación, que es lo que haría su madre y lo que ella tiene ganas de hacer. En vez de eso, deja el tenedor, se saca de la boca el gomoso pedazo de tocino masticado y lo deja suavemente en el plato, y ahí se acaba el tocino para ella, en ese mismo instante, para siempre.

—Pero, bueno, por el amor de Dios —dice su abuela, afligida pero con cierto desdén. Es como si Karen hubiera fallado en algo—. Solo son cerdos. Son bonitos cuando son pequeños, y listos, pero si los dejara vivir se harían demasiado grandes. Son agresivos cuando crecen, son astutos, te comerían viva. ¡Nada más verte te tragarían de un bocado!

Karen se imagina a *Pinky* correteando por el corral con la cabeza cortada, mientras el humo gris de su vida se escapa de él y su luz irisada se va apagando hasta que desaparece. Su abuela será lo que sea, pero también es una mujer que mata. No es de extrañar que las demás personas le tengan miedo.

Llegó el Día del Trabajo. Era el día en que la madre de Karen debía llegar en el tren para llevársela de vuelta a la ciudad. Karen ya tenía la maleta preparada. Había estado llorando, sobre su estrecha cama, bajo el cobertor de felpilla, bajo la almohada. No quería dejar a la abuela, aunque quería ver a su madre, a la que —ya— no recordaba con claridad. Lo único que recordaba eran sus vestidos, y el olor de Tabú, y una de sus voces, su voz dulce, la voz demasiado dulce que utilizaba con los alumnos de segundo grado.

Su madre no acudió. En su lugar, hubo una llamada de tía Vi, y después la abuela de Karen le explicó que había surgido un problema y que se quedaría algún tiempo más con ella.

—Puedes ayudarme con los tomates —le dijo. Karen cosechó los tomates y los lavó en la despensa, y su abuela los escaldó, los peló y los hirvió al baño María.

Después llegó el momento de volver a la escuela, y no ocurrió nada.

—No vale la pena que empieces el curso en esa escuela —dijo la abuela—. No harías más que entrar y salir. —A Karen no le importó. No le gustaba mucho la escuela, en fin de cuentas; le resultaba difícil prestar atención a tanta gente reunida en el aula al mismo tiempo. Era como la radio cuando había una tormenta eléctrica: apenas se entendía nada.

Su abuela sacó la Biblia del salón delantero y la plantó en sentido vertical sobre la mesa de la cocina.

—Vamos a ver, dijo el ciego. —Cerró los ojos e introdujo un alfiler entre las páginas—. Salmo ochenta y ocho. No es la primera vez que me sale. «Has alejado de mí compañeros y amigos, son mi compañía las tinieblas». Bueno, la cosa está bastante clara; significa que debo estar preparada para irme, bastante pronto. Ahora tú.

Karen tomó el alfiler y cerró los ojos, y su mano se dejó llevar por la poderosa corriente que la atraía hacia abajo.

—Ah —dijo su abuela, con los párpados entornados—. Otra vez Jezabel. Revelaciones, dos, veinte. «Pero tengo contra ti que toleras a Jezabel, esa mujer que se llama profetisa y está enseñando y engañando a mis siervos para que forniquen y coman carne inmolada a los ídolos». Esto sí que es extraño, para una niña de tu edad. —Y sonrió a Karen, la sonrisa de una manzana marchita—. Debes de vivir por delante de tu tiempo.

Karen no tenía ni idea de qué había querido decir.

Finalmente fue tía Vi quien llegó, no la madre de Karen. Ni siquiera quiso alojarse en casa de la abuela. Se alojó en el único hotel del pueblo, y la abuela llevó a Karen en la camioneta. Esta vez Karen no se sentó en la plataforma de carga, sino en el asiento delantero cubierto de pelos de perro, con su vestido de algodón, el mismo que llevaba puesto el día que llegó, mirando por la ventanilla sin decir palabra. Su

abuela silbaba suavemente.

Tía Vi no se sintió muy complacida al ver a Karen, pero lo fingió. Le dio un beso rápido en la mejilla.

—¡Mira cómo has crecido! —le dijo. Sonó como una acusación—. ¿Has traído su maleta? —le dijo a la abuela.

—Todavía no estoy senil, Viola —dijo la abuela—. No es muy probable que me olvide de su maleta. Aquí la tienes —le dijo a Karen con voz suave—. He metido dentro un hueso de los deseos. —Se puso en cuclillas y estrechó a Karen entre sus huesudos brazos. Karen notó su cuerpo anguloso, sólido como una roca, y después la abuela desapareció.

En el tren Karen se sentó al lado de tía Vi, que no cesaba de hablar en tono preocupado.

—Tendremos que matricularte en una escuela inmediatamente —le dijo—. ¡Ya has perdido un mes entero! ¡Hay que ver lo morena que estás!

—¿Dónde está mi madre? —dijo Karen.

Tía Vi frunció el entrecejo y desvió la mirada.

—Tu madre no está bien —dijo.

Cuando Karen llegó a casa de tía Vi, se dirigió a su habitación de costumbre, la de las cortinas con flores rosas y naranjas, y abrió la maleta de inmediato. Allí estaba el hueso de gallina, envuelto en un pedazo de papel encerado con una goma elástica alrededor, una de las que su abuela guardaba en un bote de vidrio al lado del fregadero. Karen desenvolvió el hueso de los deseos. Desprendía un olor acre, pero rico y denso, como una mano cubierta de tierra. Lo escondió en el dobladillo de una de las cortinas. Sabía que si tía Vi lo encontraba, lo tiraría a la basura.

La madre de Karen está en un edificio, un edificio nuevo de color amarillo que parece una escuela. Tía Vi y tío Vern llevan a Karen de visita. Se sientan en la sala de espera, sobre sillas duras tapizadas con un tejido rugoso, y Karen está asustada porque tía Vi y tío Vern se muestran muy solemnes; solemnes, y al mismo tiempo ávidos. Son como la gente que para el coche y baja a ver cuando hay un accidente en la carretera. Algo está mal, algo no funciona, pero quieren tomar parte en ello, sea lo que sea. Karen preferiría no saber nada, preferiría volver atrás en ese mismo instante, volver atrás en el tiempo, volver a la granja, pero se abre una puerta y su madre entra en la habitación. Anda con lentitud, con una mano extendida para tocar los muebles, como si quisiera orientarse. «Sonámbula», piensa Karen. Antes, su madre tenía los dedos delgados, las uñas bien cuidadas. Estaba orgullosa de sus uñas. Pero ahora tiene las manos hinchadas, las mueve con torpeza y el anillo de casada ha desaparecido. Lleva una bata del hospital, de color gris, y unas zapatillas que Karen no había visto nunca; tampoco había visto nunca la cara de su madre.

Esta cara no. Es una cara plana, con un brillo apagado, como los peces muertos que exhiben en la pescadería sobre bandejas de esmalte blanco. Una luz mortecina, plateada, como las escamas. Vuelve esta cara hacia Karen; está tan desprovista de

expresión como un plato. Ojos de porcelana. De pronto Karen queda enmarcada en esos ojos, una niña pálida sentada en una silla rugosa, una niña que su madre no había visto nunca. Karen se lleva las manos a la boca y respira hondo, un jadeo, lo contrario de un grito.

—¿Cómo te encuentras, Gloria? —dice tío Vern.

La cabeza de la madre de Karen gira hacia él, una cabeza voluminosa, pesada. Lleva el cabello estirado hacia atrás, su jeto con horquillas. La madre de Karen solía rizarse el pelo, y cuando se lo peinaba le quedaba ondulado. Este cabello es liso y lacio, y con una película por encima, como si lo hubieran tenido guardado en un armario. Karen piensa en el cobertizo de las raíces de su abuela, con su olor a tierra removida y sus hileras de botes de conservas, con brillantes frutas silvestres, cubiertos de polvo.

—Bien —dice la madre de Karen al cabo de un minuto.

—No lo soporto —dice tía Vi, y se seca los ojos con un pañuelo. Después, con voz más firme—: ¿No le das un beso a tu madre, Karen?

Las preguntas de tía Vi son como órdenes. Karen se levanta de la silla y se acerca a esa mujer. No le da un abrazo, no la toca con las manos. Dobla el cuerpo por la cintura y pone los labios sobre la mejilla de la mujer. Casi no aprieta nada, pero su boca se hunde hacia dentro en aquella mejilla que es como goma fría. Se imagina a *Pinky* sin cabeza, caído en el suelo del corral, convertido en jamón. Su madre tiene la textura de un fiambre. A Karen se le revuelve el estómago.

Su madre recibe el beso pasivamente. Karen da un paso atrás. Ahora no hay ninguna luz roja en torno a su madre. Solo un tenue resplandor entre malva y marrón.

A la vuelta, Karen se sienta entre tía Vi y tío Vern en vez de ir en el asiento de atrás del coche, que es donde suele sentarse. Tía Vi se seca los ojos. Tío Vern le pregunta a Karen si quiere un cucurucho de helado. Ella contesta que no, gracias, y él le da una palmadita en la rodilla.

—Me sentí fatal, mi propia hermana pequeña; pero tenía que hacerlo —dice tía Vi, por teléfono—. Era la tercera vez, y ¿qué iba a hacer yo? ¡No sé de dónde las sacó! Menos mal que el frasco vacío estaba allí mismo, junto a ella, así que pudimos decirle al médico qué se había tomado. Fue un milagro que llegáramos a tiempo. Supongo que le noté algo extraño en la voz; después de todo, ¡tampoco era la primera vez que la oía! Cuando llegamos allí estaba inconsciente. Las magulladuras de la boca le duraron semanas, tuvieron que abrísela por la fuerza para meter la sonda, y hoy ha sido como si no nos conociera. No sé..., electrochoque, supongo. Si eso no da resultado, tendrán que hacerle una operación. —Dice «operación» en un tono solemne, el tono que emplea para bendecir la mesa, como si fuese una palabra sagrada. Ella la desea, esta operación, Karen se lo nota. Si a su madre le hacen una operación, parte de esa santidad se le pegará a tía Vi.

Karen fue a la escuela, donde hablaba poco y no hacía amigos. Tampoco se metían con ella; en general, no le prestaban atención. Karen sabía cómo conseguirlo,

cómo volverse invisible. Lo único que tenía que hacer era absorber la luz que rodeaba su cuerpo; era como contener el aliento. Cuando la maestra la miraba, su mirada pasaba a través de ella para posarse en quienquiera que ocupara el asiento de atrás. De esta manera, Karen apenas necesitaba estar presente en el aula. Dejaba que sus manos hicieran lo que se le pedía: largas hileras de aes y bes, pulcras columnas de números. Le concedían estrellas de oro por su pulcritud. Su copo de nieve de papel y su tulipán de papel estaban entre los diez expuestos en el tablero de corcho.

Cada semana, luego cada dos semanas, luego cada tres, sus tíos la llevaban a visitar a su madre. Ahora su madre estaba en otro hospital. «Tu madre está muy enferma», le decía tía Vi, pero Karen no necesitaba que se lo dijeran. Veía la enfermedad extenderse por la piel de su madre, como el vello de los brazos, fuera de control; como filamentos de descarga eléctrica, solo que muy pequeños y lentos. Como el moho gris que se extiende sobre el pan. Cuando su madre estuviera completamente recubierta de esos filamentos, se moriría. Nadie podía impedirlo, porque era lo que ella quería.

Karen pensó en utilizar su hueso de los deseos, pero sabía que no serviría de nada. Para que se cumpliera el deseo había que quererlo de veras, y ella no quería que esa mujer viviera. Si pudiera tener a su madre tal como era antes, en los buenos tiempos, sí. Pero sabía que eso era imposible. No quedaba lo suficiente de aquella madre. Así que conservó el hueso de los deseos en el dobladillo de la cortina, y de vez en cuando comprobaba si aún seguía allí.

Karen se quedaba sentada en su habitación. A veces se golpeaba suavemente la cabeza contra la pared, para no tener que pensar. O miraba mucho por la ventana. O miraba por la ventana de la escuela. Lo que miraba era el cielo. Pensaba en el verano. Quizás el verano próximo sus tíos se irían de vacaciones y ella podría volver a la granja de la abuela e ir a buscar los huevos, a cosechar las judías amarillas bajo el sol.

El día en que cumple los ocho años a Karen no le falta un pastel. Lo ha confeccionado tía Vi, y le ha puesto encima rosas de azúcar compradas en la tienda y ocho velitas. Le pregunta a Karen si quiere invitar a una amiguita, pero Karen dice que no. Así que se toman la cena de cumpleaños ellos solos, los tres. «Señor, bendice estos alimentos que vamos a tomar, amén», y hay bocadillos de atún y ensalada de huevo, mantequilla de cacahuete, mermelada, y tía Vi dice: «¿Verdad que es estupendo?». Después hay helado napolitano en tres colores, blanco, rosa y marrón. Y después de eso, el pastel. Tía Vi enciende las velas y le dice a Karen que las apague de un soplo y piense un deseo, pero Karen se queda sentada, mirando las llamas.

—No creo que haya tenido nunca un pastel de cumpleaños —le dice tía Vi a tío Vern.

—Pobrecilla —dice tío Vern, y le revuelve el cabello a Karen. Últimamente lo hace con frecuencia, y a Karen no le gusta. Las manos de tío Vern desprenden una luminiscencia turbia, espesa como jalea, pegajosa, de un verde pardusco. A veces Karen se examina el cabello en el espejo para ver si se le ha pegado.

—Piensa un deseo —dice tío Vern con voz jovial;— Desea una bicicleta!

—Tienes que cerrar los ojos —dice tía Vi.

Así que Karen cierra los ojos para seguirles la corriente, y lo único que ve es el cielo, y después vuelve a abrir los ojos y apaga las velas de un soplo. Tía Vi y tío Vern aplauden, y tío Vern exclama:

—¡Vaya, qué te parece! ¡Mira qué tenemos aquí! —Y saca de la cocina una bicicleta por estrenar, de un rojo brillante. Está decorada con cintas rosa y tiene un globo atado al manillar—. ¿Qué? ¿Te gusta? —le pregunta con anhelo.

Es la hora del crepúsculo; por la ventana abierta entra el olor del césped segado, los insectos de junio se arrojan contra la mosquitera. Karen mira la bicicleta, con sus radios y cadenas relucientes y sus dos ruedas negras, y sabe que su madre ha muerto.

Su madre aún tardó tres semanas en morir, pero era lo mismo, porque a veces (piensa Charis) hay un pliegue en el tiempo, tal como se dobla el extremo de la sábana encimera sobre la colcha, y si se clava un alfiler en cualquier punto, los dos agujeritos quedan alineados, y eso es lo que ocurre cuando se prevé el futuro. El asunto no tiene nada de misterioso, no más de lo que puede tener una contracorriente en un lago o la armonía en la música, dos melodías que se desarrollan al mismo tiempo. La memoria es la misma superposición, el mismo repliegue solo que hacia atrás. O quizás el pliegue no se produce en el tiempo, sino en la mente del que observa. Sea como fuere, Karen mira la bicicleta y ve la muerte de su madre, y cae al suelo llorando. Tía Vi y tío Vern quedan desconcertados; después se enojan y le dicen que es una niña afortunada, una niña afortunada y desagradecida, y ella no puede explicárselo.

Hubo unos funerales pero no asistió mucha gente. Unos cuantos maestros y maestras de la escuela de su madre, algunas amistades de tía Vi. La abuela no estuvo presente, aunque eso no extrañó a Karen: su abuela habría estado fuera de lugar en la ciudad. Además, había otra razón: «apoplejía», dijo tía Vi, y «asilo», en el tono de voz que utilizaba para reclamar la compasión de la gente; pero esas palabras no significaban nada para Karen y no quería oírlas, así que se las quitó de la cabeza. Para ir a los funerales se puso un vestido azul marino, lo más parecido al negro que tía Vi pudo conseguir sin aviso previo, aunque —como dijo por teléfono— hubiera debido imaginárselo. Karen no pudo ver el cadáver de su madre en el ataúd porque tía Vi dijo que era una imagen demasiado traumática para una niña, pero de todos modos ya sabía qué aspecto tendría. El mismo que cuando vivía, solo que más viva.

Tío Vern y tía Vi han hecho arreglar parte del sótano. Han hecho enyesar las paredes de cemento y poner linóleo en el suelo, con una gruesa alfombra encima. Han instalado una sala de recreo. Hay una barra de bar con taburetes altos, un juego de damas chinas para Karen y un televisor. Es el segundo televisor que compran; el primero lo tienen en la sala de estar. A Karen le gusta mirar la televisión en la sala de recreo, fuera de la vista de los demás. En realidad, ni siquiera tiene que prestar atención a lo que ocurre ante ella en la pantalla; puede estar a solas, dentro de su

cabeza, sin que nadie le pregunte qué hace.

Es septiembre, pero arriba, en el exterior, el tiempo aún es seco y caluroso. Karen —descalza, en pantalones cortos y camiseta sin mangas— se sienta en la alfombra, en la sala de recreo, donde se está más fresco, y mira *Kukla, Fran & Ollie* en la televisión. Kukla, Fran y Ollie son marionetas, o al menos dos de ellos lo son. Sobre la cabeza de Karen, los zapatos de tía Vi taconeán afanosamente por todo el suelo de la cocina. Karen se abraza las rodillas y se mece con suavidad. Al cabo de un rato se levanta, se acerca al grifo del bar, se llena un vaso de agua y le añade un cubito de hielo que saca del pequeño frigorífico; luego vuelve a sentarse en la alfombra.

Tío Vern baja las escaleras. Ha estado segando el jardín. Su tez es de un rojo más intenso que de costumbre y lo rodea el olor del sudor, como las gotas de agua cuando un perro mojado se sacude. Se dirige al bar, coge una cerveza, la destapa, se bebe la mitad y se enjuga la cara mojada con la toalla que hay junto a la pila. Después se sienta en el sofá. El sofá es un sofá cama, por si tienen visitas, porque Karen ocupa el que era el cuarto de los invitados. Su habitación sigue llamándose «el cuarto de los invitados», aunque Karen vive en ella. Pero nunca tienen visitas.

Karen se levanta. Tiene intención de irse arriba, porque sabe que ocurrirá a continuación, pero no es bastante rápida.

—Ven aquí —dice tío Vern. Se da unas palmadas en la enorme rodilla velluda, y Karen va hacia él de mala gana. A tío Vern le gusta que se siente sobre sus rodillas. Lo considera paternal—. Ahora eres nuestra niñita —dice cariñosamente. Pero en realidad no le tiene ningún cariño, Karen lo sabe bien. Sabe que la encuentra insatisfactoria, porque no le habla, no lo abraza, no sonrío bastante. Lo que a ella le disgusta es su olor. Eso, y su luz verde pardusca.

Se sienta sobre la rodilla de tío Vern y él la atrae hacia su cuerpo y la rodea con uno de sus brazos rojizos. Con la otra mano le acaricia una pierna. Suele hacerlo a menudo, Karen está acostumbrada; pero esta vez él desliza la mano más arriba, entre las piernas. Kukla, Eran y Ollie continúan hablando con sus voces artificiales; Kukla es una especie de dragón. Karen se debate un poco e intenta apartarse de aquellos dedos enormes, que se han metido en sus pantalones cortos, pero el brazo se tensa sobre su estómago y tío Vern le dice al oído:

—¡Estate quieta! —No es el tono cordial y zalamero que suele utilizar con ella; es un tono colérico. Ahora sujeta a Karen con las dos manos, y la mueve de arriba abajo contra su cuerpo como si estuviera frotándose con una toalla; su aliento pegajoso le inunda la oreja—. Tú quieres a tu viejo tío Vern, ¿verdad? —le dice con furia.

—¡Eh, vosotros! —los llama alegremente tía Vi desde lo alto de la escalera—. ¡Es hora de cenar! ¡Hay mazorcas de maíz!

—¡Ahora vamos! —grita tío Vern con voz ronca, como si le hubiera arrancado las palabras una patada en el estómago. Hunde un dedo en el interior de Karen y emite un gemido como si lo hubieran apuñalado. Aprieta a Karen contra sí durante un minuto más; se le está derramando la energía y necesita una venda. Después, la

suelta.

»Anda, ve —le dice. Intenta hablar con su voz fingida, su voz de tío, pero aún no la ha recobrado; su tono es desolado—. Dile a tía Vi que enseguida subo.

Karen se mira la espalda, para ver si los fondillos de sus pantalones cortos han tomado un color verde pardusco, pero no; solo están mojados. Tío Vern empieza a secarse con la toalla del bar.

Tío Vern la acecha, yace a la espera. Karen lo esquiva, pero no puede esquivarlo siempre. Lo extraño es que tío Vern nunca va a buscarla cuando tía Vi no está en casa. Quizá le gusta el peligro; o quizá sabe que con tía Vi en el cuarto de al lado, Karen no se atreverá a emitir ningún sonido. No está claro cómo puede saber eso, ni por qué es así, pero es verdad. El miedo de Karen a que tía Vi descubra lo que ocurre es mayor que su miedo a los dedos de salchicha de tío Vern.

Pronto no se da por satisfecho con un dedo. Pone a Karen de pie delante de él, de espaldas para que no vea, sujetándola con una de sus grandes rodillas a cada lado; le mete las manos bajo la falda plisada de la escuela, le baja las bragas y le introduce algo duro entre las piernas, por detrás. O bien utiliza dos dedos, o tres. Hace daño, pero Karen sabe que las personas que te quieren a veces te hacen cosas dolorosas, y se esfuerza en creer que su tío la quiere. Él lo dice. «Tu viejo tío te quiere», le asegura, mientras frota su rostro contra el de ella.

Después, cuando cenan, él se ríe más, habla más fuerte, cuenta chistes, besa a tía Vi en la mejilla. Les trae regalos a las dos: cajas de bombones para tía Vi, animales de peluche para Karen. «Es como si fueras nuestra hija», le dice. Tía Vi esboza una sonrisa apretada. Nadie puede decir que no hacen lo correcto.

Karen pierde el apetito: el esfuerzo de no pensar en tío Vern, tanto cuando está presente como cuando no está, la debilita. Se vuelve más delgada y más pálida, y tía Vi habla de ella por teléfono: «Es la pérdida de su madre; ella es de esas niñas calladas, pero se nota que lo siente. Siempre se la ve abatida. Pero no esperaba que durase tanto. ¡Tiene casi diez años!». Lleva a Karen al médico para ver si está anémica, pero no es eso.

—Dime qué te ocurre —dice tía Vi—. Te encontrarás mejor si me lo cuentas. ¡A mí puedes decírmelo! —La mira con esa expresión solemne y ávida, espera que le hable de su madre. Insiste e insiste.

—No me gusta que tío Vern me toque —dice Karen al fin.

A tía Vi se le afloja la cara, y después se le endurece.

—¿Que te toque? —dice con suspicacia—. ¿Qué quieres decir? ¿Que te toque?

—Me toca —dice Karen, desdichada—. Aquí abajo. —Señala. Ya se ha dado cuenta de que ha cometido un error, un error imperdonable. Hasta ahora, tía Vi estaba dispuesta a tolerarla, incluso a aparentar que la quería. Ahora ya no.

Tía Vi tiene los labios blancos, y sus ojos centellean amenazadores. Karen baja la mirada al suelo para no verla.

—Eres igual que tu madre —dice tía Vi—: una embustera. No me extrañaría que

te volvieras loca, como ella. ¡Sabe Dios que es cosa de familia! ¡No vuelvas a decir nunca más una cosa tan vil de tu tío! ¡Él te quiere como a una hija! ¿Es que pretendes destruirlo? —Se echa a llorar—. ¡Reza a Dios para que te perdone! —A continuación, vuelve a cambiar de cara. Se enjuga los ojos y sonrío—. Olvidaremos que has dicho eso, cariño —dice—. Lo olvidaremos las dos. Sé que las cosas han sido difíciles para ti. Nunca has tenido un padre.

Después de eso, ¿qué se puede hacer? Nada en absoluto. Tío Vern sabe que Karen ha hablado. Se muestra más amable que nunca con tía Vi. Incluso es amable con Karen, delante de la gente; pero con tristeza, como si la perdonara. Cuando tía Vi no lo ve, mira fijamente a Karen desde el otro lado de la mesa, y en su cara de ternera cruda sus ojos brillan triunfantes. «No puedes ganar este combate», le da a entender. Karen oye las palabras con tanta claridad como si las hubiera pronunciado. De momento la deja tranquila, no la persigue por la casa, pero está a la espera. Está impaciente por ponerle las manos encima, pero ya no con susurros suplicantes. A partir de ahora no le preguntará si lo quiere; se parece más a su madre, justo antes de ponerse a gritar y coger el mango de la escoba. El mismo arrullo ominoso, la misma suavidad.

Karen duerme con la cabeza bajo la almohada porque no quiere ver ni oír; pero vuelve a andar dormida, más que nunca. Despierta en la sala de estar intentando abrir la puerta ventana, o en la cocina, tirando del pomo de la puerta de atrás. Pero tía Vi cierra todas las puertas con llave.

Karen se sienta en la cama, muy erguida, con la almohada contra el pecho. Su corazón palpita de terror. Hay un hombre de pie en el dormitorio a oscuras; es tío Vern, le ve la cara a la luz que entra del pasillo, justo antes de que él cierre sigilosamente la puerta. Tiene los ojos abiertos, pero está dormido; lleva puesto el pijama de rayas y tiene una mirada vidriosa. «No despiertes nunca a un sonámbulo —decía su abuela—. Les rompe el viaje».

Tío Vern avanza en silencio hacia la cama de Karen. Con él viene un olor a sudor rancio y a carne pasada. Se arrodilla y la cama cabecea como una barca, empuja y Karen cae hacia atrás.

—Eres una pequeña bastarda, eso es lo que eres —susurra con suavidad—. Una zorrita maliciosa. —Habla en sueños.

Después cae encima de Karen, le tapa la boca con una mano viscosa y la parte en dos. La parte en dos por la mitad, y la piel de Karen se abre como el envoltorio seco de un capullo y Charis sale volando. Su nuevo cuerpo es ligero como una pluma, ligero como el aire. En él no hay ningún dolor. Vuela hacia la ventana, se mete detrás de la cortina y se queda allí, mirando a través de la tela, justo a través del estampado de flores en rosa y naranja. Lo que ve es una niña pálida con el rostro contraído y chorreante, la nariz y los ojos mojados como si estuviera ahogándose; boquea desesperada en busca de aire, se sumerge de nuevo, vuelve a boquear. Encima de ella hay una masa oscura que la acosa, como un animal devorando a otro animal. Todo su

cuerpo —porque Charis ve a través de las cosas, a través de las sábanas y de la carne —, hasta el hueso está hecho de algo viscoso y amarillo, como la grasa de una gallina destripada. Charis observa asombrada mientras el hombre gruñe, mientras la niña se retuerce y agita los brazos como si tuviera un anzuelo clavado en el cuello. Charis no sabe que es Charis, naturalmente. Todavía no tiene nombre.

El hombre se incorpora, la mano sobre el corazón, y jadea, él también falto de aire.

—Ya está —dice, como si hubiera terminado algo: una tarea—. Cállate ya, no te he hecho daño. ¡Cállate! ¡Si dices algo de esto te mataré! —Después gime, como lo hace en el cuarto de baño por las mañanas—. ¡Dios mío, no sé qué me ha cogido!

La niña gira sobre un costado. Mientras Charis mira, se inclina hacia el borde de la cama y vomita en el suelo, en los pies del hombre. Charis sabe por qué. Es porque ahora la luz verde pardusca está dentro de su cuerpo, espesa y pegajosa, como mierda de oca. Ha salido de tío Vern y se ha metido dentro de Karen, y ella tiene que sacarla.

Se abre la puerta. Tía Vi, en camisón, se detiene en el umbral.

—¿Qué ocurre? ¿Qué haces aquí? —dice.

—La he oído quejarse —dice tío Vern—. Nos llamaba. Creo que está mal del estómago.

—Pero, hombre, por favor —dice tía Vi—. Hubieras debido llevarla al cuarto de baño. Voy a buscar la bayeta. ¿Tienes más ganas de vomitar, Karen?

Karen se ha quedado sin habla, porque Charis se ha llevado todas las palabras. Karen abre la boca y Charis es absorbida de nuevo, como aspirada hacia la garganta que comparten.

—Sí —dice.

La tercera vez que sucede, Karen comprende que está atrapada. Lo único que puede hacer es dividirse en dos; lo único que puede hacer es convertirse en Charis, salir flotando de su cuerpo y mirar cómo Karen, que queda atrás sin palabras, solloza y se retuerce. Tendrá que seguir así para siempre porque tía Vi nunca la oirá, le diga lo que le diga. Le gustaría coger un hacha y cortarle la cabeza a tío Vern, y también a tía Vi, como si fuesen pollos; contemplaría cómo se eleva en volutas el humo gris de su vida. Pero sabe que nunca sería capaz de matar. No es bastante dura.

Saca el hueso de los deseos del dobladillo de la cortina, cierra los ojos, sujeta los dos extremos y tira de ellos, lo que desea es su abuela. Su abuela queda muy lejos ya, casi como un relato que le contaron hace tiempo; a Karen le cuesta creer que una vez vivió en la granja, e incluso que exista semejante lugar. Pero aun así lo desea, y cuando abre los ojos su abuela está allí delante, entra en la habitación atravesando la puerta cerrada, vestida con su mono, con una expresión un poco ceñuda, y también sonriente. Avanza hacia Karen y esta nota un viento frío en la piel. La abuela extiende sus manos viejas y nudosas; Karen extiende también las suyas y la toca, y tiene una sensación como si le cayera arena en las manos. Percibe un olor a flores de algodóncillo y a tierra del huerto. La abuela sigue andando; sus ojos son azul claro y

su mejilla se apoya en la de Karen, frescos granos de arroz seco. Después se vuelve como los puntos de color de las páginas cómicas, vistas muy de cerca, y después solo es un remolino en el aire, y ya no está.

Pero algo de su poder permanece, en las manos de Karen. Su poder de curar, su poder de matar. No el suficiente para sacar a Karen de la trampa, pero sí para mantenerla con vida. Ella se mira las manos y ve una sombra de azul.

Lo que debe hacer es esperar. Debe esperar como una piedra, hasta que sea el momento. Conque eso hace. En cuanto tío Vern la toca, se divide en dos, y el resto del tiempo espera.

Su abuela está muerta, o muerta a esta vida, aunque Karen la ha visto y sabe que en realidad no existe la muerte. Llega la Biblia en una caja grande dirigida a Karen, y ella la guarda en su maleta debajo de la cama, preparada para cuando pueda irse. Su abuela le ha dejado la granja, pero como Karen aún es demasiado joven no puede disponer de ella, ni siquiera ir allí, aunque es lo que desea. Tío Vern y tía Vi son sus tutores. Ellos deciden.

Cuando le crecen los pechos, cuando le crece pelo bajo los brazos, en las piernas y entre ellas, y le viene la primera regla, tío Vern la deja en paz. Hay un espacio entre los dos, pero no es como una ausencia. Es una presencia, transparente pero más espesa que el aire. Ahora tío Vern le tiene miedo, tiene miedo de lo que pueda hacer o decir; tiene miedo de lo que recuerda, de ser juzgado. Quizá sea porque los ojos de Karen ya no son tímidos, ya no son vacuos ni suplicantes. Sus ojos son de piedra. Cuando ella lo mira con sus ojos de piedra es como si le hundiera una mano entre las costillas y le estrujara el corazón casi hasta pararlo. El dice que está enfermo del corazón, toma pastillas, pero ambos saben que es ella quien se lo hace. Cada vez que ella lo mira siente aborrecimiento, y una profunda náusea. Su tío la repugna, pero también su propio cuerpo, porque todavía lleva dentro la suciedad de él. Debe pensar en alguna manera de limpiarse por dentro.

Cuando siente estas cosas tiene que encerrarlas herméticamente. Tiene que hacerlo o será destruida. Se divide en dos y se queda con la parte más fresca, la parte más clara de sí misma. Ya tiene un nombre para esa parte: se llama Charis. La pista de este nuevo nombre se la dio la Biblia, con ayuda de un alfiler: «La mayor de ellas es la Caridad». La Caridad es mejor que la Fe y la Esperanza. Naturalmente, solo puede utilizar el nuevo nombre consigo misma. Todos los demás la siguen llamando Karen.

Charis es más serena que Karen, porque las cosas malas se han quedado atrás, con la pequeña Karen. Es cortés con su tía, pero remota. Un día, después de cumplir los dieciocho años, les pregunta a los dos qué han hecho con el dinero de su abuela. Su tío dice que lo ha invertido en su nombre y que podrá disponer de él cuando tenga veintiún años, y mientras tanto una parte se utilizará para sus estudios. Tía Vi se comporta como si esto fuese un acto de gran generosidad, como si el dinero les perteneciera a ellos y se lo regalaran. No obstante, los dos se sienten aliviados cuando

ella ingresa en la universidad y se va a vivir a McClung Hall. A tía Vi la ponen nerviosa sus ojos de piedra; por lo que a tío Vern se refiere, no sabe cuánto recuerda Karen. Espera que lo haya olvidado todo, pero no está seguro.

Ella lo recuerda todo, o mejor dicho, Karen lo recuerda; pero Karen está guardada. Charis solo se acuerda cuando saca a Karen de la maleta donde la ha puesto, debajo de la cama. Y no lo hace a menudo. Karen todavía es pequeña, pero Charis está creciendo.

Charis cumplió veintiún años, pero no se habló para nada del dinero de su abuela. No le importó. De todos modos, tampoco aceptaría dinero de ellos, porque, aunque en realidad era suyo, había estado en sus manos, estaba sucio. Además, tampoco podría conseguirlo sin pelear.

Charis no quería pelear. Lo que quería era irse a otra parte, y, en cuanto se sintió preparada, se perdió de vista sin más. Se perdió de vista para ellos. No era tan difícil, cuando una sabía que nadie iría a buscarla. Abandonó la universidad antes de terminar —tampoco aprobaba las asignaturas, porque no conseguían despertar su interés— y se dedicó a viajar. Hizo autostop, cogió autobuses. Trabajó de camarera, trabajó en unas oficinas. Pasó algún tiempo en un *askram* de la costa oeste, pasó algún tiempo en una comuna rural en Saskatchewan. Hizo varias cosas.

Una vez volvió a la granja, la granja de su abuela: quería verla. Pero ya no era una granja, sino una urbanización. Charis intentó no darle importancia, porque nada que existiera o hubiera existido parecía jamás, y la granja aún estaba dentro de ella, aún era suya porque los lugares pertenecían a las personas que los amaban.

Cuando tenía veintiséis años renunció a su antiguo nombre. Mucha gente cambiaba de nombre, en aquella época, porque los nombres no eran solo etiquetas, también eran contenedores. «Karen» era un maletín de piel, de color gris. Charis recogió todo lo que no quería y lo metió en ese nombre, en ese maletín de piel, y lo cerró bien cerrado. Se deshizo de todas las viejas heridas y todos los viejos venenos de que fue capaz. Solo conservó aquellas cosas de ella misma que le gustaban o le eran necesarias.

Todo esto lo hizo dentro de su cabeza, porque los acontecimientos que se producen allí son tan reales como los de cualquier otro sitio. Todavía dentro de su cabeza, se encaminó a la orilla del lago Ontario y arrojó el maletín de piel al agua.

Ese fue el fin de Karen. Karen había desaparecido. Pero en realidad el lago estaba en la cabeza de Charis, de modo que ahí estaba también Karen. En el fondo.

Hasta ahora, en su casa de la isla; hasta esta noche ventosa con crujir de ramas, cuando Karen regresa, y Charis ya no puede seguir manteniéndola alejada. Karen ha rasgado la piel medio podrida del maletín, ha salido a la superficie, ha atravesado la pared del dormitorio y ahora está de pie en la habitación. Pero ya no es una niña de nueve años. Ha crecido, se ha vuelto alta, delgada y desgachada, como una planta en un sótano, hambrienta de luz. Y su cabellera ya no es clara, sino oscura. Las cuencas de sus ojos también son oscuras, moretones oscuros. Ya no se parece a Karen. Se parece a Zenia.

Se acerca a Charis y se inclina, se mezcla con ella, y ahora está en el cuerpo de Charis. Trae consigo la antigua vergüenza, que se nota cálida.

Charis debe de haber dicho algo o emitido algún ruido, porque Billy está despierto. Se da la vuelta, la atrae hacia sí, la besa, hurga en ella con el apremio de antes. «No soy yo», quiere decirle Charis, porque ya no está al mando de su propio cuerpo. Esa otra mujer se ha hecho cargo de él; pero Charis no se aleja flotando, no observa desde detrás de la cortina. Ella también está en el cuerpo, y lo siente todo. Siente cómo se mueve el cuerpo, cómo responde; siente el placer que la recorre como electricidad y se despliega en cien colores, como una cola de pavo real en llamas. Se olvida de Karen, se olvida de sí misma. Todo en ella ha vuelto a fusionarse.

—Oye, esta vez ha sido distinto —dice Billy. Le besa los ojos, la boca; ella yace entre sus brazos, yerta como una enferma; no puede moverse. «No era yo», piensa. Pero lo era, en parte. Es difícil decir qué siente: culpa, alivio. Angustia. Resentimiento, porque Billy tiene el poder de hacerle eso; resentimiento también porque ha vivido tantos años sin saber nada de ello.

En lo profundo, muy dentro de su cuerpo, algo nuevo se mueve.

(Aquella fue la noche en que concibió a su hija. Charis está segura. Siempre ha sabido quién era el padre, claro; no había otra posibilidad. Pero ¿y la madre? ¿Era ella misma y Karen, que compartía su cuerpo? ¿O era también Zenia?).

Por la mañana se siente otra vez como siempre, como Charis. No sabe dónde se ha ido Karen. No de vuelta al fondo del lago; no tiene esa sensación. Seguramente Karen está escondida en algún lugar del cuerpo que comparten; pero cuando cierra los ojos y busca en su interior, en los rincones de su ser, no la encuentra por ninguna parte. Sin embargo, hay una mancha oscura, una sombra, algo que ella no ve. Cuando hace el amor con Billy no piensa en si es Karen o Charis. Piensa en si es Zenia.

—Prométeme que se irá pronto —dice Billy. A estas alturas ya no está enfadado. Se muestra insistente, suplicante, casi desesperado.

—Se irá pronto —dice Charis, como si tranquilizara a un niño. Ahora ama más a Billy, en ciertos aspectos; pero en ciertos aspectos menos. Cuando entra la avidez en una cosa, la avidez del cuerpo, se interpone en el camino del puro dar. Ahora quiere el cuerpo de Billy por sí mismo, no solo como una manifestación de su esencia. En

vez de limitarse a cuidar de él, quiere algo a cambio. Tal vez eso esté mal; ella no lo sabe.

Están tendidos en la cama, por la mañana, y ella le acaricia la cara.

—Pronto, pronto —canturrea, para sosegarlo. Ya no piensa que el cuerpo de Billy desea a Zenia. ¿Cómo podría desearla, ahora que Charis lo desea?

Es a mediados de diciembre. Hay escarcha en el suelo, las hojas han caído de los árboles, el viento se va haciendo más fuerte; esta noche viene directamente del lago, se abalanza entre los árboles y matorrales, sacude las láminas de plástico que Charis ha fijado con grapas sobre las ventanas para evitar las corrientes de aire. No hay contravidrieras en esta casa ni el propietario piensa comprarlas, porque en su opinión todas las casas de la isla van a ser derribadas en poco tiempo, así que ¿por qué gastarse el dinero? Tampoco hay aislamiento térmico.

Charis empieza a ver los inconvenientes de vivir allí. En su calle ya hay dos casas vacías, las ventanas cegadas con tablas. Se pregunta si tendrán suficiente leña para calentarse cuando llegue de veras el invierno. En la cooperativa hay un hombre que quizá le dé leña a cambio de clases de yoga, pero la leña pesa, y ¿cómo la llevará hasta la isla?

Además, todos van a necesitar ropa de invierno. Esta noche Billy está en la ciudad, en otra de esas reuniones. Charis se lo imagina en el muelle, esperando el último transbordador, tiritando bajo su delgada chaqueta. Debería tejerle algo. Irá al almacén de Goodwill, pronto, y buscará abrigos de segunda mano.

Uno para Billy, uno para ella y uno también para Zenia, porque esta solo tiene la ropa que lleva puesta. No se atreve a volver a casa de West para recoger el resto de la ropa, o eso dice ella. Teme que la mate. West tiene una personalidad obsesiva; amable por fuera, pero a veces pierde los estribos, y solo pensar que ella se está muriendo lo vuelve loco. Si ha de perderla, si Zenia ha de morir, quiere ser él quien controle su muerte. Muchos hombres son así, dice Zenia, con una mirada reminiscente perdida en el espacio y una levísima sonrisa. El amor los hace enloquecer.

En otro tiempo, a Charis le habría sido imposible comprender una afirmación así. Ahora la comprende.

Charis tiene la certeza de que está embarazada. Ha tenido una falta, pero eso no es todo: nota el cuerpo distinto, ya no tenso y fibroso, sino esponjoso, fluido. Saturado. Tiene una energía distinta, de un rosa anaranjado subido, como el interior de un hibisco. Todavía no se lo ha dicho a Billy, porque no está segura de cómo se lo tomará.

Tampoco se lo ha dicho a Zenia. Para empezar, no quiere causarle dolor. Zenia no puede tener hijos después de la histerectomía que le hicieron por el cáncer, y Charis no quiere alardear ni jactarse. Pero, además, ahora Zenia se aloja en el cuartito de arriba, el que Charis utilizaba para guardar sus cajas de cartón. La acomodaron allí porque Billy se quejaba de que ya no había intimidad en la sala de estar. Y ese cuartito es el que Charis quiere arreglar para el bebé, cuando Zenia se haya ido. O sea

que ¿cómo puede decirle a Zenia que está embarazada sin echarla prácticamente a la calle?

Y ella no sería capaz de hacer eso, todavía no; aunque cuando Zenia habla de irse, Charis ya no le dice que se quite esa idea de la cabeza. Está desgarrada: quiere que Zenia se vaya, pero no quiere que se muera. Le gustaría curarla y no volver a verla nunca más. Tampoco es que tengan mucho en común, y ahora que lleva una parte de Zenia dentro de sí misma, la única parte que necesita, preferiría no tener a la Zenia real, de carne y hueso, merodeando a su alrededor. Zenia consume mucho tiempo y, además —aunque Charis detesta pensar así—, una cierta cantidad de dinero. La verdad es que Charis no dispone de suficiente dinero para los tres.

Zenia tiene mucho mejor aspecto, pero no puedes fiarte de eso. A veces toma una buena comida y después va corriendo al baño a vomitar. Ayer mismo, después de estar hablando con Zenia de cuándo podría irse, después de que ella le dijera que estaba segura de que los tumores se encogían y que estaba venciendo la enfermedad, Charis fue al cuarto de baño y se encontró la taza del váter llena de sangre. Si hubiera sido cualquier otra mujer, Charis habría supuesto que le había venido la regla y se había olvidado de tirar de la cadena. Pero Zenia no puede tener la regla. Eso lo ha dejado bien claro.

Charis se inquietó y le preguntó por la sangre; Zenia contestó con despreocupación. Solo había sido una hemorragia, dijo. Más o menos como cuando te sangra la nariz. Nada importante. Charis admira su valor, pero ¿a quién pretende engañar? A sí misma, quizá. A Charis no la engaña. De vez en cuando, piensa si no debería sugerirle que fuera a un hospital. Pero ella misma no soporta los hospitales; como su madre murió en un hospital, los considera lugares donde se va a morir. Ya ha empezado a hacer planes para dar a luz en su casa.

Charis y Zenia están sentadas ante la mesa de la cocina. Están acabando de cenar: patatas al horno, puré de calabaza, una ensalada de col. La col provenía del mercado, porque ya no queda ninguna de las que cultiva Charis. Se han convertido en zumo para Zenia, transfusiones verdes.

—Hoy te veo más fuerte —dice Charis, esperanzada.

—Estoy fuerte como un toro —dice Zenia. Apoya la cabeza en la mesa unos instantes y la levanta con esfuerzo—. De veras, lo estoy.

—Te prepararé una taza de ginseng —dice Charis.

—Gracias —dice Zenia—. ¿Adonde ha ido esta noche?

—¿Billy? —dice Charis—. A alguna reunión, supongo.

—¿Y no te preocupa nunca? —dice Zenia.

—¿Qué me ha de preocupar? —dice Charis.

—Que no sea solo una reunión.

Charis se echa a reír. Últimamente se siente más segura.

—Te refieres a alguna chica —dice—. No. Además, no tendría importancia. —Lo dice convencida. Billy puede hacer lo que quiera con otras mujeres, porque no

contaría.

Billy ha empezado a dirigirle la palabra a Zenia. Ahora le da los buenos días, y cuando entra en una habitación en la que está ella, la saluda con una inclinación de cabeza y un gruñido. Lo que él denomina su cortesía sureña libra un combate con su aversión a Zenia, y la cortesía está ganando.

La otra noche incluso le ofreció una calada de su porro. Pero Zenia meneó la cabeza y él se sintió rechazado, y ahí quedó la cosa. Charis querría pedirle a Zenia que no fuese dura con Billy, que le fuera al encuentro, pero después de la manera en que él se ha portado no puede pedírselo.

A espaldas de Zenia, Billy sigue mostrándose tan desconsiderado como al principio, o incluso más.

—Si tiene cáncer, me como el sombrero —dijo hace un par de días.

¡Billy! —exclamó Charis, consternada—. ¡Le hicieron una operación! ¡Tiene una cicatriz enorme!

—¿Tú la has visto? —dijo Billy.

Charis no la había visto. ¿Por qué tenía que verla? ¿Por qué iba a pedirle a otra persona que le enseñara la cicatriz del cáncer? Eso no se hacía.

—¿Quieres jugarte algo? —dijo Billy—. Cinco pavos a que no tiene ninguna cicatriz.

—No —dijo Charis. ¿Cómo se podía comprobar una cosa así? Tuvo una fugaz visión de Billy precipitándose al cuarto de Zenia para arrancarle el camisón. No era algo que ella deseara.

—¿En qué piensas? —dice Zenia.

—¿Qué? —dice Charis. Está pensando en la cicatriz de Zenia.

—Billy es un adulto —dice Zenia—. No deberías preocuparte demasiado por él. Sabe cuidar de sí mismo.

—Estaba pensado en el invierno —dice Charis—. En cómo vamos a pasarlo.

—No cómo vamos a pasarlo: si vamos a pasarlo —dice Zenia—. Oh, lo siento, eso es muy morboso. ¡No pensemos en el mañana!

Por lo general Zenia se acuesta temprano porque Charis se lo dice, pero a veces se queda levantada. Charis enciende un buen fuego en la estufa de leña, se sientan ante la mesa de la cocina y conversan. A veces escuchan música, a veces hacen solitarios.

—Sé leer las cartas —dice Zenia una noche—. Mira, te las voy a echar.

Charis no está muy convencida. No cree que sea buena idea conocer el futuro, porque casi nunca se puede cambiar, así que ¿para qué sufrir dos veces?

—Solo para divertirnos —dice Zenia. Le pide a Charis que baraje tres veces y que corte en otra dirección, para que la mala suerte no vaya hacia ella, y después reparte las cartas en hileras de tres, para el pasado, el presente y el futuro. Examina las cartas y añade otra serie, esta vez cruzada.

—Alguien nuevo entra en tu vida —dice. «Ah», piensa Charis, «debe de ser el bebé»—. Y alguien desaparece de ella. Hay agua de por medio; alguien que cruza el

agua. —La propia Zenia, piensa Charis. Mejorará, se irá pronto. Y todos los que se van de aquí deben cruzar el agua.

—¿Ves algo sobre Billy? —pregunta.

—Hay una jota —dice Zenia—. La jota de picas. Podría ser él. Cruzada por la reina de diamantes.

—¿Eso significa dinero? —dice Charis.

—Sí —dice Zenia—, pero es una carta cruzada. Es dinero poco claro. Puede que se meta a vender drogas o algo por el estilo.

—Billy no —dice Charis—. Es demasiado listo. —No siente ningún deseo de seguir con eso—. ¿Dónde aprendiste a echar las cartas?

—Mi madre era una gitana de Rumania —dice Zenia en tono despreocupado—. Ella siempre decía que era cosa de familia.

—Es verdad —dice Charis. Lo encuentra lógico: ella sabe cómo son estos dones, está el caso de su abuela. La cabellera negra de Zenia, sus ojos oscuros, incluso su fatalismo..., todo encaja con un origen gitano.

—La mataron a pedradas, durante la guerra —dice Zenia.

—¡Es terrible! —dice Charis. No es de extrañar que Zenia tenga cáncer: es el pasado que yace dentro de ella, un pasado opresivo de metales pesados del que nunca se ha desprendido—. ¿Fueron los alemanes? —Morir lapidada ha de ser peor que que te peguen un tiro. Más lento, más sangriento, más doloroso; pero no muy alemán. Cuando Charis piensa en los alemanes se imagina tijeras inoxidables, mesas de esmalte blanco. Cuando piensa en una lapidación, la imagen es de polvo, moscas, camellos y palmeras. Como en el Antiguo Testamento.

—No, fue un grupo de aldeanos —dice Zenia—. En Rumania. Creían que echaba mal de ojo, que lanzaba maleficios a las vacas. No querían malgastar balas, así que la mataron a pedradas. A pedradas y garrotazos. Los gitanos no eran muy apreciados allí. Supongo que aún no lo son. Pero ella sabía lo que iba a ocurrir, porque era vidente, y la noche anterior me dejó con una amiga que tenía en otra aldea. Eso me salvó la vida.

—Entonces, debes de hablar algo de rumano —dice Charis. Si hubiera sabido todo esto, habría utilizado otros medios para curar a Zenia. No solo con yoga y coles. Habría intentado hacer más visualización, y no solo sobre el cáncer: sobre los rumanos. Quizá las claves de la enfermedad de Zenia se ocultan en otro idioma.

—Lo he reprimido —dice Zenia—. Tú también lo hubieras hecho. Vi a mi madre cuando terminaron con ella. La dejaron allí, tendida sobre la nieve. No era más que un gran pedazo de carne en putrefacción.

Charis se encoge. La imagen le revuelve el estómago. Eso explica por qué Zenia vomita tanto, si es lo que lleva en la cabeza. Necesita librarse de esas imágenes tan ponzoñosas.

—¿Dónde estaba tu padre? —dice, para apartar los pensamientos de Zenia de su madre muerta.

—Era finlandés —dice Zenia—. De ahí me vienen estos pómulos.

Charis solo tiene una vaga idea de dónde está Finlandia. Hay árboles, y gente con saunas y botas de piel, y renos.

—Ah —dice—. ¿Por qué estaba en Rumania?

—No estaba —dice Zenia—. Los dos eran comunistas, antes de la guerra. Se conocieron en un congreso de juventud en Leningrado. A él lo mataron más tarde, en Finlandia, luchando contra los rusos en la ofensiva de invierno. Es irónico, ¿no? El creía que estaba de su parte, pero fueron ellos quienes lo mataron.

—A mi padre también lo mataron en la guerra —dice Charis. Se alegra de tener un vínculo con ella.

—Supongo que mataron a mucha gente —dice Zenia sin darle importancia—. Pero eso es historia. —Ha recogido las cartas y está extendiéndolas de nuevo—. Ah —dice—. La reina de picas.

—¿Sigues leyéndome las cartas? —dice Charis.

—No —dice Zenia—. Esta vez es para mí. —Ya no mira las cartas; ahora está mirando al techo, de soslayo, con los párpados entornados—. La reina de picas anuncia mala suerte. Algunos dicen que es la carta de la muerte. —Su larga cabellera negra cae como un pesado velo alrededor de su cabeza.

—Oh, no —dice Charis, abatida—. Creo que no debemos seguir con esto. Es demasiado negativo.

—Está bien —dice Zenia, como si le diera igual una cosa que otra—. Me parece que me iré a la cama.

Charis escucha cómo sube las escaleras, arrastrando un pie tras el otro.

La crudeza del invierno los consumía. Bañarse era una experiencia ártica, y dar de comer a las gallinas una expedición polar: avanzar pesadamente entre la nieve, arrostrar los feroces vendavales que soplaban desde el lago. Las gallinas, por su parte, estaban la mar de cómodas en el gallinero que Billy había construido. La paja y las deyecciones mantenían el calor, como estaba previsto.

A Charis le hubiera gustado tener una buena capa de paja debajo de la casa. Recubrió las paredes con mantas viejas sujetas con tachuelas, rellenó las grietas más visibles con papel de periódico. Menos mal que tenían suficiente leña: Charis había conseguido comprar una partida, por poco dinero, a una persona que se había hartado y volvía a tierra firme. No estaba cuarteada, y Billy la convirtió casi toda en astillas, trabajando al aire libre con el hacha, los días de bonanza: le gustaba partir leña. Pero aun así la casa estaba fría, salvo cuando Charis alimentaba el fuego hasta extremos peligrosos. En tales ocasiones, la atmósfera de la casa se volvía sofocante y olía como un nido de ratones. Había ratones auténticos bajo el piso, que se refugiaban allí del frío; salían por la noche para limpiar las migajas y dejaban excrementos sobre la mesa. Zenia los arrojaba al suelo y fruncía la nariz.

No se volvió a hablar de su partida. Cada mañana le daba a Charis el parte de su salud: mejor, peor. Un día se sentía con ganas de salir a pasear, al siguiente le decía a Charis que estaba perdiendo el cabello. Ya no expresaba ninguna esperanza, ya no parecía que tuviera parte alguna en su propio cuerpo. Tomaba lo que Charis le ofrecía —el zumo de zanahoria, las infusiones de hierbas— con actitud pasiva y sin excesivo interés; le seguía la corriente a Charis, pero en realidad no creía que esas cosas le hicieran ningún bien. Tenía períodos de depresión, durante los cuales se tendía en el sofá de la sala envuelta en una manta o dejaba caer la cabeza sobre la mesa.

—Soy una mala persona —le decía a Charis—. No merezco lo que haces por mí.

—Oh, no digas eso —decía entonces Charis—. Todas tenemos esa sensación, a veces. Es de nuestro lado oscuro. Piensa en lo mejor que tengas.

Zenia la recompensaba con una sonrisita titubeante.

—¿Y si no hay nada? —decía con voz débil.

Zenia y Billy guardaban las distancias. Los dos seguían quejándose a Charis; al parecer disfrutaban así, hablando mal del otro. A los dos les gustaba el sabor quejumbroso del nombre del otro, el aroma de la acusación, el mal gusto. Charis hubiera querido advertir a Billy que no fuera tan duro con Zenia: podía inducirla a chivarse de él, a revelar lo de las bombas. Pero Charis no podía decirle eso a Billy sin reconocer que había traicionado su confianza, que Zenia estaba enterada. Y entonces se pondría furioso con ella.

Charis no quería furia. Solo quería emociones agradables, porque las demás podían manchar a su bebé. Intentaba dedicarse únicamente a las cosas que le daban paz: la blancura justo después de una nevada, antes de que la tiznara el hollín de la

ciudad; el brillo de los carámbanos, aquella semana que hubo una tormenta de granizo que rompió los cables del teléfono. Paseaba a solas por la isla, procurando no resbalar en los senderos helados. El vientre se le volvía cada vez más redondo y más duro, y se le hinchaban los pechos. Ella sabía que la mayor parte de su energía de luz blanca se dirigía ahora al bebé y no a Zenia, ni siquiera a Billy. Y el bebé respondía, Charis lo notaba; estaba a la escucha dentro de ella, estaba atento, absorbía la luz como una flor.

Charis esperaba que los otros dos no se sintieran abandonados, pero no podía hacer gran cosa al respecto. Solo tenía una cierta cantidad de energía, y cada vez disponía de menos para repartir. Estaba convirtiéndose en una persona más implacable, más dura; ahora notaba con más fuerza la ferocidad de su abuela en sus propias manos. El bebé que llevaba dentro era otra vez Karen, no nacida, y con Charis para velar por ella tendría una mejor oportunidad. Esta vez nacería de la madre adecuada.

Se pasaba muchos ratos decorando mentalmente la habitación pequeña, la habitación del bebé. La pintaría de blanco, más adelante, cuando tuviera dinero, cuando Zenia se hubiera marchado. En verano, cuando hiciera calor, Billy podía construir una sauna en el patio, al lado del gallinero. El invierno siguiente podrían meterse en la sauna y calentarse a fondo, y después saldrían y se revolcarían en la nieve. Esa sería una buena manera de utilizar la nieve; mejor que quedarse encerrados en casa quejándose de ella, como hacía Zenia. Y también Billy.

En abril, cuando ya se había derretido la nieve y los brotes de los tres bulbos de narciso de Charis asomaban sobre la tierra marrón, y las gallinas volvían a estar fuera, rascando el suelo, les dijo a Billy y a Zenia lo del bebé. Tenía que decírselo. Pronto iba a ser evidente; además, pronto tendría que haber algunos cambios. No podría seguir dando clases de yoga, así que el dinero tendría que salir de otro sitio. Billy debería encontrar trabajo. No tenía los papeles adecuados, pero aun así podían conseguirse ciertos trabajos, porque algunos de sus amigos desertores los tenían. Billy se vería obligado a mover el trasero. Charis no hubiera pensado estas cosas antes del bebé, pero ahora las pensaba.

Y Zenia tendría que irse por fin. Charis había sido una maestra para ella, pero si Zenia no quería aprovechar lo que Charis le había dado, eso era problema de ella.

«Hasta aquí podíamos llegar —decía la voz de la abuela en el interior de su cabeza—. Lo primero es lo primero. La sangre es más espesa que el agua».

Se lo dice por separado, primero a Zenia. Están cenando: judías de lata al horno, guisantes congelados. Últimamente Charis no es tan estricta en cuanto a los productos orgánicos; al parecer, le falta tiempo. Billy está en la ciudad, una vez más.

—Voy a tener un hijo —anuncia bruscamente Charis mientras dan cuenta del melocotón en conserva.

Zenia no se muestra dolida, no como Charis temía. Tampoco la felicita con aire de añoranza ni le da un abrazo de mujer a mujer, o palmaditas en la mano. Al

contrario: se muestra despectiva.

—Bueno —dice—, ¡ahora sí que la has cagado!

—¿Qué quieres decir? —dice Charis.

—¿Qué te hace suponer que Billy quiere ser padre? —dice Zenia.

A Charis se le corta la respiración. Se da cuenta de que ha estado actuando bajo cierta suposición: que todos los demás recibirán a este bebé con tanto agrado como ella. También se da cuenta de que no ha tomado a Billy en consideración. Una vez hizo un intento de imaginarse qué significaría ser un hombre, ser Billy, tener un hijo, pero le resultó imposible. Después de eso, ya no hizo ningún esfuerzo por adivinar su reacción.

—Pues claro que sí —dice, intentando mostrar convicción.

—Todavía no se lo has dicho, ¿verdad? —dice Zenia. No es una pregunta.

—¿Cómo lo sabes? —dice Charis. Es verdad: ¿cómo lo sabe? ¿Por qué discuten?

—Espera a que se entere —dice Zenia con expresión hosca—. Esta casa va a resultar condenadamente pequeña con un mocoso llorón en ella. Habrías podido esperar a que me hubiese muerto.

Charis queda asombrada por su brutalidad y su egoísmo; asombrada y furiosa. Pero lo que dice se aproxima a un intento de apaciguarla.

—Ahora ya no puedo hacer nada —dice.

—Y tanto que sí —dice Zenia, condescendentemente—. Puedes abortar.

Charis se pone en pie.

—No quiero —dice. Está al borde del llanto, y cuando sube arriba, cosa que hace de inmediato, por una vez sin lavar los platos, se echa a llorar. Lloro sobre el saco de dormir, herida y confusa. Algo se está torciendo y ella ni siquiera sabe bien qué es.

Cuando Billy llega a casa ella aún está tendida encima del saco de dormir, con la luz apagada y la ropa puesta.

—Oye, ¿qué te pasa? —dice él;— Qué ha ocurrido? —Le besa la cara.

Charis se incorpora con esfuerzo y le echa los brazos al cuello.

—¿No te has dado cuenta? —dice, llorosa.

—¿De qué? —dice Billy.

—¡Estoy embarazada! —dice Charis—. ¡Vamos a tener un hijo! —Tal como lo dice parece que sea un reproche; no es eso lo que pretende. Quiere que Billy lo celebre con ella.

—Oh, mierda —dice él. Se queda yerto entre sus brazos—. Oh, Dios mío. ¿Cuándo?

—En agosto —dice Charis, y espera que se alegre. Pero él no se alegra. Al contrario, se lo toma como una gran catástrofe; como una muerte, no como un nacimiento.

—Oh, mierda —repite—. ¿Qué vamos a hacer?

En mitad de la noche Charis se halla de pie al aire libre, en el huerto. Sonambulismo. Solo lleva puesto el camisón y tiene los pies descalzos; el barro y las

hojas en descomposición se desmenuzan entre sus dedos. Huele una mofeta, lejos, como las que hay atropelladas en la carretera; pero ¿cómo ha podido llegar aquí una mofeta? Esto es la isla. Aunque quizá saben nadar.

Ahora está plenamente despierta. Nota en la mano la impronta de otra mano: es su abuela, que intenta decirle algo, que intenta llegar a ella. Una advertencia.

—¿Qué? —dice en voz alta—. ¿De qué se trata?

Percibe que hay otra persona en el huerto, una sombra oscura apoyada contra la pared junto a la ventana de la cocina. Ve un pequeño fulgor. El olor no era de una mofeta, era de humo.

—¿Eres tú, Zenia? —dice.

—No podía dormir —dice Zenia—. ¿Qué? ¿Cómo se lo ha tomado el papaíto?

—No deberías fumar, Zenia —dice Charis. Ha olvidado que está enfadada con ella—. Es muy malo para tus células.

—Que se jodan mis células —dice Zenia—. ¡Bien que me están jodiendo ellas a mí! Más vale que disfrute mientras pueda. —Su voz surge de la oscuridad, indolente, sardónica—. Y debo decirte que ya estoy harta de tu numerito de samaritana. Serías muchísimo más feliz si te ocuparas de tus asuntos.

—Solo intentaba ayudarte —gime Charis.

—Hazme un favor —dice Zenia—. Ve a ayudar a otra persona.

Charis no lo comprende. ¿Por qué ha sido conducida aquí fuera para oír esto? Da media vuelta, entra en la casa y sube las escaleras a tientas. No enciende la luz.

Al día siguiente Billy toma el primer transbordador a la ciudad. Charis trabaja febrilmente en el huerto, esparciendo el abono de primavera, intentando vaciar la mente. Zenia se queda en la cama.

Cuando regresa Billy, una vez que ha oscurecido, está borracho. Ya se ha emborrachado otras veces, pero nunca tanto. Charis está en la cocina lavando los platos, platos acumulados a lo largo de varios días. Nota una pesadez, se siente atascada; tiene algo en la cabeza que no quiere aclararse. Por mucho que se esfuerce, no logra ver más allá de la superficie de las cosas. Hay algo que la bloquea, que la excluye; incluso el huerto no quería dejarla entrar. La tierra ha perdido su brillo y solo es una extensión desabrida, los pollos están irritables y desaliñados, como un viejo plumero para el polvo.

Así que cuando entra Billy, se gira para mirarlo, pero no dice nada. Después, le da la espalda y vuelve a los platos.

Lo oye chocar contra la mesa y volcar una silla. Después, nota sus manos en los hombros. Billy le hace dar la vuelta. Ella espera que la bese, que le diga que ha cambiado de idea, que todo es maravilloso, pero él empieza a sacudirla. Atrás, adelante, lentamente.

—Eres... una... maldita... idiota —dice, al ritmo de las sacudidas—. ¡Eres una maldita idiota! —Su tono es casi cariñoso.

—No hagas eso, Billy —dice ella.

—¿Por qué no? —dice él—. ¿Por qué coño no? Puedo hacer lo que quiera. Eres demasiado idiota para darte cuenta. —Le suelta un hombro y con la mano libre le da una bofetada—. ¡Despierta! —La abofetea de nuevo, con más fuerza.

—¡Basta, Billy! —dice ella, intentando mostrarse firme y suave, intentando no llorar.

—Nadie... me dice... lo que he de hacer. —Da un paso atrás y levanta la pierna, le clava la rodilla en el estómago. Está demasiado borracho para apuntar bien, pero le hace daño.

—¡Lo matarás! —Ahora Charis está gritando—. ¡Vas a matar a nuestro hijo!

Billy apoya la cabeza en el hombro de ella y se echa a llorar, con sollozos roncros y estrangulados que parecen arrancados de lo más hondo.

—Te lo dije —dice—. Te lo dije, pero no quisiste escucharme.

—¿Qué me dijiste? —dice ella, y le acaricia el cabello amarillo.

—No hay cicatrices —dice Billy—. Nada. No hay ninguna cicatriz.

Charis no cae en la cuenta, no sabe a qué se refiere.

—Está bien, Billy —le dice—. Vamos a la cama.

Lo hacen, y ella lo acuna entre los brazos. Después, se duermen los dos.

Por la mañana Charis se levanta para dar de comer a las gallinas. Billy está despierto: se queda en el saco de dormir, bien abrigado, y mira cómo ella se viste. Antes de bajar, Charis se acerca para besarle la frente. Quiere que diga algo, pero él no dice nada.

En primer lugar enciende la estufa, y luego llena el cubo en la pila. Oye que Billy se mueve en el piso de arriba; también oye a Zenia, lo que no es habitual. Quizás está recogiendo sus cosas, quizá piensa irse. Charis tiene esa esperanza, desde luego. Zenia no puede seguir viviendo allí, provoca demasiadas perturbaciones en la atmósfera.

Charis sale fuera y abre el pestillo de la cerca que rodea el recinto de las gallinas. Esta mañana no las oye rebullir, no oye sus soñolientos arrullos. ¡Dormilonas! Abre la puerta de las gallinas, pero no sale ninguna. Intrigada, se dirige a la puerta para personas y entra en el gallinero.

Todas las gallinas están muertas. Hasta la última, muertas en sus ponederos, dos de ellas en el suelo. Hay sangre por todo el gallinero, en la paja, goteando de los ponederos. Coge una de las gallinas muertas del suelo: tiene un corte en el cuello.

Se queda allí de pie, conmocionada y abatida, e intenta no perder la cabeza. Tiene la mente nublada, y un remolino de fragmentos rojos gira detrás de sus párpados. ¡Sus hermosas gallinas! Debe de haber sido una comadreja. ¿Qué, si no? Pero una comadreja ¿no se habría bebido toda la sangre? Puede que haya sido un vecino, no un vecino cercano, sino algún otro. ¿Quién les tiene tanto odio? A las gallinas; o a Billy y ella. Se siente violada.

—¡Billy! —grita. Pero él no puede oírla, está dentro de casa. Charis regresa con paso vacilante; le parece que está a punto de desmayarse. Llega a la cocina, vuelve a

llamarlo. Debe de haberse dormido otra vez. Sube las escaleras arrastrando los pies.

Billy no está. No está en la habitación, y cuando mira en el cuarto de Zenia tampoco lo encuentra. ¿Por qué ha creído que podía estar allí?

Zenia también ha desaparecido. Han desaparecido los dos. No están en la casa.

Charis echa a correr, jadeante, hacia el muelle del transbordador. Ahora comprende. Por fin ha ocurrido: han secuestrado a Billy. Cuando llega al muelle, el transbordador está haciendo sonar la sirena, ya ha empezado a alejarse, y en la cubierta está Billy, cerca de dos desconocidos. Hombres con abrigo, justo como se los imaginaba. Junto a él está Zenia. Debe de haberlo delatado, debe de haberlo entregado a la policía.

Billy no agita la mano. No quiere que los dos hombres sepan que Charis tiene algo que ver con él. Intenta protegerla.

Regresa lentamente a la casa, entra en ella lentamente. La registra de arriba abajo en busca de una nota, pero no hay ninguna. En el fregadero de la cocina encuentra el cuchillo del pan, con la hoja manchada de sangre.

Ha sido Zenia. Zenia ha asesinado a sus gallinas.

Tal vez Billy no haya sido secuestrado. Tal vez se haya es capado. Se haya escapado con Zenia. A eso se refería con lo de las cicatrices: a que Zenia no tiene ninguna cicatriz. Lo sabe porque ha mirado. Ha mirado el cuerpo de Zenia, entero, con la luz encendida. Sabe todo lo que se puede saber de ese cuerpo. Ha estado dentro de él.

Charis se sienta ante la mesa de la cocina y se golpea la frente contra ella, con suavidad, intentando expulsar todo pensamiento. Pero igualmente piensa. Si no hay cicatrices, no debe de haber cáncer. Zenia no tiene cáncer, como decía Billy. Pero si eso es cierto, ¿qué ha hecho Charis durante los últimos seis meses? La tonta, eso ha hecho. Ha sido una idiota. Ha sido tan rematadamente idiota que parece mentira que tenga un cerebro dentro de la cabeza.

Ha sido traicionada. ¿Cuánto tiempo, cuántas veces? Billy intentó decírselo. Intentó que Zenia se marchara, pero luego fue demasiado tarde.

En cuanto a las gallinas muertas y el cuchillo del pan, se trata de un mensaje. «Córtate las venas». Oye una voz, una voz de hace mucho tiempo, más de una voz. «Eres idiota. No puedes ganar este combate». No en esta vida. De todos modos, ya casi está harta de esta vida; quizá sea el momento de pasar a la siguiente. Zenia se ha llevado la parte de Charis que ella necesita para vivir. Ella es tonta, es un fracaso, es una idiota. Todas las cosas malas que le han ocurrido son un castigo, son para darle una lección. La lección es que más le valdría rendirse.

Eso es Karen quien lo dice. Karen ha vuelto, Karen tiene el control de su cuerpo. Karen está enfadada con ella, Karen está desolada, Karen está enferma de asco, Karen quiere que mueran las dos. Quiere matar el cuerpo que comparten. Ya tiene el cuchillo del pan en la mano y lo dirige hacia su brazo común. Pero si hace eso, también morirá su bebé, y Charis no está dispuesta a consentirlo. Reúne todas sus

fuerzas, toda su luz curativa interior, la fiera luz azul de su abuela, y las concentra en sus manos; le disputa silenciosamente a Karen la posesión del cuchillo. Cuando se hace con él, rechaza a Karen tan fuerte como puede, la empuja otra vez hacia la sombra. Después arroja el cuchillo por la puerta.

Espera que Billy regrese. Sabe que no lo hará, pero igualmente espera. Se sienta ante la mesa de la cocina y le ordena a su cuerpo que no se mueva. No se mueve. Espera toda la tarde. Después, se va a la cama.

Al día siguiente ya no está tan ida. En cambio, está frenética. Lo peor de todo es no saber. Quizás haya juzgado mal a Billy, quizá no se haya escapado con Zenia. Quizás esté en la cárcel, donde alguien le corta el cuello en las duchas. Quizás esté muerto.

Marca todos los números garabateados en la pared junto al teléfono. Pregunta, deja mensajes. Ninguno de los amigos de Billy sabe nada, o ninguno lo reconoce. ¿Quién más podría saber dónde está, dónde puede haber ido? Él mismo, o Zenia, o los dos juntos. ¿Quién más conoce a Zenia?

Solo se le ocurre una persona: West. Zenia vivía con West antes de presentarse ante la puerta de Charis con un ojo morado. Ahora Charis contempla ese ojo morado bajo una luz distinta. Es posible que tuviera una razón válida para estar así.

West da clases en la universidad, Zenia se lo dijo. Da clases de música o algo por el estilo. Lo que ella no sabe es si se hace llamar West o Stewart. Preguntará por los dos. No tarda mucho en averiguar su número particular.

Lo marca, y contesta una mujer. Charis explica que está buscando a Zenia.

—¿Buscas a Zenia? —dice la mujer—. ¿Por qué diablos desearía nadie hacer eso?

—¿Con quién hablo? —dice Charis.

—Soy Antonia Fremont —dice Tony.

—Tony —dice Charis. La conoce, más o menos. No se detiene a pensar cómo es que Tony contesta el teléfono de West. Toma aliento—. ¿Te acuerdas de cuando quisiste ayudarme, en el jardín de McClung Hall? ¿Y yo no necesitaba ayuda?

—Sí —dice Tony con cautela.

—Bueno, pues ahora la necesito.

—¿Ayuda respecto a Zenia? —dice Tony.

—Algo así —dice Charis.

Tony dice que irá a verla.

Tony toma el transbordador a la isla. Se sienta ante la mesa de la cocina de Charis y bebe una taza de té a la menta mientras escucha toda la historia, asintiendo de vez en cuando con la boca ligeramente abierta. Hace unas cuantas preguntas, pero no duda de nada. Cuando Charis lamenta lo estúpida que ha sido, Tony le dice que no ha sido especialmente estúpida; no más de lo que lo fue ella misma. «Zenia es muy buena en lo suyo», es su manera de expresarlo.

—¡Pero me daba tanta lástima! —dice Charis. Le corren las lágrimas por la cara; al parecer, no es capaz de contenerlas. Tony le ofrece un Kleenex arrugado.

—A mí también —dice—. Es experta en eso.

Tony le explica que West no pudo pegarle un puñetazo en el ojo a Zenia, no solo porque jamás le pegaría un puñetazo en el ojo a nadie, sino porque entonces no vivía con Zenia. Hacía más de un año y medio que no vivía con ella. Estaba viviendo con Tony.

—Aunque supongo que habría podido hacerlo al verla por la calle —dice—. Sería una tentación muy fuerte. No sé qué haría yo si me encontrara con Zenia de nuevo. Empaparla en gasolina, quizá. Prenderle fuego.

En cuanto a Billy, Tony es de la opinión que Charis no debe perder el tiempo buscándolo; en primer lugar, porque nunca lo encontrará; después, porque ¿y qué si lo encuentra? Si lo ha secuestrado la Policía Montada, ella no podrá rescatarlo, seguramente a estas alturas ya debe de estar en una celda de hormigón en Virginia, y si quiere ponerse en contacto con ella ya lo hará. Les dejan escribir cartas. Si no lo han secuestrado, si se lo ha llevado Zenia, no es probable que quiera ver a Charis. Se sentirá demasiado culpable.

Tony lo sabe, Tony ha pasado por ello: es como si Billy hubiera caído bajo un hechizo. Pero Zenia no se contentará con Billy durante mucho tiempo. Es una presa demasiado pequeña y —Charis perdonará que le hable con franqueza— demasiado fácil. Tony ha pensado mucho en Zenia y ha llegado a la conclusión de que le gustan los desafíos. Le gusta la fractura y el escaló, le gusta llevarse cosas que no son suyas. Billy, al igual que West, solo era un blanco de práctica. Seguramente Zenia tiene una hilera de pollas de hombre clavadas en la pared, como cabezas de animales disecadas.

—Déjalo en paz y volverá con la cola entre las piernas —dice Tony—. Si aún conserva la cola cuando Zenia acabe con él.

A Charis le asombra la desenvoltura con que Tony expresa su hostilidad. No puede ser bueno para ella. Pero aporta un innegable consuelo.

—¿Y si no vuelve? —dice Charis—. ¿Qué pasará si no vuelve? —Todavía lloriquea. Tony hurga bajo la pila y encuentra una toalla de papel.

Tony se encoge de hombros.

—Pues que no vuelve. Hay otras cosas que hacer.

—Pero ¿por qué mató mis gallinas? —dice Charis. Lo mire como lo mire, no es

capaz de comprenderlo. Las gallinas eran encantadoras, eran inocentes, no tenían nada que ver con quitarle a Billy.

—Porque es Zenia —dice Tony—. No te preocupes por sus motivos. Atila no tenía motivos; solo apetitos. Mató las gallinas. El hecho habla por sí mismo.

—Quizá lo hizo porque los rumanos lapidaron a su madre, por ser gitana —dice Charis.

—¿Cómo? —dice Tony—. ¡Si no lo era! ¡Era una rusa blanca exiliada! ¡Murió en París, de tuberculosis!

Después Tony se echa a reír. Se ríe y se ríe.

—¿Cómo? —dice Charis, perpleja—. ¿Qué ocurre?

Tony le sirve una taza de té a Charis y le dice que descanse. Ahora debe cuidarse, dice Tony, porque va a ser madre. La envuelve en una manta y la acuesta en el sofá de la sala. Charis se siente soñolienta y atendida, como si ya nada dependiera de ella.

Tony sale fuera con unas cuantas bolsas de plástico para la basura —Charis sabe que el plástico es malo, pero no ha encontrado ninguna alternativa— y recoge las gallinas muertas. Barre el gallinero. Llena un cubo de agua y hace lo que puede para limpiar la sangre.

—Hay una manguera —dice Charis, amodorrada.

—Me parece que lo he limpiado casi todo —dice Tony—. ¿Qué hacía en el huerto este cuchillo para el pan?

Charis le explica el impulso de cortarse las venas, y Tony no la regaña. Le dice solo que los cuchillos para el pan no son una solución viable, y después lo lava y lo devuelve al cajón de los cubiertos.

Cuando Charis ha descansado, Tony vuelve a sentarla ante la mesa. Tiene una hoja de papel y un bolígrafo.

—Ahora piensa en todo lo que necesitas —le dice—. Cosas prácticas.

Charis piensa. Necesita pintura blanca, para la habitación del bebé; necesita aislamiento para la casa, porque después del verano vendrá un invierno. Necesita unos cuantos vestidos holgados. Pero no puede comprar ninguna de estas cosas; con Billy y Zenia comiéndose las verduras, no ha podido ahorrar. Quizá tendrá que recurrir a la asistencia social.

—Dinero —dice lentamente. Detesta decirlo. No quiere que Tony crea que está pidiendo.

—Muy bien. Ahora, vamos a pensar de qué manera puedes conseguirlo.

Con ayuda de su amiga Roz, a la que Charis recuerda apenas de la época de McClung Hall, Tony le busca un abogado, y el abogado va a entrevistarse con tío Vern. Todavía vive, aunque tía Viola ya no. Sigue viviendo en la misma casa, con la moqueta de pared a pared y la sala de recreo. Charis no tiene que ir a verlo: eso lo hace el abogado, que luego informa a Tony. Charis no tiene que contar toda la historia de tío Vern, porque lo que el abogado necesita saber es qué dicen los testamentos, el de su madre y el de su abuela. Está muy claro qué ocurrió: tío Vern cogió el dinero

que obtuvo de la venta de la granja, el dinero de Charis, y lo invirtió en su negocio. El asegura que intentó localizar a Charis cuando esta cumplió los veintiún años, pero que no le fue posible encontrarla. Quizá sea verdad.

Charis no recibe todo el dinero que le correspondería —no cobra los intereses, y tío Vern se ha gastado parte del capital—, pero recibe más del que nunca ha tenido. También recibe una rastrera nota de tío Vern en la que le dice que le encantaría volver a verla, porque siempre ha sido como una hija para él. Debe de estar chocheando. Charis quema la nota en la estufa.

—Me gustaría saber cómo habría sido mi vida si hubiera tenido un auténtico padre —le dice a Tony.

—Yo lo tuve —dice Tony—. Tiene sus pros y sus contras.

Roz se encarga de invertir parte del dinero de Charis. No producirá mucho, pero será una ayuda. De lo que queda, Charis destina una parte a comprar la casa; el propietario quiere quitársela de encima, cree que el municipio la derribará en cualquier momento y acepta de buena gana un precio bajo. Después de comprar la casa, Charis la arregla, no del todo, pero lo suficiente.

Roz acude a la isla, porque disfruta renovando casas, o eso dice ella. Es aún más robusta de como Charis la recuerda; su voz es más fuerte, y tiene un aura de un brillante color amarillo limón que Charis ve sin siquiera esforzarse.

—Ah, esto es maravilloso —dice Roz—. ¡Es como una casita de muñecas! Pero, cariño, ¡tienes que cambiar esta mesa!

Al día siguiente llega una mesa distinta. Es redonda y de roble, justo lo que Charis quería. Charis llega a la conclusión de que, pese a las apariencias, Roz es una persona sensible.

Roz se ocupa de la canastilla para el bebé, porque a Tony no le gusta ir de compras y, de todos modos, no tiene ni idea de qué ha de comprar. Tampoco Charis. Pero Roz ya tiene un hijo, así que lo sabe todo, incluso cuántas toallas hacen falta. Le dice a Charis cuánto cuesta cada cosa, para arreglar las cuentas, y a Charis le sorprende lo barato que es todo.

—Mira, cielo —dice Roz—, soy la gran cazadora de rebajas. Lo que ahora necesitas es una Manzana Feliz. Son esas manzanas de plástico que tintinean en el agua del baño. ¡Son una preciosidad!

Charis, antaño tan alta y delgada, ahora es alta y rolliza. Tony se pasa las dos últimas semanas del embarazo en casa de Charis. Puede permitírselo, le explica, porque son las vacaciones de verano. Ayuda a Charis a hacer los ejercicios respiratorios, tomándole el tiempo con su reloj de pulsera de números grandes y apretándole la mano con su manita, tan extrañamente parecida a la zarpa de una ardilla. A Charis le parece increíble que vaya a tener un bebé; o le parece increíble que el bebé vaya a estar pronto fuera de ella. Sabe que lo tiene dentro, le habla constantemente. Pronto oirá su voz en respuesta. Le promete que jamás lo tocará con ira. Jamás le pegará, ni siquiera un cachete ocasional. Y casi nunca lo hace.

Al fin Charis va al hospital, después de todo, porque Tony y Roz han decidido que será mejor: si surgieran complicaciones, habría que trasladar a Charis a tierra firme en una lancha de la policía, y no sería adecuado. Cuando nace Agosto tiene un halo dorado, como el Niño Jesús en las tarjetas de Navidad. Nadie más lo ve, pero Charis sí. Toma a Agosto en brazos y hace el voto de ser la mejor persona que pueda ser, y da gracias a su Dios ovalado.

Ahora que Agosto está en el mundo exterior, Charis se siente más anclada. Anclada, o amarrada. Ya no se deja llevar por el viento como antes, de un lado a otro; toda su atención está en el «ahora». Ha sido empujada hacia su propia carne lechosa, hacia la pesadez de sus pechos, hacia su propio campo de gravedad. Se tiende bajo el manzano sobre una manta extendida encima de la hierba, en el aire húmedo, bajo la luz que se filtra entre las hojas, y arrulla a Agosto con canciones. Karen está muy lejos, y mejor así: no se puede confiar en Karen habiendo niños pequeños.

Tony y Roz son las madrinas. No oficiales, por supuesto, ya que no existe ninguna iglesia en el mundo que esté dispuesta a hacer las cosas tal como Charis las quiere. Ella misma celebra la ceremonia, con la Biblia de su abuela y con una piedra redonda muy poderosa que se encontró en la playa, una vela al aroma de laurel y un poco de agua de manantial, y Tony y Roz prometen velar por Agosto y proteger su espíritu. A Charis la satisface poder dar a Agosto dos mujeres de cabeza tan dura como madrinas. No la dejarán ser ñoña, le enseñarán a valerse por sí misma; una cualidad que Charis no está segura de poder proporcionarle.

Hay una tercera madrina presente, desde luego: una madrina oscura, que aporta dones negativos. La sombra de Zenia se cierne sobre la cuna. Charis reza por que sea capaz de proyectar suficiente luz, desde el interior de ella misma, para disipar esa sombra.

Agosto se hace mayor y Charis la cuida y se regocija, porque Agosto es feliz, es más feliz de lo que ella fue jamás cuando era Karen, y nota que las heridas de su propia vida se van curando. Aunque no del todo, nunca del todo. Por las noches toma largos baños con lavanda y agua de rosas, y visualiza que todas las emociones negativas fluyen de su cuerpo al agua del baño, y cuando quita el tapón se van por el desagüe. Esta es una operación que se siente en la necesidad de repetir con frecuencia. Se mantiene apartada de los hombres, porque los hombres y el sexo son demasiado difíciles para ella, están demasiado enmarañados con la ira, la vergüenza, el odio y la pérdida, con el sabor del vómito y el olor de la carne pasada, con el vello dorado de los brazos desaparecidos de Billy y con el ansia.

Charis está mejor sola, y con Agosto. El aura de Agosto es de un amarillo narciso, intensa y clara. Apenas ha cumplido cinco años y ya tiene opiniones muy claras. Charis se alegra de ello; se alegra de que Agosto no sea Piscis, como ella. Agosto tiene pocas antenas eléctricas, pocas corazonadas; ni siquiera sabe cuándo va a llover. Estas cosas son un don, cierto, pero no exento de inconvenientes. Charis traza el horóscopo de Agosto en uno de sus cuadernos de notas, de color malva: signo, Leo;

piedra preciosa, el diamante; metal, el oro; regente, el Sol.

Durante todo este tiempo no hay noticias de Billy. Charis decide contarle a Agosto —cuando sea lo bastante mayor— que su padre murió como un valiente combatiendo en la guerra de Vietnam. Viene a ser lo mismo que le contaron a ella y, posiblemente, igual de cierto. No tiene una foto solemne de Billy vestido de uniforme, empero, por la sencilla razón de que él jamás tuvo tal cosa. La única foto que tiene es una instantánea que tomó uno de sus amigos, en la que aparece con una cerveza en la mano, en camiseta y pantalones cortos. Es de cuando estaba construyendo el gallinero. En la foto parece estar hecho polvo, y tiene cortada parte de la cabeza. Charis no la considera adecuada para enmarcar.

El transbordador llega al muelle, baja la pasarela y Charis desciende, respirando el aire transparente de la isla. Hierba seca como flautas de caña, tierra negra como un violoncelo. Aquí está, de vuelta en su casa, su casa frágil pero estable, su casa endeble pero todavía en pie, su casa con flores exuberantes, su casa con las paredes agrietadas, su casa con la cama fresca, blanca y pacífica.

Su casa, no la de ellos; no de Billy y Zenia, aunque ahí es donde ocurrió todo. Quizá no fue muy buena idea quedarse en ella. Ha exorcizado todos los fragmentos de ellos dos, ha quemado hierbas olorosas, ha purificado todas las habitaciones, y el nacimiento de Agosto fue un exorcismo de por sí. Pero no consiguió deshacerse de Billy, por más que lo intentó, porque su historia quedó sin terminar; y con Billy iba también Zenia. Estaban los dos pegados.

Charis necesita ver a Zenia porque necesita conocer el final. Necesita librarse definitivamente de ella. Nunca habla de esta necesidad con Tony ni con Roz, porque intentarían disuadirla. Tony diría: «No te acerques a la zona de incendio». Roz diría: «¿Por qué te empeñas en meter la cabeza dentro de la batidora?».

Pero Charis tiene que ver a Zenia, y no tardará en verla ahora que sabe dónde está. Irá directamente al hotel Arnold Garden, subirá en ascensor y llamará a la puerta. Se siente casi lo bastante fuerte. Y Agosto ya empieza a ser mayor. Sea cual sea la verdad, acerca de Billy, es lo bastante mayor para que no le haga demasiado daño.

De manera que Charis se enfrentará a Zenia y esta vez no se dejará intimidar, no se mostrará conciliadora, no se arredrará; se mantendrá firme y devolverá golpe por golpe. Zenia, la asesina de pollos, la bebedora de sangre inocente. Zenia, que vendió a Billy por treinta monedas de plata. Zenia, parásita del alma.

Baja del estante la Biblia de su abuela y la deja sobre la mesa de roble. Busca un alfiler, cierra los ojos, espera el tirón hacia abajo.

«Reyes, dos, nueve, treinta y cinco —lee—. Fueron a enterrarla y no hallaron de ella más que el cráneo, los pies y las palmas de las manos».

Es Jezabel arrojada desde la torre, Jezabel devorada por los perros. «Otra vez», piensa Charis. Detrás de sus ojos hay una silueta oscura que cae.

LA NOVIA LADRONA

Roz pasea de arriba abajo por su despacho, lo recorre de un lado a otro fumando, comiendo palitos de queso rancios del paquete que guardó en su escritorio la semana anterior y quedó allí olvidado, esperando. Fumar, comer y esperar: la historia de su vida. ¿Qué espera? Es demasiado pronto para recibir información útil. Harriet, la detective húngara, es buena, pero sin duda tardará unos días en dar con Zenia, porque Zenia no se habrá escondido en ningún lugar obvio, es de suponer. Aunque quizá no se esconda. Quizás esté al descubierto, bien a la vista. Ahí está Roz, a gatas en el suelo para mirar bajo la cama, donde siempre se acumulan bolas de polvo y bichos muertos a pesar de su aspiradora de última generación, y todo el rato Zenia está de pie en el centro de la habitación. «Lo que ves es lo que hay —le dice a Roz—. Pero tú no lo viste». Le gusta remachar las cosas.

Roz se detiene al lado de la ventana. Su despacho está en una esquina del edificio, naturalmente, y en el último piso. Los presidentes de empresa de Toronto tienen derecho a despacho en una esquina del último piso, incluso los presidentes de poca monta como Roz. Es cuestión de prestigio: en esta ciudad no hay nada más alto en el poste totémico que un despacho con vistas, aunque sea básicamente una vista de grúas paradas, andamios de construcción y la autopista con sus coches del tamaño de cucarachas, y el amasijo de espaguetis de las vías del tren. Pero todos los que entran en el despacho de Roz captan el mensaje inmediatamente. «¡A ver si mostramos un poco de respeto aquí! ¡Ejem, ejem!». Monarca de todo lo que alcanza a contemplar.

Y una mierda. Ya nadie es monarca de nada. Todo está descontrolado.

Desde ahí Roz ve el lago y el futuro club náutico que están construyendo sobre un relleno de escombros plagados de termitas, y la isla, donde Charis tiene su casita nido de ratones que se está cayendo en pedazos; y, desde la otra ventana, la torre con el pararrayos más alto del mundo con el estadio SkyDome al lado, nariz y ojo, zanahoria y cebolla, falo y óvulo, que cada cual elija su símbolo, y menos mal que Roz no invirtió en eso, se rumorea que los promotores están perdiendo la camisa. Si se planta en el ángulo entre las dos ventanas y mira hacia el norte, ve la universidad con sus árboles, dorados en esta época del año, y, semioculta tras ellos, la locura gótica en ladrillo rojo donde vive Tony. Aunque para ella es perfecta, con torreón y todo. Puede amadrigarse allí y imaginar que es invulnerable.

A Roz le gustaría saber qué hacen las otras dos en ese preciso instante. ¿Están paseando de un lado a otro, como ella? ¿Están nerviosas? Vistas desde lo alto, formarían los tres vértices de un triángulo, con Roz en el ápice. Podrían hacerse señales con linternas, como la detective Nancy Drew. Claro que siempre está el teléfono.

Roz lo descuelga, marca un número, vuelve a colgarlo. ¿Qué pueden decirle? No saben más que ella sobre Zenia. Menos, probablemente.

Roz tiene las manos húmedas, y las axilas. El cuerpo le huele como clavos

oxidados. ¿Es una subida de calor de la menopausia o solo un retorno de la antigua rabia? «Solo es que está celosa», dice la gente, como si los celos fuesen algo sin importancia. Pero no es así, es lo peor, es el peor sentimiento que existe: incoherente, confuso y vergonzoso, y al mismo tiempo satisfecho de sí mismo, preciso y duro como el cristal, como una imagen vista por un telescopio. Un sentimiento de concentración total, pero de absoluta impotencia. Por eso debe de inspirar tantos asesinatos: matar es ejercer el control supremo.

Roz se imagina a Zenia muerta. Su cuerpo real, muerto. Muerto y derritiéndose.

No es muy satisfactorio, porque si Zenia estuviera muerta no sería consciente de ello. Mejor imaginársela fea. Roz coge la cara de Zenia y la moldea como si fuera de masilla. Unos buenos carrillos, una doble papada, una mueca de desdén permanente. Le ennegrece unos cuantos dientes, como en los dibujos infantiles de las brujas. Así está mejor.

«Espejo, espejito, ¿quién es la más hermosa de todas?».

«Depende —dice el espejo—. La belleza solo es superficial».

«Tienes mucha razón —dice Roz—, pero me llevare un poco de todos modos. Y ahora, contesta a mi pregunta».

«Creo que eres una magnífica persona —dice el espejo—. Eres afectuosa y generosa. No te costaría nada encontrar otro hombre».

«No quiero otro hombre —dice Roz, tratando de no llorar—. Quiero a Mitch».

«Lo siento —dice el espejo—. No puede ser».

Siempre termina así.

Roz se suena, recoge la chaqueta y el bolso y cierra el despacho con llave. Boyce se ha quedado a trabajar, benditos sean sus pulcros calcetines de rombos: se ve luz por debajo de su puerta. Roz se pregunta si no debería llamar e invitarlo a tomar algo, invitación que él no juzgaría apropiado rechazar, y llevárselo al bar del King Eddie y darle un latazo de muerte.

Mejor que no. Se irá a casa y les dará el latazo a sus hijas. Se ve a sí misma correr por la calle Bay envuelta únicamente en el albornoz naranja, arrojando puñados de dinero de un saco de arpillera. Deshaciéndose de sus posesiones. Librándose del vil metal. Después podría ingresar en una secta o algo así. Hacerse monje. Alimentarse de judías secas. Ponerse en evidencia ante todo el mundo, más de lo que ya lo hace. Pero ¿habría cepillos eléctricos para los dientes? Para alcanzar la santidad, ¿hay que dejar que se forme la placa dental?

Las gemelas están mirando la tele en la sala, decorada en estilo Navajo Nouveau: arena, salvia, ocre y un cactus auténtico junto a la ventana, arrugado como una pasa, que se muere por exceso de agua. Roz tendrá que hacerle una advertencia a María. Cada vez que María ve una planta, la riega. O si no, le quila el polvo. Un día Roz la sorprendió pasándole la aspiradora al cactus, lo cual no debió de hacerle ningún bien.

—Hola, mamá —dice Erin.

—Hola, mamá —dice Paula. Ninguna la mira; se dedican a cambiar de canal,

pasándose el mando de una a otra.

—¡Idiota! —grita Erin—. ¡Qué burrada! Mira ese esperpento.

—¡Moco cerebral! —dice Paula—. *C'est con, ga!* ¡Oye, que me toca a mí!

—Hola, niñas —dice Roz. Sacude los pies para quitarse los zapatos apretados y se deja caer sobre un sillón, un sillón morado mate del color de los farallones de Nuevo México justo después de ponerse el sol, o así se lo aseguró el decorador. Ella no tiene manera de saberlo. Le gustaría que Boyce estuviera a su lado; él le prepararía una bebida. Ni le haría falta prepararla: escanciarla. Un *whisky* de malta tal como sale de la botella, eso es lo que le apetece, pero de pronto se encuentra demasiado cansada para ir a buscarlo ella misma—. ¿Qué estáis mirando? —les dice a sus hermosas hijas.

—¡Ya nadie mira la tele, mamá! —dice Paula.

—Buscamos anuncios de champú —dice Erin—. Queremos librarnos de nuestra caspa escamosa.

Paula se echa el cabello sobre un ojo, como una modelo.

—¿Sufre usted de... caspa púbrica escamosa? —declama parodiando la voz de los anuncios. Por lo visto, esto les parece a las dos irreprimiblemente jocoso. Pero al mismo tiempo la observan, con pestañeos y miraditas de soslayo, atentas a cualquier indicio de crisis.

—¿Dónde está vuestro hermano? —dice Roz con voz cansada.

—Me toca a mí —dice Erin, y se apodera del mando.

—Ha salido —dice Paula—. Me parece.

—En el planeta X —dice Erin.

—Bailando y cortejando —dicen las dos a la vez, y sueltan una risita.

Si al menos se sosegaran, alquilaran una buena película, una que tuviera canciones a dúo, Roz podría preparar palomitas de maíz, regarlas con mantequilla derretida y sentarse con ellas en cordial camaradería familiar. Como en los días de antaño. En otro tiempo, la preferida de sus hijas era *Mary Poppins*; en la época de los camiones de franela. Pero ahora han sintonizado el canal de música, y en la pantalla hay un hombre con una camiseta rasgada que salta arriba y abajo, menea las escuálidas caderas y saca la lengua en lo que debe de considerar un mohín sexual, aunque a Roz más bien le parece una ilustración de alguna enfermedad bucal, y ella no tiene suficientes energías para soportarlo, ni siquiera con el televisor mudo, así que se levanta y sube a su habitación sin calzarse, se pone el albornoz y sus raídas zapatillas de casera y baja sin apresurarse a la cocina, donde encuentra en el frigorífico una barra de Nanaimo ya empezada. La deposita en un plato —no caerá en la barbarie, utilizará un tenedor— y añade unos quesitos La Vaca Que Ríe que compró para el almuerzo de las niñas y unos encurtidos Tomek, elaborados según una antigua receta polaca: beber el líquido en caso de resaca. No vale la pena pedirles a las niñas que vengan a cenar con ella. Le dirán que ya han cenado, sea cierto o no. Así provista, Roz vaga por la casa de habitación en habitación, masticando encurtidos

y examinando mentalmente el color de las paredes. Azul pionero, piensa. Eso es lo que necesito. Un retorno a las raíces. Sus herbáceas y sospechosas raíces, sus enmarañadas raíces. Inferiores a las de Mitch, como tantos otros intangibles. Las raíces de Mitch tenían raíces.

Al cabo de un rato se da cuenta de que sostiene un plato vacío y se pregunta cómo es que ya no hay nada en él. Está de pie en el sótano, en la parte vieja, la que nunca ha hecho renovar. La parte de almacén, con suelo de hormigón en bruto y telarañas. Los restos de la colección de vinos de Mitch aún ocupan un rincón: no los mejores vinos, esos se los llevó consigo cuando abandonó el gallinero. Seguramente se los bebió con Zenia. Roz no ha tocado ni una botella de las que quedaron, no sería capaz. Y tampoco es capaz de tirarlas.

En el sótano también hay algunos libros de Mitch; sus viejos tomos de Derecho, sus novelas de Joseph Conrad, los manuales de los yates. Al pobre le encantaban sus embarcaciones. Creía tener alma de marino, aunque todas las veces que salieron a navegar se estropeó alguna cosa. Alguna pieza del motor o algún trozo de madera, a Roz que la registren, ella nunca se acostumbró a decir «proa» y «popa» en vez de «delante» y «detrás». Se ve a sí misma de pie en uno de esos yates, el *Rosalind* debía de ser, el primero, bautizado con el nombre de ella; tenía la nariz pelada por el sol, los hombros cubiertos de pecas y la gorra de Mitch ladeada sobre la frente, y blandía una especie de llave inglesa —«¿Es esta, cariño?»— mientras avanzaban a la deriva hacia una orilla rocosa —¿dónde? ¿En el lago Superior?— y Mitch se afanaba inclinado sobre el motor, maldiciendo entre dientes. ¿Era divertido? No. Pero preferiría estar allí que aquí.

Vuelve la espalda a las cosas de Mitch para no verlas. Es demasiado doloroso. En el sótano también hay algunas cosas viejas de las gemelas, y algunas de Larry: su guante de béisbol, los juegos de mesa —Admiráis, Strategy, Kamikaze— que Tony le regalaba porque consideraba que eran los que debían gustarle. Los libros infantiles, que Roz conserva cariñosamente con la esperanza de que algún día tendrá nietos y les leerá esos mismos libros. «¿Sabes qué, cielo? ¡Este libro era de tu mamá! ¡Cuando era pequeña!». (O «de tu papá». Pero, aunque Roz tiene esperanzas, le resulta difícil imaginarse a Larry en el papel de padre).

Larry, por lo general, permanecía sentado con expresión grave mientras ella le leía. Sus relatos preferidos eran sobre trenes que hablaban y tenían mucho éxito, o libros bienintencionados que predicaban la cooperación entre las especies. El señor Oso ayuda al señor Castor a construir un dique. Larry no hacía muchos comentarios. Con las gemelas, en cambio, Roz apenas podía meter baza. Le disputaban el control del relato: «¡Cambia el final, mamá! ¡Haz que vuelvan atrás! ¡Esta parte no me gusta!». Hubieran querido que *Peter Pan* terminara antes de que Wendy creciera, que Matthew de *Ana de las tejas verdes* viviera eternamente.

Roz recuerda una fase, cuando tenían..., ¿cuántos? ¿Cuatro, cinco, seis, siete años? Duró algún tiempo. Las gemelas decidieron que todos los personajes de todos

los cuentos tenían que ser femeninos. Winnie the Pooh era femenino, Piglet era femenino, Peter Rabbit era femenino. Si Roz tenía un desliz y decía «él», sus hijas no lo pasaban por alto: «¡Ella! ¡Ella!», insistían. Incluso sus animales de peluche pertenecían también al género femenino. Roz aún no sabe por qué. Cuando se lo preguntaba, las gemelas la miraban con profundo desdén. «¿Es que no lo ves?», decían.

A ella le preocupaba que esta actitud de las gemelas fuese una manera de reaccionar ante Mitch y sus ausencias, un intento de negar su existencia. Pero quizás era solo porque los animales de peluche carecían de pene. Quizás era por eso. En cualquier caso, se les pasó con el tiempo.

Roz se sienta en el suelo del sótano, con su albornoz naranja, sin prestar atención al polvo de cemento, las lepismas y las telarañas. Saca libros de los estantes, al azar. *A Paula y Erin, de tía Tony*. En la portada se ve el bosque oscuro, el oscuro bosque de los lobos, en el que vagan los niños perdidos y acechan las zorras, y donde puede ocurrir cualquier cosa; se ve el torreón del castillo, que asoma entre los nudosos árboles. *Los tres cerditos*, lee Roz. El primer cerdito se construyó una casa de paja. «La primera cerdita, la primera cerdita», gritan en su mente las voces infantiles. El malvado lobo se metió por la chimenea, cayó dentro del caldero de agua hirviendo y se escaldó por completo. «¡La loba!». Es curiosa la diferencia que produce un simple cambio de género.

Una vez las gemelas decidieron que no era la loba quien debía caer en el caldero de agua hirviendo: tenía que ser una de las cerditas, porque ellas habían sido las tontas. Cuando Roz sugirió que tal vez las cerditas y la loba podían prescindir del agua hirviendo y hacerse amigas, las gemelas se burlaron de ella. Alguien tenía que salir escaldado.

En aquel momento, a Roz le sorprendió descubrir la sed de sangre que llegaban a tener los niños. Larry no; a él no le gustaban los cuentos con grandes dosis de violencia, le daban pesadillas. No era aficionado a la clase de libros que a Tony le gustaba traer: aquellos cuentos de hadas auténticos en ediciones con árboles retorcidos en las que no habían cambiado ni una sola palabra y que conservaban intactos los ojos picoteados por los cuervos, los cuerpos hervidos, los cadáveres colgados y los clavos al rojo vivo. Tony decía que así reflejaban mejor la realidad de la vida.

—*El novio ladrón* —lee Tony, hace mucho tiempo, una gemela a cada lado. La hermosa doncella, la búsqueda de un marido, la llegada del rico y apuesto desconocido que atrae a las muchachas inocentes a su fortaleza del bosque y una vez allí las descuartiza y las devora—. Un día apareció un pretendiente. Este joven...

—¡Esta joven! ¡Esta joven! —claman las gemelas.

—Muy bien, Tony, a ver cómo sales de esta —dice Roz, de pie en el umbral.

—Podríamos hacer que fuese *La novia ladrona* —dice Tony—. ¿Os parecería bien así?

Las gemelas consideran la propuesta y dicen que les parece bien. Les gustan los vestidos de novia y visten a sus muñecas Barbie con ellos; después, tiran las novias por el hueco de la escalera o las ahogan en la bañera.

—Entonces —les dice Tony—, ¿a quién queréis que asesine? ¿Preferís que sus víctimas sean hombres o mujeres? ¿O quizás un surtido?

Las gemelas permanecen fieles a sus principios, no se echan atrás. Optan por las mujeres, en todos y cada uno de los papeles.

Tony nunca hablaba a las gemelas en tono condescendiente. No las abrazaba, les pellizcaba las mejillas ni les decía que eran un sol. Les hablaba como si fueran adultas en miniatura. Las gemelas, a su vez, la aceptaban como una de ellas. Le comentaban sus asuntos, sus diversos complots y maquinaciones, sus malas ideas..., cosas que jamás le habrían comunicado a Roz. Cuando tenían seis o siete años, les gustaba ponerse los zapatos de Tony, uno para cada una, y pasearse así por la casa. Aquellos zapatos las fascinaban: ¡unos zapatos de adulta que les sentaban bien!

La novia ladrona, piensa Roz. Bien, ¿por qué no? Que les den en la cabeza a los novios, por una vez. La novia ladrona, que acecha desde su mansión en el bosque oscuro, que hace presa en los inocentes y atrae a los jóvenes a la perdición para arrojarlos a su maligno caldero. Como Zenia.

No. Demasiado melodramático para Zenia, que después de todo no era más..., que sin duda no es más que una pelandusca de alto copete. «La novia de goma» le sentaría mejor; ella y sus tetas neumáticas.

Roz se echa a llorar otra vez. Lo que llora es la pérdida de su buena voluntad. Lo intentó con todas sus fuerzas, intentó con todas sus fuerzas ser atenta y cariñosa, hacer siempre lo mejor. Pero Tony y las gemelas tenían razón: hagas lo que hagas, alguien tiene que salir escaldado.

La historia de Roz y Zenia empezó un hermoso día de mayo de 1983, cuando el sol brillaba, los pajaritos cantaban y Roz se encontraba de maravilla.

Bien, no exactamente de maravilla. Con bolsas, a decir verdad: bajo los ojos, bajo los brazos. Aunque mejor que cuando cumplió los cuarenta años.

Los cuarenta años habían sido deprimentes de veras, se había desesperado, se había teñido el cabello de negro, un error trágico. Pero más adelante se reconcilió consigo misma, y su cabello volvía a ser castaño rojizo.

Además, la historia de Roz y Zenia había empezado algún tiempo antes, en la mente de Zenia, pero Roz no tenía ni la más mínima idea.

Tampoco era exactamente eso: tenía una idea, pero era una idea equivocada. De hecho, apenas si era una idea, solo un bocadillo como los que dibujan en los tebeos cuando alguien está pensando algo, pero en blanco, sin nada escrito dentro. Tenía la idea de que estaba ocurriendo algo, y creía saber qué, pero no quién. Se decía que no le importaba mucho; ya había superado esas cosas. Mientras no la perturbara, mientras no interfiriese, mientras pudiera salir del asunto sin demasiadas costillas rotas. Algunos hombres necesitaban sus pequeñas escapadas. Los mantenía en forma. Como adicción, era preferible al alcohol o al golf, y las cosas de Mitch —«cosas», las llamaba, para diferenciarlas de las personas— nunca duraban mucho.

Fue un hermoso día de mayo, no obstante. Eso sí era cierto.

Roz despierta con la primera luz. Lo hace con frecuencia: despierta, se incorpora cautelosamente y contempla a Mithi que todavía duerme. Es una de las contadas ocasiones en que puede observarlo sin que él se dé cuenta de que lo hace e interponga su opaca mirada azul. No le gusta que lo examinen: eso se parece demasiado a una evaluación, que a su vez se parece demasiado a un juicio. Y si ha de haber juicios, quiere ser él quien los haga.

Duerme tendido de espaldas, con las piernas abiertas y los brazos extendidos como para ocupar el mayor espacio posible. «La postura real», leyó Roz que la llamaban, en una revista. Uno de esos artículos de tomadura de pelo psicológica que aseguran deducirlo todo por la manera en que se ata uno los cordones de los zapatos. Su nariz romana se proyecta hacia lo alto; en esta posición, su ligera papada y la flaccidez que le envuelve la mandíbula desaparecen. Hay líneas blancas en torno a los ojos, arrugas donde la piel no está bronceada; algunos de los pelos que asoman en su barbilla matutina son grises.

«Distinguido», piensa Roz. La mar de distinguido. Tal vez hubiera debido casarse con alguien más feo. Un hombre feo como un sapo que no pudiera creer en su buena suerte, que apreciara las excelentes cualidades del carácter de Roz, que adorara hasta su dedo meñique. Pero tuvo que elegir uno distinguido. Mitch habría debido casarse con una rubia fría de ojos homicidas con una doble sarta de perlas auténticas injertada en el cuello y un bolsillo implantado detrás del pecho izquierdo, para el talonario de

cheques. Una mujer así habría estado a su altura. No le habría aguantado todo lo que Roz aguanta.

Vuelve a dormirse y sueña con su padre de pie sobre una montaña negra, una montaña de carbón o de algo quemado; oye sonar el despertador de Mitch, lo oye sonar de nuevo, se despierta al fin. A su lado hay un espacio vacío. Se levanta de la cama, la cama de matrimonio con cabecera de latón en un curvado diseño modernista, sábanas color frambuesa y cobertor de plumón, pisa la alfombra de color berenjena en el dormitorio de paredes salmón, con su invaluable tocador de los años veinte, estilo egipcio, se enfunda la bata de satén crema y, sin calzarse, se dirige al cuarto de baño. ¡Le encanta ese cuarto de baño! Lo tiene todo: compartimiento para la ducha, *jacuzzi*, bidet, un toallero con calefacción, lavabos de El y de Ella para que los cabellos de Roz no se mezclen con el pelo de la barba de Mitch. ¡Podría vivir en ese cuarto de baño! Y unas cuantas familias del sudeste asiático también, si a eso vamos, reflexiona de mal talante. Aparece la culpa.

Mitch ya está allí, duchándose. Su silueta rosada se recorta borrosamente a través del vapor y el cristal granulado. Hace años —¿cuántos?— Roz se habría metido ella también en la ducha con ánimo juguetón; habría enjabonado a Mitch de arriba abajo, se habría restregado contra su cuerpo resbaladizo, lo habría arrastrado al suelo embaldosado del baño; en la época en que a Mitch la piel le venía a la medida exacta, sin bolsas ni abultamientos, al igual que la de ella, y sabía a avellanas, un delicioso olor tostado; pero ahora ya no hace esas cosas, ahora se ha vuelto más reacia a dejarse contemplar a la luz del día.

De todas formas, si lo que Roz sospecha es cierto, no es el momento adecuado para exhibirse. En la cosmología de Mitch, el cuerpo de Roz representa posesiones, solidez, las virtudes domésticas, el hogar y la lumbre, un largo uso. La «madre de sus hijos». El refugio. En tanto que cualquier otro cuerpo que en la actualidad ocupe su campo de visión irá unido a otros vocablos: aventura, juventud, libertad, lo desconocido, sexo sin compromisos. Cuando el péndulo retroceda —cuando ese otro cuerpo empiece a representar complicaciones, decisiones, exigencias, enfurruñamiento y escenas lacrimosas—, volverá a ser el turno de Roz. Esa viene siendo la pauta.

La intuición no es uno de los palos fuertes de Roz, pero suele intuir el inicio de los ataques de Mitch. Ella los considera ataques, como los ataques de malaria; o bien como otros ataques de distinta naturaleza, pues ¿acaso no es Mitch un predador, no se aprovecha de esas pobres mujeres, que sin duda son más y más jóvenes cada vez a medida que él se va haciendo más y más viejo, acaso no es algo parecido al ataque de un oso, al ataque de un tiburón, acaso no las deja malheridas? A juzgar por algunas de las sollozantes llamadas telefónicas que Roz ha recibido, por algunos de los hombros que ha palmeado a su manera hipócrita, maternal y consoladora, así es.

Es asombrosa la manera en que Mitch se deshace de esas mujeres. Les clava los dientes y las escupe, y a Roz le toca limpiar la suciedad. Le encienden la sangre a

Mitch y luego él las borra, como una pizarra, y después de eso apenas se acuerda de sus nombres. Roz es la que se acuerda. De sus nombres, y de todo lo que a ellas se refiere.

Los comienzos de los escarceos de Mitch nunca son evidentes. Nunca dice cosas flagrantes como «hoy me quedaré a trabajar en la oficina hasta muy tarde»; cuando dice eso, realmente se queda a trabajar en la oficina hasta muy tarde. Pero sus hábitos experimentan un cambio sutil. El número de juntas a las que asiste, el número de veces que se ducha, la frecuencia con que silba mientras lo hace, la cantidad y el tipo de colonia que utiliza y los lugares donde se la aplica —la inglete es una señal segura—; todas estas cosas son minuciosamente observadas por Roz, que mira tranquilamente con ojos indulgentes y por dentro se eriza como un cepillo para lavar botellas. El se yergue más, encoge más el estómago; ella lo sorprende contemplándose, contemplando su perfil en los espejos de los vestíbulos, en los escaparates, entornando los párpados como si se dispusiera a dar un salto leonino.

Mitch se muestra más considerado con ella, más atento; está pendiente de ella, la observa para ver si observa. Le da besitos en el cuello, en las yemas de los dedos: besitos de homenaje, besitos de «perdóname», pero nada que pudiera interpretarse como una incitación al juego amoroso, porque en la cama se queda inerte, le vuelve la espalda, alega indisposiciones de poca importancia, adopta una postura encogida y se cierra como una ostra a las caricias de Roz. Su polla es monógama en serie; señal segura de un romántico acérrimo, en opinión de Roz. ¡Nada de cínica poligamia! Lo que quiere es una más. Solo una mujer más, porque el hombre debe aspirar a más de lo que puede alcanzar, y Mitch le tiene miedo a la muerte; si alguna vez hiciera una pausa y se viera como un hombre casado con Roz, casado únicamente con Roz, casado con Roz para siempre, en ese mismo instante se le caería el cabello, se le arrugaría la cara como a una momia de mil años, se le pararía el corazón. O así es como Roz se lo explica a sí misma.

Le pregunta si está saliendo con alguien.

Le dice que no. Que solo está cansado. Sufre muchas presiones, dice, mucho estrés, y para demostrarlo se levanta en mitad de la noche y se encierra en su estudio para trabajar hasta el amanecer. A veces se oye el murmullo de su voz: dicta cartas, o eso dice, ofreciendo explicaciones no solicitadas a la hora del desayuno.

Y así discurren las cosas, hasta que Mitch se cansa de quienquiera que haya estado saliendo con él. Entonces se vuelve deliberadamente descuidado, entonces empieza a dejar pistas. Las cerillas de un restaurante en el que Roz y él nunca han estado, las llamadas de larga distancia a un número desconocido en la factura del teléfono de casa. Roz sabe que en este punto se supone que ha de pedirle cuentas. Se supone que ha de encolerizarse y gritar, llorar, acusar y rebajarse, preguntarle si todavía la quiere y si los niños no significan nada en absoluto para él. Se supone que ha de comportarse como lo hizo la primera vez (y la segunda, y la quinta), a fin de que él tenga una excusa para desprenderse del anzuelo, a fin de que pueda decirle a la

otra mujer, a la que empieza a mostrar ojeras, a la que le han arrancado bocados de amor, que él siempre la adorará pero que no soportaría abandonar a sus hijos; a fin de que pueda decirle a Roz —con magnanimidad y con un aire heroico de autosacrificio— que ella es la mujer más importante de su vida, por alocada y desconsideradamente que se comporte de vez en cuando, y que por ella ha renunciado a la otra, así que ¿cómo puede negarse a perdonarlo? Las demás mujeres solo son aventuras triviales, le dará a entender; al final, siempre vuelve a ella. A continuación, se hundirá en Roz como en una bañera de agua caliente, como en un mullido lecho de plumas, se vaciará en ella y volverá a sumirse en la apatía conyugal. Hasta la próxima vez.

Últimamente, empero, Roz se niega a interpretar este papel. Ha aprendido a mantener su boca cerrada. No presta atención a las facturas telefónicas ni a las carteritas de cerillas, y tras sus conversaciones de medianoche le dice con dulzura que espera que no esté agobiándose con un exceso de trabajo. Durante sus ausencias, ella se busca otras cosas que hacer. Tiene reuniones a las que asistir, obras de teatro que ir a ver, novelas de detectives que leer, arrebuja en la cama con su crema de noche; tiene amistades, tiene asuntos a los que atender; todo su tiempo está ocupado con cosas que no tienen que ver con él. Adopta un aire abstraído; se olvida de enviar sus camisas a la lavandería, y cuando él le dice algo, contesta: «¿Qué has dicho, cariño?». Se compra vestidos y perfumes nuevos, y se sonríe en los espejos cuando se supone que él no mira, pero sí mira, y Mitch empieza a sudar.

Roz sabe por qué: su perita en dulce empieza a sacar las uñas, le dice que no entiende qué pasa con él, se queja, parlotea sobre el compromiso y el divorcio, dos cosas de las que Mitch tendría que estar ocupándose ya, después de todas las promesas que le ha hecho. La red se cierra a su alrededor y nadie acude al rescate. Está siendo arrojado de la troika, arrojado a los lobos, a las hordas de pimpollos famélicos que dan dentelladas tras sus talones.

En su desesperación, recurre a argucias cada vez más evidentes. Deja cartas personales en lugares bien visibles; las cartas que le envían las mujeres y, peor aún, las que les manda él. ¡Llega al extremo de hacer copias! Roz las lee y echa humo, va al gimnasio para desahogarse, después come pastel de chocolate, vuelve a dejar las cartas donde estaban y no las menciona en absoluto. Mitch anuncia unas vacaciones separadas —quizá sacará el yate para navegar un poco por la bahía Georgian, él solo, necesita relajarse— y Roz ve la imagen de una lagarta deslenguada tendida en la cubierta del *Rosalind 1*, pero rompe mentalmente la foto y dice que le parece muy buena idea porque a los dos les vendrá bien un poco de libertad.

Solo Dios sabe cuánto ha de morderse la lengua. Espera hasta el último momento, justo antes de que a Mitch no le quede más remedio que fugarse con su último «enredo» o dejarse sorprender follando con ella en la cama color frambuesa de Roz para que esta se dé cuenta. Solo entonces Roz le tiende la mano, solo entonces lo rescata del borde mismo, solo entonces le hace la escena esperada. Las lágrimas que

Mitch derrama entonces no son de arrepentimiento. Son lágrimas de alivio.

¿Disfruta Roz en secreto con todo esto? Al principio, no. La primera vez que ocurrió se sintió desechada, dislocada, burlada y traicionada, aplastada por apisonadoras. Se sintió inútil, desdeñable, asexual. Creyó que se moría. Pero le ha ido encontrando el tranquillo, de modo que ha empezado a cogerle gusto. Es lo mismo que una negociación comercial o una partida de *poker*. Roz siempre ha sido un fenómeno en el *poker*. Hay que saber cuándo se debe subir la apuesta, cuándo se debe ver un farol, cuándo es mejor retirarse. O sea que lo disfruta, hasta cierto punto. Es difícil no disfrutar con algo que se hace bien.

Pero el hecho de que lo disfrute ¿hace que la cosa esté bien? Al contrario. Es precisamente el hecho de que lo disfruta lo que hace que esté tan mal. Cualquier monja anciana podría decírselo así, y muchas se lo dijeron, en otro tiempo, en la primera parte de la vida de Roz. Si pudiera sufrir los ataques de Mitch como una mártir, llorando y flagelándose; si se sometiera a ellos sin participar en absoluto, sin coadyuvar, sin mentir, disimular, sonreír ni jugar con Mitch como si fuera una carpa gigante prendida en el anzuelo, ¡qué virtuosa sería su actitud! Entonces Roz sufriría por amor, sufriría pasivamente en vez de luchar, de luchar por sí misma, por su concepto de quién es ella. El amor bien entendido debe ser abnegado, al menos para las mujeres, o así lo decían las Hermanas. El Yo debe fregarse como un suelo: de rodillas, con un áspero cepillo metálico, hasta que no quede nada en absoluto.

Eso Roz no puede hacerlo. No puede ser abnegada, nunca ha podido. Y de todas formas, es mejor a su manera. Es más difícil para Mitch, quizá, pero más fácil para ella. Ha tenido que renunciar a algo de amor, naturalmente; a parte del amor, antaño ilimitado, que sentía por Mitch. No se puede mantener la cabeza fría cuando está una ahogándose en amor. Solo se patalea mucho, se grita y acaba una agotándose.

El sol de mayo entra por la ventana, Mitch silba *It A ni V Me, Babe* y Roz se pasa la seda dental a toda prisa para que Mitch no la sorprenda haciéndolo cuando salga de la ducha. No hay nada que apague tanto la pasión como la seda dental, en opinión de Roz: una boca completamente abierta en la cual se manipula un trozo de hilo pegajoso. Roz siempre ha tenido unos dientes sanos, son uno de sus rasgos distintivos. Solo últimamente ha empezado a pensar que quizá no sigan estando siempre donde están en estos momentos, es decir, dentro de su boca.

Mitch sale de la ducha, se le acerca por detrás, la abraza y se aprieta contra ella, le acaricia el cabello con los labios y la besa en el cuello. Si no hubieran hecho el amor la noche anterior, este beso sería una señal concluyente: ¡sin duda es demasiado lisonjero para ser inocente! Pero en esta fase preliminar, nunca se sabe.

—¿Ha ido bien la ducha, cariño? —dice Roz. Mitch emite el sonido que suele emitir cuando considera que ella ha formulado una pregunta tan carente de sentido que no exige una respuesta, sin saber que lo que Roz ha expresado no era una pregunta, en fin de cuentas, sino un deseo invertido. Traducción: «Espero que hayas disfrutado de la ducha, y aquí tienes la oportunidad de quejarte de cualquier pequeña

molestia física que experimentes para que yo pueda ofrecerte comprensión».

—He pensado que podríamos almorzar juntos —dice Mitch. A Roz no le pasa por alto la manera de formularlo: no «¿Quieres que almorcemos juntos?», ni «Te invito a almorzar». Aquí no cabe un sí o un no por parte de ella, no cabe una negativa: si algo puede decirse de Mitch es que es dominante. Pero al mismo tiempo a Roz le da un vuelco el corazón, porque no suele recibir invitaciones así muy a menudo. Mira a Mitch a través del espejo y él le sonrío. La imagen de Mitch en el espejo siempre le resulta desconcertante. Desequilibrada, porque no está acostumbrada a verlo así y le parece lateralmente invertida. Pero nadie es simétrico.

Reprime el deseo de contestar: «¡Santo cielo! ¿Cómo es que de pronto te fijas en mí? ¿Les está saliendo pelo a las ranas o qué?». Lo que dice, en cambio, es:

—¡Sería estupendo, querido! ¡Me encantaría!

Roz se sienta en el taburete que hay en el baño, una silla victoriana modificada, y contempla a Mitch mientras este se afeita. ¡Le encanta ver cómo se afeita! Toda esa abundancia de espuma blanca, una especie de barba de cavernícola, y la forma en que tuerce la cara para llegar a los pelos escondidos. Debe reconocer que no solo es distinguido, sino que aún es lo que se diría atractivo, aunque la tez se le está volviendo rojiza y sus ojos azules son cada vez más claros. «El atractivo de la rudeza», dirían en un anuncio de ropa para hombre, aunque refiriéndose al chaquetón de piel de oveja. El chaquetón de piel de oveja, los guantes de piel de oveja, la cartera de becerro: ese es el estilo de Mitch. Posee muchos artículos de piel, caros y de buen gusto. Aún no muestra ningún signo de calvicie, alabado sea Dios, y no porque a Roz le importe en absoluto, pero por lo visto a los hombres sí que les importa, y ella espera que si algún día Mitch empieza a perder el cabello no se haga trasplantar el de la axila a la cabeza. Aunque ya se le ven canas en las sienes. Roz lo examina en busca de manchas de óxido, como lo haría con un coche.

Lo que ella en realidad está esperando es la colonia. ¿Cuál elegirá, y dónde se la pondrá? ¡Ah! Nada especialmente seductor, solo una marca que se trajo de Inglaterra, con aroma a brezo o algo así. La moda del aire libre. Y no se la pone más abajo del cuello. Roz suspira de alivio.

La verdad es que lo quiere. Todavía lo quiere. Es solo que no puede permitirse exagerar, nada más.

Pero tal vez, en lo más hondo, lo quiere demasiado. Tal vez sea su excesivo amor lo que lo aleja de ella.

Una vez que Mitch se ha ido del cuarto de baño Roz continúa con sus preparativos, las cremas, lociones y perfumes que Mitch no debe ver nunca. El sitio de esas cosas está entre bastidores, como en los teatros. Roz colecciona perfumes del mismo modo en que otras personas coleccionan sellos, y adquiere con avidez todas las novedades que salen. Tiene tres hileras de perfumes, tres hileras de lindos frasquitos, clasificados en categorías que ella denomina Arreglo Floral, Enérgica Profesional y Caricias íntimas. Hoy, en honor del almuerzo con Mitch, elige

Shalimar, de la sección Caricias íntimas. Pero es demasiado sensual para llevarlo a mediodía, así que lo rebaja con algo de Arreglo Floral. A continuación, vestida y maquillada pero calzada aún con las zapatillas de dormitorio y llevando los zapatos de tacón alto en la mano, baja las escaleras para hacer su papel de madre en la cocina. Mitch, no hace falta decirlo, ya ha salido de casa. Tiene un desayuno de trabajo.

—Hola, chicos —dice Roz. Ahí están los tres, benditos sean, voraces y sobrealimentados, engullendo los Krispies de arroz con azúcar moreno y plátanos por encima, supervisados por Dolores, que procede de las Filipinas y, así lo espera Roz, empieza a adaptarse al cambio cultural—. Hola, Dolores.

Dolores llena a Roz de inquietud y aprensiones. ¿Es correcto que Dolores esté aquí? ¿No la corromperá la cultura occidental? ¿Le paga Roz lo suficiente? ¿Los odia a todos en secreto? ¿Es feliz? Y en caso negativo ¿es por culpa de Roz? Roz ha tenido épocas en las que considera que no está bien tener criada fija. Pero cuando no la tienen, no hay nadie que les prepare el almuerzo a los niños y se ocupe de las enfermedades y las emergencias de último momento excepto Roz, y Roz se ve sobrecargada y no puede prestar suficiente atención a Mitch, y Mitch se pone muy irritable.

Roz da la vuelta a la mesa de la cocina repartiendo besos. Larry tiene catorce años, a punto de cumplir los quince, y se siente cohibido, pero lo soporta. Las gemelas le devuelven sendos besos, fugaces, lechosos.

—Mamá —dice Erin—, hueles a ambientador de habitaciones.

¡Qué maravilloso! ¡Qué exacto! Roz pasea la mirada por la cocina, con sus acabados en madera cálida y las encimeras donde reposan los tres almuerzos para la escuela en sus tres fiambreras a juego, azul para Erin, verde para Paula, negra para Larry, y se ilumina por dentro. ¡Resplandece! Esto lo justifica todo, ¡por eso lo hace! Las mañanas como esta compensan todas las trifulcas con Mitch, el poder entrar en la cocina para decir «Hola, chicos», y verlos seguir engullendo el desayuno como si ella prácticamente no estuviera allí. Roz extiende sus alas invisibles, sus cálidas y plumosas alas de ángel, sus revoloteantes alas de gallina, infravaloradas y necesarias, y los recoge bajo ellas. «Seguros», es como quiere que se sientan; y se sienten seguros, no le cabe la menor duda. Saben que están en una casa segura, saben que ella está ahí, sólidamente plantada, con los dos pies en el suelo, y Mitch también está ahí, más o menos, a su manera. Saben que todo está bien y que pueden seguir haciendo lo que sea que hagan, no tienen que preocuparse.

Quizá se haya equivocado con Mitch, esta vez. Quizá no pase nada. Quizá se haya sosegado, por fin.

El almuerzo es en un restaurante llamado Nereidas. Es un sitio pequeño, una casa remozada en Queen East, con una estatua de piedra de un hombre bien proporcionado y en cueros delante de la entrada. Roz no ha estado nunca allí, pero Mitch sí; se da cuenta por la manera en que lo saluda la jefa de comedor, por la manera en que él pasea la mirada por la sala, complacido y con aire de propietario. Además, también se da cuenta de por qué le gusta: todo el establecimiento está decorado con pinturas, pinturas que veinte años atrás hubieran podido llevarle a uno a la cárcel, porque todas son de mujeres desnudas. Mujeres desnudas y sirenas desnudas, con enormes pechos de estatua: ni una sola teta flácida entre ellas. Bueno, gente desnuda, porque a las mujeres desnudas no les falta compañía masculina. De camino hacia su mesa Roz se encuentra una polla ante los ojos, y desvía la mirada.

—¿Qué es esto? —susurra, inflamada de curiosidad y escandalizado regocijo, y del puro placer de ser invitada a almorzar por Mitch—. ¿De veras veo lo que creo ver? Quiero decir, ¿esto es un *sex shop* o qué?

Mitch se ríe entre dientes, porque le gusta escandalizar un poco a Roz, le gusta demostrar que él está por encima de esos prejuicios. (No es que sea una mojigata, pero hay cosas privadas y cosas públicas, y este es un sitio público). Le explica que están en una marisquería, una marisquería mediterránea, una de las mejores de la ciudad en su opinión, pero que el propietario también es pintor, y algunos de los cuadros son suyos y otros de sus amigos, que al parecer comparten sus intereses. Venus aparece representada, porque después de todo era una diosa del mar. El tema de los peces y mariscos explica también la presencia de las sirenas. Roz deduce que los cuadros no son solo de gente desnuda, sino de gente mitológica desnuda. Eso puede tolerarlo, lo estudió en la universidad. Proteo soplando su concha. O haciéndosela soplar.

—Ah —dice Roz con fingido tono de ingenua—. ¡Así que esto es Arte con mayúscula! ¿Y eso hace que sea legal? —Mitch vuelve a reírse, con cierta inquietud, y le sugiere que quizá debería bajar la voz, porque podría ofender a alguien.

Si cualquier otra persona le dijera que bajase la voz, Roz sabría qué ha de hacer: gritar más fuerte. Pero Mitch siempre ha sido capaz de hacerla sentir como si acabara de bajarse del barco, la cabeza envuelta en un chal, limpiándose los mocos con la manga, y encima agradecida de tener una manga. ¿Qué barco? En su pasado ancestral hay muchos, por lo que ella sabe. Todas las personas de las que desciende fueron expulsadas de algún lugar, por ser demasiado pobres, o políticamente inaceptables, o por tener un perfil, un acento, un color de cabello incorrectos.

El barco en que llegó su padre es más o menos reciente, aunque lo bastante antiguo para haber arribado antes de que el gobierno canadiense pusiera trabas a la entrada de judíos, en los años treinta y durante la guerra. Y su padre ni tan solo era judío del todo. «¿Por qué el judaísmo se hereda por la línea materna?», le preguntó

una vez Tony. «Porque ha habido tantas mujeres judías violadas por cosacos y demás que nunca sabían de cierto quién era el padre», contestó Roz. Pero su padre era lo bastante judío para Hitler, que detestaba las mezclas de sangre más que ninguna otra cosa.

Por parte de su madre, el barco quedaba mucho más atrás. Una hambruna originada por la falta de cosechas provocada por la guerra los obligó a emigrar, ciento cincuenta años atrás, tanto a los irlandeses como a los escoceses. Una de aquellas familias zarpó con cinco hijos y llegó sin ninguno, y después el padre murió de cólera en Montreal y la madre volvió a casarse tan deprisa como pudo, con un irlandés cuya esposa había fallecido, así que necesitaba una nueva. Los hombres necesitaban esposas entonces, para tales empresas. Partían hacia la espesura apenas colonizada para ser abrumados a impuestos, para tener más hijos y plantar patatas; y para talar árboles con herramientas que jamás habían utilizado, porque ¿cuántos árboles quedaban en Irlanda? Muchas piernas quedaron malheridas. Tony, que se interesa más que Roz por estos detalles, una vez le enseñó un viejo grabado: los hombres de pie dentro de cubas metálicas, para protegerse las piernas de sus propias hachas. Comedia barata para las clases medias inglesas, allá en casa, que vivían de los beneficios. ¡Qué estúpidos, los irlandeses! Por entonces, los irlandeses siempre valían para arrancar una sonrisa presuntuosa.

Todos vinieron en el entrepuente, por supuesto. Mientras que los antepasados de Mitch, aunque no habían sido creados por Dios con el barro sagrado de Toronto — también tuvieron que llegar de un modo u otro—, seguramente viajaron en camarote. Lo cual quiere decir que, durante la travesía, vomitaban en palanganas de loza y no sobre los pies de los otros pasajeros.

Vaya cosa, pero aun así Roz se siente intimidada. Abre la carta con cenefa de sirenas, lee la lista de platos y le pide a Mitch que la aconseje, como si no fuese capaz de decidir por sí misma qué ha de llevarse a la boca. «Roz —se dice—, eres una panoli».

Recuerda la primera vez que salió con Mitch. Era vieja, tenía casi veintidós años, ya iba cuesta abajo. La mayoría de las chicas que había conocido en el instituto y luego en la universidad ya estaban casadas, ¿y por qué ella no? Esa era la pregunta que leía en los ojos cada vez más desconcertados de su madre.

Roz ya había tenido una relación amorosa, o más bien una relación sexual, y después otra. Ni siquiera se había sentido demasiado culpable por ellas. Aunque las monjas le habían machacado lo del sexo y lo pecaminoso que era, Roz ya no era católica. Lo había sido, empero, y como decía su madre, quien ha sido católico, es siempre católico; así que le quedaron ciertos escrúpulos, una vez que se hubo disipado la primera sensación eufórica de transgresión. Sin embargo, esos escrúpulos se centraban no tanto en el propio acto sexual como en los condones; unos artículos que debían comprarse bajo mano, y no es que ella lo hiciera jamás, eso era cosa del hombre. Los condones se le antojaban inherentemente perversos. Pero también eran

inherentemente graciosos. Eran como guantes de goma con un solo dedo, y cada vez que veía uno tenía que ponerse seria consigo misma o le entraba la risa tonta, una idea aterradora, porque el hombre podía creer que se reía de él, de su pene, de su tamaño, y eso sería fatal.

Pero el sexo era estupendo, era algo que se le daba bien, aunque del cuello para arriba ninguno de aquellos hombres respondía a su idea de la felicidad. Uno tenía las orejas grandes y sobresalientes, el otro era cinco centímetros más bajo que ella, y Roz no se veía yendo por la vida de tacón bajo. Quería hijos, pero no unos enanos con orejas como soplillos.

De modo que no se había tomado en serio a ninguno de los dos. Le facilitó las cosas el hecho de que ellos tampoco se la tomaran en serio. Quizás era por la cara de payaso que solía poner entonces, casi constantemente. Necesitaba esa cara de fiesta alegre y despreocupada, porque ahí estaba ella, en el anaquel, todavía viviendo en casa, todavía trabajando en el negocio de su padre. «Serás mi hombre de confianza», le decía él. Pretendía hacerle un cumplido, para que Roz no se sintiera mal por no haber sido un hijo. Pero ella no quería ser un hijo. No quería ser un hombre en modo alguno, ni de confianza ni de otra cosa. Requería un gran esfuerzo ser hombre, a juzgar por lo que veía; había que mantener constantemente una fachada de dignidad. Si fuera un hombre, jamás podría permitirse esa actitud de boba frivolidad. Claro que, si fuera un hombre, quizá no la necesitara.

Su función en el negocio era bastante elemental; un débil mental hubiera podido desempeñarla. En esencia, era un recadero encumbrado. Pero su padre creía que todo el mundo, incluso la hija del jefe, debía empezar desde abajo y ascender hacia la cumbre. De esta manera podía uno familiarizarse con el auténtico funcionamiento del negocio, nivel por nivel. Si algo andaba mal con las secretarias, si algo andaba mal en archivos, el problema se extendería por toda la empresa; y uno tenía que saber realizar esas tareas para darse cuenta de si las otras personas las realizaban correctamente o no. Una lección que le ha sido útil a Roz, a lo largo de los años.

Pese a todo, allí aprendía mucho. Observaba el estilo de su padre. Escandaloso pero eficaz, suave pero duro, jocosos pero mortalmente serio en el fondo. Su padre esperaba su momento, esperaba como un gato entre la hierba; después, saltaba. Le gustaba cerrar tratos, concluir negocios. Le gustaba el riesgo, le gustaba caminar por el filo. Bloques de casas desaparecían en su bolsillo y volvían a salir convertidos por arte de magia en edificios para oficinas. Si podía restaurar —si había algo que valiera la pena conservar—, restauraba. Si no, derribaba, por más manifestantes de ideas confusas que protestaran ante el edificio enarbolando carteles de «Salvemos nuestro barrio» escritos a mano y grapados sobre mangos de rastrillo.

Roz tenía ideas propias. Sabía que podía hacer bien ese trabajo si su padre le daba cuerda. Pero él nunca daba cuerda, había que ganársela, así que Roz esperaba su hora.

Mientras tanto, ¿qué era de su vida amorosa? No había nadie. Nadie adecuado. Nadie que se aproximara siquiera. Nadie que no fuera un cretino o que no anduviese

detrás de su dinero, un factor que debía tomar en consideración. Su futuro dinero, porque de momento solo cobraba un sueldo, como todo el mundo, y un sueldo bastante mezquino, además. Su padre creía que había que saber exactamente cuán mezquino era un salario mezquino, a fin de comprender el significado de una negociación de aumento de sueldo. Creía que había que conocer el precio de las patatas. Roz no lo sabía aún, porque seguía viviendo en casa debido a la mezquindad de su salario. Había estado mirando estudios, apartamentos de una sola habitación con una minúscula cocina embutida en un rincón y vistas al cuarto de baño del vecino, pero eran demasiado miserables. ¿Qué precio tenía la libertad? Mayor del que ella podía pagar entonces. Prefería quedarse donde estaba, en las antiguas habitaciones del servicio sobre el garaje para tres coches de sus padres, y gastarse su mezquino sueldo en ropa nueva y su propia línea telefónica.

Quiso hacer un viaje a Europa, ella sola, pero su padre no se lo permitió. Pensaba que era demasiado peligroso. «De lo que ocurre allí, no necesitas saber nada», le dijo. El quería tenerla amurallada detrás de su dinero. Quería tenerla a salvo.

Por entonces Mitch era un abogado neófito, un empleado de la firma que se ocupaba del papeleo en los negocios del padre de Roz. La primera vez que Roz lo vio estaba cruzando la oficina donde ella trabajaba afanosamente. El vestía traje y llevaba un maletín, era el último del desfile casi diario de trajes y maletines que seguía a su padre como un séquito. Hubo una pausa ante la mesa de Roz, una ronda general de saludos: el padre de Roz siempre presentaba todo el mundo a todo el mundo. Mitch le dio la mano a Roz y a Roz le tembló la mano. Después de echarle una mirada, pensó: «Los hay feos, los hay guapísimos y los hay entre los dos extremos, pero este es guapísimo». Después pensó: «Sigue soñando, nena. Babea sobre la almohada. Este no es para ti».

Pero ¡vaya si él no la llamó! No hacía falta ser un Einstein para averiguar su número, pero sin duda Mitch tuvo que dar más de un paso, porque Roz figuraba en la guía telefónica bajo el nombre de Rosie O'Grady, pues estaba harta de las llamadas amenazadoras que a veces atraía el apellido de su padre. Las vallas de las obras no contribuían a facilitarle la vida: «Construcciones Grunwald» en letras de medio metro. Lo mismo daría que se pintara una X roja en la frente («Escupan aquí»), que hacer figurar su verdadero nombre en la guía.

Pero de pronto se encontró con Mitch al teléfono, frío pero persuasivo, con un tono de voz como si quisiera venderle un seguro de vida, recordándole dónde se habían conocido, como si ella necesitase que se lo recordaran, y al principio estaba tan tieso que Roz sintió ganas de gritarle: «¡Oye, que no soy tu abuela! ¡A ver si te deshuelas un poco!». Guapísimo o no, hablaba como un pelmazo, un estreñido pelagatos con pretensiones cuya idea de la diversión sería unas manos de *bridge* con los decrepitos parientes políticos o un paseo por el cementerio el domingo por la mañana. Para entrar en materia necesitó mucho más tiempo del que habría necesitado Roz, si hubiera llevado ella la iniciativa, pero al fin se las apañó para invitarla a cenar

y a ir luego al cine. Bueno, pensó Roz, aleluya y ave María. Siempre se verán prodigios.

No obstante, mientras se preparaba para salir, su gozo se evaporó. Quería flotar, volar, pero empezaba a sentirse más pesada cada vez, sentada ante su tocador aplicándose Arpège en la cara interna de las muñecas y pensando qué pendientes se pondría. Unos que le dieran un aspecto menos redondo a su cara. Tenía hoyuelos, cierto, pero eran como esa clase de hoyuelos que se marcan en las rodillas. Pliegues, más bien. Era una chica de huesos grandes, una chica de huesos toscos (palabras de su madre), una chica con fibra (de su padre) y con una figura desarrollada y madura (de las vendedoras de las tiendas de ropa). Delicada nunca lo sería. «Dios mío querido, encógeme los pies y haré lo que sea por ti. Una talla 36 estaría bien, y ya puestos hazme rubia».

El problema consistía en que Mitch era demasiado guapo. Los hombros, los ojos azules, la estructura ósea... Parecía una estrella de cine, en versión masculina, demasiado bueno para ser verdad. Roz se sentía abrumada por ese aspecto —tendría que estar prohibido que nadie saliera a la calle con un aspecto así, podría provocar accidentes de tráfico—, por su aroma de decoro, por su postura, erguido como un clavo y con las esquinas cuadradas, como un filete de pescado congelado. Yendo con él no sería capaz de soltarse, de contar chistes, de tontear. Se preocuparía por si tenía restos de comida entre los dientes.

Además, estaría tan hormigueante de deseo —hablemos claro, de «Lujuria», con L mayúscula, el mejor de los siete pecados capitales— que apenas podría estarse quieta en la silla. Por lo general no solía perder el dominio de sí de esa manera, pero en el apartado «imagen». Mitch se salía de la tabla. La gente volvería la cabeza, los miraría, se preguntaría qué hacía un galán de ensueño como él con la finalista del concurso Miss Remolacha Polaca. En conjunto, la velada se presentaba como un purgatorio. «¡Haz que esto acabe bien, Dios, y limpiaré un millón de retretes por ti! Aunque no creo que te interese, porque ¿quién caga, en el Cielo?».

La cosa empezó tan espantosamente como Roz se lo había imaginado. Mitch le trajo flores, no muchas, pero flores, qué anticuado se podía llegar a ser, y ella no sabía qué hacer con el bendito ramo, así que lo llevó a la cocina —¿se suponía que debía ponerlas en un jarrón o qué? ¿Por qué no le había traído bombones?— y allí estaba su madre, cavilando pesarosa ante una taza de té, con la bata, los rulos y la redecilla, porque luego tenía que ir a un banquete o algo así con el padre de Roz, una cosa de negocios, su madre detestaba esas historias, y se volvió hacia Roz con la expresión afligida que se le había quedado desde que se hicieron ricos y se mudaron a Dunvegan, a aquella casa parecida a un granero, muy cerca de la universidad del Alto Canadá, adonde enviaban a los vástagos como Mitch para que les lavaran el cerebro y les soldaran la columna vertebral de modo que no volvieran a mover la pelvis nunca más, y su madre le dijo: «¿Te vas?», como si preguntara «¿Te estás muriendo?».

Roz había dejado a Mitch de pie en la cavernosa sala de estar, en el centro de la

media hectárea de alfombra, rodeado por tres cargamentos de muebles en el impecable mal gusto de su madre, habían costado una fortuna pero parecían sacados del catálogo de venta por correo de una funeraria, y encima todas las superficies estaban cubiertas con tapetitos, lo que no mejoraba en nada la situación. Su madre era una fetichista de los tapetitos, en su juventud había carecido de ellos, y ¿qué ocurriría si Mitch seguía a Roz hasta la cocina y encontraba a su madre sentada allí y era sometido al interrogatorio, cuyo fin principal era determinar sus creencias religiosas y sus perspectivas económicas, por este orden? Así que Roz echó las flores en el fregadero, ya se ocuparía de ellas más tarde, besó a su madre sobre la crema contra las arrugas, demasiado poca y demasiado tarde, y sacó a Mitch de casa en volandas antes de que lo abordara su padre, que lo sometería al tercer grado como a todos los acompañantes de Roz que conseguía atrapar —adonde iban, qué pensaban hacer, cuándo volverían, eso era muy tarde— y le contaría enigmáticas parábolas étnicas que ilustraban el sentido de la Vida. «Dos cojos no hacen un bailarín», les decía, dirigiéndoles una mirada significativa desde debajo ciclas pobladas cejas, y ¿qué habían de pensar los pobres tontos? «Me gustaría que no dijeras eso, papá», le decía ella luego. «¿Qué pasa? —decía él con una sonrisa—. ¿Es verdad o no?».

Cuando hubieron cruzado la puerta resultó que Mitch no tenía coche, y ¿qué era lo correcto? ¿Debía ofrecerle ella el suyo o qué? No veía al hombre de sus sueños viajando en autobús; y mucho menos podía verse ella misma. ¿De qué ser vía prosperar en la sociedad si igualmente había que tomar el autobús? ¡Hasta aquí podíamos llegar! Estaba a punto de sugerir que tomaran un taxi cuando se le ocurrió, en un destello cegador, que quizá Mitch no tenía dinero para pagarlo.

Por fin cogieron el coche de Roz, un pequeño Austin rojo, regalo de cumpleaños, aunque Roz hubiera preferido un Jaguar pero su padre dijo que eso sería malcriarla. Mitch no protestó demasiado cuando ella le ofreció efusivamente las llaves para que pudiera conducir, porque un hombre conducido por una mujer podía sentirse disminuido; Roz había leído en las revistas femeninas acerca de todas las maneras en que se podía disminuir a un hombre sin pretenderlo, era terrible lo fácilmente que se encogían, y aunque por lo general le gustaba conducir su coche ella misma, no quería asustar a Mitch. Además, de esta manera podía recostarse en el asiento y admirar su perfil. Mitch conducía bien: con decisión, con agresividad, pero no sin cortesía, y eso a ella le gustó. Roz solía conducir deprisa, se metía entre el tráfico, tocaba la bocina; pero viéndole conducir se dio cuenta de que había maneras más suaves de llegar adonde uno quería ir.

La cena fue en un pequeño restaurante casi francés, con una decoración en terciopelo rojo como un burdel de comienzos de siglo y una comida no demasiado buena. Roz pidió sopa de cebolla, lo que fue una equivocación, debido a las hebras de queso filamentosas que colgaban en bucles de cada cucharada. Se las arregló como pudo, pero con la sensación de que no pasaba la prueba de elegancia. Mitch no dio muestras de advertirlo; le hablaba de su firma de abogados.

No le gusto, pensó ella, esto es un fracaso, así que se tomó otra copa de vino blanco, y entonces pensó, qué diablos, y le contó un chiste, el de la chica que le explicaba a otra chica que aquel verano la habían violado, sí, y después de eso todo el verano fue violación, violación, violación, y Mitch le sonrió lentamente y entornó un poco los párpados, como un gato cuando le rascas las orejas, a lo mejor tenía un par de hormonas en el cuerpo, después de todo, pese a su aire de soldadito de plomo, a lo mejor aquella fachada correcta solo era eso, una fachada, y si lo era ella quedaría eternamente agradecida, y justo entonces notó que le ponía una mano en la rodilla, por debajo de la mesa, y ahí acabó todo su dominio de sí, creyó que iba a derretirse como un helado sobre el terciopelo rojo de la silla.

Después de cenar salieron hacia el cine, pero de un modo u otro acabaron haciendo manitas en el coche de Roz; y después de eso fueron al apartamento de Mitch, un piso de tres habitaciones que compartía con otros dos estudiantes de Derecho que se hallaban oportunamente ausentes —«¿Lo tenía todo planeado?», pensó ella por un instante, porque ¿quién seducía a quién, exactamente?—, y Roz se disponía a luchar con su faja braguita, tras ayudar a Mitch a desnudarse de cintura para arriba —ninguna señorita debería salir jamás sin faja braguita, decían su madre y las revistas: la faja elimina ese desagradable bamboleo, y no querrás que los hombres piensen que eres una mujer de costumbres relajadas con un trasero fofo, aunque esas cosas estaban construidas como una ratonera, puro caucho de hierro colado, era como tratar de librarse de una goma elástica con tres vueltas—, cuando Mitch la cogió de los hombros, la miró de hito en hito y dijo que la respetaba demasiado. «No solo quiero hacer el amor contigo —le dijo—. Quiero casarme contigo». Roz pensó en alegar que ambas categorías no eran mutuamente excluyentes, pero habría parecido poco decente, a ojos de Mitch por lo menos, y además estaba demasiado abrumada de felicidad, o acaso era miedo, porque ¿le estaba haciendo una proposición?

—¿Qué? —dijo.

Mitch repitió lo de casarse.

—Pero si apenas te conozco —balbució Roz.

—Ya me conocerás mejor —dijo él con voz serena, En eso tenía razón.

Y así siguieron las cosas: cenas mediocres, muchas caricias íntimas, gratificación aplazada. Si Roz hubiera sido capaz de superarlo, de quitarse a Mitch de la mente, quizá no se habría casado con él. Falso: se habría casado, porque desde aquella primera noche se encontraba en aguas demasiado profundas y decir «no» no era una opción. Pero el hecho de que él la redujera a una gelatina de rodillas temblorosas cada vez que salían juntos, para luego cogerle las manos cuando ella intentaba abrirle la cremallera, añadía cierto elemento de suspense. Donde dice «suspense» léase «frustración». Léase también una humillación abyecta. Roz se sentía como una gran lagartona de costumbres relajadas, como un cachorrillo que recibe un golpe con el periódico por querer subirse por las perneras de los pantalones.

Cuando llegó el momento —no en una iglesia, ni en una sinagoga, considerando

las mezclas de linajes implicadas, sino en una de las salas para banquetes del hotel Park Plaza—, Roz creyó que no sería capaz de recorrer todo el pasillo central. Temía que ocurriera un incidente indecoroso. Pero Mitch jamás le habría perdonado que se lanzara sobre él en público, ni siquiera que le diera un achuchón durante el ritual de besar a la novia. Por entonces Mitch había dejado claro que existían los que se lanzaban y los que recibían el lanzamiento, los que besaban y los que recibían los besos, y él era de los primeros y ella de los segundos.

Estereotipos sexuales, piensa ahora Roz, que en el ínterin ha aprendido un par de cosas. El astuto cabrón. Me tenía a raya, me desgastaba. Sabía exactamente lo que hacía. Seguramente tenía reservada alguna mecanógrafa de la oficina para que no se le gangrenara el miembro viril. Pero le salió bien el truco, se casó conmigo. Consiguió el anillo de latón. A estas alturas Roz ya sabe que su dinero tuvo que ser un factor.

Su padre lo había sospechado desde el primer momento.

—¿Cuánto gana? —interrogó a Roz.

—¡Eso no hace al caso, papá! —protestó ella, en un exceso de antimaterialismo. En fin de cuentas, ¿acaso Mitch no era el chico de oro? ¿No tenía garantizado el éxito? ¿No iba a ascender en su firma de abogados como una burbuja de jabón?

—Lo único que te pregunto es: ¿tendré que mantenerlo? —dijo su padre.

A Mitch le dijo:

—Dos cojos no hacen un bailarín. —Y lo miró con expresión ceñuda.

—¿Cómo ha dicho, señor? —dijo Mitch con cortesía, con demasiada cortesía, una cortesía que bordeaba la condescendencia y que daba a entender que estaba dispuesto a pasar por alto los padres de Roz, el estigma inmigrante de uno, el regusto a patatas hervidas de pensión cargada de tapetitos de la otra. Roz era dinero reciente, Mitch era dinero añejo; o lo habría sido si tuviera algún dinero. Su padre había muerto, de manera demasiado prematura y demasiado vaga para que lo aceptaran con total conformidad. ¿Cómo iba Roz a saber que se había gastado la fortuna de la familia en compañía de una viuda de guerra con la que se había fugado, para saltar luego de un puente? No era una vidente, y Mitch no se lo dijo, no durante años, no durante años y años. Tampoco se lo dijo la antipática de su suegra, que todavía no estaba muerta, pero (piensa Roz, en el sótano) mejor hubiera sido que lo estuviera. Roz nunca le ha perdonado aquellas delicadas y cortantes sugerencias posmatrimoniales sobre la necesidad de moderar sus gustos en el vestir y la manera adecuada de poner la mesa para una cena.

—¡Yo no soy coja, papá! —le dijo Roz a su padre, más tarde—. ¡Lo encuentro muy insultante!

—Un cojo y una que no es coja tampoco hacen un bailarín —respondió él.

¿Qué pretendía decirme?, piensa Roz, a esta distancia. ¿Qué había visto en Mitch, qué grieta o línea de fractura, qué cojera incipiente?

Pero en aquel entonces Roz no escuchaba, se tapaba las orejas, no quería oír. Su

padre le dirigió una larga y sombría mirada.

—¿Sabes lo que haces?

Roz creía saberlo; o mejor dicho, le daba igual saberlo o no, porque aquello era auténtico, era «lo Auténtico», y por fin estaba flotando, estaba en las nubes, ligera como una pluma a pesar de sus huesos grandes y toscos. Su madre la apoyaba, porque Roz ya tenía casi veintitrés años y, por lo que a ella se refería, cualquier matrimonio era mejor que quedarse soltera; aunque cuando vio que la cosa iba en serio empezó a burlarse de los buenos modales de Mitch —Mira el presuntuoso, tanto «usted perdone», no sé quién se ha creído que es— e hizo saber que hubiera preferido un católico a un anglicano. Pero después de haberse casado con el padre de Roz, que no era precisamente el Papa, sus argumentos no tenían mucha fuerza.

Mitch no se casó con Roz solo por su dinero. De eso está segura. Recuerda la luna de miel, en México, con aquellas calaveras de azúcar que vendían en el mercado el Día de los Difuntos, las flores, los colores, y ella ebria de placer, la sensación de novedad y de liberación, porque, mirad, lo había hecho, ya no era una solterona en potencia sino una novia, una mujer casada; y recuerda las noches calurosas con la ventana abierta al mar, las cortinas ondeantes, el viento que le rozaba la piel como una muselina, la silueta oscura de Mitch encima de ella, sin rostro e intensa. Era muy distinto cuando estabas enamorada, ya no era un juego; las apuestas eran más altas. Cuando terminaron se echó a llorar de lo feliz que era, y Mitch también debió de sentir lo mismo, porque una pasión así no se puede fingir por completo. ¿Verdad?

Así que no fue solo el dinero. Pero Roz podría expresarlo de esta manera: sin el dinero no se habría casado con ella. Quizá sea eso lo que lo mantiene a su lado, lo que lo mantiene anclado. Ella confía en que no sea lo único.

Mitch alza su copa de vino blanco hacia ella y dice: «Por nosotros». Luego extiende el brazo sobre la mesa, le coge la mano izquierda, la del anillo, un anillo modesto porque entonces él no podía permitirse otra cosa y se negó a aceptar una contribución de su padre para comprar otro mejor, y le dice: «No ha estado tan mal, ¿eh? Estamos bien, los dos juntos», y Roz sabe que está consolándose por las decepciones ocultas, por el tiempo que no se detiene, por todos los mundos que ya nunca podrá conquistar, por el hecho de que hay miles de mujeres núbiles en el mundo, millones, más a cada instante, y haga lo que haga nunca podrá penetrar en todas ellas, porque el arte es largo y la vida es breve, y la mortalidad acecha.

Sí, están bien los dos juntos. A veces. Todavía. Así que Roz le dirige una mirada radiante, devuelve el apretón y piensa que son tan felices como se puede ser. Lo son. Son tan felices como ellos pueden serlo, considerando quiénes son. Aunque si hubieran sido otras personas quizás habrían podido ser más felices.

Una chica, una chica guapa, una chica guapa con un jersey escotado aparece con una bandeja de peces muertos, de la que Mitch escoge. El tomará la Pesca del Día, y Roz la pasta con sepia, porque nunca ha probado tal cosa y le parece muy extravagante. Espaguetis a la Tinta. Antes han pedido una ensalada, y mientras

esperan que se la sirvan Roz considera oportuno preguntar, sin demasiada insistencia, cuál es el asunto específico de que Mitch quiere hablar. En anteriores almuerzos siempre ha habido alguno, un asunto de negocios por lo general, un asunto relacionado con que Mitch obtenga más poder en el consejo de *Wise Woman World*, del cual es presidente.

Pero Mitch dice que no, que solo tenía la sensación de que últimamente apenas la veía, es decir, apenas la veía sin los niños, y Roz, ávida de detalles como siempre, recibe sus explicaciones con entusiasmo. Está dispuesta a perdonar y olvidar. Bien, a perdonar, en todo caso, pues lo que se olvida o deja de olvidarse no está bajo el control de una. Quizá Mitch solo haya estado pasando una crisis de madurez, durante todos es tos años; aunque los veintiocho es una edad un poco temprana para empezar.

Llega la ensalada, en una bandeja traída por otra belleza de larga cabellera y jersey escotado, y Roz se pregunta si escogen a las camareras para que hagan juego con los cuadros. Hay tantos pezones alrededor que tiene la sensación de ser observada por una miríada de ojos ajenos. Ojos rosados. Se imagina fugazmente una mujer de pecho liso que presenta un pleito por discriminación contra el restaurante por no haber la contratado. Mejor aún, un hombre de pecho liso. Le encantaría ser una molesta excepción como esa.

La camarera se inclina, exhibiendo una buena porción de pechuga, les sirve la ensalada y se queda allí sonriendo mientras Roz toma un bocado.

—Exquisita —dice Roz, refiriéndose a la ensalada.

—Maravillosa —dice Mitch, y le dedica una sonrisa a la camarera. «Oh, Dios», piensa Roz. «Está empezando a flirtear con las camareras. ¿Qué pensará esta de él? ¿Vaya viejo verde? ¿Y cuánto tardará en ser realmente un viejo verde?».

Mitch siempre ha flirteado con las camareras, de un modo comedido. Pero eso es como decir que una bailarina de cancán de noventa años siempre ha bailado el cancán. ¿Cómo sabe uno cuándo ha de parar?

Después de la ensalada llega el plato fuerte. Esta vez lo sirve una chica distinta. Bueno, una mujer distinta; esta es un poco mayor, pero con una cautivadora nube de cabellos oscuros, unas tetas asombrosamente desarrolladas y una cinturita por la que Roz daría cualquier cosa. Roz la examina con atención y se da cuenta de que la ha visto antes. Mucho antes, en otra vida.

—¡Zenia! —exclama, sin poderse contener.

—¿Perdón? —dice la mujer. Después mira a Roz a su vez y sonrío, y dice—: ¡Roz! ¡Roz Grunwald! ¿Eres tú? ¡No te pareces a tus fotos!

Roz experimenta el poderoso impulso de negarlo. No hubiera debido decir nada, para empezar; hubiera debido dejar caer el bolso, agacharse para recogerlo, cualquier cosa con tal de permanecer fuera del campo visual de Zenia. ¿Quién quiere que le echen mal de ojo?

Pero la sorpresa de ver a Zenia allí, trabajando de camarera —de sirvienta— en Nereidas, es aún más poderosa.

—¿Qué demontre haces aquí? —farfulla Roz.

—Investigar —dice Zenia—. Soy periodista. Hace años que trabajo como *freelance*, en Inglaterra, sobre todo. Pero quería volver, tenía ganas de ver cómo estaban las cosas por aquí. Así que conseguí que me encargaran un reportaje sobre el acoso sexual en el lugar de trabajo.

Zenia debe de ser distinta a como era antes, piensa Roz, si escribe sobre estas cosas. Incluso tiene un aspecto distinto. Al principio no sabe de qué se trata, pero luego lo ve. Son las tetas. Y la nariz también. Las primeras han crecido, la segunda se ha encogido. Antes la nariz de Zenia era más parecida a la de ella.

—¿De veras? —dice Roz, que siente un interés profesional—. ¿Para quién?

—Para el *Saturday Night* —dice Zenia—. Es a base de entrevistas, más que nada, pero me pareció que valdría la pena echar un vistazo a los locales. —Sonríe, más a Roz que a Mitch—. La semana pasada estuve en una fábrica, y la anterior en un hospital. ¡No te vas a creer cuántas enfermeras son atacadas por sus pacientes! Y no me refiero solo a meterles mano: les tiran cosas, los orinales y demás, es un verdadero riesgo profesional. Aunque no me dejaron trabajar de enfermera; aquí estoy más en el papel.

Mitch empieza a tomarse a mal que lo dejen de lado, así que Roz le presenta a Zenia. No quiere decir «una vieja amiga», de manera que dice «Fuimos juntas a la universidad». Aunque tampoco es que fueran grandes amigas, piensa Roz. En aquellos tiempos apenas conocía a Zenia, excepto como objeto de rumores. Rumores turbios y sensacionales.

Mitch no hace nada para ayudar a Roz, en lo tocante a la conversación. Se limita a mascullar algo y clava la mirada en el plato. Está claro que lo considera una intromisión.

—¿Y qué? ¿Cómo son los riesgos profesionales en este restaurante? —dice Roz, obligada a llevar el peso de la conversación—. ¿Te han llamado «tía buena» y te han pellizcado el trasero?

Zenia se echa a reír.

—Sigues siendo la misma Roz. Era siempre la alegría de la fiesta —le dice a Mitch.

Mientras Roz trata de recordar a qué fiestas asistió en las que también estuviera presente Zenia —ninguna, que ella sepa, pero entonces bebía más, o bebía más de un tirón, y quizá se le haya olvidado—. Zenia le apoya una mano en el hombro. Su voz cambia, se vuelve más grave, más solemne.

—Escucha, Roz —le dice—. Hay una cosa que siempre he deseado decirte. Pero nunca tuve ocasión.

—¿Qué es? —dice Roz.

—Es sobre tu padre —dice Zenia.

—Ay, Dios —dice Roz, que teme alguna estafa de la que nunca llegó a enterarse, algún escándalo enterrado. Tal vez Zenia sea una hermanastra largo tiempo olvidada,

el Cielo no lo permita. Su padre era un viejo zorro—. ¿Qué hizo?

—Me salvó la vida —dice Zenia—. Durante la guerra.

—¿Te salvó la vida? —dice Roz—. ¿Durante la guerra? —¡Un momento! ¿Zenia ya había nacido, durante la guerra? Roz vacila, poco dispuesta a creer. Pero esto es lo que siempre ha anhelado: un testigo ocular, alguien que participó en los hechos, pero que sea imparcial, que pueda asegurarle que su padre realmente fue lo que se rumoreaba que era; un héroe. O un semihéroe; en cualquier caso, algo más que un comerciante dudoso. Ha oído relatos de otras personas, por ejemplo sus tíos, pero ninguno de los dos era muy digno de crédito. Así que nunca ha estado realmente segura, no del todo.

Ahora, por fin, aparece un mensajero que le trae noticias de ese remoto país, el país del pasado, el país de la guerra. Pero ¿por qué tiene que ser Zenia ese mensajero? A Roz le molesta que Zenia conozca esta noticia y ella no. Es como si su padre le hubiera dejado algo en herencia a una perfecta desconocida, a una vagabunda que conoció en un bar, y nada a su propia hija. ¿Acaso no sabía cuánto deseaba ella saber?

Quizá la cosa no tenga ninguna importancia. Pero, por otra parte, ¿y si la tiene? Está justificado que la escuche, al menos. Está justificado que se emocione.

—Es una larga historia —dice Zenia—. Me encantaría contártela, cuando tengas tiempo. Si quieres oírla, claro está. —Sonríe, saluda con la cabeza a Mitch y se aleja. Se mueve con seguridad, despreocupadamente, como si supiera que acaba de hacer la única oferta que Roz no puede rechazar.

El padre de Roz, el Gran Desconocido. Grande para los demás, desconocido para ella. O digamos sencillamente —piensa Roz, envuelta en su albornoz naranja, en el sótano, terminándose las migajas de la barra Nanaimo, lamiendo con avidez el plato — que tenía siete vidas, y que ella solo le conocía dos o tres. Nunca se sabía cuándo podía reaparecer alguna persona de una de las vidas anteriores de su padre.

Hubo un tiempo en que Roz no era Roz. Era Rosalind, y su segundo nombre era Agnes, por santa Agnes y también por su madre, aunque a las chicas de la escuela no les dijo nada de esto porque no quería que la llamaran Aggie, como llamaban los huéspedes a su madre, a espaldas de ella. Nadie se atrevería a llamar Aggie a su madre, cara a cara. Era demasiado respetable. Para ellos, era la señora Greenwood.

Así que Roz era Rosalind Greenwood en lugar de Roz Grunwald, y vivía con su madre en la casa de huéspedes que esta tenía en la calle Hurón. La casa, de ladrillo rojo, era alta y estrecha, con un desvencijado porche en la parte delantera que el padre de Roz pensaba arreglar, quizás, algún día. Su padre estaba fuera. Había estado fuera desde que Roz alcanzaba a recordar. Era debido a la guerra.

Roz recordaba la guerra, aunque no muy bien. Recordaba las sirenas de las incursiones aéreas, en la época en que aún no iba a la escuela, porque una vez su madre hizo que se escondiera debajo de la cama y había una araña. Su madre guardaba las latas de conserva vacías y la grasa del beicon, aunque Roz era incapaz de imaginar qué harían los soldados con esas cosas, y más tarde, en la escuela, todos daban monedas para la Cruz Roja, a causa de los huérfanos. Los huérfanos estaban de pie sobre montones de cascotes, llevaban ropa andrajosa y tenían unos ojos grandes y muy serios, unos ojos suplicantes, acusadores, porque las bombas habían matado a sus padres. La hermana Mary Paul les enseñó fotografías de los huérfanos, en primer grado, y a Roz le dieron tanta lástima que se echó a llorar y tuvieron que decirle que se controlara. Después no pudo comerse el almuerzo, y le dijeron que debía acabárselo, a causa de los huérfanos, así que ella pidió una segunda ración, porque si acabarse el almuerzo servía de ayuda a los huérfanos, comer doble ración aún debía de ayudarles más, aunque ella no sabía muy bien cómo. Quizá Dios tenía medios para arreglar estas cosas. Quizá la comida sólida y visible que Roz ingería se convertía en alimento espiritual invisible y era transportado por el aire directamente hacia los huérfanos, como una especie de comunión, en la que la Hostia parecía una galletita redonda pero en realidad era Jesús. Fuera como fuese, Roz estaba más que dispuesta a ayudar.

En algún lugar de por allí, tras los montones de cascotes, oculto en la lejanía entre las oscuras masas de árboles, estaba su padre. Roz esperaba que parte de los alimentos que comía pasara de largo ante los huérfanos y llegara hasta él. Así pensaba Roz cuando estaba en primer grado.

Pero la guerra había terminado, así que ¿dónde estaba ahora su padre? «De

camino hacia aquí», decía su madre. Siempre había una tercera silla preparada para él ante la mesa de la cocina. Roz se moría de impaciencia.

Puesto que el padre de Roz estaba fuera, su madre debía llevar la casa de huéspedes ella sola. El trabajo la estaba consumiendo, como le decía a Roz casi todos los días. Roz se daba cuenta de ello: su madre tenía un aspecto fibroso, como si le estuvieran raspando todas las partes blandas, como si sus huesos estuvieran cada vez más cerca de la superficie. Tenía la cara larga, el cabello castaño vetado de gris, recogido hacia atrás y sujeto con pasadores, y un delantal. No hablaba mucho, y cuando lo hacía era en breves y densos racimos de palabras. «Cuanto menos se diga, antes se acaba —solía decir—. Una puntada a tiempo ahorra nueve. Escaso como los dientes de gallina. La sangre es más espesa que el agua. Obras son amores. Largo como un día sin pan. El dinero no crece en los árboles. Las paredes tienen oídos». Decía que Roz era una charlatana y que movía la lengua por los dos extremos.

Tenía unas manos duras, con los nudillos hinchados y rojos de tanto lavar. «Mírame las manos», solía decir, como si sus manos demostraran algo. Lo que demostraban, por lo general, era que Roz tenía que ayudar más. «Tu madre es una santa», decía la pequeña señorita Hines, que vivía en el segundo piso. Pero si la madre de Roz era una santa, Roz no sentía grandes deseos de serlo.

Cuando llegara su padre, él ayudaría a mantener la casa. Si Roz se portaba bien, volvería antes, porque Dios se sentiría complacido con ella y escucharía sus oraciones. Pero a veces ella lo olvidaba. Cuando le ocurría eso, cuando cometía un pecado, se asustaba mucho; veía a su padre en un barco, cruzando el océano, y una gran ola lo arrastraba al mar o caía un rayo sobre él, que era el modo en que Dios la castigaba a ella. En tales ocasiones tenía que rezar con especial intensidad, hasta que llegaba el domingo y podía ir a confesarse. Rezaba de rodillas, junto a la cama, con lágrimas en las mejillas. Si el pecado era grave, también limpiaba el váter, aunque acabara de hacerlo su madre. A Dios le gustaban los retretes bien limpios.

Roz se preguntaba cómo sería su padre. No recordaba nada de él, en realidad, y la foto que guardaba su madre en el escritorio pulido, oscuro y prohibido solo era la foto de un hombre corpulento y con un abrigo negro, cuyo rostro Roz apenas distinguía porque quedaba en la sombra.

Esa foto no reflejaba nada de la magia que Roz atribuía a su padre. Era un hombre importante, hacía cosas importantes y secretas de las que no se podía hablar. Eran cosas de la guerra, a pesar de que la guerra había terminado.

—Se juega el cuello —decía su madre.

—¿Qué hace? —decía Roz.

Acábate lo que tienes en el plato —decía su madre—. En Europa hay niños que pasan hambre.

Lo que hacía su padre era tan importante que no le quedaba mucho tiempo para escribir cartas, aunque a intervalos se recibían cartas suyas, enviadas desde lugares lejanos: Francia, España, Suiza, Argentina. Su madre leía esas cartas para sí, y

entonces su tez adquiriría un extraño color rosa moteado. Roz coleccionaba los sellos.

Lo que más hacía la madre de Roz era limpiar. «Esta es una casa limpia y respetable», solía decir cuando regañaba a los huéspedes por haber cometido una infracción, como ensuciar el pasillo o no limpiar los cercos de la bañera al terminar. La madre de Roz barría las huellas de pisadas en la escalera y pasaba la aspiradora por la alfombra del pasillo del primer piso, fregaba el linóleo del recibidor y lo enceraba, y lo mismo hacía con el suelo de la cocina. Limpiaba los grifos de la bañera con pulimento Old Dutch y el inodoro con Sani Flush, frotaba las ventanas con Windex y lavaba los visillos a mano con jabón Sunlight, restregándolos cuidadosamente sobre una tabla de lavar, aunque las sábanas y las toallas las metía en la lavadora provista de rodillos para escurrir que tenía en el cobertizo de atrás, al lado de la cocina; había muchas sábanas y toallas, a causa de los huéspedes. Quitaba el polvo dos veces por semana y vertía líquido desatascador por todos los desagües, pues de otro modo los cabellos de los huéspedes los obstruirían. Estaba obsesionada con el cabello; se comportaba como si los huéspedes se lo arrancaran de la cabeza a puñados y lo metieran deliberadamente por los desagües. A veces introducía un ganchillo de hacer punto en el desagüe del lavabo del primer piso y sacaba una viscosa masa de cabellos impregnados de jabón. «¿Lo ves? —le decía a Roz—. Llenos de microbios».

Esperaba que Roz la ayudara con toda esta limpieza interminable. «Me desgasto los dedos hasta el hueso —decía—. Por ti. Mírame las manos». Y no servía de nada que Roz le dijera que a ella le daba igual que el lavabo del primer piso estuviera limpio o no, porque ella no lo utilizaba. La madre de Roz quería que la casa estuviera decente cuando llegara su padre, y como no sabían cuándo iba a llegar, tenía que estar decente siempre.

Había tres huéspedes. La madre de Roz ocupaba la habitación delantera del primer piso, y Roz una de las dos que había en el segundo piso; el ático, lo llamaba su madre. En la otra habitación del ático vivía la pequeña señorita Hines, con sus zapatillas de lana y su albornoz de franela de cuadros, que usaba para bajar a bañarse porque en el cuarto de baño del segundo piso solo había un lavabo y un inodoro. La señorita Hines no era joven. Durante la jornada trabajaba en una zapatería, y por la noche escuchaba la radio a poco volumen en su habitación —música de baile— y leía muchas novelas policíacas de bolsillo. «No hay nada como un buen asesinato», solía decirle a Roz. Al parecer, hallaba solaz en estos libros. Los leía en la cama, y también en la bañera; Roz los encontraba en el cuarto de baño, abiertos boca abajo en el suelo, con las hojas un tanto húmedas. Mientras subía a devolvérselos a la señorita Hines, contemplaba las portadas: mansiones con sombríos nubarrones y relámpagos, hombres con sombrero de fieltro que les ocultaba parte del rostro, cadáveres con un cuchillo clavado, mujeres de pechos voluminosos en camisón, pintadas en colores extraños, oscuros pero llamativos, la sangre reluciente y espesa como melaza derramada en el suelo.

Si la señorita Hines no estaba en su habitación Roz echaba una mirada al armario de la ropa, pero la señorita Hines nunca tenía mucha, y la que tenía era azul marino, marrón o gris. La señorita Hines era católica, pero solo había una estampa en su cuarto: la Virgen María con el Niño Jesús sobre su regazo y San Juan Bautista a su lado, vestido de pieles porque luego se iría a vivir al desierto. La Virgen María siempre parecía triste en las estampas, menos cuando Jesús era pequeño. Los niños pequeños eran lo único que animaba a Roz. Jesús, como ella, era hijo único; le habría venido bien tener una hermana. Roz pensaba tener niños de ambos sexos cuando fuese mayor.

En la planta baja había un dormitorio que antes había sido el comedor. Lo ocupaba el señor Carruthers. Era un hombre mayor que cobraba una pensión; había estado en la guerra, pero en otra distinta. Lo habían herido en la pierna, así que andaba con ayuda de un bastón y todavía llevaba alguna bala dentro. «¿Ves esta pierna? —le decía a Roz—. Está llena de metralla. Cuando se queden sin hierro, podrán extraer el de mi pierna». Era el único chiste que hacía. Leía muchos periódicos. Cuando salía, iba al local de la Legión a encontrarse con sus amigos. A veces volvía más que achispado, decía la madre de Roz. Eso ella no podía impedirlo, pero sí podía impedir que bebiera en su habitación.

A los huéspedes no les estaba permitido comer en las habitaciones, ni beber, excepto agua. No podían tener hornillos porque existía el peligro de que incendiaran la casa. Otra cosa que no podían hacer era fumar. Sin embargo, el señor Carruthers fumaba. Abría la ventana y echaba el humo fuera, y se deshacía de las colillas por el inodoro. Roz lo sabía, pero nunca lo delató. Le tenía un poco de miedo a aquel hombre, con su cara rolliza y su erizado bigote gris, sus ruidosos zapatones y su aliento a cerveza, pero además es que no quería delatarlo, porque delatar a la gente era chivarse, y las chicas que lo hacían en la escuela eran despreciadas.

El señor Carruthers ¿era católico o protestante? Roz no lo sabía. Según la madre de Roz, la religión no importaba tanto en un hombre. A menos que fuera un sacerdote, claro. Entonces sí que importaba.

La señorita Hines y el señor Carruthers habían vivido en la casa desde que Roz alcanzaba a recordar, pero el tercer huésped, la señora Morley, era más reciente. Ocupaba la otra habitación del primer piso, en el extremo del pasillo al que daba el cuarto de la madre de Roz. La señora Morley decía tener treinta años. Tenía unos pechos colgantes y un rostro bronceado con una capa de maquillaje, pestañas negras y cabellera roja. Trabajaba en la sección de cosméticos de Eaton's vendiendo productos de Elizabeth Arden, usaba esmalte para uñas y estaba divorciada. Según las monjas, el divorcio era pecado.

Roz estaba fascinada por la señora Morley. Se dejaba engatusar para ir a su habitación, donde la señora Morley le daba muestras de colonia y loción Blue Grass para las manos, le enseñaba a rizarse el cabello con horquillas y le contaba que sabandija había resultado ser el señor Morley. «Me engañaba constantemente,

preciosa», le decía. Llamaba a Roz «preciosa» y «cariño», cosa que su madre no hacía nunca. «Me hubiera gustado tener una niña como tú», le decía, y Roz sonreía de placer.

La señora Morley tenía un espejito de mano con montura de plata que llevaba sus iniciales grabadas en el reverso: «G. M.». Su nombre de pila era Gladys. El espejo se lo había regalado el señor Morley en su primer aniversario de boda. «Aunque todo eso no significaba nada para él», añadía la señora Morley mientras se depilaba las cejas. Lo hacía con unas pinzas, pellizcando la raíz del pelo y tirando con fuerza, cosa que la hacía estornudar. Se las depilaba casi por completo, dejando solo una fina línea que reproducía la curva perfecta de la luna nueva. Eso le daba un aire de sorpresa, o tal vez de incredulidad. Después Roz se examinaba las cejas en el espejo. Las tenía demasiado oscuras y pobladas, en su opinión, pero aún era demasiado joven para empezar a depilárselas.

La señora Morley seguía llevando el anillo de boda y también el de compromiso, aunque de vez en cuando se los quitaba y los guardaba en su joyero. «Debería venderlos —solía decir—, pero..., no sé. A veces aún me siento casada con él, a pesar de todo, ¿entiendes qué quiero decir? Se necesita algo a lo que aferrarse». Algunos fines de semana salía con hombres, hombres que llamaban al timbre de la puerta y a los que la madre de Roz hacía pasar a regañadientes, y que entonces debían quedarse en el recibidor y esperar a que bajara la señora Morley porque no había ningún otro sitio al que pudieran ir.

Desde luego, la madre de Roz no los invitaba a sentarse en la cocina. No le parecía bien que vinieran, ni le parecía aceptable la señora Morley en general; aunque a veces permitía que Roz fuera al cine con ella. A la señora Morley le gustaban las películas en que las mujeres renunciaban a cosas por causa de otra gente, o en las que eran amadas y después abandonadas. Seguía estos argumentos con deleite, comiendo palomitas de maíz y secándose los ojos con el pañuelo. «Me encantan las películas que hacen llorar», le decía a Roz. Roz no comprendía por qué en esas películas las cosas sucedían del modo en que sucedían, y habría preferido ver *Robín Hood* o una de Abbott y Costello, pero su madre consideraba que debía ir acompañada de una persona mayor. En la parpadeante oscuridad de los cines, con su olor dulzón, podían ocurrir cosas; los hombres podían aprovecharse. Este era un tema en el que la señora Morley y la madre de Roz estaban de acuerdo: los hombres se aprovechaban.

Cuando la señora Morley no estaba en su habitación Roz iba a mirar su joyero, aunque con cuidado de no cambiar nada de sitio. Eso le proporcionaba una sensación de placer, no solo porque las piezas fueran hermosas —la mayoría no eran auténticas, sino de bisutería barata, hechas con diamantes de imitación y trocitos de vidrio—, sino porque el mero hecho de hacerlo tenía algo de excitante. Aunque los broches y los pendientes eran exactamente iguales cuando estaba presente la señora Morley y cuando no estaba, en su ausencia parecían distintos; más seductores y misteriosos. Roz miraba también en el armario: la señora Morley poseía muchos vestidos de

colores vistosos, y zapatos de tacón alto que hacían juego con ellos. Cuando se sentía más osada que de ordinario, Roz se calzaba aquellos zapatos y se paseaba vacilante ante el espejo de luna que había en la puerta del armario. El par que más le gustaba tenía en la puntera unos adornos centelleantes que parecían hechos con diamantes. Roz creía que eran el no va más de la elegancia.

A veces había un montoncito de ropa interior sucia en un rincón del armario, tirada allí sin más, ni siquiera en una bolsa de ropa sucia: sostenes, medias, braguitas de satén. Eran las prendas que la señora Morley lavaba a mano en el lavabo y extendía sobre el radiador de su cuarto para que se secaran. Pero antes hubiera debido recogerlas del suelo, como tenía que hacer Roz. Claro que la señora Morley era protestante, así que ¿qué se podía esperar? La madre de Roz habría preferido tener únicamente huéspedes católicos en su pensión, damas correctas y educadas como la señorita Hines, pero quien depende de los demás no puede elegir, y en circunstancias así hay que conformarse con lo que se puede conseguir.

Roz tenía la cara redonda y una cabellera lacia y oscura con flequillo, y era alta para su edad. Iba a la Redención y el Espíritu Santo, que antes eran dos escuelas pero ahora solo era una con dos nombres, y las monjas de hábito negro y blanco le enseñaban a leer, a escribir, a cantar y a rezar, con tiza blanca sobre la pizarra y un golpe de regla en los nudillos si te pasabas de la raya.

Ser católica era lo mejor porque al morir ibas al Cielo. Su madre también era católica, pero no iba a la iglesia. Llevaba hasta allí a Roz y la empujaba hacia la puerta, pero ella se quedaba fuera. Roz, que conocía su expresión, sabía que valía más no preguntarle por qué.

Otros chicos de la misma calle eran protestantes, o bien judíos; daba igual lo que fueras, porque los otros te perseguían a la salida de la escuela, aunque a veces los chicos jugaban a béisbol juntos. Si eras una niña, te perseguían los niños; en tales casos la religión no tenía nada que ver. Además, también había unos cuantos chinos, y algunos refugiados.

Los refugiados eran los que peor lo pasaban. En la escuela de Roz había una niña refugiada: apenas sabía hablar inglés, y las demás niñas hablaban de ella en susurros donde ella podía verlas, le decían cosas desagradables, y ella decía: «¿Qué?». Entonces se echaban a reír.

Los refugiados venían del este, del otro lado del océano. Se refugiaban de la guerra. La madre de Roz decía que podían considerarse afortunados por estar allí. Los refugiados adultos llevaban ropa extraña, ropa miserable y raída, hablaban con acento raro y tenían un aire perplejo y derrotado. Un aire de confusión, como si no supieran dónde estaban ni qué ocurría. Los niños les gritaban en la calle: «¡Refugiado! ¡Refugiado! ¡Vuélvete por donde has venido!». Algunos de los chicos mayores les gritaban: «¡Pelagatos!».

Los refugiados no entendían, pero se daban cuenta de que les estaban gritando. Apresuraban el paso, hundían la cabeza entre las solapas de la chaqueta; o bien se

giraban con expresión iracunda. Roz se unía a los grupos de gritones, si no estaba cerca de casa. A su madre no le gustaba que correteara por la calle como una golfa, que chillara como una banda de gamberros. Después Roz se avergonzaba de haberles gritado de esa manera a los refugiados; pero era difícil resistirse cuando todos los demás lo hacían.

A veces también la llamaban «refugiada» a ella, por su tez morena. Pero solo era un insulto, como «idiota» o —mucho peor— «maricona». No quería decir que lo fueras. Si Roz conseguía arrinconar a esos niños, y si no eran mucho mayores que ella, les daba una quemadura china. Eso se hacía cogiendo el brazo del otro con las dos manos y retorciendo, como para escurrir la ropa. Realmente quemaba, y dejaba una marca roja. O si no, les pegaba una patada o les gritaba a su vez. Roz tenía mal genio, decían las monjas.

A pesar de todo, aunque Roz no fuera una refugiada, algo había. Algo había en ella que la separaba de los demás, una barrera invisible, sutil y casi inexistente, como la superficie del agua, pero aun así poderosa. Roz no sabía qué era, pero lo notaba. No era como los demás, estaba entre ellos pero no era una de ellos. Así que empujaba y forcejeaba, intentando entrar por la fuerza.

Para ir a la escuela Roz llevaba una chaqueta azul marino con una blusa blanca, y en la pechera de la chaqueta había un escudo con la imagen de una paloma. La paloma era el Espíritu Santo. Había un cuadro de él en la capilla, descendiendo del Cielo con las alas extendidas, sobre la cabeza de la Virgen María, mientras la Virgen ponía los ojos en blanco de una manera que la madre de Roz le había dicho que no lo hiciera nunca porque se le podían quedar así para siempre; y lo mismo decía de bizquear. Además, había también otro cuadro, los Discípulos y los Apóstoles recibiendo el Espíritu Santo en la fiesta de Pentecostés; esta vez la paloma estaba envuelta en fuego rojo.

La paloma había dejado embarazada a la Virgen María, pero todo el mundo sabía que los hombres no podían dar a luz, así que los Discípulos y los Apóstoles no quedaron embarazados, solo empezaron a hablar en lenguas y a hacer profecías. Roz no sabía qué significaba hablar en lenguas, y la hermana Concepción tampoco, porque cuando Roz se lo preguntó la hermana Concepción le contestó que no fuera impertinente.

El cuadro de Pentecostés estaba en el largo pasillo principal de la escuela, con su crujiente suelo de madera y su olor a bondad, un olor compuesto de resbaladiza cera para el suelo, polvo de yeso e incienso de la capilla. Cada vez que Roz lo olía se le formaba en el estómago un charco frío de culpable temor, porque Dios veía todo lo que una hacía y también lo que pensaba, y la mayor parte de esas cosas le disgustaban. Por lo visto, estaba casi todo el tiempo enfadado, como la hermana Concepción.

Pero Dios también era Jesús, al que clavaron en la cruz. ¿Quién lo hizo? Soldados romanos que llevaban armadura. Ahí estaban, tres de ellos con apariencia brutal,

bromeando mientras María, de azul, y Magdalena, de rojo, lloraban en el fondo.

En realidad no fue culpa de los soldados romanos, porque solo estaban haciendo su trabajo. En realidad la culpa fue de los judíos. Una de las oraciones que rezaban en la capilla era una plegaria por la conversión de los judíos, lo cual quería decir que se harían católicos y a continuación serían perdonados. Mientras tanto, Dios seguía enfadado con ellos y tendrían que seguir siendo castigados. Eso decía la hermana Concepción.

La cosa no era tan sencilla, pensaba Roz, porque el mismo Jesús había dispuesto deliberadamente las cosas para que lo crucificaran. Se trataba de un sacrificio, y un sacrificio quería decir que dabas la vida para salvar a otras personas. Roz no sabía muy bien por qué hacerse crucificar era un favor tan grande para todo el mundo, pero al parecer era así. De manera que, si Jesús lo hizo a propósito, ¿por qué la culpa era de los judíos? ¿Acaso no le ayudaban a cumplir sus planes? Una pregunta que no obtuvo respuesta de la hermana Concepción, aunque la hermana Cecilia, que era más guapa y en conjunto más amable con Roz, intentó contestarla: una mala acción no dejaba de ser una mala acción, le dijo, aunque el resultado fuese bueno. Había muchas malas acciones que al final daban buenos resultados, porque Dios era un misterio, lo cual quería decir que mudaba las cosas, pero eso no lo controlaban los seres humanos, que solo controlaban su propio corazón. Lo importante era lo que tenía uno en su corazón.

Roz sabía cómo era un corazón. Había visto muchas imágenes de corazones, sobre todo del corazón de Jesús dentro de su sagrario abierto. No se parecían en nada a las postales de San Valentín; eran más bien como los corazones de vaca que había en la carnicería, de un rojo pardusco, con coágulos, como si estuvieran hechos de goma. El corazón de Jesús resplandecía, porque era sagrado. Las cosas sagradas, en general, solían resplandecer.

Cada vez que la gente cometía un pecado era como si clavaran un clavo más en la cruz. Eso decían las monjas, sobre todo en Semana Santa. A Roz no le preocupaba tanto Jesús, porque sabía que al final todo acabaría bien para él, como los dos ladrones. Uno de ellos creyó inmediatamente que Jesús era Dios, así que ese se sentaría a la derecha de Jesús en el Paraíso. Pero ¿y el otro? Roz experimentaba una secreta compasión por el segundo ladrón. Debía de haber sufrido tanto como Jesús y el primer ladrón, pero no era un sacrificio porque no lo había hecho a propósito. Sin duda era peor que te crucificaran si tú no querías. Y además, ¿qué había robado? Quizás algo sin importancia. De eso no se hablaba.

Roz consideraba que él también merecía un lugar en el Cielo. Incluso se hacía una idea de la distribución de los asientos: Dios en el centro, Jesús a su derecha y el buen ladrón a la derecha de Jesús. La mano derecha era la mano buena, y era la que se utilizaba para santiguarse aunque fuera uno zurdo. Pero ¿quién se sentaba a la izquierda de Dios? Alguien tenía que ser, porque Dios tenía una mano izquierda además de la derecha, y en Dios no podía haber nada malo porque todo en él era

perfecto, así que Roz no podía imaginarse que el asiento de la izquierda quedara vacío sin más. De manera que el ladrón malo podría sentarse allí; podría participar en el banquete con los demás. (Y a todo eso ¿dónde estaba la Virgen María? ¿Había una mesa larga, quizá, con Dios en un extremo y la Virgen María en el otro? Roz sabía que era mejor no preguntarlo. Sabía que dirían que era una niña mala e irreverente. Pero le habría gustado saberlo.)

A veces, cuando Roz hacía preguntas, las monjas la miraban de una manera extraña. O se miraban unas a otras de una manera extraña, fruncían los labios y meneaban la cabeza. La hermana Concepción decía: «¿Qué se puede esperar?». La hermana Cecilia dedicaba tiempo extra a rezar con Roz, cuando Roz se había portado mal y debía quedarse después de clase para hacer penitencia. «Hay más alegría en el Cielo por una oveja descarriada...», le decía a la hermana Concepción.

Roz añadió ovejas a su imagen del Cielo. Debían de estar al otro lado de la ventana, por supuesto. Pero se alegraba de saber que estaban allí: eso quería decir que los perros y los gatos también gozaban de una oportunidad. Aunque a ella no le permitían tener animales en casa; le habrían dado demasiado trabajo a su madre, que ya tenía bastante que hacer tal como estaban las cosas.

Roz ha salido tarde de la escuela. Vuelve a casa ella sola, caminando bajo la menguante luz, entre la nieve que cae, no mucha, como minúsculas y blancas escamas de jabón. Tiene la esperanza de que la nieve dure hasta Navidad.

Ha salido tarde porque se ha quedado ensayando la representación de Navidad, en la que es el ángel principal. Ella quería ser la Virgen María, pero le ha tocado ser el ángel principal porque es muy alta, y además porque es capaz de recordar todas las frases. Lleva una túnica blanca, un reluciente halo dorado hecho con una percha de alambre, y unas alas de cartón blanco, sujetas por medio de correas, con las puntas de las plumas pintadas en oro.

Ha sido la primera vez que han ensayado con los trajes. Roz tiene que ir con cuidado al andar para que no se le caigan las alas, y ha de mantener la cabeza erguida y la vista al frente a causa del halo. Tiene que acercarse a los pastores que vigilan sus rebaños por la noche, bajo una gran estrella de Belén hecha de oropel que pende de un cordel sobre sus cabezas, y alzar la mano derecha mientras ellos ponen cara de asustados y decirles: «No temáis; pues os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo». Después tiene que decirles que vayan a ver al niño que está en pañales, acostado en el pesebre, y a continuación debe decir: «Gloria a Dios en las alturas, y en la Tierra paz a los hombres de buena voluntad». Después ha de señalar con el brazo extendido y conducir a los pastores por el escenario hasta llegar al pesebre, mientras el coro de la escuela canta.

Roz lo siente por las niñas que hacen de pastores, porque tienen que llevar ropa andrajosa y barbas que se cuelgan de las orejas con alambres, como si fueran galas. Son las mismas barbas que se usan cada año, y están sucias. Aunque todavía lo siente más por las niñas pequeñas que hacen de ovejas: sus disfraces de oveja seguramente serían blancos, en tiempos, pero ahora son grises, y deben de ser muy calurosos.

El pesebre tiene unas cortinas azules en la parte delantera. Los pastores han de esperar delante hasta que el coro termine de cantar; entre tanto, Roz da la vuelta por detrás, se encarama a un taburete y se queda allí de pie con los brazos extendidos. A su derecha está Anne-Marie Roy, y a su izquierda Eileen Shea; las dos hacen ver que tocan sendas trompetas, aunque en realidad no suenan, naturalmente. Las tres deben permanecer así todo el rato, mientras dos niñas pequeñas con alas de querubín abren las cortinas para que se vea a la idiota de Julia Warden con su cabellera rubia, su boquita de rosa y su sonrisita tonta, vestida de Virgen María, con un halo mayor que el de Roz y un Niño Jesús que es una muñeca de porcelana, y a san José de pie junto a ella sosteniendo su cayado, junto a un montón de balas de paja. Los pastores se arrodillan a un lado y entonces llegan los Reyes Magos con turbantes y túnicas resplandecientes, uno de ellos con la cara tiznada porque uno de los Reyes Magos era negro, y se arrodillan al otro lado mientras el coro empieza a cantar «Hemos oído a los ángeles en las alturas». Después cae el telón y Roz puede bajar los brazos, lo cual

es un alivio porque la verdad es que duele sostenerlos tanto tiempo en alto.

Después del ensayo, la hermana Cecilia le dijo a Roz que lo había hecho muy bien. Roz tenía el único papel hablado de toda la obra y era importante decir bien las frases, con una voz fuerte y bonita. Lo estaba haciendo de maravilla y sería un motivo de orgullo para la escuela. Roz se sintió complacida, porque por una vez su vozarrón no le causaba problemas: cuando las monjas la regañan en público, casi siempre es por su comportamiento alborotado. Pero mientras se quitaban todas los disfraces, Julia Warden dijo:

—Me parece una tontería tener un ángel de cabello negro.

—No es negro, es castaño —dijo Roz.

—Es negro —dijo Julia Warden—. Además, mi mamá dice que no eres una verdadera católica.

Roz le dijo que se callara o se ganaría una buena, y Julia Warden dijo:

—¿Dónde está tu padre, además? Mi mamá dice que es un refugiado.

Así que Roz le cogió el brazo y le hizo una quemadura china, y Julia Warden lanzó un grito. La hermana Cecilia vino corriendo y preguntó a qué venía el escándalo, y Julia Warden se chivó, y la hermana Cecilia le dijo a Roz que ese no era el espíritu de Navidad, que no debía meterse con las niñas más pequeñas que ella y suerte tenía de que la hermana Concepción no estuviera allí, porque si estuviera le daría una zurra.

—Es que nunca aprendes, Rosalind Greenwood —le dijo con tristeza.

Mientras vuelve a casa desde la escuela, Roz va pensando en lo que le hará a Julia Warden al día siguiente para ajustarle las cuentas; piensa en eso hasta llegar a la última manzana, cuando los dos chicos protestantes que viven en la esquina la ven venir y empiezan a perseguirla por la acera, gritando: «¡El Papa es una mierda!». Casi delante de su casa le dan alcance y le restriegan nieve por la cara, y Roz les pateo las piernas. La sueltan, riéndose y chillando de fingido dolor, o de verdadero dolor —«Ay, ay, me ha pegado una patada»—, y entonces ella recoge los libros caídos sobre la nieve, corre el resto del camino, sin llorar todavía, y sube precipitadamente los escalones del porche. «¡No podéis entrar en mi casa!», les grita. Una bola de nieve pasa volando junto a ella. Si estuviera la madre de Roz, los pondría en fuga. «¡Golfos!», les diría, y ellos se marcharían. A veces le pega a Roz con la palma de la mano, pero no consiente que nadie le ponga un dedo encima. Excepto las monjas, claro.

Roz se sacude la nieve de los pies —no debe ensuciar el suelo—, entra en casa y se dirige a la cocina. Hay dos hombres sentados ante la mesa. Llevan ropa de refugiado, no andrajosa, no raída, pero aun así es ropa de refugiado, Roz lo nota por la forma. Sobre la mesa hay una botella que contiene licor —Roz lo adivina al instante, ha visto botellas así en la acera— y ante cada uno de los hombres hay un vaso. La madre de Roz no está en la habitación.

—¿Dónde está mi madre? —dice ella.

—Ha ido a buscar comida —dice uno de los hombres—. No tenía nada que comer.

El otro dice:

—Somos tus nuevos tíos. Tío George, tío Joe.

—Yo no tengo tíos —dice Roz, y tío George dice:

—Ahora sí.

Se echan a reír los dos. Tienen una risa sonora, y una voz extraña. Son voces de refugiado, pero con algo más, con algún otro acento. Algo que es como en el cine.

—Siéntate —dice tío George amablemente, como si estuviera en su casa, como si Roz fuese un perro. Roz no sabe muy bien qué hacer, es la primera vez que hay dos hombres en la cocina, pero se sienta a pesar de todo.

Tío George es el más voluminoso; tiene una frente despejada y cabellos claros y ondulados peinados hacia atrás con fijador. Roz nota el olor; es dulzón, como en los cines. El hombre fuma un cigarrillo marrón en una boquilla negra.

—Es ébano —le dice a Roz—. ¿Sabes lo que es el ébano? Un árbol.

—Ya lo sabe —dice tío Joe—. Es una chica lista. —Tío Joe es más menudo, cargado de espaldas, con manos alargadas, cabello oscuro, casi negro, y enormes ojos oscuros. Le falta un diente en uno de los lados. Se da cuenta de que Roz lo ha visto y dice—: Antes tenía un diente de oro en ese hueco. Lo llevo en el bolsillo. —Y es verdad. Saca una cajita de madera pintada de rojo con un dibujo de minúsculas flores verdes, la abre y dentro hay un diente de oro.

—¿Por qué? —dice Roz.

—No conviene ir por ahí enseñando un diente de oro. A la gente le entran malas ideas —dice tío Joe.

Llega la madre de Roz con dos bolsas de papel marrón que deja en la encimera. Tiene la cara enrojecida y parece satisfecha. No dice nada en absoluto de la bebida, ni del tabaco.

—Son amigos de tu padre —le dice a Roz—. Estuvieron juntos en la guerra. Va a venir, pronto estará aquí. —Se dispone a salir de nuevo; tiene que ir a la carnicería, dice, porque es una ocasión especial. Las ocasiones especiales exigen carne.

—¿Qué hicieron en la guerra? —pregunta Roz, que anhela saber cosas de su padre.

Los dos tíos se echan a reír y se miran el uno al otro.

—Éramos ladrones de caballos —dice tío George.

—Los mejores ladrones de caballos —dice tío Joe—. No. El mejor era tu padre. Era capaz de robar un caballo...

—Era capaz de robarte el caballo de entre tus propias piernas, y ni siquiera te dabas cuenta —dice tío George—. Era capaz de mentir...

—Era capaz de mentir como el propio Dios.

—¡Cuidado con lo que dices! Dios no miente.

—Tienes razón, Dios no dice nada. Pero tu padre, él ni siquiera pestañeaba. Era

capaz de cruzar una frontera como si no existiese —dice tío Joe.

—¿Qué es una frontera? —dice Roz.

—Una frontera es una línea en el mapa —dice tío Joe.

—Una frontera es donde empieza el peligro —dice tío George—. Es donde se necesita un pasaporte.

—Un pasaporte. ¿Ves? —dice tío Joe. Le enseña a Roz su pasaporte, con su fotografía en él. Después le enseña otro, con la misma fotografía pero con un nombre distinto. Tiene tres pasaportes. Los despliega en abanico como una baraja de naipes. Tío George tiene cuatro.

—Un hombre con un solo pasaporte es como un hombre con una sola mano —dice en tono solemne.

—Tu padre, él tiene más pasaportes que nadie. Es el mejor, ya te lo he dicho. —Alzan los vasos y brindan por el padre de Roz.

La madre de Roz prepara pollo con puré de patatas y salsa, y zanahorias hervidas; está animada, Roz nunca la ha visto tan animada, y constantemente insiste en que los tíos se sirvan más. O quizá no esté animada, sino nerviosa. No hace más que consultar su reloj de pulsera. Roz también está nerviosa: ¿cuándo llegará su padre?

—Vendrá cuando venga —dicen los tíos.

El padre de Roz llega en mitad de la noche. Su madre la despierta y susurra: «Tu padre ha vuelto», casi como si se disculpara por algo.

La hace bajar a la cocina, en camisón, y ahí está, sentado ante la mesa, en la tercera silla reservada para él. Está tranquilamente sentado, llenando el espacio, como si siempre hubiera estado ahí. Es grandote y barbudo, con figura de barril y con cabeza de oso. Sonríe y abre los brazos.

—¡Ven, dale un beso a papá!

Roz mira en torno: ¿quién es ese «papá»? Después comprende que se refiere a sí mismo. Lo que decía Julia Warden es cierto: su padre es un refugiado. Ella lo nota por su modo de hablar.

La vida de Roz ha quedado dividida en dos. De una parte están Roz, su madre, la casa de huéspedes, las monjas y las demás niñas de la escuela. Esta parte parece hallarse ya en el pasado, aunque todavía sigue funcionando. Es el lado en que hay principalmente mujeres, mujeres con poder, lo cual quiere decir que tienen poder sobre Roz, pues aunque Dios y Jesús sean hombres, son su madre y las monjas las que tienen la última palabra, excepto los sacerdotes por supuesto, pero eso solo es los domingos. En el otro lado están su padre, que llena la cocina con su volumen, su ruidosa voz, su olor estratificado; que llena la casa con él, que llena todo el espacio en la mirada de su madre de tal manera que Roz se ve empujada hacia el margen, porque su madre, que es tan inflexible, cede. Abdica. Dice: «Pregúntaselo a tu padre». Contempla al padre de Roz en silencio, con los mismos ojos de cordero con que la Virgen María contempla al Niño Jesús o al Espíritu Santo en las estampas; le sirve la comida y deposita el plato ante él como si fuera una especie de ofrenda.

Y no es que ahora tenga menos trabajo, sino más, porque ahora hay tres platos en lugar de dos, hay tres de todo, y el padre de Roz nunca tiene que limpiar. «Ayuda a tu madre —le dice—. En esta familia todos hemos de ayudar»; pero Roz no ve que él ayude. Los sorprende abrazados y besándose en la cocina, dos días después de su regreso, los grandes brazos de oso de su padre alrededor de su madre delgada y angulosa, y se llena de enojo con su madre por ser tan blanda, se llena de pesar y de celos, de la ira del destierro.

Para castigar a su madre por estas traiciones Roz se aparta de ella. Se vuelve hacia sus tíos, cuando están en casa, y también, sobre todo, hacia su padre. «Ven a sentarte en las rodillas de papá», dice él. Y ella lo hace, y desde ese lugar seguro contempla a su madre, que trabaja tan duramente como siempre, encorvada sobre la pila de la cocina o arrodillada delante del horno, echando los huesos de sus platos a la olla del caldo, fregando el suelo. «Haz algo útil», la riñe su madre, y en otro tiempo Roz habría obedecido. Pero ahora los brazos de su padre la sujetan con fuerza. «Hace mucho que no la veo», dice él. Y su madre aprieta los labios y no dice nada, y Roz la mira con regocijada expresión de triunfo y piensa que se lo tiene merecido.

Pero cuando no está su padre tiene que trabajar, como de costumbre. Tiene que fregar y bruñir. Si no lo hace, su madre la llama mocosa malcriada. «¿Quién fue tu criada el año pasado? —la escarnece—. ¡Mírame las manos!».

Los tíos se instalan en la casa. Ya venían a cenar todas las noches, pero ahora se quedan a vivir en casa. Se alojan en el sótano. Allí abajo tienen dos camas, dos colchonetas del ejército y dos sacos de dormir también del ejército.

—Solo hasta que se les arreglen las cosas —dice el padre de Roz—. Hasta que llegue el barco.

—¿Qué barco? —dice la madre de Roz—. Su barco llegará cuando las ranas críen pelo. —Pero lo dice con indulgencia, y guisa para ellos y les pide que repitan, les lava las sábanas, no se queja de que fumen y beban en el sótano, ni de las risotadas que suben por la escalera. Los tíos tampoco tienen que ayudar a limpiar. Cuando Roz pregunta por qué, lo único que responde su madre es que le salvaron la villa a su padre, durante la guerra.

—Nos salvamos la vida el uno al otro —dice tío George—. Yo se la salvé a Joe, Joe a tu padre y tu padre me la salvó a mí.

—Nunca nos cogieron —dice tío Joe—. Ni una sola vez.

—Si nos hubieran cogido no estaríamos aquí, *Dummkopf* —dice tío George.

Aggie está perdiendo el control de los huéspedes, porque ya no se aplican a todo el mundo las mismas reglas. Es evidente que los tíos no pagan alquiler, y que cierran de un portazo cuando entran o salen apresuradamente. Tienen sitios a los que ir, tienen cosas que hacer. Sitios que no se mencionan, cosas que no se especifican. Han de reunirse con amigos, un amigo de Nueva York, un amigo de Suiza, un amigo de Alemania. Han vivido en Nueva York, y en Londres, y también en París. En otros lugares. Hablan con nostalgia de bares, hoteles y pistas de carreras de una docena de

ciudades.

La señorita Hines se queja del ruido: ¿tienen que conversar siempre a gritos, y en idiomas extranjeros, además? Pero la señora Morley bromea con ellos, y a veces se queda a tomar una copa, cuando el padre de Roz está en casa y se reúnen todos en la cocina. Baja melindrosamente las escaleras con sus tacones altos, haciendo sonar las pulseras, y dice que no le importa beber una gota, de vez en cuando.

—Aguanta bien la bebida, desde luego —dice tío Joe.

—Es una gachí —dice tío George.

—¿Qué es una gachí? —dice Roz.

—Hay señoras, hay mujeres y hay gachís —dice tío George—. Tu madre es una señora. Esa es una gachí.

El señor Carruthers sabe que beben en el sótano, y también en la cocina. Huele el humo de sus cigarrillos. El sigue sin estar autorizado a beber ni a fumar en su propia habitación, pero empieza a hacerlo más que antes. Una tarde abre su puerta y acorrala a Roz en el recibidor.

—Esos hombres son judíos —susurra. Vapores de cerveza impregnan la atmósfera—. ¡Sacrificamos la vida por nuestro país y ahora se lo entregan a los judíos!

Como sacudida por una corriente eléctrica, Roz corre en busca de los tíos y se lo pregunta sin rodeos. Si es verdad que son judíos podría tratar de convertirlos, y dejaría asombrada a la hermana Concepción.

—Yo soy ciudadano estadounidense —dice tío George con una risita—. Tengo un pasaporte que lo demuestra. Joe sí que es judío.

—Yo soy húngaro, y él es polaco —dice tío Joe. Soy yugoslavo, y él es holandés. Este otro pasaporte dice que soy español. En cuanto a tu padre, es medio alemán. La otra mitad es judía.

Esto es un disgusto para Roz. Se siente decepcionada —no habrá triunfos espirituales para ella, porque jamás logrará cambiar a su padre en modo alguno, eso lo ve muy claro— y después culpable: ¿y si lo descubren las hermanas? Peor aún, ¿y si lo han sabido siempre y no se lo han querido decir? Se imagina la sonrisa maliciosa de Julia Warden, los rumores que correrán a espaldas de ella.

El desaliento debe de reflejarse en su cara, porque tío George dice:

—Vale más ser judío que ser un asesino. Asesinaron a seis millones, allá al otro lado.

—Cinco —dice tío Joe—. El resto eran otras cosas. Gitanos y homosexuales.

—Cinco, seis, ¿qué más da?

—¿Seis qué? —dice Roz.

—Judíos —dice tío George—. Los quemaban en hornos, los apilaban en montones. Es mejor para ti no saberlo, pequeña Rosalind. Si te hubieran cogido, allá abajo, habrían hecho contigo una pantalla de lámpara.

No le explica que solo utilizarían la piel. Roz se imagina todo su cuerpo

convertido en una pantalla de lámpara, con una bombilla dentro y la luz saliendo por los ojos, la nariz, las orejas y la boca. Debe de poner una expresión aterrorizada, porque tío Joe dice:

—No asustes a la niña. Todo eso terminó ya.

—¿Por qué? —dice Roz—. ¿Por qué lo hacían? Pero ninguno de los dos le responde.

—No ha terminado hasta que ha terminado —dice tío George tristemente.

Roz tiene la sensación de que alguien le ha mentado. No solo acerca de su padre: también acerca de la guerra, y de Dios. Lo de los huérfanos que pasaban hambre ya era bastante malo, pero no era toda la historia. ¿Qué más ha sucedido, con los hornos, los montones y las pantallas de lámpara, y por qué Dios lo ha permitido?

No quiere pensar más en ello porque es demasiado triste y le causa gran confusión. Se aficiona a leer novelas policíacas, que pide prestadas a la señorita Hines y lee por la noche a la luz de la farola que entra por la ventana del ático. Le gustan los muebles, y cómo visten los personajes, y los mayordomos y las doncellas. Pero sobre todo le gusta que haya un motivo para cada muerte y solo un asesino por vez, que al final todo se aclare y que siempre atrapen al asesino.

Roz vuelve de la escuela en un estado de expectación. Se está preparando algo; no sabe muy bien qué, pero está segura de que hay algo. Algo va a ocurrir.

La semana anterior, su madre dijo durante el desayuno: «Han mandado al diablo a la señora Morley». ¿Qué significaba eso? Que se había quedado sin trabajo, pero Roz tuvo una breve visión de la señora Morley envuelta en llamas, como una mártir de la antigüedad. No porque ella quisiera verla arder. La señora Morley le gustaba, y también sus complementos: sus muestras de crema para la cara, su bisutería y, sobre todo, sus zapatos.

Desde entonces la señora Morley no ha hecho más que arrastrarse por la casa, enfundada en su bata de satén rosa acolchada. Tiene los párpados hinchados, el rostro desnudo de maquillaje; el tintineo de sus habituales festones de collares y ajorcas ha enmudecido. Se supone que no debe comer en su habitación, pero lo hace a pesar de todo, comida que le trae el señor Carruthers en bolsas de papel; en su papelera hay restos de bocadillo y corazones de manzana, pero aunque la madre de Roz debe de haberse dado cuenta, no llama a su puerta para emitir las órdenes que de ordinario tanto le gusta dar. A veces esas bolsas de papel contienen pequeñas botellas planas que no aparecen en la papelera. A la caída de la tarde baja a la cocina, todavía en bata, para sostener breves y tensas conversaciones con la madre de Roz. ¿Qué voy a hacer ahora?, le pregunta. La madre de Roz frunce los labios y dice que no lo sabe.

Esas conversaciones tienen por tema el dinero: sin trabajo, la señora Morley no podrá pagar el alquiler. Roz se siente triste por ella, pero al mismo tiempo menos amistosa, porque la señora Morley gimotea y eso hace que Roz la desdeñe. En la escuela, si una niña gimotea las demás se burlan de ella y le pegan, o las monjas la castigan de pie en un rincón.

—Tendría que dominarse —le dice la madre de Roz al padre de Roz durante la cena. En otro tiempo Roz habría sido el público de tales comentarios, pero ahora solo es una pared con oídos.

—Ten corazón, Aggie —dice el padre de Roz. Nadie más llama «Aggie» a la madre de Roz ante su propia cara.

—Tener corazón está muy bien —dice ella—, pero eso no trae comida a la mesa.

Pero hay comida en la mesa. Carne guisada con salsa, puré de patatas y col hervida. Roz se la está comiendo.

Encima de que la señora Morley se ha quedado sin trabajo, la señorita Hines ha cogido un resfriado.

—Recemos a Dios para que no coja una neumonía —dice la madre de Roz—. Entonces tendremos dos mujeres inútiles en casa.

Roz va a la habitación de la señora Morley. La encuentra en la cama, comiéndose un bocadillo; lo oculta entre las sábanas, pero sonrío al ver que solo es Roz.

—Antes de entrar en la habitación de una dama tendrías que llamar a la puerta,

cariño —dice.

—He tenido una idea —dice Roz—. Podría venderse los zapatos. —Se refiere a los de satén rojo con adornos brillantes. Deben de ser muy caros.

La sonrisa de la señora Morley vacila y se apaga.

—Ay, preciosa —dice—. Si pudiera...

Al doblar la esquina que da a su casa Roz ve una imagen extraña. El jardincito delantero está cubierto de nieve, como todos los demás, pero hay un buen número de objetos de colores esparcidos sobre ella. Cuando llega más cerca ve de qué se trata: son los vestidos de la señora Morley, las medias de la señora Morley, los bolsos de la señora Morley, los sostenes y las bragas de la señora Morley. Los zapatos de la señora Morley. Una luz tenue brilla alrededor de ellos.

Roz entra en casa y va a la cocina. Su madre está sentada ante la mesa, muy pálida y tiesa como un clavo; tiene una mirada pétrea. Delante de ella hay una taza de té intacta. La señorita Hines está sentada en la silla de Roz y le da palmaditas en la mano a su madre con gestos pequeños y aleteantes. Tiene una mancha rosada en cada mejilla. Se la ve nerviosa, pero también entusiasmada.

—Tu madre ha sufrido una conmoción —le dice a Roz—. ¿Quieres un vaso de leche, preciosa?

—¿Qué hacen las cosas de la señora Morley tiradas ahí fuera? —dice Roz.

—¿Qué podía hacer yo? —dice la señorita Hines sin dirigirse a nadie en particular—. No pude evitar verlos. Ni siquiera habían cerrado del todo la puerta.

—¿Dónde está ella? —pregunta Roz—. ¿Dónde está la señora Morley?

Debe de haberse marchado sin pagar el alquiler. «Fugarse del gallinero», lo llamaría su madre. Otros huéspedes se han fugado del gallinero de esa manera, en ocasiones anteriores, dejando atrás sus pertenencias, aunque nunca tiradas en el jardín.

—No volverá a asomar la cara por esta casa —dice su madre.

—¿Puedo quedarme sus zapatos? —dice Roz. Le duele pensar que no verá a la señora Morley nunca más, pero no hay necesidad de que se pierdan los zapatos.

—No toques sus sucias cosas —dice su madre—. ¡No les pongas ni un dedo encima! Su lugar está en la basura, como el de ella. ¡La muy puta! ¡Si toda esa porquería sigue ahí mañana, la quemaré en el incinerador!

La señorita Hines parece escandalizada por este lenguaje tan crudo.

—Rezaré por ella —dice.

—Yo no —dice la madre de Roz.

Roz no relaciona nada de esto con su padre hasta que él llega a casa, después, a la hora de cenar. El hecho de que llegue a la hora es notable: no es lo habitual. Se muestra sumiso y respetuoso con la madre de Roz, pero no la abraza ni le da un beso. Por primera vez desde su regreso, casi parece tenerle miedo.

—Aquí tienes el alquiler —dice, y arroja un montoncito de dinero sobre la mesa.

—No creas que puedes comprarme —dice la madre de Roz—. ¡Esa fulana y tú!

Es un soborno. No pienso tocar ni un sucio billete.

—No es de ella —dice el padre de Roz—. Lo he ganado jugando al póquer.

—¿Cómo has podido? —dice la madre de Roz—. ¡Después de todo lo que te he dado! ¡Mírame las manos!

—Estaba llorando —dice el padre de Roz, como si eso lo explicara todo.

—¡Llorando! —dice la madre de Roz con desprecio, como si ella fuese incapaz de rebajarse a una cosa tan degradante—. ¡Lágrimas de cocodrilo! Es una devoradora de hombres.

—Me dio lástima —dice el padre de Roz—. Se me echó encima. ¿Qué podía hacer yo?

La madre de Roz le vuelve la espalda. Se inclina sobre el fogón y empieza a llenar de estofado los platos, golpeando ruidosamente la cuchara contra el costado de la olla, y después se pasa toda la cena sin hablar. Al principio el padre de Roz apenas toca lo que tiene en el plato —Roz conoce esa sensación, es una mezcla de ansiedad y culpa—, pero la madre de Roz le dirige una mirada de inquina concentrada y señala su plato, para darle a entender que, si no se come lo que le ha estado cocinando durante toda su vida, se verá en un aprieto aún peor. Cuando ella le vuelve la espalda, el padre de Roz mira a esta, esboza una sonrisita y le guiña un ojo. Entonces Roz comprende que todo eso —su desdicha, su aire de perro mojado es teatro, o es en parte teatro, y que en realidad está perfectamente.

El dinero sigue sobre la mesa. Roz lo mira: nunca ha visto tanto dinero junto. Le gustaría preguntar si puede quedárselo, puesto que al parecer nadie lo quiere, pero mientras retira los platos —«Ayuda a tu madre», dice su padre— el dinero desaparece. Está en el bolsillo de uno de los dos, eso lo sabe, pero ¿en cuál? En el de su madre, sospecha Roz, en el bolsillo del delantal, porque en los días siguientes se ablanda, habla más y la vida vuelve a la normalidad.

La señora Morley, empero, no vuelve a verse nunca más. Ni tampoco su ropa y sus zapatos. Roz la echa de menos; echa de menos sus apelativos cariñosos y su loción para las manos; pero sabe que es mejor no decirlo.

—Una gachí, ya lo había dicho —dice tío George—. Tu padre tiene una marcada debilidad.

—Le conviene cerrar las puertas —dice tío Joe.

Unos años más tarde, cuando Roz era una adolescente y recibía las confidencias de sus amigas, llegó a comprenderlo: la señora Morley había sido la querida de su padre. Había leído sobre las queridas en las novelas policíacas. Prefería la palabra «querida», porque era más elevada que las otras de que disponía: «pelandusca», «puta», «mujer fácil». Estas otras palabras no implicaban nada más que un abrirse de piernas —de hecho unas piernas fofas, piernas débiles, piernas que no hacían más que estar allí tendidas, piernas en venta— y olores, uniones al azar y jugos sexuales. En cambio, «querida» sugería cierto refinamiento, ropa cara, una vivienda bien puesta, y también el poder, la astucia y la belleza que se necesitaban para conseguir esas cosas.

La señora Morley no tenía la vivienda ni el refinamiento, y su belleza era cuestión de gustos, pero al menos tenía la ropa, y Roz quería conceder cierta confianza a su padre: él no se hubiera dejado arrastrar por cualquier pelandusca. Quería sentirse orgullosa de él. Sabía que su madre tenía razón y que su padre había obrado mal; sabía que su madre era virtuosa, que se había desgastado los dedos hasta el hueso y se había estropeado las manos, y que había sido tratada con ingratitud. Pero era una ingratitud que Roz compartía. Quizá su padre era un bribón, pero ella lo adoraba.

La señora Morley no fue la única amante. Hubo otras, a lo largo de los años: mujeres complacientes, sentimentales, de cuerpo suave, perezosas y aficionadas a tomar una copa de vez en cuando y a las películas lacrimógenas. Más adelante Roz aprendió a deducir su presencia por la desenvoltura intermitente de su padre y por sus ausencias; alguna vez incluso tropezó con ellas en las calles del centro, colgadas del brazo de su envejecido pero todavía escandaloso padre. Pero esas mujeres iban y venían, en tanto que su madre era una constante.

¿Qué arreglo tenían, su madre y su padre? ¿Se amaban? Tenían una historia, naturalmente: tenían una historia. Se conocieron justo al principio de la guerra. ¿Hizo sentir a su madre un arrebató de pasión? No exactamente. Ella ya tenía la casa de huéspedes por entonces, la había heredado de su madre, que la había regido desde que murió el padre, a los veinticinco años, de polio, cuando la madre de Roz solo tenía dos años.

La madre de Roz era mayor que su padre. Ya debía de ser una solterona cuando lo conoció: tan taciturna, tan mordaz, tan escrupulosa como ahora.

Iba andando hacia su casa, con una cesta de verduras; tenía que pasar por delante de una taberna. Era hacia la caída de la tarde, la hora de cerrar, cuando los bebedores eran arrojados a la calle para que no se les pasara la hora de cenar, o tal era la teoría. De ordinario la madre de Roz habría cruzado a la otra acera para esquivar la taberna, pero aquel día vio una pelea. Cuatro contra uno: «matones» los llamaba ella. El que estaba solo era el padre de Roz. Rugía como un oso, pero uno de los matones se le acercó por la espalda y le dio con una botella en la cabeza, y cuando él cayó al suelo todos empezaron a pegarle patadas.

Había gente en la calle, pero todos se limitaban a mirar. La madre de Roz pensó que iban a matar al caído. Por lo general era una mujer callada, aunque no especialmente tímida, no en aquella época; estaba acostumbrada a decirles a los hombres cuántas eran cuatro, porque se había entrenado con los huéspedes, algunos de los cuales intentaban aprovecharse. Normalmente se ocupaba de sus asuntos y dejaba que los demás se ocuparan de los suyos; normalmente evitaba las peleas de bar y miraba hacia otro lado. Pero aquel día era distinto. No podía quedarse allí parada viendo cómo mataban a un hombre. Se puso a gritar (para Roz, esta era la mejor parte: su lacónica madre gritando a voz en cuello, y en público además) y al fin intervino en la pelea y empezó a blandir la cesta de la compra, esparciendo manzanas y zanahorias, hasta que se aproximó un policía y los matones huyeron.

La madre de Roz recogió las frutas y las hortalizas. Estaba bastante agitada, pero no quería perder sus compras. Después ayudó al padre de Roz a levantarse del suelo. «Estaba todo cubierto de sangre —decía ella—. Parecía algo que hubiera cazado el gato». Su casa estaba cerca, y como era una devota cristiana y conocía bien la parábola del buen samaritano, consideró que lo menos que podía hacer era llevarlo con ella y limpiarlo.

Roz se imaginaba lo que debió de ocurrir. ¿Quién puede resistirse a la gratitud? (Aunque la gratitud es una emoción compleja, como ha tenido ocasión de descubrir). Aun así, ¿qué mujer puede resistirse a un hombre al que ha rescatado? Los vendajes tienen algo de erótico, y por supuesto tuvo que ser necesario quitar la ropa: chaqueta, camisa, camiseta. ¿Y luego qué? A su madre debió de entrarle aquel frenesí de lavar. ¿Y dónde iba a pasar la noche aquel pobre hombre? Iba de camino para alistarse en el ejército, según dijo (aunque de hecho no se alistó, no oficialmente); estaba lejos de casa —¿dónde estaba su casa? En Winnipeg— y no tenía dinero. Los matones se lo habían quitado.

Para su madre, que había pasado sus años de juventud cuidando de su madre enferma, que nunca había visto un hombre sin camisa, aquella debió de ser la cosa más romántica que le había ocurrido en la vida. La única cosa romántica. En tanto que para su padre solo era un episodio. ¿O fue algo más? Quizá se enamoró de ella, de aquella mujer silenciosa, pero capaz de gritar, que había acudido en su ayuda. Quizá se enamoró de su casa, un poquito. Quizá veía en ella un refugio. En la versión de su padre, lo que siempre mencionaba, y con considerable admiración, eran los gritos. En tanto que su madre mencionaba la sangre.

Fuera como fuese, acabaron casándose, aunque no fue una boda católica; lo cual quería decir que a los ojos de la Iglesia no estaban casados. Por amor a su padre, su madre se colocó en un estado de pecado permanente. No era de extrañar que creyera que él le debía algo.

«Ah, Dios —piensa Roz sentada en el sótano con su albornoz naranja—, viejo astuto. Te gusta bromear, no cabe duda. Cambiar las reglas. Dar instrucciones contradictorias: salvad a la gente, ayudad a la gente, amad a la gente; pero no la toquéis». Dios es un buen oyente. Nunca interrumpe. Quizá sea por eso por lo que a Roz le gusta hablar con él.

Poco después de la expulsión de la señora Morley, desaparece también el señor Carruthers; deja su habitación sucia y desordenada, se lleva solo una maleta, debe un mes de alquiler. Tío George se traslada a su habitación, y tío Joe a la antigua habitación de la señora Morley.

A continuación, la señorita Hines se despide porque la casa ya no es respetable.

—¿De dónde saldrá el dinero? —pregunta la madre de Roz.

—No te preocupes, Aggie —dice su padre. Y de un modo u otro llega dinero, no mucho pero el suficiente, y salido de la nada, al parecer, porque su padre no tiene trabajo y tampoco el tío George ni el tío Joe. Lo que hacen es ir a las carreras de

caballos. De vez en cuando llevan a Roz con ellos, los sábados, cuando no va a la escuela, y apuestan un dólar en su nombre. La madre de Roz no va nunca, ni tampoco —concluye Roz, tras contemplar los vestidos— ninguna otra madre. Las mujeres que hay allí son gachís.

Por las noches los tíos se sientan alrededor de la mesa que hay en la nueva habitación de tío George y beben, fuman y juegan al póquer. Si la madre de Roz no está en casa, su padre a veces va a jugar con ellos. Roz merodea por el cuarto, les mira las cartas por encima del hombro, y con el tiempo ellos le enseñan a jugar.

—No demuestres lo que piensas —le dicen—. Esconde tus cartas. Aprende cuándo debes retirarte.

Una vez ha aprendido a jugar, le enseñan a apostar. Al principio solo es con fichas de póquer, pero un día tío George le da cinco dólares.

—Es tu capital —le dice—. Nunca apuestes más que tu capital. —No es un consejo que él ponga en práctica.

Roz aprende bien. Aprende a esperar: cuenta las copas que se toman, observa cómo baja el nivel en la botella. Entonces ataca.

—Esta damisela es mortífera —dice tío George con admiración. Roz se pone radiante.

Le ayuda el hecho de que ella juega en serio, mientras que sus tíos y su padre no; no realmente. Juegan como si estuvieran esperando una llamada telefónica. Juegan como si estuvieran matando el tiempo.

De repente hubo mucho dinero. «Lo he ganado en las carreras», dijo el padre de Roz, pero ella sabía que no podía ser cierto porque había demasiado para haberlo ganado así. Había suficiente para cenar en un restaurante, todos ellos, su madre también, y para un helado después. Su madre llevaba su mejor vestido, que era un vestido nuevo, verde claro con un cuello blanco en forma de margarita, porque también había suficiente dinero para eso. Había suficiente para un coche; era un Dodge azul, y los chicos de la calle estuvieron media hora parados delante de la casa de Roz, mirándolo boquiabiertos, mientras ella los contemplaba en silencio desde el porche. Su triunfo era tan completo que ni siquiera necesitaba burlarse de ellos.

¿De dónde había salido el dinero? De la nada. Fue como por arte de magia; su padre había agitado la mano y, *presto*, ahí estaba. «Ha llegado el barco», decía su padre. También hubo para los tíos. Era para los tres, dijo su padre. Partes iguales, porque el barco les pertenecía a todos.

Roz sabía que no era un barco de verdad. Aun así, se lo imaginaba, un barco antiguo como un galeón, una joya de buque, con velas doradas bajo el sol y gallardetes ondeando en los mástiles. O algo por el estilo. Algo noble.

Sus padres vendieron la casa de huéspedes y se mudaron al norte, lejos de las calles de viejas casas apretujadas y minúsculos jardines, a una casa enorme con una explanada semicircular ante la fachada y un garaje para tres coches. Roz llegó a la conclusión de que se habían vuelto ricos, pero su madre le dijo que no empleara esa

palabra. «Estamos en una posición desahogada», era lo que ella decía.

Pero su madre no parecía en absoluto desahogada. Mas bien parecía asustada. Le asustaba la casa, le asustaba la señora de la limpieza que el padre de Roz había insistido en con tratar, le asustaban los muebles nuevos que ella misma había comprado —«Compra lo mejor», decía el padre de Roz—, le asustaba su ropa nueva. Vagaba por la casa en bata y zapatillas, de habitación en habitación, como si estuviera buscando algo; como si estuviera perdida. Se sentía mucho más cómoda en su antiguo barrio, donde las cosas eran del tamaño adecuado y ella sabía cómo moverse.

Decía que allí no tenía a nadie con quien hablar. Pero ¿cuánto hablaba antes? ¿Y con quién hablaba? Con Roz, con el padre de Roz, con los tíos. Ahora los tíos tenían cada uno su propia casa. ¿Con los huéspedes? Ya no había huéspedes de los que quejarse y a los que dar órdenes. Cuando venían los repartidores a traer algo y la veían a ella, preguntaban por la señora de la casa. Pero ella debía fingir que era feliz, por el padre de Roz. «Esto es lo que estábamos esperando», decía él.

Roz también tiene vestidos nuevos, y un nombre nuevo. Ya no se llama Rosalind Greenwood, sino Roz Grunwald. Este, le explican sus padres, ha sido siempre su verdadero nombre.

—Entonces, ¿por qué no me llamaba así antes? —les pregunta ella.

—Por la guerra —le dicen—. Es un nombre demasiado judío. No era seguro.

—¿Y ahora es seguro? —pregunta.

No del todo. Donde viven ahora, las cosas seguras no son las mismas que antes. Por la misma razón, tampoco las cosas peligrosas son las mismas.

Roz va a una nueva escuela. Ahora está en secundaria, así que va al instituto de Forest Hill. Ya no es católica: ha renunciado a todo eso —no sin escrúpulos, no sin residuos— en favor de ser judía. Puesto que los bandos están tan claros, prefiere situarse en este. Se dedica a leer sobre el tema porque quiere hacerlo todo bien; después le pide a su padre que compre dos juegos de platos, y se niega a comer tocino. Su padre compra los platos por seguirle la corriente, pero su madre no separa los de la carne de los de la leche, y la mira con expresión dolida cada vez que ella menciona el asunto. Su padre tampoco quiere unirse a una sinagoga.

—Nunca he sido religioso —dice—. Como digo siempre, ¿quién tiene la exclusiva de Dios? Si no hubiera religiones no habría tantos problemas.

En la nueva escuela de Roz hay muchos alumnos judíos; de hecho, lo que se lleva en esta escuela es ser judío. Pero si en otro tiempo Roz no era lo bastante católica, ahora no es lo bastante judía. Es una rareza, un híbrido, una extraña semipersona. Su ropa, aunque cara, es sutilmente inadecuada. Su acento tampoco es correcto. Sus entusiasmos no son los correctos, ni sus habilidades: las quemaduras chinas, pegar patadas en la espinilla y jugar al póquer con astucia no son cosas que despierten mucha admiración, aquí. Y encima de todo eso, es demasiado grandota; también demasiado ruidosa, demasiado torpe, demasiado deseosa de complacer. Le falta suavidad, aburrimiento, clase.

Se encuentra en un país extranjero. Es una inmigrante, una refugiada. El barco de su padre ha llegado, pero ella no está a bordo. O quizá sea otra cosa: quizá sea el dinero. El dinero de Roz es abundante, pero le falta envejecer, como el buen vino o el buen queso. Es demasiado indiscreto, demasiado brillante, demasiado exclamatorio. Es demasiado insolente.

Su padre la envía a un campamento judío de verano, porque ha descubierto que es lo que se debe hacer con los hijos, aquí, en este país, en esta ciudad, en este barrio, en verano. Quiere que Roz sea feliz, quiere que se adapte. Para él, ambas cosas son lo mismo. Pero en el campamento aún se siente más fuera de lugar, es una intrusa evidente: nunca ha jugado a tenis, nunca ha montado a caballo, no conoce ni una de las bonitas danzas populares de Israel, ni una de las melancólicas canciones yiddish en tono menor. Se cae de los botes de vela a las gélidas y azules aguas septentrionales de la bahía Georgian, porque nunca había subido a un bote; cuando intenta hacer esquí acuático le entra miedo en el último instante, justo antes de que den gas al motor, y se hunde como una piedra. La primera vez que se presenta en traje de baño (y no es que sepa nadar en realidad, su estilo básico es un torpe agitar de brazos), descubre que hubiera debido depilarse las axilas. ¿Quién habría podido decírselo? No su madre, que nunca habla del cuerpo. Nunca en su vida ha salido de la ciudad. Los demás se comportan como si hubieran remado en piragua y dormido en tiendas malolientes desde el día de su nacimiento, pero Roz no es capaz de acostumbrarse a los insectos.

Se sienta ante la mesa del desayuno en el comedor de la cabaña de troncos y escucha en silencio mientras las otras chicas se quejan apáticamente de sus madres. Roz también quiere quejarse de la suya, pero ha descubierto que sus quejas no cuentan porque su madre no es judía. Cuando empieza con sus relatos de la casa de huéspedes, sus relatos de fregar tazas de váter, ponen los ojos en blanco, bostezan con delicadeza, como gatitos, y cambian de tema para hablar otra vez de sus madres. Es imposible que Roz se lo imagine, dan a entender. Es imposible que comprenda.

Por las tardes se arreglan el cabello con rulos y se pintan las uñas, y después de las danzas populares y los cantos, después de asar dulces de malvavisco en las brasas y de las fiestas con disfraces de *beatnik*, son pausadamente acompañadas por diversos muchachos hasta la cabaña en que duermen, a través de la aromática y dolorosa oscuridad, con sus sonidos de búhos y mosquitos y su aroma a agujas de pino, sus linternas que destellan como luciérnagas, sus lánguidos murmullos. Ninguno de esos muchachos se acerca a Roz para bromear con ella, ninguno se detiene con el brazo apoyado en un árbol, sobre la cabeza de ella. Bien, no hay muchos que sean lo bastante altos para eso, y además ¿quién quiere que lo vean con una tonta medio *shiksa* con caderas de hipopótamo? Así que Roz se queda atrás, para ayudar a limpiar. Sabe Dios que en eso es una experta.

Durante las prácticas de artes y oficios, que a Roz no se le dan bien —sus ceniceros de arcilla parecen boñigas de vaca, el cinto que tejió en un telar de mano de

estilo inca quedó hecho una maraña—, dice que tiene que ir al baño y hace una visita a la cocina para ver si consigue un tentempié antes de la cena. Se ha hecho amiga del pastelero, un anciano que es capaz de dibujar una hilera de patos de mantequilla sobre un pastel en un solo arrebato caligráfico, sin levantar ni una sola vez la manga. Le enseña a Roz cómo se hace, y cómo se hace una rosa glaseada, con tallo y una hoja. «Una rosa sin una hoja es como una mujer sin honor», dice, y le hace una reverencia en un cortes y anticuado estilo europeo, al tiempo que le entrega la manga para que lo intente. Le deja lamer los restos del bol y le dice que tiene la figura adecuada para una mujer, no toda huesos como algunas que se ven por allí, se nota que sabe apreciar la buena comida.

El pastelero habla con acento, como sus tíos, y tiene un descolorido número azul en el brazo. Es algo de la guerra, pero Roz no pregunta nada, porque aquí nadie habla de la guerra, todavía no. La guerra es inmencionable.

Roz es consciente de que nunca será más bonita, más delicada, más *sexy* ni más difícil de impresionar que las chicas que la rodean, así que decide ser más lista, más divertida y más rica, y cuando lo haya conseguido ya pueden besarle el trasero todas. Toma la costumbre de hacer muecas; recurre a la vieja grosería de la calle Hurón, para llamar la atención. No tarda en conquistar por la fuerza un lugar en el grupo: es la bromista. Al mismo tiempo, las imita. Reproduce el acento de las demás, su entonación, su vocabulario; se añade capas de lenguaje, las fija como carteles sobre una valla, uno pegado encima del otro, cubriendo las tablas desnudas. En cuanto a la ropa, en cuanto a los accesorios, todo eso puede estudiarse.

Roz superó sus años en el instituto, que no fue exactamente una temporada de felicidad, por emplear un eufemismo. Mucho más tarde descubrió —en una reunión de antiguas alumnas a la que no pudo resistirse, porque tenía un conjunto espléndido y quería exhibirlo— que la mayoría de las chicas había sido tan desdichada como ella. Más aún: no podían creer que ella lo hubiera pasado mal. «Siempre estabas muy alegre», decían.

Después del instituto Roz fue a la universidad. Se matriculó en Arte y Arqueología, unos estudios que su padre no consideraba prácticos pero que luego le vinieron muy bien para el negocio de la renovación; nunca se sabía qué chucherías del pasado podían reciclarse.

Decidió instalarse en una residencia, aunque, como señaló su madre, tenía un hogar del todo aceptable en el que vivir. Pero Roz quería irse, quería irse de casa, y consiguió que su padre accediera amenazándolo con huir a Europa o alguna otra universidad a un millón de kilómetros de allí si no consentía con sus propósitos. Eligió McClung Hall porque no pertenecía a ninguna religión en concreto. Por entonces ya había arrojado por la borda su exceso de judaísmo, así como su exceso de catolicismo. O eso creía ella. Quería viajar ligera de equipaje, y se encontraba más a gusto entre la diversidad.

El día que Roz recibió el título, su padre la llevó a celebrarlo, junto con su madre

y sus cada vez más zarrapastrosos tíos. Fueron a un restaurante de lujo donde la carta estaba en francés, con la versión inglesa en letra pequeña más abajo. De postre había helado, en varios sabores franceses: *cassis, fraise, citrón, pistache*.

—Nunca he tenido un pasaporte francés —dijo tío Joe. Tomaré el pastiche.

«Eso era yo —piensa Roz—. Yo era el pastiche».

Mucho tiempo más tarde, después de que Roz se hubiera casado, después de que su madre hubiera muerto —lentamente y con desaprobación, ya que la muerte era indecorosa: el hecho de que los médicos, hombres ellos, hurgaran en tu cuerpo era algo muy próximo al pecado— y de que su padre la hubiera seguido, en etapas bruscas y dolorosas, como un tren que cambia de vía; después de que ocurriera todo eso, cuando Roz se quedó huérfana, descubrió lo del dinero. No el dinero último, eso ya lo sabía; el dinero del principio. La raíz, la semilla, el capital escondido.

Había ido a visitar a tío George en el hospital, porque él también se moría. No tenía una habitación individual, ni siquiera una doble; estaba en un pabellón. A ninguno de los dos tíos les habían ido bien las cosas. Los dos habían acabado viviendo en casas de huéspedes. Después de fumarse su dinero, se habían fumado también parte del dinero del padre de Roz. Habían jugado, habían pedido préstamos; o ellos los llamaban préstamos, aunque todos debían de ser conscientes de que jamás los devolverían. Pero su padre nunca les negaba nada.

—Es la próstata —le dijo tío Joe por teléfono—. Pero mejor que no lo menciones. —De manera que Roz no lo mencionó, porque los tíos también tenían sus zonas de decoro. Le llevó flores y un jarrón para ponerlas, porque en los hospitales nunca había jarrones; adoptó una sonrisa jovial y una actitud eficiente y enérgica, pero abandonó ambas cosas de inmediato al ver el terrible aspecto que ofrecía tío George. Estaba marchito, estaba demacrado. Su cabeza ya parecía una calavera. Roz se sentó junto a él, llorándolo en su interior. El hombre que ocupaba la cama de al lado estaba dormido y roncaba.

—Ese ya no irá a ninguna parte —dijo tío George, como si él tuviera otros planes.

—¿Quieres una habitación particular? —dijo Roz. Podía arreglarlo rápidamente, sería muy fácil.

—No —dijo tío George—. Me gusta tener compañía. Me gusta que haya gente, ¿sabes? Además, cuesta un montón. Nunca tuve talento.

—¿Talento para qué? —dijo Roz.

—No como tu padre —dijo tío George—. Él era capaz de empezar por la mañana con un dólar y al terminar la jornada tenía cinco. Yo, en cambio, ese mismo dólar lo apostaba a un caballo. Me gustaba pasármelo bien.

—¿De dónde lo sacó? —dijo Roz.

Tío George la miró con sus ojos amarillentos y resecos.

—¿De dónde sacó qué? —preguntó con astucia, haciéndose el inocente.

—El primer dólar —dijo Roz—. ¿Qué hicisteis realmente en la guerra, vosotros tres?

—No necesitas saberlo —dijo tío George.

—Sí que lo necesito —dijo Roz—. No importa, él ya está muerto. Puedes decírmelo, no vas a herir mis sentimientos.

Tío George suspiró.

—Sí, bueno —dijo—. Ha pasado mucho tiempo.

—Soy yo quien te lo pregunta —dijo Roz, que había oído a los tíos utilizar esa expresión cuando hablaban entre ellos, siempre con efecto.

—Tu padre arreglaba cosas —dijo tío George—. Lo hacía antes de la guerra, lo hizo durante la guerra y siguió haciéndolo después de la guerra.

—¿Qué arreglaba? —dijo Roz. Daba por supuesto que no se refería a frigoríficos estropeados.

—Para ser sincero —dijo tío George midiendo las palabras—, tu padre era un ladrón. No me entiendas mal; también fue un héroe. Pero si no hubiera sido un ladrón, no hubiera podido ser un héroe. Así estaban las cosas.

—¿Un ladrón? —dijo Roz.

—Todos éramos ladrones —le explicó tío George con paciencia—. Entonces todo el mundo era un ladrón. Todo el mundo robaba, toda clase de cosas, no te lo creerías: cuadros, oro, objetos que se podían esconder y vender más tarde. Ellos veían cómo iban las cosas, al final se apoderaban de lo que fuese. Cada vez que hay una guerra, la gente roba. Roba lo que puede. De eso trata la guerra: de robar. ¿Por qué nosotros habríamos de ser distintos? Joe era el que se introducía en los sitios, yo era el chófer y tu padre hacía los planes: cuándo debíamos actuar, en quién podíamos confiar. Sin él, nada.

»Así que les conseguíamos lo que querían. Nada legal, por supuesto; con leyes como las que tenían, no necesito decírtelo. Pero sobornábamos a los guardias, todo el mundo estaba en venta. Lo escondíamos en un lugar seguro, hasta que terminara la guerra. Pero ¿cómo podían saber ellos qué era qué, cómo podían saber dónde lo guardábamos? Así que nos reservamos algunas cosas, para nosotros. Las llevamos a distintos lugares y después las recogimos. Además, algunos de ellos habían muerto, así que nos quedamos con lo suyo.

—¿Eso hacía? —dijo Roz—. ¿Ayudaba a los nazis?

—Era peligroso —dijo tío George en tono de reproche, como si el peligro fuese la mayor justificación—. A veces nos llevábamos cosas que no debíamos llevarnos. Nos llevábamos judíos. Teníamos que ir con mucho cuidado, recurrir a nuestros clientes habituales. Nos lo dejaban hacer porque, si nos cogían, ellos también se jugaban el cuello. Aunque tu padre nunca iba demasiado lejos. Sabía cuándo empezaba a ser demasiado peligroso. Sabía cuándo debía detenerse.

—Gracias por decírmelo —dijo Roz.

—No me des las gracias —dijo tío George—. Ya te he dicho que fue un héroe. Solo que algunos no lo comprenderían.

Estaba cansado; cerró los ojos. Sus párpados eran delicados y arrugados, como papel crepé mojado. Alzó dos dedos finos y enjutos en un ademán de despedida.

Roz cruza el laberinto de azulejos blancos del hospital, en dirección a su casa y a una bebida cargada. ¿Qué conclusión debe sacar de este conocimiento nuevo y

dudoso? ¿Que su dinero es dinero sucio o que todo el dinero lo es? No es culpa suya, ella no hizo nada, solo era una niña. No creó ella el mundo. Pero aun así tiene una sensación de manos, manos huesudas, que se alzan desde debajo de la tierra y le tiran de los tobillos para reclamar lo que es suyo. ¿Y que edad tienen esas manos? ¿Veinte años, treinta? ¿O mil, dos mil? ¿Quién sabe de dónde proviene el dinero? «Lávate las manos después de tocarlo —solía decir su madre—. Está lleno de microbios».

A Mitch, sin embargo, no le dijo nada. A Mitch nunca se lo dijo. Porque de habérselo dicho le habría dado una ventaja, y bastante ventaja tenía con sus melindres de dinero añejo, su pretensión de escrupulosidad legal. Recortar cupones, sí; pasar judíos de contrabando, no. O eso es lo que Roz estaría dispuesta a apostar. Mitch ya se mofaba discretamente del dinero de ella, que no tenía solera, aunque Roz había observado que no le importaba gastárselo. Pero el dinero añejo también se beneficiaba de la desesperación humana, siempre y cuando la desesperación, la carne y la sangre estuvieran a la suficiente distancia. ¿De dónde demontre creía que salían esos dividendos la gente como Mitch? ¿Y las acciones de oro sudafricano que él le aconsejó que comprara? En todas las conversaciones que los dos mantenían había un tercer elemento presente: su dinero, sentado entre ellos en el sofá como un ser sobrenatural o como un vegetal apenas sensible.

A veces le parecía que ese dinero era parte de ella, parte de su cuerpo, como una joroba en la espalda. Se sentía dividida entre el impulso de arrancárselo, de desprenderse de él, y el impulso de ganar más, porque ¿acaso no era una protección? Quizá se trataba del mismo impulso. Como decía su padre: para dar, primero hay que coger.

Roz cogía con la mano izquierda y daba con la derecha, ¿o era al revés? Al principio daba a los órganos del cuerpo, al corazón a causa de su padre, al cáncer a causa de su madre. Daba a Hambre en el Mundo, daba a United Way, daba a la Cruz Roja. Eso era en los años sesenta. Pero cuando llegó a la ciudad el movimiento de liberación de la mujer, a comienzos de los setenta, Roz fue absorbida por él como una bola de pelusa por una aspiradora. Estaba en una posición muy visible, esa fue la razón. Era una mujer conocida por el público, y entonces no había muchas que lo fueran, excepto las estrellas de cine y la reina de Inglaterra. Pero también estaba a punto para recibir el mensaje, después de haber sido golpeada en dos ocasiones por Mitch y sus «enredos». La primera vez —la primera vez que ella se enteró, por lo menos— fue cuando estaba embarazada de Larry, y Mitch no hubiera podido caer más bajo.

A Roz le encantaban los grupos de toma de conciencia, le encantaba charlar libremente sobre toda clase de temas. Era como ponerse al día con todas las hermanas que jamás había tenido, era como formar parte de una gran familia cuyos miembros, por una vez, tenían algo en común; era como ser admitida, por fin, en todos los grupos y camarillas de los que hasta entonces se había visto excluida. No más conversaciones melosas e hipócritas, no más «mi maridito es mejor que el tuyo», ¡no

más andarse por las ramas! ¡Se podía hablar de todo!

Le encantaba sentarse con ellas en círculo, aunque al cabo de un tiempo advirtió que el círculo no era exactamente circular. Una mujer contaba su problema y reconocía su dolor, después lo hacía otra, después le tocaba el turno a Roz y las demás la contemplaban con una especie de mirada incrédula y alguna cambiaba de tema.

¿Por qué ocurría eso? ¿Por qué el dolor de Roz era de segunda categoría? Tardó algún tiempo en comprenderlo: a causa de su dinero. Sin duda pensaban que una persona con tanto dinero como Roz era imposible que sufriese. Recordó una vieja expresión que empleaban sus tíos: «Hace que se me parta el corazón». Siempre lo decían con un profundo sarcasmo, a propósito de alguien que había tenido suerte, lo cual significaba que se había hecho rico. De Roz se esperaba que se le partiera el corazón, pero Roz no podía esperar que a las demás se les partiera por ella.

Sin embargo, había un campo en el que Roz era solicitada. En un movimiento con tan perenne necesidad de fondos, casi se podía decir que Roz era indispensable. Así pues, fue natural que acudiesen a ella cuando *Wise Woman World* estaba a punto de quebrar porque no lograba atraer los grandes y elegantes anuncios de pintalabios y bebidas. *Wise Woman World* era más que una revista, por entonces, era una amiga; una amiga que combinaba elevados ideales y esperanzas con la comunicación de secretos inmencionables. ¡La verdad sobre la masturbación! ¡La verdad sobre el deseo, a veces, de aplastar a los niños contra la pared! ¡Qué hacer cuando los hombres se frotaban contra tu trasero, en el metro, y cuando tu jefe te perseguía alrededor del escritorio, y cuando sentías el impulso de tomarte todas las pastillas del botiquín, el día antes de que te viniera la regla! *Wise Woman World* era todas las fiestas nocturnas que en un tiempo Roz había tenido la sensación de que se celebraban a espaldas de ella, y naturalmente tenía que salvarla.

Las demás querían que la revista fuese una cooperativa, como ya lo era. Querían que Roz se limitara a darles dinero y punto, y sin desgravación de impuestos, además, porque eso era demasiado político. Tampoco era una minucia la suma que se necesitaba. Una pequeña inyección de capital no serviría de nada. No poner lo suficiente sería como no poner nada, lo mismo daría que lo tirase por la ventana.

—Nunca invierto en nada que no pueda controlar —les dijo Roz—. Tenéis que emitir acciones. Entonces compraré un porcentaje mayoritario. —Se enfadaron con ella al oírlo, pero Roz dijo—: Si te rompes la pierna, vas al médico. Si tienes problemas de dinero, vienes a hablar conmigo. Lo habéis probado a vuestra manera y no ha funcionado, y francamente, vuestra contabilidad está hecha un asco. Eso lo sé. ¿Queréis que la arregle o no?

Sabía que la revista seguiría perdiendo dinero, pero si ese era el caso quería al menos contabilizar ella las pérdidas.

Tampoco les gustó que pusiera a Mitch en la junta directiva ni que contratara a un par de los compinches leguleyos de este para que le hicieran compañía, pero no había

otra alternativa. Si querían su ayuda, tenían que comprender cuáles eran sus condiciones de vida, y que si Mitch no podía participar en el proyecto, él lo sabotearía. La vida doméstica de Roz se convertiría en un laberinto de asechanzas y trampas explosivas.

—Solo son tres reuniones al año —les dijo—. Es el precio que debéis pagar.

Tal como estaban los precios —tal como habían estado, por lo general, a lo largo de la historia del mundo— tampoco era tan alto.

—He invitado a Zenia para que venga a tomar una copa. —Roz le dice a Mitch. Si no se lo dice, es seguro que las encontrará a las dos juntas y le sentará mal no haber sido informado. El hecho de tener poder no significa que Roz pueda tratar a Mitch con menos precauciones; al contrario, ha de tratarlo con más, ha de disminuirse a sí misma, fingirse más insignificante de lo que es, disculparse por su éxito, porque todo lo que hace se magnifica.

—¿Qué Zenia? —dice Mitch.

—Ya sabes, la que nos encontramos en aquel restaurante —dice Roz. Le complace que Mitch no se acuerde.

—Ah, sí —dice finalmente Mitch—. No se parece a la mayoría de tus amigas.

A Mitch no le gustan demasiado las amigas de Roz. Cree que son una pandilla de feministas comehombres, con las piernas velludas y aficionadas a blandir el látigo, porque en un momento dado, cuando entró en la junta directiva de *Wise Woman World*, eran así. No sirve de nada que Roz le explique que entonces todas lo eran, que era la tendencia imperante, y que lo de ir vestidas con mono solo era una manera de afirmarse a través de la indumentaria; y no es que Roz lo usara nunca, hubiese parecido un camionero. Pero Mitch no se chupa el dedo, él sabe que no se trataba solo de los monos. Las mujeres de *Wise Woman* lo toleraban a causa de Roz, pero no lo soportaban de buena gana. No consentían que les dijera lo que habían de hacer para ser unas buenas feministas, por mucho que lo intentaba. Quizá fuera porque les decía que debían utilizar el humor y el encanto pues de otro modo asustarían a los hombres, y ellas no se sentían dispuestas a ser encantadoras, no con él, no en aquellos momentos. Mitch debió de quedar muy traumatizado por toda esa fase; aunque eso no le impidió tratar de poner en práctica algunas de sus artimañas.

Roz recuerda la cena que ella dio para celebrar la reorganización de *Wise Woman World*, en la que Mitch se sentó al lado de Alma, la directora editorial, y cometió el error de deslizarle la mano a lo largo de la pierna por debajo de la mesa mientras sostenía una animada conversación teórica con Edith, la diseñadora. El angelito creía que Roz no se daba cuenta. Pero a ella le bastó una mirada a la posición del brazo de Mitch —y a su rostro húmedo y cada vez más rojo, y al severo ceño de Alma y sus labios apretados— para comprenderlo todo. Roz siguió observando con rabioso interés mientras Alma se debatía con su dilema: soportar la situación porque Mitch era el marido de Roz y podía poner en peligro su trabajo —cosa con la que Mitch había contado otras veces, en el pasado— o ponerlo en su lugar. Ganaron los

principios, y también la irritación, y Alma le dijo secamente, aunque con voz contenida:

—No soy un piano.

—¿Cómo dices? —respondió Mitch, distante, cortés, faroleando, sin sacar la mano de debajo de la mesa. El pobrecito aún no se había dado cuenta de que las mujeres habían cambiado de veras. En tiempos de antaño, Alma se habría sentido culpable por suscitar esta clase de interés, pero ya no.

—Que me quites la maldita mano de la pierna o te clavaré el tenedor —replicó Alma.

Roz empezó a toser para ocultar que lo había oído, y la mano de Mitch apareció bruscamente sobre el mantel como si acabara de quemarse. A partir de aquella noche, empezó a referirse a Alma con tristeza y preocupación, como si fuese una desdichada; una drogadicta o algo por el estilo. «Es una lástima lo de esa chica —decía en tono de conmiseración—. Vale mucho, pero tiene un problema de actitud. Incluso sería atractiva si no fuera por ese ceño». Insinuó que tal vez era lesbiana; aún no había comprendido que eso ya no era un insulto. Roz dejó transcurrir un lapso de tiempo decoroso y utilizó su influencia para conseguirle un aumento de sueldo a Alma.

Pero así es como Mitch suele ver a las amigas de Roz: ceñudas. Y de un tiempo a esta parte, sosas y anticuadas. No se resiste a comentar cómo se les está deteriorando la cara, como si a él no le ocurriera, aunque es cierto que a los hombres les causa menos problemas envejecer. Seguramente lo hace por venganza: Mitch sospecha que Roz y sus amigas hablan de él a sus espaldas, que lo analizan y sugieren maneras de tratarlo, como si fuese un trastorno estomacal. Y así ocurría en otro tiempo, cierto, cuando Roz aún creía que podía cambiarlo, o cuando sus amigas creían que ella podía cambiar. Cuando Mitch era un proyecto. «Abandónalo —le decían—. ¡Deshazte de ese malnacido! ¡Tú puedes permitirte! ¿Por qué sigues con él?».

Pero Roz tenía sus motivos, entre ellos los hijos. Además, todavía era bastante excatólica para sentirse incómoda frente al divorcio. Además, no quería reconocer ante sí misma que había cometido una equivocación. Además, todavía estaba enamorada de Mitch. Así que al cabo de algún tiempo dejó de hablar de él con sus amigas, porque ¿qué más quedaba por decir? Era un punto muerto, y rumiar soluciones que jamás pondría en práctica la hacía sentir culpable.

Después sus amigas dejaron de ponerse monos, abandonaron la revista, se hicieron conjuntos a medida diseñados para triunfar y perdieron todo interés por Mitch, y pasaron a hablar del exceso de trabajo, así que Roz pudo sentirse culpable por otras cosas, como por ejemplo, por tener más energías que ellas. Pero Mitch sigue diciendo: «¿Vas a almorzar con esa antigualla comehombres?» cada vez que reaparece una de sus amigas de aquella época. Sabe que eso la pica.

Con Charis y Tony se muestra un poco más tolerante, quizá porque Roz las conoce desde hace mucho tiempo y porque son las madrinas de las gemelas. Pero

piensa que Tony es una excéntrica y Charis una chiflada. Es su manera de neutralizarlas. Que Roz sepa, nunca se ha insinuado a ninguna de las dos; quizá no las clasifica en la categoría de «mujeres» sino en alguna otra, no claramente definida. Una especie de gnomos asexuados.

Roz llama a Tony a su despacho en el Departamento de Historia.

—No te lo vas a creer —dice.

Se produce una pausa mientras Tony intenta adivinar qué es lo que se supone que no va a creer.

—Seguramente no —dice.

—Zenia ha vuelto a la ciudad —dice Roz.

Hay otra pausa.

—¿Has hablado con ella? —dice Tony.

—Me la encontré por casualidad en un restaurante —dice Roz.

—A Zenia nunca te la encuentras por casualidad —dice Tony—. Si quieres un consejo, ten cuidado. ¿Qué se trae entre manos? Seguro que trama algo.

—Me parece que ha cambiado —dice Roz—. Es distinta de como era antes.

—Un leopardo no puede cambiar sus manchas —dice Tony—. ¿Distinta en qué?

—¡Oh, Tony, qué pesimista eres! —dice Roz—. La encontré..., bueno, más amable. Más humana. Ahora es periodista, escribe sobre temas de la mujer. Además —Roz baja la voz—, tiene las tetas más grandes.

—Me parece que las tetas no crecen —dice Tony en tono dubitativo, pues hubo un tiempo en que estudió la cuestión.

—Lo más probable es que no —dice Roz—. Pero ahora las hacen artificiales. Me juego algo a que se hizo una operación.

—No me extrañaría nada —dice Tony—. Está reforzando su capacidad de ataque. Pero con tetas o sin ellas, cúbrete las espaldas.

—Solo la he invitado a que venga a visitarme —dice Roz—. Tenía que hacerlo, de veras. Conoció a mi padre durante la guerra. —Aunque no se puede esperar que Tony comprenda todo lo que eso significa.

Así que nadie podría decir luego que Roz no había sido advertida. Y nadie lo dijo, como nadie dijo tampoco que a Roz la habían advertido, porque Tony no era una de esas amigas insoportables de «te lo tienes merecido» y nunca le recordó a Roz las precauciones que le había recomendado. Pero al final de la partida, Roz se lo recordó a sí misma. «Te metiste en la trampa con los ojos bien abiertos —se censuraba—. ¡Estúpida! ¿En qué pensabas?».

Ahora sabe qué la movió. Fue el orgullo, el más mortal de los siete pecados capitales; el pecado de Lucifer, el manantial del que brotan todos los demás. Vanagloria, falso coraje, bravatas. Debió de pensar que era una especie de domadora de leones, una especie de torera; que podía tener éxito donde sus dos amigas habían fracasado. ¿Por qué no? Sabía más que ellas, porque conocía sus respectivas historias. Estaba prevenida. Además, tenía un exceso de confianza. Debió de creer que estaría

en guardia y alerta. Debió de creer que podía manejar a Zenia. Pensándolo bien, en otro tiempo había mostrado una actitud bastante parecida hacia Mitch.

Aunque en su momento no tuvo la sensación de que la impulsara el orgullo. En absoluto. Eso era lo que tenían los pecados: podían disfrazarse, podían disimularse de tal manera que apenas se los reconocía. No había considerado que fuese un gesto de orgullo, sino de hospitalidad. Zenia quería darle las gracias, a causa de su padre, y habría estado muy mal que le negara esa posibilidad.

Hubo otra clase de orgullo, también. Roz quería sentirse orgullosa de su padre. Su padre imperfecto, su padre taimado, su padre el amañador, su padre el ladrón. Cuando la entrevistaban para alguna revista, Roz contaba pequeños fragmentos de la historia de su padre durante la guerra. Roz, la maga de los negocios, «¿cómo empezó su carrera?», «¿cómo combina sus distintas vidas?», «¿cómo atiende a los niños durante el día?», «¿cómo lo lleva su marido?», «¿cómo resuelve usted las tareas domésticas?», pero ya mientras les hablaba de él, de su padre el héroe, su padre el rescatador, era consciente de que estaba engalanándolo, arrojando una luz favorable sobre él, prendiéndole medallas póstumas sobre el pecho. Él mismo se había negado siempre a hablar de aquella parte oscura de su vida. «¿Para qué quieres saberlo? —le decía—. Aquella época ya pasó. Podría perjudicar a otra gente». Mientras esperaba a Zenia, Roz se había sentido más que un poco nerviosa por lo que podía averiguar.

Cuando Zenia viene por fin a tomar una copa —no se ha dado ninguna prisa—, es viernes y Roz está molida porque ha tenido una semana aciaga en el despacho, sobrecarga de trabajo multiplicada por diez, y las gemelas han elegido ese día para cortarse el pelo la una a la otra porque quieren ser punks, aunque solo tienen siete años, y Roz pensaba exhibirlas ante Zenia pero ahora parece que tengan un caso grave de sarna, y no muestran ninguna señal de arrepentimiento, en absoluto, y de todas formas Roz considera que no debe enfadarse porque a las niñas no se les debería imbuir la idea de que ser guapas es lo único que cuenta y que las opiniones de las demás personas acerca de cómo deben arreglar su aspecto son más importantes que las de ellas mismas.

Así que, después del primer grito de sorpresa y consternación, ha intentado comportarse como si todo fuera normal, que en cierto modo lo es, aunque su lengua solo es un muñón de lo fuerte que se la ha mordido, y ha reprimido como es su deber el intenso deseo de mandarlas al piso de arriba a bañarse o a jugar en su cuarto de juegos, y cuando Zenia se presenta en la puerta principal, llevando unos asombrosos zapatos de piel de lagarto, de trescientos dólares al menos, con unos tacones tan altos que sus piernas miden un kilómetro, y un ingenioso conjunto de seda salvaje en fucsia y negro que le marca la fina cintura y una ceñida falda muy por encima de las rodillas —a Roz le disgusta mucho que haya vuelto la minifalda, qué se supone que ha de hacer una si tiene muslos robustos, y recuerda aquellas faldas de la vez anterior, en los años sesenta, cuando había que sentarse con las piernas muy apretadas o quedaba todo a la vista, lo antaño inmencionable, el punto central, el objeto vil y deshonoroso, el tesoro sin precio, una invitación a las ojeadas masculinas, a los pellizcos y a las miradas lujuriosas, a los espumarajos en la boca, a la violación y el pillaje, como siempre le habían advertido las monjas—, aparecen las gemelas, enfundadas en antiguos visos de Roz que han sacado de la caja de los disfraces, corriendo por el pasillo con la maquinilla eléctrica de Mitch, persiguiendo al gato, porque quieren convertirlo en una mascota punk, aunque Roz les ha dicho claramente que la maquinilla es intocable y que se verán en un buen lío si Mitch encuentra pelos de gato en ella, ya hay bastantes problemas cuando Roz no encuentra su propia maquinilla y usa la de Mitch para depilarse las piernas y las axilas y después no tiene buen cuidado de eliminar todos los pelos cortados. Las gemelas no le hacen caso porque dan por sentado que las protegerá, que mentirá por ellas hasta quedarse sin aliento, que se arrojará ante ellas para preservarlas de las balas, y tienen razón, lo hará.

Zenia las ve y dice:

—¿Son tus hijas? ¿Se han caído en la batidora? —Y es precisamente algo que hubiera podido decir la misma Roz, o pensar al menos, y no sabe si reír o llorar.

Se echa a reír y van a tomarse la copa en el solarío, que Roz se niega a llamar el

invernáculo aunque siempre había anhelado tener uno, con naranjos en miniatura, u orquídeas, como los que salían en las novelas de misterio de los años veinte, aquellas que traían un plano de la mansión inglesa marcado con una X donde se había encontrado el cadáver, muy a menudo en el invernáculo. Pero si bien el solarío es de cristal y está rematado con una especie de cúpula victoriana, es demasiado pequeño para ser un verdadero invernáculo, y la palabra en sí es demasiado pomposa para que la pronuncie la madre de Roz, que sigue viviendo intermitentemente en la mente de Roz y se burlaría de ella, aunque está lleno de plantas, plantas con una esperanza de vida limitada, porque ¿quién es exactamente el responsable de cuidarlas? Mitch dice que él no tiene tiempo, pese a que fue él quien encargó toda esa vegetación; pero Roz no tiene mano para estas cosas. No es que no desee que las plantas vivan; incluso le gustan, aunque no sabría distinguir una begonia de un rododendro. Pero estos cuidados deben dispensarlos los profesionales: un servicio de jardinería. Vienen, observan, riegan, se llevan los moribundos, traen tropas de fresco.

Roz tiene un servicio así para la oficina, o sea que ¿por qué no en casa? Mitch dice que no quiere ver a más extraños merodeando por la casa —quedó muy quemado con los decoradores—, pero es posible que le guste la imagen de Roz con un delantal y una regadera, del mismo modo que le gusta la imagen de Roz con un delantal y una sartén, o un delantal y un plumero para el polvo, si bien Roz sería incapaz de cocinar aunque le fuera en ello la vida, ¿por qué hizo Dios los restaurantes si quería que cocinara?, y les tiene fobia a los plumeros, pues en la infancia se los hicieron tragar a la fuerza. La constante es el delantal, la garantía *Good Housekeeping* de que Roz siempre estará en casa cuando a Mitch se le ocurra ir por allí.

O puede que haya otra razón, otro matiz en la culpabilidad que se supone que Roz debe sentir, y de hecho siente, respecto a las plantas *kaput*, porque Mitch quería una piscina en lugar de un solarío, para poder zambullirse en un baño purificador al cloro y esterilizar el vello pectoral y exterminar el pie de atleta, los hongos de la ingle y la podredumbre de la lengua que podían haberle contagiado las fulanas de las que se encaprichaba; pero Roz dijo que una piscina al aire libre era absurda en Canadá, donde el clima les deparaba dos meses de bochorno y diez de helarse hasta el tuétano, y se negó a instalar una piscina interior porque conocía a gente que tenía una y sus casas olían como refinerías de petróleo en un día caluroso, por todos los productos químicos que les echaban, y se necesitaría maquinaria complicada que se estropearía y al final Roz acabaría siendo la responsable de hacerla arreglar. Lo peor de las piscinas por lo que a Roz se refiere es que están demasiado cerca de la naturaleza salvaje. Caen bichos dentro. Hormigas, polillas y demás. Como el lago del campamento de verano: estaría chapoteando en el agua y de pronto se encontraría un insecto justo a la altura de la nariz. Nadar, en opinión de Roz, constituye un grave riesgo para la salud.

Zenia se echa a reír y dice que no podría estar más de acuerdo con ella, y Roz sigue hablando, porque se ha puesto nerviosa al ver de nuevo a Zenia después de

tantos años, recuerda su reputación, el aura de veneno verde que la rodeaba, la incandescencia invisible, si la tocas te quemas; y recuerda la historia, los casos de Tony y Charis. De manera que debe andarse con cuidado, no es de extrañar que esté nerviosa, y cuando está nerviosa, habla. Habla, come, bebe. Zenia coge una aceituna y la mastica delicadamente; Roz engulle el resto, vuelve a llenar la copa de Zenia, que todavía está casi llena, se sirve otra para sí y le ofrece un cigarrillo, mientras las palabras manan de su boca como tinta de un calamar. Camuflaje. Es un alivio descubrir que Zenia fuma. Sería intolerable que fuese esbelta, bien vestida, sin arrugas, un bombón, y encima no fumara.

—Bien —dice Roz, cuando ya ha hecho bastante el ridículo para considerar roto el hielo—. Mi padre. —Porque eso es lo que le interesa, es el objeto de la visita, ¿no?

—Sí —dice Zenia. Se inclina hacia delante, deja la copa, apoya la barbilla en una mano con aire pensativo y frunce ligeramente el entrecejo—. Entonces yo era un bebé, claro, y no recuerdo nada de esa época. Pero mi tía hablaba mucho de tu padre, antes de que muriera. De cómo nos sacó de allí. Supongo que, si no hubiera sido por él, ahora yo sería un puñado de ceniza.

»Sucedió en Berlín. Allí era donde vivían mis padres, en un buen barrio, en un apartamento respetable. Era uno de esos edificios antiguos de Berlín, con azulejos en el vestíbulo y una escalera ancha con balaustrada de madera. Tenían una habitación para la doncella y un balcón atrás que daba a un patio, para colgar la colada. Todo esto lo sé porque lo vi yo misma; porque volví allí. Fue a finales de los años setenta. Me habían encargado un reportaje sobre Berlín, la vida nocturna de Berlín, para una revista de viajes, ya sabes a qué me refiero: los *cabarets sexy*, los clubs de *strip-tease* para homosexuales, con teléfonos en las mesas. Así que me tomé una tarde libre y fui a ver la casa. Había encontrado la dirección entre los papeles de mi tía. Casi todos los edificios de la zona eran nuevos, los habían construido después de los bombardeos, el lugar quedó prácticamente arrasado; pero lo increíble es que aquel viejo edificio aún seguía allí.

»Llamé a todos los timbres y alguien abrió la puerta. Entré y subí las escaleras, como mis padres debieron de hacer cientos de veces. Toqué la misma balaustrada, pasé por los mismos rellanos. Llamé a la puerta y, cuando se abrió, expliqué que unos parientes míos habían vivido allí en otro tiempo y pedí permiso para echar una mirada. Hablo un poco de alemán, a causa de mi tía, y aunque mi modo de hablar era anticuado me dejaron entrar. Eran una pareja joven con un hijo pequeño, muy amables, pero no pude quedarme mucho tiempo. La verdad es que me resultaba muy doloroso todo, las habitaciones, la luz que entraba por las ventanas... Eran las mismas habitaciones, la misma luz. Creo que por primera vez mis padres se convirtieron en algo real para mí. Todo se volvió real. Hasta entonces, solo había sido una historia lamentable.

Zenia deja de hablar. Es lo que suele hacer la gente cuando llega a la parte difícil, ha observado Roz.

—Una historia lamentable —la incita.

—Sí —dice Zenia—. Ya había empezado la guerra. Todo escaseaba. Mi tía no se había casado; después de la primera guerra quedaron tan pocos hombres que muchas mujeres tuvieron que permanecer solteras, así que para ella éramos como la familia que nunca había tenido, y nos hacía toda clase de servicios. Nos hacía de madre, según solía decir. Así que, aquel día, mi tía se dirigió a casa de mis padres para llevarles unas hogazas de pan que había preparado ella misma. Subió por la escalera, como de costumbre: había un ascensor, uno de esos ascensores que son como una jaula de hierro, yo lo vi; pero estaba estropeado. Cuando se disponía a llamar, se abrió la puerta del otro lado del rellano y la mujer que vivía allí, mi tía solo la conocía de vista, salió, la cogió del brazo y la arrastró al interior. «No entre, no intente entrar ahí —le dijo—. Se los han llevado».

»«¿Adonde se los han llevado?», dijo mi tía. No preguntó quien se los había llevado, eso no hacía falta preguntarlo.

»«No intente averiguarlo —respondió la mujer—. Será mejor que no lo haga”. Yo estaba allí en su casa, porque mi madre los había visto llegar. Había mirado por la ventana y los había visto llegar, así que cuando entraron en el edificio y empezaron a subir las escaleras enseguida se figuró adonde se dirigían, de modo que salió por la puerta de atrás, la puerta de servicio, y cruzó el balcón de atrás, llevándome envuelta en un chal. Los balcones de atrás eran adyacentes. Llamó a la puerta de la cocina de aquella mujer, y la mujer me acogió. Ocurrió todo tan deprisa que la vecina apenas llegó a comprender lo que hacía, y si hubiera tenido tiempo para pensarlo seguramente no habría querido hacer una cosa tan peligrosa. Solo era una mujer corriente, respetuosa de la ley y todo eso, pero supongo que si alguien te pone un bebé en los brazos no puedes echarte atrás y dejarlo caer al suelo.

»Fui la única que se salvó; a los demás se los llevaron. Tenía un hermano y una hermana, mucho mayores que yo; yo era la pequeña, nací mucho más tarde. Mira, tengo una foto que mi tía se llevó consigo. Aquí está. —Zenia abre el bolso, luego la cartera, y saca una instantánea. Es una fotografía cuadrada, con un ancho borde blanco, las figuras minúsculas y descoloridas: un grupo familiar, padre, madre, dos niños y otra mujer mayor, a un lado. La tía, supone Roz. Los dos niños son rubios.

Lo que sorprende a Roz es lo actuales que parecen: las mujeres con faldas por las rodillas, ¿de finales de los años veinte, principios de los treinta? Los sombreros, el maquillaje... Podría ser una foto de la moda retro en cualquier revista contemporánea. Solo la ropa de los niños es arcaica; la ropa y los peinados. Traje y corbata para el niño, con el cabello corto en los lados y la nuca, un vestido complicado y tirabuzones para la niña. Las sonrisas son un poco rígidas, pero así eran las sonrisas, en aquella época. Son sonrisas de vestir. Debía de ser una ocasión especial: una celebración, una festividad religiosa, el cumpleaños de alguien.

—La foto es de antes de la guerra —dice Zenia—. Antes de que las cosas empezaran a ponerse feas de verdad. Yo no conocí aquel mundo. Cuando nací, ya

había estallado la guerra; fui una niña de la guerra. Sea como sea, esta foto es todo lo que tengo. Mi tía fue a investigar, después de la guerra. No quedaba nada. —Vuelve a guardar la fotografía en la cartera.

—¿Y tu tía? —dice Roz—. ¿Por qué no se la llevaron también?

—No era judía —dice Zenia—. Era la hermana de mi padre. Mi padre tampoco era judío, pero cuando se aprobaron las leyes de Nuremberg lo trataron como si lo fuese, porque estaba casado con una judía. ¡Pero, bueno, si ni siquiera mi madre era judía! De religión, no. Era católica, de hecho. Pero dos de sus cuatro abuelos eran judíos, así que la clasificaron como *mischling*, primer grado. Una mezcla. ¿Sabías que tenían grados?

—Sí —dice Roz. ¡Así que Zenia es una mezcla, como ella misma!

—Algunos de esos *mischlings* sobrevivieron más tiempo que los verdaderos judíos —dice Zenia—. Mis padres, por ejemplo. Supongo que creían que no les ocurriría nada. Se consideraban unos buenos alemanes. No tenían ninguna relación con la comunidad judía, así que ni siquiera debieron de oír los rumores; o si los oyeron, no les dieron crédito. Es asombroso lo que la gente se niega a creer.

—¿Y tu tía? —dice Roz—. ¿Por qué se fue? Si no era judía, ¿no estaba segura? —Aunque bien pensado, la palabra «segura» es un poco absurda, en ese contexto.

—Lo hizo por mí —dice Zenia—. Tarde o temprano se habrían dado cuenta de que mis padres tenían tres hijos y no dos. O algún vecino de mi tía me habría visto, o me habría oído, y nos habría delatado. Un bebé en casa de una mujer soltera que hasta muy poco antes vivía sola. A la gente le gusta denunciar, ya sabes; hace que se sientan moralmente superiores. ¡Dios, cómo detesto esa hipocresía santurróna! ¡Gente dándose palmaditas en la espalda por un asesinato!

»Así que mi tía empezó a buscar la manera de sacarme del país, y se encontró en un mundo completamente distinto: el mundo clandestino, el mundo del mercado negro. Siempre había vivido a plena luz, pero para protegerme tuvo que internarse en ese otro mundo. No hay un lugar en la Tierra en que no exista ese mundo; basta dar unos pasos hacia un lado, unos pasos hacia abajo, y ahí está, coexistiendo con el mundo que a la gente le gusta llamar normal. ¿Recuerdas los años cincuenta, recuerdas lo que se hacía para conseguir un aborto? Solo se necesitaban tres llamadas telefónicas. Siempre que pudieras pagar, claro. Te enviaban a lo largo de la línea, a alguien que conocía a alguien. En Alemania ocurría lo mismo, en aquella época, para obtener cosas como pasaportes. Salvo que debías elegir con mucho cuidado a quién se lo preguntabas.

»Lo que mi tía necesitaba era algún documento falso que dijera que yo era su hija, de un marido muerto en el frente de Francia, y lo consiguió; pero no habría resistido un escrutinio minucioso. Me refiero a que basta mirarme: no parezco aria, ¿verdad? Mi hermano y mi hermana eran rubios los dos. Mi padre tenía el cabello claro, y mi madre también. Debo de ser una especie de regresión. El caso es que mi tía era consciente de que debía sacarme del país, debía sacarme inmediatamente. Si la

descubrían, la acusarían de traición, por esconder a una judía. ¡Menuda traición! ¡Dios mío, si yo solo tenía seis meses!

Roz no sabe qué decir. «Pobrecita», que es lo que suele musitar ante los relatos de crisis en el trabajo, percances personales o desastres amorosos que le narran sus amigas, parece decididamente insuficiente.

—¡Es terrible! —exclama.

—No te compadezcas de mí —dice Zenia—. Yo apenas era consciente, entonces. No sabía qué estaba ocurriendo, así que no sufría; aunque debí de darme cuenta de que las cosas habían cambiado y de que mi madre ya no estaba a mi lado. Sea como sea, mi tía se puso en contacto con tu padre o, mejor dicho, con los amigos de tu padre. Recurrió al mismo hombre que le había proporcionado los papeles; el hombre conocía a alguien que conocía a alguien, y después de examinarla y de sacarle algo de dinero, le dieron el visto bueno. Todos los mercados negros funcionan así. Intenta comprar drogas y verás que es lo mismo: te examinan, te dan el visto bueno. Por suerte mi tía tenía algún dinero, y su desesperación debió de resultar convincente. Como ya te he dicho, no se había casado, así que yo me convertí en su causa; arriesgó la vida por mí. Y por su hermano, también. Entonces ella ignoraba que lo habían matado, aún creía que podía regresar. Y si regresaba y ella le había fallado, ¿qué le diría?

»De modo que tu padre y sus amigos la sacaron del país, primero a Dinamarca y de ahí a Suecia. Le dijeron que era relativamente fácil: no tenía acento ni nada, y parecía tan alemana como la que más.

»Mi tía fue una madre para mí. Ella me crio, e hizo todo lo que pudo, pero no era una mujer feliz. La guerra la había destrozado. La pérdida de su hermano y su familia, y el sentimiento de culpabilidad por no haber podido impedirlo, por haber participado de alguna manera... Hablaba mucho de tu padre, lo consideraba un héroe. Eso le devolvió un poco la fe. Así que me acostumbré a pensar que tu padre era mi padre, y que algún día vendría a buscarme y me llevaría a su casa. Yo ni siquiera sabía dónde vivía.

Roz está al borde del llanto. Recuerda a su padre, el viejo bribón; le alegra saber que sus dudosos talentos fueron útiles, porque siempre lo prefirió a su madre y agradece la ocasión de pensar bien de él. Los dos martinis no le sirven de mucho en lo tocante a controlarse. ¡Qué afortunada ha sido, con sus tres hijos y su marido, su dinero, su trabajo, su casa! ¡Qué injusta es la vida! ¿Dónde estaba Dios mientras ocurría todo eso en la sórdida Europa, la injusticia, la brutalidad despiadada, el sufrimiento? Reunido, seguramente. No se le podían pasar llamadas. La culpa le rebosa por los ojos. Le gustaría darle algo a Zenia, alguna cosita, para compensar la negligencia de Dios, pero ¿qué sería lo adecuado?

Entonces oye una vocecita, una vocecita clara como el agua helada, justo en el fondo de su cabeza. Es la voz de la experiencia. Es la voz de Tony. «Zenia miente», dice la voz.

—¿Te acuerdas de Tony? —farfulla Roz, sin poderse contener—. ¿Tony Fremont, de McClung Hall? —¿Cómo puede ser tan mezquina, tan *mierdosa*, como para poner en duda el relato de Zenia, siquiera para sus adentros? Nadie mentiría acerca de una cosa así. Sería demasiado vil, demasiado cínico, ¡sería prácticamente sacrílego!

—Ah, sí. —Zenia se echa a reír—. ¡De eso hace un millón de años! ¡Tony y su divertida afición a la guerra! Me he enterado de que ha escrito un par de libros. Siempre fue una chiquilina inteligente.

«Una chiquilina inteligente» hace que Roz se sienta, en comparación, grandota y obtusa. Pero sigue penosamente adelante.

—Tony me dijo que eras rusa, una rusa blanca —dice—. Que de niña fuiste una prostituta, en París. Y Charis dice que tu madre fue una gitana que murió lapidada por un grupo de campesinos rumanos.

—¿Charis? —dice Zenia.

—Antes se llamaba Karen —dice Roz—. Viviste con ella en la isla. Le dijiste que tenías cáncer —añade, implacable.

Zenia mira por la ventana del solarío y toma un sorbo de su martini.

—Ah, sí, Charis —dice—. Me temo que conté algunas cosas horribles... No siempre decía la verdad, cuando era más joven. Creo que padecía algún trastorno emocional. Tras la muerte de mi tía pasé una época muy mala. Mi tía no tenía nada, no tenía dinero; vivíamos en apartamentos miserables. Y cuando murió, nadie quiso ayudarme. Eso fue en Waterloo, en los años cincuenta. No era un buen momento ni un buen lugar para los huérfanos que no encajaban.

»Así que parte de lo que le conté a Tony era verdad. Trabajé como prostituta. Y no quería ser judía, no quería tener ninguna relación en absoluto con todo aquello. Supongo que pretendía huir del pasado. Aquello era entonces, esto es ahora, ¿comprendes? Incluso me hice arreglar la nariz, en Inglaterra, cuando conseguí un empleo en una revista y pude permitírmelo. Supongo que me sentía avergonzada. Cuando te hacen esas cosas, te sientes más avergonzada que si se las hicieras tú a otras personas. Piensas que quizá te lo merecías; o que hubieras debido ser más fuerte, capaz de defenderte a ti misma, o algo por el estilo. Te sientes..., bueno, derrotada.

»Así que me inventé un pasado distinto; era mejor ser una rusa blanca. Supongo que lo podrías llamar rechazo. Cuando tenía dieciséis años viví durante algún tiempo con un ruso blanco, y por tanto sabía algo sobre ellos.

»Con Karen..., es decir, con Charis, creo que estaba pasando una especie de crisis nerviosa. Necesitaba que me cuidaran como a un bebé; mi psiquiatra dice que fue porque me habían quitado a mi madre en la infancia. No hubiera debido decirle que tenía cáncer, porque no era cierto, pero la verdad es que estaba enferma, en otro sentido. Karen hizo maravillas por mí.

»No estuvo bien, supongo que fue algo terrible, contar aquellas historias. Les debo disculpas a las dos. Pero no me sentía capaz de contarles mi verdadera historia,

lo que realmente me ocurrió. No lo habrían comprendido.

Mira a Roz de hito en hito, con sus ojos de un índigo intenso, y Roz se siente conmovida. Ella, Roz —y solo ella—, ha sido elegida para comprender. Y comprende, vaya si comprende.

—Cuando me fui de Canadá —dice Zenia—, las cosas empeoraron. Tenía grandes ideas, pero al parecer no le interesaban a nadie. Y mi físico tampoco ayuda, ¿sabes? Los hombres no te ven como una persona, solo ven el cuerpo, y es lo único que acabas viendo tú misma. Consideras tu cuerpo una herramienta, algo que se puede utilizar. ¡Dios, qué cansada estoy de los hombres! ¡Qué fácil es divertirlos! Lo único que has de hacer para obtener su atención es quitarte la ropa. Al cabo del tiempo, te apetece algo más estimulante, ¿comprendes?

»Trabajé haciendo *strip-tease* durante cosa de un año —fue entonces cuando me hice retocar los pechos, el hombre con el que vivía me pagó la operación—, y adquirí malos hábitos. Primero la cocaína, después la heroína. Es un milagro que no esté muerta. Quizás era eso lo que pretendía, matarme, por lo que le ocurrió a mi familia. Se diría que, puesto que no los conocí, no tendría por qué afectarme; pero es como nacer sin una pierna. Se nota una ausencia terrible.

»Me costó mucho tiempo, pero finalmente me he reconciliado conmigo misma. He asumido mi realidad. Estuve en tratamiento durante años. Fue duro, pero ahora sé quién soy.

Roz está impresionada. Zenia no se ha evadido, no ha disimulado ni se ha debatido. Ha reconocido los hechos, lo ha admitido, ha confesado. Eso demuestra..., ¿qué? ¿Sinceridad? ¿Buena voluntad? ¿Madurez? Alguna cualidad admirable. Las monjas concedían un gran valor a la confesión, hasta tal punto que una vez Roz confesó haber puesto una caca de perro en el guardarropa, aunque no había sido ella. Sin embargo, el hecho de confesar no servía para librarse del castigo —igualmente recibió una azotaina, y cuando te confesabas con el sacerdote tenías que hacer penitencia—, pero te tenían en mayor consideración, o eso decían.

Además, Zenia ha estado en el mundo real. El ancho mundo, más ancho que Toronto; el mundo exterior, más profundo que el pequeño estanque en el que Roz es una rana tan grande y resguardada. Zenia hace que Roz se sienta no solo protegida, sino débil. Sus batallas han sido insignificantes.

—Te las has arreglado muy bien —dice Roz—. ¡Vaya relato! ¡Es un material fantástico! —Piensa en la revista, porque esta es la clase de relato que les gusta publicar: una historia de éxito, algo capaz de inspirar a las lectoras. Una historia sobre la superación de miedos y obstáculos, sobre la necesidad de afrontar la propia realidad y llegar a ser una persona completa. Es como el relato que publicaron dos meses atrás, acerca de una mujer que se enfrentó a la bulimia hasta vencerla. A Roz le resulta difícil resistirse a los relatos sobre la oveja descarriada que causó más alegría en el Cielo. Y la tía de Zenia también es un buen material para un artículo: *Wise Woman World* aprecia a las heroínas de la vida real, mujeres ordinarias que han

demostrado un coraje extraordinario.

Para su sorpresa, y también para su consternación, Zenia se echa a llorar. Gruesos lagrimones brotan de sus ojos, que permanecen abiertos y fijos en Roz.

—Sí —dice—. Supongo que, al final, todo queda en eso. Solo es un relato. Solo es material. Algo que puede utilizarse.

«Roz, por el amor de Dios, esta vez has metido la pata hasta el fondo», piensa Roz. Miss Tacto 1983.

—Oh, querida, no lo decía con esa intención —dice.

—No —dice Zenia—. Ya lo sé. Nadie tiene esa intención. Es solo que estoy muy tensa. He estado en el límite; he vivido allí mucho tiempo, he tenido que hacerlo todo yo sola. No me entiendo con los hombres, todos quieren lo mismo de mí. Ya no soy capaz de establecer esa clase de compromisos. Me refiero a que tú tienes todo esto, tienes un hogar, un marido, tienes tus hijos. Tienes una familia, tienes tierra firme bajo los pies. Yo nunca he tenido nada de eso. Nunca he encajado. He vivido con lo puesto, toda mi vida; incluso ahora vivo al día, eso es lo que significa trabajar como *freelance*, y me estoy quedando sin fuerzas, ¿sabes? ¡No tengo una base sólida, no tengo estabilidad!

¡Qué mal la había juzgado Roz! Ahora ve a Zenia bajo una nueva luz. Es una luz tempestuosa, una luz desolada, una luz solitaria y lluviosa; envuelta en ella, Zenia lucha por salir adelante, azotada por los hombres, arrastrada por los vientos del destino. No es lo que aparenta, una mujer bella, una profesional con éxito en su carrera. Es una niña perdida, una huérfana sin hogar; está a punto de desfallecer al borde del camino, está a punto de caer. Roz abre el corazón y extiende las alas, sus alas de ángel de cartón, sus invisibles alas de paloma, sus alas cálidas y protectoras, y la acoge en su seno.

—No te preocupes —dice con su voz más tranquilizadora—. Ya pensaremos algo.

Cuando llega Mitch se cruza en el vestíbulo con Zenia, que ya se marcha.

Ella le dedica apenas un breve y helado saludo.

—Tu vieja amiga es bastante hostil —le dice Mitch a Roz.

—A mí no me lo parece —contesta Roz—. Creo que solo está cansada.

No quiere compartir con él la triste historia de la vida de Zenia.

Ha sido relatada solo para ella, para sus oídos solamente, de una extraña a otra. Solo Roz puede comprenderla. No Mitch, porque ¿qué puede saber él de ser un extraño?

—¿Cansada? —dice Mitch—. No parecía muy cansada.

—Cansada de que los hombres se le echen encima —dice Roz.

—No me lo creo —dice Mitch—. Además, yo no me he echado encima de ella. Aunque estoy seguro de que le gustaría, si lo hiciera. Es una aventurera, tiene todo el aspecto de serlo.

Mitch es toda una autoridad en este tema, es capaz de adivinar lo que piensa una mujer por la forma de su trasero.

—¿Por qué lo dices en tono despectivo? —dice Roz, que pretende provocarlo, porque sabe que todo eso del feminismo lo vuelve loco. Además, ella se considera una aventurera, por lo menos en ciertos aspectos de la vida. Los financieros—. No te parecería tan mal si se tratara de un hombre, de un aventurero.

—No es lo mismo —dice Mitch—. Los aventureros viven de su ingenio.

—¿Y las aventureras? —dice Roz.

—De sus tetas —dice Mitch.

—Es verdad —asiente Roz, y se echa a reír. Ha caído en la trampa.

Pero Mitch se equivoca, piensa Roz, al recordar. En el caso de Zenia, también contaba el ingenio.

Aquel fue el principio del fin de su matrimonio, aunque ella no se dio cuenta en su momento. O quizá fue el fin del fin. ¿Quién sabe? El fin debió de estar mucho tiempo preparándose. Estas cosas no son repentinas.

Sin embargo, Roz no habría podido deducirlo por el comportamiento de Mitch. Aquella noche le hizo el amor con un apremio que no había mostrado desde hacía mucho tiempo. No hubo placidez voluptuosa, no hubo señoriales regodeos de morsa: fue aquí te pillo, aquí te mato. No había nada que quisiera recibir de ella; solo quería tomar. Roz se da cuenta de que la está mordiendo, y se siente más complacida que disgustada. No sabía que aún era tan irresistible.

Una semana más tarde organiza una cena a hora temprana, en el Scaramouche, en la que participan ella misma, Zenia y la actual directora de *Wise Woman World*, que se llama Beth Anne, e ingieren ensaladas de *radicchio*, verduras exóticas al vapor e ingeniosos platos de pasta mientras repasan el currículum de Zenia y su archivo de artículos para revistas. En primer lugar figuran los que escribió cuando estaba en

nómina en una revista de modas de primera línea, en Inglaterra. Pero Zenia dejó aquel empleo porque se sentía demasiado atada, y porque quería escribir sobre cosas más políticas. Libia, Mozambique, Beirut, los campos de refugiados palestinos; Berlín, Irlanda del Norte, Colombia, Bangladesh, El Salvador... Zenia ha estado en casi todas las zonas calientes que Roz es capaz de recordar, y en unas cuantas que no recuerda. Zenia las deleita con incidentes, piedras y balas que han pasado silbando junto a su cabeza, cámaras que han sido rotas por policías, escapadas por los pelos a bordo de *jeeps*. Cita nombres de hoteles.

Muchos de esos reportajes se publicaron bajo otros nombres, nombres masculinos, porque, como dice Zenia, el material que contienen es polémico, incluso incendiario, y no quería abrir la puerta en mitad de la noche y encontrarse con un árabe colérico, un agente irlandés, un israelí o un traficante de drogas de pie en el umbral.

—Preferiría que no se supiera —dice—, pero este es el principal motivo de que haya vuelto a Canadá. Para mí es como una especie de puerto seguro, ¿comprendéis? Las cosas empezaban a ponerse demasiado «interesantes» para mí, en el extranjero. Canadá es un país muy..., muy «apacible».

Roz y Beth Anne cruzan una mirada. Las dos están profundamente emocionadas. Una reportera política recién llegada de las zonas problemáticas del mundo, y está ahí entre ellas. ¡Y es una mujer, además! Por supuesto que deben ofrecerle refugio. ¿Para qué están los puertos seguros, si no? A Roz no le pasa por alto que lo contrario de «interesante» no es «apacible», sino «aburrido». Sin embargo, el aburrimiento tiene cierto valor, hoy en día. Quizá deberían exportar un poco de aburrimiento. Es mejor que hacerse volar la cabeza.

—Nos encantaría que escribieras algún reportaje para nosotras —dice Beth Anne.

—Para ser sincera —dice Zenia—, en estos momentos me siento más bien vacía de proyectos para reportajes. Pero se me ha ocurrido una idea mejor.

La idea mejor es que podría ayudarlas en el departamento de publicidad.

—He estado mirando la revista y he visto que no tenéis demasiados anuncios —dice—. Debéis de perder dinero, mucho dinero.

—Es la pura verdad —dice Roz, que sabe exactamente cuánto, porque el dinero que están perdiendo es de ella.

—Creo que podría multiplicar por dos vuestros anuncios en, digamos, dos meses —dice Zenia—. Tengo experiencia.

Zenia cumple su palabra. Roz no sabe muy bien cómo ha ocurrido, pero al poco tiempo Zenia empieza a tomar parte en las reuniones de dirección, y cuando Beth Anne se marcha porque va a tener otro hijo, dejando un vacío de poder, le ofrecen el puesto a Zenia, ya que ¿quién, si no —seamos sinceras—, está más capacitada? Incluso es posible que la propia Roz lo organizara así. Seguramente; es una de las típicas estupideces de «pégate un tiro en el pie tú misma» que debía de estar cometiendo en aquella época. Parte de su proyecto de «salvemos a la pobre Zenia».

Roz prefiere no recordar los detalles.

Zenia se hace fotografiar; un retrato llamativo ataviada con un conjunto de escote en V que aparece en la página editorial. Las mujeres le calculan la edad y se preguntan cómo se las arregla para seguir tan atractiva. Aumenta la tirada de la revista.

Ahora Zenia va a fiestas, a muchas fiestas. ¿Por qué no? Tiene *schlep*, tiene influencia, tiene —como les gusta decir a los miembros masculinos de la junta— huevos. Además, añaden invariablemente, es aguda como una tachuela, tiene vista de lince y una espléndida figura, lo que hace que, al volver a casa, Roz contemple ceñuda en el espejo la rugosa piel de naranja que se le ha formado en las piernas y luego se censure por hacer comparaciones odiosas.

Algunas de las fiestas a las que asiste Zenia las da Roz. Roz supervisa la distribución de los champiñones rellenos y demás bocaditos selectos, saluda a sus amigas con abrazos y con besos que no llegan a tocar las mejillas, y observa cómo Zenia se trabaja la sala. Se la trabaja con seriedad, de un modo concienzudo; da la impresión de saber por instinto cuánto tiempo exactamente vale la pena dedicar a cada persona. Aunque también concede a Roz algunos de sus preciosos instantes. Se la lleva aparte y le habla en susurros, y Roz le responde en susurros. Cualquiera que las viese pensaría que están conspirando.

—Se te da muy bien esto —le dice Roz—. Yo siempre acabo acorralada durante horas por alguien que me cuenta una historia de mala suerte, pero a ti nunca te enganchan.

Zenia le devuelve la sonrisa.

—Todos los zorros escarban una puerta trasera en su madriguera. Me gusta saber dónde está el letrero que pone «salida». —Roz recuerda por qué poco escapó Zenia de la muerte, y se apiada de ella. Zenia siempre llega sola. Se va sola. Es triste.

Mitch también se trabaja la sala. Por asombroso que parezca, empero, evita la parte de la sala donde está Zenia. De ordinario suele flirtear con todo el mundo; flirtearía con un lebel si no hubiera nada más al alcance. Le gusta ver su propio encanto reflejado en los ojos de cada mujer de la habitación; pasa de una a otra como si fueran arbustos y él fuese un perro. Pero se mantiene apartado de Zenia, y, cuando ella mira, dedica una atención especial a Roz. Le pone la mano en el brazo siempre que es posible. «Para no perder el equilibrio», piensa Roz más tarde.

Roz se siente cada vez más inquieta. Hay algo que no acaba de cuadrar en el giro que han tomado las cosas, pero ¿de qué se trata? Se había propuesto ayudar a Zenia, y al parecer la ha ayudado, y no cabe duda de que Zenia se muestra agradecida, y trabaja bien; almuerzan juntas una vez por semana, solo para dar un repaso a la situación, y Zenia aprovecha para pedirle consejo a Roz, porque Roz lleva mucho más tiempo que ella en la revista. Roz desecha esa sensación, atribuyéndola a la envidia. Por lo general, si hubiera alguna cosa que la preocupara, algo que no pudiera identificar con precisión, lo discutiría con Tony o con Charis. Pero no puede hacerlo,

porque ahora es amiga de Zenia, y quizás ellas dos no comprendan este aspecto del asunto. Quizá no comprendan que Roz sea amiga de una persona que —afrontémoslo— es enemiga de ellas. Podrían considerarlo una traición.

—He estado reflexionando —dice Zenia en la siguiente reunión de la junta directiva—. Todavía perdemos dinero, a pesar de los nuevos anuncios. Por lo visto, no logramos atraer las cuentas importantes: las compañías de perfumes, los cosméticos, la alta costura. Para ser sincera, creo que debemos cambiar el nombre de la revista. El concepto con el que estamos trabajando es demasiado años setenta. Estamos en los ochenta, y muchas de nuestras viejas actitudes han quedado muy superadas.

—¿Cambiar el nombre? —dice Roz, que recuerda con cariño el colectivo original. ¿Qué ha sido de aquellas mujeres? ¿Adonde se han ido? ¿Por qué ha perdido contacto con ellas? ¿De dónde han salido todos estos trajes de ejecutivo?

—Sí —dice Zenia—. He realizado una pequeña investigación. Nos iría mejor con *Woman World*, o, mejor aún, con *Woman* sin más.

Para Roz es evidente lo que se descarta. La cuestión de la sabiduría, para empezar. Y también el mundo. Pero ¿cómo puede poner objeciones a *Woman* sin dar a entender que hay algo malo en ser mujer?

Así que Zenia cambia el nombre, y la revista no tarda en cambiar también. Cambia tanto que Roz apenas la reconoce. Desaparecen las mujeres que alcanzan el éxito en la madurez, y los artículos sobre cómo vencer el sexismo y la desigualdad de oportunidades. Desaparecen también los densos artículos sobre el cuidado de la salud. Ahora hay reportajes de cinco páginas sobre la moda de primavera, nuevas dietas, tratamientos para el cabello y cremas para las arrugas, y cuestionarios sobre el hombre de tu vida y si manejas bien o no tus relaciones. ¿Carecen de importancia estas cosas? Roz sería la última en afirmarlo, pero sin duda hay algo que falta.

Ya no almuerza con Zenia una vez por semana; ahora Zenia está demasiado ocupada. Es una abeja laboriosa, tiene muchas cosas a las que atender. Así pues, en la siguiente reunión de la junta, Roz la interroga sobre el cambio de orientación.

—La idea original no era esta —dice.

Zenia le sonrío con amabilidad.

—La mayoría de las mujeres no desea leer acerca de otras mujeres que tienen éxito —dice—. Hace que se sientan fracasadas.

Roz se da cuenta de que está empezando a enfadarse —sin duda la ironía es a costa de ella—, pero se domina.

—¿Acerca de qué quieren leer, entonces?

—No me refiero a las intelectuales —dice Zenia—. Me refiero a la mujer media. A la mujer media que compra revistas. Según nuestros estudios demográficos, quieren leer artículos que les expliquen qué aspecto deben tener. Ah, y quieren leer acerca de las relaciones sexuales, por supuesto. Relaciones sexuales con los accesorios adecuados.

—¿Cuáles son los accesorios adecuados? —inquire Roz con voz plácida. Tiene la sensación de que está a punto de asfixiarse.

—Los hombres —dice Zenia. Los miembros masculinos de la junta se echan a reír, incluso Mitch. Ahí queda Roz. Tiene una fugaz visión de Zenia, las manos hundidas en guantes negros con flecos, que sopla el humo del revólver y vuelve a guardarlo en la pistolera.

Roz es la accionista mayoritaria. Podría usar su influencia, marcar las cartas, forzar la salida de Zenia. Pero no puede hacerlo sin quedar como una perra vengativa.

Y, hay que afrontarlo, están ganando dinero, al fin, y el dinero canta.

Un día Mitch desaparece. Ha desaparecido, en un chasquido de los dedos, en un abrir y cerrar de ojos. Sin preámbulos, sin advertencias, sin una nota sobre la mesa, sin nada de lo habitual.

¿Adonde ha ido? Se ha ido a vivir con Zenia. Todo un cortejo, todo un episodio romántico se ha desarrollado ante las mismas narices de Roz sin que ella se diera cuenta de nada. La cosa ha debido de prepararse durante meses.

Pero no, no es eso. Mitch le dice —al parecer está deseoso de explicárselo— que fue todo muy repentino. Completamente inesperado, para él. Una tarde Zenia acudió a su despacho, al terminar la jornada, para consultarle algunos aspectos financieros, y entonces...

—No quiero saber nada —dice Roz, que está familiarizada con los placeres de la narración. No piensa darle esa satisfacción.

—Solo quiero que lo entiendas —dice Mitch.

—¿Por qué? —dice Roz—. ¿Por qué es tan importante? ¿A quién le importa una mierda si lo entiendo o no?

—A mí —dice Mitch—. Porque todavía te quiero. Os quiero a las dos. Es muy difícil para mí.

—Que te zurzan —dice Roz.

Mitch venía a la casa cuando Roz no estaba. Venía furtivamente porque no podía mirarla a la cara. Iba y venía, sigiloso como un ladrón, y se llevaba cosas: sus trajes del armario del dormitorio con puertas de espejo, su ropa de navegar, sus mejores botellas de vino, sus cuadros. Roz volvía del trabajo y se encontraba aquellos huecos, aquellos espacios desgarradores y elocuentes donde antes había algo de Mitch. Pero este dejó algunas cosas: un abrigo, el anorak, unos cuantos libros, sus botas viejas, cajas de esto y de aquello en el almacén del sótano. ¿Qué se suponía que significaba eso? ¿Que estaba indeciso? ¿Que aún tenía un pie en la puerta? Roz casi deseaba que se lo llevara todo de una vez, que hiciera una limpieza completa. Por otra parte, donde había botas había esperanza. Pero la esperanza era lo peor. Mientras hubiera esperanza, ¿cómo podía ella reanudar su vida?, que era lo que constantemente se recomendaba a las mujeres que se hallaban en su situación.

Mitch no se llevó nada que no fuera suyo. No se llevó nada de lo que Roz había comprado para la casa, de lo que había comprado para que lo compartieran. A Roz le

sorprendió descubrir qué poco había participado él en todas esas compras, qué pocas decisiones le había ayudado a tomar; o, mirándolo de otra manera, qué poco había contribuido. Bien, ¿y cómo habría podido ayudarla? Ella siempre se le adelantaba; veía una necesidad o un deseo y lo satisfacía al instante, con un movimiento de su talonario de cheques mágico. Quizás a Mitch le habían molestado, con el tiempo, su munificencia, su largueza, sus montones de perlas, sus efusiones. Pedid y se os dará. Pero, caramba, ¡Mitch ni siquiera pedía! Lo único que tenía que hacer era tenderse en el césped con la boca abierta mientras Roz trepaba al árbol y hacía caer las manzanas doradas.

Quizás había sido ese el truco de Zenia. Quizá se le presentó como una vacuidad, como un hambre, como una escudilla de mendigo vacía. Quizá la postura que había adoptado era de rodillas, las manos tendidas pidiendo limosna. Quizá Mitch quería tener ocasión de repartir unas cuantas monedas, una ocasión que Roz jamás le había proporcionado.

Estaba cansado de recibir, de ser perdonado, de ser rescatado; quizá le apetecía dar y rescatar un poco a su vez. Mejor aún que una mujer hermosa de rodillas sería una mujer hermosa y agradecida de rodillas. Pero ¿no había sido Roz bastante agradecida?

Por lo visto no.

Roz se rebaja mucho. Cede al ansia de suciedad que la devora y contrata una detective privada, una mujer llamada Harriet; Harriet la Húngara, alguien de quien tuvo noticia, hace tiempo, por mediación de tío Joe, que tenía ciertas conexiones húngaras.

—Solo quiero saber en qué andan —le dice a Harriet.

—¿Qué tipo de cosas? —pregunta Harriet.

—Dónde viven, qué hacen —dice Roz—. Si ella es real o no.

—¿Si es real? —dice Harriet.

—De dónde procede —dice Roz.

Harriet averigua lo suficiente. Lo suficiente para que Roz se sienta todavía más desdichada de lo que ya lo era. Zenia y Mitch viven en un ático con vistas al puerto, cerca de donde Mitch atraca su embarcación. De esta manera pueden dar breves paseos en yate, piensa Roz, aunque no se imagina que Zenia lo soporte demasiado, eso de mojarse, de estropearse el acabado. No tanto como lo soportaba Roz. ¿Qué más hacen? Comen fuera, comen en casa. Zenia va de compras. ¿Qué se puede ver?

La cuestión de si Zenia es real o no resulta más difícil resolverla. Parece ser que no ha nacido, no bajo ese nombre, al menos; pero ¿quién puede asegurar nada, si gran parte de Berlín desapareció envuelta en humo? Las indagaciones en Waterloo no producen resultados. No fue a la escuela allí, o no fue bajo su nombre actual. ¿Es judía, al menos? Cada cual puede suponer lo que quiera, dice Harriet.

—Pero ¿y la fotografía? —dice Roz—. La fotografía de su familia.

—Vamos, Roz —dice Harriet—. Las fotos van a diez centavos la docena. ¿Qué

garantía tienes de que aquella fuera su familia?

—Sabía cosas de mi padre —dice Roz, reacia a darse por vencida.

—Y yo también —dice Harriet—. Mira, Roz, en cada una de las entrevistas que has concedido aparecen referencias a todo eso. ¿Qué te dijo de él que una niña de doce años con una imaginación activa no hubiera podido inventarse?

—Tienes razón —suspira Roz—. Pero me dio tantos detalles...

—Es muy buena —asiente Harriet.

Londres resulta más fructífero: es verdad que Zenia trabajó en una revista de allí; parece ser que escribió algunos de los artículos que decía haber escrito, aunque no todos, ni mucho menos. Los de modas, sí; los de conflictos políticos, no. Los que iban firmados con nombres de hombre parece que fueron escritos por los hombres en cuestión, aunque tres de los cinco han muerto. Hizo una breve aparición en las columnas de actualidad cuando su nombre se relacionó con el de un ministro del gabinete; se utilizaba la expresión «buenos amigos» y se insinuaba un matrimonio que no llegó a producirse. Después hubo un escándalo cuando salió a relucir que Zenia había estado viéndose con un agregado cultural soviético al mismo tiempo. «Viéndose» era un eufemismo. Hubo muchas acusaciones políticas y se airearon muchos trapos sucios, como es típico en la prensa sensacionalista inglesa. Después de ese incidente, Zenia desapareció de la escena.

—¿De verdad viajó a todos esos países? —dice Roz.

—¿Cuánto dinero quieres gastarte? —pregunta Harriet.

A Roz no le sirve de nada en absoluto conocer la endeblez de la fachada de Zenia. Está en un punto muerto. Si le cuenta a Mitch lo de las mentiras, creará que tiene celos.

Tiene celos. Roz está tan celosa que no es capaz de pensar de un modo coherente. Algunas noches llora de rabia; otras, de pesar. Va de un lado a otro envuelta en una bruma roja de ira, en una neblina gris de autocompasión, y se detesta a sí misma por las dos. Apela a su terquedad, a su voluntad de lucha, pero ¿quién es exactamente el enemigo? No puede luchar contra Mitch, porque quiere que vuelva. Quizá si decide hacer un alto el fuego durante el tiempo suficiente la cosa acabará por sí sola. Mitch se apagará entre chisporroteos como una barbacoa bajo la lluvia y volverá a casa como lo ha hecho otras veces, esperando que ello lo libere de Zenia, esperando que lo salve. Y Roz lo hará, aunque esta vez no será tan fácil. Mitch ha quebrantado algo, un contrato no escrito, cierta forma de confianza. Hasta ahora, nunca se había marchado de casa. Las demás mujeres eran un juego para él, pero Zenia es un asunto serio.

También podría ocurrir otra cosa: que Zenia se cansara de Mitch. Que lo arrojase por la ventana, como ha arrojado a muchos. Mitch tendría su merecido. Roz tendría su venganza.

En público Roz mantiene su sonrisa, su sonrisa llena de dientes. Sonríe tanto que le duelen los músculos de la mandíbula. Desea mantener la dignidad, presentar una fachada de coraje. Pero no resulta fácil, con el pecho desgarrado de esta manera y el

corazón al descubierto para que todos lo vean; su corazón, que está ardiendo y chorreando sangre.

No puede esperar mucha compasión de sus amigas, las que le decían que se deshiciera de Mitch. Ahora comprende lo que querían decir: «¡Deshazte de Mitch antes de que él se deshaga de ti!».

Pero no les hizo caso. Prefirió seguir representando el papel de ayudante del lanzador de cuchillos, con su vestido centelleante, con los brazos y las piernas bien abiertos, sonriente y muy quieta mientras los cuchillos se clavaban en la pared con un golpe sordo, trazando el contorno de su cuerpo. «Si vacilas, date por muerta». Era inevitable que un día, por accidente o deliberadamente, algún golpe le diera a ella.

Tony llama por teléfono. Y también Charis. Roz percibe la preocupación en su voz: saben algo, se han enterado. Pero les da largas, las mantiene a distancia. En estos momentos, un toque de su compasión acabaría con ella.

Pasan tres meses. Roz endereza la espalda, frunce los labios y aprieta las mandíbulas con tanta fuerza que está segura de que se está desgastando los dientes; se tiñe el pelo de castaño y se compra un conjunto nuevo, un traje italiano de cuero en un opulento tono bermellón. Tiene varias aventuras con hombres, todas insatisfactorias. Se revuelca con ellos, espasmódicamente, cohibida, como si hubiera micrófonos en el dormitorio: sabe que está actuando. Tiene la esperanza de que su infidelidad llegue a oídos de Mitch y le haga retorcer de angustia; pero si él se retuerce, lo hace en la intimidad de su hogar, si a ese nido de víboras en el que vive se le puede llamar hogar. Hay un caso peor: quizá no se retuerce. Quizás está encantado con la posibilidad de que algún desgraciado se la quite a él de encima.

Harriet telefonea: cree que a Roz le gustaría saber que Zenia se ve con otro hombre, por las tardes, cuando Mitch no está en casa.

—¿Qué clase de hombre? —dice Roz. La adrenalina fluye por su cerebro.

—Digamos solo que lleva una cazadora de cuero negro y conduce una Harley, y que ha sido detenido dos veces pero absuelto las dos: falta de testigos dispuestos a declarar.

—¿Detenido por qué? —dice Roz.

—Por vender coca —dice Harriet.

Roz pide un informe escrito. Lo mete en un sobre, se lo envía anónimamente a Mitch y espera a que caiga el otro zapato; y en efecto cae, porque un lunes, justo antes de la hora del almuerzo, Harriet la llama a la oficina.

—Zenia ha cogido un avión —le dice Harriet—. Tres maletas grandes.

—¿Para dónde? —dice Roz. Le hormiguea todo el cuerpo—. ¿Iba Mitch con ella?

—No —dice Harriet—. Para Londres.

—Quizá vaya a reunirse con ella más tarde —dice Roz. Bueno, bueno, piensa. Adiós, oveja negra. Tres maletas llenas.

—No lo creo —dice Harriet—. No daba esa imagen.

—¿Qué imagen daba? —dice Roz.

—La imagen de gafas oscuras —dice Harriet—. La imagen de bufanda al cuello. Me jugaría algo a que tiene un ojo morado, y dos contra uno a que él trató de estrangularla. O algún otro. A juzgar por las apariencias, yo diría que es una huida.

—Iría a buscarla —dice Roz, que no quiere hacerse ilusiones—. Está obsesionado.

Pero al atardecer, cuando Roz llega a casa, a la sala de estar con sus gruesas alfombras rosa y malva y sus sutiles toques de un verde apagado, estilo años cuarenta con matices posmodernos, ahí está Mitch, sentado en su sillón favorito como si nunca se hubiera ido lejos.

Sentado en su sillón favorito, al menos. Pero en cuanto a «lejos», sí, ahí es donde ha estado. Muy lejos. En algún planeta de cenizas en una galaxia lejana. Tiene todo el aire de haber estado a la deriva en el espacio exterior, donde todo es frío y vacío y hay cosas con tentáculos, como si acabara de llegar a la Tierra a duras penas. Un aire atónito, un aire de haber sido golpeado en la cabeza. Asaltado, empujado de cara contra una pared de ladrillos, embutido en el maletero de un coche, arrojado semidesnudo a la pedregosa cuneta, y sin llegar siquiera a ver quién se lo hacía.

Roz experimenta un regocijo maligno, pero lo reprime.

—Mitch —dice, con su mejor voz de clueca—. ¿Qué ha ocurrido, cariño?

—Se ha ido —dice Mitch.

—¿Quién? —dice Roz, pues, aunque no exigirá una libra de carne, no en la presente situación, sí quiere un poco de sangre, solo una gota o dos, porque está sedienta.

—Ya sabes quién —dice Mitch con voz ahogada. ¿Por el pesar o por la ira? Roz no sabría decirlo.

—Te prepararé algo de beber —dice. Escancia una copa para cada uno y se sienta ante Mitch en el sillón a juego, su posición habitual para esta clase de conversaciones. Conversaciones de airearlo todo. Él dará explicaciones, ella se sentirá herida; él fingirá arrepentirse, ella fingirá creerlo. Están sentados cara a cara, como dos tahúres, dos jugadores de póquer.

Empieza Roz.

—¿Adonde se ha ido? —dice, aunque ya conoce la respuesta; pero quiere saber si él lo sabe. Si no lo sabe, no será ella quien se lo diga. Que contrate un detective.

—Se ha llevado la ropa —dice Mitch, en una especie de gemido. Se lleva una mano a la cabeza, como si le doliera. Así que no lo sabe.

¿Qué espera que haga Roz? ¿Que se compadezca de su marido porque la mujer a la que ama, a la que ama en lugar de ella, se ha fugado del gallinero? ¿Que lo consuele? ¿Que lo bese, mejor? Sí, eso es, no cabe duda. Roz está casi a punto de hacerlo —Mitch se ve muy abatido—, pero se contiene. Que espere. Mitch alza la mirada hacia ella. Roz se muerde la lengua. Al fin él dice:

—Hay otra cosa.

Zenia, por lo visto, ha falsificado algunos cheques, contra la cuenta corriente de *Woman*. Se ha largado con todo el saldo disponible. ¿Cuánto? Cincuenta mil dólares,

más o menos; pero en cheques de menos de mil dólares cada uno. Los ha cobrado a través de distintos bancos. Conoce el sistema.

Roz hace cálculos: puede permitírselo, y la desaparición de Zenia aún le parece barata a ese precio.

—¿Qué nombre utilizó? —pregunta. Sabe quiénes tienen firma en la empresa. Los cheques pequeños, como esos, debe firmarlos la propia Zenia y uno cualquiera de otros tres miembros de la junta.

—El mío —dice Mitch.

¿Qué podría estar más claro? Zenia es una perra fría y traicionera. Nunca quiso a Mitch. Lo único que quería era el placer de vencer, de quitárselo a ella. Y el dinero, también. Esto es evidente para Roz, pero no, al parecer, para Mitch.

—Está metida en algún problema —dice—. Debería tratar de encontrarla. —Debe de estar pensando en aquel traficante de cocaína.

Roz pierde la paciencia.

—¡Oh, déjame en paz! —dice.

—No te pido que hagas nada —dice Mitch, como si Roz fuese demasiado mezquina para prestarle su ayuda—. Ya sé quién me mandó aquel sobre.

—No vayas a buscarla —dice Roz—. ¿Es que no has captado el mensaje? Se ha afilado las garras en ti. Te ha dejado en ridículo. Ha mentido, estafado y robado, y te ha desechado. Créeme, no hay lugar en su vida para un tonto ya usado.

Mitch le dirige una mirada de intenso desagrado. Todo esto es demasiado cierto para él. No está acostumbrado a que lo abandonen, a que lo traicionen, porque es la primera vez que le ocurre. Quizá, piensa Roz, debería darle lecciones.

—No comprendes —dice él. Pero Roz comprende. Lo que comprende es que a pesar de todo lo que ocurrió antes de esto, para Mitch nunca hubo nadie más importante que ella, y ahora lo hay.

Harriet telefona: Mitch tomó el vuelo a Londres del miércoles por la noche.

El corazón de Roz se endurece. Cesa de arder y chorrear. El desgarrón del pecho se cierra. Roz nota allí una mano invisible, que la aprieta como una venda y mantiene su cuerpo cerrado. Ya está, piensa. Hasta aquí hemos llegado. Compra cinco novelas policíacas, se toma una semana de vacaciones y se va a Florida, donde se tiende a llorar bajo el sol.

Mitch regresa. Regresa de la cacería. Regresa a mediados de febrero, después de telefonar; después de concertar una cita, como cualquier cliente o visitante. Se presenta ante la puerta de Roz con su chaquetón de piel de oveja, con el aspecto de un saco vacío. Lleva en la mano un quejumbroso ramo de flores.

Al ver el ramo Roz siente deseos de pegarle una patada —¿acaso cree que va a comprarla con eso?—, pero su apariencia la sobresalta. Está arrugado como un borracho de banco de parque, el viaje le ha dejado la tez grisácea, bolsas oscuras le rodean los ojos. Ha perdido peso, tiene la carne fofa, se le empiezan a chupar las mejillas, como un anciano sin su dentadura postiza, como quedan las calabazas que esculpen los niños para Halloween cuando han pasado unos días y las velas que ponen en su interior se han consumido. Es ese mismo reblandecimiento, ese mismo desplome hacia un húmedo vacío central.

Roz tiene la sensación de que debería quedarse en el umbral, como una barrera entre el frío aire del exterior que él trae consigo y la calidez de su casa a fin de bloquearlo, de impedirle entrar. Los niños deben ser protegidos de este residuo, este eco decrepito, esta copia sombría de su verdadero padre, con sus ojos de sumidero y su sonrisa como papel arrugado. Pero debe escucharlo, al menos. Coge las flores sin decir palabra: rosas, rojas, una burla, porque Roz no se engaña: no es pasión lo que él siente. No por ella, al menos. Lo deja entrar.

—Quiero volver a casa —dice Mitch, mientras pasea la mirada por la amplia sala de estar, el espacioso dominio que Roz ha creado y que antes era también de él. No «¿Me permites volver?»; no «Quiero volver contigo». Nada que ver con Roz, ninguna mención de ella en absoluto. Lo que reclama es la casa, el territorio. Está muy equivocado. Cree que tiene derechos.

—No la has encontrado, ¿verdad? —dice Roz. Le ofrece la bebida que ha escanciado para él, como antaño: un *whisky* escocés de malta, sin hielo. Es lo que solía tomar, hace mucho, mucho tiempo; es lo que ha estado tomando estos días, y más de lo que le conviene. El gesto de tenderle el vaso la suaviza, porque es un viejo hábito. La nostalgia que siente por él la aferra por la garganta. Lucha contra el estrangulamiento. Mitch lleva una corbata nueva, desconocida para ella, con espantosos tulipanes pastel. Las huellas dactilares de Zenia la cubren por completo, como invisibles marcas de quemaduras.

—No —dice Mitch, sin mirarla.

—Y si la hubieras encontrado —dice Roz, endureciéndose de nuevo, mientras enciende su propio cigarrillo (no espera a que él lo haga, ya han dejado muy atrás esos caprichosos gestos de cortejo, y tampoco es que él se abalance con el brazo extendido)—, ¿qué habrías hecho? ¿Pegarle una buena paliza, echarle a tus abogados encima o darle un gran beso húmedo?

Mitch mira hacia ella, pero evita sus ojos. Es como si Roz fuese invisible, una

especie de figura borrosa que flota en el aire.

—No lo sé —dice.

—Bien, al menos eres sincero —dice Roz—. Me alegra que no me mientas. — Intenta mantener un tono suave, reprimir el amargo filo cortante. Mitch no le miente, no le hace nada. Por lo que a él se refiere, «ella» no existe; lo mismo daría que no estuviera allí. Lo que hace, sea lo que sea, se lo está haciendo a sí mismo. Roz nunca se había sentido tan inexistente en toda su vida—. Entonces, ¿qué quieres? —Ya que está ahí, bien puede preguntárselo, bien puede averiguar qué es lo que se le exige.

Pero él menea la cabeza: tampoco lo sabe. Ni siquiera ha probado el licor que ella le ha servido. Es como si no pudiera aceptar nada de ella. Lo cual quiere decir que ella no puede darle nada.

—Quizá cuando lo hayas decidido —dice Roz— podrías hacérmelo saber.

Ahora por fin la mira. Sabe Dios qué ve. Un ángel vengador, quizás, una gigante con un brazo desnudo y una espada; no puede ser Roz, la tierna y maternal Roz, no de la manera en que la está mirando. Los ojos de Mitch asustan porque están asustados. Está muerto de miedo, miedo a ella, a alguien o a algo, y Roz no soporta verlo. Ocurriera lo que ocurriese, durante todos esos años en que él se entretenía con sus pimpllos y ella se enfurecía con él y lloraba, Roz siempre podía confiar en que Mitch no perdería el ánimo. Pero ahora hay una grieta en él, como una grieta en un cristal; un poco de calor y se hará añicos. Pero ¿por qué ha de ser trabajo de Roz barrer los fragmentos?

—Déjame quedar aquí —dice él—. Déjame quedar en la casa. Podría dormir abajo, en el cuarto de estar. No te molestaré.

Está suplicando, pero eso Roz solo lo oye retrospectivamente. En aquel momento la idea le resulta intolerable: Mitch en el suelo, en un saco de dormir, como los amigos de las gemelas cuando se quedan a pasar la noche en grupo, rebajado a la transitoriedad, rebajado a la adolescencia. Excluido del dormitorio de ella, o peor, sin deseos de entrar en él. Eso es: Mitch la rechaza, rechaza su cuerpo grande, anhelante, torpe, su ardiente y sólido cuerpo; ya no es lo bastante bueno para él, ni siquiera como lecho de plumas, ni siquiera como suplente. Debe de encontrarla repelente.

Pero a Roz todavía le queda algo de orgullo, aunque solo Dios sabe cómo ha conseguido aferrarse a él, y si ha de permitir que Mitch vuelva tiene que ser en plenas condiciones.

—No puedes tratarme como si fuera un hotel —dice—. Ya no.

Porque eso es exactamente lo que haría, se instalaría en la casa y ella le serviría almuerzos nutritivos, lo alimentaría, volvería a ponerlo en forma, y él recuperaría las fuerzas y se marcharía, zarparía en su barco vikingo, zarparía en su galeón, a explorar los siete mares en busca del Santo Grial, en busca de Helena de Troya, en busca de Zenia, oteando por el catalejo, atento a la aparición de su bandera pirata. Roz se lo nota en los ojos, que están fijos en el horizonte, no en ella. Aunque volviera a entrar en su dormitorio, entre sus sábanas de color frambuesa, en su cuerpo, no sería ella la

que estaría debajo de él, encima de él, alrededor de él; nunca más. Zenia le ha robado algo a Mitch, la única cosa que antes siempre había conservado a salvo, a salvo de todas las mujeres, incluso de Roz. Digamos que su alma. Zenia se la quitó del bolsillo de la pechera cuando él no miraba, tan fácil como robarle a un borracho, y la examinó, la mordió para ver si era auténtica e hizo una mueca de desdén porque en fin de cuentas era muy pequeña, y después la tiró, porque es la clase de mujer que quiere lo que no tiene, que consigue lo que quiere y que después desdeña lo que ha conseguido.

¿Cuál es su secreto? ¿Cómo lo hace? ¿De dónde proviene su innegable poder sobre los hombres? ¿Cómo les echa el lazo, interrumpe su carrera, les hace la zancadilla y, después, los vuelve tan fácilmente de dentro afuera? Debe de ser algo muy sencillo y evidente. Les dice que son únicos, y después les revela que no lo son. Despliega su capa llena de bolsillos secretos y les enseña cómo se hace el truco de magia, les demuestra que en fin de cuentas no es más que un truco. Solo que a estas alturas ellos se niegan a ver; creen que el agua de la Eterna Juventud es real, aunque ella vacía el frasco y vuelve a llenarlo del grifo, ante sus mismas narices. Quieren creer.

—No funcionará —dice Roz. No es que quiera negarse. Es la sencilla verdad.

El debe de saberlo, porque no suplica. Se hunde entre su ropa arrugada; el cuello se le acorta, como si un peso constante e inexorable le presionara lentamente la cabeza.

—Supongo que no —dice él.

—¿No has conservado el apartamento? —dice Roz—. ¿No vives allí?

—No podía seguir allí —dice Mitch. Su tono es de reproche, como si fuera una falta de tacto por parte de ella, una crueldad incluso, sugerir siquiera una cosa así. ¿Acaso Roz no se da cuenta de lo mucho que le dolería permanecer en el lugar que compartió con la amada desaparecida, un lugar que le recordaría su querida presencia a cada instante, un lugar donde fue tan feliz?

Roz lo sabe. Ella vive en un lugar así. Pero es evidente que eso a él no se le ha ocurrido. Los que sufren no tienen tiempo para pensar en el sufrimiento que causan a los demás.

Roz lo acompaña hasta la puerta, hasta el recibidor, hasta el chaquetón, que casi acaba con ella porque el chaquetón también es suyo, ella le ayudó a comprarlo y compartió la vida que Mitch llevaba con él, ese cuero de buen gusto, esa piel de oveja, en otro tiempo envoltorio de tan pícaro lobo. Ya no, eso se acabó; ahora carece de dientes. «Pobrecito», piensa Roz, y aprieta los puños porque no se dejará engañar de esa manera otra vez.

Mitch sale afuera, al gélido crepúsculo de febrero, hacia lo desconocido. Roz lo ve avanzar hacia su coche aparcado, tambaleándose un poco aunque no ha tocado su bebida. Las aceras están heladas. O quizás haya tomado algo, alguna pastilla, un tranquilizante. Seguramente no debería conducir, aunque ya no es cosa de ella

impedírselo. Roz se dice que no debe tener remordimientos por él. Puede ir a un hotel. No es como si no tuviera dinero.

Deja las rosas rojas en el aparador, todavía envueltas en el papel floreado. Que se marchiten. Dolores las encontrará al día siguiente y en su interior le reprochará a Roz su negligencia, se dirá que los ricos no saben lo que cuestan las cosas, y las tirará. Se sirve otro *whisky* y enciende otro cigarrillo; después, saca sus viejos álbumes fotográficos, las instantáneas que tomaba incansablemente en las fiestas de cumpleaños celebradas en el patio de atrás, en los fines de curso, las vacaciones, inviernos en la nieve, veranos en el yate, para demostrarse a sí misma que realmente eran una familia, y se sienta en la cocina a mirarlos. Fotos de Mitch, en colores carentes de vida: Mitch y Roz el día de la boda; Mitch, Roz y Larry; Mitch, Roz, Larry y las gemelas. Busca en el rostro de Mitch alguna pista, algún presagio de la catástrofe que les ha acontecido. No encuentra ninguno.

Algunas mujeres en su situación cogen las tijeras para las uñas y recortan las cabezas de los hombres en cuestión, dejando únicamente el cuerpo. Algunas recortan también el cuerpo. Pero Roz no piensa hacerlo, a causa de los niños. No quiere que encuentren una fotografía de su padre sin cabeza, no quiere alarmarlos más de lo que ya lo ha hecho. Y además, tampoco serviría de nada, porque Mitch seguiría estando allí en las fotos, una silueta, una forma vacía, ocupando el mismo espacio que su imagen, al igual que ocupa el mismo espacio en la cama al lado de ella. Roz nunca duerme en el centro de la cama, todavía duerme en un lado. No logra decidirse a invadir todo el espacio.

En el frigorífico, sujetas a él por medio de imanes en forma de cerdos y gatos sonrientes, están las tarjetas de San Valentín que le han confeccionado las gemelas en la escuela. Últimamente las gemelas están pegajosas, quieren verla a su lado. No les gusta que salga por las noches. No han esperado al día de San Valentín, le han traído las tarjetas y se las han dado inmediatamente, como si hubiera cierta urgencia. Son las únicas tarjetas de San Valentín que Roz recibirá este año. Probablemente son las únicas que volverá a recibir jamás. Deberían bastarle. ¿Para qué quiere ella corazones resplandecientes, labios incandescentes y respiración acelerada, a su edad?

«Corta ya, Roz —se dice—. No eres vieja. Tu vida no ha terminado».

Solo tiene esa impresión.

Mitch está en la ciudad. Se deja ver. Viene a visitar a los niños y Roz se organiza para no estar en casa, pero es tan consciente de la presencia de Mitch que la piel le hormiguea durante todo el rato. Cuando vuelve a casa, una vez que él se ha ido, nota su olor: su loción para después del afeitado, ese aroma inglés... ¿Puede ser que haya rociado un poco por ahí solo para ponerla nerviosa? A veces lo ve en restaurantes, o en el club náutico. Deja de ir a esos sitios. En ocasiones, cuando descuelga el teléfono, Mitch está en la otra línea hablando con uno de los chicos. El mundo entero se llena de trampas explosivas. Ella es la que explota.

Sus abogados se reúnen. Se sugiere un acuerdo de separación, aunque Mitch da

largas; no quiere a Roz —pues de lo contrario estaría allí, ¿no?, de nuevo en el umbral, ¿no se lo pediría, al menos?—, pero tampoco quiere estar separado de ella. O quizá solo pretende regatear, solo intenta subir el precio. Roz rechina los dientes y se mantiene firme. Esto le va a costar, pero vale la pena cortar la soga, el lazo, la cadena, lo que sea esa cosa tan pesada que la oprime. Hay que saber cuándo debe una retirarse. En cualquier caso, Roz sigue funcionando. Más o menos. Aunque no tan bien como antes.

Va a la consulta de una psiquiatra, a ver si puede mejorarse a sí misma, convertirse en una nueva mujer, en una a la que ya no le importe una mierda. Eso le gustaría. La psiquiatra es una mujer agradable; a Roz le cae bien. Entre las dos examinan la vida de Roz como si fuese un rompecabezas, un relato policíaco con una solución al final. Encajan y vuelven a encajar las piezas, intentando que el resultado sea mejor. Tienen esperanzas: si Roz logra averiguar en qué historia está metida, podrán detectar los errores que cometió, podrán seguir sus pasos hacia atrás, podrán cambiar el final. Elaboran un guión provisional. Quizá Roz se casó con Mitch porque, si bien en aquellos momentos creía que Mitch era muy distinto de su padre, percibía que en el fondo eran iguales. La engañaría como su padre había engañado a su madre, y ella lo perdonaría y lo acogería una y otra vez como lo había hecho su madre. Lo rescataría, una y otra vez. Haría el papel de santa, y él el de pecador.

Excepto que sus padres acabaron juntos y Roz y Mitch no, así que ¿dónde estuvo el fallo? El fallo fue Zenia. Zenia le cambió el guión a Roz, de rescate a escapada, y después, cuando Mitch quiso volver a ser rescatado, Roz no se sentía con ánimos. ¿De quién fue la culpa? ¿A quién había que reprochárselo? Ah. ¿No creía Roz que dedicaba demasiado tiempo a atribuir las culpas? ¿Se culpaba, tal vez, a sí misma? En una palabra, sí. Quizá sea todavía incapaz de dejar a Dios al margen del asunto, y de desechar la idea de que está siendo castigada.

Quizá no fue culpa de nadie, sugiere la psiquiatra. Quizá son cosas que pasan, como los accidentes de aviación.

Si tanto desea Roz que vuelva Mitch —y parece ser que es así, ahora que tiene una percepción más clara de la dinámica de su relación—, tal vez debería recomendarle que acuda a la consulta. Tal vez debería perdonarlo, al menos hasta ese punto.

Todo esto es muy razonable. Roz piensa en llamarlo por teléfono. Casi está dispuesta a hacerlo, casi está decidida. Entonces, en el ventiscoso marzo, Zenia muere. La mata en el Líbano la explosión de una bomba; vuelve en una lata metálica, y es enterrada. Roz no llora. Al contrario, se alegra intensamente: si hubiera una hoguera bailarían alrededor de ella, agitando una pandereta si se la proporcionaran. Pero después de eso le entra miedo, porque si algo puede decirse de Zenia es que es vengativa. Y eso no lo altera el hecho de que haya muerto. Ya se le ocurrirá algo.

Mitch no acude al entierro. Roz estira el cuello, otea a su alrededor tratando de verlo, pero solo hay un grupito de hombres a los que no conoce. Y Tony y Charis, por

supuesto.

Le gustaría saber si Mitch se ha enterado y, en caso afirmativo, cómo se lo toma. Roz debería tener la sensación de que Zenia ha sido apartada del camino, como un abrigo de pieles comido por las polillas, como una rama caída atravesada en la carretera, pero no la tiene. Zenia muerta constituye una barrera mayor que Zenia viva; aunque, como le dice a la psiquiatra, no sabría explicar por qué. ¿Podría ser el remordimiento porque Zenia, la odiada rival, está muerta, como Roz lo había deseado, y ella está viva? Es posible. «No eres la responsable de todo», le dice la psiquiatra.

Ahora sin duda Mitch cambiará, aparecerá, reaccionará. Despertará, como de un trance hipnótico. Pero no telefona. No da ninguna señal de vida, y ya es abril, la primera semana, la segunda semana, la tercera. Cuando Roz llama por fin al abogado de él, para averiguar dónde está, el abogado no lo sabe. Habló de un viaje, cree recordar. ¿Adonde? El abogado lo ignora.

¿Dónde está Mitch? En el lago Ontario. Lleva algún tiempo en él. La policía encuentra su yate, el *Rosalind II*, navegando a la deriva con las velas recogidas, y finalmente el propio Mitch es arrastrado a la orilla frente a los acantilados de Scarborough. Lleva puesto el chaleco salvavidas, pero en esta época del año la hipotermia tuvo que acabar con él muy deprisa. Debió de resbalar, le dicen. Resbaló, cayó al agua y no pudo subir a bordo. El día en que salió del puerto hacía mucho viento. Un accidente. Si hubiera querido suicidarse no llevaría puesto el chaleco salvavidas, ¿verdad?

Lo llevaría, lo llevaría, piensa Roz. Se lo puso por los niños. No quería dejarles un mal recuerdo. Los quería lo suficiente para tener eso en cuenta. Pero él conocía muy bien los efectos de la temperatura del agua, a menudo instruía a Roz al respecto. El calor corporal se disipa en un abrir y cerrar de ojos. Primero viene el entumecimiento, y después mueres. Y así ocurrió. De que fue un acto deliberado a Roz no le cabe la menor duda, pero se lo calla. «Fue un accidente», les dice a los niños. Suele ocurrir.

Roz tiene que arreglarlo todo después, naturalmente. Atar los cabos sueltos. Recoger los restos. A fin de cuentas, todavía es su esposa.

Lo peor es el apartamento, el apartamento que compartió con Zenia. Mitch no volvió más a él después que ella se fuera, después de salir zumbando hacia Europa en pos de ella. Aún hay ropa de Mitch en el armario: sus imponentes trajes, sus hermosas camisas, sus corbatas. Roz lo pliega y lo empaca todo, como tantas veces lo ha hecho. Sus zapatos, más vacíos que el vacío. Esté donde esté, Mitch no está aquí.

La presencia de Zenia es más intensa. Se llevó casi todas sus cosas, pero en una silla del dormitorio cuelga una bata china, de seda color de rosa con dragones bordados. «Opium», piensa Roz, que percibe el olor. El olor es lo que más la desasosiega. Las sábanas revueltas siguen en la cama sin hacer, hay toallas sucias en el cuarto de baño. La escena del crimen. No debería haber venido aquí, es una tortura.

Hubiera debido enviar a Dolores.

Roz deja de visitar a la psiquiatra. Es el optimismo lo que está acabando con ella, la creencia de que las cosas tienen arreglo, una creencia que en estos momentos se le antoja una carga más. Con todo lo que ha ocurrido, ¿encima debe sentirse esperanzada? Gracias pero no, gracias. «Vaya, Dios —dice para sí—. Esta ha sido de las buenas. ¡Qué bien me has engañado! ¿Te sientes satisfecho de ti mismo? ¿Qué más te guardas en la manga? ¿Una bonita guerra, quizás, algún genocidio, eh? ¿Y qué tal una peste o dos?». Ella ya sabe que no debería hablar así ni siquiera para sus adentros, que eso es tentar al destino, pero le ayuda a pasar el día.

Pasar el día es lo principal. Roz deja en suspenso dos negocios inmobiliarios; no está en condiciones de tomar decisiones importantes. La revista puede funcionar sola hasta que llegue el momento de venderla, lo cual no debería ser muy difícil, porque desde que Zenia introdujo aquellos cambios está dando beneficios. Si no puede venderla, la cerrará. No tiene ánimos para mantener una publicación que ha enunciado unas tesis tan estrafalarias, unas tesis que Roz ha sido desastrosamente incapaz de ilustrar con su ejemplo. No es una supermujer, y la palabra clave es «fracasada». Ha tenido éxito en muchas cosas, pero no en la única que cuenta. No ha apoyado a su hombre hasta el final. Porque si Mitch se tiró al agua, si no le quedaba lo suficiente por qué vivir, ¿quién tuvo la culpa? Zenia, sí, pero también ella. Hubiera tenido que acordarse de su padre, que tomó esa misma senda oscura. Hubiera tenido que dejarle volver a casa.

Pasar el día es una cosa, y pasar la noche es otra. Roz no puede cepillarse los dientes en su espléndido cuarto de baño con dos lavabos sin notar la presencia de Mitch a su lado, no puede ducharse sin mirar si él ha dejado sus huellas mojadas en el suelo. No puede dormir en el centro de la cama color frambuesa, porque, más que nunca, más que cuando él estaba vivo pero en otra parte, Mitch casi está allí. Pero no está allí. Está ausente. Es una persona desaparecida. Se ha marchado a algún lugar donde ella no puede alcanzarlo.

No puede dormir en su cama de color frambuesa. Se acuesta, se levanta, se pone el albornoz y baja a la cocina para hurgar en el frigorífico; o se pasea de puntillas por el corredor del primer piso, escuchando la respiración de sus hijos. Ahora se inquieta por ellos, más que nunca, y ellos se inquietan por ella. A pesar de todos sus esfuerzos por tranquilizarlos, por decirles que se encuentra bien y que todo irá bien, los asusta. Se da cuenta de ello.

Debe de ser la inexpresividad de su voz, la cara desnuda de maquillaje y disfraz. Va por la casa arrastrando una manta, por si acaso decidiera presentarse el sueño. A veces se queda dormida en el suelo, en la sala familiar, con la televisión encendida para que le haga compañía. A veces bebe, con la esperanza de relajarse, de anesthesiarse. En ocasiones eso funciona.

Dolores se despide. Dice que ha encontrado otro empleo que incluye un plan de jubilación, pero Roz no cree que sea eso. Es la mala suerte; Dolores tiene miedo de

que se le contagie. Roz la sustituirá, encontrará otra persona; pero más adelante, cuando pueda pensar. Cuando haya dormido un poco.

Va al médico, su médico de cabecera, el mismo al que recurre para la tos de los niños, y le pide pastillas para dormir. Solo hasta dejar atrás este período, dice. El médico es comprensivo, le concede las pastillas. Al principio las toma con precaución, pero luego ya no hacen tanto efecto y empieza a ingerir más. Un anochecer se toma un puñado y un *whisky* triple; no porque sienta ningún deseo de morir, no es eso lo que quiere, sino por la simple irritación de no poder dormir. Acaba tendida en el suelo de la cocina.

Es Larry quien la encuentra, al volver de casa de un amigo. Llama a la ambulancia. Ahora ya es mayor, mayor de lo que debería ser. Es responsable.

Roz recobra el sentido y se encuentra entre dos robustas enfermeras que la hacen andar de un lado a otro. ¿Dónde está? En un hospital. Qué lamentable, qué vergonzoso, ella no tenía intención de acabar en un sitio así.

—Quiero irme a casa —dice—. Tengo que descansar.

—Esta empieza a recuperarse —dice la de la izquierda.

—Te pondrás bien, querida —dice la otra.

Roz no ha sido «esta» ni «querida» desde hace mucho tiempo. Hay una chispa de humillación, que luego se apaga.

Roz sube flotando hasta salir de la niebla. Nota los huesos del cráneo, finos como una piel; dentro de ellos el cerebro está hinchado y lleno de pulpa. Su cuerpo es oscuro y vasto como el cielo; sus nervios, alfilerazos de fulgor. Las estrellas, largas sargas de estrellas, se ondulan como algas. Podría dejarse ir a la deriva, podría hundirse. Mitch estaría allí.

Después se da cuenta de que Charis está sentada a su lado, al lado de la cama, y le tiene cogida la mano.

—Todavía no —dice Charis—. Tienes que volver, aún no es tu hora. Todavía tienes cosas que hacer.

Cuando es ella misma, cuando está normal, Roz considera a Charis una bobalicona encantadora —una erudita no lo es, reconozcámoslo— y por lo general no presta atención a su nebulosa metafísica. Ahora, sin embargo, Charis extiende la otra mano y le coge un pie a Roz, y esta nota que la pena se desplaza por ella como una ola, que le sube por el cuerpo, le recorre el brazo y pasa a la mano, y de ahí a la mano de Charis, y sale fuera. Después nota un tirón, algo que la arrastra, como si Charis estuviera muy lejos, en la orilla, y tuviera algo en las manos —algo como una cuerda — y estuviera tirando de Roz para sacarla del agua, el agua del lago en la que ha estado a punto de ahogarse. Hay vida allí: una playa, sol, varias figuras pequeñas. Sus hijos, que le hacen gestos, que le gritan, aunque no puede oírlos. Se concentra en respirar, en hacer que el aire llegue a los pulmones. Tiene fuerzas suficientes, puede conseguirlo.

—Sí —dice Charis—. Lo conseguirás.

Tony se ha instalado en casa de Roz, para estar con los niños. Cuando Roz sale del hospital Charis también se traslada allí, solo por un tiempo; solo hasta que Roz vuelva a valerse por sí misma.

—No tienes por qué hacer esto —protesta Roz.

—Alguien debe hacerlo —dice Tony con firmeza. ¿Tienes alguna sugerencia?

Ya ha telefoneado a la oficina de Roz y les ha dicho que Roz tiene bronquitis; y faringitis, además, o sea que no pue de hablar por teléfono.

Llegan flores, y Charis las pone en jarrones y luego se olvida de echarles agua. Va a la tienda naturista y trae una variedad de cápsulas y extractos, que le hace tomar a Roz o le unta en el cuerpo, y unos cereales para el desayuno hechos con ciertas semillas desconocidas que deben hervir mucho rato. Roz anhela comer chocolate, y Tony se lo trae a escondidas.

—Es buena señal —le dice.

Charis ha traído a Agosto consigo, y las tres niñas juegan con las muñecas Barbie en el cuarto de juegos de las gemelas; juegos violentos en los que Barbie se alza en pie de guerra, se apodera del mundo y les da órdenes a todos, y otros juegos en los que acaba de mala manera. O bien se disfrazan con los visos viejos de Roz y se escabullen por la casa, tres princesas en plena expedición. Roz se complace en oír de nuevo las ruidosas voces, los altercados; últimamente las gemelas estaban demasiado calladas.

Tony prepara tazas de té y, para cenar, guisos de atún a la antigua usanza rematados con queso y patatas fritas (Roz creía que esas cosas habían desaparecido de la faz de la Tierra), y Charis le da friegas en los pies con esencia de menta y aceite de rosas. Charis dice que Roz es un alma antigua, con conexiones en Perú. Estas cosas que le han ocurrido, y que parecen una tragedia, son vidas anteriores que se resuelven. Roz debe aprender de ellas, porque para eso retornamos a la tierra: para aprender.

—En tu próxima vida no dejas de ser quien eres —le explica—, pero añades cosas.

Roz se muerde la lengua, porque empieza a ser la de antes y cree que todo eso es diarrea mental, pero ni se le ocurriría decirlo porque Charis tiene buena intención y le prepara baños calientes en los que flotan hojas y canela en rama, como si Roz fuera a convertirse en caldo de pollo.

—Me estáis malcriando —les dice. Ahora que se encuentra mejor, tantas atenciones la desasosiegan. De ordinario es ella la que hace esas cosas, las cosas de clueca, cuidar de los demás. No está acostumbrada a que lo hagan por ella.

—Has hecho un viaje muy duro —dice Charis con su voz suave—. Has gastado muchas energías. Ahora puedes dejarte ir.

—No es tan fácil —dice Roz.

—Ya lo sé —dice Charis—. Pero a ti nunca te han gustado las cosas fáciles. —Por «nunca» se refiere a «los últimos cuatro mil años». Que es más o menos la edad

que a Roz le parece tener.

Roz se da cuenta de que está sentada en el suelo del sótano a la luz de la bombilla sin pantalla, con un plato vacío al lado y un libro de cuentos infantiles abierto sobre las rodillas. Está dándole vueltas al anillo de boda, el anillo que en otro tiempo indicaba que era una mujer casada, el anillo que la arrastra hacia abajo; le da vueltas en el dedo como si quisiera desenroscarlo, o como si esperase que apareciera de la nada un genio u otro y se lo solucionara todo. Que volviera a unir las piezas, que lo arreglara todo; que le dejara a Mitch vivo en la cama, para encontrarlo allí cuando suba: recién lavado, perfumado, cepillado y astuto, lleno a rebosar de mentiras afectuosas, mentiras que a ella no la engañan, mentiras que ella puede manejar, porque es veinte años más joven. Otra oportunidad. Ahora que sabe qué ha de hacer, esta vez lo hará mejor. «Dime, Dios: ¿por qué no tenemos ensayos?».

¿Cuánto rato lleva ahí abajo, gimoteando bajo la mala luz? Debe subir y afrontar la realidad, sea cual sea. Debe dominarse.

Para ello se palpa los bolsillos del albornoz, en los que siempre solía llevar un pañuelo de papel antes de que las gemelas los prohibieran. Al no encontrar ninguno, se enjuga los ojos con la manga naranja, de manera que se le corre el rímel, y después se seca la nariz en la otra manga. ¿Quién la está viendo, excepto Dios? Según las monjas, Dios era partidario de los pañuelos de algodón. «Dios —le dice Roz—, si no hubieras querido que nos enjugáramos la nariz en la manga, no nos habrías dado mangas». Ni narices. Ni lágrimas, para el caso. Ni memoria, ni dolor.

Vuelve a colocar los libros infantiles en el estante. Debería dárselos a una organización benéfica, o quizá prestarlos; dejarlos sueltos en el mundo para que moldeen la mente de algún niño o niña, mientras ella espera la aparición de sus nietos. ¿Qué nietos? «Sigue soñando, Roz». Las gemelas son demasiado pequeñas y, de todas formas, cuando crezcan seguramente se convertirán en pilotos de coches de carreras o en mujeres que se van a vivir entre los gorilas, algo intrépido que excluya la maternidad; en cuanto a Larry, no se da absolutamente ninguna prisa, y si el tipo de chicas con las que ha salido hasta el momento son una muestra de lo que el futuro le reserva a su madre en el apartado nueras, Roz prefiere no hacerse ilusiones.

La vida resultaría mucho más fácil si aún existieran los matrimonios concertados. Acudiría al mercado matrimonial, dinero en mano, negociaría con un agente matrimonial de confianza y le conseguiría una buena esposa a Larry: inteligente pero no mandona, dulce pero no boba, y con una buena estructura pélvica y una espalda fuerte. Si a ella le hubieran concertado el matrimonio, ¿le habrían ido peor las cosas? ¿Es justo enviar a unas muchachas sin experiencia a la selva feroz para que se las arreglen por sí solas? Chicas de huesos grandes y pies quizá no demasiado pequeños. Lo que de verdad iría bien sería una anciana sabia, una vieja deforme que saliera de detrás de un árbol, que diera consejo, que dijera «No, este no», que dijera «La belleza solo es superficial», tanto en los hombres como en las mujeres, que fuese capaz de

ver dentro del corazón. ¿Quién sabe qué maldad acecha en el corazón de los hombres? Una anciana lo sabe. Pero ¿cuán vieja hay que llegar a ser para adquirir esta clase de sabiduría? Roz sigue esperando que brote en ella, que crezca en todo su cuerpo, más o menos como las manchas de la edad; pero aún no ha ocurrido.

Se levanta del suelo y se sacude el polvo del trasero, lo cual es un error porque se ha ensuciado las manos manejando los libros, como descubre demasiado tarde al mirárselas, después de encontrar una lepisma muerta pegada a la nalga recubierta de terciopelo, y sabe Dios qué bichos se habrán paseado por encima de ella mientras estaba ahí sentada papando moscas. «Papar moscas», una expresión de su madre, una expresión tan antigua, acuñada en un pasado tan remoto que, aunque todo el mundo sabe qué significa, nadie sabe de dónde proviene. ¿Por qué se suponía que papar moscas era sinónimo de pereza? Leer y pensar eran lo mismo que papar moscas, según su madre. «¡Rosalind! ¡No te quedes ahí sentada papando moscas! ¡Barre la acera!».

A Roz se le han dormido las piernas. Cada paso que da le clava en ellas alfileres y agujas. Avanza cojeando hacia la escalera del sótano, y se detiene cada tanto para hacer muecas de dolor. Cuando llegue a la cocina abrirá el frigorífico, solo para ver si hay algo que le apetezca comer. No ha tomado una cena adecuada, no suele hacerlo. No hay nadie que cocine para ella ni nadie para quien cocinar, aunque tampoco es que ella haya cocinado nunca. Nadie para quien encargar una cena. La comida debe compartirse. Comer a solas puede ser como beber a solas: una manera de embotar el filo, de llenar los huecos. El hueco; la silueta vacía en forma de hombre dejada por Mitch.

Pero en el frigorífico no habrá nada que ella quiera; o mejor dicho, quizás haya algunas cosas, pero no piensa rebajarse tanto, no cogerá cucharadas del tarro con helado de chocolate al ron, como ha hecho otras veces, ni tomará por asalto la lata de paté de *foie gras* que viene reservando para sabe Dios qué ocasión mítica, junto con la botella de champaña que tiene guardada en el fondo de la nevera. También hay unas cuantas hortalizas crudas, un indigesto forraje que compró en un arranque de virtud nutricional, pero que en estos momentos no le atrae. Prevé cuál será su destino: se convertirán poco a poco en una masa verde y anaranjada dentro del compartimiento de las verduras, y ella comprará más.

Tal vez debería llamar a Tony o a Charis, o a las dos, e invitarlas a cenar; encargar unas alas de pollo superpicantes en el *tandoori* hindú de la calle Carlton, o unas albóndigas de gamba con ajos tiernos y *wonton* frito en su restaurante favorito de cocina de Szechuan, en Spadina, o las dos cosas a la vez; celebrar un pequeño y pecaminoso banquete multicultural. Pero Charis ya debe de haber vuelto a la isla, ya ha oscurecido, y a Roz no le gusta que salga sola por la noche, podría haber atracadores, y Charis es una presa evidente, una mujer de mediana edad con el cabello largo que se pasea por ahí envuelta en varias capas de tela estampada y tropezando con las cosas, tanto daría que llevara colgado un cartel, «Róbame el

bolso», y Roz pocas veces puede convencerla para que tome un taxi aunque se ofrezca a pagarlo ella, porque Charis le suelta un discurso sobre el derroche de gasolina. Charis cogerá un autobús; o peor aún, quizá se le ocurra venir andando, por las selvas de Rosedale, entre las hileras de mansiones de falso estilo georgiano, y la policía la detendrá por vagancia.

En cuanto a Tony, seguro que estará en su fortaleza almenada, preparándole la cena a West, unos fideos a la cazuela o alguna otra receta por el estilo sacada de *El placer de cocinar*, edición de 1967. Es curioso que, al final, Tony sea la única de ellas que tiene un hombre. Roz no consigue explicárselo por completo: la minúscula Tony, con sus ojos de polluelo, su sonrisita acidulada y, se diría, el *sex appeal* de una boca de riego y más o menos las mismas proporciones. Pero el amor viene en extraños envoltorios, como Roz ha tenido ocasión de aprender. Y quizá West quedó tan asustado con Zenia, en su juventud, que desde entonces ya no se ha atrevido a mirar a ninguna otra mujer.

Roz se imagina con añoranza el cuadro de la cena en casa de Tony, y enseguida llega a la conclusión de que no es exactamente envidia lo que experimenta, porque West, con su cuerpo de paja, su extraña mentalidad y sus largas quijadas, no es en modo alguno lo que a ella le gustaría ver sentado al otro lado de la mesa. Más bien se alegra de que Tony viva con un hombre, porque Tony es amiga suya y una quiere que sus amigas sean felices. Según las feministas, las que iban vestidas con mono, en los primeros años, el único hombre bueno era el hombre muerto, y mejor aún ninguno en absoluto; con todo, Roz sigue deseando que sus amigas encuentren la alegría en ellos, en esos hombres que por lo visto tan malos son para una. «He conocido a alguien», le dice una amiga, y Roz lanza una exclamación de auténtico placer. Quizá sea porque es difícil encontrar un buen hombre, así que es un verdadero acontecimiento cuando alguien encuentra uno. Pero es difícil, es casi imposible, porque parece ser que nadie sabe ya qué es «un buen hombre». Ni siquiera los hombres.

O quizá sea porque muchos hombres buenos han sido devorados por devoradoras de hombres como Zenia. La mayoría de las mujeres siente rechazo hacia las devoradoras de hombres; no tanto por la actividad en sí, ni por la promiscuidad que implica, sino por su codicia. Las mujeres no quieren que las devoradoras de hombres se los coman a todos; quieren que queden unos cuantos para comer un poco ellas también.

Se trata de una opinión cínica, digna de Tony pero no de Roz. Roz debe conservar cierto optimismo, pues lo necesita; es una vitamina psíquica, la mantiene en funcionamiento. «La Nueva Mujer pronto estará con nosotras», decían las feministas. Pero ¿cuánto tardará, piensa Roz, y por qué no ha aparecido todavía?

Mientras tanto, las Zenias de este mundo andan sueltas por la vida, dedicándose a su oficio, limpiando los bolsillos masculinos, satisfaciendo las fantasías masculinas. Las fantasías masculinas, las fantasías masculinas, ¿es que todo gira en torno a las fantasías masculinas? En lo alto de un pedestal o hincada de rodillas, todo es una

fantasía masculina: que eres bastante fuerte para aguantar lo que ellos te echen o demasiado débil para hacer nada al respecto. Incluso fingir que no haces caso de las fantasías masculinas es una fantasía masculina: fingir que no te ven, fingir que tienes una vida propia, que puedes lavarte los pies y peinarte sin pensar en el observador siempre presente que atisba por el ojo de la cerradura, que atisba por el ojo de la cerradura en tu propia mente, si no otra cosa. Eres una mujer que lleva dentro a un hombre que espía a una mujer. Eres tu propia *voyeur*. Las Zenias de este mundo han estudiado la situación y han encontrado la manera de sacarle provecho; no se han dejado moldear según las fantasías masculinas, lo han hecho ellas mismas. Se han deslizado oblicuamente en los sueños; también en los sueños de las mujeres, porque las mujeres son fantasías para otras mujeres, tal como lo son para los hombres. Pero otra clase de fantasías.

A veces Roz se disgusta consigo misma. La causa reside en su propia valía, en la presión a que se ve sometida para que sea amable, para que actúe con ética, para que se porte bien; reside en los rayos de buen comportamiento, de buen carácter, de bondad bondadosa de clueca cloqueante que resplandecen en torno a su cabeza. Reside en sus mejores intenciones. Si es tan cochinemente meritoria, ¿cómo es que no se divierte más?

A veces le gustaría desprenderse de su sofocante capa de Doña Generosa, dejar de andar de puntillas entre los escrúpulos, soltarse el pelo, no con acciones insignificantes como hace ahora —algunas palabrotas para sus adentros, unas cuantas expresiones soeces—, sino con algo grande de verdad. Algún pecado enorme y absolutamente despreciable.

Las relaciones sexuales al azar habrían servido para ese fin, en otro tiempo, pero el sexo corriente y moliente apenas cuenta hoy en día, solo es una forma de terapia o de gimnasia, de modo que Roz tendría que buscar las perversiones más siniestras. O bien algo distinto, algo tortuoso, arcaico, complicado y vil. Seducción seguida de envenenamiento lento. Traición. Deslealtad. Engaños y mentiras.

Para eso, ni que decir tiene, necesitaría otro cuerpo, porque el suyo es demasiado torpe, demasiado desmañadamente sincero, y la clase de maldad en que está pensando exigiría elegancia. Para ser verdaderamente maligna tendría que estar más delgada.

—Espejo, espejito ¿quién es la más malvada de todas?

—Pierde unos kilos, preciosa, y tal vez pueda ayudarte.

O quizá debería aspirar, por el contrario, a la bondad sobrehumana. Cilicios, estigmas, socorrer a los pobres, una especie de Madre Teresa de tamaño aumentado. Santa Roz, suena bien, aunque santa Rosalind sería más fino. Unas cuantas espigas, una o dos partes del cuerpo en una bandeja, para mostrar cómo la habían martirizado: un ojo, una mano, una teta, las tetas eran de lo más frecuente, parece ser que los

antiguos romanos tenían afición a cortarles los pechos a las mujeres, como en la cirugía estética. Roz se imagina con un halo, la mano lánguidamente posada sobre el corazón y la cabeza envuelta en una toca (un artilugio estupendo para disimular la papada), los ojos en blanco por el éxtasis. Lo que la atrae son los extremos. La extrema bondad, la extrema maldad: las facultades necesarias para ambas son muy parecidas.

De un modo u otro, le gustaría ser alguien distinto. Pero no una persona corriente. A veces —durante un día al menos, o incluso durante una hora, o si no fuera posible otra cosa se conformaría con solo cinco minutos—, a veces le gustaría ser Zenia.

Sube renqueando las escaleras del sótano, con los pies dormidos, paso a paso, apoyándose en la barandilla y preguntándose si será siempre así cuando tenga noventa años, si es que dura tanto. Por fin llega a lo alto y abre la puerta. Ahí está la cocina blanca, igual que la había dejado. Tiene la sensación de haber estado lejos de allí durante mucho tiempo. Vagando perdida por el bosque oscuro con sus árboles retorcidos y encantados.

Las gemelas están encaramadas en los taburetes. Llevan pantalones cortos con unas mallas debajo, un agujero a la moda en cada rodilla, y beben sendos batidos de fresa en vaso alto. Unos bigotes de color rosa les adornan el labio superior. El yogur helado se derrite en su envase junto a la pila.

—¡Ahí va, mamá, parece que te haya atropellado un coche! —dice Paula—. ¿Qué son esas manchas que tienes por toda la cara?

—Solo es la cara —dice Roz—. Se me está cayendo.

Erin salta del taburete y corre hacia ella.

—Siéntate, cariño —le dice, parodiando a la propia Roz en su aspecto maternal—. ¿Tienes fiebre? ¡Déjame tocarte la frente!

Entre las dos la empujan por la cocina y la hacen sentar en un taburete. Mojan el paño de secar los platos y le limpian la cara con él. «¡Ooh, qué sucia vienes!». Para ellas es evidente que ha llorado, pero no lo mencionan. Después intentan hacerle beber uno de sus batidos, entre risas y exclamaciones, porque les parece divertido tratar a su madre como a un bebé grande, y ellas en el papel de madres. «Esperad y veréis —piensa Roz—. Esperad a que chochee y empiece a babear, y tengáis que hacer esto en serio. Entonces no os parecerá tan divertido».

Pero qué carga debe de ser para ellas esta aflicción de Roz. ¿Por qué no habrían de poner cara de payaso para ocultar su preocupación? Es un truco que han aprendido de ella. Es un truco que da resultado.

EL TOXIQUE

Tony está tocando el piano, pero no suena ninguna música. Sus pies no llegan a los pedales, sus manos no abarcan las teclas, pero ella sigue tocando porque, si se para, ocurrirá algo terrible. En el cuarto hay un seco olor a quemado, el olor de las flores de las cortinas de calicó. Son unas rosas grandes y abren y cierran los pétalos, que ahora son como llamas; ya han empezado a extenderse por el empapelado. No son las flores de sus cortinas, han venido aquí desde otro lugar, un lugar del que Tony no se acuerda.

Su madre entra en la habitación cada vez más oscura; sus tacones resuenan sobre el piso, y lleva el sombrero marrón con el velo de topos. Se sienta en la banqueta del piano al lado de Tony; la cara, borrosa, le brilla con una luz tenue, y las facciones se desdibujan. Su mano de cuero, fría como una bruma, roza el rostro de Tony, y Tony se vuelve y se aferra a ella, se aferra con denuedo porque sabe qué ocurrirá a continuación; pero su madre saca un huevo de la pechera del vestido, un huevo que huele a algas. Si Tony puede cogerlo y mantenerlo a salvo, el incendio de la casa se apagará, el futuro podrá evitarse. Pero su madre levanta el huevo en alto, por encima de la cabeza, y Tony no alcanza a cogerlo. «Pobrecita, pobrecita», dice su madre; ¿o es «pobre gemelita»? Su voz es como un arrullo de paloma, tranquilizadora, inexorable, infinitamente apesadumbrada.

En algún lugar fuera de la vista las flores han crecido tumultuosamente y la casa se está quemando. Si Tony no lo impide, todo lo que existía arderá. Las llamas producen un sonido aleteante, como un susurro de plumas. De pie en un rincón hay un hombre alto. Es West, pero ¿por qué va vestido así, por qué tiene el cabello negro, por qué lleva sombrero? A su lado, en el suelo, hay una maleta. El la recoge y la abre: está llena de lápices afilados. *Erpmeis arap*, dice con tristeza; aunque lo que quiere decir es «Hasta nunca», porque Zenia está en la puerta, envuelta en un chal de seda con flecos largos. Tiene en el cuello un corte gris rosado, como si la hubieran degollado; pero mientras Tony lo mira, el corte se abre y se cierra de un modo húmedo, y ella se da cuenta de que Zenia está provista de agallas.

Pero West se va, rodea a Zenia con el brazo, le vuelve la espalda a Tony. Fuera los espera un taxi para llevarlos a la colina nevada.

Tony debe detenerlos. Extiende la mano una vez más y su madre le entrega el huevo, pero ahora el huevo está demasiado caliente, por el incendio, y Tony lo deja caer. El huevo rueda sobre un periódico y se rompe, y de su interior se escapa el tiempo, mojado y de un rojo oscuro. En la parte de atrás de la casa suenan disparos de escopeta, ruido de botas, gritos en un idioma extranjero. ¿Dónde está su padre? Tony mira frenéticamente a su alrededor pero no lo ve por ninguna parte, y ya están aquí los soldados para llevarse a su madre.

Charis está acostada en su cama blanca cubierta de enredaderas, los brazos extendidos, las manos abiertas, los ojos cerrados. Detrás de los ojos es por completo

consciente. Nota cómo el cuerpo astral se separa de ella, se eleva y queda suspendido encima de ella como una máscara levantada de una cara. El cuerpo astral también lleva un camisón de algodón blanco.

Cuán tenuemente habitamos nuestro cuerpo, reflexiona. Con su cuerpo de luz — transparente, como una gelatina— se desliza por la ventana y cruza el muelle. Debajo está el transbordador; ella desciende en picado y sigue su estela. A su alrededor hay un rumor de alas. Mira, creyendo que serán gaviotas, y le sorprende descubrir que una bandada de gallinas vuela por el aire.

Llega a la otra orilla y planea sobre la ciudad. Ante ella hay una ventana grande, la ventana de un hotel. Se acerca a la ventana y agita los brazos unos instantes, como una polilla. Después, el cristal se derrite como hielo y ella entra.

Dentro está Zenia, sentada en una silla, enfundada en un camisón blanco igual que el de Charis, cepillándose la nebulosa cabellera delante del espejo. El cabello se enrosca como las llamas, como las ramas de los oscuros cipreses que se estiran hacia el cielo, y crepita de electricidad estática; chispas azules saltan de las puntas. Zenia ve a Charis y le hace una seña; Charis se acerca, se acerca más, y ve a las dos juntas en el espejo. Entonces los contornos de Zenia se disuelven como una acuarela bajo la lluvia y Charis se funde con ella. Se la pone como un guante, se mete en ella como si fuese un vestido de carne, mira por sus ojos. Lo que ve es ella misma, ella misma en el espejo, ella misma con poder. El camisón ondea a impulsos de un viento invisible. Bajo la piel de la cara están los huesos, más y más oscuros a través del cristal, como en una radiografía; ahora puede ver el interior de las cosas, ahora puede transformarse en energía y atravesar los objetos sólidos. Es posible que esté muerta. Resulta difícil recordarlo. Es posible que esto sea el renacimiento. Extiende los dedos de sus nuevas manos, y se pregunta qué harán.

Flota hacia la ventana y mira hacia fuera. Más abajo, entre las luces llameantes y las muchas vidas, hay un humear lento; su olor impregna la habitación. Todo arde, a la larga; hasta la piedra puede arder. En la habitación que tiene a sus espaldas está la profundidad del espacio exterior, donde los átomos son esparcidos como cenizas, transportados por los incansables vientos interestelares, están las almas desterradas, que se redimen...

Llaman a la puerta. Va a abrir, porque será la doncella con las toallas. Pero no lo es, es Billy, con un pijama de rayas, el cuerpo envejecido, abotargado, el rostro de carne cruda. Si Billy la toca a ella, ella se caerá en pedazos como un atado de cuero podrido. Son sus nuevos ojos los que la hacen ver eso. Se restriega la cara y se da tirones, intenta salir de esos ojos, de esos ojos oscuros que ya no desea. Pero los ojos de Zenia no quieren desprenderse; están adheridos a sus propios ojos como las escamas de un pez. Como un vidrio ahumado, lo oscurecen todo.

Roz camina por el bosque, entre los troncos astillados y los matorrales espinosos, ataviada con un vestido marinero que le queda demasiado grande. Ella sabe que el vestido no es suyo, nunca ha tenido un vestido como ese. Tiene los pies descalzos, y

también fríos; siente punzadas de dolor, porque el suelo está cubierto de nieve. Hay un rastro delante de ella: una pisada roja, una pisada blanca, una pisada roja. A un lado hay un grupo de árboles. Mucha gente ha pasado por allí; han tirado las cosas que llevaban, una lámpara, un libro, un reloj de pulsera, una maleta que se ha abierto al caer, una pierna con zapato, un zapato con una hebilla de diamantes. Billetes de banco revolotean aquí y allí, como envoltorios de caramelos desechados. Las pisadas se dirigen hacia los árboles, pero no hay ninguna que salga de la espesura. Roz sabe que no ha de seguirlos; allí dentro hay algo, algo pavoroso que ella no quiere ver.

No obstante, ella está a salvo, porque aquí está su jardín, las derrengadas espuelas de caballero, negras por el mildíu, abandonadas en la nieve. También hay crisantemos blancos pero no están plantados, están en grandes jarrones de plata cilíndricos y es la primera vez que ella los ve. Sin embargo, esta es su casa. La ventana de atrás está hecha añicos, la puerta se abre sola, pero ella entra de todos modos, cruza la cocina blanca en la que nada se mueve, pasa junto a la mesa con las tres sillas. Todo está cubierto de polvo. Tendrá que limpiarlo, porque su madre ya no está allí.

Sube por la escalera de atrás; los pies, al deshelarse, hormigean dolorosamente. El pasillo del primer piso está vacío y silencioso. No hay música. ¿Dónde están sus hijos? Deben de ser adultos, deben de haberse ido, deben de vivir en otro sitio. Pero ¿cómo puede ser eso, cómo puede ella tener hijos adultos? Es demasiado joven, demasiado pequeña. Algo no anda bien con el tiempo.

Entonces oye el ruido de la ducha. Mitch debe de estar en casa, lo cual la llena de alegría porque hace mucho que se marchó. Quiere echar a correr hacia allí, para darle la bienvenida. Por la puerta abierta del dormitorio salen nubes de vapor.

Pero no puede entrar, porque un hombre enfundado en un abrigo le cierra el paso. Por la boca y la nariz le salen raudales de luz naranja. El hombre se abre el abrigo y ahí está su sagrado corazón, también naranja como un farolillo resplandeciente, parpadeante bajo el viento que se ha alzado de pronto. El alza la mano izquierda para detenerla. «Monja», le dice.

A pesar de las apariencias, a pesar de todo, ella sabe que ese hombre es Zenia. Desde el techo empieza a llover.

Ha oscurecido hace rato. Cae una fina llovizna helada, y los comercios con sus escaparates iluminados y las calles negras con sus reflejos de neón rojo tienen ese aspecto mojado y resbaladizo que Tony relaciona con los impermeables de plástico, el cabello engominado y la pintura de labios recién aplicada; un aspecto dudoso y excitante. Los coches pasan siseando, llenos de desconocidos, rumbo a lugares ignotos. Tony va a pie.

El Toxique es distinto por la noche. Las luces son más tenues, y achatadas velas en recipientes de vidrio rojo parpadean sobre las mesas; el atuendo de los camareros y las camareras es sutilmente más extremado. Ve a unos cuantos hombres bien trajeados que están cenando; hombres de negocios, supone Tony, pero van acompañados de sus queridas más que de sus esposas. Le gusta pensar que es posible que tales hombres aún tengan queridas, aunque probablemente no las llaman así. Amantes, quizás. Amigas especiales. El Toxique es la clase de lugar al que se puede llevar a una amiga especial, pero tal vez no a una esposa. Aunque ¿cómo puede saberlo Tony? No es un mundo en el que suela moverse. Hay más hombres con cazadora de cuero que durante el día. Se oye un zumbido apagado.

Tony consulta su reloj de pulsera de números grandes: el conjunto de *rock* no empieza a tocar hasta las once, y ella espera que para entonces ya no estará allí. Ya ha soportado bastante ruido en casa; hoy ha tenido que escuchar treinta minutos completos de tortura auditiva, compuesta por West y reproducida para ella a todo volumen y con considerable gesticulación de brazos y expresiones de regocijo. «Creo que lo he logrado», fue el comentario de West. ¿Qué podía decir ella? «Muy bien», fue lo que se le ocurrió. Es una frase de uso general, y por lo visto fue suficiente.

Tony es la primera en llegar. Nunca había venido a cenar a el Toxique, solo a almorzar. Esta cena es una idea de última hora: Roz telefoneó en un estado de gran agitación y dijo que tenía la absoluta necesidad de contarle algo. Al principio sugirió que Tony y Charis acudieran a su casa, pero Tony señaló que sin coche resultaría difícil.

Además, tampoco le apetece demasiado ir a casa de Roz, aunque las gemelas son —en teoría— sus favoritas. Hubo un tiempo en que Tony lamentaba no haber tenido hijos, aunque no sabía si criarlos se le habría dado muy bien, teniendo en cuenta a Anthea. Pero ser madrina le ha sentado mejor que ser madre —es más intermitente, para empezar—, y se siente orgullosa de las gemelas. Tienen un espléndido acabado brillante, al igual que su otra ahijada, Augusta. Ninguna de ellas es lo que se diría retraída; las tres se sentirían a sus anchas a lomos de un caballo, cabalgando a horcajadas, la cabellera al viento, recorriendo las llanuras, sin dar cuartel. Tony no sabe muy bien cómo han adquirido tal confianza en sí mismas, esa mirada franca y directa, esa lengua humorística pero impenitente. Carecen por completo de esa timidez que antes era inherente a las mujeres. Tony espera que galopen por el mundo

con elegancia, con más elegancia de la que ella ha sido capaz de reunir para sí. Cuentan con su bendición, pero a distancia, porque de cerca Augusta es levemente escalofriante —está tan decidida a tener éxito— y las gemelas se han vuelto gigantescas; gigantescas, y también descuidadas. Tony les tiene un poco de miedo. Podrían pisarla sin querer.

De manera que fue Tony quien propuso el Toxique, esta vez. Quizá Roz tenga algo que decirles, pero Tony también tiene algo que decir, y es adecuado que lo diga ahí. Ha solicitado la mesa de costumbre, en un rincón junto al espejo ahumado. A la joven, o tal vez al joven, que acude a su lado y que lleva un mono ceñido de color negro, un ancho cinturón de cuero tachonado y cinco aretes de plata en cada oreja, le pide una botella de vino blanco y una de Evian.

Charis llega al mismo tiempo que las botellas, con la tez extrañamente pálida. «Bueno —piensa Tony—. Siempre está extrañamente pálida, pero esta noche parece que más».

—Hoy me ha ocurrido algo muy raro —le dice a Tony, mientras se quita la mojada chaqueta de punto y la vellosa gorra de lana. Pero no es insólito que Charis diga una cosa así, o sea que Tony se limita a asentir con un gesto y le sirve un vaso de Evian. Tarde o temprano les contará su sueño sobre unos seres refulgentes sentados en los árboles o la curiosa coincidencia relacionada con los números de las calles o con un gato que es exactamente igual que otro gato que tenía una antigua conocida de Charis a la que ya no ve, pero Tony prefiere esperar a que llegue Roz. Roz tolera mejor esta nebulosidad intelectual, y cambia mejor de tema.

Llega Roz, que agita los brazos y las saluda a gritos y lleva puesta una trinchera rojo llama con un suéter a juego.

—¡Caracoles! —dice mientras se quita los guantes morados—. ¡Esperad a que os lo cuente! ¡No os lo vais a creer! —Su voz, más que de júbilo, es de desaliento.

—Hoy has visto a Zenia —dice Charis.

A Roz se le abre la boca.

—¿Cómo lo has sabido? —dice.

—Porque yo también la he visto —dice Charis.

—Y yo también —dice Tony.

Roz se sienta pesadamente y las mira de una en una.

—Muy bien —dice—. Hablad.

Tony espera en el vestíbulo del hotel Arnold Garden, que no es el que ella hubiera elegido. Es un edificio de los años cincuenta carente de atractivo, con losas de hormigón por fuera y mucho cristal laminado. Desde su punto de observación Tony puede ver lo que hay al otro lado de las puertas dobles de la parte trasera, un patio salpicado de rechonchas jardineras y con una fuente circular en un rincón —en esta época del año no funciona—, al que dan hileras de balcones con barandillas de chapa pintada de color naranja. La marquesina y el latón de la fachada son un añadido posmoderno: la esencia del Arnold Garden está en esos balcones. Aunque se hacen

esfuerzos: por encima de Tony se cierne un prensil arreglo de flores secas, alambres y extrañas vainas, que desafía a los profanos en estética a proclamarlo feo.

El patio y la fuente deben de constituir el jardín que justifica el nombre de Arnold Garden, supone Tony; pero le gustaría saber de dónde proviene lo de Arnold. ¿Es un apellido como el de Matthew Arnold, el de los ejércitos ignorantes que chocan de noche? ¿O como el de Benedict Arnold, traidor o héroe según el punto de vista? O tal vez sea un nombre de pila, el de un olvidado concejal de la ciudad, algún digno mediador bajo mano a quien sus amigos llamaban Arnie. El vestíbulo, con sus grabados enmarcados en los que aparecen orondos ingleses de casaca roja dedicados a la caza del zorro, no da ninguna pista.

La butaca en que está sentada Tony es de cuero, resbaladiza, diseñada para colosos. Sus pies no tocan el suelo aunque se siente casi en el borde, y si se echa del todo hacia atrás, no puede doblar las rodillas sobre el borde delantero y le sobresalen las piernas, rígidas como las de una muñeca de porcelana. Así pues, ha adoptado un compromiso —un encorvamiento encogido—, pero está lejos de encontrarse cómoda.

Además, pese a su recatada chaqueta azul marino, su calzado sensato y su modoso cuello estilo Peter Pan, se siente muy conspicua. Sus malas intenciones deben de notarse de lejos. Tiene la sensación de que le están saliendo pelos, de que le brotan en las piernas como las púas de un erizo, de que le crecen a puñados alrededor de las orejas. Es Zenia quien se lo hace, el esfuerzo de seguirle la pista a Zenia: este esfuerzo le funde las neuronas, le reorganiza las moléculas del cerebro. Está convirtiéndose en una peluda diablesa blanca, un monstruo colmilludo. Quizá se trate de una transformación necesaria, porque el fuego hay que combatirlo con fuego. Pero todas las armas son de doble filo, o sea que habrá que pagar un precio: Tony no saldrá de esta sin alteraciones.

En su bolsa de gran tamaño lleva la Luger de su padre, desenterrada de la caja de adornos navideños en que suele estar guardada, recién engrasada y cargada según las instrucciones del manual de armamento de los años cuarenta que fotocopió en la biblioteca. Tuvo la precaución de ponerse guantes para hacer las fotocopias, con objeto de no dejar huellas dactilares, por si acaso. Por si acaso la acusan de algo, más tarde. En cuanto a la pistola, Tony cree que no está registrada. Después de todo es una especie de recuerdo.

Además de la pistola lleva otra herramienta. Tony ha aprovechado la oferta de una de las numerosas hojas de propaganda de herramientas que ensucian su jardín delantero para adquirir un taladro eléctrico sin cable con un treinta por ciento de descuento. Nunca ha utilizado uno de esos artilugios. Tampoco ha usado nunca una pistola, pero siempre ha de haber una primera vez. Su propósito inicial consistía en emplear el taladro para entrar por la fuerza en el cuarto de Zenia, si era necesario. Destornillar los goznes de la puerta o algo por el estilo. Pero, allí sentada en el vestíbulo, se le ocurre que el taladro también es un arma en potencia, y que podría utilizarlo. Si consiguiera asesinar a Zenia con un taladro sin cable, ¿qué policía sería

lo bastante astuto para imaginárselo?

Pero la acción en sí no la tiene clara. Quizá debería pegarle un tiro primero y rematarla después con el taladro; lo contrario resultaría más difícil, pues tendría que acercarse a Zenia por detrás con el taladro preparado y luego ponerlo en marcha, y el zumbido la delataría. Aunque también podría cometer un asesinato ambidextro: la pistola en la mano izquierda, el taladro sin cable en la derecha, como en las luchas a daga y estoque de finales del Renacimiento. Es una idea atractiva.

La pega es que Zenia es considerablemente más alta que ella, y Tony, por supuesto, tendría que apuntar a la cabeza. Represalia simétrica: la táctica de Zenia consiste en atacar a sus víctimas en el punto de máxima vulnerabilidad, y el punto más vulnerable de Tony es el cerebro. Así fue como la atrapó Zenia la primera vez: esa fue la tentación, el señuelo. Tony se dejó engañar a causa de su vanidad intelectual. Creía haber encontrado una amiga tan inteligente como ella. Que fuera más inteligente no lo tomó en consideración.

El otro punto vulnerable de Tony es su amor por West, así que es lógico suponer que esta vez Zenia la atacará a través de él. Es para proteger a West por lo que Tony hace todo esto, en realidad: él no sobreviviría si le cortaran otra rodaja del corazón.

No ha comentado sus planes con Roz ni con Charis. Las dos son buenas personas y no admitirían la violencia. Tony sabe que ella no es una buena persona; lo ha sabido desde que era pequeña. Se comporta como si lo fuera, por lo general, porque no suele tener motivos para no hacerlo, pero lleva oculta en su interior otra personalidad, más implacable. No solo es Tony Fremont; también es *Tnomerf Ynot*, reina de los bárbaros y, en teoría, capaz de muchas cosas para las que Tony no tiene arrestos. ¡*Bule egdirb!* ¡*Bule egdirb!* Sin cuartel, porque a fin de proteger a los inocentes, algunos deben sacrificar su propia inocencia. Es una de las reglas de la guerra. Los hombres deben hacer duras cosas, deben hacer duras cosas de hombre. Cosas de hombre duro. Deben derramar sangre, para que otros puedan llevar una vida plácida amamantando a sus bebés, cavando en su huerto y creando música no musical, libres de culpa. A las mujeres no se les suele exigir que cometan tales actos a sangre fría, pero eso no significa que sean incapaces de hacerlo. Tony aprieta sus pequeños dientes e invoca a su mano izquierda, con la esperanza de que estará a la altura de la ocasión.

Sostiene el *Globe and Mail* ante la cara, abierto por la sección de economía. Sin embargo, no lee: observa el vestíbulo por si aparece Zenia. Observa y se pone cada vez más nerviosa, porque no todos los días hace algo tan arriesgado. Para reducir la tensión, para darse cierta distancia crítica, dobla el periódico y saca de la bolsa las notas de su conferencia. La ayudarán a concentrarse, le refrescarán la memoria: no ha dado esta conferencia desde el año pasado.

Es una de las conferencias favoritas de sus alumnos. Es la que trata sobre el papel de las mujeres que han acompañado a los ejércitos a lo largo de la historia, antes y después de las batallas —su disponibilidad como cuerpos de alquiler, víctimas de violación y productoras de carne de cañón, sus habilidades para apaciguar la tensión,

confortar, dar tratamiento psiquiátrico, cocinar y hacer la colada, así como para el pillaje y el descabello después de la masacre—, con una digresión sobre las enfermedades venéreas. Se rumorea que los alumnos le han dado a esta conferencia el título de «Madre Coraje encuentra a Polla Moteada», o «Putas y pústulas»; por lo general suele atraer a un buen contingente de ingenieros visitantes, que vienen por la parte visual, porque Tony tiene una impresionante película informativa que nunca deja de proyectar. Es la que enseñaba el Ejército a los nuevos reclutas en la época de la Segunda Guerra Mundial para fomentar el uso de condones, y en ella aparecen numerosas narices putrefactas y miembros viriles verdosos y purulentos. Tony está acostumbrada a las risas nerviosas. «Pónganse en su lugar —les dice—. Imagínense que les ocurre a ustedes. ¿Lo encuentran divertido?».

Por entonces la sífilis se consideraba una lesión autoinfligida. Algunos tipos recurrían a las enfermedades venéreas para ser enviados a casa como inválidos. Quien se contagiaba corría el riesgo de comparecer ante un consejo de guerra, como si se hubiera pegado un tiro en el pie. Si la lesión era la enfermedad, de ahí se seguía que el arma tenía que ser la puta. Un arma más en la guerra de los sexos, la cruda guerra de los sexos.

Quizás era eso lo que West encontraba tan irresistible en Zenia, pensaba a veces Tony: que era cruda, que era sexo crudo, mientras que la propia Tony solo era de la variedad cocida. Hervida al vapor para eliminar el peligroso salvajismo, los intensos sabores a sangre fresca. Zenia era ginebra a medianoche, Tony era huevos para desayunar, y en hueveras, además. No es la clasificación que Tony habría preferido.

Durante todos esos años Tony se había abstenido de preguntarle a West los detalles de su vida con Zenia. No quería turbarlo; además, le daba miedo averiguar más de lo que ya sabía sobre el poder de atracción de Zenia, sobre su naturaleza y su alcance. Pero después del regreso de Zenia no pudo evitarlo. Al borde de la crisis, tenía que saber.

—¿Te acuerdas de Zenia? —le había preguntado mientras cenaban, dos noches antes. Tenían pescado para cenar, lenguado *a la bonne femme*, del libro de cocina francesa básica que Tony compró para acompañar la bandeja de Pourrières.

West dejó de masticar, solo un instante.

—Naturalmente —dijo.

—¿Qué era? —dijo Tony.

—¿Qué era qué? —dijo West.

—Por qué tú..., ya sabes. Por qué te fuiste con ella. —Tony sintió que se ponía en tensión de los pies a la cabeza. «En lugar de mí —pensó—. Por qué me abandonaste».

West se encogió de hombros y sonrió.

—No lo sé —dijo—. No me acuerdo. Además, eso fue hace mucho tiempo. Ahora Zenia está muerta.

Tony sabía que West sabía que Zenia no estaba muerta, ni mucho menos.

—Es verdad —dijo—. ¿Era por el sexo?

—¿El sexo? —dijo West, como si ella acabara de mencionar algún artículo de la lista de la compra, olvidado pero de escasa importancia—. No, creo que no. No exactamente.

—¿Qué quieres decir, no exactamente? —dijo Tony, con mayor brusquedad de la que pretendía.

—¿Por qué hablamos de eso? —dijo West—. Ahora ya no importa.

—A mí me importa —dijo Tony con una vocecita suave.

West suspiró.

—Zenia era frígida —dijo—. No podía evitarlo. Sufrió abusos sexuales en su infancia, a manos de un sacerdote griego ortodoxo. Me apené mucho por ella.

Tony se quedó boquiabierto.

—¿Un sacerdote griego ortodoxo?

—Bueno, Zenia era medio griega —dijo West—. Una inmigrante griega. No podía decirle a nadie lo del sacerdote, porque no la habrían creído. Era una comunidad muy religiosa.

Tony a duras penas pudo contenerse. Sentía crecer en su interior una hilaridad ronca e indecorosa. ¡Frígida! ¡Conque eso era lo que Zenia le había contado al pobre West! No concuerda en absoluto con ciertas confidencias que Zenia juzgó oportuno hacerle a Tony sobre el tema del sexo. El sexo como una enorme tarta de ciruela, una confitura de intensos deleites, cuyos placeres ella iba enumerando mientras Tony escuchaba, excluida, con la nariz pegada al escaparate. Tony se imaginaba al caballeroso West jadeando y resoplando concienzudamente, haciendo todo lo que estaba en su mano, intentando salvar a Zenia del hechizo maligno lanzado por el perverso e inexistente sacerdote griego ortodoxo, mientras Zenia se lo pasaba en grande. Luego ella seguramente le diría que había fingido un orgasmo para complacerlo. ¡Y multiplicaba por dos la culpa!

Para él debió de ser un reto, por supuesto. Calentar la Doncella de Hielo. El primero en explorar con éxito aquellos climas polares. Pero, naturalmente, no tenía manera de ganar, porque los juegos de Zenia siempre estaban trucados.

—No lo sabía —dijo Tony, y miró a West con los ojos muy abiertos, intentando parecer comprensiva.

—Sí, bueno —dijo West—. Le costaba mucho hablar de ello.

—¿Por qué rompiste con ella? —dijo Tony—. La segunda vez. ¿Por qué la dejaste? —Ahora que habían cruzado la frontera de lo nunca mencionado, ahora que West hablaba, bien podía aprovechar la ocasión.

West suspiró y miró a Tony con algo próximo a la vergüenza.

—Si he de ser sincero... —dijo, y se detuvo.

—¿Sí? —dijo Tony.

—Bien, si he de ser sincero, fue ella quien me echó. Dijo que me encontraba aburrido.

Tony quedó consternada al darse cuenta de que estaba a punto de echarse a reír. Quizá Zenia tenía razón: desde cierto punto de vista, West era aburrido. Pero el aburrimiento de una mujer es el alimento de otra, y West era aburrido de la misma manera que lo son los niños, e interesante de la misma manera, también, y eso era lo que una mujer como Zenia nunca llegaría a comprender. Además, ¿qué era el verdadero amor si no podía soportar un poco de aburrimiento?

—¿Te ocurre algo? —preguntó West.

—Se me ha atragantado un hueso —dijo Tony.

West agachó la cabeza.

—Supongo que soy aburrido —dijo.

Ella sintió remordimientos. Era cruel tomarse aquello como una broma. No era una broma, porque West había quedado herido en lo más hondo. Tony se levantó de la mesa, se acercó a él, le rodeó el cuello con los brazos y apoyó la mejilla sobre su cabeza escasamente poblada.

—No eres nada aburrido —le dijo—. Eres el hombre más interesante que jamás he conocido. —Lo cual era exacto, puesto que West era el único hombre que Tony había conocido en su vida, en los aspectos que contaban.

West extendió el brazo y le dio unas palmaditas en la mano.

—Te quiero —dijo—. Te quiero mucho más de lo que nunca quise a Zenia.

Todo eso está muy bien, piensa Tony, sentada en el vestíbulo del hotel Arnold Garden, pero si realmente es verdad, ¿por qué no me dijo que había llamado Zenia? Quizá ya la ha visto. Quizás ella ya lo ha atraído a la cama. Quizás en este mismo instante le está mordiendo el cuello; quizá le está chupando la sangre vital mientras Tony permanece sentada en esa dichosa butaca de cuero, sin saber siquiera dónde buscar, porque Zenia podría estar en cualquier parte, podría estar haciendo cualquier cosa, y hasta el momento Tony no tiene ninguna pista.

Es el tercer hotel que visita. Se ha pasado otras dos mañanas merodeando por el vestíbulo del Arrival y el del Avenue Park, sin ningún resultado en absoluto. El único dato que tiene es el número de la habitación, el que West anotó apresuradamente y dejó olvidado junto al teléfono, pero Tony se ha abstenido de llamar a todos los hoteles y pedir por ese número porque no quiere alertar a Zenia, quiere cogerla por sorpresa. Tampoco quiere preguntar por ella en recepción, porque sabe por instinto que Zenia se ha inscrito con un nombre falso; y una vez que Tony haya preguntado, y le hayan dicho que no hay ningún huésped con ese nombre, sería sospechoso que se quedara sentada en el vestíbulo. Además, no quiere que el personal la recuerde, si más tarde encuentran a Zenia tendida en un charco de sangre. Así que se limita a esperar sentada, intentando dar la impresión de que tiene una cita de negocios.

Su teoría es que Zenia —que acostumbraba levantarse tarde— en un momento u otro deberá salir de la cama, deberá tomar el ascensor hasta la planta baja, deberá cruzar el vestíbulo. Naturalmente, no sería impropio de Zenia quedarse en la cama todo el día ni salir a hurtadillas por la escalera de incendios, pero Tony se guía por la

ley de los promedios. Tarde o temprano —suponiendo que se encuentre en el hotel correcto— aparecerá Zenia.

¿Y entonces qué? Entonces Tony saltará o se escurrirá del asiento, correrá hacia Zenia con pasos ligeros, gorjeará un saludo, será ignorada; se apresurará en pos de Zenia mientras esta cruza las puertas de cristal. Jadeante y sin aliento, con la anticuada pistola y el absurdo taladro sin cable entrechocando dentro de la bolsa, le dará alcance mientras Zenia avanza a grandes pasos por la acera. «Tenemos que hablar», farfullará Tony. «¿De qué?», dirá Zenia. Luego Zenia se pondrá a andar más deprisa, y Tony tendrá que trotar de un modo ridículo o darse por vencida.

Esta es la situación de pesadilla. Solo pensar en ella hace que Tony se ruborice al sentir su futura humillación. Hay otra situación posible, en la que Tony se muestra diestra y persuasiva y Zenia se deja embaucar, en la que se cumplen algunas de las más violentas, aunque hipotéticas, fantasías de Tony y que incluye un limpio agujero rojo hábilmente situado en el centro exacto de la frente de Zenia. Pero en estos momentos Tony no tiene mucha fe en tal situación.

No le resulta fácil concentrarse en sus notas, así que vuelve a la sección de economía del *Globe* y se obliga a leer. *Orap le atnemua. Sacirbáf sám nárarrec*. La frase tiene satisfactorias resonancias esclavas. O tal vez turcas, o de alguna desgredada tribu del planeta Plutón. Mientras la saborea, Tony nota una mano en el hombro.

—¡Tony! ¡Por fin has venido! —Tony alza la mirada y sofoca un gritito de roedor: Zenia está inclinada sobre ella y le sonrío con cordialidad—. ¿Por qué no has llamado antes? ¿Por qué estás aquí sentada en el vestíbulo? ¡Le di a West el número de mi habitación!

—Bueno —dice Tony. Su mente se atarea, intentando encontrarle un sentido a todo eso—. Lo anotó en un papel y luego lo perdió. Ya sabes cómo es. —Se levanta torpemente de la butaca de cuero, a la que al parecer le han salido ventosas.

—Le dije que te hiciera llamar de inmediato —dice Zenia—. Fue justo después de que te viera en el Toxique. ¡Supongo que no debiste de reconocermelo! Pero llamé y le dije que era muy importante. —Ahora ya no sonrío: ha empezado a asumir una expresión que Tony recuerda bien, entre ceñuda y sobresaltada, apremiante y al mismo tiempo molesta. Lo que significa es que Zenia quiere algo.

Tony está completamente alerta. Sus más sombrías sospechas empiezan a confirmarse: lo que Zenia le está contando es obviamente una historia preparada, una historia que han cocinado entre ella y West por si acaso Tony se huele algo o por si se encuentra con Zenia en algún lugar indebido, como, por ejemplo, el dormitorio de la propia Tony. La historia es que la llamada era para Tony, no para West. Es una historia astuta y se ve en ella la mano de Zenia, pero West también debe de estar confabulado. Las cosas están peor de lo que Tony creía. La podredumbre está más extendida.

—Ven —dice Zenia—, subamos a mi habitación. Haré que nos traigan café. —Coge a Tony del brazo. Al mismo tiempo, examina el vestíbulo con disimulo. Tiene

una expresión de inquietud, de miedo incluso, una expresión que no está destinada a que Tony la vea. ¿O tal vez sí?

Tony estira el cuello y observa el rostro todavía asombroso de Zenia. Mentalmente, le añade algo: una pequeña X roja que señala el punto.

La habitación de Zenia no tiene más rasgos distintivos que su espaciosidad y su pulcritud. La pulcritud es impropia de Zenia. No hay ropa a la vista, no hay maletas esparcidas por ahí, no hay bolsas de cosméticos en el anaquel del cuarto de baño, según Tony alcanza a ver mediante una mirada de soslayo. Es como si allí no viviera nadie.

Zenia se quita la chaqueta de cuero negro y llama para pedir el café; después se sienta en el sofá de flores verde pastel, cruza sus interminables piernas enfundadas en medias negras y enciende un cigarrillo. El vestido que lleva es de punto y muy ajustado, del mismo color morado que los arándanos cocidos. Sus oscuros ojos son enormes y, Tony lo advierte ahora, están ensombrecidos por la fatiga, pero sus labios color ciruela aún se curvan irónicamente al sonreír. Por lo visto, se encuentra más a sus anchas aquí que en el vestíbulo. Mira a Tony y enarca una ceja.

—Cuánto tiempo sin vernos —dice.

Tony está desconcertada. ¿Cómo debe manejar esto? Sería un error que manifestara su enfado: eso pondría a Zenia sobre aviso, la pondría en guardia. Tony mezcla su baraja interior y descubre que en realidad no está enfadada, no en ese momento. Más bien se siente intrigada, y curiosa. La historiadora que hay en ella toma el mando.

—¿Por qué nos hiciste creer que habías muerto? —dice—. ¿A qué vino todo aquel montaje, con las cenizas y el falso abogado?

—El abogado era auténtico —dice Zenia, y exhala una bocanada de humo—. El también se lo creyó. Los abogados son muy crédulos.

—¿Y? —dice Tony.

—Pues que necesitaba desaparecer. Tenía mis razones, créeme. No era solo el dinero. De hecho, yo ya había desaparecido, había dejado unos seis rastros falsos que conducirían a un callejón sin salida a cualquiera que intentara seguirme la pista. Pero el idiota de Mitch no se daba por vencido, me seguía por todas partes. Me estaba complicando la vida de veras. ¡Qué persistente era, el puñetero! Además, tenía dinero, contrataba a gente; y no aficionados, precisamente. Al final me hubiera encontrado, estaba casi a punto.

»La gente lo sabía; me refiero a la otra gente, a los que yo no quería ver. Me había portado mal; hice un juego de prestidigitación con un cargamento de armas que resultó que no estaba donde yo dije que estaría. No se lo recomiendo a nadie. Los compradores de armas suelen ser picajosos, sobre todo los irlandeses. Son muy vengativos. Al final llegaron a la conclusión de que les bastaba tener vigilado a Mitch, porque tarde o temprano daría conmigo. Era a él a quien yo debía convencer para que lo dejara. Para que renunciara.

—¿Por qué Beirut? —dice Tony.

—En aquella época, si querías hacerte matar en un atentado con explosivos, ¿qué mejor sitio podías elegir? —dice Zenia—. La ciudad estaba sembrada de fragmentos de cuerpos; había cientos de cadáveres sin identificar.

—Sabes que Mitch se suicidó —dice Tony—. Por ti.

Zenia suspira.

—Despierta de una vez, Tony —le dice—. No fue por mí. Yo solo fui la excusa. ¿Crees que no buscaba una? Durante toda su vida, diría yo.

—Bueno, Roz cree que fue por ti —dice Tony, de un modo poco convincente.

—Mitch me dijo que acostarse con Roz era como meterse en la cama con una hormigonera —dice Zenia.

—Eso es una crueldad —dice Tony.

—Yo solo te lo cuento —dice Zenia fríamente—. Mitch era un cabrón. Roz está mejor sin él.

Esto se aproxima demasiado a lo que piensa la propia Tony. Se da cuenta de que ha empezado a sonreír; a sonreír y a deslizarse hacia el pasado, hacia ese estado que tan bien recuerda. Compañerismo. Amistad. El equipo.

—¿Por qué nos hiciste ir al entierro? —dice Tony.

—Para adornar el escaparate —dice Zenia—. Tenía que asistir alguien de mi vida personal. Viejas amigas, ya me entiendes. Pensé que os gustaría a las tres. Y si Roz lo sabía, Mitch también lo sabría. ¡Ya se encargaría ella de que lo supiera! El que me interesaba era él. Pero no fue al entierro. Estaría postrado de dolor, supongo.

—Aquello estaba lleno de hombres con abrigo —dice Tony.

—A uno lo envié yo —dice Zenia—. Para que me informara, para ver quién había. Un par de ellos eran de la oposición. ¿Lloraste?

—No suelo llorar —dice Tony—. Charis lloriqueó un poco.

Ahora se avergüenza de lo que dijeron, de lo alegres que estaban, de lo mezquinas que fueron.

Zenia se echa a reír.

—Charis siempre tuvo el cerebro reblandecido —dice.

Llaman a la puerta.

—Es el café —dice Zenia—. ¿Quieres abrir tú?

A Tony se le ocurre que Zenia puede tener varias razones para no querer abrir puertas. Un hormigueo de aprensión le sube por la columna.

Pero realmente es el café, traído por un hombre bajo y de cara morena. El hombre sonríe. Tony coge la bandeja y anota una propina en la cuenta; después cierra la puerta con suavidad y echa el pestillo. Zenia debe ser protegida de las fuerzas que la amenazan. Protegida por Tony. En este preciso instante, en esta habitación, con Zenia por fin encarnada delante de ella, Tony apenas recuerda lo que ha hecho durante la semana anterior, la manera en que se escabullía de un lado a otro en un estado de cólera fría con una pistola en el bolso, haciendo planes para liquidar a Zenia. ¿Por

qué deseaba hacer eso? ¿Por qué podía desearlo nadie? Zenia surca la vida como una proa, como un galeón. Es magnífica, es única. Es el filo cortante.

—Dijiste que querías hablar conmigo —dice Tony, para crear una apertura.

—¿Quieres un poco de ron en el café? ¿No? —dice Zenia. Desenrosca el tapón de un botellín del minibar, se sirve un chorrito. A continuación, frunce un poco el entrecejo y baja la voz, en tono confidencial—. Sí. Quería pedirte un favor. Eres la única persona a la que puedo recurrir, de veras.

Tony espera. Vuelve a sentirse alarmada. «Ojo aquí», se dice. Debería marcharse de la habitación ahora mismo. Pero ¿qué perjuicio puede causarle el escuchar? Y está deseosa de averiguar qué quiere Zenia. Dinero, seguramente. Tony siempre puede decirle que no.

—Lo único que necesito es un sitio donde alojarme —dice Zenia—. Aquí no, esto no es adecuado. En tu casa, había pensado. Solo durante un par de semanas.

—¿Por qué? —dice Tony.

Zenia hace un gesto de impaciencia que esparce la ceniza del cigarrillo.

—¡Porque me buscan! No los irlandeses, esos han perdido la pista. Otra gente. Todavía no están aquí, en esta ciudad, pero llegarán. Contratarán a profesionales locales.

—Entonces, ¿por qué no habrían de buscarte en mi casa? —dice Tony—. ¿No sería el primer sitio al que irían?

Zenia se echa a reír, la risa familiar, cálida, encantadora y temeraria, y desdeñosa de la estupidez de los demás.

—¡El último sitio! —dice—. Han hecho los deberes, y saben que me odias. Tú eres la esposa, yo la examante. ¡Jamás creerían que me dejaras entrar en tu casa!

—Zenia —dice Tony—, ¿quién es esa gente exactamente y por qué te busca?

Zenia alza los hombros.

—Lo de siempre —dice—. Sé demasiado.

—Oh, vamos —dice Tony—. No soy una niña. Demasiado ¿de qué? Y no digas que me conviene más no saberlo.

Zenia se inclina hacia delante. Baja la voz.

—¿Significa algo para ti el nombre de «proyecto Babilonia»? —dice. Ya debe de saber que sí, sabe en qué campo del conocimiento trabaja Tony—. El supercañón para Irak —añade.

—Gerry Bull —dice Tony—. El genio de la balística. Naturalmente. Lo asesinaron.

—Por decirlo con suavidad —dice Zenia—. Bien. —Exhala el humo y mira a Tony de una manera casi coqueta, una mirada de bailarina de la danza del abanico.

—¡No lo mataste tú! —exclama Tony, consternada—. ¡No fuiste tú!

Es incapaz de creer que Zenia haya matado a alguien. No: es incapaz de creer que una persona sentada delante de ella, en una habitación real, en el mundo real, haya matado a alguien. Estas cosas ocurren fuera del escenario, en otra parte; son

indígenas del pasado. Aquí, en esta habitación de color California, con sus muebles discretos, su neutralidad, serían un anacronismo.

—No fui yo —dice Zenia—. Pero sé quién lo hizo.

Enciende otro cigarrillo, prácticamente los encadena. El aire que la rodea es gris, y Tony está algo mareada.

—Los israelíes —dice—. Por lo de Irak.

—No fueron los israelíes —se apresura a decir Zenia—. Es una pista falsa. Yo estaba allí, formaba parte del montaje. Solo fui lo que podríamos llamar la mensajera, pero ya sabes qué les ocurre a los mensajeros.

Tony lo sabe, en efecto.

—Oh —dice—. Oh, Dios mío.

—Mi única posibilidad de salvación —prosigue Zenia, anhelante— consiste en contárselo todo a algún periódico. ¡Absolutamente todo! Entonces ya no tendrán ningún motivo para matarme, ¿verdad? Además, así podría ganar algo de pasta, que no me vendría mal. Pero sin pruebas no va a creerme nadie. No te preocupes, tengo una prueba; no en esta ciudad, pero está en camino. Así que he pensado que podría esconderme contigo y con West hasta que llegue la prueba. Sé cómo viene, sé cuándo llegará. No os molestaría en absoluto, solo necesitaría un saco de dormir, podría dormir arriba, en el estudio de West...

Tony se pone rígida de pronto. La palabra «West» crepita en su mente: esa es la clave, eso es lo que Zenia quiere realmente, ¿y cómo sabe Zenia que West tiene un estudio, y que está en el segundo piso? Nunca ha estado en casa de Tony. ¿O sí?

Tony se pone en pie. Le tiemblan las piernas como si acabaran de apartarla del borde desmoronado de un acantilado. ¡Qué cerca ha estado de dejarse embaucar, una vez más! Toda la historia de Gerry Bull no es más que una enorme mentira, diseñada a gusto del consumidor. Cualquiera hubiese podido inventarse una cosa así, solo consultando *Jane's Defence Weekly* y *The Washington Post*, y Zenia —que conoce las debilidades de Tony, su afición a las innovaciones en la tecnología militar— debe de haber hecho precisamente eso.

No existe venganza, no existen «ellos», nadie persigue a Zenia como no sea el cobrador de facturas. Lo que pretende es infiltrarse en el castillo de Tony, en su casa acorazada, su único lugar seguro, y extraer a West de allí como si fuese un caracol. Lo quiere vivo y coleando, ensartado en la punta de su tenedor.

—Me parece que no podrá ser —dice Tony, intentando hablar con voz serena—. Me parece que debo irme ya.

—No me crees, ¿eh? —dice Zenia. Su rostro se ha inmovilizado—. Bien, disfruta de tu virtuosa indignación, mocosa. Siempre has sido una hipócrita redomada, Tony. Una mierdosa engreída con cara de estúpida, una perra del hortelano con pretensiones megalómanas. Te crees que tienes una mente aventurera, pero ¡no me hagas reír! En el fondo eres un cobarde, te escondes en ese corralito burgués que tienes con tu retorcida colección de cicatrices de batalla y te sientas sobre el pobre West como si

fuese un huevo que acabas de poner. ¡Debe de estar muerto de aburrimiento, sin nadie más que tú para meter su aburrída polla! ¡Dios mío, debe de ser como follarse una marmota!

Zenia se ha quitado la capa de suave terciopelo; debajo hay brutalidad en estado puro. Así es como suena un puño al golpear. Tony se queda parada en mitad de la habitación, abriendo y cerrando la boca. No emite ningún sonido. Las paredes de cristal se cierran sobre ella. Piensa frenéticamente en la pistola que lleva en el bolso, inútil, inútil: Zenia tiene razón, jamás podría apretar el gatillo. Todas sus guerras son hipotéticas. Es incapaz de toda acción real.

Pero la expresión de Zenia está cambiando, de furiosa a taimada.

—¿Sabes que todavía guardo aquel trabajo de la universidad, el que tú falsificaste? La trata de esclavos en Rusia, ¿no? Muy propio de tu particular sadismo desplazado, con todos esos cadáveres de papel. Eres una necrófila de salón, ¿lo sabías? ¡Algún día deberías probar un cadáver auténtico! A lo mejor echo ese trabajo al correo, lo mando a tu precioso Departamento de Historia, te enmierdo un poco las cosas, te monto un pequeño escándalo. ¡Eso sí que estaría bien! ¿En cuánto cotizas la integridad académica?

Tony percibe los objetos romos que pasan silbando junto a su cabeza, el suelo que se disuelve bajo sus pies. El Departamento de Historia se sentiría complacido, se sentiría más que satisfecho de desacreditarla y expulsarla. Tiene colegas, pero no aliados. La ruina se yergue ante ella. Zenia es pura malevolencia; quiere cascotes, quiere tierra quemada, quiere vidrios rotos. Tony hace un esfuerzo para apartarse de la situación, para verla como si fuese algo que ocurrió hace mucho tiempo; como si Zenia y ella fuesen simplemente dos pequeñas figuras en un tapiz deshilachado. Pero quizá la historia sea eso, cuando realmente se está produciendo: personas encolerizadas que se gritan unas a otras.

Olvida la ceremonia. Olvida la dignidad. Escurre el bulto.

Tony se dirige hacia la puerta con paso inestable.

—Adiós —dice, con toda la firmeza de que es capaz; pero su voz, en sus propios oídos, suena como un chillido. Experimenta un momento de pánico al manejar la cerradura. Mientras se escabulle hacia el pasillo espera oír un rugido de fiera, el golpe sordo de un cuerpo pesado contra la puerta. Pero no ocurre nada.

Baja en el ascensor con la extraña sensación de que está subiendo, y vaga por el vestíbulo como si estuviera ebria, tropezando contra los muebles tapizados de cuero. En el mostrador de recepción hay un grupo de hombres que esperan para inscribirse. Abrigos, carteras de mano, debe de haber un congreso. Ante ella se alza el adorno de flores secas. Extiende la mano, observa cómo se eleva su mano izquierda, rompe un tallo. Algo teñido de morado. Se dirige a las puertas, pero se encuentra ante las que no corresponden, las que dan al patio y la fuente. Esta no es la salida. Se halla desorientada, vuelta del revés en el espacio: el mundo visual parece embarullado. Le gusta tener las cosas bien ordenadas en la cabeza, pero ahora impera el desorden.

Guarda en la bolsa la ramita que ha hurtado, se encamina hacia la puerta principal y la cruza tambaleante, y por fin se encuentra en la calle, respirando el aire frío. Allí dentro había demasiado humo. Menea la cabeza, para despejarla. Es como si se hubiera dormido.

No es así exactamente como se lo cuenta a Roz y Charis. Omite la referencia al trabajo final de la universidad, aunque incluye concienzudamente todas las cosas malas que Zenia dijo de ella. Incluye la pistola, que tiene cierta carga de seriedad, pero omite el taladro sin cable, que no la tiene. Incluye su retirada ignominiosa. Al terminar su relato, exhibe la ramita morada como prueba.

—Debía de estar un poco loca —dice—, para pensar que realmente podía matarla.

—No tan loca —dice Roz—, al menos, para sentir deseos de matarla. Es el efecto que Zenia produce en la gente. Tuviste suerte de salir de allí con los dos ojos, creo yo.

Sí, piensa Tony, y se repasa mentalmente. No parece que le falte ninguna pieza.

—¿Aún llevas la pistola en la bolsa? —pregunta Charis con inquietud. No querría que un objeto tan peligroso entrara en colisión con su aura.

—No —dice Tony—. Después me fui a casa y la dejé en su sitio.

—Buena idea —dice Roz—. Ahora te toca a ti, Charis. Yo seré la última.

Charis vacila.

—No sé si debo contarlo todo —dice.

—¿Por qué no? —dice Roz—. Tony lo ha hecho. Yo lo haré luego. ¡Vamos, mujer, entre nosotras no hay secretos!

—Bueno —dice Charis—, es que hay algo que no te va a gustar.

—Caramba, seguramente no me va a gustar nada de lo que oiga —dice Roz en tono jovial. Su voz es demasiado fuerte. A Charis le recuerda la antigua Roz, la que se pintaba caras en el estómago y hacía la danza del vientre en la sala común de McClung Hall. Quizá Roz se esté excitando demasiado.

—Tiene que ver con Larry —dice Charis con expresión desdichada.

Roz se serena inmediatamente.

—Está bien, cariño —dice—. Ya soy mayor.

—Nadie lo es —dice Charis—. En el fondo, no. —Toma aliento.

Después de coincidir con Zenia en el Toxique aquel día, Charis se pasó cosa de una semana preguntándose qué debía hacer. O, mejor dicho, sabía qué debía hacer pero no cómo hacerlo. Además, necesitaba fortalecerse espiritualmente, porque un encuentro con Zenia no sería cosa baladí.

Lo que ella preveía era una confrontación entre las dos. Zenia despediría chispas de energía rojo sangre; su cabellera negra crepitaría como grasa ardiendo, los globos de sus ojos serían de color cereza, iluminados desde el interior como los de un gato ante los faros de un automóvil. Charis, por su parte, se mantendría tranquila, erguida, envuelta en un suave resplandor. A su alrededor habría dibujado un círculo de tiza blanca, para tener a raya las vibraciones malignas. Alzaría los brazos en una invocación al cielo y de su interior brotaría una voz como tintineo de campanillas: «¿Qué has hecho con Billy?».

Y Zenia se debatiría, se retorcería y resistiría, pero, dominada por la superioridad del campo de fuerzas positivas de Charis, se vería obligada a responder.

Charis todavía no estaba lo bastante fuerte para esta prueba. Librada a sus propios recursos, tal vez no lo estaría nunca. Tendría que tomar prestadas algunas armas de sus amigas. No, armas no; solamente escudos, porque no se veía como atacante. No quería hacerle daño a Zenia, ¿verdad? Solo quería que Zenia devolviera lo robado: la vida de Charis, aquella parte de su vida en que entraba Billy. Quería lo que era de ella por derecho. Nada más.

Registró algunas de las cajas de cartón que había en el cuartito de arriba, antaño trastero, después habitación de Zenia, después habitación y cuarto de juegos de Agosto, ahora habitación desocupada, para los invitados si los hubiera. En realidad todavía era la habitación de Agosto; era allí donde se alojaba durante sus visitas de fin de semana. En las cajas había un montón de cosas que Charis no utilizaba y que tenía intención de reciclar. Encontró un regalo de Navidad de Roz: un horroroso par de guantes de cuero con vueltas de piel auténtica, piel de un animal muerto, jamás podría ponérselos. De Tony encontró un libro, un libro escrito por la propia Tony: *Cuatro causas perdidas*. Trataba todo él de guerras y matanzas, temas sépticos, y Charis nunca había sido capaz de leerlo.

Bajó con el libro y los guantes y los depositó sobre la mesita que había ante la ventana principal de la sala de estar —donde les daría la luz del sol y disiparía sus aspectos tenebrosos—; después, puso su geoda de amatista junto a ellos y rodeó el conjunto con pétalos de caléndula secos. Tras cierta reflexión, añadió también la Biblia de su abuela, que siempre era un objeto potente, y un terrón del huerto. En los días que siguieron, meditaba sobre esta colección durante veinte minutos dos veces al día.

Lo que pretendía era absorber los aspectos positivos de sus amigas, las cosas de que carecía ella misma. De Tony quería su claridad mental; de Roz, su metabolismo de altos decibelios y su talento para la planificación. Y su ingeniosa lengua, porque así, si Zenia empezaba a insultarla, Charis sería capaz de replicar con algo realmente neutralizador. De la tierra del huerto quería obtener potencia subterránea. De la Biblia..., ¿qué? Bastaría con la presencia de su abuela; sus manos, su curativa luz azul. Los pétalos de caléndula y la geoda de amatista tenían la función de contener y canalizar estas energías diversas. Lo que Charis tenía pensado era algo concentrado, como un rayo láser.

En el trabajo, Shanita se da cuenta de que Charis está más abstraída que de costumbre.

—¿Hay algo que te preocupe? —le dice.

—Bueno, más o menos —dice Charis.

—¿Quieres ver las cartas?

Están atareadas diseñando el interior de la nueva tienda. O mejor dicho, Shanita lo diseña y Charis admira los resultados. En el escaparate habrá una gran pancarta de

papel marrón con el nombre de la tienda escrito con lápices de colores, «como en letra de niño», dice Shanita: *Scrimpers*. En cada extremo de la pancarta habrá un arco enorme, también de papel marrón, del que saldrán gallardetes de cordel de embalar.

—La idea es que todo debe parecer muy sencillo —dice Shanita—. Como hecho en casa. Ya sabes: asequible. —Ha decidido vender las estanterías de arce pulido a mano y poner en su lugar otras de tablas sin desbatar, con los clavos a la vista. La imagen caja de naranjas, lo llama—. Conservaremos algunas de las piedras y las mezclas de hierbas, pero eso lo pondremos al fondo, no en el escaparate. Aquí no estamos para lujos.

Shanita está muy ocupada encargando nuevos artículos: pequeños equipos para hacer semilleros y macetas de transplante a base de papel de periódico reciclado, equipos para confeccionarse uno mismo las tarjetas de Navidad con recortes de revistas y aun otros equipos para hacer tarjetas en las que intervienen flores prensadas y un acabado plastificado que se consigue con un secador para el pelo. Otro artículo es un recipiente con tapa de madera orgánica para fabricar abono con los desechos de la cocina; también hay juegos de bordar para confeccionar fundas de cojín, con diseños de flores del siglo XVIII, una fortuna si las compras hechas. Y molinillos de café manuales, preciosos molinillos de madera con un cajoncito para el café molido. Los pequeños electrodomésticos de cocina, dice Shanita, ya no están de moda. Vuelve a estar de moda el esfuerzo muscular.

—Lo que necesitamos son cosas que sirvan para hacer cosas por las que de otro modo tendrías que pagar mucho más —dice Shanita—. Ahorrar es nuestro lema. Dios mío, me conozco el asunto de cabo a rabo, es lo que he estado haciendo toda mi vida. El caso es que nadie me dijo nunca lo que se puede sacar de un millón de gomas elásticas.

También ha decidido cambiar de vestuario: en vez de los estampados de flores en tonos pastel, llevarán un mandil de carpintero en lona *beige*, con una gorra cuadrada hecha de papel marrón plegado. Un lápiz detrás de la oreja completará la imagen.

—Para que vean que trabajamos en serio —dice Shanita.

Charis, pese a expresar una gran admiración, porque siempre se debe fomentar la creatividad y no cabe duda de que esto es creativo, no está segura de encajar en el nuevo proyecto. Le resultará difícil, pero tiene que intentarlo, porque ¿qué otros empleos hay disponibles, sobre todo para ella? Tal como están las cosas, podría ser que no encontrara ni siquiera un empleo para archivar documentos; y no es que lo desee, porque el alfabeto no le parece un sistema preciso para clasificar las cosas. Si se queda, no obstante, tendrá que ser más enérgica; tendrá que mentalizarse. Hacerse cargo. Vender activamente. Shanita dice que las consignas para el futuro son el servicio al cliente y los precios competitivos. Eso, y recortar gastos generales. Menos mal que no tienen deudas.

—Gracias a Dios, nunca me he endeudado mucho —dice—. Y es porque los bancos no querían darme crédito.

—¿Por qué no querían? —dice Charis.

Shanita sacude el cabello —que hoy lleva en un solo tirabuzón, largo y reluciente — y le dirige una mirada despectiva.

—A ver si lo adivinas.

Por la tarde se toman un descanso y Shanita prepara una infusión refrescante de limón antes de echarle las cartas a Charis.

—Se avecina un gran acontecimiento —dice—. Lo que veo es... Tu carta es la reina de copas, ¿sí? La Sacerdotisa se cruza en tu camino. ¿Significa algo para ti?

—Sí —dice Charis—. ¿Ganaré yo?

—¿Qué es eso de ganar? —dice Shanita, sonriente—. ¡Es la primera vez que te oigo pronunciar esta palabra! Quizá ya sea hora de que empieces a utilizarla. — Escruta las cartas, distribuye unas cuantas más—. Parece que vas a ganar, más o menos —dice—. En todo caso, no pierdes. ¡Pero, veo una muerte! No hay manera de evitarlo.

—¡Augusta no! —dice Charis. Intenta verlo ella misma: la Torre, la reina de espadas, el Mago, el Loco. Pero siempre ha sido una negada para las cartas.

—No, no, ni mucho menos —dice Shanita—. Es una persona mayor. Mayor que ella, quiero decir. Aunque está relacionada de algún modo contigo. No verás cómo se produce esta muerte, pero serás tú quien la descubra.

Charis está consternada. Tiene que ser Billy. Irá a ver a Zenia y Zenia le dirá que Billy ha muerto. Es lo que Charis ha temido siempre. Pero será mejor que no saber nada. Además, tiene un lado positivo, porque cuando le toque a ella hacer la transición y se encuentre en el túnel oscuro, en la caverna, en la barca, y vea la luz delante de ella, la primera voz que oiga será la voz de Billy. Será él quien la ayude, en el otro lado. Estarán juntos, y él no podría venir así a su encuentro si no hubiera muerto antes.

Para ella es un consuelo saber que la Sacerdotisa se cruza en su camino. Además, encaja bien, porque, finalmente, ha llegado el día elegido, el día adecuado para enfrentarse a Zenia. Charis lo supo en cuanto se levantó, en cuanto introdujo en la Biblia el alfiler de cada día. Le salió Revelaciones, diecisiete, el capítulo sobre la Gran Prostituta: «Y la mujer estaba vestida de púrpura y escarlata, resplandecía de oro, piedras preciosas y perlas; llevaba en su mano una copa de oro llena de abominaciones, y también las impurezas de su prostitución, y en su frente un nombre escrito —un misterio—: La Gran Babilonia, la madre de las rameras y de las abominaciones de la Tierra».

Tras los párpados cerrados de Charis la figura cobró forma, se formó la silueta: escarlata en los bordes, con destellos de una luz dura como el diamante. No le veía la cara, pero ¿quién podía ser sino Zenia?

—Por eso me ha parecido que era..., bueno, tan adecuado —le dice Charis a Tony.

—¿Qué era adecuado? —dice Tony con paciencia.

—Lo que has dicho antes del proyecto Babilonia. No puede ser una simple coincidencia, ¿verdad?

Tony abre la boca para decir que sí que puede serlo, pero vuelve a cerrarla porque Roz le ha dado un toque por debajo de la mesa.

—Sigue —dice Roz.

Charis avanza con denuedo por la ciudad, respirando el polvo transportado por el aire. Pasa ante el Club Bambú con sus gráficos caribeños de colores chillones; ante Zephyr, con sus conchas y cristales, un lugar donde suele detenerse a mirar, pero hoy sigue adelante sin dedicarle apenas una ojeada; ante la tienda de cómics Dragón Lady, deprisa porque tiene una hora límite. No suele tomarse mucho tiempo para almorzar porque es el momento de más trabajo, pero han cerrado la tienda al público por unos días mientras instalan las nuevas estanterías y los arcos de papel marrón, así que hoy puede hacer una excepción. Le ha pedido a Shanita media hora libre más; la recuperará otro día, cuando hayan abierto. De esta manera tiene tiempo para ir al hotel Arnold Garden, ver a Zenia y preguntarle lo que le ha de preguntar, extraerle la respuesta. Suponiendo que Zenia esté en el hotel, claro. También es posible que haya salido.

Por la mañana cuando se vestía, mientras se lavaba en el cuarto de baño lleno de corrientes de aire, a Charis se le ocurrió que, aunque sabía el nombre del hotel, desconocía el número de la habitación. Siempre podía ir al hotel e investigar por ahí, pasearse por los pasillos palpando los pomos de las puertas; quizá sería capaz de captar las corrientes eléctricas al contacto del metal, quizá podría percibir la presencia de Zenia tras la puerta acertada. Pero el hotel estaría lleno de gente, y esas otras personas crearían estática. Sería muy fácil equivocarse.

Después, durante el trayecto en el transbordador, pensó que había una persona que sin duda sabría en qué habitación se alojaba Zenia.

Larry, el hijo de Roz, tenía que saberlo, porque Charis le había visto entrar con ella en el hotel.

—Esta es la parte que no quería contar —le explica Charis a Roz—. ¿Te acuerdas de aquel día en el Toxique? Me quedé esperando en el Kafay Nwar, en la acera de enfrente. Los vi salir. Los seguí. Zenia y Larry.

—¿Los seguiste? ¿Tú? —dice Roz, como si alguien más los hubiera estado siguiendo, y ella supiera quién.

—Solo quería preguntarle por Billy —dice Charis.

Roz le da unas palmadas en la mano.

—¡Claro que sí! —dice.

—Los vi besarse en la calle —dice Charis, en tono de disculpa.

—Está bien, cielo —dice Roz—. No te preocupes por mí.

—¡Charis! —dice Tony con admiración—. ¡Eres mucho más sagaz de lo que yo creía! —La imagen de Charis siguiendo a Zenia de puntillas la llena de placer, porque es muy inverosímil. Si Zenia sospechaba que alguien la seguía, de quien seguro que

no sospecharía nunca era de Charis.

Cuando Charis llegó a la tienda aquella mañana, y después de que Shanita se fuera al banco a buscar monedas para el cambio, llamó a casa de Roz. Si alguien contestaba, sería Larry, porque a esa hora las gemelas estaban en el colegio y Roz en el trabajo. Y tenía razón, contestó Larry.

—Hola, Larry, soy tía Charis —dijo. Se sintió un poco tonta al llamarse «tía Charis», pero se trataba de una costumbre que Roz había instituido cuando los niños eran pequeños y que nunca se había abandonado.

—Ah, hola, tía Charis —dijo Larry. A juzgar por la voz, parecía medio dormido—. Mamá está en la oficina.

—Bueno, pero yo quería hablar contigo —dijo Charis—. Estoy buscando a Zenia. Ya sabes, Zenia, quizá la recuerdes de cuando eras pequeño. —¿Cuán pequeño era Larry entonces? No tanto. ¿Cuánto le contó Roz, de Zenia? Charis espera que no mucho—. Fuimos juntas a la universidad. Quedé en ir a verla al hotel Arnold Garden, pero he perdido el número de la habitación. —Era una mentira enorme; se sintió culpable al decirlo, y al mismo tiempo resentida con Zenia por haberla puesto en tal situación. Zenia tenía eso: te arrastraba a su propio nivel.

Hubo una larga pausa.

—¿Por qué me lo preguntas a mí? —dijo Larry al fin, con voz cautelosa.

—Oh —dijo Charis, recurriendo a su acostumbrada vaguedad—, ella sabe que mala memoria tengo. Sabe que no me organizo muy bien. Me dijo que si perdía el número, que te lo pidiera a ti. Dijo que tú lo sabrías. Perdona si te he despertado —añadió.

—Zenia tuvo una idea bastante estúpida —dijo Larry—. No soy su secretario. ¿Por qué no llamas al hotel y se lo preguntas a ellos? —Una respuesta extrañamente descortés, por tratarse de Larry. Por lo general se mostraba más atento.

—Lo hubiera hecho —dijo Charis—, pero ya sabes, ahora usa otro apellido y me temo que lo he olvidado. —Es una suposición, lo del cambio de apellido, pero resulta acertada. Tony dijo una vez que Zenia seguramente cambiaba de nombre cada año. Roz contestó: «No, cada mes, seguramente está suscrita al Club del Nombre del Mes».

—Está en la 1409 —dijo Larry con voz hosca.

—A ver, espera que lo anote —dijo Charis—. ¿Has dicho catorce, cero, nueve? —Quería parecer lo más desmemoriada y temblorosa posible; una vieja chismosa con cerebro de mosquito, en absoluto una amenaza. No quería que Larry telefonara a Zenia y la pusiera sobre aviso.

No le pasa por alto el significado del número de la habitación. Los hoteles, Charis lo sabe, nunca cuentan el piso trece, pero existe de todos modos. El piso catorce es en realidad el trece. Zenia está en el piso trece. Pero la mala suerte que eso implica puede contrarrestarse con la buena suerte del nueve, porque el nueve es un número de la Diosa. La mala suerte se apegará a Zenia y la buena suerte a Charis, porque Charis

es de corazón puro —o intenta serlo— y Zenia no. Calculando mentalmente y revistiéndose de luz, Charis llega al hotel Arnold Garden, pasa bajo la intimidante marquesina y cruza las refulgentes puertas de cristal con apliques de latón como si hiciera algo trivial.

Se detiene en el vestíbulo unos instantes, para tomar aliento, para situarse. No está mal como vestíbulo. Aunque hay muchos muebles hechos con animales asesinados, le complace constatar que también hay una especie de adorno de altar a base de vegetación: flores secas. Y detrás de las puertas de cristal del fondo se ve un patio con una fuente, aunque la fuente no está conectada. Le gusta comprobar que el espacio urbano se orienta en una dirección más natural.

Entonces, de pronto, le viene un pensamiento desalentador. ¿Y si Zenia no tiene alma? Debe de haber gente así en el mundo, porque en estos momentos hay más seres humanos vivos sobre la tierra de los que jamás han existido, tomados en conjunto desde el principio de la humanidad, y si las almas se reciclan es de suponer que entre todas las personas vivas habrá algunas a las que no les ha correspondido un alma, como en el juego de las sillas. Quizá Zenia sea así: desalmada. Una especie de cáscara vacía. Y en tal caso, ¿cómo podrá Charis tratar con ella?

Esta idea la paraliza, la deja completamente inmóvil en mitad del vestíbulo. Pero ahora no puede echarse atrás. Cierra los ojos y visualiza su altar, con los guantes, la tierra y la Biblia, e invoca sus poderes; a continuación, vuelve a abrirlos y espera un augurio. En un rincón del vestíbulo hay un reloj de pared. Es casi mediodía. Charis lo observa hasta que las dos manecillas están alineadas, apuntando hacia lo alto. Entonces se mete en el ascensor. A cada piso que sube, el corazón le late con más fuerza.

En el piso catorce, que en realidad es el trece, se detiene ante la 1409. Por la rendija de debajo de la puerta rezuma una luz gris rojiza que empuja a Charis hacia atrás con fuerza palpable. Apoya la mano en la madera de la puerta, que vibra en silenciosa amenaza. Es como el paso de un tren en la distancia, o una explosión lenta a lo lejos. Zenia debe de estar dentro.

Charis golpea con los nudillos.

Al cabo de unos instantes —durante los cuales percibe la mirada de Zenia sobre ella, a través de la mirilla— se abre la puerta. Zenia lleva un albornoz del hotel y tiene el cabello envuelto en una toalla. Debía de estar duchándose. Aun con el turbante de rizo, es más baja de como Charis la recordaba. Es un alivio.

—Estaba esperando que llegaras —le dice.

—¿Ah, sí? —dice Charis—. ¿Cómo lo sabías?

—Larry me dijo que venías hacia aquí —dice Zenia—. Pasa. —Su voz es apagada, su expresión es de cansancio. A Charis le sorprende lo vieja que parece. Quizá sea porque no lleva maquillaje. Si Charis no supiera ya que vale más no apresurarse a sacar tales conclusiones, creería que Zenia está enferma.

La habitación es un caos.

—Espera un momento —dice Tony—. Repite eso. ¿Estuviste allí a mediodía y la habitación era un caos?

—Cuando vivió conmigo en la isla, aquella temporada, siempre era muy desordenada —dice Charis—. Nunca ayudaba con los platos ni nada.

—Pero yo estuve en el hotel más temprano y lo encontré todo muy aseado —dice Tony—. La cama estaba hecha. Todo.

—Bueno, pues no lo estaba —dice Charis—. Había almohadas en el suelo, la cama era un revoltijo. Tazas de café sucias, patatas fritas, ropa tirada por todas partes. En la mesita de café había vidrios rotos, y también en la alfombra. Parecía que hubieran estado de fiesta toda la noche.

—¿Estás completamente segura de que era la misma habitación? —dice Tony—. A lo mejor perdió los estribos y rompió unos cuantos vasos.

—Debió de volverse a acostar —dice Roz—. Cuando tú te fuiste.

Reflexionan las tres sobre el tema. Charis prosigue:

La habitación es un caos. Las cortinas de flores están medio cerradas, como si las hubieran corrido poco antes para impedir que pase la luz. Zenia pisa los objetos tirados por el suelo, se sienta en el sofá y coge un cigarrillo de los doce o así que hay esparcidos entre los vidrios rotos sobre la mesita de café.

—Sé que no debería fumar —murmura, como si hablara para sí—, pero ahora ya no tiene importancia. Siéntate, Charis. Me alegro de que hayas venido.

Charis se sienta en el sillón. Esto no es la confrontación electrizada que se había imaginado. Zenia no intenta esquivarla; si acaso, parece más bien complacida por su visita. Charis se recuerda que lo que necesita es obtener información sobre Billy, dónde está, si está vivo o muerto. Pero le resulta difícil concentrarse en Billy; apenas recuerda qué aspecto tenía, mientras que Zenia está sentada frente a ella, en la misma habitación. Se le hace muy extraño verla por fin en carne y hueso.

Zenia esboza una débil sonrisa.

—Te portaste muy bien conmigo —dice—. Siempre he deseado disculparme por haberme marchado de aquella manera, sin despedirme. Fue muy desconsiderado por mi parte. Pero dependía demasiado de ti. Dejaba que tú intentaras curarme en vez de aplicar mis energías a ello. Necesitaba irme a alguna parte, estar a solas, para centrarme. Era... bien, recibí una especie de mensaje, ¿sabes?

Charis está asombrada. Quizás ha juzgado mal a Zenia, durante todos estos años. O quizá Zenia ha cambiado. Las personas pueden cambiar, pueden elegir, pueden transformarse. Esto Charis lo cree a pies juntillas. Ahora no sabe qué pensar.

—No tenías cáncer, en realidad —dice al fin. No lo expone como una acusación. Es solo que necesita asegurarse.

—No —dice Zenia—. No exactamente. Pero estaba enferma. Era una enfermedad espiritual. Y ahora también estoy enferma. —Hace una pausa, pero como Charis no pregunta nada, prosigue—: Por eso he vuelto, porque aquí puedo recurrir a la sanidad pública. No podía pagarme el tratamiento en ningún otro sitio. Me han dicho que

estoy muriéndome. Me dan seis meses de vida.

—Oh, qué terrible —dice Charis. Examina los contornos de Zenia para ver de qué color es su luz, pero no ve nada—. ¿Es cáncer?

—No sé si debo decírtelo —dice Zenia.

—Está bien, adelante —dice Charis, porque ¿y si esta vez Zenia dice la verdad? ¿Y si realmente está muriéndose? Tiene la tez grisácea, alrededor de los ojos. Lo menos que ella puede hacer es escucharla.

—Bien, el caso es que tengo sida —dice Zenia, y suspira—. Es muy estúpido, la verdad. Cogí un mal hábito, hace unos años. Me contagié con una aguja infectada.

Charis sofoca una exclamación. ¡Esto es terrible! ¿Y Larry, entonces? ¿Cogerá también el sida? «¡Roz! ¡Roz! ¡Ven corriendo!». Pero ¿qué podría hacer Roz?

—No me molestaría pasar algún tiempo en un sitio tranquilo —dice Zenia—. Para ordenar mis pensamientos, antes, ya entiendes. Un sitio como la isla.

Charis nota el tirón familiar, la vieja tentación. Quizá no haya esperanzas para el cuerpo de Zenia, pero el cuerpo no es el único factor. Podría acoger a Zenia en su casa, como la vez anterior. Podría ayudarla a prepararse para la transición, podría rodearla de luz, podrían meditar juntas...

—O tal vez me quite de en medio yo misma —dice Zenia con suavidad—. Con pastillas o algo. De todas maneras estoy sentenciada. ¿Por qué esperar?

Los sentimientos familiares se agolpan en la garganta de Charis. «Oh, no, debes intentarlo, debes buscar lo positivo...». Abre la boca para formular la invitación, «Sí, ven», pero algo se lo impide. Es la manera en que Zenia la está mirando: una mirada muy atenta, la cabeza ladeada. Un pájaro observando a un gusano.

—¿Por qué me engañaste con lo del cáncer? —dice.

Zenia se echa a reír. Se incorpora en el asiento. Debe de saber que ha perdido, que Charis no se creerá que tenga sida.

—Muy bien —dice—. Será mejor que lo resolvamos de una vez. Digamos sencillamente que yo quería que me dejaras entrar en tu casa, y me pareció la manera más rápida.

—Fue una ruindad —dice Charis—. Me lo creí todo. Estaba muy preocupada por ti. ¡Intenté salvarte!

—Sí —dice Zenia en tono jovial—. Pero no te preocupes, yo también sufrí. Si hubiera tenido que beber un vaso más de aquel asqueroso zumo de col me habría caído muerta. ¿Sabes lo que hice en cuanto llegué a tierra firme? A la primera oportunidad, fui y me comí un gran plato de patatas fritas con un hermoso filete muy poco hecho. Habría podido inhalarlo. ¡No sabes qué hambre tenía de carne roja!

—Pero realmente estabas enferma, algo tenías —dice Charis, esperanzada. Las auras no mienten, y el aura de Zenia estaba enferma. Además, no quiere pensar que todas aquellas hortalizas se desperdiciaron.

—Hay un truco que deberías conocer —dice Zenia—. Si eliminas toda la vitamina C de tu dieta aparecen los primeros síntomas del escorbuto. Hoy en día

nadie piensa en el escorbuto, no en el siglo xx, así que no lo detectan.

—¡Pero yo te daba montones de vitamina C! —dice Charis.

—Prueba a meterte un dedo por la garganta —dice Zenia—. Hace maravillas.

—Pero ¿por qué? —dice Charis, desvalida—. ¿Por qué lo hacías? —Se siente muy defraudada; defraudada de su propia bondad, de su voluntad de servicio. Menuda tonta.

—Por Billy, naturalmente —dice Zenia—. Nada personal, tú fuiste simplemente el medio. Quería llegar a él.

—¿Porque estabas enamorada de él? —dice Charis. Eso al menos sería comprensible, al menos habría un aspecto positivo, porque el amor es una fuerza positiva. Charis comprendería que se hubiera enamorado de Billy.

Zenia se echa a reír.

—Eres una romántica incurable —dice—. A tu edad, ya tendrías que saber cómo es el mundo. No, no estaba enamorada de Billy. Aunque el sexo era divertido.

—¿Divertido? —dice Charis. En su experiencia, el sexo nunca era divertido. O no era nada, o era doloroso; o bien era abrumador, y la ponía en peligro; por eso lo ha evitado durante todos estos años. Pero no «divertido».

—Sí, es posible que te sorprenda —dice Zenia—, pero algunas personas lo encuentran divertido. Tú no, ya me doy cuenta. Por lo que decía Billy, no reconocerías la diversión aunque te dieras de narices con ella. Estaba tan hambriento de buen sexo que se me echó encima apenas puse los pies en aquella patética choza en que vives. ¿Qué crees que hacíamos cuando tú te ibas a dar aquellas tediosas clases de yoga? ¿O cuando estabas abajo preparándonos el desayuno, o fuera, dando de comer a aquellas gallinas descerebradas?

Charis sabe que no debe llorar. Es posible que Zenia fuera «sexo», pero Charis era «amor», para Billy.

—Billy me amaba —dice con incertidumbre.

Zenia sonríe. Su nivel de energía ahora es alto, su cuerpo está zumbando como una tostadora estropeada.

—Billy no te amaba —dice—. ¡Despierta de una vez! ¡Tú eras cama y comida gratis! Vivía a tu costa aunque tenía su propio dinero; se dedicaba a vender hachís, pero supongo que eso nunca te pasó por la cabeza. El creía que eras una vaca, si quieres saberlo. Creía que eras tan estúpida que darías a luz a un idiota. Creía que eras un chocho atontado, para ser precisa.

—Billy nunca diría una cosa así —dice Charis. Tiene la sensación de que la están envolviendo en una apretada red de afilados alambres al rojo. Las delgadas líneas de quemadura le cortan la piel.

—Decía que hacer el amor contigo era como follarse un nabo —prosigue Zenia, implacable—. Ahora escúchame, Charis. Lo digo por tu propio bien. Te conozco, y me imagino lo que has estado haciendo durante todo este tiempo. Ponerte cilicios. Jugar a ser una ermitaña. Fantasear a propósito de Billy. Para ti, Billy solo es una

excusa; te permite esquivar tu vida. Renuncia a él. Olvídalo.

—No puedo olvidarlo —dice Charis con un hilo de voz. ¿Cómo puede permanecer allí sentada mientras Zenia hace trizas a Billy? El recuerdo de Billy. Si eso se pierde, ¿qué le queda de todo ese tiempo? Nada. Un vacío.

—Hazme caso, no se lo merece —dice Zenia. Parece exasperada—. ¿Sabes por qué fui allí, en realidad? Para captar a Billy. Y créeme, resultó fácil hacerlo.

—¿Para captarlo? —dice Charis. Apenas puede concentrarse; tiene la sensación de que la están abofeteando, primero en un lado de la cara y después en el otro. «Poner la otra mejilla». Pero ¿cuántas veces?

—Captarlo como soplón —dice Zenia, como si se lo explicara a una niña—. Una vez captado como confidente, Billy volvió a Estados Unidos y se chivó de todos sus amiguitos de ideas incendiarias, los que aún seguían allí.

—No te creo —dice Charis.

—Me da igual que me creas o no —dice Zenia—. De todos modos es verdad. Entregó a sus amigos para librarse él del aprieto y sacar un poco de dinero, de paso. Le pagaron con una nueva identidad y un sórdido empleo como espía de tercera. Aunque no se le daba muy bien. La última vez que me crucé con él, en Baltimore o un sitio así, estaba bastante desilusionado. Era un borracho quejumbroso y derrotado, aficionado al ácido y, además, calvo.

—Tú se lo hiciste —susurra Charis—. Le arruinaste la vida. —El dorado Billy.

—Tonterías —dice Zenia—. Eso mismo decía él, pero ni siquiera tuve que presionarlo. Me limité a explicarle qué opciones tenía: para Billy, era eso u otra cosa bastante peor. En el mundo real, la mayoría de la gente elige salvar el propio pellejo. Se puede contar con ello, nueve veces de cada diez.

—Eras de la Policía Montada —dice Charis. Esto es lo más difícil de creer. Es incongruente. Zenia en el bando de la ley y el orden.

—No exactamente —dice Zenia—. Siempre he sido un agente libre. Billy fue una especie de oportunidad que vi. Aquellos santurrones grupos de ayuda a los desertores estaban infiltrados hasta las axilas, y yo tenía contactos, así que pude echarles un vistazo a los expedientes. Te recordaba de McClung Hall, porque también tenían un expediente sobre ti, aunque les dije que era un desperdicio de papel y del dinero de los contribuyentes, era como tener un expediente sobre un bote de jalea, y me figuré que tú también te acordarías de mí. No me fue difícil ponerme un ojo a la funerala y presentarme en tu clase de yoga. ¡Tú hiciste todo lo demás! Ahora, si no te importa, tengo que vestirme, tengo cosas que hacer. Billy vive en Washington, por cierto. Si quieres organizar una alegre reunión con él y con la hija a la que no ha visto nunca, con mucho gusto te daré su dirección.

—Creo que no —dice Charis. Le tiemblan las piernas; por unos instantes, tiene miedo de ponerse en pie. Billy yace hecho añicos en su cabeza. «Borra la cinta», se dice, pero la cinta no quiere borrarse. Charis se da cuenta de que no tiene armas, ningún arma que le sirva contra Zenia. Lo único que tiene de su parte es el deseo de

ser buena, y la bondad es una ausencia, es la ausencia de mal, mientras que Zenia tiene la historia real.

Zenia encoge los hombros.

—Como quieras —dice—. Yo en tu lugar, lo tacharía de mi lista.

—No creo que pueda —dice Charis.

—Tú misma —dice Zenia. Se levanta del sofá, abre el armario y empieza a examinar sus vestidos.

Todavía hay una cosa que Charis quiere saber, y reúne todas sus fuerzas para hacer la pregunta.

—¿Por qué mataste a mis gallinas? —dice—. No le hacían daño a nadie.

—Yo no maté tus jodidas gallinas —dice Zenia, y se vuelve hacia ella. Parece divertida—. Las mató Billy. Y disfrutó haciéndolo, además. Salió de puntillas antes del amanecer, cuando aún estabas en el país de los sueños, y les cortó el cuello con el cuchillo del pan. Dijo que les hacía un favor, vista la manera en que las tenías encerradas en aquel asqueroso gallinero. Pero la verdad es que las odiaba. Y no solo eso: se rio con ganas al pensar en la cara que pondrías cuando fueras al gallinero y las encontraras. Como una especie de broma pesada. Le parecía divertidísimo.

Algo se rompe en el interior de Charis. La ira se apodera de ella. Quiere apretar a Zenia por el cuello, apretar y apretar hasta que la vida de Charis, la vida que ella se ha imaginado, todas las cosas buenas de su vida que Zenia se ha bebido, broten de ella como agua de una esponja. La violencia de su reacción la consterna, pero ha perdido el dominio de sí. Nota el cuerpo lleno y rodeado de una luz blanca incandescente; lenguas de fuego surgen de ella.

Después se encuentra detrás de las cortinas estampadas, junto a la puerta del balcón, fuera de su cuerpo, mirando. Su cuerpo sigue allí. Ahora lo controla otra persona. Es Karen. Charis la ve, un núcleo oscuro, una sombra de cabello largo y enmarañado. Ha crecido, se ha vuelto enorme; durante todo este tiempo, todos estos años, ha estado esperando un momento así, un momento en el que pudiera volver a ocupar el cuerpo de Charis y utilizarlo para asesinar. Adelanta las manos de Charis hacia Zenia, manos que centellean con una luz azul; es irresistiblemente fuerte, se abalanza sobre Zenia como un vendaval silencioso, la empuja hacia atrás, hacia la puerta del balcón, y fragmentos de vidrio roto se esparcen como hielo. Zenia es púrpura y roja y brilla como las joyas pero no es rival para la sombría Karen. Esta la alza en vilo —Zenia es liviana, está hueca, está carcomida por la enfermedad y podrida por dentro, es insustancial como el papel— y la arroja por encima de la barandilla del balcón; la ve caer agitando los brazos, se desploma desde lo alto de la torre, choca contra el borde de la fuente, estalla como una calabaza madura. Oculta tras las cortinas estampadas, Charis grita quejumbrosa: «¡No! ¡No!». No quiere que se derrame la sangre, que los perros devoren los restos en el patio, ella no quiere eso. ¿O sí?

—De todas maneras, es historia antigua —dice Zenia en tono de conversación.

Charis vuelve a estar en su propio cuerpo, lo domina, lo desplaza hacia la puerta. Después de todo, no ha ocurrido nada. Está claro que no ha ocurrido nada. Se vuelve y mira a Zenia. De ella irradian líneas negras, como los filamentos de una telaraña. No. Las líneas negras convergen en ella, se cierran sobre ella; pronto estará enredada. En el centro de ellas aletea su alma, una polilla pálida. Zenia tiene alma, después de todo.

Charis reúne todas sus fuerzas, toda su luz interior; recurre a ella para lo que tiene que hacer, porque exigirá mucho esfuerzo. A pesar de todo lo que Zenia haya podido hacer, por maligna que haya sido, necesita ayuda. Necesita ayuda de Charis, en el plano espiritual.

La boca de Charis se abre.

—Te perdono —se oye decir ella misma.

Zenia se echa a reír, enojada.

—¿Quién te has creído que eres? —dice—. ¿Por qué habría de importarme una mierda si me perdonas o no? ¡Métete tu perdón donde te quepa! ¡Búscate un hombre! ¡Procúrate una vida!

Charis ve su vida como debe de verla Zenia: una caja de cartón vacía, volcada al lado de la carretera, sin nadie dentro. Nadie de quien valga la pena hablar. En cierto modo, esto es lo que más le duele.

Invoca su geoda de amatista, cierra los ojos, ve el cristal.

—Ya tengo una vida —dice. Yergue la espalda y acciona el tirador de la puerta, conteniendo las lágrimas.

Está cruzando el vestíbulo con paso inestable, hacia la puerta principal, cuando se le ocurre por primera vez que quizá Zenia ha mentido. Quizás ha mentido en lo de Billy, en lo de las gallinas, en todo lo que ha dicho. Ya le ha mentido antes, y de un modo igual de convincente. ¿Por qué no habría de hacerlo ahora?

Roz se inclina hacia un lado y le da un achuchón a Charis con un solo brazo.

—Pues claro que mentía —dice—. Billy no diría una cosa así. —¿Qué sabe ella de Billy? Ni pizca, no lo vio jamás, pero está dispuesta a concederle el beneficio de la duda, porque total ¿qué le cuesta?, y además quiere animar un poco la situación—. Zenia es maliciosa. Dice esas cosas porque le da la gana. Solo quería molestarte.

—Pero ¿por qué? —pregunta Charis, al borde del llanto—. ¿Por qué lo dijo? Estuvo muy negativa. Me dolió de verdad. Ahora no sé qué pensar.

—No te preocupes, cielo —dice Roz, y la abraza otra vez—. ¡Que se vaya a la porra! No la invitaremos a nuestras fiestas de cumpleaños, ¿te parece?

—Por el amor de Dios —dice Tony, porque Roz siempre se pasa y la escena empieza a resultar demasiado infantil para el gusto de Tony—. ¡Esto es grave!

—Sí —dice Roz, dominándose—. Ya lo sé.

—Yo tengo una vida —dice Charis, y parpadea con los ojos cargados de lágrimas.

—Tienes una rica vida interior —dice Tony con firmeza—. Más que la mayoría. —Hurra en su bolso, encuentra un arrugado pañuelo de papel y se lo ofrece a Charis. Charis se suena.

—Ahora me toca a mí —dice Roz—. La señora Madura Entrada en Carnes enfrentada a la Reina de la Noche. Como diversión, la cosa no obtuvo un diez sobre diez.

Roz está en su despacho, paseando de un lado a otro. Encima de la mesa hay un montón de expedientes, tanto de proyectos como de organizaciones benéficas: los Hígados, los Riñones, los Pulmones y los Corazones claman por su atención, por no hablar de las Mujeres sin Techo ni de las Esposas Maltratadas, pero todos tendrán que esperar, porque para dar primero hay que ganar, y el dinero no crece en los árboles. Se supone que en estos momentos está estudiando el proyecto Rubicón, presentado por Lookmakers. «Lápices de labios para los años noventa» es el concepto que proponen; pero Roz no puede hincarle el diente, está demasiado preocupada. ¿Preocupada? ¡Frenética! Su cuerpo es un hervidero de hormonas, su cabeza es como un túnel de lavado, con todos esos cepillos chirriantes, esos chorros de espuma, que obstruyen la visión. Zenia anda al acecho, ¡y sabe Dios por dónde! En este mismo instante podría estar trepando por la pared del edificio, con ventosas en la planta de los pies, como una mosca.

Roz se ha comido todos los Huevos de Mozart, se ha fumado hasta el último cigarrillo, y uno de los defectos de Boyce, el único en realidad, es que no fuma, así que no puede pedirle tabaco; sus pulmones, si no otra cosa, son tan puros como la nieve. Quizá la nueva recepcionista de la planta baja —¿Mitzi? ¿Bambi?— tenga una cajetilla a mano; podría llamar y preguntárselo, pero eso sería rebajarse demasiado, la Gran Jefa tirándose de los pelos porque no tiene un cigarrillo.

Precisamente ahora no quiere salir del edificio, porque espera una llamada de

Harriet, la detective. Roz le ha pedido que llame todas las tardes a las tres para informarla de sus progresos. Durante los primeros días, lo único que le decía era: «Estamos estrechando el cerco», pero el día anterior hubo un cambio.

—Hay dos posibilidades —le dijo—. Una es el King Eddie, y la otra el Arnold Garden. Las personas con las que hemos podido hablar en cada hotel, las que han tenido la amabilidad de identificar la foto, están seguras de que es ella.

—¿Qué te hace suponer que debes elegir? —dijo Roz.

—¿Perdón? —dijo Harriet.

—Me jugaría cualquier cosa a que tiene una habitación en cada hotel —dijo Roz—. Sería muy propio de ella. Dos nomino, dos habitaciones. —«Todos los zorros cavan una puerta trasera en su madriguera»—. ¿Cuáles son los números de las habitaciones?

—Déjanos hacer unas comprobaciones más —le dijo Harriet con cautela—. Ya te informaré. —Era evidente que visualizaba una situación desagradable: Roz entrando a la carga en la habitación de un desconocido, arrojando muebles y acusaciones, echando fuego por los ojos, y Harriet enfrentada a una querrela por haberle dado un número de habitación equivocado.

Así que ahora Roz está hecha un azogue, sea eso lo que sea. Su madre debía de saberlo, porque usaba esa expresión con frecuencia. Hace el propósito de preguntárselo a Boyce, se sacude mentalmente, se sienta ante el escritorio y abre el expediente de «Lápices de labios para los años noventa» en el que Boyce ha anotado sus observaciones. A Roz le gusta ese plan comercial, le gustan sus posibilidades; pero Boyce tiene razón, el nombre no es apropiado, porque también querrán lanzar otros productos, aparte de los lápices de labios. Una sombra de ojos que además redujera la hinchazón de los párpados sería revolucionaria, ella misma la compraría, y si ella compraría una cosa es seguro que muchas otras mujeres también lo harían, si el precio fuera adecuado. Por otra parte, la referencia a los años noventa debe suprimirse. Los noventa no han sido demasiado buenos hasta el momento, aunque solo ha transcurrido un año, así que no conviene poner de relieve el hecho de que todo el mundo está atrapado en ellos.

No, Roz está de acuerdo —después de leer las pulcras anotaciones de Boyce en los márgenes de la propuesta, este chico tiene verdadero talento— en que deben optar por el viaje en el tiempo, por la historia con H mayúscula, aprovechando las connotaciones de los ríos. A las mujeres siempre les resulta más fácil imaginarse en plena aventura romántica cuando se sitúan en otra época, una época sin inodoros, *jacuzzis* ni molinillos de café eléctricos, una época en la que criados tuberculosos y prematuramente arrugados tenían que lavar a mano los calzoncillos de los señores, si los usaban, vaciar los orinales y calentar el agua en enormes calderos, en mugrientas cocinas infestadas de ratas, y aplastar los granos de café con los pies como si fueran uvas. Roz se queda con los electrodomésticos, sin dudarlos un instante. Electrodomésticos con garantía y un servicio de confianza que venga dos veces por

semana.

En cuanto a los anuncios, Roz los quiere con muchas puntillas. Puntillas y una máquina de viento que haga ondear el cabello de las modelos para crear una imagen de crisis dramática, tipo incendio de Charleston. Para eso conviene fotografiar a las modelos en ángulo, con la cámara inclinada hacia arriba. Un efecto estatuario, monumental, siempre y cuando no se les vea el interior de la nariz, que es el defecto que Roz siempre les ha visto a los héroes ecuestres en bronce. Además, se le ha ocurrido otro nombre de río, otro color: «Athabasca». Una especie de bronce rosado. Entre la congelación y la insolación. Que es como se pone una en el norte sin crema protectora.

Suena el teléfono y Roz casi se le echa encima.

—Harriet —dice Harriet—. Es el Arnold Garden con toda seguridad, habitación 1409. He ido yo misma y me he vestido de doncella para subir unas toallas. No cabe duda.

—Estupendo —dice Roz, y anota el número de la habitación.

—Hay otra cosa que debes saber —dice Harriet—. Antes de que te metas allí de cabeza.

—¿Qué? ¿Antes de que me meta en un berenjenal? —dice Roz con impaciencia—. ¿De qué se trata?

—Parece ser que tiene una aventura o algo así con..., bueno, con un hombre mucho más joven. Según nuestra fuente, él la ha visitado en su habitación casi todos los días.

¿Por qué Harriet se muestra tan gazmoña?, piensa Roz.

—No me extraña en absoluto —dice—. Zenia es capaz de todo, incluso de cometer infanticidio. Siempre que el muchacho sea rico.

—Lo es —dice Harriet—. Por así decirlo. O lo será. —En su voz hay una nota de vacilación.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —dice Roz—. ¿Me importa un pito con quién se acueste!

—Me pediste que lo averiguara todo —dice Harriet en tono de reproche—. No sé cómo decírtelo. Parece ser que el joven en cuestión es tu hijo.

—¿Qué? —dice Roz.

Después de colgar, coge el bolso, baja en el ascensor y enfila la acera a un trote rápido, lo más parecido a correr de que ella es capaz con esos malditos zapatos. Se dirige a la tienda más próxima, compra tres paquetes de Du Maurier y rasga el envoltorio de uno con dedos temblorosos, y enciende un cigarrillo tan deprisa que está a punto de incendiarse el cabello. ¡Matará a Zenia, la matará! ¡Qué atrevimiento, qué descaro, qué consumado mal gusto ir a por el pequeño e indefenso Larry, Larry el hijo de Mitch, después de cargarse a su padre! Bien, como si se lo hubiera cargado. «¡Métete con alguien de tu tamaño!». Y Larry, una presa fácil, el pobrecito; tan solo, tan desorientado. Seguramente recuerda a Zenia de cuando él tenía quince años;

seguramente estuvo medio enamorado de ella, en sus fantasías masturbatorias. Seguramente la considera atractiva, afectuosa, comprensiva. Zenia es muy hábil en el apartado de atractivo y comprensión. Además, le contará unas cuantas historias de mala suerte y él creerá que son dos huérfanos de la tormenta, dos almas gemelas. ¡Roz no soporta pensarlo!

El humo se difunde por su organismo y al cabo de un rato se siente más calmada. Regresa a la oficina con la cabeza hirviendo a fuego lento. ¿Qué, exactamente, qué «coño» se supone que debe hacer ahora?

Llama a la puerta de Boyce.

—¿Boyce? ¿Te importaría escucharme unos minutos? —dice.

Boyce se levanta cortésmente y le ofrece un asiento.

—Pedid y se os dará —dice—. Dios.

—A quién se lo cuentas —dice Roz—. Aunque últimamente Dios no me está dando muy buenos resultados en el apartado de respuestas. —Se sienta, cruza las piernas y acepta la taza de café que Boyce le proporciona. La raya del cabello de Boyce es tan recta que casi resulta dolorosa, como si estuviera trazada a cuchillo. Su corbata tiene un estampado de patitos—. Permíteme que te exponga un caso hipotético —añade.

—Soy todo oídos —dice Boyce—. ¿Tiene algo que ver con los lápices de labios?

—No —dice Roz—. Es un cuento. Érase una vez una mujer que estaba casada con un tipo que solía tontear por ahí.

—¿Es alguien que yo conozca? —dice Boyce—. El tipo, quiero decir.

—Con otras mujeres —prosigue Roz con firmeza—. Bien, esta mujer lo soportaba a causa de los niños, y además esas cosas nunca duraban mucho porque las otras mujeres solo eran juguetes sexuales mecánicos, o eso decía siempre el hombre. Según él, nuestra heroína era su único amor verdadero, la niña de sus ojos, el fuego del hogar y todo eso. Entonces, un día apareció una muñeca, perdón, una «persona», más o menos de la misma edad que la mujer en cuestión, pero, debo reconocerlo, bastante más guapa, aunque, ya que estamos los dos solos, te diré que tenía las tetas postizas.

—Llega envuelta en belleza, como la roya —dice Boyce—. Byron.

—Exactamente —dice Roz—. Era lista, además, pero si fuera un tipo habría que llamarlo un cabrón. Me refiero a que no existe una palabra femenina que la describa, porque «zorra» ni siquiera empieza a hacerle justicia. Entonces explica un cuento acerca de que es medio judía, una huérfana de guerra rescatada de los nazis, y nuestra heroína, que es toda corazón, se lo traga y le consigue un empleo. A partir de ahí, la señorita Tetas de Zepelín finge ser la compañera agradecida de nuestra amiga y hace caso omiso de su marido, dando a entender por su lenguaje corporal que lo encuentra menos atractivo que un enano de jardín, lo que, al final, resultó ser la pura verdad.

»Mientras tanto, nuestras dos compinches celebran muchos almuerzos de trabajo juntas, en los que comentan los asuntos mundiales y la situación del negocio.

Después, la damisela empieza a montárselo con el señor Enamoradizo, a espaldas de la señora Bobalicona. Para la señorita Maravilla solo es un “enredo” —peor aún, una táctica—, pero para él es el artículo genuino, la gran pasión de su vida. No sé cómo ella lo consiguió, pero lo consiguió. Teniendo en cuenta que se trataba de él, y que miles de mujeres lo habían intentado en vano antes que ella, lo menos que se puede decir es que fue genial.

—El genio es una capacidad infinita para causar dolor —dice Boyce en tono sombrío.

—Exacto —dice Roz—. Así que esa mujer engaña a todo el mundo para que la pongan al frente del negocio en cuestión, que es una empresa mediana tirando a grande, y antes de que nadie se huela la jugada se ha ido a vivir con el señor Dedos Pegajosos en un nido de amor de diseño, dejando que la legítima se retuerza el afligido corazoncito, cosa que ella hace a conciencia. Pero la pasión mengua, por parte de Vampira, no de él, cuando él se entera de que le está concediendo sus favores a un galán motorista y se lo echa en cara. Así que ella falsifica unos cuantos cheques —utilizando la firma de él, sin duda copiada de incontables notas de amor impregnadas de baba— y desaparece con los caudales. ¿Enfría eso el ardor de nuestro hombre? ¿Tienen alas los burros? Lo que hace es salir corriendo en pos de ella como si tuviera los pantalones conectados al enchufe de la luz.

—Ya conozco el argumento —dice Boyce—. Ocurre en las mejores familias.

—La señora Dedos Ligeros se esfuma —dice Roz—, pero a las primeras de cambio vuelve a aparecer dentro de una lata de sopa. Por lo visto ha sufrido un accidente fatal, y ahora es comida para gato. La entierran en el cementerio, sin que yo..., sin que mi amiga derrame ninguna lágrima, y el señor Apesadumbrado vuelve a casa de su mujercita, que se alza sobre sus patas traseras y se niega a acogerlo. ¿Quién podría reprochárselo? Todo tiene sus límites, ¿no? Así que él, en vez de ir a hacerse mirar la cabeza, que buena falta le hace, o encapricharse de algún nuevo juguete sexual, como tantas veces ha hecho, ¿cómo reacciona? El hombre se muere de amor, no por la señora Doméstica, sino por la señorita Muslos Ardientes; de manera que sale en su velero durante una tempestad y acaba ahogado. Quizás incluso saltó por voluntad propia. ¿Quién sabe?

—Un desperdicio —dice Boyce—. Los cuerpos son mucho más hermosos cuando están vivos.

—Todavía hay más —dice Roz—. Resulta que esa mujer no estaba muerta, después de todo. Solo era una treta. Vuelve a aparecer y esta vez le echa la zarpa al hijo único, al hijo único y bienamado. ¿Te lo imaginas? ¡Ella debe de tener cincuenta años! ¡Le echa la zarpa al hijo de la mujer a la que robó y del hombre al que prácticamente asesinó!

—Esto es truculento —murmura Boyce.

—Escucha, no he escrito yo el guión —dice Roz—. Solo te lo cuento, y no necesito una crítica literaria. Lo que quiero saber es: ¿qué harías tú?

—¿Me lo pregunta a mí? —dice Boyce—. ¿Qué haría yo? En primer lugar, me aseguraría de que realmente se trata de una mujer. Podría ser un hombre disfrazado.

—Esto es serio, Boyce —dice Roz.

—Hablo en serio —afirma Boyce—. Pero lo que realmente me pregunta es qué debería hacer usted. ¿No es eso?

—En pocas palabras —dice Roz.

—La obsesión es la mejor parte del valor —dice Boyce—. Shakespeare.

—¿Lo cual significa?

—Tendrá que ir a verla. —Boyce suspira—. Cantárselas claras. Arme un escándalo. Grite y vocifere. Dígale lo que piensa de ella. Aclare la atmósfera; créame, es necesario. De otro modo, el gusano invisible que vuela en la tormenta descubrirá tu lecho de alegría carmesí y su amor sombrío y secreto tu vida consumirá. Blake.

—Supongo que sí —asiente Roz—. Es solo que no confío en mí misma. ¿Qué es un azogue, Boyce?

—Un metal blanco y brillante como la plata, más pesado que el plomo, que a la temperatura ordinaria se presenta en estado líquido. También llamado mercurio —dice Boyce.

—No es una gran ayuda —protesta Roz.

—Pero es así —dice Boyce.

Roz sale hacia el hotel Arnold Garden. Toma un taxi porque está demasiado excitada para conducir ella misma. Ni siquiera necesita preguntar en recepción, donde se agolpa lo que a ella le parece un grupo de viajantes de comercio; cruza a paso vivo el lamentable vestíbulo, con sus ofensivas butacas de cuero estilo retro, con su chillón arreglo floral de «píntelo usted mismo» que parece sacado de *Canadian Woman*, fecha probable 1984, con su perspectiva del deslucido patinillo y la fuente de hormigón estilo Municipal Moderno visible a través de las puertas de cristal —que es a «jardín» lo que los platos precocinados para microondas son a «comida»—, y se mete directamente en el ascensor tapizado de cuero sintético.

Mientras tanto, no cesa de ensayar: «¿No tuviste bastante con uno? ¿También quieres matar a mi hijo? ¡Quítale las garras de encima!». Se siente como una tigresa que defiende a su cachorro. O eso se rumorea que hacen las tigresas. «¡Soplaré y bufaré —ruge para sus adentros—, y tu casa destruiré!».

Salvo que a Zenia nunca le han interesado mucho las casas. Solo para entrar a robar en ellas.

En el fondo de su mente se dibuja otra situación: ¿qué ocurrirá cuando Larry se entere de lo que Roz ha hecho? Después de todo, él tiene veintidós años. Ya es mayor de edad. Si quiere follarse animadoras de fútbol, perros San Bernardo o vampiresas entradas en años como Zenia, ¿qué tiene que decir su madre, en realidad? Se imagina su mirada de paciente y exasperado desdén, y se arredra.

Llama a la puerta de Zenia: *pom, pom*. El mero hecho de hacer ruido le devuelve las fuerzas. «¡Abre, cerda, vaca, abre y déjame entrar!».

Y clic, clac, clic, clac, alguien se acerca. Se abre un resquicio en la puerta.

—¿Quién es? —pregunta la voz humosa de Zenia.

—Soy yo —dice Roz—. Roz. Y más vale que me abras, porque si no me quedaré aquí y me pondré a gritar.

Zenia abre la puerta. Está arreglada para salir, con el mismo vestido negro de escote bajo que Roz recuerda de el Toxique. Lleva la cara maquillada y el cabello suelto se ondula, se enrosca y se desenrosca por sí mismo en inquietos zarcillos que le rodean la cabeza. Sobre la cama hay una maleta abierta.

—¿Una maleta? —dice Tony—. Yo no vi ninguna maleta.

—Yo tampoco —dice Charis—. ¿Estaba ordenada la habitación?

—Bastante ordenada —dice Roz—. Pero yo fui por la tarde. Después que vosotras. Seguramente había pasado la doncella.

—¿Qué había en la maleta? —dice Tony—. ¿Estaba recogiendo sus cosas? Quizá tenga intención de marcharse.

—Estaba vacía —dice Roz—. Lo miré.

—¡Roz! —dice Zenia—. ¡Vaya sorpresa! Pasa, pasa. ¡Tienes un aspecto magnífico!

Roz sabe que no tiene un aspecto magnífico: de todos modos, «un aspecto magnífico» es lo que se dice de las mujeres de su edad que no están muertas. Zenia, por otra parte, tiene un aspecto realmente magnífico. ¿Es que no envejece nunca?, piensa Roz con amargura. ¿Qué clase de sangre bebe? «Solo una arruga, Dios, solo una arruguita. ¿Tan difícil sería? Explícamelo otra vez: ¿por qué prosperan los malvados?».

Roz no se anda por las ramas.

—¿Cómo se te ocurre enredarte con Larry? —dice—. ¿Es que no tienes..., no tienes escrúpulos?

Zenia se la queda mirando.

—¿Enredarme con Larry? ¡Qué idea más deliciosa! ¿Te lo ha dicho él?

—Lo han visto subir a tu habitación. Más de una vez —dice Roz.

Zenia sonríe con suavidad.

—¿Lo han visto? No me digas que vuelves a tener a esa húngara siguiéndome los pasos. ¿Por qué no te sientas, Roz? Tómate una copa o algo. Nunca he tenido nada contra ti, personalmente. —Se sienta decorosamente en el sofá estampado como si no estuviera sucediendo nada en absoluto; como si fueran dos matronas respetables a punto de tomar el té—. Créeme Roz: mis sentimientos hacia Larry solo son maternos.

—¿Qué quieres decir, maternos? —dice Roz. Se siente estúpida allí de pie, de modo que se instala en el sillón a juego. Zenia busca sus cigarrillos. Encuentra el paquete, lo sacude: vacío—. Toma uno de los míos —dice Roz de mala gana.

—Gracias —dice Zenia—. Me lo encontré por casualidad, en el Toxique. Se acordaba de mí. Es lógico, ¿no? ¿Qué edad debía de tener? ¿Quince años? Quería

hablarme de su padre. ¡Qué conmovedor! Realmente, Roz, creo que no has sido — demasiado franca con él, ¿verdad? Un muchacho necesita saber algo de su padre; algo bueno. ¿No te parece?

—Entonces, ¿qué le has dicho, exactamente? —pregunta Roz con suspicacia.

—Solo lo mejor —dice Zenia, y baja la mirada con modestia—. Creo que a veces redundante en el interés general retocar un poco la verdad, ¿no opinas lo mismo? A mí no me cuesta nada, y parece que el pobre Larry desea un padre al que pueda admirar.

A Roz le cuesta creer lo que está oyendo. De hecho, no lo cree. Tiene que haber más, y lo hay.

—Naturalmente, si esta situación se prolonga demasiado, puede volverse más complicada —dice Zenia—. Quizá me olvide y se me escape una pequeña parte de la verdad. Que el padre del pobre Larry en realidad no era más que un pelmazo y un obseso.

Roz lo ve todo rojo. Lo ve así realmente, una niebla roja le nubla la visión. Una cosa es que ella critique a Mitch, ¡pero que lo critique Zenia es otra muy distinta!

—Lo utilizaste —dice—. Lo limpiaste, lo dejaste seco, ¡y después lo tiraste! Eres la responsable de su muerte, ya lo sabes. Se mató por tu culpa. No creo que estés en situación de juzgar a nadie.

—¿Quieres que te lo cuente? —dice Zenia—. ¿De verdad quieres que te lo cuente? Cuando le dije que lo nuestro no podía funcionar, porque estaba demasiado obsesionado..., mierda, si apenas me dejaba respirar, todo el rato quería controlarme, yo no tenía una vida propia, quería saber qué había desayunado, quería venir conmigo al cuarto de baño cada vez que iba a mear, ¡lo digo en serio!, así que cuando se lo dije ¡estuvo a punto de matarme! Las marcas que me dejó en el cuello me duraron semanas, y menos mal que no dudé en pegarle una patada en los huevos con todas mis fuerzas, para que me soltara. Después se echó a llorar; ¡quería que hiciéramos un estúpido pacto de suicidio, para estar juntos en la muerte! ¡Ah, qué divertido! ¡A la mierda con eso, le dije! Así que no me vengas a echar la culpa. Yo me lavo las manos.

Roz no soporta oírlo, ¡no lo soporta! Pobre Mitch, reducido a eso. Un abyecto llorón.

—Habrías podido ayudarlo —dice—. ¡Necesitaba ayuda! —Roz también habría podido ayudarlo, por supuesto. Y lo habría hecho, si lo hubiera sabido. ¿No es verdad?

—No seas gazmoña —dice Zenia—. Tendrías que darme una medalla por habértelo quitado de encima. Mitch era una sanguijuela enferma. Lo que quería de mí era el numerito sexual: quería que lo atara, quería que me pusiera ropa interior de cuero, y otras cosas, cosas que jamás te hubiera pedido a ti porque creía que tú eras su santa esposa. Los hombres se vuelven así, a partir de cierta edad, pero lo suyo era demasiado. No te cuento ni la mitad, ¡era ridículo!

—Tú lo indujiste —dice Roz, que a estas alturas siente deseos de salir corriendo

de la habitación. Es demasiado humillante, para Mitch. Lo disminuye demasiado. Es demasiado doloroso.

—Las mujeres como tú me ponéis enferma —dice Zenia, irritada—. Siempre lo has poseído todo. Pero a él no lo poseías, ¿sabes? ¡No era una propiedad otorgada por Dios! ¿Crees que tenías derechos sobre él? ¡Nadie tiene ningún derecho, excepto lo que puede conseguir!

Roz respira hondo. Si pierde el dominio de sí, pierde el combate.

—Es posible —dice—. Pero eso no altera el hecho de que te lo comiste para desayunar.

—Tu problema, Roz —dice Zenia, con más suavidad—, es que nunca le concediste el menor crédito. Siempre lo consideraste una víctima de las mujeres, como cera en sus manos. Lo tratabas como a un bebé. ¿Nunca se te ocurrió pensar que Mitch era responsable de sus actos? Tomaba sus propias decisiones, y tal vez esas decisiones no tenían mucho que ver conmigo, ni tampoco contigo. Mitch hacía lo que quería hacer. Corría sus propios riesgos.

—Tú marcaste las cartas —dice Roz.

—Oh, por favor —dice Zenia—. Hacen falta dos para bailar el tango. Pero ¿por qué discutir por Mitch? Mitch está muerto. Volvamos al asunto principal. Tengo que hacerte una proposición: quizá, por el bien de Larry, debería irme de la ciudad. Larry no sería el único motivo; seré sincera contigo, Roz, de todos modos tengo que irme de aquí. En esta ciudad corro cierto peligro, así que te lo pido también en nombre de los viejos tiempos. Pero en estos momentos mis finanzas no me lo permiten; no te ocultaré que mi situación empieza a ser muy apurada. Me iría como una flecha si tuviera, digamos, un billete de avión y un poco de dinero para gastos.

—Pretendes hacerme chantaje —dice Roz.

—No nos pongamos desagradables —dice Zenia—. Seguro que ves la lógica.

Roz vacila. ¿Debería comprar a Zenia, debería pagarle para que se fuera? ¿Y si no se va? ¿Con qué exactamente la amenaza? Larry ya no es un niño; debe de haber deducido muchas cosas acerca de Mitch.

—Creo que no —dice lentamente—. Yo tengo una propuesta mejor. ¿Y si te marchas de todos modos? Aún podría acusarte de desfalco, ya sabes. Y está el asunto de los cheques falsificados.

Zenia frunce el entrecejo.

—El dinero es demasiado importante para ti, Roz —dice—. Lo que en realidad te ofrecía era protección para ti. No para Larry. Pero no merece la pena protegerte. He aquí la auténtica verdad, pues: sí, me acuesto con Larry, pero eso solo es un detalle secundario. Larry no es principalmente mi amante; Larry es principalmente mi proveedor. Me extraña que tu inepta detective privada no lo haya descubierto, y me extraña muchísimo que no lo hayas descubierto tú. Tal vez no seas guapa, pero antes eras lista. Tu niño de mamá se dedica a inflar su ego haciendo negocios con cocaína, la droga recreativa preferida por los *yuppies*. Vende cocaína a sus amigos

acomodados. Y no creas que él se abstiene de probarla: serás afortunada si al final le queda algo de nariz. ¿Qué supones que hace en el Toxique, noche tras noche? ¡Todo el mundo sabe que allí se trafica! No lo hace solo por el dinero: ¡la verdad es que le gusta! ¿Y sabes qué es lo que más le gusta? ¡Escabullirse a tus espaldas! ¡Tener engañada a mamá! De tal palo, tal astilla. Ese chico tiene un problema, Roz, y su problema eres tú.

Roz se ha quedado yerta. No quiere creer lo que oye, pero algunas cosas suenan a ciertas. Recuerda el sobrecito que encontró, lleno de un polvo blanco, recuerda los misterios de Larry, las lagunas que hay en su vida que ella es incapaz de llenar, y el miedo vuelve a invadirla, junto con una buena ración de culpa. ¿Ha sido demasiado protectora? ¿Intenta Larry escapar de ella? ¿Es una madre devoradora? Peor: ¿es Larry un adicto sin remedio?

—Así que, yo en tu lugar, me lo pensaría dos veces —dice Zenia—. Porque si tú no quieres pagar por la información, hay otros que pagarán. Serían unos bonitos titulares, ¿verdad? «Hijo de prominente ciudadana encarcelado por drogas tras una redada en un hotel». No me costaría nada organizado. Larry confía en mí. Cree que lo necesito. Solo tengo que silbar y tu hijito vendrá corriendo con los bolsillos llenos. Es muy simpático, ya sabes. Tiene un culo precioso. Seguro que sabrán apreciarlo, en el trullo. ¿Cuánto les echan ahora? ¿Diez años?

Roz está estupefacta; no es capaz de asimilarlo todo. Se levanta de la silla y se acerca a la doble puerta de cristales que da al balcón. Desde allí ve un fragmento de la fuente, abajo, una franja en forma de luna nueva. Todavía no la han vaciado; parduscas hojas muertas flotan en el agua. Probablemente el hotel anda escaso de personal, por la recesión.

—Tengo que hablar con él —dice.

—Yo de ti no lo haría —dice Zenia—. Se dejará llevar por el pánico y hará algo precipitado. Es un aficionado, se delatará. Y en estos momentos les debe a sus proveedores una buena suma de dinero. Sé quiénes son y te aseguro que no son gente agradable. No les gustará que tire el material por el váter. No lo cobrarán, y por regla general eso les molesta mucho. Tampoco les gustan las personas que caen en manos de la policía y hablan de ellos. No se andan con chiquitas. Tu hijo podría pillarse los dedos. De hecho, podría acabar tirado en una zanja, con algunas partes del cuerpo cortadas.

Esto no puede estar ocurriendo realmente, piensa Roz. ¿El dulce, el responsable Larry, en su habitación de adolescente con sus trofeos de la escuela y sus láminas de veleros? Zenia es una embustera, se recuerda. Pero no puede permitirse hacer caso omiso de sus amenazas, porque ¿y si por una vez dice la verdad?

Pensar en Larry muerto le resulta insoportable. Jamás podría superarlo. Este pensamiento le traspasa el corazón como una esquirla de hielo; al mismo tiempo, tiene la sensación de haber sido transportada a algún horrible culebrón de la tarde, lleno de iniquidades ocultas, intrigas siniestras y planos chapuceros.

Podría atacar a Zenia por la espalda, darle en la cabeza con una lámpara o algo así. Atarla con unas medias. Simular que ha sido víctima de un asesinato sexual. Ha leído bastantes novelas baratas de este tipo, y sabe Dios que resultaría verosímil, es justo la clase de final sórdido que una mujer como Zenia merece. Roz puebla la habitación de detectives, detectives fumadores de puros que espolvorean los muebles en busca de huellas dactilares, huellas dactilares que ella se habrá cuidado bien de borrar...

—No llevo el talonario encima —dice—. Tendrá que ser mañana.

—Que sea en efectivo —dice Zenia—. Cincuenta mil, y te sale barato; si no hubiera una recesión te pediría el doble. En billetes pequeños y usados, por favor; puedes mandármelo por mensajero antes de mediodía. Pero no aquí; te llamaré por la mañana para decirte dónde. Ahora, si no te importa, tengo un poco de prisa.

Roz baja en el ascensor. De repente le ha entrado un tremendo dolor de cabeza, y además se siente enferma. Son el miedo y la rabia, que hierven en su interior como una cena con salmonela. «Entonces, Dios, ¿es culpa mía o qué? ¿Es la cruz que he de llevar? ¿De modo que me diste con una mano y ahora me lo quitas con la otra? ¡O tal vez creas que es una broma!». Se le ocurre, no por primera vez, que si todo forma parte del Divino Plan es que Dios debe de tener un sentido del humor muy retorcido.

—¿Qué piensas hacer? —dice Tony.

—Pagar —dice Roz—. ¿Qué alternativa tengo? Además, solo es dinero.

—Podrías hablar con Larry —dice Tony—. Después de todo, Zenia miente como respira. Quizá se lo ha inventado todo.

—Primero pagaré —dice Roz—. Después Zenia subirá a un avión. Después hablaré con Larry. —Se le ocurre que Tony no siempre capta cómo son las cosas, con los hijos. Incluso si hubiera un cinco por ciento de verdad en esa historia sería demasiado; Roz no puede correr ese riesgo.

—Pero ¿qué vamos a hacer con ella? —dice Charis.

—¿Con Zenia? —dice Roz—. A partir de mañana estará en otro sitio. Personalmente, me gustaría eliminarla de un modo definitivo, como una verruga, pero no creo que pueda ser. —Coge la vela, en su soporte de vidrio rojo, y enciende otro cigarrillo. Charis emite una tosecita tímida y agita la mano para aventar el humo.

—No veo que podamos hacer nada acerca de Zenia —dice Tony con lentitud—. No podemos hacer que desaparezca. Aunque se vaya, volverá cuando le dé la gana. Es un hecho de la vida. Sencillamente, es algo que está ahí, como el clima.

—Quizá deberíamos dar gracias —dice Charis—. Y pedir ayuda.

Roz se echa a reír.

—Gracias ¿por qué? «Gracias, Dios mío, por haber creado a Zenia, pero la próxima vez no te molestes».

—No —dice Charis—. Porque ella se va y nosotras seguimos bien. ¿No es verdad? Ninguna de nosotras ha cedido. —No sabe expresarlo con más exactitud. Lo que quiere decir es que han sido tentadas, las tres, pero no han sucumbido. Sucumbir habría sido matar a Zenia, ya fuera física o espiritualmente. Y matar a Zenia habría significado convertirse en Zenia. Otra manera de sucumbir habría sido crearla, abrirla la puerta, dejarse engañar por ella, dejar que las destrozara. Las ha destrozado en parte, pero eso ha sido porque no han hecho lo que ella quería—. Lo que quiero decir es...

—Creo que sé qué quieres decir —dice Tony.

—Sí —dice Roz—. O sea que, demos gracias. Siempre estoy a favor de eso. ¿A quién le damos las gracias y cómo lo hacemos?

—Con una libación —dice Charis—. Aquí tenemos todo lo necesario, incluso la vela. —Alza su copa, en la que aún quedan un par de centímetros de vino blanco, y derrama unas gotas sobre los restos rosados de su surtido de helados. A continuación, inclina la cabeza y cierra los ojos durante unos instantes—. He pedido ayuda —dice—. Para las tres. Ahora vosotras. —También ha pedido perdón, igualmente para las tres. Le ha parecido adecuado, pero no sabría decir por qué, así que no lo menciona.

—No acabo de verlo claro —dice Roz. Comprende la necesidad de una celebración, y espera que no sea prematura, pero le gustaría saber a qué Dios están

invocando (o más bien a qué versión de Dios) para protegerse de los rayos vengadores de los demás. Pero derrama un poco de vino. Tony hace lo mismo, con una sonrisa un poco tensa, su sonrisa de «muérdete la lengua». Si viviéramos hace trescientos años, piensa, nos quemarían a las tres en la pira. Pero Zenia la primera. Sin duda alguna, Zenia la primera.

—¿Eso es todo? —dice.

—A mí me gusta espolvorear un poco de sal sobre la llama —dice Charis, y así lo hace.

—Espero que no nos mire nadie —dice Roz—. A este paso, ¿cuánto tardaremos en convertirnos en tres vejestorios chiflados? —Se siente un poco eufórica; quizá sea la codeína de las pastillas que tomó para el dolor de cabeza.

—No mires ahora —dice Tony.

—Ser un vejestorio no está tan mal —dice Charis—. La edad solo es una actitud. —Contempla la llama de la vela con una mirada soñadora.

—Explícaselo a mi ginecólogo —dice Roz—. Lo que pasa es que tú quieres ser un vejestorio para preparar pociones.

—Ya lo hace —dice Tony.

De súbito Charis se yergue en el asiento. Abre mucho los ojos. Se lleva una mano a la boca.

—Charis —dice Roz—. ¿Qué ocurre, cariño?

—Oh, Dios mío —dice Charis.

—¿Se está asfixiando? —dice Tony. Puede que haya sufrido un ataque al corazón, o algo así—. ¡Dale unos golpes en la espalda!

—No, no —dice Charis—. ¡Es Zenia! ¡Está muerta!

—¿Qué? —dice Roz.

—¿Cómo lo sabes? —dice Tony.

—Lo he visto en la llama —dice Charis—. La he visto caer. Ha caído en el agua. ¡Lo he visto! ¡Está muerta! —Charis empieza a llorar.

—Cariño, ¿estás segura de que no has visto sencillamente lo que deseabas ver? —dice Roz con delicadeza. Pero Charis está demasiado absorta en su pesar para prestarle atención.

—Vamos —dice Tony—. Iremos al hotel y lo comprobaremos. De otro modo —le dice a Roz por encima de Charis, que ha hundido la cabeza entre las manos y la menea de un lado a otro—, ninguna de las tres podrá dormir bien esta noche. —Y es verdad: Charis estará preocupada por la muerte de Zenia, y Tony y Roz estarán preocupadas por Charis. Vale la pena hacer un breve viaje en coche para impedirlo.

Mientras se ponen las chaquetas, mientras Roz paga la cuenta, Charis sigue sollozando silenciosamente. En parte es por la conmoción; el día entero ha sido una conmoción, y esto es una conmoción aún mayor. Pero en parte es porque ha visto más de lo que ha dicho. No solo ha visto caer a Zenia, una silueta oscura girando en el aire, los cabellos extendidos como plumas, el arco iris de su vida como una gasa gris

que se desprendía de ella, Zenia encogiéndose hasta apagarse. También ha visto que alguien la empujaba. Alguien ha empujado a Zenia por encima de la barandilla.

Aunque no pudo verlo con claridad, Charis cree saber quién fue. Fue Karen, que de algún modo se quedó atrás; que se quedó escondida en la habitación de Zenia, que esperó hasta que Zenia abrió la puerta del balcón y entonces se le acercó por detrás y la empujó al vacío. Karen ha asesinado a Zenia, y la culpa es de Charis por mantener a Karen aparte, separada de sí misma, por tratar de mantenerla fuera, por no acogerla, y las lágrimas de Charis son lágrimas de culpabilidad.

Por supuesto, solo es una manera de expresarlo. Lo que Charis quiere decir, se explica a sí misma, es que deseaba la muerte de Zenia. Y ahora Zenia está muerta. Un acto espiritual y un acto físico son lo mismo, desde un punto de vista moral. Karen-Charis es una asesina. Tiene las manos manchadas de sangre. Es impura.

Van en el coche de Roz, el pequeño. Se produce cierto retraso mientras Roz trata de encontrar al aparcacoches; como ella le dice en tono de queja al empleado que finalmente se encarga de hacerlo, el Arnold Garden no es precisamente el no va más en cuestión de servicio. A continuación, entran las tres en el vestíbulo. Charis ya ha recobrado el dominio de sí, y Tony mantiene una mano tranquilizadora sobre su brazo.

—Está en la fuente —susurra Charis.

—Chitón —dice Tony—. Enseguida lo veremos. Deja que hable Roz.

—He estado aquí esta tarde, examinando el hotel con vistas a celebrar un congreso, y creo que me he dejado los guantes —dice Roz. Ha llegado a la conclusión de que sería un error decir que buscan a Zenia, por si se da la remota posibilidad de que Charis esté en lo cierto; aunque no es que Roz lo crea ni por un instante, pero aun así... Además, si llaman a la habitación y no responde nadie, ¿qué demostraría eso? Nada que tenga que ver con la muerte. Zenia podría haberse marchado.

—¿Con quién ha hablado? —dice la mujer que hay tras el mostrador.

—Oh, solo ha sido una visita preliminar —dice Roz—. Creo que me los he dejado ahí fuera, en el patio. En el borde de la fuente.

—En esta época del año esa puerta está cerrada —dice la mujer.

—Bien, pues esta tarde no lo estaba —dice Roz en tono beligerante—, así que he salido a echar un vistazo. Me ha parecido un lugar muy apropiado para un cóctel. Sería en el mes de junio. Aquí tiene mi tarjeta.

La tarjeta produce un efecto perceptible.

—Muy bien, señora Andrews, mandaré que lo abran ahora mismo. De hecho, a menudo lo utilizamos para cócteles. También podríamos servir un bufé frío; en verano ponemos mesas. —Le hace una seña al portero.

—¿Podría encender las luces, por favor? —dice Roz—. Puede que los guantes me hayan caído en la fuente. O que el viento los haya hecho caer.

Lo que Roz quiere es que iluminen todo el patio como un árbol de Navidad, para

que Charis vea con plena claridad que allí no hay ni rastro de Zenia. Cruzan las tres las puertas del patio y permanecen juntas, esperando la iluminación.

—Tranquila, cariño, aquí no hay nada —le susurra Roz a Charis.

Pero cuando se encienden las luces, potentes focos desde lo alto y también debajo del agua, ahí está Zenia, flotando boca abajo entre las hojas muertas, los cabellos extendidos como algas.

—Dios mío —musita Tony. Roz sofoca un alarido. Charis no emite ningún sonido. El tiempo se ha plegado sobre sí mismo, la profecía se ha cumplido. Aunque no hay perros. Pero entonces se le ocurre. «Los perros somos nosotras, que lamemos su sangre. En el patio, la sangre de Jezabel». Charis cree que va a vomitar.

—No la toques —dice Tony, pero ella necesita hacerlo. Se inclina hacia delante, extiende la mano y tira, y Zenia gira lentamente, y las mira de hito en hito con sus blancos ojos de sirena.

Aunque en realidad no las mira, porque no puede. Tiene los ojos vueltos hacia el interior de la cabeza: por eso están en blanco, como los ojos de un pez. Lleva varias horas muerta, o al menos eso dicen los policías cuando llegan.

Los del hotel están muy preocupados. Una muerta en la fuente no es la clase de publicidad que les conviene, y mucho menos con lo flojo que anda el negocio. Al parecer creen que todo es culpa de Roz por sugerir que se encendieran las luces, como si fuera esta la causa de que Zenia se haya materializado en la fuente. Pero como le hace ver Roz al portero, la luz diurna habría sido mucho peor: los huéspedes del hotel desayunarían en su habitación, saldrían al balcón para respirar un poco de aire fresco y fumarse un cigarrillo, mirarían hacia abajo y cualquiera puede imaginarse la conmoción que habría entonces.

Como fueron ellas las que encontraron el cuerpo, Tony, Roz y Charis deben esperar en el hotel. Tienen que responder preguntas. Roz se hace cargo de la conversación y se apresura a explicar la historia de los guantes; no sería nada prudente decirle a la policía que acudieron corriendo al hotel Arnold Garden porque Charis había tenido una visión mientras miraba la llama de una vela. Roz ha leído suficientes novelas policíacas para saber que semejante relato dirigiría inmediatamente las sospechas de los investigadores hacia Charis. No solo pensarían que es una chiflada —bueno, objetivamente hablando, Roz lo estimaría lógico—, sino que pensarían que es una chiflada capaz de arrojar a Zenia por el balcón y caer después en la amnesia, seguida de un ataque de culpabilidad productora de visiones psicodélicas.

En el fondo de la mente de Roz hay una brizna de sospecha: tal vez tendrían razón.

Charis tuvo tiempo de sobra para volver al hotel antes de reunirse con ellas en el Toxique a la hora de la cena. Habría podido hacerlo. Y también Tony, que no les ha ocultado sus intenciones asesinas. Y también la propia Roz, para el caso. Sin duda han dejado huellas dactilares por toda la habitación.

Quizá fue alguien del que no saben nada, algún desconocido, uno de esos traficantes de armas que la perseguían o alguno de los misteriosos personajes del cuento que le endilgó a Tony. Pero Roz no da mucho crédito a esta posibilidad. En cambio, existe otra peor, mucho peor: que haya sido Larry. No le faltaría un buen motivo, si Zenia dijo la verdad. Nunca fue un niño violento, prefería alejarse de los otros niños antes que discutir con ellos; pero tal vez Zenia lo amenazaba de alguna manera. Quizás había tratado de hacerle chantaje. Quizá Larry estaba drogado. ¿Qué sabe Roz de su hijo, en realidad, ahora que es adulto? Necesita volver a casa lo antes posible y averiguar en qué está metido.

Tony se ha llevado a Charis a un lado para alejarla del peligro. Lo único que espera es que no se le ocurra decir nada de su visión, que fue muy precisa —Tony

debe reconocerlo—, aunque bastante posterior a los hechos. Pero ¿qué ocurrió en realidad? Tony enumera las posibilidades: Zenia se cayó, Zenia saltó, Zenia fue empujada. Accidente, suicidio, asesinato. Tony se inclina hacia la tercera posibilidad: Zenia ha sido asesinada —sin duda— por persona o personas desconocidas. Tony se alegra de haber dejado la pistola en casa, por si se encuentran impactos de bala, aunque ella no ha visto ninguno. No piensa que Charis haya podido hacerlo, porque Charis no le haría daño a una mosca —ya que cree que las moscas pueden estar habitadas por el espíritu de alguien a quien habías conocido en una vida anterior—, pero no está tan segura de Roz. Roz tiene mal genio, y puede ser impetuosa.

—¿Conocía alguna de ustedes a esta mujer? —pregunta el policía.

Las tres se miran de soslayo.

—Sí —dice Tony.

—Las tres hemos venido a verla hoy mismo, más temprano —dice Roz.

Charis se echa a llorar.

—Eramos sus mejores amigas —dice.

Lo cual, piensa Tony, es una novedad para ella. Pero de momento la cosa tendrá que quedar así.

Roz lleva a Charis al muelle del transbordador, y luego deja a Tony en su casa. Tony sube al estudio de West, y lo encuentra enchufado a dos de sus máquinas por medio de los auriculares. Ella le apaga el interruptor.

—¿Llamó Zenia aquí? —dice.

—¿Cómo? —dice West—. ¿Qué ocurre, Tony?

—Esto es importante —dice Tony. Se da cuenta de que lo interroga con vehemencia, pero no puede evitarlo—. ¿Has hablado con Zenia? ¿Ha estado aquí? —La imagen de Zenia rodando con West sobre la alfombra, entre los sintetizadores, le parece de muy mal gusto. No: insoportable.

Tal vez, piensa, haya sido West. Quizá fue a su habitación en el hotel para rogar y suplicar, con la esperanza de escaparse otra vez con ella, y Zenia se rio de él, y entonces West perdió la cabeza y la tiró por el balcón. Si es eso lo que ocurrió, Tony quiere saberlo. Quiere saberlo para proteger a West, para inventarse una coartada indestructible, para salvarlo de sí mismo.

—Ah, sí —dice West—. Llamó por teléfono hace..., no sé, una semana. Pero no hablé con ella, solo dejó un mensaje en el contestador.

—¿Qué decía? —pregunta Tony—. ¿Por qué no me dijiste nada? ¿Qué quería?

—Quizás habría debido mencionarlo —dice West—, pero no quise hacerte sufrir. Me refiero a que los dos creíamos que estaba muerta. Supongo que yo hubiera preferido que siguiera así.

—¿De veras? —dice Tony.

—No quería hablar conmigo —prosigue West, como si supiera lo que piensa Tony—. Quería verte a ti. Si yo hubiera hablado con ella en persona, le habría dicho que lo olvidara; sabía que no querrías verla. Anoté el nombre del hotel en que se

alojaba, pero después de pensarlo bien tiré la hoja. Zenia siempre nos ha traído problemas.

Tony nota que empieza a ablandarse.

—De todos modos fui a verla —le dice a West—. La vi esta tarde. Zenia sabía que tu estudio está en el segundo piso. ¿Cómo podía saberlo, si nunca ha estado aquí? West sonríe.

—Por el contestador automático. «Segundo piso, Vientos de frente». ¿Recuerdas? —A estas alturas se ha relajado y está de pie. Tony se acerca y él se dobla como una silla plegable, la estrecha entre sus brazos de cuerda anudada y la besa en la frente—. Me gusta que estés celosa —dice—, pero no tienes por qué. Zenia ya no es nada.

Qué poco se lo imagina el pobre, piensa Tony. O quizá lo sabe todo y está fingiendo. Aplastada contra su pecho, le husmea el aliento para ver si ha bebido mucho. Eso sería una señal inequívoca. Pero lo único que percibe es un leve olor a cerveza, como de costumbre.

—Zenia ha muerto —le dice en tono solemne.

—Oh, Tony —dice West—. ¿Otra vez? Lo siento mucho. —La mece entre sus brazos como si fuera ella la que necesita que la consuelen, y no él, en absoluto.

Cuando Charis llega a su casa, todavía afectada pero dueña de sí, hay luz en la cocina. Es Augusta, que ha venido a pasar todo el fin de semana con ella. Charis se alegra de verla, aunque le hubiera gustado tener tiempo para ordenar la casa. Advierte que Augusta ha lavado los platos de los dos últimos días y ha hecho desaparecer un par de telarañas considerables, aunque se ha abstenido de desmontar el altar de meditación. Se ha fijado en él, sin embargo.

—Mamá —dice, una vez que Charis la ha saludado y ha puesto el agua al fuego para el té de antes de acostarse—, ¿qué hacen en la mesa de la sala ese trozo de piedra, esa pila de tierra y esas hojas?

—Es una meditación —dice Charis.

—Dios mío —masculla Augusta—. ¿No podrías ponerlo en otro sitio?

—Agosto —dice Charis, con cierta sequedad—, es mi meditación y esta es mi casa.

—¡No me hables en ese tono! —dice Agosto—. Además, mamá, mi nombre es Augusta. Ahora me llamo así.

Charis lo sabe. Sabe que debe respetar el nuevo nombre de Agosto, porque todo el mundo tiene derecho a adoptar el nombre que más se adecúe a su tendencia interior. Pero ella eligió el de Agosto con mucho amor y atención. Se lo dio, fue un regalo. Le resulta difícil abandonarlo.

—Te prepararé unas pastas —dice, en un intento de mostrarse conciliadora—. Mañana. De las que llevan semillas de girasol. Esas siempre te han gustado.

—No hace falta que estés siempre dándome cosas, mamá —dice Augusta con una extraña voz de adulta—. Te quiero igualmente.

Charis nota que se le anegan los ojos. Hacía bastante tiempo que Augusta no le

decía nada tan cariñoso. Y, de hecho, le resulta difícil creer que una persona pueda amarla aun cuando ella no haga el esfuerzo de averiguar qué necesita esa otra persona, el esfuerzo de ser estimable.

—Es solo que me preocupo por ti —dice—. Por tu salud. —En realidad no es esta la parte de Augusta que la preocupa, pero representa las otras cosas, más espirituales. Aunque la salud también es algo espiritual.

—No me digas —dice Augusta—. Cada vez que vengo a casa intentas atiborrarme de hamburguesas vegetales. ¡Tengo diecinueve años, mamá, sé cuidar de mí misma y sigo una dieta equilibrada! ¿Por qué no podemos pasárnoslo bien, sin más? Ir a pasear o algo por el estilo.

No es habitual que Augusta busque la compañía de Charis. Quizá no esté endurecida del todo, no esté lacada y reluciente de pies a cabeza. Quizá tenga un punto blando. Quizás haya salido en parte a Charis, después de todo.

—¿Te importó mucho no tener padre, cuando eras pequeña? —le pregunta Charis. Muchas veces ha estado a punto de preguntárselo, aunque temía la respuesta porque sin duda era culpa suya que Billy se hubiera marchado. Si se había escapado era por culpa de ella, que no era bastante atractiva para retenerlo; si lo habían raptado era por culpa de ella, que no había sabido protegerlo mejor. Ahora, en cambio, tiene otras ideas plausibles acerca de Billy. Tanto si Zenia mintió como si dijo la verdad, quizá no estuvo mal que Billy se marchara.

—Tendrías que dejar de sentirte tan culpable —dice Augusta—. Quizá me importaba cuando era pequeña, pero mira a tu alrededor, mamá, ¡estamos en el siglo xx! Los padres vienen y van, hay muchos niños en la isla que no tienen padre. ¡Conozco a gente que tiene tres o cuatro padres! Quiero decir que habría podido ser peor, ¿no?

Charis mira a Augusta y ve luz a su alrededor. Es una luz dura como un mineral y también suave, un resplandor como la luminosidad de una perla. Entre las capas de luz, justo en el centro de Augusta, hay una pequeña herida. Pertenece a Augusta, no a Charis; a Augusta le corresponde curarla. Charis se siente absuelta. Apoya las manos en los hombros de Augusta, con delicadeza, para que ella no se sienta atrapada, y le besa la frente.

Antes de acostarse, Charis hace una meditación sobre Zenia. Lo necesita, porque aunque ha pensado a menudo en Zenia en relación con ella misma, o con Billy, e incluso con Tony y Roz, nunca ha considerado realmente qué era Zenia en y por sí misma: la zeniedad de Zenia. No tiene ningún objeto en el que concentrarse, nada que pertenezca a Zenia, así que apaga las luces de la sala, se vuelve hacia la ventana y mira la oscuridad, en dirección al lago. Zenia fue enviada a la vida de Charis —la propia Charis la eligió— para enseñarle algo. Charis todavía no sabe qué, pero lo descubrirá a su tiempo.

Ve a Zenia con claridad, Zenia tendida en la fuente, con los cabellos flotando como una nube. Mientras la contempla, el tiempo se invierte y la vida fluye de nuevo

en Zenia, que se eleva sobre el agua y vuela hacia atrás como un pájaro descomunal, hasta el balcón naranja. Pero Charis no puede retenerla allí, y vuelve a caer; cae hacia el suelo, girando lentamente, hacia su propio futuro. Su futuro como persona muerta, como persona aún no nacida.

A Charis le gustaría saber si Zenia regresará como ser humano o como alguna otra cosa. Tal vez el alma se descompone, al igual que el cuerpo, y solo renacen partes de ella, un fragmento aquí y otro allí. Quizá no tardarán en nacer muchas personas que llevarán un fragmento de Zenia. Pero Charis prefiere imaginársela entera.

Al cabo de un rato apaga las demás luces de la planta baja y sube a su habitación. Justo antes de meterse en la cama cubierta de enredaderas, coge su cuaderno de notas de papel lavanda y su estilográfica de tinta verde y escribe: «Zenia ha retornado a la Luz».

Espera que sea cierto. Espera que Zenia no siga merodeando en derredor, sola y perdida, ahí fuera, en la noche exterior.

Después de dejar a Tony en su casa, Roz se dirige a la suya tan deprisa como puede, porque está enferma de preocupación. ¿Y si hay cocaína escondida por todas partes, metida entre las hojas de té o en el bote de las galletas dentro de bolsitas de plástico, y si encuentra la casa llena de perros sabuesos y de policías llamados Dwayne, que la tratarán de «señora» y dirán que solo hacen su trabajo? Incluso se salta un semáforo en rojo, cosa que normalmente no suele hacer, aunque hoy en día parece que todo el mundo se los salta. Arroja la chaqueta en el vestíbulo, se quita los zapatos en dos patadas y emprende la búsqueda de Larry.

Las gemelas están en la salita, mirando una reposición de *Star Trek*.

—Saludos, madre terrícola —dice Paula.

—A lo mejor no es mamá —dice Erin—. A lo mejor es una replicante.

—Hola, chicas —dice Roz—. ¡Ya tendríais que estar en la cama! ¿Dónde está Larry?

—Erla ha hecho los deberes —dice Erin—. Esto es el premio.

—¿Qué pasa, mamá? —dice Paula—. Te veo hecha una mierda.

—Es la vejez —dice Roz—. ¿Está en casa?

—Está en la cocina —dice Erin—. Nos parece.

—Comiendo pan con miel —dice Paula.

—Eso lo hace la reina, burra —dice Erin. Se ríen entre dientes.

Larry está sentado en uno de los taburetes altos, ante el tablero de la cocina; lleva tejanos y una camiseta negra, está descalzo y bebe una cerveza. Delante de él, en otro taburete, está Boyce con su pulcro traje. También tiene una cerveza. Cuando entra Roz, los dos se vuelven hacia ella. Los dos parecen nerviosos por igual.

—Hola, Boyce —dice Roz—. ¡Qué sorpresa! ¿Ha ocurrido algo en la oficina?

—Buenas noches, señora Andrews —dice Boyce—. No, en la oficina no.

—Tengo que hablar con Larry —dice Roz—. Si no te importa, Boyce.

—Creo que Boyce debe quedarse —dice Larry. Parece abatido, como si hubiera suspendido un examen; en la historia que le ha contado Zenia debe de haber algo de cierto. Pero ¿qué pinta Boyce en todo esto?

—Estoy preocupada, Larry —dice Roz—. ¿Qué manejos te traes con Zenia?

—¿Con quién? —dice Larry, con demasiada inocencia.

—He de saberlo —dice Roz.

—Sueño con Zenia en su madriguera color pardo —murmura Boyce como para sí.

—¿Te lo ha dicho? —dice Larry.

—¿Lo de las drogas? —dice Roz—. ¡Entonces es cierto, Dios mío! ¡Si tienes drogas en esta casa, quiero que te las lleves ahora mismo! ¡O sea que es verdad que estabas enredado con ella!

—¿Enredado?

—Enredado, que tenías un rollo, llámalo como quieras —dice Roz—. ¿No sabes qué edad tenía? ¿No sabes lo mala que era? ¿No sabes lo que le hizo a tu padre?

—¿Un rollo? —dice Boyce—. No lo creo.

—¿Qué drogas? —dice Larry.

—Solo fue unas cuantas veces —dice Boyce—. Por experimentar. Me duele la nariz, y una languidez somnolienta trae dolor a mis sentidos. Keats. Ya lo ha dejado, a partir de este mismo instante. ¿Verdad, Larry?

—Entonces, ¿no eras su proveedor? —dice Roz.

—Era al revés, mamá —dice Larry.

—¡Pero Charis te vio besarla en plena calle! —dice Roz. Hablarle así a su hijo hace que se sienta muy extraña. Se siente como una vieja chismosa.

—¿Besarla? —dice Larry—. Nunca la he besado. Me hablaba al oído. Me decía que nos estaba siguiendo una vieja perturbada. Quizás a tía Charis, porque no cabe duda de que era ella quien nos seguía, le pareció un beso.

—No besándose, sino siseando. Como en «no saludando con la mano, sino ahogándose». Stevie Smith.

—Cierra el pico unos segundos, Boyce —dice Larry, irritado. Parece que se conocen mucho mejor de lo que Roz suponía. Ella creía que solo habían hablado en una ocasión, en el baile de padres e hijas, además de saludarse unas cuantas veces en la oficina, cuando Larry iba y venía. Por lo visto estaba equivocada.

—Pero ibas mucho a su habitación del hotel —dice Roz—. ¡Eso me consta!

—No es lo que te figuras —dice Larry.

—¿Sabes que ha muerto? —dice Roz, jugando su as—. ¡Vengo ahora mismo de allí, acaban de sacarla de la fuente!

—¿Ha muerto? —dice Boyce—. ¿De qué? ¿De una mordedura de serpiente autoinfligida?

—¿Quién sabe? —dice Roz—. Quizás alguien la tiró desde el balcón.

—Quizá se tiró ella —dice Boyce—. Cuando la mujer encantadora cede a la

necesidad y descubre demasiado tarde que los hombres traicionan, suele saltar de un balcón.

—Solo espero que no hayas tenido nada que ver —le dice Roz a Larry.

Boyce se apresura a decir:

—Es imposible, esta tarde ni siquiera se ha acercado a ella. Ha estado conmigo todo el tiempo.

—Intentaba quitarle la idea de la cabeza —dice Larry—. Ella quería dinero. Yo no tenía bastante, y tampoco podía pedírtelo a ti.

—¿Quitarle qué idea? ¿Dinero para qué? —dice Roz, casi chillando.

—Para que no te lo dijera —dice Larry, presa de la mayor desdicha—. Pensé que podría guardarlo en secreto. No quería empeorar las cosas, pensé que ya habías sufrido bastante, con lo de papá y todo eso.

—¡Santo cielo! ¿Para que no me dijera «qué»? —grita Roz—. ¡Vas a acabar conmigo! —Habla exactamente como su madre. Qué tierno, de todos modos, que Larry intentara protegerla. No quiere volver a casa y encontrarla tirada en el suelo de la cocina, como antes—. Boyce —dice, con más suavidad—, ¿tienes un cigarrillo?

Boyce, siempre preparado, le ofrece el paquete y le da fuego.

—Creo que es el momento —le dice a Larry.

Larry traga saliva y baja la mirada hacia el suelo con aire de resignación.

—Mamá —dice—, soy gay.

Roz nota que los ojos se le salen de las órbitas, como los de un conejo estrangulado. ¿Por qué no se dio cuenta, por qué no lo vio, qué pasa con ella, si se puede saber? La nicotina le retuerce los pulmones, realmente debe dejarlo, y después tose, y le sale una nube de humo de la boca, ¡quizá va a tener un ataque cardíaco prematuro! Eso es lo que hará, se dejará caer al suelo y que afronten los demás la situación, porque es demasiado para ella.

Pero ve la inquietud en los ojos de Larry, y la súplica. No, puede manejarlo, solo tiene que morderse la lengua. Es solo que no estaba preparada. ¿Qué se debe decir en estos casos? «¿Te quiero igualmente?». «¿Sigues siendo mi hijo?». «¿Y mis nietos?».

—Pero ¡todas esas chicas que tuve que soportar! —acaba diciendo. Ahora lo comprende: Larry intentaba complacerla. Intentaba traer una mujer a casa, como una especie de diploma escolar, para enseñársela a mamá. Para demostrarle que había aprobado.

—Un hombre solo puede hacer lo que puede hacer —dice Boyce—. Walter Scott.

—¿Y las gemelas? —susurra Roz. Se encuentran en una etapa de formación; ¿cómo se lo dirá?

—Ah, las gemelas ya lo saben —dice Larry, con el alivio de tener resuelto al menos un aspecto—. Se dieron cuenta enseguida. Les parece muy bien. —Era de suponer, piensa Roz; para ellas, las cercas antaño tan firmemente clavadas en torno a los corrales de la identidad sexual solo son un montón de alambre viejo y oxidado.

—Véalo así —dice Boyce con afecto—: no pierde usted un hijo, sino que gana un

hijo.

—He decidido estudiar Derecho —dice Larry. Ahora que ha pasado lo peor sin que Roz reviente ni se caiga muerta, parece aliviado—. Queremos que nos ayudes a decorar nuestro apartamento.

—Cariño —dice Roz, y respira hondo—. Será un placer. —No es que tenga prejuicios, y su matrimonio no fue un poderoso argumento en favor de la heterosexualidad, como tampoco lo fue Mitch; lo único que ella quiere es que Larry sea feliz, y si es así como piensa hacerlo, perfecto; y quizá Boyce ejerza una influencia benéfica en él, le enseñe a recoger la ropa del suelo y lo mantenga apartado de líos. Pero ha sido un día muy largo. Mañana se sentirá verdaderamente afectuosa y comprensiva; por esta noche, tendrá que arreglárselas con la hipocresía.

—Señora Andrews, es usted el vaso de la moda y el molde de la forma —dice Boyce.

Roz separa mucho las manos, encoge los hombros, estira las comisuras de los labios.

—A ver —dice—, ¿qué alternativa tengo?

Hombres con abrigo van a visitarlas. Quieren saber muchas cosas de Zenia. Cuál de sus tres pasaportes es auténtico, si alguno lo es. De dónde procede en realidad. Qué hacía.

Tony se muestra informativa, Charis vaga; pero Roz es cautelosa, porque no quiere que impliquen a Larry. Aunque no hubiera debido preocuparse, porque ninguno de esos hombres muestra el menor interés por él. Lo que les interesa son las dos maletas ya preparadas de Zenia, pulcramente colocadas sobre la cama, una de ellas con once bolsitas de plástico llenas de un polvo blanco, o eso dicen ellos. Había una duodécima bolsita abierta, al lado del teléfono. Y no se trataba de coca, además: heroína, y de un noventa por ciento de pureza. Los hombres observan con rostro impasible, sus ojos como guijarros inteligentes, atentos a cualquier reacción, cualquier indicio de conocimiento culpable.

También les interesa la jeringuilla que encontraron en el balcón, añaden, y el hecho de que Zenia hubiera muerto de una sobredosis antes incluso de llegar al agua. ¿Podría ser que estuviera probando el material sin conocer la desacostumbrada potencia de lo que había en las bolsas? Tenía huellas de pinchazos en el brazo izquierdo, aunque parecían antiguas. Según los de los abrigos, cada vez se están produciendo más percances por sobredosis así; alguien está inundando el mercado con un producto de alto octanaje, y ni siquiera los adictos con experiencia están preparados.

No había huellas dactilares en la jeringuilla, excepto las de la propia Zenia, dicen. En cuanto a su salto del ángel hasta la fuente, podría haberse caído. Era una mujer alta, y la barandilla de chapa metálica era realmente demasiado baja para considerarla una protección; habría que modificar las normas. Cabe la posibilidad de que haya sido un accidente. Si estaba asomada. Por otra parte, la heroína pudo ser puesta allí

por alguien. Podría ser un asesinato.

O podría ser un suicidio, les dice Tony. Le gustaría que lo creyeran. Les dice que quizá Zenia no estaba bien de salud.

Por supuesto, le dicen cortésmente los hombres de abrigo. Ya lo sabemos. Encontramos las recetas en una maleta, nos pusimos en contacto con el médico. Por lo visto, Zenia tenía una tarjeta de la seguridad social falsificada, además de los falsos pasaportes, pero la enfermedad en sí era auténtica sin duda alguna. Seis meses de vida: cáncer de ovarios. Sin embargo, no había ninguna nota de suicidio.

Tony les dice que no hubiera sido propio de ella: Zenia no era de las que escriben notas.

Los hombres con abrigo la miran y en sus ojillos reluce el escepticismo. No se quedan con ninguna de estas teorías, pero no tienen otra, ninguna que se sostenga.

Tony ve qué va a ocurrir: Zenia resultará demasiado lista para esos hombres con abrigo. Les ganará por la mano, como lo ha hecho siempre con todos los demás. Se da cuenta de que esta idea la complace, la alegra incluso, como si su fe en Zenia — una fe que ignoraba tener— quedara justificada. ¡Que se apañen! ¿Por qué todo el mundo ha de saberlo todo? No es como si faltaran precedentes: la historia está infestada de gente que murió de manera poco clara.

Con todo, se siente obligada por su honor a dar cuenta de la conversación sobre Gerry Bull y el proyecto Babilonia, aunque no es solo el honor lo que la mueve: alberga la profunda esperanza de que, si Zenia murió asesinada, lo hicieran profesionales y no alguien que ella conozca. Los hombres le dicen que están siguiendo la pista de Zenia, lo mejor que pueden, por medio de sus billetes de avión; no cabe duda de que ha estado en algunos sitios muy curiosos, en los últimos tiempos. Pero no hay nada concluyente. Le estrechan la mano y se van, no sin pedirle que los llame si se entera de algo más. Ella dice que lo hará.

Una vez sola, Tony debe afrontar la improbable posibilidad de que las tres últimas historias de Zenia —o partes de ellas, por lo menos— fueran verdad. ¿Y si las peticiones de ayuda de Zenia eran realmente gritos de socorro, esta vez?

Cuando la policía termina su tarea hay una cremación. La paga Roz, porque cuando consigue dar con el abogado, el que organizó el primer entierro de Zenia, el hombre se molesta mucho. Se toma como una ofensa personal el hecho de que Zenia decidiera seguir viviendo durante todo ese tiempo sin consultarlo antes con él. La primera vez hizo legalizar el testamento, y no es que hubiera nada que legalizar porque Zenia no dejó posesiones, solo un pequeño legado a un orfanato de las cercanías de Waterloo que resultó que ya no existía, y encima él no llegó a cobrar nunca. Así que ¿qué esperan de él?

—Nada —dice Roz—. No tendrá que ocuparse de nada.

—¿Qué os parece? —les dice a Tony y Charis—. Se ve que nos toca a nosotras cargar con el saco. Por lo visto no tiene ningún pariente.

—Excepto nosotras —dice Charis.

Tony no considera que valga la pena llevarle la contraria, porque Charis tiene la creencia de que todo el mundo está emparentado con todo el mundo por medio de una especie de sistema de raíces invisibles, y se ofrece a guardar las cenizas en su casa hasta que se les ocurra algo más apropiado. Deja el envase con los restos de Zenia en el sótano, en su caja de adornos para el árbol de Navidad, envuelto en papel de seda rojo, al lado de la pistola. No le dice a West que está ahí, porque es un asunto de mujeres.

CONCLUSIÓN

Así que ahora Zenia es Historia.

No: ahora Zenia ha desaparecido. Está perdida y desaparecida para siempre. Es un puñado de polvo, que el viento arrastra como esporas; es una invisible nube de virus, algunas moléculas que se dispersan. Solamente será historia si Tony decide configurarla como historia. Por el momento carece de forma; es un mosaico roto, y sus fragmentos están en manos de Tony, porque Zenia está muerta y todos los muertos están en manos de los vivos.

Pero ¿qué puede Tony hacer con ella? El relato de Zenia es insustancial, sin dueño, un rumor nada más, que vaga de boca en boca y se transforma durante el proceso. Como con cualquier ilusionista, cada cual veía lo que ella quería que viera; o bien veía lo que cada cual quería ver. Ella lo hacía con espejos. El espejo era quienquiera que estuviese mirando, pero detrás de la imagen bidimensional no había más que una delgada capa de mercurio.

Incluso el nombre mismo de Zenia es posible que no exista, como Tony ha podido comprobar. Ha intentado descubrir su origen y su significado: *Xenia*, una palabra rusa que se traduce por hospitalaria, una palabra griega relativa a la acción de un polen extraño sobre una fruta; *Zenaida*, que significa hija de Zeus y es el nombre de dos mártires cristianas primitivas; *Zillah*, hebreo, una sombra; *Zenobia*, la reina guerrera del siglo III que gobernó en Palmira, en Siria, y fue derrotada por el emperador Aurcliano; *Xeno*, griego, un extranjero, como en «xenofobia»; *Zenana*, hindú, los aposentos de las mujeres o harén; *Zen*, una religión meditativa japonesa; *Zéndico*, adepto oriental a ciertas prácticas de magia herética. Eso es lo más próximo que ha encontrado.

A partir de tales indicios y portentos, Zenia se inventó a sí misma. En cuanto a la verdad acerca de ella, queda fuera de alcance, porque —según los archivos, por lo menos— ni siquiera nació.

Pero ¿por qué molestarse, en los tiempos que corren —diría la propia Zenia—, con un concepto tan quijotesco como el de la verdad? Al menos la mitad de cada historia seria y formal es prestidigitación: la mano derecha exhibe sus pobres retazos de hechos, a plena luz para que todos puedan verificarlos, mientras la mano izquierda se afana en sus propios proyectos ocultos, en el fondo de sus escondidos bolsillos. Tony se amilana ante la imposibilidad de una reconstrucción precisa.

También ante su futilidad. ¿Por qué hace lo que hace? En otro tiempo la Historia era un edificio sólido, con pilares de sabiduría y un altar a la diosa Memoria, madre de las nueve musas. Ahora ha sufrido los embates de la lluvia ácida, las bombas terroristas y las termitas, y cada vez se parece menos a un templo y más a un montón de cascotes, pero antaño tuvo una estructura con sentido. Se suponía que podía enseñar algo a la gente, algo beneficioso; que tenía una vitamina saludable o una

máxima de galleta china oculta entre sus narraciones amontonadas, casi todas ellas relatos de codicia, violencia, perversidad y ansia de poder, porque la Historia no se ocupa mucho de quienes intentan ser buenos. La bondad es problemática en cualquier caso, ya que un acto puede ser bueno en su intención pero malo en los resultados, véase por ejemplo los misioneros. Por eso Tony prefiere las batallas: en una batalla hay actos correctos y actos incorrectos, y se pueden distinguir según quién gana.

Con todo, en otro tiempo se suponía que había un mensaje. «Que te sirva de lección», les decían los adultos a los niños, y los historiadores a sus lectores. Pero ¿realmente enseñan algo las crónicas de la historia? En un sentido general, piensa Tony, seguramente no.

A pesar de ello Tony sigue avanzando laboriosamente, sigue entretrejiendo sus opiniones autorizadas y sus suposiciones verosímiles, sigue reflexionando sobre sus retazos de hechos, sus fragmentos de cerámica, sus puntas de flecha rotas y deslucidas cuentas de collar, disponiéndolos según las figuras que a su juicio debieron de formar antes. ¿A quién le importa? A casi nadie. Quizá solo sea un pasatiempo, algo que hacer en un día aburrido. O bien un acto de desafío: puede que todas estas historias estén raídas y andrajosas, remendadas con restos sin valor, pero para ella también son banderas; banderas que se izan con cierta insolencia gallarda, que se agitan con valentía pero sin consecuencias, vislumbradas aquí y allí por entre los árboles, en los caminos de montaña, entre las ruinas, en la larga marcha hacia el caos.

Tony está en el sótano, en mitad de la noche, porque no tiene ganas de dormir. Lleva la bata, los calcetines de lana y las zapatillas con forma de mapache, que ya están en las últimas. Una de ellas ha perdido la cola, y ahora solo tienen un ojo entre las dos. Tony se ha acostumbrado a tener ojos en los pies, como los ojos que pintaban los antiguos egipcios en la proa de sus embarcaciones. Proporcionan una mayor orientación —una mayor orientación espiritual, por así decirlo—, cosa que Tony ha empezado a creer que le hace falta. Tal vez cuando estas zapatillas estiren la pata se comprará otras nuevas, unas que también tengan ojos. Hay muchos animales para elegir: cerdos, osos, conejos, lobos. Piensa que se quedará con los lobos.

Su mapa de Europa en relieve vuelve a estar preparado. Ahora es el segundo decenio del siglo XIII, y lo que luego será Francia está desgarrado por guerras de religión. A estas alturas ya no son los cristianos contra los musulmanes: esta vez se trata de los católicos contra los cátaros. La concepción dualista de los cátaros sostenía que el mundo se hallaba dividido entre las fuerzas del bien y las del mal, lo espiritual y lo material, Dios y el Diablo; creían en la reencarnación y entre sus instructores religiosos había mujeres. Los católicos, por su parte, negaban el renacimiento, juzgaban impuras a las mujeres y sostenían por la fuerza de la lógica que, puesto que Dios era todopoderoso por definición, el mal era en último término una ilusión. Una disparidad de criterio que costó muchas vidas, aunque había más cosas en juego aparte de la teología, como quién controlaría las rutas comerciales y las cosechas de

aceitunas, y a las mujeres, que empezaban a desmandarse.

Carcasona, plaza fuerte del Languedoc y los cátaros, acaba de caer en manos de Simón de Montfort, sediento de sangre, y su brutal ejército de cruzados católicos, tras un asedio de quince días y el corte del suministro de agua. Acto seguido hubo una matanza general. El interés de Tony, sin embargo, no se centra en Carcasona, sino en Lavaur, que fue atacada a continuación. Lavaur resistió durante sesenta días bajo la dirección de la castellana Dama Giraude. Cuando la ciudad sucumbió al fin, ochenta caballeros fueron sacrificados como cerdos y cuatrocientos defensores cátaros fueron quemados vivos, y la propia Dama Giraude fue arrojada a un pozo por los soldados de De Montfort, que después le echaron encima un montón de piedras para que no saliera. Si la nobleza en la guerra adquiere renombre, piensa Tony, es porque hay muy poca.

Tony ha elegido el 2 de mayo de 1211, el día anterior a la masacre. Los sitiadores católicos están representados por alubias, los defensores cátaros por granos de arroz blanco. Simón de Montfort es una ficha de Monopoly roja; Dama Giraude, una azul. Rojo para la cruz, azul para los cátaros: era su color. Tony ya se ha comido varias alubias, cosa que, estrictamente hablando, no debería hacer hasta después de la batalla. Pero mordisquear algo la ayuda a concentrarse.

¿En qué pensaba Dama Giraude cuando se asomaba sobre las almenas y evaluaba las fuerzas del enemigo? Debía de ser consciente de que aquella batalla no podía ganarse, de que su ciudad y todas las personas que en ella vivían estaban condenadas. ¿Desesperaba, rezaba para que se produjera un milagro, se sentía orgullosa de sí misma por haber luchado por aquello en que creía? Al día siguiente, mientras veía arder a sus correligionarios, debió de juzgar que había más pruebas en favor de sus teorías sobre el mal que en favor de las de De Montfort.

Tony ha estado allí, ha visto el terreno. Recogió una flor, una especie de arveja de tallo leñoso; la prensó entre las páginas de la Biblia, la incluyó en su álbum de recuerdos, bajo la L de Lavaur. También compró un recuerdo, un pequeño cojín de raso relleno de espliego. Según los habitantes de la localidad, Dama Giraude todavía sigue allí, en el fondo del pozo. Era lo único que se les ocurría hacer, en aquella época, con las mujeres como ella: arrojarlas a un pozo, o desde lo alto de un risco o de un parapeto —alguna vertical inexorable—, y mirar cómo salpicaban.

Tal vez Tony escriba algo sobre Dama Giraude, algún día. Un estudio del mando militar femenino. *Manos de hierro, guantes de terciopelo*, podría titularlo. Pero no hay mucho material.

En estos momentos no quiere seguir con la batalla; no está de humor para matanzas. Se levanta de la silla y se sirve un vaso de agua; después, por encima de la Europa del siglo XIII, extiende un plano de calles, un plano del centro de Toronto. Aquí está el Toxique, aquí está la calle Queen, aquí está el edificio renovado donde Roz tiene sus oficinas; aquí están los muelles de los transbordadores, y la isla llana donde todavía se alza la casa de Charis. Hacia aquí está el hotel Arnold Garden, que

ahora es un enorme agujero en el suelo con los lados de barro, un solar para futura construcción, porque los hoteles en quiebra son baratos y alguien hizo un buen negocio. Aquí está McClung Hall y, más al norte, la casa de Tony, con West en su interior, arriba en la cama, gimiendo suavemente mientras duerme; con el sótano en su interior, con la mesa en relieve, con el mapa sobre ella, con la ciudad en el mapa, con la casa en la ciudad, con el sótano en la casa, con el mapa en el sótano. Los mapas, piensa Tony, contienen el territorio que los contiene. En algún lugar de este espacio mental que retrocede hasta el infinito, Zenia sigue existiendo.

Tony necesita el mapa por el mismo motivo por el que siempre utiliza los mapas: la ayudan a ver, a visualizar la topología, a recordar. Ahora recuerda a Zenia. Le debe este recuerdo. Le debe un final.

Todo final es arbitrario, porque el fin está donde se escribe «Fin».

Una marca, un signo de puntuación, un punto de estasis. Un pinchazo de alfiler en el papel: se podría acercar el ojo y ver a través de él, el otro lado, el comienzo de algo distinto. O, como les dice Tony a sus alumnos: «El tiempo no es un sólido, como la madera, sino un fluido, como el agua o el viento. No viene limpiamente dividido en fragmentos de igual longitud, en decenios y siglos. Sin embargo, para nuestros fines debemos hacer ver que es así. El final de cualquier historia es una mentira en la que todos acordamos participar».

Un final, pues. El 11 de noviembre de 1991, a las once de la mañana, la undécima hora del undécimo día del undécimo mes. Es lunes. La recesión se agrava, hay rumores de quiebras en grandes empresas, la hambruna se extiende por Africa; en lo que antes era Yugoslavia hay enfrentamientos étnicos. Se multiplican las atrocidades, los liderazgos se tambalean, las fábricas de automóviles se detienen entre chirridos. La guerra del Golfo ha terminado y las arenas del desierto están sembradas de bombas; los campos petrolíferos todavía arden, nubes de humo negro se arremolinan sobre el grisiento mar. Los dos bandos afirman que han vencido, los dos bandos han perdido. Es un día encapotado, envuelto en bruma.

Están las tres de pie en la popa del transbordador, que traza su camino de espuma en las aguas del muelle, rumbo a la isla, arrastrando la momentánea oscuridad de su estela. Desde la tierra firme les llega, débilmente, un clamor de cornetas y de gritos apagados. Un saludo. El agua es mercurio bajo la luz color de perla, el viento es flojo, fresco, pero templado para esta época del año, este mes. El mes de pausa, el mes de las ramas desnudas y el aliento contenido, el mes de la niebla, el silencio grisáceo antes del invierno.

El mes de los difuntos, el mes del retorno, piensa Charis. Piensa en las algas grises que se ondulan, bajo el agua venenosa e inocente, en el fondo del lago; en los peces grises con abultadas excrescencias químicas, que se deslizan como sombras; en las lampreas con sus minúsculos dientes rasposos y sus bocas sorbedoras, que se mueven sinuosas entre las carcasas de los coches sumergidos, las botellas vacías. Piensa en todo lo que ha caído al lago, o que ha sido arrojado. Tesoros y osamentas. El primer día de noviembre los franceses adornan las tumbas de la familia con crisantemos, los mexicanos con caléndulas, que trazan una senda dorada para que los espíritus encuentren su camino. Aquí en cambio preferimos las amapolas. La flor del sueño y el olvido. Pétalos de sangre derramada.

Cada una de ellas lleva una amapola prendida en la chaqueta. Son de plástico endeble, pero quién puede rechazarlas, piensa Roz, aunque a ella le gustaban más las de tela. Es como esos horribles narcisos para el cáncer, dentro de nada todas las flores estarán emparejadas con algún órgano del cuerpo o alguna enfermedad. Lupinos de plástico para el lupus, caléndulas de plástico para las colostomías,

siempre vivas de plástico para el sida, pero hay que comprarlas, a pesar de todo, si no quieres que te ataquen cada vez que pisas la calle. «Ya tengo una. ¿Lo ve?».

Fue Tony quien eligió este día en particular. El Día del Recuerdo. El Día de las Amapolas de Sangre. Tony se está volviendo más excéntrica a cada minuto que pasa, en opinión de Roz; claro que eso mismo les ocurre a todas.

El Día del Recuerdo es el más apropiado, piensa Tony. Quiere hacerle justicia a Zenia; pero no solo la recuerda a ella. Tony recuerda la guerra y a quienes murieron por su causa, en su momento o más tarde; a veces las guerras tardan mucho tiempo en matar a la gente. Tony recuerda todas las guerras. Siente una gran necesidad de ceremonia, de decoro, pero no es que las otras dos pongan mucho de su parte. Roz ha venido de negro, como se lo había pedido, pero lo ha estropeado todo con un pañuelo rojo y plateado. «El negro hace que me resalten las ojeras —le dijo—. Tenía que ponerme algo distinto junto a la cara. Y hace juego con la pintura de labios; se llama Rubicón, recién salida al mercado. ¿Te gusta? No te importa, ¿verdad, cariño?».

En cuanto a Charis... Tony mira de soslayo el receptáculo que Charis tiene en sus manos: no es la chabacana urna de cobre con asas de estilo griego que venden en el crematorio, más parecida a una ponchera, en realidad, sino algo todavía peor. Es un jarrón de cerámica hecho a mano, con pretensiones artísticas, jaspeado en distintos matices de malva y marrón, que le fue regalado por Shamta del almacén de Scrimpers donde llevaba años acumulando polvo. Charis insistió en utilizar algo más apropiado que el envase metálico que Tony guardaba en el sótano, así que antes de comprar los billetes del transbordador trasvasaron a Zenia de la lata al jarrón, en la cafetería La Segunda Taza. Roz vertió las cenizas; eran más pegajosas de lo que Tony se imaginaba. Charis no quiso mirar, por si acaso había dientes. Pero ya ha recobrado el ánimo; ahora está de pie junto a la barandilla del transbordador, la luminosa cabellera extendida al viento como un mascarón de proa vuelto hacia atrás, sosteniendo entre los brazos el extravagante jarrón que contiene los restos terrenales de Zenia. Si los muertos vuelven para vengarse, piensa Tony, ese jarrón es un motivo suficiente.

—¿Os parece que ya estamos a medio camino? —pregunta Tony. Quiere hallarse sobre la parte más profunda del lago.

—A mí me parece un buen sitio, cielo —dice Roz. Está impaciente por terminar con el asunto. Cuando lleguen a la isla irán a casa de Charis a tomar un té, y, Roz lo espera y lo desea, alguna clase de almuerzo: un trozo de pan casero, algunas galletas de trigo integral, cualquier cosa. Sea lo que sea, sabrá a paja— ese sabor a arroz integral, espantosamente sano, sin pintura de labios, que pone la nota de fondo en todo lo que cocina Charis—, pero será comida. Roz lleva tres Huevos de Mozart en el bolso a modo de suplemento antivitaminico y recurso contra la desnutrición. Pensaba traer champaña, pero se olvidó.

Será una especie de velatorio, las tres reunidas en torno a la mesa redonda de Charis, masticando los productos horneados, esparciendo por el suelo todavía más migajas de siete cereales, porque la muerte es un hambre, una ausencia, y hay que

llenarla. Roz tiene intención de hablar: será su contribución. Tony ha elegido el día y Charis el recipiente, así que el discurso le toca a ella.

Lo más curioso es que está triste de verdad. ¡A ver cómo se explica eso! Zenia era un tumor, pero también era una parte importante de la vida de Roz, y su vida ya ha pasado del punto medio. No inmediatamente, pero antes de lo que ella querría, empezará a ponerse como el sol, a menguar. Cuando Zenia vaya a parar al lago, Mitch también se irá, por fin; Roz será por fin viuda. No. Será algo más, algo más allá de la viudedad. ¿Qué? Tendrá que esperar a verlo. Pero se quitará el anillo de boda, porque Charis dice que oprime la mano izquierda y que esa es la mano a la que Roz debe recurrir ahora.

Además, siente otra cosa que jamás creyó posible sentir por Zenia. Aunque parezca extraño, siente gratitud. ¿Por qué? ¿Quién sabe? Pero eso es lo que siente.

—¿Vacío las cenizas del jarrón o lo tiro todo entero? —dice Charis. Experimenta un secreto deseo de quedarse con el jarrón: tiene una energía poderosa.

—¿Que harías luego con él? —dice Tony, y la mira con severidad.

Al cabo de un instante, durante el cual se imagina el jarrón lleno de flores, o vacío en un estante, desprendiendo una funesta luz escarlata en ambos casos, Charis dice:

—Tienes razón. —Sería un error conservar el jarrón, sería una manera de retener a Zenia en la tierra; Charis ya ha visto qué resultados produce eso, y no quiere que se repita. La mera ausencia de cuerpo no detendría a Zenia; se limitaría a coger el de otra persona. Los muertos retornan bajo otras formas, piensa, porque nosotros se lo pedimos.

—Al agua patos —dice Roz—. ¡La última es una cobardica! —Pero ¿en qué piensa? ¡Agua fría! ¡Campamentos de verano! ¡Para que luego hablen de los cambios de humor! Por no mencionar el mal gusto. ¿Va a seguir toda su vida haciendo payasadas, intentando provocar risas fáciles? ¿Qué edad hay que alcanzar para que la sabiduría descienda sobre tu cabeza como una bolsa de plástico y te enseñe a tener la boca cerrada? Quizá no ocurra nunca. Quizá se vuelve una más frívola con los años. «Sus ojos, sus antiguos y chispeantes ojos, están alegres».

Pero esto es la muerte, y la muerte es la Muerte, con M mayúscula, da igual de quién sea, así que un poco más de seriedad, Roz. Pero en realidad está seria, es solo que dice esas cosas de un modo involuntario. «Sujétame la lengua, Dios, no quería decir eso. Es solo mi manera de ser».

Tony le dirige a Roz una mirada de enojo. Lo que a ella le gustaría es un poco de fuego de artillería. Un disparo ritual de cañón, la bandera a media asta, una sola nota de clarín temblando en el aire plateado. Otros combatientes muertos lo obtienen, así que ¿por qué no Zenia? Tony piensa en momentos solemnes, estampas de campo de batalla: el héroe apoyado sobre su espada, lanza o mosquete, inclinado para contemplar con noble y filosófico pesar al enemigo al que acaba de dar muerte. Del mismo rango, ni qué decir tiene. «Soy el enemigo que mataste, amigo mío».

Todo eso está muy bien, en el arte. En las batallas reales, lo más probable es que

al muerto le registren rápidamente los bolsillos y le corten las orejas como recuerdo. Viejas fotografías de cazadores con un pie sobre el cadáver del oso, haciendo payasadas con la triste cabeza, omnívora y hambrienta, separada del cuerpo. El enemigo sagrado es reducido a alfombra, y todos los cuadros y poemas son apenas una cortina de decoro para ocultar el regocijo maligno que discurre por detrás.

—Adelante —le dice a Charis, y Charis separa de su cuerpo los dos brazos, las dos manos y el jarrón, por encima de la barandilla, y suena un crujido seco y el jarrón se parte en dos. Charis emite un gritito y retira las manos como si se hubiese quemado. Se las mira: tienen un leve matiz azul, un centelleo. Los fragmentos del jarrón chocan con el agua y Zenia se extiende en una nube larga y ondulante, como humo.

—¡Santo cielo! —dice Roz—. ¿Qué ha sido eso?

—Creo que ha chocado contra la barandilla —dice Tony.

—No —dice Charis con voz sofocada—. Se ha roto por sí solo. Ha sido ella. —Las entidades pueden causar cosas así, pueden afectar a los objetos físicos; lo hacen para atraer la atención.

Nada de lo que Roz o Tony puedan decir le hará cambiar de idea, así que no dicen nada. Charis se siente extrañamente consolada. La complace que Zenia se haya encargado de dispersar sus propias cenizas, que se haya dado a conocer. Es una prueba de que pervivirá. Ahora Zenia será libre de renacer para tener otra oportunidad en la vida. Quizá la próxima vez sea más afortunada. Charis intenta desearle lo mejor.

No obstante, está temblando. Coge las manos que le tienden, una por cada lado, y las aprieta con fuerza, y de esta manera atracan en el muelle de la isla. Tres mujeres maduras vestidas de oscuro; mujeres de luto, piensa Tony. Aquellos velos de antes cumplían un propósito; aquellos anticuados velos, tupidos y negros. Nadie veía lo que hacías detrás de ellos. Podías estar riendo a mandíbula batiente. Aunque no es su caso.

En los surcos del lago no crecen flores, ni en los campos de asfalto. Sin embargo, Tony necesita una flor. Una hierba corriente, porque Zenia pudo ser muchas cosas en su vida, pero también fue una guerrera. Combatió en una guerra no declarada, una guerra de guerrillas, una guerra en la que quizás ella misma no sabía que participaba, pero una guerra a pesar de todo.

¿Quién era su enemigo? ¿Qué agravio pasado pretendía vengar? ¿Dónde estaba su campo de batalla? En ningún lugar en concreto. Estaba en el aire que la rodeaba, en la estructura del propio mundo; o acaso no estaba en ningún sitio visible, sino entre las neuronas, los minúsculos fuegos incandescentes del cerebro que arden en un destello y se consumen. Una flor eléctrica sería la más adecuada para Zenia, una flor brillante y mortífera como un cortocircuito, un cardo de acero fundido que lanza sus semillas en un estallido de chispas.

Lo mejor que encuentra Tony es un tallo de biznaga del patio trasero de Charis,

ya seco y quebradizo. Lo recoge subrepticamente mientras las otras dos entran por la puerta de atrás. Se lo llevará a casa, lo prensará hasta que quede lo más plano posible y lo añadirá a su álbum de recuerdos. Lo colocará al final de todo, detrás de Tallin, detrás de Valley Forge, detrás de Yprés, porque cuando se trata de los muertos Tony es una sentimental, y Zenia está muerta, y aunque fue muchas otras cosas, también fue valiente. En qué bando estaba carece de importancia, al menos para Tony; ahora ya no tiene importancia. Tal vez ni siquiera tenía un bando. Tal vez estaba sola.

Tony alza la mirada hacia Zenia, acorralada en el balcón con su magia que ya no funciona, su bolsa de trucos por fin vacía. Zenia la mira desde arriba. Sabe que ha perdido, pero sean cuales sean sus secretos, sigue sin revelarlos. Es como una antigua estatuilla desenterrada en un palacio minoico: los pechos grandes, la cintura minúscula, los ojos oscuros, la cabellera serpenteante. Tony la recoge y le da vueltas entre las manos, la examina y la interroga, pero la mujer con rostro de cerámica vidriada se limita a sonreír.

En la cocina se oye un rumor de risas, un entrechocar de platos. Charis está poniendo la mesa, Roz está contando una historia. Eso es lo que harán, cada vez más con el paso del tiempo: contar historias. Esta noche sus historias serán sobre Zenia.

¿Era como nosotras en algún aspecto?, piensa Tony. O, para expresarlo de otra manera: ¿somos como ella en algún aspecto?

Después abre la puerta, y va a reunirse con las demás.

Agradecimientos

Me gustaría agradecer la ayuda de las siguientes personas: mis agentes Phoebe Larmore y Vivienne Schuster; mis editoras Ellen Seligman, Nan A. Talese y Liz Calder; David Kimmel, por su ayuda en algunos de los datos históricos; Barbara Czarnecki, Judi Levita, Marly Rusoff, Sarah Beal y Claudia Hill-Norton; Joan Sheppard, Donya Peroff y Sarah Cooper; Michael Bradley, Gary Foster, Kathy Mineoloff y Alison Parker; Rose Tornato. Gracias también a Charles y Julie Woodsworth, a Doris Heffron y a John y Christine O’Keeffe, por sus aportaciones.

Los libros de John Keegan *The Face of Battle* y *The Mask of Command* me resultaron muy útiles para el trasfondo, al igual que *None Is Too Many*, de Irving Abella y Harold Tropper, y *The War Against the Jews*, de Lucy S. Dawidowicz; y también, para batallas y acontecimientos concretos, *A. D. 1000*, de Richard Erdoes, y *The Unknown South of France*, de Henry y Margaret Reuss. El asesinato del experto en balística Gerald Bull está tratado en *Bull’s Eye*, de James Adams, y en *Wilderness of Mirrors*, de Dale Grant.

La imagen del cuerpo como pantalla de lámpara aparece por gentileza de Lenore Mendelson Atwood; la expresión «moco cerebral», por gentileza de E. J. A. Gibson. Las huellas de pisadas en rojo y blanco recuerdan una historia que me contó Earle Birney; el incidente del tobogán y el apartamento pintado de negro provienen de Graeme Gibson; el espectro como arroz seco me lo sugirió un episodio narrado por P. K. Page; la idea de un vestido de carne provino del poema de James Reaney «Doomsday, or the Red-Headed Woodpecker»; el relato de la heroica tía alemana me lo sugirió en parte Thomas Karl María Schwarz; y el profesor que no permitía a las mujeres presentar trabajos sobre temas militares, una anécdota relatada por Susan Crean.

La *e* de *Zenia* se pronuncia *i*, como en *cine*; la *ch* de *Charis* se pronuncia como la *k* en *karma*. No confundir el pueblo teutón (siglo II a. C.) con los caballeros teutónicos (siglo XII d. C.).



MARGARET ATWOOD (Ottawa, 1939) escritora canadiense. Atwood inició su carrera literaria componiendo poesía, para luego comenzar a escribir relatos, así como novelas.

En cuanto a la temática de sus obras, es muy variada; trabaja desde la crítica literaria a la novela realista, pasando por la ciencia ficción, hasta la literatura comprometida en defensa de los derechos de la mujer. Su obra más conocida es *El cuento de la criada* (1985), novela con la que recibió premios como el Arthur C. Clark o el Los Ángeles Prize.

Otros galardones recibidos a lo largo de su carrera han sido el Governor General y el Príncipe de Asturias de las Letras, que le fue otorgado en el año 2008.